CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

73

1956

MADRID

Reprinted with the permission of
INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA, MADRID

KRAUS REPRINT LIMITED
Nendeln/Liechtenstein
1968

Printed in Germany

Lessing-Druckerei Wiesbaden



NUESTRO TIEMPO

SIGNIFICACION DE IBEROAMERICA EN EL MUNDO ECONOMICO

POR

JOSE LUIS HIPOLA

La Organización de los Estados Americanos ha editado un Plan para incrementar la cooperación económica entre todos los pueblos del hemisferio occidental, elaborado por el doctor Eduardo Zuleta Angel, embajador de Colombia en los Estados Unidos.

El doctor Zuleta parte de la base de que en los Estados Unidos no se conoce a Iberoamérica, ni en Iberoamérica a los Estados Unidos. Este desconocimiento mutuo da lugar a una falta de interés por los problemas respectivos, con dos consecuencias lamentables:

1. Una resistencia extraordinaria por parte del contribuyente —y por tanto, del político que le representa—en los Estados Unidos a conceder su aprobación a los pequeños créditos sometidos a votación en el Congreso, a pesar de la concesión simultánea de grandes cantidades a ciertos países europeos.
2. Una gran incomprensión en Iberoamérica de las formas de vida norteamericanas y de las causas que motivan aquella resistencia a prestarles ayuda, con la consecuencia de no poder modificar dichas causas y de una gran hostilidad hacia los Estados Unidos.

Sobre esta base, el embajador de Colombia destaca una serie de hechos característicos en las relaciones actuales entre los Estados Unidos e Iberoamérica, los cuales ponen claramente de manifiesto la importancia de este último conjunto de países, así como la trascendencia de los problemas económicos de esta parte del mundo y la consiguiente necesidad de darles con urgencia una solución satisfactoria.

Sin embargo, a pesar de que estamos de acuerdo con el doctor Zuleta de que sostenemos y apoyamos una por una todas las razones expuestas en dicho plan—muy explicables por cierto en el representante de un país iberoamericano ante el Gobierno de los Estados Unidos—, nosotros queremos ir un poco más lejos.

Porque, a nuestro entender, Iberoamérica y sus problemas económicos no sólo trascienden hacia el pueblo de los Estados Unidos. Ni tampoco creemos que la única—ni siquiera la mejor—solución de aquellos problemas esté en el estrechamiento de relaciones entre estas dos regiones del hemisferio occidental, aunque estamos seguros de que ello sería extremadamente beneficioso para unos y otros.

Creemos que es mucho más importante para Iberoamérica—sin perjuicio de que, simultáneamente, incremente sus relaciones económicas con los Estados Unidos, con Europa y con los demás países del mundo—el que ella misma se dé cuenta de sus propias posibilidades. Si, uno por uno, los países iberoamericanos no representan parte sustancial de la economía del mundo, todos juntos forman un combinado de enorme potencia, cuyo peso ha de hacerse sentir con más eficacia en los mercados y en las asambleas mundiales.

Que Iberoamérica se empieza a dar cuenta de ello lo demuestran las últimas reuniones interamericanas. Ya en Río de Janeiro—noviembre de 1954—destacó la valiente postura de ciertos delegados iberoamericanos, que, conscientes de su razón, abrieron el camino para que en un futuro no lejano la verdadera cooperación económica iberoamericana fuera una realidad. La labor prosiguió en Santiago de Chile, donde se trabajó con buen fruto en pro del desarrollo económico de la región.

Pero ha sido en fecha mucho más reciente—septiembre de 1955—cuando en la reunión que la CEPAL ha celebrado en Bogotá, se han puesto hitos que, a pesar de que han pasado un poco inadvertidos, representan pasos decisivos en este camino.

No podemos dejar de señalar, con cierto orgullo, la contribución que a este respecto ha aportado la Delegación española, admitida por primera vez con el carácter de observador y que, sin embargo, gracias a la benevolencia con que fué acogida por los representantes de los países hermanos, pudo participar activamente en los trabajos de esta importante Asamblea.

La Delegación de España, integrada por el embajador de España, señor Alfaro, y por el señor don Antonio Robert, presentó a la consideración de los reunidos el "Estudio sobre la Unión Iberoamericana de Pagos", elaborado por la Oficina Bancaria Iberoamericana del Instituto de Cultura Hispánica. Este proyecto encierra propuestas que superan el alcance de un simple mecanismo de pagos internacionales y que, combinadas con el mismo, aumentan su viabilidad en extremo, además de apuntar hacia un objetivo mucho más ambicioso: la formación de un mercado conjunto ibero-

americano como complemento indispensable para poder conseguir la industrialización y el desarrollo económico general de todos los países de la región correspondientes a la extraordinaria abundancia de recursos de la misma, así como la consiguiente elevación del nivel de vida de sus pueblos.

Por otra parte, la realización de este proyecto estimularía notablemente el intercambio con otras zonas del mundo—especialmente con los Estados Unidos y con Europa—, contribuyendo en forma muy efectiva y natural al verdadero conocimiento mutuo con esos pueblos, cuya atención se vería atraída hacia Iberoamérica sin necesidad de recurrir a procedimientos un tanto forzados, que actualmente vienen impuestos por una injusta situación de inferioridad. Esto demuestra, en unión de otros datos que figuran más abajo, que los Estados Unidos son los primeros interesados en apoyar este intento, a pesar de que ciertas apariencias indiquen lo contrario.

El gran interés de todos los delegados en estos problemas—de vital urgencia para los países iberoamericanos—, que centraron la actividad de la Asamblea, así como la constitución con carácter permanente de una Comisión especial dedicada a estudiar la forma de convertir en realidad estos proyectos en el menor plazo posible, garantizan que esta región del mundo, consciente de sí misma, marchará con paso firme de ahora en adelante por su verdadero camino.

Y es porque demuestran lo que acabamos de exponer, sin que exista en nuestra opinión la menor incompatibilidad entre ambos puntos de vista, que más bien son complementarios, por lo que incluímos íntegramente a continuación los principales párrafos del Plan para incrementar la cooperación económica entre todos los pueblos del hemisferio occidental, convencidos de que los datos que contiene son la mejor prueba de nuestra razón.

* * *

Ninguno de los países de Iberoamérica es, por sí solo, lo suficientemente poderoso e importante para poderle presentar a la opinión pública norteamericana hechos que la impresionen vivamente. Pero las veinte Repúblicas iberoamericanas, en conjunto, pueden presentar ante esa opinión pública una serie de hechos tan elocuentes y tan trascendentales que sin duda alguna no sólo la interesarán en Iberoamérica, sino que la inducirán a respaldar

las iniciativas que en favor de ésta se tomen y aun a exigir que se piense más en dicha región, y se establezcan y desarrollen programas importantes de cooperación interamericana.

De otro lado, hay que tener en cuenta que a los norteamericanos no es posible venderles (para usar una expresión típicamente estadounidense) veinte ideas diferentes: la idea de Paraguay, la idea de Colombia, la idea de Nicaragua, etc.

Pero sí es posible, en cambio, y aun relativamente fácil, venderles una gran idea: la idea de Iberoamérica.

A la opinión pública norteamericana se le puede demostrar, como dos y dos son cuatro, lo siguiente:

1. Que Iberoamérica es hoy el más importante cliente de los Estados Unidos, el mercado más importante para las exportaciones norteamericanas y la fuente principal de las importaciones a Estados Unidos.

2. Que Iberoamérica es la fuente indispensable e irreemplazable de las materias primas más vitales para Estados Unidos.

3. Que Iberoamérica constituirá la única fuente segura de abastecimiento de las materias primas más importantes para los Estados Unidos en caso de guerra.

4. Que Iberoamérica es la sede de la mayor inversión privada norteamericana en el extranjero.

5. Que Iberoamérica es un aliado indispensable e irreemplazable para los Estados Unidos.

6. Que las mejores inversiones que pueden hacer los Estados Unidos en el exterior son las que tiendan a levantar el nivel de vida de los pueblos de Iberoamérica y a elevar la capacidad compradora de ellos.

Los hechos que pueden presentársele a la opinión pública norteamericana, para demostrar esas afirmaciones, son los siguientes, desde el punto de vista económico:

1. Como mercado para los productos de exportación norteamericanos, Iberoamérica tiene para los Estados Unidos más importancia que Europa y más importancia que Asia, Afri-

ca y Oceanía combinadas, como lo demuestra el siguiente cuadro:

COMERCIO DE LOS ESTADOS UNIDOS CON LAS AREAS PRINCIPALES. AÑO 1953

	EXPORTACIONES		IMPORTACIONES	
	Porcentaje del total %	*Valor (Millones de dólares)*	*Porcentaje del total %*	*Valor (Millones de dólares)*
Iberoamérica	26,6	3.096	33,6	3.656
Canadá	25,7	2.995	22,6	2.463
Europa	24,7	2.868	21,5	2.335
Asia	17,2	1.997	14,9	1.625
Africa	4,3	503	5,5	594
Oceanía (Australia, Nueva Zelanda, etc.)	1,5	173	1,9	202
	100,0	11.632	100,0	10.875

El Comercio Exterior de los Estados Unidos con Iberoamérica, 1953, fué mayor que con cualquier otra de las áreas principales del mundo.

2. Mientras el comercio con Europa se ha desarrollado alrededor de la paradoja consistente en que los Estados Unidos le han tenido que regalar al Viejo Mundo con qué pagar lo que compra y con qué producir lo que vende, el comercio con Iberoamérica ha sido un factor sano para los Estados Unidos, porque presenta satisfactoria proporción entre exportaciones e importaciones, y porque unas y otras obedecen espontáneamente a las necesidades de la economía norteamericana. Por esta razón, el comercio con Iberoamérica aumenta de día en día, como lo demuestran los siguientes cuadros:

DESARROLLO DEL COMERCIO DE ESTADOS UNIDOS CON IBEROAMERICA

	IMPORTACIONES GENERALES DE ESTADOS UNIDOS PROCEDENTES DE IBEROAMÉRICA	
	Valor (Millones de dólares)	*% del total de exportaciones de EE. UU.*
1838	485	24,8
1939	549	23,7
1940	651	24,8
1941	1.086	32,5

IMPORTACIONES GENERALES DE ESTADOS UNIDOS PROCEDENTES DE IBEROAMÉRICA

	Valor (Millones de dólares)	% del total de exportaciones de EE. UU.
1942	1.020	37,2
1943	1.418	41,9
1944	1.681	42,9
1945	1.718	41,4
1946	1.827	37,2
1947	2.252	39,3
1948	2.506	35,2
1949	2.443	36,9
1950	3.102	35,0
1951	3.548	32,4
1952	3.636	33,9
1953	3.656	33,6

EXPORTACIONES (INCLUYENDO REEXPORTACIONES) DE ESTADOS UNIDOS A IBEROAMERICA

	Valor (Millones de dólares)	% del total de importaciones de EE. UU.
1938	564	18.2
1939	633	19,9
1940	777	19,3
1941	1.035	20,1
1942	849	10,5
1943	956	7,4
1944	1.166	8,2
1945	1.370	14,0
1946	2.221	22,8
1947	4.069	28,2
1948	3.362	26,6
1949	2.805	24,3
1950	2.766	28,7
1951	3.772	28,0
1952	3.535	28.1
1953	3.096	26,6

3. Como se ve por el cuadro anterior, cada dólar americano que va a Iberoamérica vuelve inexorablemente a los Estados Unidos en pago de productos manufacturados.
4. Pero cuando el dólar norteamericano va a Iberoamérica en pago de materias primas, materiales estratégicos o de productos agrícolas, ese dólar sirve en Iberoamérica para pagar el salario de un hombre en un día. En cambio, cuando ese dólar retorna a los Estados Unidos, sólo alcanza a pagar el salario de un hombre en media hora. Esto ocurre porque los artículos que Iberoamérica vende en los Estados Unidos se producen con salarios que son, en promedio, de un dólar

al día, mientras que los artículos manufacturados que Iberoamérica compra en los Estados Unidos se producen con salarios que son, en promedio, de casi US$ 2 a la hora.

5. En el año de 1953, el 27 por 100 de las exportaciones de maquinaria industrial de los Estados Unidos, el 33 por 100 de las de maquinaria eléctrica, el 52 por 100 de las de autobuses y camiones, el 43 por 100 de las de automóviles y el 35 por 100 de las de grasas, leche, carne y varios otros productos alimenticios, fueron destinados a Iberoamérica.
6. Lo que quiere decir que de cada cien autobuses y camiones que fabrican para la exportación los obreros de Detroit, Cleveland, etc., 52 van a Iberoamérica; y de cada 100 automóviles, 43 van a Iberoamérica, y que, por consiguiente, cualquier baja en el precio de los artículos exportados por Iberoamérica perjudica al obrero de Detroit y de Cleveland tanto como a los iberoamericanos.
7. Los artículos manufacturados que Iberoamérica compra en los Estados Unidos están primordialmente destinados al desarrollo económico y a la elevación del nivel de vida de los pueblos iberoamericanos, como puede verse por los siguientes datos:

	Dólares
Maquinaria industrial	420.000.000
Vehículos automotores	258.000.000
Productos químicos y derivados	283.000.000
Productos alimenticios vegetales	266.000.000
Maquinaria eléctrica	215.000.000
Textiles	184.000.000
Productos de hierro y acero	155.000.000
Grasas, leche, carne y otros productos animales alimenticios.	116.000.000
Petróleo y derivados	100.000.000

8. Los artículos que las Repúblicas iberoamericanas exportan a los Estados Unidos son, principalmente, los siguientes:

	Porcentajes correspondientes a 1953 — %
Café	40,1
Otros alimentos	19,5
Metales	15,1
Petróleo y derivados	12,5
Fibras	5,7
Otros artículos	7,1
	100,0

Iberoamérica provee a los Estados Unidos del 100 por 100 del quebracho que importan; del 100 por 100, del asbesto; del 98 por 100, del cuarzo en cristales; del 65 por 100, de la bauxita; del 62 por 100, del antimonio; del 46 por 100, del berilo; del 43 por 100, del sisal; del 37 por 100, del cadmio; del 29 por 100, del cobre; del 25 por 100, del espato flúor; del 23 por 100, del manganeso; del 20 por 100, del vanadio; del 18 por 100, del estaño, y del 17 por 100 del volframio.

9. Cuando baja en los Estados Unidos el precio de esos productos de Iberoamérica, baja automáticamente el valor de las compras que ella hace en los Estados Unidos.
10. Todo lo que Iberoamérica compra en los Estados Unidos lo paga con el dinero que los iberoamericanos ganan con el sudor de su frente, a diferencia de lo que ocurre en otros continentes, que pagan con dinero regalado por los Estados Unidos.
11. La mitad de las exportaciones de Iberoamérica fué destinada a los Estados Unidos en los años de 1952 y 1953, y en esos mismos años la mitad de las importaciones a Iberoamérica provino de los Estados Unidos.
12. La inversión privada directa de los Estados Unidos en Iberoamérica es de US$ 6.000.000.000.
13. Esos US$ 6.000.000.000 producen ganancias por valor de US$ 900 millones al año, o sea, una utilidad del 15 por 100.
14. A pesar de eso, en el período comprendido de 1950 a 1953, la cantidad neta de dólares nuevos que fluyó de los Estados Unidos hacia Iberoamérica fué en promedio solamente de quince millones al año.
15. Ello se explica, entre otras cosas, por la falta de incentivos en materia de impuestos, porque en los Estados Unidos se gravan las utilidades producidas por los capitales norteamericanos en Iberoamérica, como si tales utilidades hubieran sido producidas en Estados Unidos.
16. Los impuestos en Iberoamérica son mucho más bajos que en los Estados Unidos, pero esa circunstancia no ha servido para determinar una mayor afluencia de capitales privados norteamericanos a Iberoamérica por la razón explicada en el punto anterior.
17. Según el *Boletín del Federal Reserve Board*, de diciembre de 1953, los países iberoamericanos tienen, en conjunto, de-

pósitos en los Bancos de los Estados Unidos por valor de US$ 1.834.400.000, es decir, una suma que equivale casi al doble de lo que los países iberoamericanos les deben, por concepto de préstamos, al Export-Import Bank y al International Bank.

18. Según los últimos datos publicados por el *Foreign Bondholders Protective Council*, Inc., de Nueva York, los bonos procedentes de empréstitos colocados en Iberoamérica sólo están en mora en un 11,5 por 100, al tiempo que los provenientes de empréstitos colocados en Europa, están en mora en un 70,8 por 100.

19. A pesar de la tremenda complejidad de su problema de transportes, y a pesar de la enorme dificultad con que la mayor parte de los países iberoamericanos ha tropezado para su desarrollo económico, en razón de su topografía esencialmente montañosa, los esfuerzos hechos en los últimos años por los Gobiernos de esos países en orden a la elevación del nivel de vida de sus pueblos han dado por resultado que el promedio de crecimiento real por año del ingreso *per cápita* alcance al 3 por 100, mientras en los Estados Unidos y en el Canadá ha sido del 2 por 100, lo que prueba que no hay dinero más reproductivo que el que se invierte en levantar ese nivel de vida de los pueblos iberoamericanos.

20. En un artículo tan vitalmente ligado a la economía global de Iberoamérica, y del cual depende esencialmente la capacidad compradora de muchos de los países iberoamericanos, como es el café, se ve muy claramente el fenómeno de las relaciones económicas interamericanas: cuando la housewife americana tiene que pagar medio centavo más por cada taza de café, el marido de la housewife (el industrial, el trabajador americano) tiene la posibilidad de venderle a Iberoamérica anualmente casi ochocientos millones de dólares más de lo que le estaba vendiendo. En efecto, Iberoamérica vende aproximadamente en este país 2.600.000.000 de libras de café anualmente. Hoy en día se preparan en promedio sesenta tazas de café con cada libra. Por consiguiente, cuando la libra de café sube 0.30 centavos, la housewife americana en realidad sólo está gastando medio centavo más por cada taza de café. Pero como esos 0.30 centavos por libra representan en los 2.600.000.000 de libras

US$ 780.000.000 al año, los países productores de café les pueden comprar a los Estados Unidos con esos 0,30 centavos por libra mercancías por valor de US$ 780.000.000.

21. La ayuda que los países iberoamericanos han hecibido de los Estados Unidos ha sido muy exigua. Desde que se terminó la segunda guerra mundial, y hasta fines de 1953, el total neto de las subvenciones y créditos concedidos por los Estados Unidos, mediante sus programas de ayuda internacional ascendió, en el mundo a US$ 44.300.000.000. Del total de las subvenciones, que ascendió a US$ 33.200.000.000, las Repúblicas iberoamericanos sólo recibieron 346.000.000 de dólares, o sea, el 1 por 100. Del total neto de los US$ 11.100.000.000, concedidos en créditos, sólo correspondieron a Iberoamérica US$ 691.000.000, o sea, un poco más del 6 por 100.

Todo eso no obstante que, como lo reconoce la Junta Consultiva de Fomento Internacional, Iberoamérica es hoy día el mejor cliente de los Estados Unidos, el mercado más grande para las exportaciones norteamericanas, la fuente principal de importaciones a los Estados Unidos, la sede de la mayor inversión privada directa en el extranjero, el más importante, indispensable e irreemplazable de los proveedores de materias primas vitales y, además, el más fiel aliado en la política internacional.

Desde otros puntos de vista, que el doctor Zuleta titula demográfico, geográfico, social y político, destacan también los siguientes hechos, de real trascendencia económica:

1. En Iberoamérica hay casi cuatro veces más trabajadores dedicados a la agricultura (unos 34.000.000) que en los Estados Unidos (unos 9.000.000).
2. La longitud de los caminos utilizables en todo tiempo en Iberoamérica sólo alcanza a un 7,3 por 100 de la longitud de los caminos utilizables en todo tiempo en Estados Unidos.
3. Iberoamérica produce y exporta, entre otros, los siguientes productos: café, petróleo, bananas, azúcar, tabaco, cacao, henequén, estaño, volframio, plomo, quebracho, maderas, cueros, algodón, cobre, cinc, plata, nitratos, ajonjoli, abacá, lana. carne, trigo, maíz, oro, esmeraldas y platino, etc.
4. Durante la segunda guerra mundial, Iberoamérica suministró el 75 por 100 de los alimentos y el 40 por 100 de las mate-

rias primas y artículos semimanufacturados importados por los Estados Unidos.

5. El ingreso anual *per cápita* en los países de Iberoamérica es, en promedio, de 211,45 dólares, mientras en los Estados Unidos excede de 1.900.
6. Los salarios con los cuales se producen en Iberoamérica los artículos que se exportan son, en promedio, de 1,00 dólar por día, en tanto que los salarios con los cuales se producen en Estados Unidos los artículos manufacturados que se exportan a Iberoamérica son, en promedio, de 1,00 dólar por hora.
7. Iberoamérica, a pesar de tener una extensión superficial dos veces y media mayor que la de los Estados Unidos, y de contar con un 5 por 100 más de población, tiene apenas el 3,8 por 100 de los vehículos motorizados; el 8,2 por 100 de la energía eléctrica instalada, y el 7,3 por 100 de la longitud de los caminos utilizables en todo tiempo.
8. La producción bruta industrial y de construcción fué en Iberoamérica, en 1953, de 10.639 millones de dólares, mientras que en los Estados Unidos fué de 112.458 millones.

José Luis Hipola.
Oficina Bancaria Iberoamericana.
I. C. H.
MADRID.



DIARIO DE LOS ESTADOS UNIDOS

POR

J. A. VILLEGAS MENDOZA

En Bombay, antes de partir para los Estados Unidos, Krishna Menon, el representante de la India en las Naciones Unidas, comentaba, en un banquete celebrado en su honor, que en la Asamblea General "serían más importantes las reuniones realizadas fuera de los comités que las celebradas dentro de ellos"; Krishna Menon no estaba del todo equivocado. Las conversaciones en los pasillos y en los corredores y salas de las Naciones Unidas tienen este año un significado especial. Estamos viviendo diplomáticamente un período intenso parecido al Congreso de Viena después de la derrota de Napoleón. Con la gran diplomacia hoy día se conquistan, se neutralizan y se derrotan países tan formidablemente, como con los Ejércitos en la última guerra mundial.

* * *

Aunque la X Asamblea General de las Naciones Unidas comenzó el martes, 20, los grupos políticos se habían ya reunido para planear sus estrategias. El lunes, 19, se reunió el grupo hispanoamericano para escuchar al embajador Cabot Lodge presentar la política de los EE. UU. y luego discutir entre ellos, después que el embajador norteamericano se retirara, otras cuestiones importantes para el grupo.

Viendo los delegados hispanoamericanos conversar sobre "otros temas" antes de comenzar la reunión, no era difícil formarse la impresión de que para ellos ese día, esos temas, tenían más importancia que las palabras del embajador Cabot lodge. La cuestión realmente candente era: ¿por quién votaría la mayoría del grupo para ocupar el sitio vacante en el Consejo Económico y Social, por Costa Rica o por Brasil?

Cuando se retiró Cabot Lodge de la reunión, los periodistas lo acosaron a preguntas. El solamente mencionó los temas que había presentado en la reunión: admisión de China comunista en las Naciones Unidas, desarme, plan de Eisenhower, etc. Cuando un corresponsal le preguntó cómo se había desarrollado la reunión con los "latinos", él contestó, con un pensamiento que repite muy a menudo la delegación de los Estados Unidos cuando se refiere a Hispanoamérica: "La reunión se celebró en el ambiente de amistad que siem-

pre existe entre los miembros de la Organización de los Estados americanos."

No creo que Cabot Lodge repita este pensamiento como un clisé de propaganda. Después de haberlo observado de cerca en los últimos años, he descubierto que uno de sus méritos consiste en ser demasiado franco y expresivo en sus pensamientos.

Lo importante en estas declaraciones suyas reside en que, mientras Cabot Lodge nunca oculta su entusiasmo por la Organización de Estados americanos, los delegados hispanoamericanos en las Naciones Unidas tampoco ocultan su frialdad por el sistema interamericano y su mayor entusiasmo por las Naciones Unidas. Los hispanoamericanos prefieren actuar, influir y organizarse dentro de las Naciones Unidas. En otras palabras, los hispanoamericanos prefieren actual, influir y organizarse dentro de las Naciones Unidas que actuar, influir y organizarse alrededor de la maquinaria del sistema interamericano. Un romántico exclamará que todo esto es una cuestión de modas, cuando en realidad el sentido común nos está gritando que es una cuestión política fundamental para los hispanoamericanos.

Al retirarse de la reunión José Maza, el jefe de la delegación de Chile y futuro presidente de la Asamblea General, los corresponsales lo asediaron a preguntas. Un corresponsal norteamericano sentóse a su lado, extrajo del bolsillo de su chaqueta un voluminoso pliego de hojas y le dijo al intérprete del embajador: "Tengo una información bastante completa sobre el embajador Maza, pero necesito tres importantes datos antes de poder escribir su biografía para mi agencia de noticias; desearía saber: 1.º (el corresponsal lo acentuaba con sus dedos): ¿cuánto mide el señor embajador? 2.º ¿Cuánto pesa? 3.º ¿Cuál es el color de sus ojos? José Maza no ocultó su sorpresa y disgusto. Cualquier hispanoamericano hubiera reaccionado igual. En Hispanoamérica solamente en las exposiciones rurales y ganaderas lo primero que uno pregunta es cuánto pesa y cuáles son las medidas del toro que salió campeón. El corresponsal norteamericano no tenía la culpa de que Maza no comprendiera la costumbre de muchos periodistas norteamericanos que comienzan una biografía mencionando: Mr. X, 7 metros de altura, 180 kilos, ojos azules, abundante cabellera, físicamente fuerte...

SEPTIEMBRE 20

El primer día de la inauguración de la Asamblea General en los últimos años tiene sólo un acto interesante que todos esperan con

ansiedad y gran curiosidad: el momento que se discute si China comunista debería o no ocupar el sitio de China nacionalista. Es una cuestión de procedimiento, pero el público *goza* con el espectáculo que les proporciona la lucha entre los Estados Unidos y Rusia.

Hay algo de circo romano en esta primera reunión, a pesar de la atmósfera menos tensa o de coexistencia o como ahora se ha puesto de moda, a pesar del "espíritu de Ginebra". A pesar de toda esa atmósfera, muchos de los delegados, del público y de los corresponsales más civilizados quieren ver una víctima, un sacrificio: la derrota aplastante de los Estados Unidos al ingresar China comunista en las Naciones Unidas. Como en el circo romano, en este otro circo, el público sonríe y discute en superrefinadas formas diplomáticas, pero la sangre de una víctima es lo que están esperando.

¿Qué es más sorprendente: la paralizante actitud de los Estados Unidos o la acelerada velocidad de meteoro con que China comunista entrará en las Naciones Unidas?

Los Estados Unidos no quieren discutir el problema de fondo y fácilmente consiguieron un triunfo al discutirse sólo por la Asamblea la cuestión de procedimiento, de posponer por este año cuál debería ocupar el sitio de China en las Naciones Unidas, si China nacionalista o China comunista. A este paso dos serían las víctimas: una derrota diplomática colosal para los Estados Unidos, y el sacrificio de China nacionalista. Hace tiempo deberían los Estados Unidos haber reconocido dos Chinas. ¿No hay acaso dos Alemanias? ¿Dos Coreas? ¿Dos Indochinas? Y ¿hasta cinco Repúblicas Centroamericanas?

El representante inglés Nutting fué claro, conciso y político ciento por ciento. Afirmó que Inglaterra reconocía al Gobierno de China comunista y que el problema del Lejano Oriente no se resolvería hasta que se resolviera este problema... *Nevertheless;* "sin embargo", votarían por la resolución de los Estados Unidos. La clave de su discurso estaba encerrada en este *nevertheless,* en el "sin embargo". Su lenguaje era bastante simbólico. Todo dependía en descifrarlo. Un cínico corresponsal amigo comentaba así el significado del *nevertheless:* "*Sin embargo,* porque los Estados Unidos votaran a favor de Gran Bretaña en la discusión de Chipre votaremos por posponer la discusión de la admisión de China comunista por este año." Las palabras de Nutting eran un perfecto ejemplo de la clásica política de *quid pro quo.*

Estaba escuchando los interesantes debates sobre China comu-

nista y conversando y cambiando opiniones con algunos de los delegados hispanoamericanos y con un argentino, cuando este último, que conocía de las Naciones Unidas, por ser él un amigo de varios delegados hispanoamericanos, se disculpó, dió varios pasos hacia adelante, acercándose un poco a los asientos de los delegados y, de repente.... comenzó a gritar y a acusar a los representantes del Gobierno argentino en las Naciones Unidas de por qué Perón había caído y por qué ellos ya no representaban a la Argentina en las Naciones Unidas. Entre los delegados, aquello fué una bomba. Unos minutos antes nos estaba contando que formaba parte del partido radical de la oposición de Perón, que había estado preso cuatro años, que se había escapado al Uruguay, y al siguiente minuto había paralizado la reunión por unos segundos. Inmediatamente los policías de las Naciones Unidas lo sacaron de la sala. Más tarde el jefe de la Policía de Seguridad de las Naciones Unidas comentaba que lo habían tratado muy bien porque nadie podría asegurar que tal vez podría ser el próximo presidente de la delegación argentina.

EL DISCURSO DE FOSTER DULLES (22-IX-55)

El secretario de Estado de los Estados Unidos es siempre muy idealista cuando habla: a veces, demasiado idealista, como en su discurso de hoy en la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Dulles piensa que la política internacional en los próximos diez años será más "armoniosa". El secretario de Estado norteamericano hasta ha encontrado ya un nombre para que la historia bautice esta década histórica como la época de la "paz verdadera". Que el mundo entero esté deseoso de unos diez años de paz es una generalización política demasiado vaga. Tal vez el mundo está deseoso de un período de paz entre Rusia y los Estados Unidos, para que entonces, ellas, las otras partes del mundo, puedan más fácilmente conquistar sus objetivos, aunque los métodos no sean muy armoniosos o pacíficos como desearía Dulles. Esa es la impresión general que siempre recibo cuando converso con los delegados de Asia, Africa e Hispanoamérica. Esta es una evaluación de la situación internacional básicamente diferente de los próximos diez años de paz verdadera que profetizaba Dulles.

La segunda diferencia fundamental entre estos delegados con la interpretación de Dulles consiste en que muchos dirigentes políticos en Asia, Africa e Hispanoamérica no sólo limitan este período de paz a las relaciones entre los EE. UU. y Rusia, sino que empiezan

a considerarlo como un período político que se caracterizará por la *preponderancia de Rusia en la esfera diplomática internacional.*

Dulles caracteriza este nuevo período en una forma bastante utópica, al mencionar que uno de los frutos del "espíritu de Ginebra" consistirá en que "no habrá ganadores ni perdedores", sino, por el contrario, decía él, "todo el mundo debe ser el ganador". La mayoría que lo escuchaba pensaba precisamente todo lo contrario. No sólo respecto a sus propios problemas, sino también sobre el duelo diplomático entre Rusia y los Estados Unidos. Los dirigentes nacionalistas de Africa del Norte, con los que he conversado frecuentemente en las Naciones Unidas, creen que ellos deben ser los ganadores, y los franceses los perdedores de sus colonias en el Africa del Norte. Los delegados árabes creen que Israel debe ser el perdedor; los indonesios creen que Holanda debe ser la perdedora. Grecia creé que Inglaterra debe ser la perdedora y retirarse de Chipre. Los que dicen conocer la presente situación en el estrecho de Formosa no hablan tampoco de una ganancia para todos. No es ningún secreto de que India considera a Formosa parte de China comunista.

La realidad internacional está desmintiendo las esperanzas de Dulles, aunque la mayoría está de acuerdo que unos métodos más pacíficos de discusión en las Naciones Unidas no quieren significar, como cree Dulles, que en esta nueva era de paz los "cambios serán pacíficos".

Los próximos diez años de "paz verdadera" que sueña Dulles serán muy diferentes del anterior período de *status quo.* Siempre es muy interesante conocer el pensamiento de un secretario de Estado o ministro de Relaciones Exteriores sobre el *status quo.* Dijo Dulles en la Asamblea General: "No será (el nuevo período) una era de placidez y estancamiento en la forma de un *status quo* que, con sus grandes injusticias, es aceptado como algo permanente." La teoría de Dulles desfigura y confunde los verdaderos elementos de todo *status quo.* Lo presenta por ser inmoral, injusto, cuando las realidades de poder y el *status quo* que resulta en toda combinación de poder pueden ser morales o inmorales de acuerdo al criterio moral con que se ejecute una política.

En segundo lugar, el *status quo* nunca ha sido permanente o estático, sino, por el contrario, siempre cambia, se modifica o se desplaza. Sus elementos no son piedras, no pueden crear un balance estático, sino que son un conjunto de factores materiales y, principalmente, valores humanos modificables y capaces de influir, pero también de ser influídos. Por ello, el balance de las relaciones

de poder es siempre desigual. El *status quo* es favorable para alguien y desfavorable para la otra parte. En tercer lugar, el *status quo*, en la forma clásica que ha sido conocido en Occidente, nunca es una fuerza arrolladora que mecánicamente y automáticamente mantiene su equilibrio sin que nadie la controle y dirija. La dirección, el control, el dominio del *status quo*, es precisamente lo que distingue una gran diplomacia, como la diplomacia inglesa en el siglo XIX, de la diplomacia mediocre de Francia en esa época.

El lenguaje utópico de Dulles al hablar de que no habrá ganadores ni perdedores en la nueva etapa internacional en que hemos entrado, su antihistórica concepción del *status quo*, hace desviar la atención de muchos de los problemas básicos que están en juego, precisamente cuando estamos entrando en una época internacional en donde habrá ganadores y perdedores en los principales frentes mundiales. El espíritu de Bandung y el espíritu de Ginebra no han equilibrado ninguna fuerza, ni creado ningún *modus vivendi*; por el contrario, han soltado otros espíritus nada iguales, han permitido la entrada en la arena internacional de nuevas fuerzas, han debilitado otras.

LAS LECCIONES PARA HISPANOAMÉRICA DE LAS DISCUSIONES SOBRE CHIPRE (23-IX-55)

"¿Cuál es la importancia para Hispanoamérica de las discusiones sobre Chipre?", me preguntaba un delegado hispanoamericano recién llegado a las Naciones Unidas. Mi amigo estaba sorprendido porque uno de los delegados hispanoamericanos, el embajador Trujillo, del Ecuador, estaba defendiendo el derecho de los habitantes de Chipre a manifestar su deseo de expresar su voluntad de incorporarse o no a Chipre. "Tal vez la cuestión de Chipre pueda interesar a España por sus semejanzas con Gibraltar—me comentaba mi amigo, y agregaba—: pero no veo cómo puede interesar a un hispanoamericano esa discusión."

La cuestión de Chipre era una discusión entre dos miembros de una misma alianza política, no una discusión entre dos enemigos. Esa era su importancia fundamental para Hispanoamérica. Para Hispanoamérica lo realmente importante era la *forma*, el método, el *cómo* un miembro de la misma alianza—Grecia—defendía su posición frente a otro aliado—Inglaterra—, miembro también de la Nato y del mundo libre. Para Hispanoamérica nuestra empresa diplomática inmediata es la forma, el método como organizamos

nuestra diplomacia con nuestros aliados, especialmente con los Estados Unidos de Norteamérica. *Las discusiones de Chipre eran una excelente lección para nosotros de cómo no se debe planear una diplomacia.*

Lo más difícil en un debate político es llegar a conocer cuál es el argumento principal de la parte contraria. Si no se llega a descubrirlo, puede suceder que uno puede estar debilitando muchos argumentos importantes, aunque secundarios, en vez de concentrarse en atacar el principal argumento contrario. Escuchando a Stephanopoulos, el ministro de Relaciones Exteriores de Grecia, y a Nutting, el representante inglés, uno recibía esta impresión. Para Inglaterra el argumento principal eran las razones estratégicas o militares de Chipre. En vez de concentrarse sobre este problema, el ministro de Relaciones Exteriores de Grecia se extendió y decidió presentar una defensa general de toda la cuestión sobre Chipre, defendiendo el derecho a determinar libremente su futuro; criticó la reciente Conferencia Tripartita de Londres, entre Grecia, Turquía y Gran Bretaña; señaló los abusos de las autoridades inglesas en Chipre, después de posponerse el año pasado la discusión en la Asamblea General; se defendió de las acusaciones de incorporar Chipre a Grecia.

En el duelo diplomático entre Nutting y Stephanopoulos, la espada del griego buscaba al inglés en diferentes lugares de la sala, menos en el rincón donde el inglés estaba parado. A Nutting le encantaba que la discusión se desarrollara alrededor de cuestiones vitales, pero secundarias.

El discurso del ministro de Relaciones Exteriores griego asumía un carácter más defensivo que ofensivo. Nutting no desperdició esta situación y tomó la iniciativa y la ofensiva. Mr. Nutting producía la impresión de que Inglaterra era la que defendía la necesidad de negociaciones, y, en cambio, se mostraba reacia a discutir y a negociar si no era dentro de las Naciones Unidas. Solamente de pasada mencionó Nutting la cuestión primordial estratégica para Inglaterra cuando afirmó que su Gobierno estaba dispuesto a introducir una Constitución liberal en Chipre que le proporcionaría el mayor grado posible de libre determinación, "compatible con las necesidades estratégicas de la presente situación internacional".

Grecia no supo defender ni explicar cómo Chipre, ya sea libre o incorporada a Grecia, constituye la mejor garantía para la defensa estratégica de ese rincón de la Nato y del mundo libre. Es imposible defender cualquier zona de la alianza del mundo libre sin la cooperación de los habitantes de esa región. Es imposible, por

2 *

ejemplo, defender el Canal de Suez si Egipto no llega a un *modus vivendi* con los Estados Unidos. Grecia no supo presentar este pensamiento esencial en las Naciones Unidas.

En la solución del futuro de Chipre hay una gran analogía con la cuestión del futuro de Goa, que están disputándose India y Portugal. La analogía en este caso es clara; lo importante es llegar a comprender quién está empleando la mejor estrategia diplomática.

El pueblo de Chipre se ha mostrado abierta y hasta violentamente en favor de una "onosis" o integración o reunión con Grecia, pero diplomáticamente Grecia ha defendido mal su caso en las Naciones Unidas. Por el contrario, India, aunque los habitantes de Goa no se han manifestado muy claramente por su incorporación a India (en cambio, los mismos indios han demostrado su propósito de "invadir pacíficamente" esa colonia portuguesa), diplomáticamente India está ejecutando su estrategia en una forma más inteligente que Portugal.

La posición de los países del grupo "africanoasiático", en la disputa sobre Chipre, fué seguida con mucho interés en las Naciones Unidas, especialmente la posición de la India al votar en contra de Grecia. Muchos de los delegados y corresponsales occidentales creyeron que una de las razones fundamentales que explicaba el voto contrario de muchos de esos países se debía a una cuestión racial. Grecia no es país africano ni asiático. Esta interpretación es una prueba más de un emocionalismo de muchos delegados y corresponsales de Occidente, que tratan de explicarse estas nuevas realidades internacionales no por lo que son, sino, por el contrario, las ocultan con argumentos raciales, cuya sola mención puede causar en las Naciones Unidas—donde la mayoría no es precisamente de la raza blanca—peligrosísimas consecuencias.

Uno de los mejores corresponsales ingleses en las Naciones Unidas me daba otra explicación más realista y más convincente. "Nosotros votamos con los Estados Unidos en la cuestión de China comunista el primer día de la Asamblea General para que los Estados Unidos votaran por nosotros en la cuestión de Chipre." Muchos países del grupo africanoasiático no votaron por Grecia, primero porque los griegos no supieron planear su estrategia, y, en segundo lugar, porque les convenía votar por Inglaterra como hizo India, para luego contar con el voto, o la influencia, o la neutralidad, o la simpatía de Inglaterra en las cuestiones más vitales para Africa y Asia. La clásica forma de pro y contra estuvo presente en la discusión de Chipre en las Naciones Unidas.

SOBRE LA CIENCIA FISICA DE HOY. LA CONCEPCION DE LA MATERIA

POR

PEDRO CABA

Como el saber de la Física de hoy es un saber desconcertante, y a veces desconcertado, todos tenemos el deber de preguntarnos sobre sus temas fundamentales. Una pregunta primera es ésta: ¿qué es en definitiva el espacio y qué es la materia para la Física contemporánea? Todos, hasta los más profanos, debemos perder el respeto excesivo, casi supersticioso, que solemos experimentar ante el saber de la Ciencia física de hoy, un saber mucho más incierto que lo que los físicos mismos nos hacen creer.

Desde el concepto aristotélico-escolástico de la materia, a la concepción que de ésta llega a tener la ciencia física del Renacimiento, hay un salto difícil de justificar. Quizá debiéramos decir que es el salto de una abstracción a una realidad cruda y diaria. La materia venía siendo en el escolasticismo lo que resiste a la forma, lo que no tiene ser porque aún lo espera. En Santo Tomás se distingue la "materia prima" y la "materia signata", signada o determinada por la cantidad; es decir, individuada. En la *Fuente de la vida,* de Aben Gabirol, se afirma que la materia es algo universal que todo lo penetra, doctrina que llega a Duns Escoto y Nicolás de Cusa; pero hay que tener en cuenta que la noción de materia en ellos incluye lo invisible, lo impalpable, y casi lo que luego se ha llamado lo *inmaterial* en sentido científico. La materia era lo indeterminado, en sí, pero capaz de todas las determinaciones por la acción de la forma. La materia, en Santo Tomás, era principio de privación y pasividad, incapaz de subsistir por sí mismo. La materia es lo pasivo y obcecado, lo que se ahinca en la modorra del no ser, apuntándose ahí la noción de inercia física que luego aparecerá en Galileo. Duns Escoto quita pasividad a la materia y admite que la "aptitud" para recibir la forma es ya un modo de actividad, un apunte de colaboración activa en la forma misma, como ya había indicado Alberto Magno. Esta idea es llevada a cabo por Nicolás de Cusa, quien dice que si la materia es algo posible, antes que *posible*, es. Y Dios mismo es la posibilidad de todo ser real, pues Dios no es pura

forma incompatible con la materia, sino que la materia sale de El.

Esto ya prevé una idea renacentista de la materia. En toda manifestación de la materia hay una posibilidad activa, algo actualizable que se llama "fuerza", aludiendo con este vocablo no sólo al impulso mecánico que llega de fuera, sino también a las fuerzas internas de la materia misma. La materia ya actúa sin intervención divina, en virtud de la autonomía de lo natural. La materia es activa en Bruno, en Newton y en Galileo, aunque Dios, desde lejos, dirija. En el Renacimiento, la materia se cuantifica, se mide, se determina y, con la fuerza, se hace movimiento y cobra alta importancia en el mundo natural. La materia es ya lo multiforme, no lo que se opone a la forma, sino lo que lleva en sí misma todas las formas posibles. Cuando, más tarde, llega el materialismo científico, la materia es la verdadera divinidad, y el espíritu y Dios mismo son manifestaciones de ella. La materia es inmortal y se descubre, desde Lavoisier, el principio de conservación de la materia.

Pero también en el siglo XIX se descubre el principio de conservación de la energía, y esta última viene como a sustituir o representar al viejo concepto de "forma"; la energía es lo que mueve a la materia, y, con el movimiento, le hace tomar todas las configuraciones o formas posibles. Pronto surgirán muchos científicos que ven en el espíritu una manifestación o forma de la energía, o para quienes la energía es el espíritu que anda suelto por el mundo. Se llega incluso a fundar una "Energética": es decir, una ciencia a base del concepto único de energía, pues la materia misma no es más que condensación de energía. Es la teoría de Guillermo Otswald. Se ha descubierto la electricidad que, al principio, es concebida como energía pura que pasa o discurre sobre la materia del conductor como sobre un puente; pero la teoría de los campos de Faraday da la noción de que la electricidad, como toda forma de energía, se difunde y no sólo longitudinalmente, descubriéndose, además, que se difunde mejor en el vacío y que los conductores son más bien obstáculos. La energía se transforma y unas ecuaciones de transformación dan su forma matemática. Además, la energía es naturalmente jerárquica y hay formas próceres y formas degradadas de la energía. Precisamente se degrada al chocar con la materia. El rayo que presiona sobre un electrón no sólo disminuye de longitud de onda, sino que hace también al electrón disminuir de masa, transformando la energía perdida en el choque en energía inferior; por ejemplo, en calor. El calor es luz venida a menos, y la electricidad es un grado intermedio entre la luz y el calor, etc., etc.

Se venía viendo en la teoría atómica de la materia una confirmación de la teoría de la sustancia aristotélica, pues Aristóteles siempre vió con simpatía el "atomismo" de Demócrito. Si el átomo era indestructible. lo que subsiste en la base de la materia, el átomo es la sustancia. Esta idea de sustancia permanece hasta Kant, que enuncia que "todos los fenómenos contienen lo permanente, como objeto, y lo mudable como determinación del objeto". Y también: "Bajo el cambio de los fenómenos permanece la sustancia; y la cantidad de sustancia en la Naturaleza ni aumenta ni disminuye." En la física del Renacimiento, la sustancia parece ser la masa lo que no se destruye. sino que cambia. según vió luego Lavoisier. Pero la noción de masa mecánica, como una noción puramente matemática de la materia, hace que empiece a vacilar la noción de sustancia. Como dice Weyl: "El concepto mecánico de masa es irreducible a la geometría." Poco a poco la sustancia se va haciendo una variable, una función, algo flúido y matemático, por ejemplo en Hertz, en Lorentz, en Abraham, y acaba por perder todo papel en la Física, según dice Weyl. "¿Qué es la materia?—se pregunta—. Anulada la noción de sustancia, oscila hoy la balanza entre la teoría dinámica de la materia y la teoría del campo."

Pero la materia está constituída en proporciones pequeñas que se llaman átomos, y estos átomos, que se creían compactos y redondos desde Demócrito, Epicuro y Lucrecio, a través de Huyghens y Gasendi, sirven para explicar la existencia de los poros e intersticios materiales, pero también sirven para plantear la peliaguda cuestión de la acción a distancia. No se sabe cómo entender que los átomos actúen unos sobre otros. Con Daltón, queda probado el hecho de la constitución atómica de la materia. Y la Química deja ver leyes bien claras por las que los átomos se conducen en proporciones bien definidas.

De pronto se descubre que los elementos químicos se disocian al paso de una corriente eléctrica. Se interpreta el hecho en el sentido de que los cuerpos se han formado, químicamente, por la atracción de sus cargas eléctricas contrarias, y ahora, al pasar la corriente, quedan en libertad y cada elemento se dirige al polo que le atrae. Los átomos ahora no son átomos puros, sino átomos cargados con electricidad. Y Arrhenius los llama "iones", átomos errabundos con un hatillo o carga. Luego se ha visto que los iones electropositivos pierden electrones, y los iones negativos los toman.

Cuando el aire se ioniza se vuelve conductor... Precisamente porque se ve que los átomos tienen cargas, al desmenuzar más el átomo, J. J. Thomson llama a los componentes "electrones". El átomo ahora es una constelación planetaria en pequeño, y el primer esquema lo imagina así Rutherford, en 1911. Antes, el ruso Mendelief ha encontrado una escala de cierta periodicidad en los cuerpos simples. En esa escala cada cuerpo tiene un lugar, con un número, que es el llamado número atómico. El holandés van der Broek imagina que el número de electrones del átomo corresponde con el número de orden en la tabla de Mendelief. Hay, sin embargo, algunas irregularidades en la tabla, pues hay cuerpos distintos con el mismo lugar en ella, que es lo que llamamos isótopos, hasta que el inglés Aston descubre que los elementos no mezclados con isótopos son números enteros.

Pero se ha descubierto la discontinuidad en la materia con la teoría de los cuántas, y el esquema planetario de Rutherford no satisface ya, por lo que, en 1913, Niels Bohr da otra imagen del átomo en su estructura, con dos postulados. Uno, que hay "estados estacionarios" no en reposo, sino con movimiento, pero sin emitir energía. Son estados que debieran llamarse "anérgicos" o algo así, pero que él llamó "estacionarios", lo que induce a entenderlo mal. La emisión o toma de energía sólo se produce, según esto, en el tránsito o paso de un estado estacionario a otro, en el salto de una órbita del electrón a otra. El segundo postulado dice que, cuando ese salto se hace con absorción o emisión de energía luminosa o electromagnética, la frecuencia de sus ondas queda determinada por el cambio de energía del átomo. Bohr acometió la empresa de estudiar la estructura del átomo, porque había que cohonestar la de la relatividad. Las dificultades son muchas, pues los electrones, cuando saltan de una órbita a otra, resulta que emiten distinta cantidad de energía, según salten un tramo o más de uno, lo que viene a decir, además, que el electrón unas veces sale de su estado estacionario para saltar a una órbita inmediata, y será un salto simple, o salta dos o más órbitas de una vez y será salto múltiple, sin que se sepa por qué sale de su estado estacionario ni por qué salta unas veces una órbita, un tramo, y otras; mas Bohr, y luego Sommerfeld, comprueban que los electrones se conducen cuánticamente, pero con un número cuántico que varía en cada caso de "múltiple periodicidad". Y entonces Bohr recurre a su principio de correspondencia para encajar una equivalencia de situaciones entre la interpretación actual del átomo y la de Rutherford.

Todas las tentativas de la Física, a partir de la teoría cuántica, son la de saber si la materia se resuelve, al fin, en onda o en corpúsculo; si actúa por ondulación o por bombardeo. El mismo Einstein había descubierto las unidades corpusculares de la luz: los "fotones". Pero la teoría corpuscular explica unos hechos, y la ondulatoria otros distintos. Se trata de que la mecánica cuántica sea aclarada y confirmada por la mecánica ondulatoria. Primero, De Broglie quiere reunir ambas, y dice que todo corpúsculo lleva una onda asociada. Einstein, que había sostenido la teoría ondulatoria, descubre los fotones, que son corpúsculos, y mientras Bohr se afana por encontrar una explicación unánime del átomo, Schrödinger y Heisenberg llegan a conclusiones parecidas desde cálculos distintos. Pero no sabemos qué es la materia. Todos afirman, desde Einstein, que la pérdida de energía es pérdida de masa, y que, por tanto, la masa es energía, pero las madejas de ondas actúan desordenadamente y no se sabe cómo entender su engrane en un sistema material. Toda la materia se nos disuelve en energía y movimientos de energía. Dirac, mediante electrones de energía negativa, explica la materialización, el paso de la onda al corpúsculo. Pero Weyl recurre otra vez al éter como vehículo de la energía de las ondas, y no sabemos cómo hay que entender ese éter, si es lo que antes se llamó así, o es una nueva entidad material electromagnética. Pero, además, las ecuaciones de Schrödinger y de Heisenberg nos dicen que los modelos de la estructura atómica, según Rutherford y Bohr, no se pueden sostener. Pero, a última hora, tampoco se puede mantener la interpretación de las ondas en Schrödinger, mientras el principio de Heisenberg no se sabe qué es lo que quiere decir.

Los cuerpos emiten radiaciones. Al principio, se estimó que la radiación era rectilínea; luego, se dijo que tenía forma de ondas, pero la forma de las ondas no eran las que se producen en el agua. Einstein, habló de "radiación de agujas". Luego, la discusión se ha organizado en torno a si la radiación está en ondas o en corpúsculos que actúen en forma de cuántos y no contradiga a Planck y su teoría. Desde De Broglie se quiso unificar ambas teorías (la de Schrödinger y la de Planck), y onda y corpúsculo pueden significar que ambas formas se presentan juntas en un mismo sistema material. Las ondas de Schrödinger no se parecen a ninguna materia, sino que son más bien un concepto matemático. Por último,

se ha pensado si el corpúsculo no será la porción material y la onda su campo eléctrico. Eddington dice que "la onda no representa al electrón, sino a nuestro conocimiento del mismo". Jeans dice que los electrones son partículas mientras atraviesan el espacio y ondas cuando chocan con la materia. La conclusión de Weyl es que no sabemos cómo está organizada la materia. La mera transferencia de electrones hace que un cuerpo elemental se cambie en otro. La alquimia reaparece. Si al núcleo de mercurio se le pudiera quitar un núcleo de hidrógeno, el cuerpo resultante sería otro. Rutherford ha logrado convertir el nitrógeno en carbono bombardeando el nitrógeno con partículas *alfa*. En el seno de la tierra, el uranio se convierte en plomo. Y mientras en el interior del átomo hay desintegraciones, en el interior de las estrellas quizá hay reconstruciones y regeneraciones. En la teoría de Schrödinger no hay *masas*, sino ondas; pero, últimamente, el profesor Lewin dice que todo es materia y que dos átomos unidos por el hilván de la luz están en contacto real.

Julio Palacios, como De Broglie, cree que el corpúsculo y la onda se dan juntos y a la vez, quebrando el principio de contradicción. Pero Dirac dice: "Ondas y corpúsculos deben ser considerados como dos formaciones conceptuales que se han mostrado adecuadas para describir una sola y misma realidad física. *No debemos formarnos de ellas ninguna imagen en que ambas intervengan.*" Y Collingwood: "Los físicos modernos han probado que no sólo los rayos de luz, sino todos los electrones, se comportan curiosamente de un modo ambiguo. Unas veces se conducen como partículas y otras como ondas. Entonces hay que preguntarse qué es lo que son en realidad. Difícilmente pueden ser ambas cosas, porque si un electrón fuera una partícula no podría comportarse como una onda, y si fuera una onda, tampoco podría comportarse como una partícula. Por eso, un físico ha descrito su propio estado de ánimo diciendo que cree en la teoría corpuscular los lunes, miércoles y viernes, y en la teoría ondulatoria los martes, jueves y sábados.

EL ESPACIO Y EL UNIVERSO

Ni causalidad, ni materia, ni espacio; todo ha muerto a manos de la física, que quiere reconstruir el mundo sin ninguna de esas bagatelas. El universo nuevo tiene cuatro dimensiones por lo menos, y es ampliable y expansible. Pero el espacio único de la fí-

sica clásica ha perdido todo su ser. Se conduce como algo que no es ya *el* espacio, sino *un* espacio, siempre curvo y producido por cada sistema material. El grado de curvatura lo da ese sistema. Sabido es que se llama "grado de curvatura" al radio del círculo tangente interior a una curva: a mayor radio, menor grado de curvatura. De donde si el radio del universo fuera infinito, el grado de curvatura sería nulo. Pero si el espacio es curvo según la física nueva, y el universo, aunque no conoce el espacio, es también curvo, es claro que resultará limitado o finito. Mas no hay espacio real. El espacio aquel de antaño es una curva de cierto grado y nada más. Cuando Michelson quiso probar que el éter se contraía, se encontró con que lo que se contrae, con la velocidad, es el cuerpo. Por eso, sorprendido, dicen que dijo, melancólico: "No es eso lo que quería, mi viejo y querido éter." Algo así dirá al espacio el físico nuevo. Para llegar a un espacio métrico, le ha llamado campo. Y el universo, aunque llegue a ser un campo único, no será *el* espacio, sino *un* espacio. Del mismo modo que la causa no existe, pero las probabilidades son más seguras que las causas; y así como la materia no existe y engendra su propio espacio, así el espacio no existe, pero diversificado en campos, llega a integrar un universo único. Son las gracias de la nueva física. El universo es finito y cerrado, aunque se dilata, ganando cada vez más... lo que sea, porque no es espacio lo que gana. Si preguntamos qué hay más allá de las bardas de ese universo cerrado y finito, se nos dice, como a los niños, que no hagamos preguntas tontas o impertinentes; que a papá, es decir, a la ciencia, no se le hacen tales preguntas por los niños de buena educación, esto es, por hombres ortodoxos de la nueva ciencia. Jeans dice: "Cualquiera que mencione las limitaciones del espacio en sus escritos, se verá asediado con preguntas relativas a lo que se encuentra más allá del espacio finito. Se nos dice que es imposible imaginar un espacio finito como una realidad física. Si intentamos hacerlo se nos pregunta, desde luego, qué hay exterior al espacio." Y Jeans se contesta: "Si desistimos de atribuir realidad alguna al espacio finito, *excepto aquella que pudiese corresponder a un puro concepto mental* (por lo visto, la realidad no tiene espacio, y los puros conceptos, sí), el camino queda completamente aclarado. Nuestros pensamientos cotidianos nunca rebasan una parte finita del espacio, etc." Y esto lo dicen gentes que manejan espacios y distancias de billones-luz, que hablan de universos en expansión y usan hasta los números y conceptos transfinitos. Jeans concluye así su meditación: "El es-

pacio no puede tener realidad objetiva alguna, excepto como un constituyente del continuo." Y, sin embargo, es precisamente el universo como continuo lo que se viene negando.

Y así acaba surgiendo una de las grandes paradojas de la física. Se ha negado el espacio clásico para afirmar la teoría del campo, el espacio limitado, y, por tanto, había que mutilar al universo toda infinitud, porque lo infinito se mide mal. Por eso dice Eddington: "Había una región en la que la teoría (de la relatividad) no parecía actuar debidamente, que era en el infinito. Me parece que Einstein demostró su grandeza en la manera esencial y enérgica de solventar las dificultades en el infinito. Abolió el infinito. Modificó ligeramente sus ecuaciones, para hacer que el espacio a grandes distancias resultase curvo, hasta quedar cerrado por completo." Einstein necesitaba un campo curvo y cerrado para sus especulaciones, y expulsó al infinito. Para ello, en el enunciado primero de la ley general de la gravitación introdujo una fuerza de repulsión cósmica que no había sido prevista por Newton; pero luego introdujo un nuevo elemento: la constante cósmica.

Esta constante no pareció al principio muy justificada, y el propio Einstein dudó de su legitimidad; pero luego la ha incorporado Weyl a su interpretación del espacio, y Eddington la acepta como cierta y segura, y la ecuación es admitida. Y la constante cósmica es calculada como la inversa del cuadrado del radio inicial para el universo en expansión. Tenemos ya un universo finito, cerrado, curvo; un universo esférico, pero que, además, se expande. Y ahí está la paradoja, porque no sabemos cómo entender que un universo sea limitado y esté dilatándose a velocidades enormes. Ni siquiera el término "expansión" parece bien usado, pues si en una esfera las masas se mueven, diremos que se trasladan y cambian de lugar, pero no que la esfera se dilata. Y entonces nos preguntamos: Esas galaxias que se van, según la expresión de Einstein, ¿no volverán a aparecer por el otro costado del universo?

Veamos: la expansión del universo se debe a De Sitter, que lanzó la primera idea en 1907. La dedujo del corrimiento hacia el rojo del espectro de las *nebulosas en espiral* o extragalácticas, esto es, de las que están fuera del conglomerado algodonoso de la Vía Láctea. La primera idea no era de expansión, sino que, del corrimiento hacia el rojo, De Sitter dedujo solamente un movimiento de retroceso de las nebulosas. Fué después cuando pensó en una expansión general del universo. Hubble encontró que la velocidad de retroceso es proporcional a la distancia, de modo que, a

medida que las nebulosas en espiral se alejan, su velocidad aumenta, en un movimiento terriblemente acelerado, hacia atrás. Hubble halló que esa velocidad de retroceso es de 550 kilómetros por segundo y por *megaparsec*, y el *megaparsec* vale 326 millones de años-luz. Y como este retroceso se comprobó después en estrellas próximas, aunque con velocidades muy pequeñas, se habló ya del universo en expansión.

Eddington dice que es erróneo sacar esta consecuencia de la desviación espectral hacia el rojo, pues el mismo efecto ocurre también cuando las ondas de luz pierden frecuencia y energía por otras causas. Tal ocurre con el *envejecimiento* de la luz; con el *cansancio,* al menos, observado en el efecto Doppler. La luz, como cualquier viajero, pierde energía a medida que anda... Y como a medida que el universo se expande aumenta su velocidad de retroceso, llegará un momento en que adquiera la velocidad de la luz. Y entonces, ¿pensaremos que el universo empieza a cansarse?

El universo descrito por De Sitter era un universo estático y *completamente vacío,* como dice Eddington, o, cuando más, con una densidad media de materia próxima al centro y prácticamente despreciable. El universo de Einstein, en cambio, es material, pero también estático y sin movimiento. En De Sitter hay expansión; pero es el universo total el que se expande, no los sistemas materiales, que apenas si existen. En Einstein, es el universo total el que permanece prácticamente quieto y los sistemas materiales se mueven y expanden. "El universo de Einstein—dice Eddington—contiene materia, pero no movimiento, y el de De Sitter contiene movimiento, pero no materia." En 1922, Friedmann propone una solución intermedia, que es la ampliada y mejorada por G. Lamaitre, H. P. Robertson y Eddington. Según esta nueva interpretación, "tanto el sistema material, como el espacio cerrado que lo contiene, se expansionan. En un extremo tenemos el universo de Einstein sin movimiento. Después, al recorrer la serie, nos encontramos con universos que demuestran poseer una expansión cada vez más rápida, hasta llegar al universo de De Sitter, en el otro extremo de la serie". Y como a medida que aumenta la expansión disminuye la densidad de la materia, cuando llega al universo límite dice De Sitter: "La serie de los universos en expansión se acaba entonces no porque la expansión se haga demasiado rápida, sino porque no ha quedado nada que pueda expansionarse." Hemos llegado al límite del espacio, mejor dicho, de los espacios, porque hablar de *el* espacio es una antigualla.

El universo no es una esfera euclidiana, es una hiperesfera de cuatro dimensiones, que se ha formado, según Lamaitre, repentinamente y a partir de un átomo que estalla en fuegos de artificio, cuyos minúsculos puntos se dilatan o agrandan. A esa hipótesis opone Eddington la suya: "Para mí no pueden separarse, filosóficamente, *igualdad sin diferencias*, y *nada*. Las realidades de la física son faltas de homogeneidad, hechos, cambios." Notemos cómo Eddington lo confunde todo: el concepto *lógico* de la nada con su concepción *ontológica*; y notemos cómo mezcla lo físico con lo filosófico. Que la percepción física exija cambios no quiere decir que la nada sea nada más homogeneidad e indiferenciación. Con esta visión spenceriana, ha dicho antes: "El estado primordial de las cosas que me imagino es una distribución uniforme de protones y electrones extremadamente difusa, y, llenado todo el espacio (esférico), que permanezca casi en equilibrio por un tiempo excesivamente largo, hasta que su *inestabilidad inherente* prevalezca... No hay prisa para que comience a suceder algo; pero, al fin, pequeñas *tendencias irregulares* se acumulan y la evolución empieza." Y, así, por la "inestabilidad inherente" a lo estable, por la "tendencia irregular" de lo regular, por el afán de heterogeneidad de lo homogéneo, se *explica*, según Eddington, la "evolución de las estrellas, de los elementos más complejos, de los planetas y de la vida". La cosa está clara, ¿no? Y "cuando, al fin, por la degradación termodinámica de la energía, el universo, con la misma gradación, alcanza de nuevo una igualdad sin diferencias, se llega al término del universo físico". He ahí en pocas palabras el origen y el fin del universo en Eddington, con un vago acento imaginativo flammariónico.

TIEMPO, ESPACIO Y TIEMPO

Del mismo modo, el tiempo en física no es algo real, vivido, sino una variable más del universo de Minkowski. Es un tiempo métrico y nada más. "Al físico—dice Reichenbach—le interesa, ante todo, la medición del tiempo, y por eso todas las consideraciones críticas sobre el concepto de tiempo tienen su origen en la cuestión de la mensurabilidad." El tiempo es tiempo real, que está ahí para cortar como una tela de camisa. No es como el espacio,

que era—dicen—una invención de los metafísicos. Es más: la causalidad no existe para muchos, incluso para Reichenbach, que nos ha dicho que la causalidad sin la probabilidad no es nada; pero la causa es lo que origina la noción del tiempo. "La crítica de la teoría relativista del tiempo—dice—ha descubierto que la idea de la causalidad, del enlace causal entre los sucesos, es la que se halla detrás de la ordenación del tiempo." Para Eddington, para Einstein, para Weyl el tiempo es una variable, pero es también una entidad realísima que nadie puede negar. En el efecto de De Sitter, las distancias del universo retrasan los tiempos. Desde que la estrella lejana nos manda su luz hasta que nos llega ha transcurrido un tiempo, de modo que la posición de las estrellas ha variado. Si la estrella sigue teniendo la misma posición en una segunda medición, es que hay reposo absoluto. Y Eddington se pregunta: "¿No es precisamente por eso por lo que se han preguntado los absolutistas?" Y se contesta dando a entender que ello es posible y no censurable. El relativista Eddington no ve inconveniente en que haya reposo absoluto. Y ocurre entonces preguntar: Con reposo absoluto, ¿no se afirma la noción de *el* espacio? Con reposo absoluto, ¿hay tiempo? Aprobemos que con el reposo absoluto cabe admitir el espacio de configuración, el campo; pero ¿qué significa ahí hablar de tiempo? La relatividad se atiene a un concepto métrico, empírico, y renuncia a admitir y entender el espacio y el tiempo absolutos, actitud que no es del todo nueva en la historia del pensamiento filosófico y menos en la historia de la física, pues frente a Newton está Leibnitz.

Sabemos que, para Newton, "*el tiempo absoluto, verdadero y matemático* transcurre en sí y por naturaleza uniformemente y sin referencia a ningún objeto exterior". Y también: "*El espacio absoluto permanece siempre igual e inmóvil.*" El espacio es el "sensorio de Dios", el órgano o medio por el que Dios entra en relación con lo natural.

El tiempo absoluto es la Eternidad. Mas para Leibnitz, el espacio y el tiempo son medios de ordenación de las cosas, de modo que sin ellas no se conciben el tiempo y el espacio, pues las cosas, para ser, han de tener alguna localidad en un instante dado. Resultan así el espacio y el tiempo un tanto relativistas, en Leibnitz, funciones y relaciones de las cosas, con relatividad objetiva, relacional, independiente de un sujeto que pueda observarlas y medirlas. Las relaciones de las cosas son independientes de todo observador. Pero, en Kant, el espacio y el tiempo se subjetivizan, resultan *formas* del

conocimiento del hombre, que éste aplica inevitablemente a las cosas. "El espacio y el tiempo forman parte de nuestra organización espiritual", dice Kant en la *Crítica de la razón pura*. Espacio y tiempo no son relativos, sino absolutos, pero no objetiva, sino subjetivamente. En las cosas no hay tiempo ni espacios reales y objetivos, sino que espacio y tiempo son universales en el espíritu, que condiciona categorialmente la realidad de las cosas. Mientras los conceptos inducidos se logran pasando de lo particular a lo general, las nociones de espacio y tiempo se obtienen de modo universal en el espíritu, y de ellas se pasa a las nociones particulares de este espacio o aquel tiempo concreto.

Con la relatividad se opera una honda revolución en las nociones de espacio y tiempo. Ni el espacio ni el tiempo tienen razón de ser por separado. Así lo enuncia Minkowski en Colonia, en 1908: "Desde ahora, el espacio por sí solo, y el tiempo por sí solo, pasan al olvido, y únicamente una especie de unión entre ambos conservará existencia independiente..." Sin embargo, la noción espacio-tiempo tarda en imponerse, y hay que esperar a que la relatividad einsteniana la vaya difundiendo entre los físicos y los matemáticos. Todavía, en 1920, Eddington admite el tiempo separado como una cuarta dimensión, o, mejor, como una cuarta variable, que tal vez no deba confundirse con una "dimensión".

ESPACIO, TIEMPO Y RELATIVIDAD

Pronto se generaliza la noción de que no existen el espacio y el tiempo como variables distintas, sino que todo tiempo se asocia a un espacio o lugar determinado, y toda espacialidad se mide por un tiempo. Espacio y tiempo son relativos a la materia, porque sin materia no existen el tiempo ni el espacio. El espacio tiene cualidades geométricas gracias a la materia, y el tiempo es tiempo o duración porque algo material dura. La distancia, como la temporalidad real de los acontecimientos, está en función de la intensidad de los campos gravitatorios. No existe la simultaneidad porque no se puede medir, lo cual no deja de ser de una lógica sorprendente, pero es que para la relatividad es la lógica la que empieza a no merecer ningún respeto. El espacio, como lugar único de acontecimientos en sus puntos universales, no existe, como no existe el tiempo en calidad de instante simultáneo común a dos o más lugares. Lo que existe es, pues, el espacio-tiempo, es decir, movimientos, velocidades.

La velocidad es el concepto fundamental de la nueva física. Por eso, no hay reposo en absoluto, a pesar de Eddington. Podemos separar conceptualmente el espacio y el tiempo, pero en la realidad se nos dan siempre como estructura unificada. Sin embargo, se admite el "intervalo", que es la expresión física del espacio-tiempo, pero que destruye toda presunta homogeneidad de un espacio-tiempo único. El "intervalo" comprende la distancia asociada a la diferencia de tiempo entre dos sucesos. "Se puede concebir el intervalo como una cantidad que posee forma exterior que le es propia; una relación absoluta entre los dos sucesos que no exige la existencia de un observador particular", dice Eddington. Ya tenemos, pues, la noción de espacio-tiempo, que viene a reemplazar a las nociones tradicionales de cada uno de los miembros de nuevo término. Pero otro gran relativista, Weyl, nos dice: "El continuo tetradimensional espacio-tiempo *no es nada en sí mismo*, sino solamente el campo para las posibles coincidencias (o mejor contactos) de acontecimientos." Russell repite hasta la saciedad que el descubrimiento del espacio-tiempo es el gran hallazgo de la física de hoy, y así dice, por ejemplo: "Cada trozo de materia tiene su propio tiempo local." Cada sistema material tiene, pues, su propia temporalidad que le nacerá, seguramente, de un costado. Debe de ser que la materia, al moverse, elabora un jugo sutilísimo y oloroso que se llama tiempo, y que el hombre de ahí toma y bebe para esa vaga embriaguez que es el vivir. Todo esto lo ha averiguado la física contemporánea, obtenido en el lagar de unas ecuaciones. Es algo flúido y sin partes. "En la física matemática—dice Russell—, el tiempo es tratado como consistiendo en instantes, aunque al estudiante perplejo se le asegure que los instantes son ficciones matemáticas." El tiempo no tiene instantes, es flúido, continuo, pero cada sistema tiene el suyo, de modo que hay tantos tiempos como sistemas materiales, con lo cual no hay continuidad posible, de no admitir la simultaneidad de los sucesos materiales en el espacio, pero ya hemos visto que la física relativista no admite la simultaneidad.

No hay tiempo y espacios separados; hay espacio-tiempo, hay movimientos y velocidades, y éstos, las velocidades y los movimientos, son los que *producen* tiempo; no es que la materia necesite tiempo para moverse, de modo tal que cuanto más tiempo use o tome, más velocidad adquirirá, sino que, al revés, cuanto más se mueva, más tiempo estará segregando. Otras veces, piensa Russell, con Weyl y con Whitehead, que el movimiento, más que producir tiempo, lo consume, como un motor consume gasolina, pero

entonces hay que pensar que el tiempo existe antes del movimiento, y no es eso lo que conviene a la física. Una vez dice Russel, siguiendo a Reichenbach, que si un hombre viajara a Sirio con una velocidad equivalente a diez onzavos de la de la luz, para un observador terrestre tardaría en llegar cincuenta y cinco años, pero el propio viajero creería que el tiempo invertido en el viaje sería de once, y así, como once años de vida, quedaría anotado en su fisiología. Según esto, el tiempo es concebido pegado a la materia, sí, pero como algo externo a la vida, en la que deja la huella de su sandalia. Es curioso todo esto; niegan el tiempo y parecen que lo ven andar.

Según lo antes dicho, las propiedades químicas de la materia están en función del tiempo, lo que es cierto, pero ello es porque la materia (que al fin se resuelve en energía) se cansa con el movimiento y envejece y cambia, de modo que el movimiento local se resuelve en alteración de sustancia, que es lo que se ve en el efecto Doppler y en las teorías del físico indostano Chandra Bos. Un exceso de radiación puede producir la pérdida de un electrón en un sistema atómico, y esa pérdida del electrón supone un cambio de estructura atómica. Es el salto de la cantidad a la cualidad. Pero ¿cómo puede cuantificarse el tiempo si es todo de esencia cualitativa? ¿O es que la presencia cualitativa del tiempo origina cambios de cantidad en la materia que se mueve? Así como una fotografía es un cadáver y no algo vivo, todo cuerpo en movimiento, visto en un instante de tiempo, está en reposo, que es lo que subrayó Zenón de Elea. Es el tiempo, con su fluidez y continuidad, lo que parece dar movimiento y vida. Pensando así, Alexander, el filósofo australiano, dice que el tiempo es el alma del espacio como cuerpo. Hay que concluir afirmando que la discontinuidad mata el tiempo, y por eso Russell rechaza la separación de instantes en la ciencia física, según hemos visto. Y Broglie ha querido establecer analogía entre el tiempo bergsoniano y el tiempo de la física actual. Pero la física cuántica, al afirmar la discontinuidad de la materia, hace del tiempo algo que golpea discontinuo como un timbre, lo que hace quebrar la melodía de lo temporal para ajustarse a la materia y al espacio. Y todo esto en contradicción con la conciencia que el hombre (con la del físico como hombre) tienen del tiempo, y más allá de toda experiencia en el observador, que es lo que se propone la teoría de la relatividad. Por eso, astutamente, dice Jeans que el cuánto de luz no es necesario. No será necesario, pero ahí está el hecho y nada menos que adoptando la forma de una

misteriosa constante universal, pues lo que dice la fórmula fundamental de Planck es que toda cantidad de energía mantiene con su frecuencia o discontinuidad una relación matemáticamente constante.

Mas también el espacio-tiempo acusa discordancias internas: en unas, coordenadas cartesianas, podemos hablar de espacios positivos y negativos, tomando referencia del eje de los tiempos; y viceversa, los tiempos son negativos o positivos, a partir del eje de los espacios. Pero en un espacio curvo e ilimitado, ¿dónde trazar las coordenadas gaussianas, ni dónde el arriba ni el abajo, la derecha ni la izquierda? Hay que poner, sin duda, un observador como eje o centro de referencia, con lo cual el propósito de la relatividad, de obtener la verdad independientemente del observador, no se cumple. El físico, hablando de un espacio cerrado y curvo, no puede decir que A precede a B, ni en el espacio ni el tiempo. No lo puede decir para el espacio, porque ello es cuestión de tiempo, y con tiempo, la luz de una estrella que tenemos delante puede llegarnos por detrás en el universo esférico. Ni lo puede decir del tiempo, porque ello es cuestión de distancias o espacio, y así los hechos astronómicos anteriores a Jesucristo pueden resultar posteriores a nosotros, por la distancia de las estrellas. Tampoco puede decir el físico que A precede a B en el sistema terrestre, porque, siendo la tierra esférica, depende la precedencia en el espacio, y, por tanto, en el tiempo, de quién la enuncie y de dónde se sitúe. Para mí, español, España precede a los Estados Unidos, en el globo, pero para los Estados Unidos, éstos preceden a España. Y para un chino la precedencia de España o Estados Unidos dependerá de que mire a derecha o a izquierda. La misma noción de precedencia es ambigua y no sabemos si decimos preceder en el tiempo o preceder en el espacio. ¿Cómo, entonces, puede la relatividad determinar unívocamente un suceso por la conjunción espacio-tiempo?

Y no basta con introducir la noción de intervalo o de velocidad, pues la velocidad acerca al continuo, pero no lo alcanza. Para un continuo perfecto haría falta una velocidad infinita; pero una velocidad infinita no daría tampoco el continuo, porque el espacio se encogería, pues a infinita velocidad, el punto de partida sería idéntico al de llegada, con lo cual en vez de movimiento se obtendría el reposo, y en vez de la melodía infinita del continuo, se conseguiría solamente un punto. Esto es lo que ha querido salvar Einstein dictando, por decreto irresponsable, que la velocidad de

la luz es la velocidad límite y, por tanto, que no puede haber velocidades superiores a la de la luz.

El espacio-tiempo no es una convención de los físicos; tiene realidad en nuestra vida, pero esa realidad es la que escapa a la determinación y medición de la física. Ni el tiempo ni el espacio de ese espacio-tiempo son reales, ni humanos. Los físicos de hoy han deshumanizado el tiempo, lo más esencialmente constitutivo del hombre, y al hacerlo una variable matemática, lo han falseado. El tiempo físico-matemático es una magnitud espacial y no es el tiempo que el hombre experimenta a lo largo de su vivir. Es un reproche que ya se ha hecho a la relatividad, por Milne y por Martin Johnson. Los relativistas han pretendido arrancar las representaciones más hondas y vivas que el hombre tiene del espacio y el tiempo, para sustituirlas por abstracciones matemáticas sin realidad, porque prefiere las abstracciones matemáticas a la realidad. Sin duda, el espacio no lo podemos concebir sin cuerpos, y la imaginación y la razón del hombre no son aptas para concebir el vacío absoluto; pero ¿podemos concebir cuerpos sin espacio? ¿Podemos concebir cuerpos que no estén en algún espacio ni cuerpos que no sean espacio, pues la extensión es espacio también? La materia está hecha de espacio, no es que los cuerpos *estén en* el espacio; es que el espacio *está en los cuerpos.* Pero los físicos de hoy no sabemos qué idea tienen del espacio, pues de una parte hablan de la materia, y de otra del espacio. El espacio vacío les repugna, y quisieran que fuera en algún modo de materia. Pero luego hablan de la materia como si no fuera espacio. Por eso, se inventó el éter, que la física moderna empezó a admitir, y cuando no ha habido modo de demostrar la existencia del éter, los físicos han llenado el espacio (los espacios) de radiaciones y le han llamado "campos". Sin el espacio, se pueden pensar como algo material. Y, sin embargo, lo que los físicos han podido comprobar no es que el espacio sea materia, sino que la materia es siempre copo o terrón de espacio; y también que el espacio, cuando no se condensa en materia, está vacío; de cabos de espacio se teje lo material. Si los físicos hallan que la electricidad circula mejor en el vacío, como la gravitación, ¿a qué hablar de un éter, de un algo que no es vacío, ni espacio ni materia? La contradicción de Michelson, ¿no quiere decir que, con la velocidad, los cuerpos se contraen, es decir. destilan espacio, expulsan espacio intersticial como una masa cualquiera que se aprieta?

Nos representamos conceptualmente, queramos o no, al espacio.

como algo quieto y ancho y encharcado, mientras imaginamos al tiempo en incansable fluencia lineal e irreversible: ¿cómo, entonces, imaginar el espacio-tiempo? El espacio podrá ser curvo, cerrado y esférico, pero si el tiempo no se curva, es una recta sin espacialidad; ¿cómo se unen, pues, el tiempo y el espacio en el "espacio-tiempo"? El tiempo no tiene reposo posible, pero el espacio no se mueve. Mas la influencia de lo temporal es un moverse sin móvil. El espacio sin cuerpos es reposo absoluto, sin algo que repose, un vacío en quietud total. Por eso dice la física que hay que establecer el espacio-tiempo, la conjunción entre ambos en el movimiento, en la velocidad. Pero a la materia no la mueve el tiempo, sino el ímpetu, el impulso, o la causa, lo que sea, y se ayuda del tiempo no para moverse, sino para ser medida en su movimiento. Para el movimiento no hace falta el tiempo, como dice la física, eso es falso; el movimiento cambia la materia de lugar, pero no da tiempo, que ella misma no tiene. Cuando el físico se acerca y trata de medir el movimiento es él quien pone el tiempo que allí no había. Tratar, pues, de determinar sucesos sin observador es hablar por hablar. El tiempo real es un viento sutilísimo que brota del hombre y sopla sobre las cosas, como el espíritu de Dios sobre las aguas al nacer el mundo. Sólo aplicando el tiempo al espacio, a la materia, se puede medir el movimiento. Cuando la materia cambia de lugar o posición, el tiempo no interviene, pero el tiempo sirve para medir el movimiento y, por el movimiento, la materia y el espacio... El espacio-tiempo no está ahí caído entre las cosas del mundo, sino que surge ante el hombre cuando el hombre llega a las cosas. Pero si para el hombre el espacio aparece unido al tiempo, también la materia va unida a la cantidad, y no por eso negamos cantidad y materia fundiéndolas en una nueva entidad que se llama "materia-cantidad". Es que el tiempo es mío, porque yo soy temporalidad; el espacio es de la materia.

SOBRE LA TEORÍA DE LA RELATIVIDAD

La relatividad, contra lo que su propio nombre ha hecho creer a tantos, no es una teoría relativa o relativista, sino ganada por los más rigurosos absolutismos de la razón. La relatividad es la última forma del racionalismo europeo, su manifestación más rígida e intransigente. Lo mismo puede decirse de la física cuantista, aunque hay que reconocer que Max Planck aceptó un hecho que parece

real—la discontinuidad de la energía—, pero que contradice la concepción más espontánea del pensamiento.

Tanto Galileo como Newton van a la Naturaleza para interpretarla y entenderla, pero llevan ya tras de la frente una serie de supuestos e hipótesis, de formas de pensamiento, *a priori*, que hacen a la Naturaleza contestar como contesta el estudiante a un cuestionario. Y este cuestionario no siempre viene inspirado por la realidad, sino sacado—como decía Descartes—del "tesoro del espíritu", e impuesto a la realidad misma, prescindiendo del testimonio de los sentidos para alcanzarla. Andan Galileo, Huyghens, Newton, Gassendi, Keplero y muchos más buscando, al parecer, afanosamente cosas, hechos, fenómenos, por entre los matorrales del universo; pero en realidad, más que pendientes de los hechos reales, caminan atentos a su propio pensamiento, anhelantes, deseosos de que los hechos se ajusten dócilmente a lo que ellos piensan. Reniegan de Aristóteles y llevan no poco aristotelismo dentro. Es una época en que el europeo, por primera vez, camina imperialmente entre las cosas de la Naturaleza, dictando decretos e imponiendo leyes.

Hoy todos los principales físicos siguen haciendo lo mismo, aunque parezca que no. La verdad es tan absoluta como antes y no es relativa a cada uno, pues es independiente de la referencia a un observador. Lo que éste ve es relativo, y aun erróneo, pues así como ve el sol antes y después de salir, por la refracción de los rayos, también percibe como simultáneos hechos que no lo son, como creer en reposo a un móvil que camina con igual velocidad que él, en la misma dirección e idéntico sentido. Pero si es relativa la visión del observador, no lo es la realidad. Mas la relatividad de los sentidos no obsta a que la razón conozca la realidad de un modo verdadero y absoluto. La prueba es que, a pesar de las ofuscaciones de los sentidos y los observadores, la relatividad dice haber alcanzado la verdad absoluta de los hechos independientes de todo relativismo, de modo que, aunque la relatividad fuera relativa, nuestro saber de ella es absoluto, tanto que muchas veces contradice los datos de los sentidos. Toda relatividad es kantiana, y todo el pensamiento es absolutista en cuanto ya lleva en sí la verdad y sus imperativos racionales al acercarse a las cosas.

Ortega dice que la relatividad no es kantiana, sino más bien perspectivista o participante de la teoría orteguiana llamada de la "perspectiva" o el "punto de vista", teoría que no es un fácil relativismo, pues la verdad no depende de cada sujeto, sino del punto

de vista o perspectiva que éste adopte. La perspectiva de un observador en Sirio no es la misma que la de ese observador en la Tierra, pero no es teoría subjetivista, porque no depende del humor o situación del sujeto, sino de la perspectiva que da Sirio o da la Tierra. Newton y Galileo, y los físicos de la época, creían que había un punto de vista universal, igualmente válido para todos los hombres y todas las perspectivas. Era la visión *sub specie aeternitatis.* De ello deduce Ortega que hay en los relativistas de hoy una humildad radical en la actitud de su pensamiento.

Pero, no. La razón del relativista finge adaptarse a lo real, pero en el fondo busca mandar, imponer a lo real los fueros de su pensamiento. Porque diga que el universo no es infinito, sino limitado, y haya sustituído el cosmos también infinito por los campos, no debemos creer que sea humilde el relativista. La prueba es que Einstein ha buscado, y hasta ha dicho haber encontrado, la ecuación clave o constante de todos los fenómenos del universo. Y para que esa constante no falle, ha sentado *a priori* que la velocidad de la luz es una velocidad límite y *no puede haber* otra superior. Y, sin embargo, un físico italiano ha encontrado recientemente que esa velocidad de la luz no es constante.

Se comprende por qué aumentan por días los impugnadores de la relatividad y de los teóricos de la física matemática, que en un rapto de soberbia, habían creído que venían al mundo a cambiar el pensamiento y aun el ser del hombre. Desde Ernesto Mach, a Milne y Johnson, pasando por Hönigswald, Muller, Kraus, Gehrke, Lenard y Hans Driesch, las críticas de la relatividad, así en el plano de la física como en el de la filosofía, son cada vez más recias y eficaces. Milne ha mostrado que la relatividad, generalizada como teoría, tiene escasa austeridad científica, lanzada para deslumbrar a las masas con palabrería audaz, y que abunda en hipótesis gratuitas y magnitudes arbitrarias, todo en contradicción con la experiencia. Fué Milne, en fin, el que demostró que lo de la expansión del universo y su contracción alternativa era una aventura nada más que pintoresca. Gaston Bachelard, afirma que "las mecánicas clásicas y relativistas... no pasan ya de aproximaciones más o menos groseras hacia teorías más finas y completas como la cuántica"".

También Eddington, un relativista, habla de la "imprecisión e inconsistencia de la actitud de la mayor parte de los físicos" debida, principalmente, a la tendencia a considerar que el único aspecto de una teoría que merece atención es el "desarrollo matemático de

la misma y a olvidar que en la física hay algo que depende de la profundidad, con la cual se elaboran las ideas antes que ellas estén en condiciones de ser tratadas matemáticamente". Y añade luego: "No se insistirá nunca lo suficiente en que ni la teoría de la relatividad ni la de los cuántos están resumidas en fórmulas bien asentadas y aplicables a todos los casos."

También el biólogo y filósofo Hans Driesch atribuye a la moda y a la versatilidad de las gentes el auge de la teoría de la relatividad, y combate duramente la arbitrariedad de decretar que no hay posibilidad en el universo de una velocidad mayor que la de la luz, aseverando que "no tienen ninguna nueva base experimental ni pueden tener ninguna base semejante".

Se está refiriendo a la paradoja de que la luz tenga la misma velocidad con relación a un sistema en reposo y con relación a otro en movimiento y con sentido contrario a la luz, tal y como se dedujo del experimento de Michelsen-Morley, y dice: "La luz tiene siempre de hecho la misma velocidad de 300.000 kilómetros por segundo... Aquí se introduce un concepto absoluto; se hace una afirmación sobre lo real; es así en el sentido de una realidad empírica. No se puede añadir nada ni positiva ni negativamente a la constante fundamental de toda la física *C:* es una "velocidad" distinta a las demás." Y concluye Driesch que aquella aseveración de que la luz tiene la misma velocidad para un sistema en reposo y para cualquier otro en movimiento, ofende al principio de contradicción. "Hay verdades dentro de la teoría de la relatividad —dice Driesch—, aunque no extraordinariamente importantes."

Es que los relativistas suelen usar una lógica muy relativa. Rodolfo Lammel, por ejemplo, dice en un conocido libro sobre la relatividad: "La velocidad de la luz desempeña en física el mismo papel que el número infinito en matemática. Y como infinito más 5 es igual a infinito más 7, o sea, igual a infinito, en uno y otro caso, si a la velocidad de la luz se aumenta la de la tierra, que es de treinta metros por segundo, la velocidad total sigue siendo igual a 300.000 kilómetros por segundo. Lo mismo ocurre si en vez de añadir la velocidad terrestre, la restamos." Y, sin embargo, la velocidad de la luz no es infinita, sino limitada y conocida. Pero hace falta que la velocidad de la luz sea una velocidad límite, insuperable, y no hay más que hablar. Los relativistas son así de absolutistas. William Pepperell y Montague, de la Universidad de Columbia, han expuesto con ingenio y gracia lo que significa esta ley einsteniana:

Existía un dictador que había establecido, por su realísima gana, que todos sus súbditos podrían correr con sus coches a la velocidad que quisieran con tal de no sobrepasar la del suyo, que ya había establecido el *record* de 300.000 kilómetros por segundo. Un guardia de la circulación, novato, vió que los coches de los hermanos Beta se acercaban en recíproco sentido contrario a la velocidad de $\frac{7}{8}$ de la del coche del dictador. Pero al cruzarse los coches de los hermanos Beta vió el guardia que las velocidades se sumaban, y alcanzaban, por tanto, la de $\frac{14}{8}$ velocidad superior a la del dictador, por lo cual multó a los hermanos Beta, que habían infringido las órdenes recibidas. Pero como el jùez comprobó, por los velocímetros de los corredores, que la velocidad respectiva de cada uno de los coches de los hermanos Beta sólo marcaba $\frac{7}{8}$ de la velocidad-tope establecida por el dictador, el juez absolvió a los hermanos y amonestó al guardia de la circulación por su ligereza; y, aunque éste alegó que la velocidad marcada por los coches no era la velocidad que había que computar en el momento de cruzarse ambos, el juez repuso, malhumorado, que la velocidad debía calcularla en cada coche con relación a la velocidad del alcalde y no meterse a sumar velocidades y a obtener otra distinta.

El propio Pepperell, que dice con toda claridad: "No creo que el postulado fundamental de la relatividad sea cierto", después de ironizar sobre un móvil que alcanzara una velocidad mayor que la de la luz, en que el tiempo se volvería del revés, y lo ocurrido hoy resultaría ocurrido el otro jueves, nos da a conocer una graciosísima quintilla, que no sabe si es de la señorita May Sinclair o de otra persona. Traducida, dice así:

Había una joven que se llamaba Superluz,
y cuya velocidad era mucho mayor que la de la luz;
un bello día se fugó con su novio,
pero como lo hizo ajustándose a las normas relativistas,
volvió a su casa antes de... la noche anterior.

Y Pepperell, después de afirmar que en la teoría de la relatividad hay más "perfección formal" que "información acerca de la Naturaleza", y después de ironizar sobre la "luz" de Einstein, que es "lo más maravilloso del mundo", dice, por fin: "La luz es, para Einstein, el absoluto nuevo y único de un mundo donde todo lo demás es relativo." Y el caso es que Pepperell es hombre de anchas simpatías por la relatividad. Y, sin embargo, reincidiendo sobre estas paradojas y contrasentidos de la física de hoy, dice en otra

parte: "El profesor Eddington dice que, si alguien pudiera volar sobre la alfombra mágica de los cuentos orientales, marchando a la velocidad de la luz hacia la estrella Arturo, sólo sería media hora más viejo cuando llegase a su meta que cuando partió de esta Tierra; sin embargo, dado el punto de vista de los que quedamos aquí, habían transcurrido unos doscientos años. También el profesor Hermann Weyl confirma esta divertida aplicación de la teoría de Einstein a la fisiología, mediante la suposición, más moderada, de que si de dos hermanos mellizos uno se quedara en casa mientras el otro viajaba durante unos cuantos años, a velocidad casi igual a la de la luz, cuando volviese sería perceptiblemente más joven que el mellizo que no viajó. Ello se debería a que las moléculas de nuestros cuerpos, cuyos cambios rítmicos determinan el envejecimiento o adelanto de nuestras vidas, son relojes naturales, y, como todos los relojes, deben atrasarse cuando nuestros cuerpos se mueven. "Ahora bien: si nuestros procesos moleculares se hacen más lentos, tardará más en llegar la atrofia de las glándulas y de los músculos y el endurecimiento de las arterias, esto es, que el envejecimiento será más lento." Y comenta a continuación Pepperell: "A pesar de lo muy atractiva de tal hipótesis, no creemos que sea verdadera. En un mundo lorentziano, en que el movimiento sería absoluto, el mismo éter que acorta los espacios de los cuerpos que se mueven alargaría también sus tiempos y haría más lentos procesos como el instalarse en la dirección del movimiento. En tal caso, todos los viajeros muy rápidos se nos aparecerían no sólo acortados o achatados, sino también rejuvenecidos, únicamente en aquella dirección que hubiesen escogido como dirección de sus viajes, mientras que en las otras dos dimensiones seguirían siendo tan amplios y tan viejos como si nunca se hubieran movido. En cambio, no se me ocurre cómo podrá darse ese rejuvenecimiento unidimensional en el mundo einsteniano, en que no hay éter ni movimiento absoluto."

Y termina Pepperell: "Para apreciar bien la dificultad implicada, echemos una segunda mirada a los dos hermanos gemelos del profesor Weyl, uno de los cuales viaja y el otro no. Supongamos que el que se quedó en casa sintiera envidia de la apariencia juvenil del otro, después de tal viaje: sólo tendría que recordar que todo movimiento es relativo, y, que, por consiguiente, él tiene perfecto derecho a mirarse a sí mismo como el viajero, y a su hermano como el que quedó en casa. Así sería él quien parecería más joven y quien realmente lo *sería.* Ahora bien: ni siquiera en

un mundo einsteniano podrían dos hermanos, y menos los gemelos, ser cada cual unos años más joven que el otro; eso sólo sucedería en un universo en que todos los cuadrados fuesen redondos, y en que el principio de contradicción se hubiese echado a dormir."

Pedro Caba.
Arzobispo Apaolaza, 22.
ZARAGOZA.



ARTE Y PENSAMIENTO

LA CRITICA CALDERONIANA, EN LOS SIGLOS XIX Y XX, EN ALEMANIA

POR

JULIUS WILHELM

Lope de Vega y Calderón, dos glorias del Siglo de Oro, representan dos aspectos principales no sólo del drama español, sino también del genio hispánico. No ha de extrañar que la intelectualidad alemana, que desde la época de Herder y del romanticismo se dedica al estudio de las cosas de España, se haya ocupado mucho de estos dos poetas. En la crítica, la valoración y la comprensión que Lope y Calderón han encontrado en los últimos ciento cincuenta años en Alemania se reflejan tanto las características de la personalidad y de la obra de ambos poetas españoles como las fases consecutivas de la evolución intelectual y literaria de nuestro país. Al proponerme esbozar los grandes rasgos de la crítica calderoniana en Alemania, prescindiendo del estudio de las influencias que Calderón ha ejercido en la literatura alemana, no puedo menos que hacer una selección entre los autores respectivos, valiéndome no sólo de los textos mismos, sino también de lo que expusieron con relación a ellos el profesor alemán Hermann Tiemann, en su valioso libro *La literatura española en Alemania desde el Renacimiento hasta el romanticismo*, y algunos otros eruditos españoles y alemanes. Se tratará, pues, de continuar y completar las exposiciones de Tiemann, rectificando en algunos puntos su lopismo unilateral.

El público literario de Alemania comenzó a interesarse por el drama español en la segunda mitad del siglo XVIII; es decir, en un período en el que se inició una reacción contra el clasicismo y las luces de Francia, reacción que había de desarrollarse en lo sucesivo. F. J. B. Bertuch y otros tradujeron piezas españolas, sobre todo de Lope y Calderón, del idioma original, y las más de las veces del francés, y del holandés al alemán, atraídos particularmente por el contenido dramático. Fueron Lessing, con su *Dramaturgia de Hamburgo*, y Herder con varios escritos, quienes dieron los impulsos decisivos a sus coetáneos para ocuparse de las obras de Lope y Calderón, abriendo de esta manera el camino al calderonismo entusiasta de los jóvenes románticos. Estos veían en Calderón la encarna-

ción del teatro español, del genio hispánico e incluso de toda la poesía moderna europea. A. W. Schlegel, heraldo e hierofante del culto calderoniano alemán y universal, le debió a Herder su interés por los romances, que eran considerados como la expresión más íntima y auténtica del alma española, y a Tieck, poeta romántico y traductor del *Don Quijote*, su inclinación por el teatro calderoniano. Con su obra del año 1804, que contiene la traducción de cinco dramas de Calderón, precedida de un prólogo explicativo, su ensayo aparecido en 1803 sobre el teatro español y sus *Lecciones de historia de la literatura antigua y moderna*, dados en Viena en el año 1809, comienza Augusto Guillermo Schlegel tanto el culto como la crítica calderoniana en Alemania. Para comprender mejor sus ideas sobre Calderón, hay que tener en cuenta tres factores: 1.º Schlegel se siente ligado a Calderón por una misteriosa afinidad electiva, aunque conoce sólo pocas comedias calderonianas. 2.º Tiene nociones muy superficiales sobre los dramaturgos del Siglo de Oro, incluído Lope, quien le inspira antipatía, y sobre la evolución del teatro de aquella época. 3.º Su culto calderoniano constituye, junto con su glorificación de Shakespeare, cuya obra dramática aclimata en Alemania mediante traducciones magistrales, una parte esencial de sus teorías poéticas y dramáticas, que, a su vez, debían iniciar el nuevo drama romántico. Schlegel distingue dos tipos fundamentales de poesía: la poesía clásica y la romántica. Viendo la característica principal de la poesía romántica y de su cumbre, del teatro romántico, en la unión de naturalidad genuina y de perfección artística, considera el drama calderoniano, particularmente el religioso, como la más grandiosa realización que haya producido jamás el arte romántico. "Si sentimiento religioso, leal heroísmo, honra y amor constituyen los fundamentos de la poesía romántica, ésta tenía que tomar en España, forzosamente, los más elevados vuelos." Y "Calderón es la más alta cima de la poesía romántica". ¿En qué consiste, según A. W. Schlegel, la unicidad del teatro calderoniano? Reúne todos los méritos imaginables: vigor sintético, fuerza y sutileza de la fantasía, poetización, trascendencia religiosa de los símbolos y de las alegorías y metáforas, lo elaborado de la composición, etc. En suma, Schlegel captó por simpatía, intuición y anhelo lo que sus sucesores, los críticos e hispanistas posteriores, trataron de comprobar en sus trabajos científicos.

Con todo, el calderonismo schlegeliano tiene grandes defectos. con frecuencia consurados, entre los cuales quiero mencionar dos: 1.º Schlegel tiende a aislar al Calderón idealizado, desprendiéndolo

casi del todo de la evolución del teatro español. 2.º Atribuye al catolicismo de Calderón, en el que reconoce con razón el elemento esencial y predominante de toda la obra calderoniana, las modalidades estético-líricas e individuales del sentimiento religioso del romanticismo alemán.

Federico Schlegel, autor famoso de las *Lecciones de historia de la literatura antigua y moderna* (1812), aportó unos rasgos peculiares a las concepciones de su hermano. Demuestra que Calderón refrenó la violencia del lopismo y el amaneramiento del gongorismo. "Si se quiere comprender el genio del teatro español, su perfección, es preciso pensar en Calderón, el último y el más grande de todos los poetas españoles." Por tanto, el teatro calderoniano sirve de base para determinar la esencia de la poesía romántica y fijar las características del drama religioso, que los románticos alemanes se proponen crear. Federico Schlegel considera que en Calderón "está no sólo meramente expresado, sino también resuelto, el enigma de la vida", hace resaltar que el poeta descubre ante nuestros ojos los misterios de la intimidad del hombre y admira los grandiosos símbolos y alegorías, expresados mediante una "florida abundancia de imágenes explicables sólo en una fantasía meridional". Pero, con todo, su entusiasmo duda en recomendar el teatro calderoniano como único modelo a los dramaturgos alemanes de su tiempo.

El filósofo romántico Schelling exalta a Calderón como caso ideal del drama fatalista cristiano en sus *Lecciones sobre filosofía y arte* (1804-5). El hegeliano Rosenkranz expone, en su escrito *La tragedia calderoniana de "El Mágico prodigioso"* (1829), que "todo lo grande en el catolicismo" está reunido en esta obra en la más espléndida figura, en el encanto de una fantasía exuberante y en la dignidad de la más alta nobleza.

Veinte años después el poeta Eichendorff glorifica, en su *Historia del drama* (1854), la intuición adivinadora y el simbolismo ultraterreno de Calderón. "En todas las cosas que en nuestro mundo ansiosamente sueñan, sentimos dormitar, bajo el velo terrestre, una insondable canción; pero Calderón dió con la palabra mágica y el mundo despertó para el canto."

El calderonismo filosófico-poético de nuestros románticos suscitó un verdadero culto calderoniano en Alemania, y dió origen a una revaloración del teatro calderoniano en los países románticos, debida especialmente a las traducciones francesas de las respectivas obras alemanas y a la labor del español-alemán Böhl de Faber, quien llegó a ser uno de los padres del romanticismo español.

La reacción contra el calderonismo romántico, que comenzó a manifestarse en 1820, y que fué reforzándose paulatinamente hasta mediados del siglo XIX, fué arraigada tanto en las exageraciones apoteóticas de los románticos como en el positivismo y realismo naciente.

Como representantes de esta época de transición, me limito a mencionar a Goethe, Tieck y Grillparzer. A. W. Schlegel envía a Goethe su traducción de *La devoción a la Cruz*, y éste, en el año 1802, encuentra la pieza "extrañamente grande y excelente". En el año 1804, le arranca *El príncipe constante*, entre algunas observaciones críticas, el juicio entusiasta: "Si la poesía desapareciese del todo, se la podría restituir con esa comedia." En el año 1811 puso Goethe en escena, en su calidad de director del teatro weimariano, *El príncipe constante*, conquistando de esta manera "a una nueva provincia teatral". Más tarde, en los años 1812-15, sucedieron las representaciones de *La vida es sueño* y *La Gran Zenobia*. ¿Qué es lo que inclinó a Goethe, quien debía mostrarse refractario al elemento católico y a otros aspectos de la poesía española, a estas críticas elogiosas y a estas escenificaciones de Calderón? El encanto del exotismo, la alta estimación del genio del gran poeta, y, ante todo, sus esfuerzos y los de los clasicistas alemanes por crear un nuevo sistema y estilo dramático en Alemania. Al estudiar el teatro calderoniano encontró los aspectos dramáticos que le interesaban con respecto a sus propias experiencias en el arte escénico. Goethe expresó, entre otras ideas, que en las comedias de Calderón "el argumento le ofendió, pero que la trama, la construcción; es decir, lo calculado de la composición dramática y lo elaborado del lenguaje poético, le arrebataron.

Sin embargo, con toda su admiración por Calderón llegó a reconocer que el teatro alemán no debía amoldarse al teatro calderoniano. Cuando Goethe escribe en 1822 su famoso ensayo sobre la *Hija del Aire*, que puso en escena en Weimar, había renunciado ya a la idea de utilizar el drama español como modelo para el teatro clásico alemán. Aunque sigue alabando "el gran talento, el alto espíritu y la clara inteligencia" del poeta español, acentúa lo artificial y amanerado de las obras de Calderón. Es interesante la comparación que hace Goethe entre Shakespeare y Calderón (un tema predilecto de los románticos): "Shakespeare—dice Goethe—nos da todos los racimos de una vid, uva tras uva, y a placer podemos saborearlos, pisarlos y aplastarlos como mosto, como vino fermentado probarlos y degustarlos, pero siempre quedamos satisfechos. En cam-

bio, con Calderón recibimos un espíritu de vino destilado, cuidadosamente elaborado, fortalecido con especies, templado con algunas golosinas; tal como esta bebida se nos presenta, como sabroso y delicioso estimulante, tenemos que tomarla o rechazarla."

En una crítica de las lecciones schlegelianas censura el filósofo Solger el conceptualismo y abstractismo de las comedias alegóricas y se manifiesta contra el culto exagerado que los románticos tributaron a Calderón. El poeta romántico L. Tieck, poseedor de una rica biblioteca española, y defensor declarado de Calderón, impresionado por esta censura solgeriana, se separa de su maestro para ingresar, luego, en las filas de los partidarios de Lope de Vega. Muy semejante es la evolución del poeta austríaco Grillparzer. Inspirado en las traducciones schlegelianas, se dedica intensamente al teatro calderoniano. Pero cuanto más profundiza en los textos originales de Calderón, tanto más llega a percibir sus defectos: lo artificioso, lo culterano, lo conceptual. Lo que Grillparzer echa de menos en Calderón, la vena espontánea, lo popular, lo encuentra en Lope, a quien los románticos habían relegado a un segundo plano. Sucede lo mismo que en los dos platillos de una balanza: mientras el de Lope sube, el de Calderón baja. Se trata casi de una ley natural: la reacción contra lo exagerado del calderonismo trae consigo la floración del lopismo. En este antagonismo, que no se desarrolla tan fielmente como piensa H. Tiemann, se reflejan particularmente las dos grandes tendencias del siglo pasado: la romántica y la realista.

Además de la mencionada crítica calderoniana de los poetas y filósofos de la primera mitad del siglo XIX, existió la crítica de los hispanistas. Entre ellos he de mencionar a Fr. Bouterweck, catedrático en la Universidad de Gotinga, quien compuso una *Historia de la poesía y retórica* (1804), en la que expone un resumen histórico de los grandes dramaturgos del Siglo de Oro, basándose en profundos conocimientos de la literatura española de aquella época. No quisiera olvidar al bibliotecario J. G. Keil, amigo de Goethe, quien publica, en el tercer decenio del siglo XIX, una edición de algunos textos españoles, entre ellos de Calderón, ni a Gries, autor de excelentes traducciones de comedias calderonianas muy elogiadas por Goethe.

Entre los calderonistas alemanes se destaca el conde Federico de Schack con su voluminosa *Historia de la literatura dramática y del arte en España* (1845). Su labor es muy superior a la de Bouterweck por la riqueza de material, el método crítico y especialmente por la presencia de un sentido fino para la estimación de los valores

humanos y poéticos. Como los románticos, ve él en Calderón al más célebre entre todos los poetas hispánicos, y lo aprecia como un brote tardío y como la cima del Siglo de Oro. Pero, distanciándose de la crítica romántica, se esfuerza en demostrar los múltiples lazos que vinculan a Calderón con los tres dramaturgos anteriores. En la misma forma que los hermanos Schlegel, nota el conde Schack la característica principal de la poesía calderoniana en la fusión de abstractismo reflexivo y fuerza creadora, de vigor poético y virtuosismo escenográfico. Sin embargo, no vacila en afirmar que Calderón cede a Lope en facultad imaginativa y franqueza de ejecución y en conceder que las personas de Calderón tienden a convertirse en tipos y personificaciones. Considera, además, a Calderón como la más perfecta encarnación del catolicismo español. Según Schack, los autos sacramentales constituyen el apogeo de toda la obra calderoniana, siendo únicos en su género en la literatura mundial. Schack adopta una posición intermedia importante entre la crítica romántica y la crítica histórico-científica en Alemania. De esta manera se explica que todas las tendencias posteriores de la crítica calderoniana provengan de alguna manera del conde de Schack.

Entre los meritorios críticos positivistas sólo quiero citar a L. B. Lemeke *(Manual de la literatura española*, años 1855-6) ; a F. W. V. Schmidt *(El teatro de Calderón*, 1857), y a E. Günthner *(Calderón y sus obras*, 1888). Estos libros tienen por objeto clasificar la obra de Calderón, analizando cada comedia y cada uno de los autos, en relación a su argumento, sus fuentes y su composición. Son sólidas y útiles obras de consulta que sirven de base para estudios especiales y lecturas detenidas.

El año del centenario de Calderón (1881), con sus grandes festejos en Madrid, sobre los que nos informa J. Fastenrath en su libro *Calderón en España*, tuvo gran repercusión en la prensa y en las revistas alemanas, y dió un apreciable impulso a la crítica calderoniana en Alemania. Basta nombrar al libro de Günthner, las introducciones de M. Krenkel y los trabajos de Dorer y de H. Schuahardt, etcétera, que se inspiran en su mayor parte en el calderonismo de 1881.

A estas obras se reúnen posteriormente las historias de la literatura española que se publican a fines del siglo XIX y a comienzos del XX, y que contribuyeron a dirigir la atención del público hacia la poesía hispánica. Después de la primera guerra mundial los sentimientos de simpatía nacional y de afinidad espiritual inclinaron a los alemanes hacia España y su literatura. Los frutos más bellos

de la hispanofilia de este período son las obras magistrales de L. Pfandl: *La cultura y las costumbres del siglo XVI y XVII en España* e *Historia de la literatura nacional española durante el Siglo de Oro*; la *Historia de la literatura española*, de H. Hatzfeld, y los trabajos de A. Hämel, publicados desde 1920 hasta 1930. Esta renovación, amplificación y profundización de los estudios hispánicos originó un calderonismo nuevo que se desarrolla en otra forma y que tiene, por lo general, un carácter distinto al romántico. Se pudieran decir varias razones para explicar este retorno a Calderón. En primer lugar, la aversión al positivismo y naturalismo, que se manifiesta en las corrientes literarias del simbolismo, neorromanticismo, etc., con su predilección por la fantasía, el sueño, la intuición, lo sobrenatural, lo esencial. En el teatro se hace notar la tendencia hacia el drama de ideas, hacia el drama simbólico y metafísico (H. v. Hofmannsthal, G. Hauptmann y otros), lo que implica la rehabilitación de lo religioso, particularmente del culto católico y de la filosofía medieval. Otro motivo importante para el renacimiento calderoniano son las aspiraciones de la literatura moderna hacia lo que llamamos en alemán Gesamtkunstwerk; es decir, obra de arte universal, que abarca la poesía, la música y la escenificación. Precisamente en este afán se presenta el teatro barroco español, sobre todo Calderón, como la más acabada realización del Gesamtkunstwerk. Se comprende, pues, que las investigaciones sobre los problemas del barroco artístico, literario, lingüístico, hayan logrado, por el año de 1930, un adelanto considerable.

Se reconocen en esta época, como características peculiares del barroco español, el vivo interés por el teatro, la mezcla de vida y sueño, la fusión de vida y espectáculo y la unión de fuerzas terrestres y celestes que dominan la comedia del siglo XVII. La abundancia de problemas teológicos, la brillantez de las metáforas, el artificio de los versos, lo construído de lo teatral; es decir, todo lo que el positivista y liberal siglo XIX había censurado en Calderón como no-poético, fué interpretado desde entonces como manifestación peculiar del espíritu barroco de España (o de la Contrarreforma). Dentro de esta tendencia, tiene significación especial el culto al auto sacramental, representado por los poetas H. y von Hofmannsthal y Max Mell y por algunos refundidores de autos calderonianos que fueron representados en varias escenas, al aire libre, en Alemania y Austria.

Todos estos hechos contribuyeron a preparar el terreno para una adecuada valoración y comprensión del genio y del arte calderonia-

nos. Es de notar que surgieron en este mismo período eminentes hispanistas, quienes marcan maravillosamente lo que se podría llamar el segundo retorno a Calderón, corrigiendo y completando lo exaltado y no totalmente fundamentado del calderonismo romántico por una escueta erudición histórica y formación metódica y por una visión comprensiva del Siglo de Oro. sin caer. empero, en el error de reemplazar el lopismo de ayer por un calderonismo de hoy.

L. Pfandl, situando a Calderón en las condiciones espirituales, literarias, religiosas y culturales del siglo XVII, expone las características del teatro de Calderón y de Lope. Subraya, como Schack y los otros, la perfección técnica, la honda reflexión, la exuberancia expresiva y la primacía de la religión, oponiéndose al prejuicio positivista, que consideraba el carácter católico del teatro calderoniano como un valor poético inferior. L. Pfandl, sin embargo, no es de la opinión de H. Weisser, quien, en su libro *Calderón y la esencia del teatro católico*, sostiene que Calderón representa al dramaturgo católico, al gran poeta de la Contrarreforma por excelencia, siendo los otros aspectos de su obra de poca importancia. Haciendo una clara distinción entre las comedias y los autos, dedica Pfandl especial atención a los últimos, considerándolos como "los únicos dramas verdaderamente simbólicos de la literatura mundial, que comprenden la totalidad del dogma católico".

El insigne romanista Vossler, que junto a Pfandl es el mejor intérprete del genio hispánico en la Alemania actual, y a quien debemos un libro admirable sobre Lope de Vega, trata sobre Calderón en un ensayo conciso aparecido en 1931. En un capítulo importante de su obra *La soledad en la poesía española*, juzga Vossler no sólo que Calderón es un escritor tardío del Siglo de Oro, que mantuvo inalterables los principios y los valores cristianos de la Edad Media que se desmoronaban ya en su torno, sino también que "ninguno de los poetas españoles, y aun europeos, supo combinar tan profundamente como él los valores eternos con el oropel de lo cotidiano y vulgar". El hecho de que la fusión de mundanidad profana y espiritualidad religiosa no perjudique al valor artístico del teatro calderoniano, sino que le dé más bien un encanto inimitable, no ha dejado nunca de impresionar a Vossler, quien es un árbitro sumamente perspicaz entre poesía y no-poesía. Pero, según Vossler, hay pocos autos que se puedan calificar de "poesía pura".

Vossler se propone también, como Schack y Pfandl, la tarea de demostrar que en el centro del teatro calderoniano están íntimamen-

te ligados el albedrío y la lucha por la libertad íntima, con el predominio de la herencia estoica y cristiana. Parece algo sorprendante la tesis de Vossler de que Calderón sea el creador de la zarzuela y, por tanto, el "Metastasio español". En suma, Vossler trata de hacer resaltar en Calderón lo individual, lo espontáneo, lo que excede del ámbito de las grandes tradiciones nacionales y católicas, aunque está convencido de que Calderón es tal vez el más tradicionalista entre los poetas de su tiempo.

El gran romanista E. R. Curtius se dedica desde hace dos decenios a amplias investigaciones sobre la persistencia de corrientes, ideas, motivos y especialmente tópicos desde la antigüedad a lo largo de la Edad Media latina y románica hasta la época moderna. Los resultados que obtuvo han producido gran sensación en las diferentes disciplinas. Curtius se ocupa de Calderón, sobre todo en un artículo del año 1935 ("Calderón y la pintura") y en la obra capital *Literatura europea y la Edad Media* (1951). Aquí persigue Curtius en toda su evolución y en sus diferentes modalidades el siguiente tópico: Dios, como pintor; el mundo, como obra artística de Dios; la poesía, como alimento divino; y comienza por el estudio de los Padres de la Iglesia; pasa a través de la poética teológica de la Edad Media para terminar en la poética teocéntrica-metafísica y en la poesía y el arte de la época barroca, con la encarnación más grandiosa en Calderón. "Los autos de Calderón—cita Curtius—ilustran en creaciones poéticas la teoría del arte que su tratado sobre la pintura expone en forma didáctica." Y son muchas las veces que Curtius, en el curso de sus trabajos, marca en Calderón el punto final de una larga evolución antigua-cristiana del genio occidental.

Por último, quiero referirme al malogrado hispanista Max Kommerell, quien, después de publicar libros interesantes sobre la función del poeta, la teoría de la tragedia, las obras de Hofmannsthal y Jean Paul, llevó a cabo admirables traducciones de *La vida es sueño* y *La Hija del Aire*, precedidas de un volumen titulado *Algo sobre el arte de Calderón* (1946). Se trata de la única monografía moderna acerca de Calderón en lengua alemana, si prescindimos del libro positivista y simplemente informativo de Max Victor Depta. Kommerell, convencido de la actualidad de Calderón, considera el teatro calderoniano como una totalidad. Partiendo de varios puntos y bajo aspectos diferentes, se esfuerza en penetrar en el centro de la estructura espiritual, de la concepción del mundo y de la vida y, particularmente, de los medios artísticos de Calderón, en un método tan original como prometedor. Voy a mencionar dos ejemplos. En

el capítulo "La cueva", señala el autor las funciones ideológicas y dramáticas de la cueva dentro del teatro calderoniano, completando así de un modo eficaz las exposiciones de Vossler en su libro sobre la soledad. En otro capítulo sostiene la tesis de que la cueva, pero no el sueño, constituye el eje de la composición y del arte de numerosas obras dramáticas de Calderón, haciendo un análisis ingenioso de la comedia y del auto *La vida es sueño*, y del auto *El gran teatro del mundo*. Según el juicio de Kommerell, el genio de Calderón se manifiesta en los autos más puro y perfecto que en las comedias. Las últimas, empero, lo aproximan a nuestro concepto del arte, porque nos mueven a adivinar su significación.

Resumiendo, podríamos decir que en los últimos ciento cincuenta años la crítica calderoniana en Alemania ha pasado por cuatro fases:

1.ª Toma de contacto: fines del siglo XVIII.
2.ª Apoteosis romántica: comienzos del siglo XIX.
3.ª Exploración positivista: siglo XIX.
4.ª Revaloración comprensiva de la época actual.

Lo que distingue a la crítica calderoniana alemana en comparación a la de otros países que presenta fases y características semejantes es, ante todo, su perspectiva filosófica, religiosa y poética, correspondiente al genio germánico, la influencia tanto positiva como negativa que ejerció el calderonismo romántico alemán sobre la crítica calderoniana en Alemania y en la de otros países, y el entusiasmo por los autos sacramentales de la Alemania actual. Podemos constatar una cooperación complementaria en la crisis calderoniana de varios países, cierta comunidad de los calderonistas de hoy, entre los que voy a mencionar sólo a Valbuena Prat en España, y a T. Parker en Inglaterra.

Calderón es, como Lope y Cervantes, no sólo una de las glorias inmortales del mundo hispánico, sino también un lazo de unión espiritual entre todos los pueblos de cultura cristiana. Creo que la crítica calderoniana y el calderonismo en Alemania, en todos sus aspectos y a lo largo de los siglos, constituyen una prueba de interés, comprensión y amor y también una demostración de gratitud por la riqueza inagotable del mundo calderoniano y del genio hispánico.

LOS TOROS DEL PUERTO

POR

FERNANDO QUIÑONES

Concepción, el mozo de estoques, le ajustó las medias, y observó desde el suelo las flexiones que hacía José con los pies. En la punta de una zapatilla aparecía una manchita de polvo. Concepción se la quitó con el puño de la camisa. Le afirmó, una vez más, la zapatilla a la cuna del pie y atravesó el cuarto hacia la cómoda, sobre la que ardían cinco velitas ante un retablo portátil lleno de estampas religiosas. Nadie hablaba ahora. De la calle, anegada en sol, y del vecino y desierto mercado del pueblo en fiestas subía un espeso olor a verduras y agua de pescado. Por entre las macetas del balcón, muy lejos, espejeaba al sol la desembocadura del río, y de la angosta calle principal, a cincuenta metros, llegaba el rumor de la multitud apelotonándose hacia la distante y gran Plaza Real. Iban camperos negros, venidos de los pueblos; lancheros y guardas rurales a caballo, trabajadores y miramares de las playas y de las colinas, empleados y mujeres de la capital, peñas taurinas del sur de la provincia en grandes y destartalados camiones al sol.

—El Poniente—dijo don Santiago.

Del gran pueblo inmediato, y de Sevilla, una fila de automóviles se prolongaba hasta la Plaza, y los muchachos de los bares no dejaban de bullir voceando entre las mesas atestadas, con cafés, cervezas, gaseosas y copas de vino junto al rosa de las gambas y el botella oscuro de las aceitunas.

—Apunta un poquito el Poniente.

El matador volvió la cabeza.

—Sí.

Oía otra vez el motor mínimo de un moscardón azul que venía rondando la cama.

—Esa mosca.

No acababa de hacerse a la idea de que tenía que actuar allí. De que iban a salir para la Plaza dentro de diez, de quince minutos. Cuatro días antes había caído herido El-Más-Grande *en la Plaza de Madrid, y a él le habían propuesto sustituirlo en aquel cartel. Aceptó. Aceptaba siempre. Estaba cansado. Las localidades*

de sol bajaron de treinta y cinco a veinticinco pesetas. "Y soy tan grande como él", pensó otra vez.

Mientras Concepción le alisaba la chaquetilla negro y plata, distrajo una pregunta abúlica, con el pitillo colgando de los labios:

—¿Se ve mucha gente de Sevilla?

—Sí que ha venido—le contestó don Santiago—. Porque calmó el Levante el viernes. Antes vi a los Pontis, a Luisito Alonso y al padre.

José había cumplido aquella mañana treinta y dos años. Pocos y muchos. Se hizo crujir los dedos, distendiéndolos para ejercitar las manos, y se abrochó un botón, suelto en la camisa escarolada. Seguía echado.

—Vi a Luna, José. ¿Le pagó ya a Paneque?—preguntó, sonriendo, Manuel Herráiz.

El matador se acordaba. Era la broma de todos los años, basada en un pequeño lance local que le había hecho gracia siete temporadas antes.

—Ah, no; creo que todavía no le ha pagado...

Brotaba el mismo comentario, y en el idéntico tono obligadamente jocoso.

—Dice que lo va a matar para Nochebuena.

Alguien tocaba con los nudillos en la puerta. Uno de los amigos apartó las piernas para que Concepción pudiera abrir. Era Luis, el mozo de Gitanillo, *otro de los matadores de la corrida.*

—Concepción, trae una estampa para Rafael.

—¿De quién la quiere?

—De la Caridá. Nosotros no trajimos.

Frente al balcón, de fuego tras la persiana verde, la cómoda presentaba un aspecto pavoroso a la luz de las ceras. Concepción anduvo en ella y volvió con una estampa pequeña de apagados colores.

—Está muy vieja.

Luis se tocaba el cabello blanco.

—Así tiene más gloria—dijo.

Al salir Luis, Concepción miró a los ojos del matador desde la puerta.

—Pues te tocó el gacho. Un buen toro.

—Buen toro, pero no me gustan los gachos.

El mozo le cortó serio y seco, moviendo sólo los labios mientras probaba contra el suelo el temple de la espada.

—Otra vez. Acuérdate de lo que le hiciste en Madrid al gacho de Ortega, José. Y al de Alfaro.

—No me gustan—cerró el matador—. O es que me van a gustar ahora porque tú quieras.

Concepción bajó la cabeza y enfundó el estoque en su estuche negro. Vibraba el aire espeso. La puerta volvió a sonar. Un vendedor de pitos y globos hacía chillar su mercancía en la desierta esquina, sobre las piedras junturadas de verde, y por la punta de la playa, desfilando ante los bajos y distantes pinares en paz, el último vaporcito extraordinario de la capital a los toros tomaba lentamente la boca del río. Era como un punto blanco en la distancia caliginosa. En el fondo, al otro lado de la bahía, neblinaban al sol las torres y los miradores de la capital: la catedral, algo más visible. Las aguas de la boca del río estaban en marea llena y cuajadas de muchachos desnudos, que se empujaban hacia el fondo, que eran felices, que no iban a los toros y que se acercaban braceando al vapor y hacían señas desvergonzadas a los pasajeros. Concepción fué a abrir. Entraron tímidamente dos jóvenes, que se quedaron algo pasmados. Uno, más resuelto, avanzó atropellado hacia la cama y tendió su mano al matador.

—Que tenga usted mucha suerte—dijo a media voz . Que es usted el mejor torero y el de más arte.

—Gracias, hombre.

El muchacho de las gafas, después de haber hablado, parecía un poco avergonzado. Sonreía tontamente, pero con la vista puesta en el torero, llena de fervor y de fidedigna alegría. José conocía bien ese gesto. Era el del buen aficionado joven, del aficionado de gusto y con pocas corridas vistas. "Verdaderamente—pensó—ya estoy harto de oír que soy el mejor torero y el de más arte. Pero es así. Sea lo que sea, estoy cansado." Mirándose en el espejo oval del armario se vió la gran cicatriz del rostro. "He venido sustituyendo a El-Más-Grande. Y tengo que hacer algo. Como sea. Pero hoy no es mi tarde." Lo sabía, y lo presentían con él los aficionados verdaderos, que le seguían atentamente desde quince años atrás, y para muchos de los cuales él no había dejado de ser él después de la cornada en la cara. Salieron. En el patio del hotel, con bidones y cubas pintados de verde y sembrados de jazmín y enredaderas, lo vieron salir las mujeres del servicio, los conocidos y un mazo de niños y mozas venidos de la calle. Los vecinos llenaban los balcones para verlo. Y la negra centenaria, siempre sola en su hondo cubil próximo, miró y murmuró:

—Ese es el torero. Ya se van los toreros.

Concepción salía delante, con la capacha de los trastos. Al otro lado del pueblo, la 2.ª Brigada de Camilleros, marcando aburridamente el paso bajo la canícula, tomaba el camino de la Plaza. La calle era un gran mordisco solar tras la cancela, a cuyo fondo se veía el coche azul. Concepción abrió la portezuela y aguardó. Entró primero Haba, el peón de confianza, y después Agustín, el Rubio y el maestro, que se sentó en el centro. Concepción se puso al volante y abrió la llave del contacto. Los cristales del coche se llenaban de inquisitivas caras sudorosas, empujándose por ver. Al doblar el callejón de las Madres Marías, uno de los camilleros se torció un tobillo y rodó aparatosamente por las piedras. El sargento hizo detener la formación.

—¿Qué ha sido?

—Nada, mi sargento. Ya estoy arriba.

Camino de la Plaza nadie habló una palabra. Otras veces lo hacían. Concepción disgustaba un ligero chasquido de lengua por la dificultad de conducir entre el gentío. Era un breve ruidillo tranquilizador, que se acompasaba a veces con el constante sonar del claxon. Y por la calle de Los Dolores apretaban el paso hacia la Plaza los pasajeros del último vapor extraordinario para los toros, varado ahora en el desembardero de madera; los hombres que estaban bebiendo café o echándose un dominó en la capital y decidieron a última hora ir a la corrida. Al bajarse del coche, entre una doble fila de ansiosos aficionados indigentes sin entrada, los toreros pasaron al anchuroso patio de caballos. Estaba recién regado. José pedía algo. Concepción se empinó en el estribo del coche, tanteó la espuerta, atada en la baca, y le alcanzó una toalla plegada; recibió su montera, y vió cómo el torero se dirigía al pilón del agua y se refrescaba en el caño la cara y la nuca. Apareció don Santiago, detrás de su vientre y con un veguero en la mano.

—Rafael no ha venido todavía—informó, y tamborileaba nerviosamente los dedos en la cal del muro.

—Pues salían detrás de nosotros—precisó el mozo de estoques—. Deben de estar al llegar.

Por las hondas mangas, sumidas en una húmeda sombra, se veía el gran cuajarón del sol en los tendidos semillenos. El patio de caballos empezó a llenarse de aficionados y curiosos. Se paseaban observando. Lo observaban todo, hasta el aire; quiénes habían de llegar aún; la plata oscura de los picadores; el tiro de mulillas,

cabeceando en un rincón del patio; el reloj con su pálido anuncio de coñac circundándolo y las anchas agujas señalando las cinco menos doce. Cuando José iba a tomar el camino de la capilla, Concepción le retuvo, asiéndole disimuladamente de una manga. Delgado y altísimo en su traje de hilo blanco, venía el empresario de Marruz. José y Concepción avanzaron hacia él. Una joven guapina, bien arreglada, se unió al empresario de Marruz.

—Mira: te voy a presentar... mi hija Juani, y aquí...; bueno, tú no necesitas presentación—celebró—. Ya sabe ella de sobra quién eres. Le gustan los toros. Tanto, que la madre está asustada. "No se me vaya a meter a torera a caballo", dice.

—Pues nada—cumplió José, dirigiéndose a la muchacha—. Cuando hay afición..., ¿no es verdad?

Ella reía con los ojos bajos, negando con la mano al padre, que ya hablaba de otra cosa.

—Tenemos que quedar mañana en algo, Pepe. Yo voy mañana a Sevilla. Sobre las dos estaré en el Sport. A ver si te pones a tono. Tú sabes que uno cuenta contigo para lo que sea. Pero no me digas lo que me dijiste el otro día, porque entonces no hacemos nada. En Marruz la gente no se gasta el dinero en un mes de septiembre. Y la corrida se va a dar. Y, además, en honor de los marinos italianos que llegan el jueves, día once.

—Bueno, mañana hablamos. Ya sabe lo que le dije a usted. Sesenta.

—No seas tonto...

Sí, torearía. El toreaba lo que fuera, como había hecho siempre, con tal que no le pagasen demasiado poco. Fué a la capilla, naufragada en un lánguido ambiente. Sonaba una avispa en un cristal, y no sólo el sol, sino también la vida entera, entraban atropellándose por la única ventana abierta, proyectando una áurea dimensión de luz y ecos de voces en el aire medroso del recinto. Cuando empezaba a rezar, oyó crujir la puerta. Eran Gitanillo *y los suyos.* Gitanillo*, un hombre de cuarenta y cinco años, se hincó a su lado. Al salir, fué a hablarle.*

—Dime, Rafael.

—No; que hay bastante gente—comentó el gitano—, pero la Plaza no está llena ni con mucho. También es que es mucha Plaza.

—Sí—asintió José.

Sabía que si hubiera actuado El-Más-Grande *no quedaría una localidad sin vender.* Gitanillo *había toreado con él en la tarde de*

la cogida de Madrid. Era su amigo, el hombre que más veía y al que más ayudaba El-Más-Grande.

—¿Cómo fué aquello, Rafael?

—Fué nada, que le hizo así tres veces, a sabiendas de que levantaba la cabeza, y a la cuarta le echó mano el toro. No llegó ni a caerse. Yo creo que ni lo achuchó siquiera, bendito sea Dios. Pero él siguió por allí, le dejó la espada arriba y le cortó esas dos orejas, con la pierna así de sangre.

José movió la cabeza. "La verdad—pensó—es que él lo da todo todos los días, y yo no puedo. Eso es lo que pasa."

En un asiento alto de la andanada 5, un viejo campesino levantó los ojos al cielo. Avivadas por una súbita ráfaga del Poniente, chispearon las puntas del tabaco. Los mozos de plaza abrían ya la talanquera de toreros.

—¡Mira qué nube!—dijo el viejo, sin mirarlo, al policía armado sentado junto a él—. Una nube igual, redonda y negrita como esa chica de allí, la vi yo la noche mala de Casas Viejas. Es una nube que no es buena para el campo ni para nadie.

En el último minuto llegó Ruiz, el más joven. El día anterior habia trabajado en San Sebastián, al otro lado del país. Saludó a los compañeros con su sonrisa y su acento madrileños y se colocó en el centro. José pidió un cigarrillo.

—Pero, hombre, van a tocar ya mismo—advirtió el Rubio.

—Trae.

Le vacilaron los dedos un momento. Se sabía pálido. Dió dos chupadas hondas, apretándose el oro del capote y llevando una mano a los ojos para ver la multitud en las gradas. En el momento de tirar el cigarrillo, por la tercera chupada, los trompeteros del palco mayor, sacando el pecho y empinándose como gallos, agudizaron la tarde largamente, y los mozos del último camión de un pueblo, que se acercaba a la Plaza renqueando, levantaron una gritería contra el conductor. El hombre asomó la cabeza por las gastadas maderas de la ventanilla. Se oía, desde la carlinga, el confuso y distante hervor de la Plaza, traído por el viento. La calmosa voz del conductor olía a vino templado.

—Que llegáis a la hora, c... Y que si no llegáis, la avería ha sido por ustedes, con el echarse abajo y con la guasa.

Las cuadrillas atravesaron el ruedo de las cinco, con los tres matadores al frente; Ruiz, algo más rezagado. Ruiz no tenía problema. La tarde era suya. Andaba en plenas fortunas de principio de carrera. No era buen torero.

José, junto a las barreras, quitándose el capote de paseo, sintió que le llamaban. Era Marité Arlanda. Había bailado con ella tres noches atrás, en Sevilla. Plegó el capote a su manera, sujetando la esclavina con la barbilla, y bajó la vista. Haba estaba junto a él. Le estorbaba el codo de Haba, rozándole ligeramente la cintura. Le estorbaba hasta su propia sombra. Cuando levantó los ojos. Gitanillo *estaba ya toreando de capa al primer toro. José tuvo que fijarse. Era un noble animal, y el atezado y viejo torero lo iba deteniendo en el sol, aletargándole el capote en la cara. Luego se expuso dos veces de verdad. "Nadie sabe lo que está viendo", pensó José. Al entrar en quites, Rafael toreó otra vez conociendo y sintiendo lo que hacía.*

—De Profundis eso—masculló con los ojos brillantes, pero en voz baja, Manuel Herráiz.

Gitanillo *remató la suerte de verónicas quedándose con el capote en una mano y restallándolo de un tirón en el aire, atento al toro. José entraba ahora en turno. Estaba junto al toro, que pestañeaba metiendo la cabeza bajo el peto protector del caballo. No le tocó, y la gente silbó fuerte.*

—¡Ya empiezas!—vió que le manoteaba, puesto en pie desde su asiento de barrera, un hombre joven, de bigote bien cortado.

Ya empezaba. Ya terminaba. No empezaría nunca. Volviéndose y sonriendo sin deseo, entre barreras otra vez, le pidió un pitillo a Marité Arlanda. Sentía en los labios y por el paladar una gran sequedad. Y una paralizante contracción ventral. Las conocía muy bien.

—Los nervios—dijo entre dientes—. Los malditos nervios, con quince años de matador de toros.

Los banderilleros lo hicieron de prisa, y José se hizo a un lado para que Luis sirviera cómodamente la muleta y el estoque a Gitanillo.

—Estoy deseando salir—le dijo Gitanillo, *al ceñir los dobleces de la muleta.*

Y José le envidió con todas sus fuerzas porque estaba ya hundido en su trabajo, y a él le tocaba esperar y consumirse. La faena del primer espada fué rápida y seca, toda ungida de razón y antigüedad. Toreó dos veces al natural, cerrando la primera tanda con un moroso pase alto, encampanando al toro, y la segunda, más breve y distanciada, con uno de molinete, escandalosamente instantáneo y gallardo. Le aplaudieron y entró a matar siete veces, entre una confusión de peones. Por fin, se echó el toro, y las palmas

de los satisfechos se unieron a los pitos de quienes se habían fijado más en la forma con que el torero había entrado a matar. Los aplausos se imponían, y Gitanillo paseó en círculo ante los tendidos, levantando la espléndida cabeza negra.

—¡Uaaaeeee...!

Salía ya el gacho, primero de José. Este estaba más tranquilo ahora. Haba, junto a él, se golpeaba el pecho con un dedo crispado, fijos los ojos en los cortantes movimientos del animal. Los cuernos gachos, completamente caídos y cerrados hacia adentro, prestaban un aire extraño e inquietante al testuz del toro.

—Anda, Antonio—dijo José.

Y se apretó contra las tablas del burladero. De pronto se sentía muy mal. Se le ocurrió algo absurdo. Se maldijo por pensarlo. "No soy más que un pobre torero solo en el mundo." Después se quedó algo mejor, mientras el miedo se le solidificaba en los antebrazos y en los riñones como un metal tibio.

Haba probó al toro, extendiendo mucho el capote, y José salió en carrerilla del burladero, igual que en las viejas tardes. La sombra cubría ya un tercio de la arena. Un vendedor de gaseosas cayó y rompió su caja de botellas en un tendido de sol. El líquido dulzón corrió por la piedra reseca y las telas caldeadas. Alguna mujer se levantó, murmurando.

—No parece mal toro, pero tiene algo raro—sentenció el crítico del Diario de Marruz, desde sus precarios mofletes y apuntes—. O son esos pitones tan especiales. Tiene algo.

José tensaba el capote, oprimiéndolo contra el pecho, y esperó. El gacho tardaba ahora en arrancarse. José se retiró unos pasos y agitó ligeramente el capote, manteniendo las manos a la altura de los hombros, bien separadas. Las pezuñas sonaban en la arena amarilla. En el último momento, el matador se hizo atrás. "No puedo", pensó. A un metro de las barreras vió cómo bregaban con el toro Haba y Agustín, y oyó los pitos que la gente le dedicaba. Como siempre, lo esperaban todo y no esperaban nada de él. Se le acercaba Gitanillo.

—Tranquilo, José.

Pero él sabía que haría algo, que tenía que hacerlo, que lo haría de hecho. Sería hermoso, pero muy poco, y la gente acabaría silbándole. Estaba acostumbrado. Una costura de la media le oprimía un poco el talón del pie izquierdo. "Estoy más blanco que el papel. Pero he de hacerlo. Los engañaré a todos." Miró al cielo un momento. Junto al tejadillo del reloj, tan pequeña y redonda

como el reloj, una nube oscura aparecía en el cielo dorado. El toro estaba ahora apartándose del caballo, en la primera vara, y un excitado clamoreo conmovía a la Plaza. José se sintió morir, e inmediatamente se sintió casi bien. Adelantó unos pasos, mostrando el capote, y escuchó las pezuñas del gacho viniéndosele. Pensaba en su perro y también en los niños bañistas. Pensó en su cama mientras oía las pezuñas del toro. Jugando las manos solamente, bajó un poco el erecto capote. Ahora no oía nada, ni el hervor de los graderíos. Pensaba en El-Más-Grande *y en la admiración y el respeto profesional que* El-Más-Grande *le tenía. El gacho galopaba otra vez hacia él. Con los pies juntos, los labios prietos en la cabeza erguida, atrasó las manos en un movimiento casi imperceptible. Como a través de todos los años venidos y por venir, de todos los pozos y los muros de la tierra, de todas las distancias y las sustancias, sentía el grito de la multitud coreándole. El toro le miró muy de cerca y cargó otra vez revolviéndose, mientras la bahía respiraba como un enorme pulmón azul. José tiró una sola mano a la cintura, en un conciso y delicado ademán.* El-Más-Grande *no podía hacerlo así. Revoleó por alto el capote y, sin dejar el lance, abatió una mano lánguida y dejó al toro en la misma orilla de la lenta ola roja, junto al caballo, exactamente al ojeo y alcance de la vara del picador. Luego giró sobre un talón, pensando que había cumplido aquel día treinta y dos años, y que la vida de los perros no suele exceder de quince.*

Fernando Quiñones.
Santa Engracia, 107.
MADRID.



LOS LIMITES DEL MODERNISMO Y LA GENERACION DEL NOVENTA Y OCHO (*)

POR

RAFAEL FERRERES

A Gonzalo Fernández de la Mora.

En 1938 publicó Pedro Salinas su interesante ensayo *El problema del modernismo en España, o un conflicto entre dos espíritus* (1), en el que pretende y quiere separar en dos escuelas, en dos denominaciones diferentes (modernismo y 98), a los escritores que hoy, gracias a su esfuerzo y al de los que le han seguido, pasan por tales.

Su "tesis no es que España rechazara el modernismo de buenas a primeras. El modernismo fué aceptado y cultivado durante varios años, y entonces es cuando nace la confusión que tratamos de deshacer" (2). Más que *confusión*, como dice el admirado poeta, sería mejor indicar *fusión* entre estas dos actitudes literarias y vitales bastante afines, como veremos. Con este afán que hay de clasificar todo lo material y humano, había que poner etiqueta preceptiva, había que reunir gregariamente a los escritores más diferenciados entre sí de toda la historia de la literatura española. Este loable deseo inicial de Salinas de poner un poco de orden, de clasificar espiritual y estilísticamente a estos prosistas y poetas le llevó, exageradamente, a trazar una frontera, una línea divisoria más precisa, entre una y otra escuela, que la que separa a España de Francia, como si en estas cosas espirituales, siempre fluc-

---

(*) La tesis de este artículo fué leída como ponencia en las jornadas literarias organizadas por el Instituto de Cultura Hispánica en La Coruña, en 1954. Dada, como conferencia, en el Instituto de España en Londres, en 1955.

(1) Incluído en su libro *Literatura española del siglo XX*, 2.ª ed. Méjico, 1949.

(2) Escribe Salinas en el citado ensayo: "Rubén Darío, en varios pasajes de sus obras, se jacta, no sin razón, de su influencia en el nuevo rumbo que tomaron las letras españolas. En efecto, ¿por qué no habían de aceptar los hombres del noventa y ocho el nuevo idioma poético, el modernismo, como lenguaje oficial de la nueva generación? Al fin y al cabo, convenía con su íntimo norte, tenía algo de revolucionario y de renovador, era lo mismo que ellos querían hacer, sólo que en un horizonte mucho más amplio: una revolución renovadora."

tuantes, siempre inquietas y tornadizas, cupiera la inmovilidad del mojón. Si Salinas no hubiera pasado por alto algunos ejemplos de gran valor, que se contraponen a los esgrimidos por él, encontraríamos mayor cautela en sus afirmaciones.

Don Pedro Laín Entralgo, en su conocido y celebrado libro *La generación del noventa y ocho* (Madrid, 1945), también sigue el criterio diferenciador de Salinas, pero con discrepancias respecto a quienes integran uno y otro bando literario.

Guillermo Díaz-Plaja todavía va más lejos que sus predecesores en su voluminosa e interesante obra *Modernismo frente a noventa y ocho* (Madrid, 1951). Para él son dos escuelas antagónicas, en la que una, el noventa y ocho, representa lo masculino, y la otra, el modernismo, lo femenino. Distinción poco afortunada e impropia por muchos distingos psicoanalistas que se le pongan. Esta clasificación (como la que dió otro señor, éste al margen de la literatura, de que Renacimiento es lo femenino y Barroco lo masculino), que pronto ha arraigado entre los diletantes, no hace más que crear confusión y se sale de la crítica puramente literaria. ¡Santo Dios, si el difunto Valle-Inclán se supiese inmerso en una escuela de rasgos femeninos! Si se precisa calificar sexualmente, que no veo la necesidad, un movimiento literario como éste, ¿por qué no dentro de lo viril buscar los matices que le convengan?

Dámaso Alonso, en su sagaz trabajo *Ligereza y gravedad en la poesía de Manuel Machado* (3), plantea el problema desde un punto de vista distinto:

> Hace ya muchos años que hice un intento para aclarar ese concepto de poesía del 98. Unas veces se habla de "generación del 98" y otras de "modernismo". Para poner un poco de diafanidad en la distinción de ambas ideas hay que apoyarse en estribos estrictamente lógicos: modernismo y generación del 98 son conceptos heterogéneos; no pueden compararse ni tampoco coyundarse en uno más general, común a los dos. Modernismo es, ante todo, una técnica; la posición del 98—digámoslo en alemán, para más claridad—, una *Weltanschuung*. Aquí descansa la diferenciación esencial. No deja de tener interés tampoco que el modernismo sea hecho hispánico, y la actitud del 98, exclusivamente española; que el modernismo sea un fenómeno poético—que, como veíamos en Valle-Inclán, puede colorear la prosa—y la posición del 98 se encuentre preferentemente en prosistas (pero, como vamos a ver, puede darse también en poetas). Quiere esto decir que "modernismo" y "actitud del 98" son conceptos incomparables; no pueden entrar dentro de una misma línea de clasificación, no se excluyen mutuamente. Dicho de

(3) Recogido en su libro *Poetas españoles contemporáneos*. Madrid, 1952.

otro modo: se puede mezclar o combinar en un mismo poeta o en un mismo poema. A una primera luz, los hombres de hacia 1900 nos habrían parecido claramente escindidos entre una generación de poetas (modernistas) y una de prosistas (los del 98). Pero ahora ya no podemos verlo así: resulta que de los poetas de—aproximadamente—la generación de Machado sólo hay uno quizá (Juan Ramón Jiménez) en quien no se transparente tanto la coloración del 98; de los demás, Unamuno y Antonio Machado la tienen, de modo reconocido por todos, y también Manuel, como vamos a ver ahora. En especial, en los dos hermanos Machado se mezcla la técnica inicialmente modernista con la visión del mundo noventayochesco (4).

Veamos, ahora, quiénes integran los grupos modernistas y del 98. Salinas teoriza en su ensayo citado y sólo cita unos pocos nombres, los más representativos: Rubén Darío, Manuel Machado y un sí es no es, o un modernista a su manera, Juan Ramón Jiménez. El otro grupo, el del 98, lo forman Unamuno, *Azorín*, Baroja y Antonio Machado.

Pedro Laín detalla los que pertenecen al 98: "Unamuno, Ganivet, *Azorín*, Baroja, Antonio Machado, Valle-Inclán, Maeztu, Benavente, Manuel Bueno" (5).

Díaz-Plaja discrepa de Laín en la inclusión que hace de Valle-Inclán como del 98 (6). Y añade: "Alejado de la realidad circundante, en aras de un puro deleite estético, Manuel Machado marca así perfectamente su posición, tan modernista como antinoventaiochista" (7).

Dámaso Alonso, en su artículo citado, escribe: "Todos ellos [Juan Ramón Jiménez, Antonio y Manuel Machado] han nacido del modernismo, para dejar pronto de ser poetas modernistas" (8).

Y, por último, para no citar más críticos y cerrar esta clasificación con una autoridad extranjera que ha trabajado sobre este tema, Hans Jeschke (9) da buenas razones para considerar del 98

---

(4) Página 90. Son interesantes las notas que acompañan a este trozo transcrito.

(5) Pedro Laín hace algunas salvedades: "Otro grupo de escritores más próximos a la condición de "literatos puros" y más influídos por el modernismo: Valle-Inclán, Benavente, Manuel Bueno. No lejano de ellos en la actitud, sí en la valía, Francisco Villaespesa." Pág. 69.

(6) *Ob. cit.*, pág. 151.

(7) *Ob. cit.*, pág. 154.

(8) *Ob. cit.*, pág. 67.

(9) *La generación de 1898*. Traducción de I. Pino Saavedra, revisada por el autor. Prólogo de Gonzalo Fernández de la Mora. Madrid, 1954. Pág. 86.

"sólo el dramaturgo Benavente, los prosistas Valle-Inclán, Baroja, *Azorín* y el poeta lírico Antonio Machado" (10).

Conviene analizar, aunque sea someramente, qué es en opinión de Salinas (y de los que le siguen) lo que separa principalmente el modernismo del 98.

PREOCUPACIÓN DEL PAISAJE: CASTILLA Y PARÍS

Para la mayoría de los críticos que han tocado este aspecto en los escritores que nos ocupan, Castilla es sinónimo de hondura, de fina frugalidad, de melancolía. París, cocotas, frivolidad, cafés y alcohol. Detengámonos un poco en este punto porque aclara la fusión que existe entre modernistas y noventaiochistas. Si pacientemente leemos y releemos (porque las lecturas antiguas se olvidan) los libros de estos escritores, veremos qué poca base tiene esa disyuntiva de Castilla o París. Es más: todavía hay otro paisaje que sienten con intensidad mayor, o por lo menos con mucho más afecto: el paisaje natal de cada uno de estos escritores provincianos. Ciertamente, si cotejamos textos no es frecuentemente Castilla la que sale mejor librada, y aún para ella son los adjetivos negativos (11).

Para ejemplificar lo dicho tomemos a Baroja, *Azorín* y Antonio Machado como representantes indiscutibles del 98. A Rubén Darío y a su más preclaro discípulo, Manuel Machado, como figuras del modernismo. Algunas veces traeremos los nombres de otros escritores de este momento.

Para todos, sin excepción, París es una meta, un anhelo. Todos llegan a vivir y a saborear París. Les apasiona la ciudad y lo que ella representa. *Azorín*, aparte de los innumerables artículos que le dedica, escribe varios libros, tales como *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)* [1917], *París, bombardeado* (1919), *Racine y Molière* (1924), *Españoles en París* (1939), *París* (1945), etcé-

---

(10) Otras opiniones sobre los que integran la generación del 98: Baroja *(Divagaciones apasionadas)*, *Azorín (Clásicos y modernos)*, Gregorio Marañón *(Ensayo sobre el academicismo de don Pío Baroja*, publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, abril 1935), P. Miguel Oromí *(El pensamiento filosófico de Unamuno*, Madrid, 1943, pág. 52). Véase la larga bibliografía que se incluye en el libro de Hans Jeschke.

(11) Antonio Machado: *A orillas del Duero* (XCVIII), *Orillas del Duero* (CII), *Campos de Soria* (CXIII), *Desde mi rincón* (CXIII), etc.

Azorín: El mar, en su libro *Castilla.* Compárense *Una ciudad levantina* y *Una ciudad castellana*, capítulos del libro *España.*

Baroja: *Camino de perfección.*

tera. Mucho ha escrito *Azorín* sobre Castilla, mucho la siente y quiere; pero siempre que hay en sus obras la comparación con su tierra, es su región la que sale ganando. En las *Páginas escogidas* (1917) comienza con una cita francesa de Balzac, y el primer trabajo que figura es *Levante;* el segundo, *La Mancha;* el tercero, *Carros.* Basta leer estos tres trozos seleccionados por él mismo, comprobar los adjetivos que emplea y el optimismo melancólico y la tristeza que exhalan, para cerciorarse de lo dicho.

Don Pío Baroja, "gran conocedor de todos los rincones de París", describe su fiel acompañante en aquella ciudad, Miguel Pérez Ferrero, tiene dos novelas situadas en la capital de Francia: *Las tragedias grotescas* y *Los últimos románticos.* Para su aspecto regional, suya es esta frase: "Yo quisiera que España fuera el mejor rincón del mundo, y el país vasco el mejor rincón de España..." El número de sus novelas vascas es tan considerable que no es necesario citarlas.

Don Antonio Machado, como su hermano Manuel, han sentido también la llamada de París. Allí marchan, allí trabajan como traductores en la editorial Garnier (12). Antonio no tiene la preocupación de París en sus poesías, sí de los parques franceses (13). Ahora bien: la literatura francesa le cala hondo, como luego veremos. A don Antonio se le presenta como el poeta más vinculado a Castilla de toda la generación. Se le llama el poeta de Castilla. Pero esto es confinarle a límites muy estrechos. El canta—¡y de qué prodigiosa manera!—a España en su integridad, y luego, a su paso por las distintas regiones españolas, va dejando, en bellos y sentidos poemas, la emoción de los paisajes que le conmovieron. En primer lugar, su entrañable andalucismo, su amor y crítica castellanas, su encendido elogio a Santiago de Compostela, sus sentidos y hermosos poemas a Valencia y a su campo, por cierto no incluídos en las últimas ediciones de sus poesías completas. Y aún ese recurso poético, tan suyo, de recordar o soñar las ciudades y campos cuando no los vea, también lo aplica a los que no son castellanos.

Y ahora hagamos lo inverso: Castilla en los modernistas.

Para cualquier lector de Rubén Darío (14) y de Manuel Machado no hacen falta citas. Cuando Rubén escribió "mi novia es

---

(12) Miguel Pérez Ferrero: *Vida de Antonio Machado y Manuel.* Madrid, 1947.

(13) Rafael Ferreres: *Sobre la interpretación de un poema de Antonio Machado,* en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS. Madrid, 1954, núm. 55.

(14) Véase Pedro Salinas: *La poesía de Rubén Darío.* Buenos Aires, 1948.

España y mi querida París", no era una frivolidad lo que decía. Con esto sentaba la definición de su poesía. En sus comienzos literarios es España la que le llena. Son escritores españoles los que influyen en él. Más tarde, en Francia, sigue a los poetas franceses que exaltan a España: Verlaine, Víctor Hugo, Barbey d'Aurevilly, Gautier... Rubén Darío siente la belleza del paisaje castellano, andaluz y mallorquín. Es cierto que a veces percibimos en ellos una influencia francesa, como el poema *Las cosas del Cid*, por ejemplo. O el entusiasmo por Góngora (a través de Verlaine) y tal vez por el *Greco*. Pero también se entusiasmó—¡y de qué consciente y patriótica manera!—por España y por sus hombres (15), entre ellos por los primitivos poetas, cuya admiración no le venía de Francia (16). No sólo encontramos España, desde un punto de vista estético, en sus páginas líricas, sino también apunta y comenta, en sus artículos, los problemas políticos españoles (17).

En *Caprichos* (1905), de Manuel Machado, su segundo libro, aparecen temas de lo más puro que pueda dar la poesía de exaltación castellana, a pesar de su filiación modernista. Allí están el severo retrato de Alvar Fáñez, la glosa sobre Gonzalo de Berceo, la plástica visión de la hija del ventero de *El Quijote*, la acotación del *Madrid viejo* (18), *Un hidalgo*. Y sólo en el espacio de dos años, en que se publican *Alma, Museo, Los cantares* (1907), lo castellano se amplía e intensifica (*Castilla, Felipe IV, Aquí, en España*, etcétera), se hace más constante, sin abandonar por eso, en absoluto, la técnica modernista.

---

(15) Léase el citado libro de Salinas.

(16) "Recordemos que Rubén es el renovador de los arcaicos *dezires, layes y canciones* y el campeón de los primitivos castellanos, como Berceo e Hita, en oposición con el Siglo de Oro..." Ramiro de Maeztu: *El clasicismo y el romanticismo de Rubén Darío*, en *Nosotros*. Buenos Aires. Enero, 1922.

Hay que añadir que Rubén elogió a escritores del Siglo de Oro, como Cervantes y Góngora.

(17) Recuérdense sus artículos *El triunfo de Calibán* y *El crepúsculo de España* sobre el desastre del 98.

(18) En un hotel de la rue de Vaugirard escribió *Alma* (1902), "que contenía, en embrión, toda mi obra poética. Todo lo escrito después en poesía no ha hecho sino aumentar las páginas de aquel libro de mis veinte años... ¡Cómo lo he vivido!"

Es posiblemente Manuel Machado el primero que hace una poesía ciudadana tomando como tema Madrid. Dámaso Alonso, en su primer librito de versos: *Poemas puros, poemillas de la ciudad* (1921), también canta el Madrid popular (no populachero), anticipándose al que luego pintará Eduardo Vicente. Este Madrid de arrabal de Dámaso Alonso se convierte en meditación alucinante en *Hijos de la ira*. El Madrid de los suburbios es el que motiva el libro *Canciones sobre el asfalto*, de Rafael Morales, 1954. Este Madrid poco tiene que ver con el de un Emilio Carrere, en el verso, o un Pedro de Répide, en la prosa.

LA INFLUENCIA DE LOS ESCRITORES FRANCESES: VERLAINE Y RUBÉN DARÍO

Tanto los modernistas como los del 98, si exceptuamos a Unamuno, Benavente, Juan Ramón Jiménez y Maeztu, el único idioma que conocen bien es el francés (19). Y el estudio de esta lengua se produjo por el interés que despertaba Francia y sus escritores en ellos.

Azorín traduce del francés *La intrusa* (1896), de Maeterlinck: *De la patria* (1896), de A. Hamón; *Las prisiones*, de Kropotkin. Antonio Machado da más preferencia a la literatura francesa que a la española. En 1906 obtiene, por oposición, la cátedra de Francés del Instituto de Soria. Traduce, en colaboración con su hermano Manuel y Villaespesa, *Hernani*, de Víctor Hugo. Trabaja como traductor en la editorial Garnier, de París. A Manuel Machado se debe una excelente traducción, en prosa rimada, de Verlaine *(Fiestas galantes)*. "Magistral traducción, hecha por amor filial por un verlainiano verdadero", escribe Gómez Carrillo en el prólogo (20).

Pero interesa detallar un poco qué escritores siguen, admiran y dejan más honda huella en los hombres del 98, puesto que son los franceses, según declaración propia, los que más influyen: mucho más que los de cualquier otro país.

Según don Pío Baroja, en *Divagaciones apasionadas* (1924), "Benavente se inspiraba en Skakespeare, en Musset y en los dramaturgos franceses de su tiempo; Valle-Inclán en Barbey d'Aurevilly, D'Annunzio y el caballero Casanova; Unamuno, en Carlyle y Kierkegaard; Maeztu, en Nietzsche y luego en los sociólogos ingleses; *Azorín*, en Taine, Flaubert, y después en Francis Jammes. "Yo dividía mis entusiasmos entre Dickens y Dostoyevski..." Hablando de sí mismo, escribe Baroja, en *Familia, infancia, juventud*,

---

(19) Antonio Machado conocía el inglés, pero sólo para leerlo (mejor sería decir para traducirlo). En una de las visitas que le hice a Rocafort, en 1937, me dijo que nunca estaba seguro de cuándo se diptongaban las vocales inglesas. En su *Juan de Mairena* hay abundantes citas en inglés, y en este mismo libro dice: "Porque no hay más lengua viva que la lengua en que se vive y se piensa, y ésta no puede ser más que una—sea o no la materna—, debemos contentarnos con el conocimiento externo, gramatical y literario de las demás. No hay que empeñarse en que nuestros niños hablen más lengua que la castellana, que es la lengua imperial de la patria. El francés, el inglés, el alemán, el italiano deben estudiarse como el latín y el griego, sin ánimo de *conversarlos*." (Madrid, 1936, pág. 192.)

(20) Madrid, 1910. Hay varias ediciones. Machado considera a Verlaine su "maestro". Véase el prólogo de Gómez Carrillo.

cómo a través de los años se apasiona por Julio Verne, Dumas, Eugenio Sue, Balzac, Jorge Sand, Baudelaire, Stendhal.

A su vez, *Azorín*, en *Clásicos y modernos*, añade a Baroja la influencia de Poe y de Teófilo Gautier. Sobre los demás escritores de su tiempo, está casi de acuerdo con lo expresado por don Pío.

Sobre el afrancesamiento de *Azorín*, sobre su considerable empleo de galicismos, existe el extenso estudio que le dedicó don Julio Casares en *Crítica profana*, en donde hay párrafos como éste: "La admiración desmedida por los escritores franceses, especialmente por Flaubert, le lleva a reservar más de dos páginas, de las ocho escasas que dedica a *Fray Candil*, para empedrarlas de citas en francés."

Un precedente que debió de tener muy en cuenta *Azorín*, en su curiosidad por viajar por España y describirla, fué Teófilo Gautier en su *Voyage en Espagne*. Leyendo las páginas que el portentoso Menéndez Pelayo dedica a Gautier en la *Historia de las ideas estéticas en España*, y que *Azorín* conocía perfectamente, nos damos cuenta de cuánto debe el escritor español al francés. *Azorín* sigue a Gautier en su técnica descriptiva, se aparta de él en el sentimiento, en la apreciación íntima del paisaje y en la comprensión de los hombres. Después de Gautier había llegado un nuevo concepto intimista de la poesía, y *Azorín*, genialmente, supo conjugar, armonizar estas dos tendencias y producir una estética nueva o que, debido a su enorme personalidad, nos lo parece (21).

---

(21) *Azorín: Teófilo Gautier*, en su libro *Lecturas españolas*.

He aquí algunos de los conceptos de Menéndez Pelayo sobre Gautier: "Toda mi fuerza consiste—decía él—en que soy un hombre para el que existe el universo visible." No es el *homo additus naturae;* es la naturaleza pasivamente reflejada, sin que el espíritu intervenga para modificarla, como no sea en el sentido de una mayor intensidad y concentración de luz. La lengua que usa y que en gran parte él creó, ya renovando arcaísmos, ya introduciendo felizmente voces técnicas confinadas antes al vocabulario de los arqueólogos y de los artistas, es opulentísima de términos concretos más aún que la lengua del mismo Víctor Hugo, y remozada como ella en las fuentes abundantísimas de la lengua del siglo XVI y aun en los excéntricos y desdeñados autores del tiempo de Luis XIII. Nada de perífrasis ni de locuciones abstractas: todo tiene aquí su nombre propio, *reconquistado contra Malherbe*, como decía el mismo Gautier, que también se jactaba de "haberse lanzado a la conquista de adjetivos, desenterrando muchos encantadores y admirables que ya no podrán caer en desuso" ... "Pero lo perfecto, lo excelente y característico de la *manera* poética de Teófilo Gautier (y de pocos puede decirse con tanta exactitud que en vez de estilo han tenido una manera) ha de buscarse en los *Emaux et Camées* y en aquella bellísima sección de sus poesías que lleva por título *España* (1845), y contiene impresiones de naturaleza y de arte iguales o superiores a las mejores páginas de su *Viaje*. En la enérgica precisión de estas breves piezas, inspiradas por el abrupto paisaje de nuestras sierras o por algún lienzo de Zurbarán, Ribera o Valdés Leal, se ve que el sol de España había herido a Th. Gautier de plano, y que él, mucho más que Víctor Hugo, había encontrado aquí—como dice Sainte-Beuve—"su verdadero clima y su

Guillermo Díaz-Plaja considera a Góngora como piedra de toque para diferenciar, según la apreciación que muestran por el poeta cordobés, a los modernistas y a los del 98 (22). Si hablamos en plata, a Góngora se le entendió y valorizó a partir de la biografía de don Miguel Artigas (1925) y gracias a los trabajos fundamentales de Alfonso Reyes y, sobre todos, de Dámaso Alonso. Si estos hombres no llegan a estudiar seriamente a don Luis, seguiríamos, supongo, repitiendo, poco más o menos, como hacemos con tantos otros escritores, la opinión de Menéndez Pelayo, nada favorable al autor de las *Soledades.*

Lo que sí puede servir de piedra de toque, y no precisamente de dispersión, sino de unión, es el culto sentido, paladinamente confesado por unos y por otros, exceptuando en parte a Unamuno. por el genial Paul Verlaine y por su consecuencia en la literatura española: Rubén Darío.

El caudillo de la generación del 98, aunque Salinas ofrece casi un fantasma por la falta de realidad corporal, no se encuentra.

---

verdadera patria". Es, en efecto, colorista por excelencia, como los grandes artistas españoles, con quienes tiene manifiestas analogías de temperamento. Su *Viaje a España,* que en Francia está considerado como obra maestra, y que entre nosotros, por una preocupación absurda, suele citarse como modelo de disparates, sólo comparable con el de Alejandro Dumas, no es en verdad ningún documento histórico ni arqueológico; pero en lo que toca a la interpretación poética del paisaje, difícilmente será superado nunca, porque la geografía física de la Península no está contada allí, sino *vista,* con visión absorta, desinteresada y esplendente. Otro tanto hay que decir en mayor o menor grado de todos los viajes de Gautier: el de Venecia, el de Rusia, el de Constantinopla. Es la parte de sus obras que se lee más y se discute menos. Como pintor de naturaleza física, completó con más impersonalidad y con menos aparato la obra de Chateaubriand, *sometiéndose absolutamente al objeto,* aprendiendo los nombres de todas las cosas y enterrando para siempre la fraseología sentimental que mezclaban en sus descripciones Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre. En Gautier no hay huella de declamación, y si alguna retórica tiene, es retórica de pintor y no de orador ni de moralista. Nunca describe por insinuación ni por equivalentes, sino abrazándose con la realidad cuerpo a cuerpo." Ed. Nacional, tomo V, págs. 451 y sigs.

Por su parte, sobre este aspecto de *Azorín* dice Werner Mulertt en el libro que le dedicó: "Es el mismo *Azorín* que ya conocemos, el agudo, crítico observador, el que procura seguir la técnica de los Goncourt y tan sólo pintar lo que sus ojos ven y lo que sus oídos oyen." *Azorín,* Madrid, 1930, pág. 138.

(22) *Ob. cit.*

En realidad, Góngora sólo fué admirado por Rubén Darío. El que no se note gran influencia o la huella asimilada del autor del *Polifemo* en Rubén, nada quiere decir en contra de su patentizada admiración. Nadie conoce a Góngora mejor que Dámaso Alonso, y entre los poetas contemporáneos es el propio Dámaso Alonso el que menos se parece a Góngora: ningún contacto hay ni en estilo ni en el fondo.

Dámaso Alonso, en su trabajo *Góngora y la literatura contemporánea (Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo,* Santander, 1932) no da ninguna cita de Antonio Machado sobre Góngora. En las pocas veces que don Antonio le nombra *(Juan de Mairena,* pág. 174; *Poesías completas,* pág. 373), se muestra disgustado con don Luis y lo que él representaba.

Los modernistas lo tienen en Rubén Darío. ¿No será que Rubén lo sea también de los del 98? Si leemos despacio y meditamos sobre la manera de ser de Unamuno, su sincero y honesto *mea culpa* en su conocido artículo "¡Hay que ser justo y bueno, Rubén!", nos inclinamos a sospecharlo:

> Nadie como él [Rubén] nos tocó en ciertas fibras; nadie como él sutilizó nuestra comprensión poética. Su canto fué como el de la alondra; nos obligó a mirar a un cielo más ancho, por encima de las tapias del jardín patrio en que cantaban, en la enramada, los ruiseñores indígenas. Su canto nos fué un nuevo horizonte; pero no un horizonte para la vista, sino para el oído. Fué como si oyésemos voces misteriosas que venían de más allá de donde a nuestros ojos se juntan el cielo con la tierra, de lo perdido tras la última lontananza. Y yo, oyendo aquel canto, me callé. Y me callé porque tenía que cantar, es decir, que gritar acaso, mis propias congojas, y gritarlas como bajo tierra, en soterraño. Y, para mejor ensayarme, me soterré donde no oyera a los demás.

Y un poco después sigue don Miguel con gran nobleza:

> ¿Por qué, en vida tuya, amigo, me callé tanto? ¡Qué sé yo!... ¡Qué sé yo!... Es decir, no quiero saberlo. No quiero penetrar en ciertos tristes rincones de nuestro espíritu.

Azorín, en Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros (1945, pero escrito en 1905), se manifiesta un admirador ferviente de Rubén, y proclama, sin ambages, lo que Darío hizo por la renovación de la literatura española. Rechaza que la influencia de Rubén se reduzca a un cambio retórico. Es muchísimo más que eso: renueva la sensibilidad, la manera de contemplar y apreciar las cosas. Es un cambio psicológico: "Así como antes gravitaba el punto de vista estético sobre lo externo, ahora gravita sobre la intimidad." Y esto podemos añadir nosotros, ¿no es, en definitiva, la gran aportación lírica de los prosistas y poetas de comienzos de este siglo?

Los encendidísimos elogios de Manuel y Antonio Machado, a la muerte de Rubén, demuestran qué vínculos tan filiales les unían con su maestro, tan devotamente reconocidos. El caso de Manuel es tan manifiesto que no es preciso insistir. Sí en lo referente a su hermano.

Algunos críticos, basándose en *Retrato,* el poema inicial de *Campos de Castilla* (1907), en el que hay estos versos:

> *Adoro la hermosura, y en la moderna estética*
> *corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;*
> *mas no amo los afeites de la actual cosmética,*
> *ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.*

y también en el prólogo de la segunda edición de *Soledades, Galerías y otros poemas* (23), han creído ver el rompimiento de Antonio Machado con la poesía rubeniana. Si fuera así, la poesía de Antonio Machado es un Guadiana, en el que aparece y desaparece constantemente la huella de Rubén. Encontrarla acusada en los primeros poemas es facilísimo, aun cuando él tuvo la precaución de rehacer unos y suprimir otros, como Dámaso Alonso recientemente ha demostrado (24). Sin embargo, en lo que dejó en su obra y aun después de haberse separado de la "actual cosmética" (que no estoy nada seguro fuera la de Rubén a la que se refería), hay versos influídos por Darío. A la muerte de éste (1916) escribe un poema íntegramente dentro de la técnica rubeniana. Pero ¿a quién, sino a Rubén, recuerdan versos como éstos?:

y esa doliente juventud que tiene
ardores de faulinas (25).

O estos otros:

Un César ha ordenado las tropas de Germania
contra el francés heroico y el triste moscovita,
y osó hostigar la rubia pantera de Britania.
Medio planeta en armas contra el teutón milita.
...las hordas mercenarias, los púbicos rencores;
la guerra nos devuelve los muertos milenarios
de cíclopes, centauros, Heracles y Teseos;
la guerra resucita los sueños cavernarios
del hombre con peludos mammuthes giganteos.

(CXLV)

Léase el largo poema *Olivos del camino* (CLIII), también en esta línea rubeniana. Y este otro, de sus comienzos:

El mar hierve y canta...
El mar es un sueño sonoro
bajo el sol de abril.
El mar hierve y ríe
con olas azules y espumas de leche y de plata,
el mar hierve y ríe
bajo el cielo azul.
El mar lactescente.
el mar rutilante,
que ríe en sus liras de plata sus risas azules...
Hierve y ríe el mar...

(23) Madrid, 1919. Es curioso comparar la afirmación de don Antonio de separarse de la poesía que "sólo pretendía cantarse a sí misma, o cantar, cuando más, el humor de su raza", y que él amó "con pasión", ya que lo que da validez a su obra es justamente eso. Además, el final del prologuillo parece una prosa rubeniana.

(24) *Poesías olvidadas de Antonio Machado*, en su libro *Poetas españoles contemporáneos*. Madrid, 1952.

(25) CXLI. Cito por la ed. *Poesías completas (1899-1925).*

El aire parece que duerme encantado
en la fúlgida niebla de sol blanquecino.
La gaviota palpita en el aire dormido, y al lento
volar soñoliento, se aleja y se pierde en la bruma del sol.
(XLIV)

En 1904 está fechado este poema *Al maestro Rubén Darío:*

Este noble poeta, que ha escuchado
los ecos de la tarde y los violines
del otoño en Verlaine, y que ha cortado
las rosas de Ronsard en los jardines
de Francia, hoy, peregrino
de un Ultramar de Sol, nos trae el oro
de su verbo divino.
¡Salterios del loor vibran en coro!
La nave bien guarnida,
con fuerte casco y acerada prora,
de viento y luz la blanca vela henchida
surca, pronta a arribar, la mar sonora.
Y yo le grito: ¡Salve! a la bandera
flamígera que tiene
esta hermosa galera,
que de una nueva España a España viene.
(CXLVII)

Antonio Machado, según nos han dicho algunos críticos, al hablar de la "actual cosmética", se apartaba de Rubén, ¿rompía con Rubén? La devoción por el gran poeta americano es clara, y también la huella. ¿No sería mejor concretar de los seguidores sin talento? Su admiración por otros modernistas muy inferiores a Rubén es manifiesta. Dice, por ejemplo, que Francisco Villaespesa era "un verdadero poeta. De su obra, hablaremos más largamente: de sus poemas y de sus poetas" (26). ¿Qué poetas eran éstos? Seguramente los mismos que nutrieron su poesía hasta que se independizó, hasta que se convirtió en figura cimera de nuestra lírica.

Ramiro de Maeztu también hizo versos modernistas, como *A una venus gigantesca,* publicados en la revista *Germinal,* 1897.

De todos los escritores considerados del 98, el único que discrepa en esta admiración por Rubén es don Pío Baroja. Quien lea en *Intermedios* (1931) la opinión que tenía de Rubén Darío, se percatará de ello. Pero Rubén, ya lo sabemos, nos trajo la poesía francesa: lo externo se lo debía a Leconte de Lisle y a otros parnasia-

---

(26) *Juan de Mairena,* pág. 326.
En cuanto a lo de la "actual cosmética" de los poetas del "nuevo gay trinar", no cabe duda de que se refería a la peste de los rubenianos (como la que sufrimos hoy de los lorquianos). Escribe A. Machado en el citado *Prólogo de la Segunda Edición de "Soledades, Galerías y otros poemas":* "Yo amé con pasión y gusté hasta el empacho esta nueva sofística, buen antídoto para el culto sin fe de los viejos dioses, representados ya en nuestra patria por una imaginería de cartón piedra."

nos (27) y, en ocasiones, al mismo Verlaine, pero de éste trae también una intimidad psicológica desconocida antes y, con ella, una auténtica sinceridad. Y ya sea por Verlaine, ya por su intermediario, Rubén Darío, todos se sienten influídos de esta nueva manera de sentir y de manifestar los sentimientos. Baroja ha declarado que para él Verlaine es el más grande poeta que ha existido. Y cuando le precisa escribir un volumen de versos, ya en edad muy avanzada, y ya tan lejos de la boga modernista, y aun a pesar de haberse manifestado, en alguna ocasión, contra Verlaine, es a este poeta al que toma por modelo en sus *Canciones del suburbio:*

Brumas, tristezas, dolores
del otoño parisién
son mágicos resplandores
en los versos de Verlaine.
En el parque, en la avenida,
Lelián canta su canción;
es la voz triste y sentida
de su ardiente corazón.

Canciones del suburbio (1944), como define acertadamente Luis Guarner (28) "es—aunque publicada en estos años—plenamente de la época modernista". *Azorín* ve, en el prólogo de este libro, a Verlaine como guía de Baroja, a Verlaine, que, son sus palabras, "ha sido el más grande poeta francés después de Víctor Hugo".

Y es Verlaine, como ha notado Hans Jeschke (29) y Manuel Granell (30), quien da el credo poético—y aun para la prosa se podría añadir—a los escritores del 98:

Rien de plus cher que la chanson gris
Où l'Indécis ou Precis se joint.
....
Car nous voulons la Nuance encor,
Pas la Couleur, rien que la nuance !
Oh ! la nuance seule fiance
Le rêve au rêve et la flûte au cor !

---

(27) En una entrevista publicada en *La Esfera*, y firmada por *El Caballero Audaz*, declara don Pío: "No me interesan los poetas contemporáneos. Con raras excepciones, entre las cuales incluyo a Rubén Darío, yo encuentro la poesía actual un poco caótica. No dice nada, ¿verdad?... Se limita a la descripción y a una perfecta técnica; pero no hay espíritu, no hay emoción, no hay ideas. Y, dígame usted, ¿cómo es posible que perdure una poesía sin alma?..." (No tengo la fecha de cuándo se publicó.)

Véase Erwin K. Mapes: *L'Influence française dans l'oeuvre de Rubén Darío*, París, 1925.

(28) Paul Verlaine: *Obras poéticas* (Antología, traducción y estudio preliminar de...). Madrid, 1947, pág. 45.

(29) *Ob. cit.*

(30) *Estética de Azorín*, Madrid, 1949.

¿Y Unamuno? Su famoso *Credo poético* está concebido contra las ideas expresadas por Verlaine en su *Art Poétique*, pero cabe preguntarse leyendo las poesías de don Miguel: ¿observó lo que predicaba? Dejemos aparte su horror, repetidas veces expuesto. a la musicalidad verlainiana. porque tanto puede haber en ello de disgusto como de impotencia por lograrla, de lo que se resienten con frecuencia los versos de Unamuno. Pero y la entraña de la poesía de Verlaine, ¿no la sintió? Creo que sí. El, tan preocupado de la idea, de lo trascendental, de la "poesía que pesa", escribió en el prólogo de *Alma*, el libro de Manuel Machado: "¿No es la poesía. en cierto respecto. la eternización de la momentaneidad?" Y, en cuanto a la técnica del verso, Unamuno usa, y abusa, del *enjambement* que, aunque no desconocido, ni mucho menos, en nuestra poesía, es Rubén quien lo pone de moda por influjo francés (31).

Verlaine, por sí mismo, por la lectura que hicieron de sus obras los escritores españoles (32), o a través de Rubén, fué un estremece-

---

(31) "El poeta al modo del ruiseñor, el de *allá van mis versos donde va mi gusto*, es cada día más difícil. Un Verlaine se da poco, y para eso tuvo dolores reales que le inspiraron su *Sagesse*, y, digan lo que quieran, Verlaine, con cultura, habría sido un portentoso poeta, lo que sin ella no pasa de un pájaro de trinos sentidos, pero pobres." Véase Manuel García Blanco: *Don Miguel de Unamuno y sus poesías*. Salamanca, 1954, pág. 46.

En otra ocasión, Unamuno valoriza el sonido de la palabra, y hasta está de acuerdo, por una vez, con *la musique avant toute chose*, de Verlaine:

¿Qué os importa el sentido de las cosas
si su música oís y entre los labios
os brotan las palabras como flores
limpias de fruto?
. . . .

¡Oh, dejadme dormir y repetidme
la letanía del dormir tranquilo;
dejad caer en mi alma las palabras
sonoramente!

¡Oh, la primaveral verde tibieza
que en mi pecho metiéndose susurra
secretos a mi oído y misteriosa
nada me dice!

Esta poesía, bastante larga, titulada *Sin sentido*, muestra cierta filiación con la modernista no sólo por lo que dice, sino también por el empleo de ciertos adjetivos delatores. Además, va incluída debajo del epígrafe *Caprichos*, que también sirvió de título, como se sabe, a un libro primerizo de Manuel Machado.

(32) No he podido precisar el año en que comienza a traducirse a Verlaine. La traducción del *Art Poétique*, por Eduardo Marquina y Luis de Zulueta, es de 1898; la de M. Machado, de 1910. En 1913 se publica la antología de Díez-Canedo y Fernando Fortún *La poesía francesa moderna*. Como traductores de Verlaine figuran, además de Canedo, Juan Ramón Jiménez, Eduar-

dor huracán poético que conmovió—y conmueve—a todo el que se acerca a su poesía. Barrió antiguas formas de expresión y enriqueció el sentimiento al darle sinceridad, y aun los poetas que se pronunciaban en contra de su estética y espíritu, algo le deben. Aun esos mismos poetas regionalistas apegados, creían ellos, a lo antiguo que no a lo tradicional español, como un Gabriel y Galán, por ejemplo. Fué lo mismo que la bienaventurada racha que nos vino de Italia en el Renacimiento y que Garcilaso hizo fructificar y arraigar para siempre entre nosotros. ¿De qué vale que un Castillejo se opusiese en maliciosos y miopes sonetos si él mismo, en su interior, sabiéndolo o no, hacía también poesía italianizante? Por otra parte, y al igual que Dante, Petrarca y Boccaccio, las tres figuras principales del simbolismo francés: Baudelaire, Verlaine y Mallarmé influyen y dan nuevo rumbo, también, a la poesía de Italia, Inglaterra y otros países (33).

Si estudiamos detenidamente el vocabulario de los escritores considerados del 98 y el de los modernistas y algunos temas constantes, veremos que el parecido es mayor que la divergencia. Hans Jeschke, en el libro citado, lo ha hecho basándose en las obras del primer período de estos escritores. Los estudiados por él son: Benavente, Valle-Inclán, *Azorín* y Antonio Machado. En ellos

> ... se destaca, desde el punto de vista de la elección de palabras determinadas por el contenido, la abundancia de designaciones para conceptos del dominio del decadentismo y, en relación con ello, las expresiones para reproducir las impresiones de los sentidos finamente diferenciados, especialmente sensaciones de color.
>
> Todo lo que es enfermizo, efímero, negativo, atrae irresistiblemente a esta generación en una especie de simpatía final, y llega a ser para ella expresión simbólica de su sentimiento pesimista de la vida. El rasgo fundamental de este estado de ánimo es la tristeza, a la cual se siente resignadamente como fatalidad del Destino. Por esto no se puede escapar a ella, y por ella se deja llevar con placer incontrolado; la gusta totalmente con una especie de sensualidad infame y malsana que recorre toda la gran escala, desde la melancolía hasta el espanto (34).

---

do Marquina y otros poetas hispanoamericanos. Más tarde, Ediciones Mundo Latino emprende la traducción de las obras completas, a cargo de Emilio Carrere, Bacarisse, E. Puche, Luis F. Ardavín, Díez-Canedo, Guillermo de Torre, H. Pérez de la Ossa, etc.

(33) Alfredo Galletti: *In novecento*, Milán, 1942; C. M. Bowra: *The Heritage of Symbolism*, Londres, 1951.

(34) Dice Salinas: "Muy pronto los auténticos representantes del espíritu del 98 percibieron que aquel lenguaje [modernista], por muy bello y seductor que fuese, no servía fielmente a su propósito, y que en sus moldes no podría nunca fundirse su anhelo espiritual." *El problema del modernismo en España...*

El "muy pronto" que afirma Salinas no es exacto. Ya hemos visto cómo

6

Hans Jeschke, con cierto detalle, analiza la descripción de jardines, de paisajes, de puestas de sol, de fuentes que discurren o con el "agua muerta" podríamos añadir, y como "se trata de imágenes espirituales de estados de alma, que ellas tienen, por consiguiente, carácter simbólico, lo demuestra claramente la descripción del mismo paisaje, otra vez, como es natural, con el uso preferente de nombres negativos, a la luz del sol poniente". Esto dice refiriéndose a Baroja, pero cuadra también a otros escritores de su tiempo (35).

Antonio Machado oye, con impresionista y melancólica penetración, los ecos de la tarde, plasma el otoño verlainiano (36) en silenciosos jardines, lo imita al evocar un *Recuerdo infantil (Fué una clara tarde, triste y soñolienta...)* (37), y vuelve a cortar, a pesar de lo que dijo, en los jardines de Francia, las rosas del extraordinario Ronsard. Hacia 1919 (no consta la fecha), escribe tres bellísimos sonetos *Glosando a Ronsard* (CLXI).

El profesor Pierre Guiraud, en su *Index du Vocabulaire du Symbolisme*, tomo VI, dedicado a *Fêtes Galantes, La Bonne Chanson* y a *Romances sans Paroles* (París, 1954), da la siguiente lista de los principales cincuenta nombres-temas (38): *oeil, coeur, comme, pas* (adv.), *amour, âme, où, aller, faire, plus, bien* (adv.), *tout* (adv.), *aimer, dire, doux, vouloir, ciel, jour, beau, triste, encore, deux, si* (adv.), *mourir, voir, espoir, noir, venir, aussi, blanc, main, petit, toujours, vent, voix, bon-ne, cher-e, air, amant, baiser, luire, nuit, seul, vieux, bleu, chanter, charmant, instant, sourire.*

Y los dieciocho nombres-clave principales: *luire, coeur, baiser,*

---

don Antonio Machado no se desprende de la influencia modernista del todo en su obra. El, como Bécquer con el Romanticismo, fué un depurador del Modernismo. Con respecto a Juan Ramón Jiménez, al que Rubén Darío llama, al comentar *Arias tristes* (1903), "... un lírico de la familia de Heine, de la familia de Verlaine", no acaba de liberarse de influencias francesas y del Modernismo hasta su segunda etapa, la de "poeta esencial" (1916), como la denomina Enrique Díez-Canedo en su estudio *Juan Ramón Jiménez en su obra*, Méjico, 1944.

En cuanto a la prosa, los novelistas españoles de este momento se detuvieron en la contención. Innovaron el lenguaje sin caer en el preciosismo, excepto Valle-Inclán (y luego Miró); pero no cabe duda de que también buscaron la palabra significativa de valor psicológico y estético y una precisión mayor en la sintaxis. La palabra dejó de ser oratoria o sojuzgada al pensamiento, a la idea, en jerarquía inferior, para alcanzar un rango igual.

(35) *Ob. cit.*

(36) Rafael Ferreres: *Sobre la interpretación de un poema de Antonio Machado*, en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, Madrid, 1954, núm. 55.

(37) En *Après trois ans* ("Ayant poussé la porte étroite qui chancelle, / Je me suis promené dans le petit jardin..."), que forma parte de *Poèmes Saturniens.*

(38) "Les mots-thèmes sont les mots qui ont la plus grande fréquence absolue ; nous appelons mots-clés ceux qui ont la plus grande fréquence relative..."

espoir, amant, amour, oeil, triste, doux, ciel, vent, noir, charmant, chanter, sourire, mourir, voix, bleu, cher.

Ninguna de estas palabras es ajena a nuestros escritores del 98 y modernistas. Si tuviéramos un vocabulario preciso de estos prosistas y poetas, podríamos llegar a una certeza que ahora, desgraciadamente, sólo podemos hacer a ojo, y si éste no falla hay bastante coincidencia entre las palabras más esenciales y más usadas por Verlaine y las de los hombres que nos ocupan (39).

* * *

Los escritores modernistas y los de la llamada generación del 98 no rompen con la generación inmediatamente anterior a la suya, como he intentado demostrar en otra ocasión y hasta la admiran (40), y ésta es otra de las fallas a los requisitos que se exigen para que haya grupo generacional. No rompen (excepto Baroja), pero no les basta el mensaje y mucho menos la técnica literaria que les legan, y es Francia, como en otras ocasiones, la que da savia, iniciativas a prosistas y poetas españoles del 98 y modernistas. Nada tiene esto que alarmar a los enemigos de influencias extranjeras, puesto que las consecuencias son óptimas, dado que nuestros escritores siguen a los franceses que dieron uno de los períodos más gloriosos de su literatura. Sólo la ligereza ha hecho creer que Verlaine es únicamente un poeta de café, borracho, peregrino de hospitales y con peculiares inclinaciones eróticas. No han visto su grandeza, como la vieron nuestros grandes literatos que se inspiraron en él. Casi lo mismo ocurre con los que califican a Rubén atendiendo a su poesía más trivial e ingeniosa y no la que sigue teniendo una vigencia espiritual profunda.

La confusión que existía al denominar a los escritores que nos ocupan, y que Salinas quiso deshacer, tenía y tiene su indudable base. Es más, la calificación de modernistas y de noventa y ocho la ha complicado al ponerlos en bandos distintos. Hemos tardado

---

(39) El catedrático Manuel Alvar está preparando un vocabulario del modernismo español. Una buena fuente son las traducciones castellanas de Verlaine.

Rafael Lapesa, en su excelente *Historia de la lengua española* (Madrid, 2.ª ed.), señala las características esenciales del "modernismo y la generación del 98": el empleo de neologismos conscientes, tanto en unos como en otros, así como también "el sabor venerable y ritual de los giros arcaicos" y de arcaísmos.

(40) *Un aspecto de la crítica literaria de la llamada generación del 98*, en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, abril-junio, 1950.

mucho en reconocer, por culpa de la despectiva etiqueta literaria dada a ciertos escritores de nuestro siglo XVIII, a los afrancesados, cuánto españolismo noble de intención y aun de hechos había en ellos. Y no sólo en su actuar, sino también en la pureza de su castellano. En nuestros años de estudiante, en la Universidad, cómo nos ha desconcertado que un escritor, al que se le consideraba extranjerizante, sintiera honda y entrañablemente a España y sus problemas. O quien toma en cuenta hoy, en serio, la clasificación de culteranos y conceptistas. Ya sabemos cómo en un Góngora o en un Quevedo, representantes de estas escuelas, hallamos elementos (y no pocos) de las técnicas de las que se les hacía aparecer como antagónicos.

"El modernismo no fué una escuela, sino un movimiento que tendió a la renovación de la forma literaria y al libre desarrollo de la personalidad del escritor sin ponerle normas", dice, acertadamente, Max Henríquez Ureña (41). Y bastantes años antes lo había expresado también Jacinto Benavente, en su trabajo *Modernismo:*

> No se trata de romper moldes; ensancharlos, en todo caso; ni eso, porque moldes sobrados hoy en donde caben sin violencia cuantas obras de arte pueda producir el ingenio humano. Ridículo es hablar de moldes rotos en el teatro español, donde, desde *La Celestina* a Calderón, en los autos sacramentales, hay moldes para todo lo real y lo ideal. Y ésa ha de ser la significación del modernismo, si alguna ha de tener en arte: no limitar los moldes a los moldes de una docena de años y de dos docenas de escritores; considerar que muchas veces lo que parece nuevo no es sino renovación..."

Porque el modernismo no fué una escuela, sino un movimiento renovador encontramos en nuestros escritores citados los mismos temas, técnica estilística, preocupaciones literarias, artísticas, políticas y religiosas (42), admiraciones y desprecios. Y todo esto, el entremezclamiento de actitudes que se han considerado opuestas es lo que hace que los que siguen preocupándose en clasificarlos en modernistas y del 98 no se pongan de acuerdo en qué bando deben ir, que, al fin de cuentas, sería lo mismo si con ello no salieran perjudicados, pues el pertenecer a uno significa la privación de las cualidades y defectos del otro. Porque hondura, fanta-

---

(41) *Breve historia del modernismo*, Méjico, 1954, pág. 519.

(42) No se ha estudiado el aspecto religioso de los escritores españoles considerados modernistas y del 98. Si exceptuamos a Maeztu, y eso después de su cambio religioso, todos bordean la heterodoxia o, por lo menos, profesan una fe no arraigada, con vacilaciones. Otro punto que cabría tocar es la devoción o respeto a Giner de los Ríos y a lo que éste representaba.

sía, decadentismo, musicalidad, elección cuidadosa de palabras, preocupación por lo plástico y por el adjetivo no manido, virgen, por dar a la palabra la misma jerarquía que tiene el pensamiento, la idea, hay en cualquiera de los escritores que pasan como afiliados a escuelas distintas.

Hay, indudablemente, un punto de arranque común a todos ellos. como han señalado Salinas, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Max Henríquez Ureña (43). Y esto debe tenerse muy en cuenta. Luego, y es natural que así fuera, porque si no hubieran quedado en escritores eco, en medianías, cada uno se ensancha en su dimensión propia, cada uno crea, al recrear genialmente lo recibido, su propio estilo: su personalidad literaria; cada uno se individualiza para suerte nuestra y para desgracia de los amantes de bautizos literarios. Dámaso Alonso, al estudiar con atención, sagacidad y enorme preparación a Manuel Machado, nos ha hecho ver cómo se va apartando del camino que siguió primero, para convertirse en un poeta más hondo (46). Pero ¿no es ésta una ley precisa y común a todo gran escritor? Rilke lo aclaró al definir la poesía de adolescencia y de experiencia. Hay en nuestros poetas y prosistas de finales del siglo pasado y comienzos del actual una división en su obra, pero a la manera que el mismo Dámaso Alonso determinó con el Góngora culto y el popular: no en unos años una actitud y luego otra, sino a través de toda la vida.

Las etiquetas preceptivas no cuadran bien en los humanos y los nuestros, que ahora nos preocupan; eran y son demasiado grandes para que quepan en los incómodos límites de un nombre común a todos, como si fueran minerales. Aun en esas clasificaciones generales a que se nos somete, ¡qué falta de precisión! Raza blanca o negra, o esas rayitas que tenemos que llenar en los pasaportes y visados: sexo, nacionalidad, religión. Contestando hombre, español o alemán, católico o protestante, ¿nos definimos realmente? Casi nos da por tomarlo a broma, como aquel divertido viajero inglés que, en los puntos correspondientes a *sex*, escribió con humor: *not bad*. Porque es la *nuance*, el matiz, el detalle, en que tanto insistió el genial Paul Verlaine, lo único que individualiza y define.

Rafael Ferreres.
Joaquín Costa, 55.
VALENCIA.

---

(43) Salinas: *El problema del modernismo en España...*; Dámaso Alonso: *Ligereza y gravedad en la poesía de Manuel Machado*; Gerardo Diego: *Los poetas de la generación del 98 (Arbor*, diciembre 1948); Max Henríquez Ureña: *Breve historia del modernismo.*

VERSOS DEL CRUCERO

POR

CARLOS R. DE DAMPIERRE

DE NOCHE EN LA PROA

Yo me imagino a Dios como un gran viento,
como este fuerte viento que me orea,
que sopla curvo, y terco, y persistente,
como un río de amor sobre la Tierra,
desposando su forma, acariciándola,
puliéndola, ludiéndola sin tregua,
como queriendo con su eterno roce
dejarla más redonda y más perfecta.

El viento sobre el mar, Dios abrazando,
defendiendo la Esfera
contra la antigua Nada poderosa,
contra su boca hambrienta.

El viento sobre el mar. En la alta noche
me parece que estoy sintiendo cerca
el aliento de Dios, que da el impulso
para que sin cesar gire la Tierra.

DOMINGO EN ALTA MAR

No hay pecado en el mar, todo es pureza.
En domingo es más puro todavía.
Tan sólo un barco, allá en la lejanía,
es un lunar que aumenta su belleza.

A los besos del sol se despereza
como de la Creación al primer día.
Misa sobre cubierta. Se diría
que el viento, el sol, las nubes, todo reza.

Bajo la inmensa cúpula azulada
resuenan las palabras milenarias
y Dios desciende al mar de sus amores.

Marcha Real. La gente arrodillada,
arrodillado el mar, van las plegarias
saltando entre los peces voladores.

LA PISCINA DEL BARCO

Subieron a cubierta un bloque de alta mar.
Una serpiente de agua se ovilló mansamente,
llenando hasta los bordes el verde recipiente,
y ahora es fiera domada, aprendiendo a jugar.

Con el vaivén del barco quiere, a veces, saltar.
Finge una tempestad pequeña sobre el puente,
juega con los bañistas y salpica a la gente,
como un gato travieso que pretende arañar.

Este agua que nos baña surcaron tiburones,
se alzó en ola gigante en súbitos tornados,
vió luchar, silenciosos, delfines y narvales,

y al lamer nuestros cuerpos con sus labios glotones,
sueña en posibles náufragos, en futuros ahogados
para poblar sus grutas de nácar y corales.

LOS PASAJEROS

Vinieron por pasar un veraneo
viendo nuevos países y ciudades,
muy temerosos de las tempestades
y un poco resignados al mareo.

Pensaron: un viaje de recreo
para entablar flirteos y amistades,
comprar en Nueva York mil novedades
y remitir postales a voleo.

Vieron Funchal, Nassau, la Habana hermosa.
Miami artificial, New York grandiosa.
Vieron el mundo sometido al hombre.

rejoneado de faros en las noches,
prendido de ciudades, como broches,
y marcado, con surcos, a su nombre.

EL BEMBÉ

¡Bambo, bambo, bembé, bambo!
¡Cada vez con más vigor
toquen los negros,
que yo bailaré
el baile sagrado
del bembé!

En el lago de mi pecho
nada un negro tiburón,
y un gallo de blancas plumas
revuela a mi alrededor.
Tengo mi cuerpo bañado
de lujuria y de sudor.
¡Desde el Africa lejana
llega el tamtam del tambor!

¡Bambo, bambo, bembé, bambo!
¡Cada vez con más vigor
toquen los negros,
que yo bailaré
el baile hechizado
del bembé!

Mis sayas caen por el suelo
como una gran flor punzó,
mi camisa pega al cuerpo
como la pulpa de anón.
El verde árbol del viajero
en su mata se agitó
—abanico gigantesco—
para espantarme el calor.

¡Bambo, bambo, bembé, bambo!
¡Cada vez con más vigor
toquen los negros,
que yo bailaré
el baile embrujado
del bembé!

¡Caimanes de la laguna,
escuchad mi imprecación!
Hay un negro al que le sobra
en el pecho el corazón.
Debajo del mamoncillo
con mi cuerpo se juntó
y después le dió a otra negra
los besos que a mí me dió.

¡Bambo, bambo, bembé, bambo!
¡Cada vez con más vigor
toquen los negros,
que yo bailaré
el baile maldito
del bembé!

Negras serpientes mis brazos.
mis piernas un gran temblor.
mi cuerpo un león de rabia
que está rugiendo en mi voz:
la camisa desgarrada,
por el suelo mi pudor,
bailo desnuda, agitada
por un súbito ciclón.

¡Bambo, bambo, bembé. bambo!
¡Cada vez con más vigor
toquen los negros.
que yo bailaré
el baile endiablado
del bembé!

Las plumas del gallo fingen
blanca lluvia alrededor
y se pegan a mi cuerpo

como copos de algodón.
Me brilla el cuero en la noche
empapado de sudor
y oigo furioso en el pecho
el tamtam del corazón.

¡Bambo, bambo, bembé, bambo!
¡Cada vez con más vigor
toquen los negros,
que yo bailaré
el baile maldito
del bembé!

La vieja negra hechicera
de un gran tajo degolló
al gallo blanco, y su sangre
de rojo me bautizó.
Aun quise seguir bailando,
pero mi cuerpo cayó
por el suelo, estremecido
por un último estertor.

¡Bambo, bambo, bembé, bambo!
¡Cada vez con más vigor
toquen los negros,
que yo bailaré
el baile de muerte
del bembé!

La oscura flor del silencio
súbitamente se abrió
y una mariposa negra
en mi boca se posó.
De la manigua cercana
un grito desgarrador
taladrando mis oídos
se clavó en mi corazón.

¡Bambo, bambo, bembé, bambo!
¡Cese el ruido del tambor,
callen los negros,

que ya bailé
el baile sagrado
del bembé!

LAS PALABRAS HAN VIAJADO

Se me han ido creciendo
dentro del corazón.
Se me han puesto de pie,
como niños que rompen a andar.
Se me han puesto de largo,
como lindas muchachas para su primer baile.
Antes eran
semilla de palabras,
y apenas me sugerían
un puntito en los mapas,
o el borroso recuerdo de una película.
o una lejana lección
del bachillerato.
En mi boca se fundían como
obleas insípidas
o. todo lo más. como esos barquillos
crujientes
que anuncian un sabor de vainilla
o de limón.
sin llegar a realizarlo.
Ahora son
pequeños mundos concretos.
son música y color.
son calientes
como panes recién sacados del horno.
Son como vinos o licores fuertes.
y al decirlas.
las sorbo glotonamente
y me emborracho de recuerdos.
Me hablan al oído
como caracolas mágicas,
y una sola
me basta.
a veces.

para dejarme pensativo un largo rato.
Me las repito
muy bajo,
como el nombre de una mujer amada en secreto,
y digo: la Habana, Miami, Funchal,
como de joven, por las noches, me decía:
Olguita, María, Hermine,
Crystal o Irene.
Y como todavía digo un nombre
(que nunca os diré en voz alta).
Y al decir Funchal
se me llena el alma de auroras,
y de flores cuyo nombre ignoro,
y de murmullos
de la tan dulce habla portuguesa.
Y de niñas-mujeres de ojos bellísimos
fumándose los cigarrillos
encendidos antes en mi boca.
Veo un agua de esmeralda transparente,
donde unos cuerpos jóvenes bucean
buscando unas monedas que se hunden,
y sobre la que flotan barcas y gritos
como nenúfares multicolores.
Luego,
mi recuerdo se pasea
en lentos trineos, arrastrados por bueyes,
como los legendarios reyes holgazanes.

* * *

Nassau es caliente y pulida como un coco,
una pequeña Isla del Tesoro,
toda verde de bosques de palmeras,
casi como estaría cuando Colón la hallara
como una hoja de mango
flotando en la laguna.

Es un domingo inglés con negras protestantes,
presbiterianas o anabaptistas
por fuera,
pero por dentro hechizadas

por los antiguos ritos africanos,
paseando sus elegantes galas de colores
y sus lindos sombreros
como estatuas de ébano emperejiladas,
soñando con ser rubias y ser blancas
en la tarde lentísima, después de los oficios
en iglesias con ventiladores.
Es un hotel lujoso para los lords hastiados
y los millonarios norteamericanos.
Es un baño a medianoche en una playa
de agua clara caliente y enlunada,
con miedo a tiburones.

* * *

¡Cuba, por fin!
¡Qué lejos, cuántas horas,
cuántos días de quilla arando agua!
¡Cuántas olas
hay que dejar atrás, una tras otra,
en largas tiras de batida espuma,
para llegar a ti,
para encontrarte
—estrecho y largo tiburón—flotando
en las aguas calientes del Caribe!

Poned los labios como para un beso
y se abrirá su nombre en vuestra boca,
como una flor de aire enamorado,
y diréis: ¡Cuba!, así, como un requiebro,
como un primer piropo
a esta bella, indolente
sirena tropical, novia de barcos.

¡Oh sonrisa del mar!,
te alzas apenas
en verdes lomas
de delicadas formas femeninas,
y sobre ti,
para besarte en lluvias,
mimosamente se reclina el cielo.

¡Qué feliz sensación de haber llegado,
de no ser necesario ir ya más lejos
cuando se arriba al puerto de la Habana,
desde antes de los tiempos destinado
a recibir las presentidas naves!
¡A ningún puerto arriban los barcos más alegres!
Pasan rozando
por junto al malecón, lentos y orondos
como un negro fumándose un tabaco.

¡Qué grato
pasear entre la gente abigarrada,
bañarse
en el agua templada de tus playas,
morderte
en la pulpa sabrosa de tus frutas,
bailar
al ritmo de tu música embrujada,
enjugarse el sudor
con los finos pañuelos de tu brisa!
¡Qué triste
alejarse de ti,
ver esfumarse
poco a poco tu forma entre las olas
y ver lejos, flotando,
algo que acaso sólo es tu recuerdo!

* * *

De agua, tierra y dinero
ha nacido Miami.
El agua ama a Miami,
la abraza con canales y lagunas,
borda blancos encajes,
todo a lo largo de sus largas playas.
Se convierte en espejo
para que ella contemple su hermosura.

La tierra ama a Miami,
se ha estirado a sus pies como una alfombra,
con mimo la levanta sobre el agua,

nos la muestra en la palma de la mano
como un claro diamante bien tallado,
la viste con praderas y jardines,
la adorna con plumeros de palmeras,
la perfuma de aromas tropicales,
le pone en las mejillas
el colorete de las buganvilias.

Pero el dinero
es su mejor amante;
cada día
le regala una isla recien hecha,
un nuevo hotel lujoso
lleno de millonarios,
una nueva avenida donde corren
los autos más lujosos y más caros.

Cada noche
da una fiesta en su honor,
y ella,
deslumbradora
de luces, reflectores
y anuncios luminosos,
bella y sofisticada
como una artista de cine,
se sienta junto al mar,
coqueteando
con barcos y aviones.
Sólo le falta un lujo
que su amante no pudo regalarle:
un pobre para darle una limosna.

* * *

Para poder nombrarte,
para llegar a lo alto de tu nombre
tuve que repetirlo muchas veces:
New York.
New York.
New York.

y encaramarme así por esa escala
hasta llegar al piso 102
del Empire State Building,
y abrazar con la vista
la pequeña
isla de Manhattan
(que fué comprada por 22 dólares a los indios)
y que ahora mide
cientos de kilómetros verticales
de rascacielos.
En ti se ha acumulado
todo el poder del mundo
comprimido en el oro de tus bancos:
oro-imán
al que se van pegando
los más bellos cuadros del mundo,
los más grandes sabios del mundo,
los mejores artistas del mundo.

Siempre sin terminar,
desordenadamente bella.
monstruosamente bella,
eres la Gran Aldea que todo lo contiene,
lo grande y lo pequeño.
El más alto rascacielos
y la pequeña iglesia de la esquina,
el bullicio trepidante de Times Square
y el rincón tranquilo de Central Park.
donde una ardillita
comió maní en mi mano.

He pasado
del calor abrasador de tus calles
a la frescura artificial
del aire acondicionado.
Tu nombre me evocará la algarabía estrepitosa
de Coney Island
y la fresca sonrisa de la chica
que me guió en Radio City;
los sucios canales del Harlem River
y los bosques de la orilla izquierda del Hudson,

que invitan a subir río adelante
a descubrir más vastos horizontes.
New York, puerta de América,
embudo absorbedor de Europa,
mi corazón se estira y se desgarra,
por las dos atraído,
llamado por las dos,
flotando entre las dos
en el Atlántico.

Y ahora,
cuando al hablar tropiece
con ciertas palabras;
cuando diga barco, o isla,
o puesta de sol;
cuando diga alta mar, o luna;
cuando diga "viaje" sobre todo,
me habréis de perdonar
si de pronto me quedo pensativo,
saboreándolas
como una pulpa sabrosa.
Son como guijas blancas que arrojé en mi camino
para poder volver a mis recuerdos;
se han vuelto fosforescentes
como el mar en la noche.
Me guían
hacia atrás en el tiempo,
y no podrán seguirme
aquellos que conmigo no han viajado.

CUANDO ESTÉ DE REGRESO

Me acordaré de ti, de noche, a solas,
al volver a mi casa, ¡oh mar amigo!
Me acordaré de ti mirando el trigo
ondular en Castilla, en verdes olas.

Pondré junto a mi oído caracolas
para escuchar tu voz, ¡oh gran testigo
de Dios, oh mar!, y ver si al fin consigo
hacer del corazón su rompeolas.

Te vi al ponerse el sol, roja pavesa.
Te vi de noche, negro, inmenso abismo.
Te vi de rosa y nácar en la aurora.

Te vi zafiro, te admiré turquesa,
¡oh mar, siempre distinto y siempre el mismo!
¡Oh mar, cantando a Dios a cada hora!

PRIMER INSOMNIO

Ya nunca más reposaré tranquilo
si no me mece el mar para dormirme,
pues a vivir seguro en tierra firme
prefiero navegar, vivir en vilo.

Ya no eres tú, mi alcoba, aquel asilo,
aquella celda donde recluirme.
Para buscar a Dios tendré que irme
otra vez sobre el mar, donde me afilo

como una proa, un tajamar que avanza
presintiendo en la noche la esperanza
de algún faro, invisible todavía.

Porque ya más que el puerto amo el camino,
porque más que arribar, es mi destino
navegar, navegar de noche y día.

SEGUNDO INSOMNIO

Para este nuevo corazón que tengo
de nuevos horizontes necesito.
Espacio dilatado e infinito
por donde sin descanso voy y vengo.

Me enamoré del mar. No me contengo,
y entre mis sueños se me escapa un grito:
¡El mar! ¡El mar!, al despertar repito,
que me ahogo en tierra, en agua me sostengo.

¿Es acaso este ansia incontenida
de navegar una inconsciente huída
de Dios, a cuyo signo aún no respondo?

¿O es que mi corazón, del mar gemelo.
inquieto como él, refleja el cielo,
y oculta oscuros monstruos en su fondo?

A bordo de la motonave *Guadalupe*, julio-agosto de 1955.

Carlos R. de Dampierre.
Francisco Vitoria, 12.
MADRID.

UNAS PALABRAS SOBRE PINTURA

POR

FRANCISCO SAN JOSE

Estoy convencido de que el problema de la pintura es hallar el punto de coincidencia, de perfecta unión entre los tres elementos que exige nuestro arte.

Pienso, pues, en el orden, el sitio, la ejecución o realización.

Hay un lugar donde se originan, se resumen y van a parar todas las formas posibles reales e imaginativas. Este sitio es el plano de los trazados geométricos. Aquí está el orden y aquí está el plan de trabajo y distribución. Pero esto no es todo, y por sí solo no resuelve nada; de la misma manera que una casa no sirve para habitarla cuando vemos cerrada y terminada su estructura de hormigón.

Aunque ya prácticamente esté resuelta la máxima importancia social, la seguridad de que no se caiga y su utilidad futura, donde empieza la labor del arquitecto es a partir de este esqueleto de hormigón en adelante, hasta que se pone el último botón, se hace habitable y se ha adaptado a su funcionalidad. Un cuadro no está resuelto cuando se han hecho unos trazados; solamente es una demostración de que uno se sabe bien unos métodos de ordenación y geometría utilitaria. El cuadro, en este caso, puede ofrecer una labor didáctica para iniciados, para profesionales; pero no ofrece una labor de arte: ofrece un sistema, un método racional del conocimiento o de la intuición sobre el que asentar la obra de arte irrealizada.

Para que esto se logre hay que *hacer*, que *obrar*. En la ejecución del cuadro reside el que se logre o no una obra de arte. No es en el tema, argumento o disposición primaria de las imprimaciones o trazados coadyuvantes donde está la panacea de la obra de arte. Está en su solución, y la solución no se logra más que cuando el cuadro se ha hecho, de tal manera que se puede decir que es el único original y la única solución que de ese *hacer* se ha dado en cualquier sitio. Solución irremediable, y que se sabe con toda certeza que no se puede repetir. Si es una solución al uso, no pasa de una categoría ordinaria, vulgar. A la categoría

de lo extraordinario llegan ya pocas obras personales, y a lo definitivo, una o dos obras, que deciden y ejemplifican cada época.

El *hacer* no es el virtuosismo o la poco común habilidad. El virtuosismo es la adaptación precisa y hasta con filigrana a un método de trabajo ya dado, conocido y empleado por muchos con dotes menos expertas y brillantes y más comunes. El virtuosismo es la excelencia de una solución ya dada. Es el *divismo* de muchos, a quienes se les reputa y prestigia como grandes artistas.

La obra de arte requiere conocimientos, amores y poderes para realizarla, y sin cualquiera de estos ingredientes no se puede hacer la salsa, y aquello no es más que un sustitutivo eventual, a falta de cosa mejor.

Para realizar la obra de arte no hay que pensar en ella como tal y como cosa anticipadamente hecha: basta con pensar y realizar un cuadro a buena conciencia y como mejor sabemos siempre: quizá allí surja la obra inapreciable. Tampoco está en asimilar la forma externa de unas obras cuyo atractivo, poderosamente mordiente a veces, nos subyuga hasta la tiranía. Estas obras, que fueron pintadas para épocas y en tiempos que no son los nuestros, hoy no ofrecen más que una lección para aquellos que quieren y están facultados para aprender. Es una lección que puede, en algún caso, ejercer saludable efecto en profesionales e indigestión y desvío en las masas.

El excesivo culto a los antepasados y la mirada detenida en las formas tradicionales nos conducen a un sintoísmo de la cultura. Obramos por vivencias de fuerte impresión en ello y por la fuerza y opinión del ambiente y de la letra impresa, que tiene mucho de poder por los cúmulos de libros de especialistas y bibliotecas que nos machacan día a día, años y años, como una consigna: Giotto fué la cumbre; Piero de la Francesca, Velázquez o Picasso, no hay más allá. Secaron el arte y cerraron el camino. Como si el arte se pudiera acabar mientras la Humanidad exista y como si el arte fuera una carrera de obstáculos y vallas, un torneo olímpico y un *record* cuya misión fuera siempre alcanzar un hito más. Parece ser que se busca la excelente forma de un atleta, la *mise en scène* de un divo, una sucesión de *records* y se olvida la esencia del arte. Cuando una etapa de cultura hace del arte un torneo de pentátlon es cuando el arte pasa a los museos y cuando se cree que el arte ha muerto por un *record* de un atleta de estas lides que se juzga insuperable. Y ¿cómo no se le va a considerar muerto y fatigado al pobre si se obliga a estos pacientes atletas a perseguirse

furiosamente y con la lengua fuera, unos detrás de otros, y es claro que uno de ellos tiene siempre las piernas más largas que el resto de sus compañeros?

Del arte puede cambiar la forma, pero no la esencia y la forma es lo efímero. Lo que muera o no muera, tiene menos importancia. El agua sigue siendo agua en el mar, en los ríos o en unas u otras vasijas de tales o cuales formas. Cuando del agua tenga importancia la forma, es que ya no es agua: se habrá convertido en hielo; dentro de ella ya no habitarán especies vivas y a nadie servirá para beber. Así que aquellos que lamentan la muerte del arte en su cambio de formas o de uso en esta nuestra época—porque ahora el arte lo ven dentro de otra vasija, que es nuestro siglo XX, para bien o para mal, que eso no importa—se declaran ellos mismos que no aprendieron su esencia, pero se deslumbraron y fatigaron hasta la extenuación en el voluble cambio de sus formas y aplicaciones.

Se discute muchísimo sobre las formas del diálogo, de este diálogo entre artista y contemplador que es la obra de arte, y muy poco del contenido, de lo que se quiere decir, por medios más o menos retóricos, según el carácter distinto de cada artista. Se nota que el culto a las palabras por bien sonantes o malsonantes asfixia la integridad del diálogo, lo intercepta o anula del todo. Estoy pensando en aquellos que dicen del cuadro si es museable o no museable, si va al pelo o a contrapelo, si está influído o es original, los que dicen que la verdadera pintura es el mosaico, o el fresco, el muro, el paisaje, el bodegón, el retrato, lo figurativo o lo abstracto, lo religioso o lo profano. En fin, en todos aquellos sensibles a la forma circunstancial del arte y no a su esencia. Para todos ellos, cuando se enfrentan con un arte que no es de su casillero, no encuentran arte. Siempre van aplicando a todo una estrecha vara de medir, que es la suya, y todo lo demás lo dejan extramuros. No se puede medir por la vara de la forma del mosaico a la pintura al óleo, por la de éste a la pintura mural, por la de un fresco de Piero de la Francesca a un cuadro de Picasso. Por la de Van Gogh, a Diego Velázquez, y por la de Diego Velázquez a Darío de Regoyos. Hoy la pintura se ha refugiado de preferencia en reducidas dimensiones de un lienzo enmarcado, en otra época en lienzos más grandes para los palacios, otra vez en las naves de las iglesias y en los monumentos más distantes de nosotros, en las toscas concavidades de las cuevas. Siempre el arte se adaptó perfectamente, sin dejar de serlo, a las vasijas que se le ofrecieron.

Esto no justifica la teoría de conformismo a todo y el abandono en la lucha hasta el extremo de llegar un día a pintar cuadros en la cabeza de una cerilla; tampoco creo que llegue nunca este extremo indigente: es que no veo todavía llegado el momento del toque de ánimas, ni siquiera la sirena de alarma hacia los artistas y no menos la tan cacareada distancia de unas obras de arte a otras; me refiero a las de nuestro tiempo con las de siglos anteriores. Nuestra época en el futuro pasará por rica en lienzos de proporciones adecuadas en el tamaño de nuestras casas, ni más ni menos que la época flamenca fué rica en trípticos para las capillas de sus palacios y castillos, o la época rupestre, en panzas de cuevas, con bisontes o grabados y cazadores y símbolos mágicos, y tendrán sus artistas genios, triunfadores en vida como estamos ya viendo y sus artistas encumbrados después de desaparecidos, como todas las épocas.

Un poderoso medio de atracción reside en la obra de arte, un escape hacia lo inexplorado, hacia una lógica que nosotros tenemos por ilógica en nuestros actos y nuestros pensamientos. Es el extraño imán de lo que no se considera perfecto, acabado, evidentemente demostrable por la teoría del conocimiento, es la magia. También puede ser el milagro. Sabido es cómo a magos y taumaturgos se les acepta la especial gracia de alcanzar resultados y fenómenos increíbles, siguiendo prácticas de una extraña liturgia, requiriendo poderes sobrenaturales y obteniendo resultados de la más franca normalidad. La magia del artista no es ésta en cuanto a su obra de arte, pero los resultados en el contemplador, sí.

Este poderoso medio de rápida y entera persuasión y conquista de la obra hacia el contemplador puede dimanar de varias causas. Nunca proviene de la misma. Cada obra tiene una suerte distinta de magia. No sólo cada obra, cada artista está dotado de un sentimiento de ella más o menos fuerte, de acuerdo con su origen. De poco tiempo a esta parte data la aplicación de esta palabra a ciertas obras de pintura y, comoquiera que admite varias acepciones, vale la pena extenderse en su consideración.

La magia admite desde el rito a la ilusión, incluyendo el propio milagro y el ocultismo.

El hombre ha pedido siempre a la magia la seguridad de la existencia de cosas de las que él tiene certeza, pero que no puede explicarse con sus medios habituales del conocimiento.

Para esto ha recurrido siempre a estados de trance, o fórmulas

de exorcismo, a movimientos rituales, y en todo ello ha solicitado como médium inmediato al arte, desde sus orígenes.

¿Podemos, pues, prescindir totalmente, con garantía de éxito, de este médium eficacísimo de encantamiento, sugestión, elevación y plegaria hacia lo ignoto, pero que sabemos que existe? A mí, no me parece posible.

Cuando este sentido mágico innato en el hombre se encauza por el conocimiento y la madurez progresiva de la especie, aparece la robusta religión, desbrozándose y vislumbrándose las metas. Entonces el hechizo primitivo se sobrepasa, se cientifica y se comprueba. El arte, médium originario de la magia, convierte a ésta en su propio médium.

Se vale entonces del rito—los círculos, las estrellas, los trazados geométricos de exorcismo—, se vale de la ilusión—la representación, la simbología del lenguaje de la técnica—o de la alucinación en el campo de las metamorfosis y manejos de las ideas, sueños.

Los pintores de imaginación emplean y anteponen para sus creaciones el campo ideal sobre el campo esencial. Yo no sé si discurrir sobre estos hechos abrirá y abonará en mí el discutidero de las dos facciones en que el arte se ha escindido.

Hay un campo de las esencias y otro campo de las ideas.

No estimo necesario aclararlas porque están muy claras y netamente definidas.

Sólo sí puede decirse que dentro del campo de las esencias está todo lo que es por generación espontánea o producida, todo lo que es comprobable por medio de los distintos sentidos humanos, y dentro del campo de las ideas todo lo que se puede conjugar partiendo de las esencias, desde la invención de los nombres y su representación gráfica, hasta el manejo de su simbología y consorciación para producir teorías, estilos o conversaciones.

La pintura, cualquiera que sea, entra de lleno en este campo, y con líneas, colores y formas nos escribe resumiéndonos los atributos, símbolos, claves gráficas de las esencias, empleando para ello un medio mágico de representación (de ilusión si se quiere), unos polvos de barro aglutinados con poder propiciatorio y de suficiente expresión para persuadirnos y referirnos de la videncia, la cara de la esencia en un lenguaje autónomo, pictórico, sin tener necesidad, si no se quiere, de recurrir a otros medios literales, ideogramáticos.

Vamos, pues, a pasar al sitio, entendiendo esto por otra cosa —licencia peregrina que me tomo prestada de los que afirman que el tiempo es una dimensión a recorrer en la eternidad—, es decir,

sitio o lugar en el tiempo. Nosotros vivimos siempre en el sitio a que nos conduce el tiempo en su constante devenir. Hoy estamos en otro lugar temporal no sólo que en el siglo XV, sino que en un anteayer, sin ir más lejos.

En la pintura es considerable el poder de la idolatría hacia cosas pasadas. Es también perfectamente comprensible y hasta muy justificable este poder, puesto que las artes mayores—la pintura es una de ellas—tienen una gran permanencia entre varias generaciones. Y todas ellas fijan el tiempo. Cuando se logra una obra de arte es para siempre, sea o no sea documento de una época, pero, eso sí, lograda en un tiempo y fabricada en él, no le es ajena de ninguna manera, siempre es fiel al orden, sitio y realización.

Hoy resulta anacrónico pintar en tablas gruesas de castaño, porque tenemos un material más barato y más cómodo, que es el lienzo o el tablero contrachapado. La pintura a la encáustica se olvidó y hoy no se practica por poco práctica. El fresco no se hace ya habitualmente al modo del siglo XIII, de la misma manera que hoy no se construye una ciudad de piedra sobre piedra y se la rodea de una muralla.

No está todo dicho en cuanto a la exposición de los procedimientos materiales. Hoy ya no pintamos para el señor feudal, ni para decorar el Vaticano, recién fundado, o un Escorial, ni siquiera para aquel burgués de principios de siglo, que se escandalizaba ante las pinturas de Cézanne o los cuadros cubistas. Hoy ya no se escandaliza el que llamaban burgués por pincelada de más o de menos en un cuadro.

Así es que ahora resulta anacrónico hacer cuadros de grandes dimensiones: no hay casa que los pueda soportar como no sea de encargo.

Pensar en la pintura mural sería cosa muy loable si los edificios religiosos y públicos no se los dieran a empresas de decoración y sí a equipos de pintores. Y pintar para escandalizar al burgués, pues... acaso esto es lo más cercano que queda de nosotros, lo que puede parecer más actual de todo, pero el público cada vez tiene menos capacidad de sorpresa.

Posteriormente, dirán: "Esto fué en el siglo XX. Había museos, colecciones particulares; se daban premios a los pintores y ganaban medallas y becas. Se instalaban con un caballete en el campo y otros pintaban sólo en un taller. Saliendo solamente para realizar viajes a mirar otras naciones. Entre ellos solían estar agrupados y no estaban muy reñidos unos con los otros, a pesar de las apa-

riencias y la diversidad de estilos. Tenían que ejercer muy a menudo otras profesiones porque la suya, generalmente, no les daba para vivir. Otros eran ricos de profesión y empleaban la pintura como una digna vitola, un oasis en medio de su desierto familiar y de sus negocios. Mostraban sus obras en unas salas llamadas de exposiciones y se autoimponían libremente el tema. Decían que pintaban para ellos mismos y eran autodidactos; sin embargo, están tan ligados unos con otros como los maestros y discípulos del Renacimiento italiano..."

Todo esto no dudo en absoluto que se comentará de las obras que sobrevivan al azar, al tiempo, seleccionadas entre las que hoy hacemos. Lo que no llego a vislumbrar es las que puedan ser afortunadas. Ser profeta es muy difícil, pero confío en absoluto en que las apreciadas serán aquellas fieles a la ordenación, al tiempo y la técnica, aliados íntimamente. Estoy seguro de que en la pintura vence siempre a la larga lo que se apoya en su propio valor, no cierra la ventana para que entre luz, pero sí cuando pueden entrar moscas.



BRUJULA DE ACTUALIDAD

Permítaseme que comience recabando la indulgencia del director de la revista y de cada uno de los posibles lectores. Y también intentando justificar la absoluta necesidad de un comentario tan desmesurado a un volumen impreso que no tiene de libro nada más que la forma externa.

Como el lector podrá ver por sí mismo cuando se adentre en la lectura de estas páginas, son demasiados y demasiado graves los cargos que han de hacerse a esta—traigamos cuanto antes a la picota su nombre—*Historia y antología de la poesía española* (1) para que puedan ser pasados por alto. Y, dando por bueno el juicio de don Federico Carlos Sainz de Robles, no encuentro posibles eximentes de que echar mano, ni tan siquiera atenuantes. La ignorancia supina es ignorancia culpable, y esto ya es bastante. Pero aún hay más. Hay visos de una torcida voluntad manifiesta, como pronto se echará de ver.

Y por si esto fuera poco, el volumen aparece ahora en su tercera edición, y tiene ya nueve años de vida. Nueve años en los que miles y miles de ejemplares han sembrado por el mundo, a los cuatro vientos, la confusión y el pasmo respecto a lo que sea la poesía castellana. Ahora esta tercera edición va a emprender su alocada carrera, saltando a América desde el primer momento. El tomo, de dos mil quinientas páginas, en papel biblia, lujosamente encuadernado, es primoroso, y se ha metamorfoseado ya en una rica y apetecible mercadería, revestida de todas sus galas. Una mercadería que debiera empezar por ser una depurada obra del espíritu, un acrisolado tesoro del acervo poético de nuestra noble lengua castellana. Esparcidos a los cuatro vientos están también el estudiante bisoño, que ahora hace sus primeras armas; el lector profano, pero amante y ávido de la buena poesía; el profesor, sobre todo, quizá forzosamente alejado de España desde hace años, y con verdadero e imperioso afán de conocer lo que nuestros poetas van dando día a día al siempre creciente acervo del espíritu hispánico. Todos necesitan ese tomo que acaba de aparecer en los escaparates con el comprensivo rótulo de *Poesía española*. Pero ninguno sospecha que el resultado del repaso de esas páginas va a ser desolador

---

(1) Federico Carlos Sainz de Robles: *Historia y antología de la poesía española (en lengua castellana) del siglo XII al XX*. Edición ilustrada con prólogos, notas, vocabularios e índices. Aguilar, Madrid, 1955 (3.ª edición, ampliada y revisada).

para el que acierte a distinguir lo que en el texto se ofrece entreverado e indistinto, y fatal para el que no tenga la suficiente formación.

Porque la poesía castellana—conviene advertirlo desde ahora—es más que esto, mucho más que esto. Pero también mucho menos, muchísimo menos.

1. CONTRIBUCIÓN A UNA ANTOLOGÍA UNIVERSAL DEL DISPARATE

Conste desde ahora que sólo trato de hacer unas breves consideraciones, sin propósito exhaustivo ni muchísimo menos. Recoger aquí, siquiera sea alusivamente, lo que merece censura y reprobación, resultaría imposible (me decía un ilustre amigo, con su habitual gracejo, que una crítica total de este llamémosle libro por una sola vez sólo se podía hacer regalando un ejemplar a cada persona, después de haberlo subrayado, tachado y anotado convenientemente en cada una de sus páginas). Ni siquiera podré referirme a lo remotamente discutible, pero verosímil (como cuando, en la página 22, se sugiere que el mester de juglaría origina la poesía lírica, y el mester de clerecía la poesía épica), ni a las omisiones graves (como al silenciar la más reciente teoría sobre los orígenes de la lírica). Sólo hay cabida aquí para aquello que juzgamos no sólo equivocado, sino disparatado.

No hace falta leer mucho para llegar a la primera de estas equivocaciones de arte mayor. En la página 12, antes de terminar la introducción que precede al estudio preliminar, se nos dice de un poeta tan netamente siglo XVI como San Juan de la Cruz que es un poeta barroco del siglo XVII. Y justo en la página siguiente se caracteriza a la arquitectura del siglo XX con las siguientes palabras: "Hibridismo, confusión, el quiero y no puedo... Cemento... Pesadez..." Yo también quiero y no puedo imaginar que don Federico Carlos supone que Gropius, Mies van der Rohe, Le Corbusier, Frank Lloyd Wright, Oscar Niemeyer, Charles Eastman, José Luis Sert, Secundino Zuazo, etc., pertenecen a la época de los "ostes" (2), y también quiero y no puedo imaginar que don Federico Carlos no ha tenido la suerte de ver ninguna de las creaciones de estos arquitectos, a las que conviene cualquier sustantivo mejor que

(2) El siglo XX se caracteriza aquí como época de los *ismos*, como si clasicismo, barroquismo, neoclasicismo, romanticismo y modernismo terminaran en *oste*.

"pesadez". Y quiero y no puedo imaginar que el traslado de la exclamación "¡Ah!, y un mote: urbanismo" del siglo XX (en el que estaba en la primera edición) al siglo XIX (en que aparece ahora) obedece a un involuntario traslado de ajuste, aunque ya sé que es imposible pensar esto porque la expresión no forma líneas independientes.

Pero, claro, tampoco vamos a pedir a un historiador de la literatura, antólogo y poeta que esté muy enterado de arquitectura, pues lo lógico es que le pase lo que a la poesía italiana en la página 38 de la "antología" que comento, y es que "apenas hace unos pinitos, ya se da varios trompicones". Al fin y al cabo, él es un hombre de letras, y de buenas letras. Fíjense, si no, en este estupendo solecismo, cazado al azar:

Glotón y sensual, jocundo y jocoso, SOLAZ *y salado.* (Página 31.)

Dejo al arcipreste de Hita que proteste o no de los adjetivos que don Federico Carlos le asigna, pero lo que no puedo dejar al arcipreste de Hita ni a ningún otro arcipreste es que se tome la molestia de advertir a don Federico Carlos que "solaz", en lengua castellana, es un sustantivo.

Otra cosa es la riqueza de léxico de don Federico Carlos, y la propiedad con que hace uso de ella. Al referirse a "mendicidad poética" (?) de Antón de Montoro (del que por cierto nos dice que "vivió miserablemente dando sablazos poéticos a rey y a roque y hasta al mismísimo lucero del alba", página 396) asegura que le dió pocos resultados "y bastantes sofiones" (página 54). ¿Cómo un tipo de mendicidad, sea poética o no, puede dar bufidos? Es cosa que no aclara. Pero, sin embargo, sí nos informa de que la viuda que en 1634 eligió Quevedo como compañera de su vida tenía "pingües caudales, malos humores y varios hijos *ya zangolotinos* (página 113). ¿Cómo puede saber don Federico Carlos que los hijos de doña Esperanza de Aragón eran unos niños bitongos, es decir, unos muchachos que *ya* querían pasar por niños? Y ¿por qué habla, en la página 171, de "los currinches de la crítica" como si los principiantes de algo tuvieran que ser por fuerza aviesos y malintencionados? ¿Cómo puede simultanear "repujados y nielados", aunque sea para referirse a los sonetos de Juan de Arguijo, tan "gran señor de esplendideces" que "se gastó ocho mil ducados en agasajar a la duquesa de Lerma"? (Pág. 687.)

Si tampoco la "forma" es el fuerte de don Federico Carlos, veamos ahora el "fondo". En definitiva, lo importante es el conte-

nido. Para ello tomemos, por ejemplo, el juicio que le merece "el frío dogal del neoclasicismo" (pág. 101), ese siglo XVIII que "como todos los siglos—copio de la pág. 126—tiene su arte propio y su propia poesía; mejor aún: el siglo XVIII sabe ser artista y sabe ser poeta con una singularidad manifiesta". He aquí un párrafo verdaderamente antológico:

> *Pero no puedo por menos de figurarme a alguno de ellos—por ejemplo, al patriota y castizo Nicolás F. Moratín—a la salida de la fonda, retirándose solo por las calles en sombra y* reconcomido como Judas *después de haber vendido a su Maestro. Porque en su conciencia y en su sensibilidad, el buen Moratín—y tal vez algún neoclásico más de petulancia—repugnaba de su condenación, en nombre del buen gusto, de Góngora y de Lope... Y es que el siglo XVIII* mandaba. *Y era un siglo* hipócrita. *Bajo sus apariencias* repipis..., *ocultos con el barniz moralista de la fábula, a la sombra de los pruritos almidonados de una simbología candorosa, vivían exasperados la concepción y la depravación, la sensualidad y el libertinaje refinado hasta el colmo, la mendacidad y la salacidad. Todo el siglo XVIII, todo el neoclasicismo, no era sino una* apariencia correcta. *¡Una exasperante* actitud correcta! *¡Ah, pero mucho* cuidadito *con que nadie intentara* profundizar *en nada! Cara sin cruz* (3).

El lector dirá—y no le faltará razón—que ya es bastante (4). Cierro, pues, este capítulo con un breve ramillete de bellas y luminosas frases:

1. *Un claustro ojival sonoro de inminencias patéticas.* (Pág. 37.)
2. *Lleva (Hernández-Catá) a su poesía un extraño reconcomio espiritual.* (Pág. 195.)
3. *De noble familia (se refiere a Villalón). Agricultor y ganadero. Gran señor. Muy aficionado a cosmogenia, poesía vieja y nueva, tauromaquia, espiritismo... Cultivó la poesía "entrañable" con la serenidad y la gracia de un deporte... Pero también poseyó como una invencible sugestión de íntimas trascendencias y de trances patéticos.* (Pág. 1599.)
4. *Ha superado (Panero) a casi todos en puro fervor poético, en sutil reconcomio patético (?), en un auténtico regreso a las más espléndidas consecuciones barrocas de nuestros mejores líricos del siglo XVIII (!).* (Pág. 1906.)
5. *En ocasiones, de un lirismo epigramático (!) que turba emotivamente... Su sentimiento y su sentido religioso están en la línea admirable de Elliot* (sic), *Paul Claudel y López-Picó.* (Pág. 1987.)
6. *Su poesía—la de Spiteri—se desarrolla en metáforas dentro de un mundo poético metafórico, lo que hace de Spiteri el poeta de más difícil comprensión entre los actuales. Contribuye a esta dificultad su natural o deliberado cultivo de la metáfora sustancial y mate.* (Pág. 2000.)
7. *Y ¡qué ternura tan recóndita con sonido del metal más precioso!* (Pág. 2165.)

---

(3) Página 133. Subrayamos al alimón don Federico Carlos y yo.

(4) No aludo a las innumerables erratas incomprensibles. ¿Cómo se puede transformar Ribadeo en *Robaello* (pág. 225), pongo por caso?

2. ANTOLOGÍA AL REVÉS DE UNA ANTOLOGÍA ENREVESADA

No me parece ocioso insistir en que la crítica literaria queda ahora completamente al margen de mi propósito, pues tantas cosas reclaman atención antes de poder llegar al examen del criterio aplicado por el antólogo, que uno no puede menos de cansarse. Además, habría que abrigar la duda respecto a que mereciera la pena intentar convencer a don Federico Carlos Sainz de Robles de su mal gusto y escasa sensibilidad, y del poco acierto en que incurre las más de las veces al espigar en la obra de cada uno de los poetas incluídos en la "antología". Sirvan sólo, por ello, unas consideraciones ilustrativas.

La primera de ellas: absoluta carencia de proporción. Imagine el lector que se dedican 926 páginas a toda la poesía seleccionada desde los orígenes hasta el modernismo, con poetas tan mediocres como Garcilaso, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Góngora, Quevedo, Lope y Bécquer, y 1.183 páginas a lo recogido desde el modernismo hasta hoy, claro que aquí se incluyen poetas tan grandes como José Samaniego L. de Cegama, Zacarías Ilera Medina, Federico Carlos Sainz de Robles, Antonio Carlos Vidal Isern, Hermenegildo Martín Borro, Francisca Sáenz de Tejada y Ortí (a) "Gracián Quijano", Martín Alonso Pedraz, Jaime Declaux Ortiz de Bustamante, Fernando Insausti Lastagaray, Florencio Llanos Borrell, José María Cirujano Robledo, María Portuondo Velázquez-Duro, José Alfonso de Gabriel y Sánchez del Río y otros de menor importancia. Y si bien todos estamos de acuerdo en que, en España, cada vez son más fecundas y opimas las cosechas de "poetas", probablemente ninguno de ustedes ha reparado nunca en este portentoso índice de crecimiento: los poetas vivos—palabra que no intento jugar con el equívoco—eran, en la primera edición de 1946, unos 120; en esta tercera (1955), son ya unos 280, por donde se ve que en menos de nueve años el país produjo unos ciento sesenta poetas de antología. ¡Lástima que no se nos den así las cosechas de trigo!

Sin embargo, a Rubén Darío, que figuraba en la primera edición de la "antología", se le hizo desaparecer, al mismo tiempo que se cambiaba lo de "poesía castellana", del rótulo original, por este nuevo título: "poesía española (en lengua castellana)". La ausencia de Hispanoamérica en una antología de nuestra poesía me parece que es muy lamentable, pero como no se trata de hablar aquí sobre lo opinable dejo intacto el tema. No sin dejar constancia, sin embargo,

de que en modo alguno pueden quedar al margen poetas tan culminantes como Rubén Darío, César Vallejo y Pablo Neruda, aun en antologías que no intenten espigar la poesía hispanoamericana. Aunque quede bien claro, no se trata de compartimientos estancos.

Un indudable mérito se puede conceder a la abundante recolección de don Federico Carlos Sainz de Robles, y ya desde ahora admito que esta idea no se me hubiera ocurrido de no estar muy influído por su caótico magín, y se la brindo al ilustre tratadista de Derecho político don Francisco Javier Conde. ¿Por ventura se ha pensado alguna vez en elaborar una teoría de la representación poética? Don Federico Carlos nos ofrece los datos imprescindibles para un primer acercamiento al tema. La aristocracia vendría representada por los nobles de sangre y por los catedráticos (nobleza de la inteligencia). En cuanto al *tiers état*, de Sieyès, ¿quién lo representaría mejor que los periodistas? ¿Quizá un empresario de teatro? Insertamos a continuación el posible esquema:

ARISTOCRACIA:

a) *Nobles: Duque de Amalfi, marqués de Villanova, marqués de Lozoya, conde de Oliva, etc.*
b) *Catedráticos: Vicente García de Diego, Andrés Torre Ruiz, José Manuel Pabón y Suárez de Urbina, Evaristo Correa Calderón, Rafael Láinez Alcalá, Santiago Magariños Torres de Mera, José Camón Aznar, Angel Valbuena Prat, Joaquín Entrambasaguas y Peña, Rafael de Balbín Lucas, Leopoldo Eulogio Palacios, Fernando González, etc.*

CLERO:

Avelino Gómez Ledo, Rodrigo Bayón, fray Justo Pérez de Urbel, padre Félix García Vielba, O. S. A.; fray Juan Alberto de los Cármenes, fray Eduardo de Gema, padre Guillermo de la Cruz Coronado, C. M. F.; Jorge Blajot Pena, S. J.; fray Augusto de la Inmaculada, Ramón Castelltort, etc. (5).

ESTADO LLANO:

a) *Prensa: Juan Pujol, F. Serrano Anguita, F. Ramos de Castro, Luis Santamarina, A. Pérez Camarero,* Rienzi, *A. Rodríguez de León, C. González Ruano, Bartolomé Mostaza, Alfredo Marquerie, J. M. Castroviejo, Salvador Jiménez, Torcuato Luca de Tena, Eduardo Haro Tegglen y medio centenar más.*
b) *Teatro: Conrado Blanco Plaza, etc.*

Quizá debíamos haber incluído también en un apartado especial de la aristocracia una serie de primeras figuras merecedoras de los

---

(5) Sin embargo, el padre Jesús Tomé y el sacerdote don José Luis Martín Descalzo, que con Juan Bautista Bertrán dan actualmente un fuerte acento a la poesía religiosa, no están incluídos en la *Antología*.

máximos laureles en un campo ajeno al de la poesía. En ella estarían los nombres de Angel Ganivet, Pío Baroja, Eugenio d'Ors, Salvador de Madariaga, etc.

Como el lector estará impaciente por llegar a la antología al revés que he prometido más arriba, la inserto sin más tardar a continuación, eludiendo toda suerte de comentarios:

FRISO

Una,
de tan blanca, tan blanca,
parecía de mármol.

Otra,
tan morena, morena,
parecía de barro.

En mis sueños, yo iba
con las dos de la mano.
(Pág. 1811.)

CENEFA

Ir.
Volver.
Dar una vuelta
y otra al revés.
Ir.
Volver.
Morir.
Nacer...
¡La vida cenefa es!
(Pág 2074.)

DIALOGUILLO DE LOS DOS AMORES

Mi amor,
cinta verde prendida en tu corazón.

Tu amor,
cinta blanca prendida en mi corazón.

(...y la vida,
cinta negra enroscándose a los dos.)
(Pág. 1953.)

CANCIONES DE FIJITSUBO

Ser en tu jardín
flor.
En tu casa
perfume.
En tu boca
miel.
En tu cuerpo
alma.

*

Cerezos en flor
cuando te espero.
Cerezas en fruto
cuando te tengo.

*

Oro. Azul. Verde.
Tanto verde.
Tanto azul.
Tanto oro...
que los ojos
se me han hecho joyas.

*

Se abre a tu sol mi alma
como una fortaleza a su vencedor.
(Pág. 1833.)

SECRETO

Oye, mujer:
No hay amor...
Se hace el Amor al amar.
(Pág. 1953.)

ABECEDARIO

A
Barraquita valenciana.

B
Barrigoncilla aldeana.

C
Luna menguante galana.

D
...la cartilla no me sé.
(Pág. 2074.)

¿No hubiera sido mejor suprimir todo lo mucho que de esta calidad se da para ofrecer al lector que busca la auténtica poesía

castellana, sin preocuparse demasiado de etiquetas geográficas, una selección bien hecha de poetas hispanoamericanos? O, al menos para no ir de mal en peor, dejar a un lado toda clase de caprichos. Señalemos sólo dos de mucho bulto. A José Luis Cano, que en la primera edición se le incluye antes de la "provisional y expectante presentación" que se dedica a los poetas todavía inseguros (en la mentalidad del señor Sainz de Robles), y se le incluye nada menos que con cuatro páginas, luego se le suprime de plano, siendo bastante más estimable que muchos de los nuevos invitados al banquete de la "antología". Y a José María Souvirón, que con absoluta injusticia no figuraba en la primera edición, le dedica ahora sólo la única página de los nombres traídos por los pelos, y después de citar los títulos de sus nueve libros de poesía extrae los tres poemas que recoge de las revistas que encuentra más fácilmente a mano. Por cierto que el más largo de estos tres poemas no está incluído en ninguno de los libros de Souvirón, y sólo apareció en el número 1 de la revista *Caracola*, publicación que el señor Sainz de Robles olvida al tratar de las revistas españolas de poesía.

3. ¿IRRESPETUOSIDAD O BROMA? O SIMPLEMENTE ESTULTICIA?

Lo que salta a la vista desde el primer momento es que don Federico Carlos Sainz de Robles ejerce su profesión de historiador de la literatura y antólogo con alegre despreocupación. Mal está que no respete el mínimo derecho al nombre que cada autor tiene para firmarse como le dé la real gana, y así nos habla de Machado y Ruiz, León y Román, Carrero Moreno, D'Ors Rovira, Aleixandre Merlo, Rosales Camacho, etc., y, por el contrario, no nos dice que Gabriel Celaya es un seudónimo. Pero lo que está mucho peor es que no se atenga ni siquiera a su propio criterio, y caiga en las inconsecuencias más absurdas. Así, después de afirmar repetidamente que los cuatro nombres culminantes de la poesía castellana son Garcilaso, Lope, Góngora y Fray Luis de León, a la hora de la verdad los diferencia tanto que dedica a Garcilaso 39 páginas, a Lope y a Góngora, de obra muchísimo más abundante, 14 y 11, respectivamente, y "al de León" (como él llama a Fray Luis), sólo 9. A Quevedo y a San Juan les dedica 10 y 9, respectivamente (7), y a

Bécquer. 8. Sin embargo, le dedica a Zorrilla 22 páginas, al Duque de Rivas y a Espronceda 14 a cada uno, y a Campoamor (que es, según él, de un "prosaísmo integral", pág. 183) y a Basterra (de quien dice que es un "fino poeta de segunda fila", pág. 1386), nueve páginas a cada uno.

Son tan disparatadas las relaciones de proporción, que me permito establecer las siguientes tablas numéricas, que en principio podrían parecer absurdas, para que, después de lo ya dicho, el lector pueda apreciar las cosas por sí mismo:

		Páginas
1.	J. R. Jiménez	20
2.	A. Machado	16
3.	Aleixandre	15
4.	Alberti	14
5.	Cernuda	13
6.	Guillén	12
7.	D. Alonso	11
8.	Lorca	10
9.	Salinas	10
10.	M. Hernández	9
11.	G. Diego	9
12.	Unamuno	7
13.	L. Panero	6
14.	Rosales	5
15.	Souvirón	1

---

(7) No se piense en la parquedad de la obra de San Juan de la Cruz, toda de antología. Faltan siete de los nueve romances (los que se refieren a la Creación, Encarnación y Nacimiento) y también el largo romance sobre el salmo *Super flumina Babylonis*. También ha desaparecido la estrofa:

Del Verbo divino
la Virgen preñada
viene de camino:
¡Si le dais posada!

que en la primera edición aparecía con esta versión absurda:

El Verbo divino
si le dais posada
la Virgen preñada
viene de camino.

Tampoco se incluye el poema *Ansía el alma estar con Cristo*, cincuenta y dos liras, de las que se creen interpoladas unas treinta. Y no se arguya lo de la atribución dudosa, pues en la selección, en que se suprimen algunos de los escasos poemas auténticos del santo, se incluyen, sin embargo, las *Canciones del alma que se duele de que no puede amar a Dios tanto como desea*, que empiezan: *Si de mi baja suerte*, también de atribución dudosa. Además, todo esto no representaría más de siete páginas, que, con las nueve que se consagran a San Juan en esta *Antología*, serían dieciséis, cifra no desmedida, ni mucho menos, para el impar poeta.

Aunque este barómetro es de una justicia relativa, salvo los casos de Unamuno, Souvirón y Rosales (que es para Sainz de Robles el verdadero renovador de la poesía actual, y, sin embargo, en la "antología" se le pretiere constantemente a muchos de los "renovados"), es imposible de casar ya con el aplicado a los grandes clásicos. Pero ¿cómo relacionarlo con lo que sigue?:

	Páginas
Lope Mateo y Orhaíta	11
Ardavín, Adriano del Valle, Pemán y Leopoldo de Luis (8)	9
Foxá, Mostaza, Carmen Conde y Montesinos	8
Sánchez Mazas, Federico Carlos Saínz de Robles, Laffón, Fernando González	7
José Rincón Lazcano, Camín, Manuel de Góngora, Tomás Borrás, Pérez de la Ossa, Pérez-Clotet, Benítez Carrasco	6
Ramos de Castro, Pérez Camarero, Federico de Mendizábal, Valbuena Prat	5

¿Para qué continuar? ¿Se puede reparar en esto cuando tan poca consideración se concede a la vida y a la obra de los poetas? A continuación, voy a insertar algunos de los más atrevidos e insolentes juicios de don Federico Carlos Sainz de Robles. En ellos, se podrá ver qué concepto tiene don Federico Carlos de cosas tan sagradas e inevitables como la habitual pobreza de los poetas. Pero empecemos por los reyes para que los pobres poetas se consuelen:

1. *Reyes cobardones como conejos y blandengues, capaces, eso sí, de componer una poesía conceptuosa a una sensación imprecisa.* (Pág. 37.)
2. *Pedigüeño e insolente (Baena; recuérdese lo ya citado de Montoro), murió en la miseria, no sin haber ejercido la mendicidad poética con ínfulas de bravucón perdonavidas.* (Pág. 401.)
3. *Era (Rodrigo de Cota) un gorrón y un pedigüeño.* (Pág. 474.)
4. *Se casó... (Alonso de Ercilla) con una hermosa y rica hembra.* (Página 626.)
5. *Arruinado (Esteban Manuel de Villegas), se dedicó a dar* sablazos, *a pedir empleos, a estudiar a los clásicos y a buscar* un buen partido *para el casorio... Murió de viejo y de pedantón.* (Página 795.)
6. *Llevó (Jerónimo de Cáncer y Velasco) una vida aventurera y de pedigüeño. Era feo y gurruminо. Audaz y salaz.* (Pág. 805.)
7. *Jugó (Miguel de Barrios) a ser cristiano, judío, cristiano, judío...* (Página 825.)
8. *Según él mismo (Villarroel) asegura, alternó en las siguientes profesiones: bailarín, torero, ladrón, alquimista, charlatán, soldado, ermitaño, trotamundos, confidente, transmutador, matemático, médico, cómico y confeccionador sibilino de almanaques.* ¡ADMIRABLE PERSONA! *Se ordenó de subdiácono para cobrar ciertas capellanías... Un gran tipo.* (Pág. 846.)

---

(8) Debe de ser ésta otra forma de agradecer a Leopoldo de Luis (que en la primera edición aparece como Leopoldo Urrutia de Luis) los "servicios prestados", completando lo que se dice en nota en la página 230.

9. *Y por una sátira le* empapeló *(a Samaniego) la Inquisición de Logroño.* (Pág. 877.)
10. *Viuda, hermosa y adinerada (Margarita Hickey), debió de vivir apasionadamente.* (Pág. 889.)
11. *Se casó con doña Manuela Lema, y se hizo muy formalito. Abandonó las ideas volterianas y fué muy religioso, muy dandi, muy requetesimpático.* (Pág. 997.)
12. *Tenía (Miguel Agustín Príncipe) la sutileza precisa para meterse en cuanto no le importaba... siempre que importara a los demás. Era maestro en el arte de sonsacar.* (Pág. 1022.)
13. *Fué poeta (Ricardo Gil) lleno de finezas y de finuras, de alientos originales y renovadores; elegíaco sin lloriqueos; de anticipaciones, de sutilezas verlenianas; pero sin pizca de simbolismos, oscuridades ni afeminamientos.* (Pág. 1155.)
14. *Poseyó (Manuel Paso Cano) un íntimo fervor poético y una sensiblería de buen tono.* (Pág. 1159.)
15. *Las poesías son fáciles, costumbristas, de una sensiblería de buena ley. (Se refiere a José López Silva.)* (Pág. 1171.)

Caso aparte es el de Rubén Darío, a quien don Federico Carlos Sainz de Robles no ve con buenos ojos, a pesar de reconocer que el maestro de Nicaragua influyó sobre la poesía de Federico Carlos Sainz de Robles. Niega a Rubén toda su importancia para el movimiento modernista. Dice que los tres primeros libros de Darío contenían "poesías muy vulgares, sin atisbo alguno de personalidad, delatando influencias campoamorianas, becquerianas y zorrillescas. Y, de pronto, *Azul...* "De pronto significa aquí, supongo, veintiún años. Y añade: "Practicó el ocultismo. ¡Ah! y ya bebía mucho. Cogía las curdas más morrocotudas y lloronas del mundo. Las que, en París, le había enseñado a coger el pobre Verlaine." Además de minimizar a Rubén, injuria al admirable poeta de *Sagesse*, pues sabido es que Rubén Darío no vió más de una vez a Verlaine, sin que llegara a hablar con él. Afirma también que Darío tenía un "gusto exquisito hasta lo absurdo", y al hablar de Manuel Reina, sentencia: De él dijo el modernísimo Rubén Darío: Lírico de penacho, en color en Fortuny", y otras lindezas similares. (Pág. 1154.) Y después de todo esto, el malabarismo de hacer desaparecer las nueve páginas que le consagraba en la primera edición de la "antología".

4. BREVE AUTOBIOGRAFÍA DEL ANTÓLOGO Y ANTOLOGÍA ABREVIADA DEL POETA

Antes de terminar, merece la pena de que digamos dos palabras del historiador de la literatura-antólogo-poeta que después de imprimir en miles de ejemplares las agudezas anteriormente enumera-

das y otras muchas más, se permite calificar de lindezas unas palabras de Rubén Darío, y de "curdas" las embriageces del gran poeta. Y mientras el nombre de don Federico Carlos no figura más que en sus propios libros, tenemos que acudir, por fuerza, a esta única fuente. Léase, con atención, el juicio que Federico Carlos Sainz de Robles, poeta, merece a Federico Carlos Sainz de Robles, antólogo:

> *"Poeta, novelista, dramaturgo, historiador, ensayista, crítico literario. Nació en Madrid (1899). Estudió Humanidades y Filosofía en el Seminario Conciliar de su ciudad natal. Licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras. Archivero, bibliotecario, arqueólogo del Ayuntamiento de Madrid. Colaborador de* La Voz, Diario de Madrid, Cervantes, Escorial, Vértice, El Bibliófilo, Revista de la Biblioteca y Archivo, El Español *y de otras numerosas publicaciones. "Premio del Ayuntamiento de Madrid 1931". Ha dado numerosas conferencias en el Ateneo madrileño y publicado cincuenta y tres obras de varios géneros.*
>
> *Sains de Robles cultivó la poesía entre 1919 y 1923. Se libró de las influencias de los movimientos líricos subversivos, pero no de las de Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez. Pertenece al postmodernismo más avanzado.* (Pág. 1552.)

Como tenemos la suerte de que el poeta Sainz de Robles sea al mismo tiempo un estupendo crítico literario, no es necesario que nos rompamos la cabeza rastreando posibles influencias, pues él mismo nos da la pista. Sólo falta confirmar lo que él nos dice y la confirmación es bien fácil. Nótese en el pequeño fragmento que sigue la presencia de ese "potrillo salvaje" que, según el Sainz de Robles historiador de la literatura, fué Rubén Darío:

Déjame. ¡Déjame! Tú ignoras la alegría
de ser uno su yo, siquiera un rato al día,
quitada la careta de la razón sombría.

De darte cuatro besos y cuatro apretujones (!)
sin tenerte que dar obvias explicaciones.
Y que tú los aceptes y que no los razones.

De hallar un lado poético en todas estas prosas...
(Pág. 1553.)

Esto de hallar un lado poético en todas esas prosas es demasiado pedir. Pero a lo mejor es más fácil en este otro fragmento influído por Juan Ramón Jiménez:

Alguna vez quisiera no ser yo
complejidad débil en su complejo.
Y ser como otro muy distinto hombre
apolíneo, de regusto epidérmico.

Hombre yo así. Hombre como ese hombre
cuya hombrada es llevar a hombros su gesto...
¡Con qué gesto te gesticularía:
vete con Dios, que a rey muerto, rey puesto!
(Pág. 1555.)

Huelgan comentarios. Me limitaré a informar al curioso lector que el poeta Sainz de Robles en la "antología" de Sainz de Robles ocupa casi ocho páginas (eso en la tercera edición, que en la primera ocupaba dieciséis, con lo que algo hemos salido ganando), las mismas (y respecto a la primera edición, casi el doble) que Fray Luis de León, que, según el reputado crítico literario don Federico Carlos Sainz de Robles, es "sin discusión" una de las cuatro cumbres de la poesía castellana.

5. CONCLUSIÓN

"Al seleccionar las poesías—nos dice Sainz de Robles en el estudio preliminar—no me he guiado por la opinión o gusto de ningún recopilador, por mucha que sea su autoridad. He preferido seguir los míos." De los gustos de don Federico Carlos Sainz de Robles podrá juzgar todo el que se tome la molestia de hojear y ojear las dos mil cuatrocientas treinta y cuatro páginas (para ser exactos) de este atropellado centón, de esta confusa silva o miscelánea que, sin embargo, pretende ser la primera historia y antología de la poesía castellana. Y, por Dios, no sea el lector tan severo con don Federico Carlos como es don Federico Carlos con sus benévolos compañeros los críticos literarios serios y con conciencia de la importancia y de la trascendencia de la labor crítica. Que no en vano un escritor de tanta sensibilidad como Oscar Wilde estudió la función del crítico como artista.

CARLOS PEREGRÍN OTERO

DOS LIBROS HISPANOAMERICANOS TRADUCIDOS AL FRANCES E INGLES

La Unesco distribuye actualmente la versión francesa de *Los últimos días coloniales en el Alto Perú* (1), la obra de Gabriel René Moreno, que refiere las vicisitudes y contradicciones de la sociedad de su época con la maestría de un sociólogo. Aparece en esta crónica el encadenamiento de pasiones e intereses que prece-

(1) Gabriel René Moreno: *Les derniers jours de la Colonie dans le Haut-Pérou.* Introducción y traducción de Francis de Miomandre. Colección "Unesco de obras representativas". París, 1955. 348 págs.

dieron al movimiento de independencia de América con una claridad diáfana, y cada hecho recibe la importancia que tiene, quedando en la penumbra los que, abultados por el prejuicio o el fanatismo, pudieran haber extraviado a un autor menos agudo.

Un prólogo breve del traductor, Francis de Miomandre, familiariza a los lectores de lengua francesa con el carácter y alcances de la obra. Francis de Miomandre se ha compenetrado con el espíritu del texto original, y basta mencionar algunos de sus conceptos para comprender el cariño con que ha llevado a efecto su trabajo. Gabriel René Moreno es, a su juicio, un auténtico historiador, un hombre paciente, que incansablemente se dedicó a la investigación ejemplar y modesta, y así pudo llevar a cabo una obra singular, en la que relucen los prestigios de la pluma y los méritos de la inteligencia. En estas condiciones, el libro podrá ser perfectamente apreciado por los lectores no españoles, pues Miomandre ha sabido conservar el inmenso vocabulario del original, dándole además la vivacidad y fuerza de la literatura moderna. Esta adaptación ha requerido todo el ingenio de Miomandre y su amplio conocimiento de los problemas iberoamericanos. Sería difícil encontrar un intérprete más fiel.

En el prólogo, Miomandre estudia un problema histórico relacionado con el título de Alto Perú, que Gabriel René Moreno prefirió al de Bolivia. Esta preferencia responde a un sentido patriótico profundo y a las condiciones ideológicas de aislamiento en que hubo de vivir el autor.

Corresponde la publicación de esta obra al plan de la Unesco de facilitar el conocimiento de las letras iberoamericanas al público de las demás regiones culturales y geográficas. En este sentido, *Los últimos días coloniales en el Alto Perú* constituyen una fuente indispensable de referencia en el estudio de la historia de América, y Gabriel René Moreno recibe así la consagración que merece su labor e inteligencia.

* * *

La versión inglesa del *Enriquillo* lleva por título *The cross and the sword*, y está destinada a presentar al público de habla inglesa los hechos, ideas y circunstancias que hicieron de esta novela una de las más representativas del movimiento indigenista del siglo XIX. Tuvo como inspiración la serie de vicisitudes de los pueblos aborígenes frente a los conquistadores. Manuel de Jesús Galván la escri-

bió como justificación de su propia carrera política, y su estado de ánimo es un reflejo de la ideología que motivó el movimiento de independencia de América.

El prefacio va suscrito por Max Enríquez Ureña, quien explica el carácter de los episodios, lo que corresponde al genio poético del autor y a la verdad histórica en este relato, en que el héroe, descendiente de uno de los jefes indígenas de la región del Jaraguay, es educado por los frailes de Vera Paz y bautizado con el nombre de Enrique. Atendido solícitamente en su infancia por don Francisco de Valenzuela, Enriquillo, una vez muerto su protector, queda sometido a las arbitrariedades del disoluto Andrés de Valenzuela, y, perdida toda esperanza de reparación, se declara en protesta armada, fijando su cuartel general en las montañas de Bahoruco hasta que, en 1533, Carlos I de España le concede derecho a escoger una región donde vivir con sus vasallos y bajo su ley privativa.

El traductor del *Enriquillo*, Robert Graves, profesor honorario de la Universidad de Cambridge, ha tenido que vencer numerosas dificultades para adaptar al temperamento inglés el estilo isabelino las emociones liberales y las cualidades de Manuel de Jesús Galván Tramas y complicaciones de la novela, la descripción de los caracteres, que resultan graciosos en español, han obligado a una matización detenida al ser puestos en la lengua de Shakespeare, y ello ha sido posible porque el traductor vivió más de veinticinco años en España y en constante comunicación con nuestras letras.

En el fondo—según Max Enríquez Ureña—, el libro representa un paso hacia la apreciación verdadera y reivindicadora de la misión de España en América, sin obviar responsabilidades. El choque entre aborígenes y conquistadores se presenta con imparcialidad.

El programa de las traducciones de las obras hispanoamericanas fué iniciado por la Unesco en 1946, y en el mismo participa la Organización de los Estados Americanos, a los efectos de favorecer la comunicación intercultural.

C.

HOMENAJE DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID A DON JOSE ORTEGA Y GASSET

Fué una gran fiesta del espíritu y de la inteligencia. Catedráticos, profesores y alumnos (entre ellos algunas religiosas) se apiñaban en el alegre paraninfo de la Facultad de Filosofía y Letras

de la Universidad de Madrid para escuchar a seis profesores y a un estudiante hablar sobre el que fué catedrático de aquella Facultad, José Ortega y Gasset, y sobre su incorporación al pensamiento y a la literatura universal.

Fué un regalo para la sensibilidad y un ejemplo de libre sinceridad, a la altura y con el rigor impuestos por el escenario y por los actores. Y cada uno dijo lo que, en servicio fiel a la verdad, creyó que debía decir.

Unas palabras del decano de la Facultad, señor Sánchez Cantón; palabras de gratitud por haber elegido aquel lugar para el homenaje. "Al honrar al que fué uno de sus más ilustres maestros—dijo—, la Facultad se honra a sí misma."

En seguida, una representación de los alumnos: el estudiante de quinto curso don Lucio García Ortega contó cómo para muchos de ellos el primer encuentro con Ortega ha sido una aventura personal, y cómo las generaciones universitarias de hoy consideran al maestro no como un político, sino como un hombre, un humanista y, además, como un magnífico espectáculo, que ha sabido presentarse y representarse. Y ¿quién dice que la verdad está sólo en el sistema?

EVASIÓN DE LA MODERNIDAD

Del discurso del catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid, don Angel González Alvarez, heredero docente de don José Ortega, copiamos a continuación sus párrafos más esenciales:

"Cuando los restos mortales fueron devueltos a la madre tierra, y el resto inmortal, en el abandono del tiempo, logra la eternidad, se nos fué el hombre, dejándonos como legado y herencia el nombre que, sobre el basamento de la obra realizada, adquiere los perfiles nítidos de una singular concreción.

"Que no falte en el día de la alabanza ni una corona de laurel para el lugar de su cuerpo, ni una oración que cobre trascendencia de eternidad para el estado de su alma."

Después de describir el cuadro de la modernidad filosófica, afirmó: "Por fortuna, entra en escena Ortega. Nadie en mejores condiciones que él para salvar del naufragio lo que está en trance de perecer inevitablemente. Sólo de la filosofía, que es faena cultural, podremos esperar la salvación de la cultura.

"Ortega, con su filosofía de la vida, pretende lograr la superación del idealismo y del realismo, del personalismo y del relativismo.

"Debemos gratitud a nuestro colega universitario por su espléndido esfuerzo en vistas a lograr la reinserción de las estructuras culturales en su núcleo empírico vital. Pocas hazañas tan claras en la historia del pensamiento europeo como la formidable debelación orteguiana de la beatería de la cultura. La filosofía de la vida es el embate español más rotundo, dentro del estilo y las exigencias de un pensamiento ametafísico, a todo filisteísmo de la cultura.

"Así, reconocida en su fundamental significación, la filosofía orteguiana se nos muestra hermética al ser y sin posibilidad de elaborar una ontología. Las direcciones más prometedoras del pensamiento actual, nacidas de la misma circunstancia histórica e impulsadas por análogo intento de superación, pretenden realizar esa tarea de un modo diferente. Justamente revelan una decisión ontológica, esto es, pretenden una especulación sobre el ser. Este es el punto más sugestivo y visible de los grandes pensadores alemanes actuales. Enlazan así con la temática de la gran tradición y se acercan a sus puntos de vista sobre los problemas fundamentales.

"La filosofía europea que en la actualidad se está gestando se libera ya de la modernidad. y nos ofrece un futuro prometedor en retorno a la metafísica. Para la filosofía actual, la tradición es el futuro. Quede aquí nuestro testimonio de gratitud para quien, al concentrar en sí la modernidad, nos pone en trance de evadirnos de ella. Estoy firmemente convencido de que una escolástica orteguiana destruiría lo mejor de Ortega, privaría a España de la incitación al futuro y la agostaría en un pretérito superado."

LAS LECCIONES DEL MAESTRO

Después, otro catedrático de la misma Facultad, Emilio García Gómez, viejo amigo y discípulo de Ortega, con palabra fácil y anécdotas a flor de labios, recordó el tiempo de su juventud universitaria, hace treinta años, y evocó a los maestros Asín, Ribera, Ballesteros, García Morente. "Si algo os deseo—añadió—es que encontréis por lo menos uno que os arrebate, como a mí me arrebató, dentro y fuera de las aulas, don José Ortega y Gasset." Señaló

cómo el maestro nos ha dejado varias lecciones: la del trabajo, la del modo de interpretar la tradición, la tolerancia, su capacidad de desdén, su optimismo, su sentido de la convivencia, su desinterés y su ejemplaridad. Y todo ello sin sueldos oficiales, sin tratamientos, sin bandas y sin cruces.

ORTEGA Y EL DERECHO

Luego, un catedrático de la Facultad de Derecho, el jurista Joaquín Garrigues, un poco como el contrapunto de los restantes oradores, pues, como el mismo confesó, no era amigo de Ortega, ni discípulo y ni siquiera se había distinguido en las disciplinas filosóficas. "Sin embargo—dijo—pude extraer espléndidas lecciones y enseñanzas de Ortega sobre la Universidad y el universitario. Enseñaba dentro y fuera de la Universidad—nos decía Garrigues—y era una especie de cátedra ambulante. Vivía plenamente la Universidad, y frente a ella tuvo dos preocupaciones: no incurrir en un exceso de enseñanzas ni en un predominio de la investigación científica."

Otra acotación interesante hizo Garrigues sobre el Derecho en la obra de Ortega, e incluso leyó una carta personal del maestro, en la que exponía sus pensamientos sobre el Derecho romano. El Derecho no era para Ortega la filosofía jurídica ni la jurisprudencia, sino la realidad jurídica vivida por cada ciudadano. Finalmente, Garrigues dijo esta hermosa frase, que recogemos en su esencia, ante la imposibilidad de hacerlo literalmente: "Yo, que me he pasado muchos años pidiendo a los demás el cumplimiento de la justicia, vengo a ser protagonista de un acto de estricta justicia", y aludió, finalmente, a las causas del alejamiento universitario de Ortega, "causas que sería penoso y desde luego imprudente querer analizar, y que hoy quedan empequeñecidas ante la gran causa por la que Ortega llega de nuevo a la Universidad: la causa de su muerte".

SABIDURÍA, PATRIOTISMO Y AUSTERIDAD

Después, le tocó el turno a la Facultad de Medicina, representada nada menos que por Gregorio Marañón. La significación de este homenaje es trascendental—comenzó diciendo—porque no sólo

se honra la memoria de un hombre ilustre, sino que el Estado cumple una obligación de honrar a los más altos valores de la patria, cualesquiera que sean las diferencias o las afinidades que con ello haya tenido. En otro caso, habría resentimiento. No hablo del derecho a la crítica, que en mí, que soy liberal, es un sagrado derecho, sino del entusiasmo que debe suscitar en nosotros cualquier gran hombre, aunque sea de distinta ideología.

Habló Marañón de los tres entorchados universitarios: catedrático, profesor y maestro. Este último es la cumbre, y consiste no sólo en enseñar, sino en darse al discípulo. La ejemplaridad de Ortega—dijo también está en su sabiduría, su patriotismo y su austeridad. En cuanto al patriotismo, dijo que la vida y la obra de Ortega están impregnadas de españolismo o, mejor aún, de iberismo. Quería dar a España el sentido universal que por su tradición le corresponde.

UNA ESPAÑA IDEAL

Terminó el acto—dos horas largas de fiesta intelectual—con un discurso del rector Pedro Laín Entralgo. Un discurso como todos los suyos, lleno de sinceridad, de originalidad y de buen decir, y sumamente difícil de extractar.

Comenzó explicando que este acto se realiza con un cierto retraso, porque tanto él como el decano quisieron que Ortega y Gasset hubiera vuelto, aunque fuese solamente por unas horas, a su viejo hogar para que los universitarios de Madrid le mostrasen su agradecimiento. El rehusó, y hubo de esperarse hasta ahora, cuando entre el acto que se pensó y este que se realiza se ha interpuesto ya su muerte, imprevista e irreparable.

¿Qué sentido—se pregunta—puede tener el homenaje de una Universidad en la cual el festejado no quiso estar presente? ¿Qué justificación tiene el homenaje a la memoria de un hombre cuyo magisterio intelectual piensan algunos que debía ser olvidado por los españoles?

A la primera pregunta, Laín contesta que la Universidad responde así por boca de su rector: "Por lo pronto, indicaré que nosotros hemos comprendido siempre las razones de esta ausencia última de Ortega, aunque nunca nos hemos resignado a aceptarla. La Universidad quedaría incompleta si renuncia a la obra del filósofo.

La segunda interrogación ha sido formulada por algunas perso-

nas, y es forzoso reconocer que hay, entre ellas, hombres de buena intención y grave responsabilidad espiritual. Como respuesta, hay que señalar que el objeto propio de nuestra actividad como universitarios son las ideas. Y una España ideal, para nosotros, es aquella en que, a la sombra de la verdad de Cristo, pudiera convivir el espíritu de Santo Tomás con el de Ortega y Gasset, por citar al que ahora festejamos; el del padre Arintero, con el de Antonio Machado; el de San Ignacio, con el de Unamuno, y el de Menéndez Pelayo con el de Ramón y Cajal, con aquella magnanimidad mental que Menéndez Pelayo aprendió y en la que tan poco le siguen los que se dicen sus seguidores.

Una España así configurada, una España ideal al servicio de la cual quisiéramos que se configurase la Universidad. Y por todo lo que Ortega ha dado a esta idea de España, celebramos y agradecemos su egregio magisterio.

¿Prosperará esta idea de España y de la Universidad hasta informar las cosas visibles? ¿Será, con la obra, con la actitud, con el esfuerzo de lós demás, reconocido el puesto de Ortega en esta obra?

No lo sé. Pero sí sé, y sabéis vosotros, que es muy posible que el muerto pueda seguir viviendo en nosotros en lo mejor de su vida. Que las virtudes intelectuales del mejor Ortega sean en vosotros esencia viva. Esto es lo que nos atrevemos a pedir a Dios, que le habrá juzgado según su infinita sabiduría divina, y no según nuestras parcialidades humanas.

Si eso ocurre, este acto habrá tenido pleno, entero sentido".

MANUEL CALVO HERNANDO

CATOLICOS EN HISPANOAMERICA

En un volumen consagrado a la política internacional del decenio 1944-1954, Tibor Mende rotulaba un trabajo del modo siguiente: "L'Amérique Latine: spirale ou cercle vicieux?" (1).

Ciertamente, hay margen para amplias tonalidades dialécticas en

(1) Véase *Dix Ans d'Histoire du Monde, 1944-1954*, Julliard, cuarto trimestre de 1954, págs. 76-84. *Deo volente* lo comentaremos en otra ocasión.

torno a Iberoamérica. Con frecuencia, se orean sus problemas económicos. En realidad, las cuestiones económicas tienen un singular valor para Hispanoamérica. Mas, si se adopta una postura absoluta, se corre el peligro de soslayar *las olvidadas fuerzas morales.*

En este sentido, no es extraño que hayan surgido pensamientos acerca del *hecho* católico en aquellas tierras. El pasado Congreso Eucarístico de Río de Janeiro ha dado pie para pergeñar balances sobre determinadas realidades (por otro lado, nada nuevas para el verdadero interesado por los perfiles espirituales de la América Ibera).

El padre norteamericano Magner ha destacado tres aspectos de la existencia sudamericana: 1.º La injusticia social originada por un desarrollo económico rápido y anárquico. 2.º La apostasía de los intelectuales. 3.º La eficacia de la ofensiva protestante... Y el padre Magner ha percibido la responsabilidad de los católicos hispanoamericanos, al advertir claramente que, "si un día América del Sur se pierde para la Iglesia, los católicos se lo tendrán que reprochar sólo a sí mismos".

Se ha hecho notar la falta de sacerdotes en la América hispana. Por una parte, las iglesias locales son demasiado pobres en vocaciones para hacer frente al gigantesco trabajo en perspectiva. Por otro lado, las iglesias europeas, con frecuencia, ven disminuir peligrosamente el reclutamiento sacerdotal. La pregunta que se nos presenta es la siguiente: ¿cuántos habitantes hay por sacerdote en Hispanoamérica? Si echamos mano de una encuesta efectuada en 1950 por los *Cahiers du Clergé Rural,* nos encontramos con estos detalles:

	Habitantes
Guatemala: Un sacerdote para cada grupo de	28.000
Bolivia: Idem íd., íd.	12.000
Honduras: Idem íd., íd.	10.000
Cuba: Idem íd., íd.	8.000
Perú: Idem íd., íd.	7.900
Brasil: Idem íd., íd.	7.500
Venezuela: Idem íd., íd.	6.800
Argentina: Idem íd., íd.	4.100
Colombia: Idem íd., íd.	3.800
Chile: Idem íd., íd.	3.650

Ahora bien: anotemos que, bajo el título de sacerdote, van incluídos los miembros de las Ordenes religiosas. Aparte de que las citadas estadísticas no aprisionan sino un valor documental. En efecto, la mayoría de los sacerdotes indicados más arriba están

adscritos a los servicios de las parroquias *urbanas*. Como máximo, un tercio reside en las regiones rurales o las atienden en visitas periódicas. De ahí el valor del Congreso de Manizales, en Colombia, dedicado al estudio de las cuestiones del elemento agrícola en la América Hispana. Y, en el terreno de la evangelización, la obra de los padres *itinerantes*, la visita más o menos regular de los misioneros, no produce una "siembra" en profundidad (todo lo más en superficie).

En "La Iglesia y la cuestión social: el gran problema de la América Latina", la revista *Latinoamérica* ponía en guardia, en su número 37, contra un optimismo *béat*. La circunstancia real es que hay miseria y que hay una tentación hacia el comunismo en más de un lugar. Gracias a la religión, esta ideología no ha arraigado todavía. Sin embargo, se llama la atención. Ya que algunos notan un retraso del catolicismo en Iberoamérica respecto a las formas nuevas que se dibujan. Incluso se dice que, en estos sitios, el pueblo no se halla siempre plenamente preparado para la doctrina de las Encíclicas. Así se valorará debidamente la creación de Institutos sociales con vistas a la formación de sociólogos cristianos en las naciones hispanoamericanas. Pues la influencia comunista en la América ibera se evidencia, aun parcialmente, en la asistencia de los iberoamericanos a los Congresos comunistas (de la Organización de la Juventud Democrática a la Organización Mundial de las Confederaciones Obreras).

Claro es que existen singularidades esperanzadoras. Así ha ocurrido con la pujanza de ciertos movimientos sindicales católicos, con los Congresos Eucarísticos y Marianos, con las Universidades católicas... Mas un riesgo terrible reside en ciertas propensiones generales en los solares americanos. Por ejemplo, en una revista redactada en lengua inglesa, hemos leído: "Hoy día, las esperanzas de los latinoamericanos son estrictamente materialistas. Ellos desean una salida del feudalismo y del semicolonialismo y la vislumbran en la industrialización."

El asunto no admite dudas. La explicación la suministra, con soberana sencillez, el semanario católico *Verbum*, de Guatemala, refiriéndose al panorama religioso de su país: "La extrema gravedad del tiempo en que nos encontramos, en el seno de una sociedad en plena bancarrota, hace más necesario el aumento del clero." (Indiquemos que en 1953 había en Guatemala un total aproximado de cuarenta seminaristas para una población católica de tres millones.)

Por supuesto, no es tarea fácil aprehender suficientemente las realidades sociales hispanoamericanas, inmensas y heterogéneas. En todo caso, se ha hablado de la situación religiosa en Hispanoamérica con la palabra *dispersión*...

LEANDRO RUBIO GARCÍA

EXPOSICION EXTRAORDINARIA DE PAUL GAUGUIN EN LA TATE GALLERY

"Rien que de la peinture, pas de trompe-l'oeil." Estas palabras de Paul Gauguin significan nada menos que la ruptura con una tradición de más de cuatro siglos. Por obra y gracia de Gauguin, la pintura occidental va a dejar de ser esclava de la naturaleza y se transformará en su dueña y señora. El ideal estético del "naturalismo" (tómese aquí la palabra en el mismo sentido que "realismo") había sido la imitación fiel de la realidad; la pintura, en concreto, tenía como misión el reproducir las figuras de las cosas reales, sus colores, sus luces y sombras. El impresionismo había sido una culminación de esta estética, como antes lo había sido el Velázquez del último período. Paul Gauguin se rebela contra toda tiranía de la realidad: "El arte primitivo nace del espíritu y se sirve de la naturaleza. El llamado arte refinado nace de la sensualidad y es esclavo de la naturaleza... En nuestra presente miseria, la única salvación posible es una decidida y franca vuelta a los principios, es decir, al arte primitivo."

La exposición de pinturas, grabados y tallas de Gauguin, organizada para el pasado Festival de Edimburgo, y después expuesta en la Tate Gallery de Londres, es una buena lección de cómo el pintor supera y rechaza el impresionismo desde las mismas entrañas de éste. Cerca de dos docenas de óleos ilustran en esta exposición el camino recorrido por el artista desde sus trabajos de aficionado (véanse sus *Paisajes* de 1871, Copenhague, y 1873, Cambridge, a la manera de Corot) hasta su completa integración en el movimiento impresionista y los primeros síntomas de su abandono del estilo de un Monet o de un Pissarro. En *Jacob, luchando con el Angel*, de 1888, Galería Nacional de Escocia, Gauguin ha roto ya definitivamente con el impresionismo y está creando un estilo nuevo: el "synthetisme" o "cloisonnisme", cuyas características esenciales serán después asimiladas por una buena parte de la pintura

moderna, incluyendo los Naifs, los Fauves, Matisse, Rouault, Kandinsky, los expresionistas del Blaue Reiter y el mismo Picasso en alguno de sus períodos. La pintura occidental posterior a este cuadro va a ser desde entonces, como el "sintetismo" de Gauguin, un arte "idéiste, symboliste, synthétique, subjective et décorative".

Desde aquí hasta los últimos lienzos de las islas Marquesas, el desarrollo artístico de Paul Gauguin es un continuo y trabajoso ascender hacia esferas más significativas, más poéticas del arte. Pero al mismo tiempo, y quizá a causa de ello, la pintura de Paul Gauguin se hace cada vez más "puramente decorativa". (No todas las fases de esta evolución están debidamente representadas en la exposición de la Tate Gallery; sin embargo, hay ejemplos suficientes de las principales etapas del camino. Señalemos entre ellos: *La Belle Angèle*, 1889, del Louvre; *El Cristo Amarillo*, 1889, de Nueva York, y *El Cristo Verde*, 1889, de Bruselas, pertenecientes al primer período bretón; *I Raro Te Oviri*, 1891, de Minneápolis, y *La Luna y la Tierra*, 1893, de Nueva York, magníficos ejemplares ambos del primer período tahitiano; *El Caballo Blanco*, 1898, del Louvre, *Las Tres Tahitianas*, 1899, de Edimburgo, y las naturalezas muertas; *Girasoles*, 1901, de París y Zurich, representando el segundo período tahitiano; y, finalmente, *La Llamada*, 1902, de Cleveland, y *Mujeres y Caballo Blanco*, 1903, de Boston, correspondientes al último período del pintor, en las islas Marquesas.)

Porque Gauguin sabía que las líneas, las proporciones y las tonalidades del color tienen en sí un valor emocional, expresivo, y que las simplificaciones decorativas tienen siempre un significado profundo, más metafísico que psicológico. Y sabía, además, sobre todo, que el arte auténtico de todos los tiempos y de todas las culturas busca su inspiración "au centre mystérieux de la pensée". El temor y temblor que refleja *Mujeres y Caballo Blanco*, 1903, una de las últimas obras del artista, emana, desde luego, de ese centro misterioso.

FRANCISCO PÉREZ NAVARRO

UNA GRAN NOVELA DE SILONE

Apenas es conocida en España la nutrida pléyade de novelistas italianos contemporáneos. Casi con la única excepción de Alberto Moravia, nuestros editores no se han preocupado de la magnífica

narrativa italiana de nuestros días. Hasta que ahora, en una cuidadosa, artesana, podríamos decir traducción de Julián Ayesta, nos llega a las manos la primera novela de Ignazio Silone, salida a luz en tórculos españoles: *Un puñado de moras.*

Ignazio Silone, el primer novelista italiano según Faulkner, es uno de tantos fugitivos de la doctrina comunista y de su férula disciplinaria, de las que hasta 1931 fué fervoroso corifeo. Campesino de los Abruzzos, íntimamente arraigado, en lo espiritual tanto como en lo físico, en lo más abrupto de su región natal, ha narrado en duros relatos *(Fontamara; El grano en la nieve,* etc.) la vida y las aspiraciones, entre trágicas y grotescas, de los "cafoni" de su país. De su literatura aldeana surge un valor universal, sin lindes físicas o morales, como aconteció con la obra de Barrès, de Hardy, de Mauriac o de nuestro Galdós. Sus narraciones aprehenden a los hombres tal como son, insuflándoles a veces ese poquito de ironía poética que no poseen aquéllos en la realidad, para así universalizar mejor su condición, salvando con un toque de ternura lo que pudiera quedarse en fría objetividad realista.

En *Un puñado de moras,* la novela limpiamente vertida al castellano por Ayesta, Silone relata, simultáneamente, la experiencia de la implantación del comunismo en una pobre aldea, habitada casi únicamente por "hombres desesperados", y el proceso de "desviación" doctrinal del protagonista del relato, el ingeniero comunista Rocco, tras un viaje de éste a Varsovia y Moscú. Pero no es este libro, como pudiera parecer tras lo antedicho, un panfleto rencoroso o una exposición doctrinal. Si en él existe una tesis, va tan implícita en los mismos entresijos de la narración, que apenas puede considerarse como tal. El relato tiene, por otra parte, la suficiente fluencia, la serenidad y la humanidad bastantes para que no pueda ser considerado como uno de tantos reportajes publicitarios como se publican bajo apariencia novelística. *Un puñado de moras* es una novela, una excelente novela, de la que se desprenden innumerables posibilidades persuasivas; pero que se desprenden de la evidencia misma de los hechos, y no de las exposiciones ideológicas del autor. Es, en fin, algo absolutamente distinto a los relatos seudonovelescos de Koetsler, Kravchenko, Valtin, etc.

En esta narración de Silone se advierte la falsedad utópica del paraíso soviético con un realismo impresionante. Pero esto es lo menos trascendente del libro. Lo que de él interesa de verdad son las figuras humanas, de una espléndida fuerza literaria, de una ca-

racterización asombrosa algunas de ellas, así como la espléndida captación del ambiente.

Paralelamente al relato de la experiencia comunista, que va fracasando vertiginosamente, se nos exponen en *Un puñado de moras* los dramáticos debates de conciencia del ingeniero Rocco, protagonista del libro y una especie de trasunto del propio Silone, convicto paulatinamente de la inutilidad de sus esfuerzos, de la vanidad y gratuidad de un movimiento que él había considerado como la "historia en marcha". El proceso amoroso, de una singularidad cargada de sugestión; los pequeños episodios, tanto dramáticos como satíricos, que ilustran la narración; la intensidad desnuda de los caracteres y el clima realísimo cooperan para producir una ácida desazón, un descorazonamiento, que sólo al final de la novela parece hallar un esperanzado quiebro, cuando ya el desquiciamiento ha llegado al momento culminante. Es solamente un símbolo, pero sirve para destacar un fondo ilusionado. que, a la postre, es la clave del libro: El cuerno de la aldea. el que antes convocaba a los campesinos a las asambleas comunales. y que luego ha estado misteriosamente perdido, volverá a sonar cuando un soplo de verdadera libertad lo hiera. "Acaso sea dentro de un año. o de veinte. o de mil, pero sonará." Esas tremendas palabras, revestidas de una punzante poesía, parecen quitar del ánimo la espesa capa de pesimismo. *Un puñado de moras* acaba por decirnos que ese puñado de bayas silvestres es lo único sobre lo que el hombre puede ejercer plenamente su poder.

ENRIQUE SORDO

UN NUEVO LIBRO DE ALEJANDRO GALLINAL

La lectura de este libro (1) despierta el recuerdo de la *Lógica viva,* de Vaz Ferreira. Menos por el estilo y por algunas otras características, como la brevedad de los capítulos, la prosa. etc., que por la vitalidad. Vaz Ferreira escribe una lógica que viene a ser una descripción de las figuras vivas de la expresión, a media voz. de la sociedad: los modestos recortes de prensa. las frases diarias

(1) Gallinal Heber, Alejandro: *Meditación sobre la caridad.* Montevideo, 1955.

de la propaganda, etc. Gallinal hace también una descripción de las formas vivas de la pretendida cordialidad social: las proclamaciones caritativas, las generosidades a medias, etc. El parentesco es, pues, el de la fuente y el apoyo en que uno y otro van a buscar su objeto de meditación.

Pero hay, además, algo que hace pensar en este parentesco espiritual: el vigor y la agilidad de la expresión personal; una expresión que es fuente directa, en uno y en otro, de una preocupación vital y ajena a todo interés libresco. En Vaz Ferreira no aparecen definidas ni referidas las formas de los silogismos o de cualesquiera otras figuras lógicas. En Gallinal tampoco hay definiciones, ni librescos estudios sociológicos sobre este fenómeno humano y social. Ni siquiera hay algo que recuerde meditaciones de antropología filosófica ni instituye principios generales (como lo hace, pongo por ejemplo, X. Xirau en *Amor y mundo).* Esto es de agradecer, pero sobre todo de alabar, porque por este lado se restituye a una forma literaria su auténtica naturaleza. "La afirmación, menos la prueba explícita", dice del ensayo Ortega. Y verdaderos ensayos son el libro de Vaz Ferreira y el de Gallinal. Tanto el uno como el otro, que están más allá y más acá—y así hay que juzgarlos—de lo "científico", entablan un diálogo directo con el hombre, y son, por sobre todo, un testimonio humano y hondo.

Llamemos la atención sobre el proceder intelectual de Gallinal en esta meditación. Gallinal no se pregunta por la esencia de la caridad, sino que se limita a comprobar su ausencia. Delimita con ello, siguiendo por las líneas del vacío que deja, la caridad misma. Mas no se queda ahí. Tras esta definición negativa—la más interesante desde el punto de vista de la "estilística del pensar"—se oculta algo más que un método, pues la negatividad exige la positividad, y ésta es, en el libro de que damos noticia, el modo como *debe ser* la caridad. Además del proceder intelectual, la meditación sobre la caridad es una exigencia moral; es, mejor, una moral de la caridad, una ética del orden de la caridad. Gallinal no se queda, pues, en la comprobación, ni en la delimitación de lo que es y debe ser la caridad, sino que va más adelante. El lado negativo de la definición, en juego con la exigencia positiva, hacen que sea también una protesta contra la sociedad, que hace imposible o que disfraza el ejercicio de la caridad, esto es, el ejercicio de la profesión de hombre, como dice Alfonso Reyes.

Con esto llega Gallinal a situarse también en el terreno de las

preocupaciones intelectuales más rigurosas de nuestro tiempo: las que meditan sobre el agotamiento de las virtudes humanas. Bien a través de la técnica, de la socialización de la vida o de la totalización política del quehacer humano. Gallinal medita, pues, sobre la deshumanización del hombre, la más radical, pues aquí no desempeña papel ni la técnica, ni la sociedad, ni la política, sino el hombre mismo, la política y la sociedad mismas, en cuanto hacen que la inautenticidad humana presida las relaciones entre los hombres.

Pongamos punto final a esta breve noticia con una observación sobre la prosa: "Forma no es sino el contenido visto desde fuera", escribe el suizo Théophile Spoerri. Y, evidentemente, el contenido —la pasión y la honda sinceridad de la protesta—, visto desde fuera, es la prosa de Gallinal. Los largos períodos y los períodos breves se equilibran en donde se trata de hacer un paréntesis o una observación accidental. Los períodos largos dominan en donde la protesta, la pasión, salen con más fuerza. (Hegel tiene los más largos períodos allí donde expone el núcleo de toda su filosofía con una pasión inimitable.) Esto justifica la impresión que se tiene en algunos capítulos de la falta de cierta dosis de sobriedad. Pero es que la afirmación sincera y la sincera protesta llegan a ser quizá más fuertes que el posible castigo del estilo. Aun lo que puede ser un defecto, resulta aquí de valor.

La obra está bellamente impresa. Y esto contribuye a que su lectura sea en todos los sentidos un verdadero placer espiritual y del intelecto. Entre el agobiante "material" de investigación que invade nuestra producción bibliográfica, una voz humana que confiesa su pasión por un tema humano es algo que sólo sinceramente puede agradecerse.

RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT

EL HOMBRE EN LA VIDA SOCIAL

La aparición del tomo VI de DOCETE invita a recorrer los tomos que precedieron y llena de gozo pensando que sólo faltan dos volúmenes para que el plan grandioso de esta utilísima obra alcance feliz coronamiento. Es innecesario repetir los elogios que me-

rece, y que, sin regateo, recibe de todos quienes en España y en América la utilizan, casi nos atreveríamos a decir, como un libro de cabecera. El propósito de dotar de un instrumento de consulta y de trabajo a los que, de algún modo, están llamados a difundir la palabra de Dios y la doctrina de nuestra Iglesia, ha sido plenamente logrado. No son unos simples modelos lo que ofrece esta magna obra, ni tampoco unos enjutos esquemas sin savia ni vigor: es todo un tesoro, en el sentido etimológico de la palabra, lo que halla el lector que recorre sus páginas: un tesoro de doctrina y de ejemplos sugestivos y prácticos, llamados a fijar de un modo indeleble las enseñanzas propuestas y a influir decisivamente en los propósitos.

El tomo que tenemos a la vista trata de *El hombre en la vida social* (1). Con orientación segura, se parte de la doctrina sacramental de la Iglesia relativa al matrimonio, se ahonda el sentido profundo de las relaciones entre los esposos, señalando los peligros que amenazan a éstos y también las bendiciones con que Dios ha colmado el amor cristiano.

Con una conexión, que la simple enumeración del repertorio de temas no dejaría translucir, el lector descubre los fundamentos de la familia y la auténtica base del orden social cristiano, apoyado en el hogar y respaldado por el principio de la propiedad y de la justicia. Cabe extraer de la parte más extensa que constituye el volumen toda una doctrina social teórica y práctica, con abundancia de ejemplos, de pensamientos luminosos, de sentencias imperecederas de los grandes maestros de la espiritualidad católica.

Después de las relaciones entre los miembros de una misma familia, los de una sociedad y los de los pueblos entre sí, con todas las arduas cuestiones asociadas a los nombres de patria, autoridad, libertad, guerra, paz, etc., se abordan las mismas relaciones humanas, ofreciendo un verdadero tratado de vicios y virtudes, que ocupa la última parte de la obra, consagrada a delinear seguramente las mismas fuentes del derecho y de la justicia, de donde brotan los ideales auténticos de la sociedad cristiana.

El breve resumen que acabamos de esbozar sólo puede ser un superficial recuento de lo mucho que en este tomo VI de DOCETE puede hallarse. No es poco que, en las dimensiones de un volumen de casi 600 páginas, se haya podido concentrar una gran riqueza

---

(1) Anton Koch, S. I., y Antonio Sancho, Can. Mag.: DOCETE VI. *El hombre en la vida social*. Editorial Herder. Barcelona, 1955. 576 págs.

y variedad de temas, estructurando una verdadera enciclopedia social cristiana.

Quienes conocen la penuria de textos y obras en lengua castellana que traten a fondo los problemas sociales y morales que tiene planteados el hombre en nuestro tiempo, se admirarán más ante la obra realizada por Antonio Sancho. Con sólo hojear el libro y la copiosa bibliografía nacional y extranjera que precede en letra pequeña cada uno de los 98 títulos, el lector se percata al punto del trabajo verdaderamente benedictino que supone, la capacidad creadora, de síntesis, que exige por parte del autor la utilización adecuada de tan variadas y copiosas fuentes, no menos que el buen tino que en todas las páginas campea, tan llenas de sana doctrina y escritas tan en consonancia con nuestras mejores tradiciones por el ilustre magistral de Mallorca.

C.

FE DE ERRATAS

En el número 72 de los CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, al publicar poemas de *Luz de mi sangre*, del poeta uruguayo Generoso Medina, donde dice "Premio Nacional de Literatura del Uruguay", debe decir "Premio Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay". De lo que dejamos expresa constancia, a petición del autor.

C. H.

INDICE

Páginas

NUESTRO TIEMPO

ARTE Y PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

En páginas de color, el trabajo de Augusto Iglesias *La incorporación española y el destino de Hispanoamérica.* Portada y dibujos del pintor español *Angel Medina.*

LA INCORPORACION ESPAÑOLA Y EL DESTINO DE HISPANOAMERICA

POR

AUGUSTO IGLESIAS

1. No existe, es posible, un solo americano pensante e interesado en los asuntos de su hemisferio, en estas últimas décadas—acaso desde los tiempos de la primera gran guerra—que no se haya impuesto un cuestionario como éste: "¿Hacia dónde vamos? ¿Cuál es nuestro destino?... En nuestro deseo de realizaciones prácticas, ¿por qué programa de acción debemos decidirnos?"

Me refiero—insisto—a la incertidumbre de los pensadores, pues bien saben ellos cómo aun los fáciles problemas familiares, al extenderse y convertirse en problemas colectivos, adquieren de inmediato creciente complejidad; ésta, por cierto, en mayor o menor grado, de acuerdo con la psicología del organismo social que la determine. La turbamulta no es apta a las perplejidades de la reflexión profunda. Para ella los mecanismos de la vida nacional, sus fenómenos propios, su biología, etc., etcétera, aparecen reducidos sin diferenciación posible en clara y notable *irregularidad;* pues, en principio—para su criterio—, todo el dicho "mecanismo" anda mal... Según ese razonamiento simplista, el trabajo—cuando la máquina ande muy desbocada—consiste en reemplazar el régimen "A" por el régimen "B"... Los cuales regímenes, en la práctica (dicho sea entre paréntesis), distínguense entre sí apenas por el color de sus respectivas banderolas... Error grave, pero propugnado sin descanso por el partidismo demagógico en todas las tiendas del mundo indoespañol.

Hay algo, sin embargo, en lo que se halla de acuerdo la unanimidad de los iberoamericanos: en buscar para nuestra economía incipiente otras formas de distribución, a más de nuevos mercados internacionales donde colocar, con las ventajas de la ley de la oferta y la demanda, sus fabulosas riquezas... Debo repetir: en este punto coincide la opinión pública de toda Iberoamérica.

De acuerdo con la historia patria de los diversos pueblos de similar cultura, el mundo tiende hoy a agruparse en grandes bloques defensivos y colaborantes. ¿Podemos nosotros, los americanos de habla española, desentendernos de esta imposición de los tiempos?

Vivimos un período de la Historia universal muy distinto de los de épocas pasadas. Por de pronto, nótese la *visibilidad* de hoy con respecto a la escenografía en que se va montando el drama del "devenir", del "llegar a ser" humanos, y la colosal audiencia con que esta tramoya del tiempo es juzgada, día a día, en los más diversos ámbitos del planeta. La radio, el cine, la televisión, más aún que los servicios cronológicos de los grandes rotativos y del libro, permiten *contemplar* e inclusive *oír* los procesos nacionales del siglo XX, en esquemas varios y en uno de sus aspectos más impresionantes: el de la *teatralidad.*

Hoy "vemos" y "oimos" la marcha de los acontecimientos. El hecho sustantivo, maravilloso, de luchar, sacrificarse y morir en vistas a un destino mejor, llega a nosotros, cada momento, a través de las ondas hertzianas y la pantalla del cine. Es una sensación de estruendo y marejada crecientes, una sensación física, que al confundirse sutil con nuestras ideas nos inclina, como peleles de una farsa callejera, de un lado a otro de las opiniones en pugna.

Esta categoría de comunicación es de

un alto interés especulativo. Por eso, hago hincapié en ella. Además, en la civilización de Occidente, sólo un acontecer destácase al igual del nuestro, con estruendo de marea, poderoso y amplificado, pero sin *visión:* el que señala el descubrimiento y conquista de América.

Ni el Renacimiento, ni la Reforma, ni la Revolución francesa tuvieron la categoría de sonora vibración que tiene en nuestros días, por las razones antedichas, el ansia multitudinaria de rearquitecturar la economía del mundo de un modo mejor.

El Renacimiento, a pesar de su trascendencia, en el perímetro de sus centros irradiantes, posee, *malgré tout,* un carácter restringido, aristocrático. El hombre renacentista—cuya mayor categoría reside en su busca de nuevos rumbos para el arte y nuevas verdades para la ciencia—o es el cortesano servil en el séquito de unos magnates a fuer de refinados, crueles o, de no serlo, es el rebelde irredento, tránsfuga de una tienda a otra, en busca febril de la monda paz necesaria al espíritu avizor. Desde Italia, el genio grecolatino vuelve, por más de dos siglos, a irradiar sobre las latitudes de Europa. Hasta donde antaño acamparan las ululantes tribus germánicas que pusieron fin al poderío cesáreo, llega esa luz; y todavía más allá... Es el desquite de Roma contra los antiguos bárbaros. Pero ahora, en el Renacimiento, no son águilas victoriosas, no legiones invictas las que extienden su Imperio ecuménico, sino unas *élites* reducidas a excelsas minorías de sabios y artistas. Tales hombres, no obstante, apenas hubieran podido vivir, de atormentados por la pobreza como posiblemente lo estaban, si hubieran utilizado para su lámpara—y alumbrarse con ella, salvaguardándose de los baches del camino—el aceite de su sola inspiración. Para no caer, y aun para respirar, necesitaron ponerse al servicio de algún potentado. Bastaría recordar Florencia "la bella"... He aquí una nobleza magnífica, brillante; aún más: cultísima como pocas... ¿No es suficiente acaso?... No; porque al mismo tiempo la insigne ciudad hállase impregnada de orientalismo. Es bizantina. Sin escrúpulos. Puede decirse, evitando circunloquios, que al término de las Cruzadas, "la bella" había iniciado ya la parábola de una elegante decadencia.

Con todo, bajo estas sedas hubo afanes reformistas y también un reverdor ascético. Podría argüirse que éstos afloraron en el siglo XII; pero, en verdad, son austeros varones del Renacimiento los que convierten tales afanes en palabra de prosélitos. Esta acción deriva luego hacia otros campos, y, por último, emigra, hasta materializarse, en el siglo XVI, en la "protesta" de Lutero.

Se inaugura la Reforma alzando un pendón de crítica extrema. Sin embargo, nunca, en su raíz, dejó de tener un *humus* económico lugareño de crítica frailera y entre príncipes. Salvo casos como el de Muntzer y la rebelión de una parte del campesinado alemán, el protestantismo no tiene carácter de movimiento popular, en el sentido de mejora de las condiciones de los trabajadores asalariados. La suya es una revolución ideológica—muy pronto en armas—de la antigua Europa invasora o bárbara en contra de la Europa eclesiásticamente romanizada o latina. Porque, no simple coincidencia—¡gigantesca coincidencia sería ella de aceptarse como tal!—es poder comprobar hoy, en el mapa europeo, que la expansión de la Reforma queda instalada en la mayor parte de los países con mote de pertenecer a la *raza sajona,* y el catolicismo, en cambio, se mantiene atrincherado, casi intacto, en las naciones denominadas de *raza latina.*

Mas la escisión no logra evitarse, determinando antes de mucho una crisis grave, de proyecciones recónditas, en la cultura de Occidente.

Ahora subrayo de nuevo: *la Reforma no tuvo visos de conmoción económica en una medida que las masas pudieran interesarse por ella con fines propios, referidos a un beneficio de clase.*

A la inversa, los problemas económicos del protestantismo dijeron relación con puntos de vista crematísticos de las aristocracias locales de Europa, convulsionadas por el cisma religioso. Y aquí es sitio de traer a la memoria que la

crisis de la Iglesia Romana, en los siglos XIV, XV y, por último, el XVI, en su forma de mayor agudeza, corrió de arriba hacia abajo; es decir, de los dirigentes a los dirigidos.

Los siglos siguientes—el XVII y el XVIII—viven de ese aluvión. Políticamente, los *enciclopedistas*, primero, y los revolucionarios de los *Derechos del hombre*, después, se integran en el desarrollo de un mismo proceso: la culminación popular del liberalismo "reformista". La ideología básica de la Revolución francesa se nutre en el *libre examen;* así los terrenos secos, pero abundantes en tierra vegetal, lo hacen de las retenciones de agua facilitada por el desborde de los grandes ríos. Pero si hay un movimiento de masas que no ofrezca de popular sino el epifenómeno, la superficie, la apariencia, ése fué el determinado por los principios de 1789.

Actuando con las vestiduras paradígmicas de unos amplios postulados de *libertad, igualdad y fraternidad*, el tal movimiento, por su esencia, logra una agitación espectacular, dramatizada por la escenografía cruenta que le sirve de telón de fondo. Mas, a poco andar, vése a los directores del espectáculo acomodando la subsiguiente *mise en scène* a la implantación de una nueva aristocracia, calcada de la antigua.

En menos de una generación, sin mucha confianza en el porvenir, esos aristócratas de cuño reciente tratan de asegurar lo poco o mucho conseguido, vinculándose por medio de alianzas matrimoniales a la nobleza recién desposeída. De ahí la urgencia del sino napoleónico, símbolo de esta aspiración de clase, y el endiosamiento vertiginoso del corso, cuando aparece en el escenario de la Revolución, aunque él constituyera por sí solo la máxima sorpresa de aquella comedia finisecular. Triunfo, por cierto, de lo imprevisto como elemento "catalizador", tan frecuente en el proceso de la Historia, pero realizado en esta oportunidad entre el doble despecho de la vieja aristocracia, herida; y de la flamante democracia teórica, burlada.

Ya en la segunda mitad del siglo XIX, la Revolución francesa, en sus postulados económicos y sociales, no interesaba ni a los propios "revolucionarios" de Francia.

* * *

2. El "mensaje" de los tres movimientos históricos que acabo de señalar, en vez de reanudar la aglutinación de los modos de vivir cristianos de las naciones de Occidente, fué de crisis y quebrantamiento de este ideal. El proyecto de *unidad europea,* almendrado en la Constitución del sacro romano Imperio y reinscrito, más tarde, por Napoleón Bonaparte en los planes de su delirio cesáreo, debilítase cada vez más, hasta parecer por su vaguedad, a comienzos del siglo nuestro, una quimera, un sueño absurdo, y, como tales quimera y sueño, irrealizable.

Ahora bien: el descubrimiento y conquista de América, determinantes de la formación del Imperio castellano, tuvo, asimismo—a semejanza del Renacimiento, la Reforma y la Revolución francesa—, un carácter de "mensaje". Pero sin descontar los errores ni disminuir las faltas y vicios unidos, siempre, por biológica indiscriminación, a toda humana empresa, el sentido histórico de la realidad social, impuesto en un comienzo por los Reyes Católicos y continuada hasta Carlos III por los monarcas herederos del solio imperial de España, cuéntase entre los más ricos en frutos abundantes referidos hasta hoy al decurso de un empuje civilizador.

Desde luego (aunque el choque de las armas en los hechos contemporáneos a la conquista del nuevo mundo le dió a tal incorporación un carácter dramático de asalto) la verdad implícita, a contar desde ese episodio cruento hasta el fin del coloniaje, reside en los efectos; pues del caos aparente provocado por el invasor, emerge "un orden" que unifica y engloba, imperialmente, los dispersos particularismos indígenas; "orden" basado en la fusión material y espiritual de España en la sangre aborigen.

Hasta el momento de llegar la expedición colombina a la isla de Guanahaní; más aún, hasta la muerte del propio gran almirante, América era *lo ignoto* por antonomasia; vale decir, tie-

rras ignoradas para el resto del mundo e "incógnita" para los mismos americanos. Las penetraciones territoriales realizadas por los máximos Imperios de Anahuac y el Cuzco significaron muy poco, en realidad, ante las inmensas perspectivas de un mundo primigenio como era el de nuestro hemisferio: más infierno que paraíso, donde el hielo polar, los bosques, las praderas, el mar, los grandes ríos, las selvas impenetrables, los desiertos y cordilleras infinitos, diversificaban los modos de vivir colectivos, pero no la crueldad de la naturaleza hostil que le servía de marco. Señera naturaleza, y, por muchos aspectos, indómita al dominio del hombre.

Otro tanto cabe decir de la antropología en lo que se refiere a la población americana precolombina. ¡Qué humanidad diversa! Se trata hoy de precisar cierta unión relativa dentro de su variedad, aunque el esfuerzo viene de lejos. Desde Linneo, en 1735—el primero en clasificar al hombre americano *(homo sapiens americanus rufus)* entre las cuatro razas *(Europaeus albus, Asiaticus luridus, Afer niger)* que, según él, poblaban el globo, hasta mi ilustre y respetado Paul Rivet, ex director del Museo del Hombre, de París—, son ya muchos los etnólogos y antropólogos de fama universal, en busca de resolver el enigma de los factores raciales determinantes de una supuesta unicidad étnica en los pobladores de América. El problema, no obstante, continúa en penumbras, y tal vez nunca tenga solución. "Si conociéramos—se ha dicho con agudeza—el desenvolvimiento del hombre pleistoceno en el llamado nuevo mundo, sabríamos cómo llegó y se difundió en el continente; pero sin saber si todos los americanos pertenecen a una sola raza o varias, no podemos tratar de averiguar su procedencia."

Rivet, a quien por su autoridad preeminente sólo cito como ejemplo, siguiendo la pista de los referidos nativos en la mezcla de sus rasgos fisionómicos, llega a la hipótesis de un hombre americano producto de lejana extracción racial mogólicopolinesia... Mas, leído lo anterior, ¿no es factible imaginar, en vez del producto de la mezcla supuesta por el etnólogo francés, en un *homo americanus* descendiente de un árbol etnológico, *anterior* a las razas americanas y mogólicopolinesias, y de la cual éstas derivaran sin correspndencia directa de una con las otras?

De todas maneras, éstas y otras posibles hipótesis (Rivet, me ha informado de un nuevo libro suyo en preparación), sostenidas con igual propósito, pertenecen a los temas de las ciencias naturales, sobre los cuales queda aún mucho por reflexionar antes de darse como positivamente sólidas las bases de sus argumentos probatorios.

Lo "actuante", sin embargo, en las modalidades de los indios americanos, o "ameroindios", en su más próxima etapa precolombina, fué su "diversidad", no su *unidad.* Tan agresiva era su actitud vecinal, que en cuanto los grupos tribales, singularizados, llegaban a tomar contacto, estallaba el incendio.

Este hecho, sobrepuesto al invario parecido étnico, de observación actual atrae en la conquista, con mayor fuerza al de otros factores ventajosos, la atención de los españoles. Porque, gracias a estas disensiones y diversidades de la población indígena, convertidos en elementos sistemáticos a beneficio de la aventura de los tercios hispanos, el dominio de América se transforma, a ojos vistas, en un vasto proyecto de incorporación imperial. De otro modo, esa aventura habría sido poco menos que físicamente imposible. A pesar de la superioridad en armas y material bélico de los europeos, y el desconocimiento ameroindio de la aplicación de la rueda, junto a los múltiples oficios impuestos al ganado caballar—recurso vivo que al reducir el esfuerzo muscular humano aumentando, al mismo tiempo, su eficacia realizadora, significó, él solo, como antes en el mundo conocido, la más profunda revolución tractomóvil en la sociología de las Indias Occidentales—, a pesar de esto, repito, si entonces se produce la unidad de los indígenas en cualquiera de las zonas de su geografía, amenazada por los españoles, la masa numérica de aquéllos habría sido, a pesar de las enormes distancias entre una comunidad y otra, tan incon-

trastablemente poderosa, que el invasor hubiera debido retroceder, si no roto el ímpetu, por lo menos contenido. En un estudio de Rosemblat de 1935, se calcula en más o menos doce y medio millones de almas los habitantes ameroindios al Sur de Río Grande, en la época del descubrimiento.

Las diferencias entre las fratrías indígenas no paraban solamente en lo antedicho. La diversidad de cultos religiosos, enraizados en su mayoría en los principios del totemismo ancestral, a más de la multiplicidad casi increíble de lenguajes locales, convertía a la América toda en verdadera cosa derelicta para el espíritu aventurero del conquistador del siglo XVI. Se hacen cálculos que arrojan cifras superiores a los tres mil dialectos pertenecientes, de acuerdo con la nomenclatura norteamericana, a unos cuantos *stock-languages*, o grandes grupos de familias lingüísticas. Pero también en este punto existen sospechosas contradicciones; así, por ejemplo, mientras el conde de la Viñaza señala para la población indígena el número de mil lenguas diversas, los filólogos sajones dan a los solos *stocks* de Canadá y Estados Unidos una asignación aproximada a los dos mil dialectos.

Tal heterogeneidad sustantiva comienza a declinar en las primeras etapas del coloniaje.

Técnicamente, la Colonia se inicia cuando al margen de la guerra de invasión los adelantados, a nombre de su rey, colocan los sillares en donde se asentaría luego la vida política, económica y religiosa de los pueblos recientemente incorporados a la Corona Imperial de España.

Mas dejemos por ahora esta esquemática visión de rasgos del mundo ameroindio y detengámonos a considerar, en igual forma y antes de la necesaria síntesis, el ámbito de los conquistadores.

* * *

3. Se ha dicho más de una vez que Europa está separada de Africa por los Pirineos. Esta frase, de almendra amarga por su malicia despectiva, Ganivet la toma por su cuenta y la transforma en soberbia glosa. Pero caben también otros símiles... Unida al continente negro por la Roca de Gibraltar (española de derecho, aunque su giba esté erizada de cañones británicos) desde ella se puede divisar, en días claros, el blanco dibujo de las casas de Ceuta. De tal modo se ajustan hacia el Sur las aguas del Mediterráneo, que, atalayados allí, podríamos pensar, sin esfuerzo, en un encajamiento próximo de dos riberas opuestas, las cuales, a lo largo de unos quinientos sesenta kilómetros, partiendo del NE. de Gibraltar en dirección a Cartagena, corren paralelas. Sin embargo, se ha dicho también: "Península por su configuración, Iberia merecería, tanto por su clima como por su estructura, ser considerada un continente en pequeño."

Con exceso de variaciones climatéricas y comarcanas, la expresión general del país es adusta, cediendo en aspereza cuando las cordilleras y mesetas escalonadas declinan hacia las sabanas y huertas de la periferia.

Es posible que, en remoto pretérito, en esta tierra indistinta y ceñuda, se fundieran un día las primeras corrientes civilizadoras del que iba a ser, en el futuro, el hombre europeo. En idéntico orden de pensamientos no es aventurado creer que fuera en aquella terracota amasada por los flujos migratorios venidos desde los núcleos más importantes de Asia y Africa, donde se incrustaron, andando el tiempo, pueblos más refinados, continuando en el laboreo de los siglos esa obra misteriosa que forja y destaca, en plinto de naciones, el paso de las grandes culturas. Fenicia, Roma, Cartago, dejan así, más tarde, en las raíces de la población peninsular, el grito de su sangre. Vándalos, alanos y suavos entrarán, también, en ellas al caer la noche de los tiempos, siguiendo el camino antaño utilizado por los celtas. Y más tarde serán los godos, los cuales, detenidos ahora por la presión de los francos al tratar de desbordarse hacia el otro lado de los Pirineos, terminarán por meterse definitivamente, así en una jaula, dentro del trapecio peninsular. Sumidos, como las olas en

la anchura de la playa, en la menuda arena de las mezclas raciales existentes, la individualidad de estos pueblos ha de desaparecer en seguida para siempre... Por último, la desquiciadora invasión, la invasión cultural de nuevo cuño: los árabes... ¡Fiesta y tragedia de razas de las que sale, a la postre, el pueblo modelador que le iba a dar fisonomía moral y cohesión política a toda Hispania!

Para verlo hay que subir a la meseta.

Ahí está. Recio y duro, habita las llanuras de Castilla con la típica adustez de su propio paisaje. Mas, quizá por la dureza del panorama de su dintorno, entre las brumas del Medio Evo comienza a otear, en busca de más confortables perspectivas, por lo ancho del horizonte. Y ya en alas de su fantasía, navega—pueblo mediterráneo, no obstante—mucho más lejos, y embarcado en más increíbles aventuras, de lo que se atrevieran y abordaran los abuelos fenicios enamorados del mar.

Por estos yermos de Castilla, por estas tierras ocres o pardas (pardas como la mancha mimética de los oteros en el descenso de las laderas fáciles) trotó, infundiéndole un alma legendaria a toda la meseta, la bravura de Rodrigo Díaz de Vivar. Los torreones de este reino adusto, besados fueron por el aire frío de las tierras altas, que el sol calienta, en estío, hasta convertirlo en hálito de horno. Por entre chopos, festoneada su partida por remisas verjas, mientras el perfil de su fama sombrea los blasones de la reyecía, sale una mañana, camino del exilio, el Cid Campeador.

¡Cuadro magnífico ese de su viaje al destierro! Frente al Destino, buenos y malos presagios, simbolizados por la superstición en los ojos de un pájaro agorero, le clavan pupilas abismales. Es una corneja que al abandonar el Cid y sus hombres la villa natal venla posarse a la derecha del camino; y al arribar la pequeña hueste a Burgos, la ven posarse a la izquierda. Ruy Díaz sacude las greñas y cifra una legendaria promesa: "Ahora nos echan de la tierra, Albar Fáñez, pero volveremos a Castilla con gran honra."

Corre el año 1081. Desde entonces, la patria del Cid ensancha y ensancha su poderío, aglutinando, en torno a su solio, a la dispersa familia hispana y considerándola a toda ella indivisble dentro del cuadrilátero peninsular.

La profecía del Cid se cumplirá, precisamente, con providencial exactitud, cuando ese hecho histórico de la "unidad" hispánica entre en su etapa decisiva y final. Libre España de la invasión árabe gracias al empuje de las armas castellanas y católicas, recibe de seguida, por manos de su Reina Católica y castellana, la ofrenda fabulosa de un nuevo mundo.

Este hecho de trascendencia planetaria, el cual, inclusive, modifica los cálculos de medición estelar, no ha sido juzgado aún, en lo referente a sus detalles, con la amplitud y coordinación de necesidad. Los mejores trabajos sobre la dominación española en América son muy especializados; vale decir, no se eslabonan con los estudios que sirven de fuente informativa a la cultura preuniversitaria y general.

Vaya un ejemplo: se culpa a España, aislándola, de actos realizados por ella dentro del espíritu y sentir políticos más profundamente enraizados en Europa, durante los siglos en que esos hechos se llevaron a efecto. La mayoría de mis compañeros de estudio, y yo mismo, caímos en este error. Sin embargo, si hubiéramos puesto en paralela comparación tales actos, habríamos llegado al aserto de que el comportamiento de España, aun en tales condiciones adversas, fué superior al coetáneo y efectivo, puesto en práctica por otros Estados occidentales.

Señalaré un caso muy socorrido: el de la ejemplaridad de la colonización inglesa "comparada" con el fanatismo y codicia de sus contemporáneos, los aventureros españoles. Es decir, el hombre hispano circunscrito como "oveja negra" en una Europa expandida hacia las nuevas tierras ultramarianas; mientras los sajones, entremetidos en esa misma expansión, guiaban, en vez de "aventureros", pacíficas y virgilianas tropas de "ovejas blancas"...

Pues bien: de hacerse el "paralelo", esta socorrida historia resulta contradi-

cha desde su base. No obstante, no deseo ser yo el que lo haga; prefiero cederle el paso a un historiador y ensayista americano distinguido, el profesor Charles C. Griffin.

"¿Hasta qué punto resulta exacto—se pregunta el catedrático estadounidense—el cuadro ejemplar de la colonización inglesa?"

Y se responde:

"En primer lugar, la inmigración por causa de persecución religiosa era mucho menos importante de lo que se ha creído. Las colonias de Virginia, Nueva York y Carolina, por ejemplo, fueron establecidas, principalmente, por hombres que participaban de las mismas ideas religiosas que imperaban oficialmente en Inglaterra. En la propia nueva Inglaterra, meta principal de la inmigración puritana de los calvinistas, de ninguna manera hallamos una sociedad formada exclusivamente con fines religiosos. Los primeros habitantes de esa región, los *Pilgrim Fathers*, o padres peregrinos de Plymouth, que tanto han sonado en la historia nacional de los Estados Unidos como santos varones imbuídos solamente del deseo de la libertad de cultos, fueron también buscadores de lucro... En Massachusetts, la colonia más grande e importante, también encontramos una situación analoga.. Un siglo más tarde, cuando se dirigió a los habitantes de Marblehead (pequeño puerto de Massachusetts) el apremiante requerimiento de que apoyasen la resistencia al Gobierno inglés porque éste ponía en peligro los principios religiosos con que se había fundado la colonia, los habitantes no titubearon en contestar: "Puede ser que vuestros padres vinieran acá por la religión; los nuestros, se establecieron para pescar"...

"Podría decirse que estos humildes negocios pesqueros y de pieles distan mucho de las áureas y plateadas ganancias de los conquistadores españoles. Pero ¿no puede reconocerse uno y el mismo instinto en el buscador de oro y en el que lucra con otros productos que halla a su alcance? Tampoco faltaban colonos ingleses cegados por el afán del oro. Muchos murieron en los primeros años de la colonia de Virginia tras de la quimera áurea, y no dejaron de buscar minas hasta que el tabaco cultivado por los negros llegó a ofrecerles un camino más seguro para conseguir fortuna. Martin Frobisher, uno de los marinos exploradores más famosos de la época isabelina, extrajo de América un cargamento de mineral que descubrió al norte de Terranova, creyendo que era mineral de oro. Por desgracia, resultó no contener ni rastro del metal codiciado; pero la codicia existía, a pesar de la mala suerte del aventurero.

"Con el tiempo, naturalmente, la esperanza de encontrar fortuna en una mina o por otros medios fáciles no pudo sostenerse; como tampoco fué posible, después de la consolidación del régimen colonial español, hacer incursiones y buscar nuevas conquistas sin la supervigilancia de las autoridades, que obligaron a los interesados a fundar pueblos e implantar la ganadería y el cultivo. *La diferencia que se ha tratado de hacer resaltar tanto, se debe, más que a otra cosa, al hecho de que en Méjico, en el Perú y en Nueva Granada existieron metales preciosos, mientras que en Virginia y en Nueva Inglaterra no se encontraron.*

"También se ha hablado mucho acerca de las diferencias en los sistemas de trabajos de las dos regiones coloniales: la inglesa y la española. Los primeros pobladores ingleses de América esclavizaron a los indios de un modo muy parecido al de los colonos de las Antillas españolas. La esclavitud india no duró mucho tiempo ni tuvo importancia en la América del Norte, por el simple hecho de que los indios de allí, todavía cazadores nómadas con sólo algunos conocimientos rudimentarios de agricultura, no se ajustaban al trabajo rudo y constante que éste requería, y se fugaron a los bosques, donde fácilmente se mantenían libres. Los indios de Méjico y el Perú estaban acostumbrados al trabajo agrícola, y eran muchísimo más numerosos. Si hubieran existido poblaciones indígenas parecidas, no cabe duda de que los ingleses las habrían explotado, aunque las formas jurídicas de tal explotación no hu-

biesen sido iguales a la de los españoles.

"La prueba de todo esto se nota en la historia de la esclavitud africana en América. Tanto ingleses como españoles sostuvieron la esclavitud, y ambas naciones las desarrollaron en sus colonias cuando faltaba otra clase de mano de obra. Así, en las altas planicies de Méjico y el Perú fueron pocos los esclavos, mientras que en las Antillas—y en varias regiones de la costa, cálidas y aptas para el cultivo del azúcar, el arroz, el añil, el cacao, etc., desde Venezuela a la costa del Perú—los esclavos negros fueron innumerables. De modo parecido vemos el auge de la explotación de los negros en las colonias inglesas de plantaciones: en Virginia y Maryland, donde se cultiva el tabaco, y en Carolina y Georgia, donde el arroz y el añil eran los productos principales. Los negros no se multiplicaron en las colonias inglesas del Norte, porque la mano de obra esclava no era económicamente remuneradora en los trabajos variados de pequeña granjería, donde no era posible poner a muchos esclavos a trabajar juntos bajo el ojo de un capataz" (1).

Sinteticemos. La superioridad de la colonización sajona sobre la ibérica es un mito. En el momento de la conquista del Nuevo Mundo, España era el país más preparado de Europa para una incorporación imperial. Desde luego, debemos advertir que *la unidad* nacional, llevada a término por Fernando e Isabel, se anticipa a toda otra realización política semejante del monarquismo europeo. Cuando el continente aparece aún regido por los conceptos particularistas que informan el ideario disgregante del Estado medieval, Hispania —en la realidad de su época—señala el puesto de máxima avanzada de un ideal doctrinario todavía en cruenta marcha en el resto de Europa: el de la rebusca de intereses congruentes en la psicología feudal de pueblos histórica y racialmente afines, para crear con ellos identidades nacionales sujetas al común denominador de una sola autoridad gobernante.

Esta unificación política informa por primera vez, asimismo, la idea de un destino nacional, en sentido imperialista. Un sentido imperial soñoliento en el período de la Reconquista, pero que la toma de Granada—coronadora del esfuerzo—y el inmediato Descubrimiento de América hicieron beligerante en aquel inesperado y maravilloso escenario. Infatuada de amor humano y amor propio (este último, por adentrado en las vísceras innobles, *inhumano* por antonomasia), doña Juana—la hija de los Reyes Católicos—no habría podido hablar con parejo orgulloso énfasis—de puro altivo, impresionante en su loca majestad—, como hablara su hijo, en 1520, ya elegido emperador con el nombre de Carlos I, aunque cueste llamarle así, pues decirlo y venirse a mientes el de Carlos V resulta una misma cosa, que de éste y no de otro modo se le conoce en el mundo entero. "Ahora —afirmaba entonces el emperador—es vuelta a España la gloria que años pasados estuvo dormida. Dicen los que escribieron en loor de ella que *cuando las otras naciones enviaban tributos a Roma, España enviaba emperadores:* envió a Trajano, a Adriano y Teodosio, de quien sucedieron Arcadio y Honorio, y ahora vino el Imperio a buscar emperador a España, y nuestro rey de España es hecho, por la gracia de Dios, *rey de romanos y emperador del mundo...*"

Opinan los eruditos que el antedicho documento fué redactado por el doctor Pedro Ruiz de la Mota. Debe de ser así, o, por lo menos, es presumible. Porque ayer, hoy y siempre, los poderosos se han valido y se valdrán de maquiavelos y consejeros áulicos, cumplidores del menester de ordenarles sus ideas y hacer claro el confuso tropel de las reflexiones propias; pero no era Carlos V, ni de joven ni de viejo, varón de términos medios, capaz de acomodarse a sentires y opiniones ajenos si éstos no iban sentidos como suyos y muy suyos dentro de su carácter autoritario.

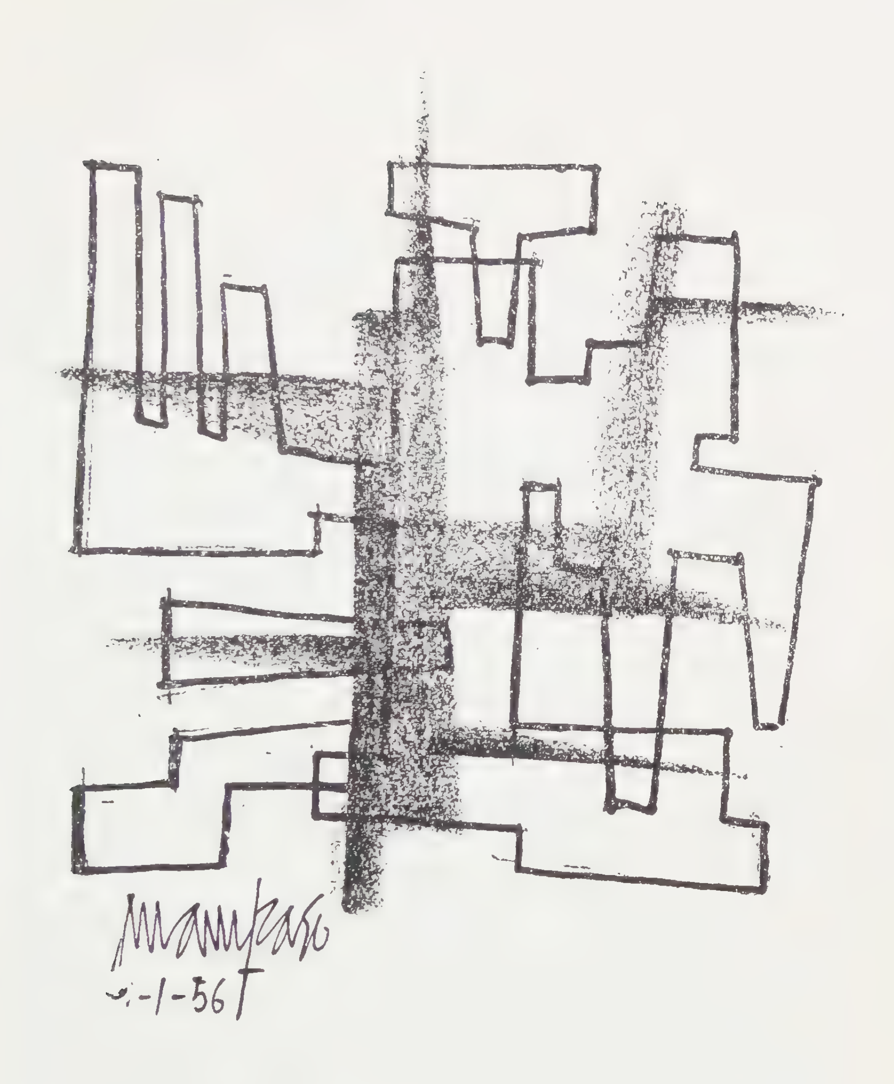
La empresa de "imperar" sobre la

---

(1) Ch. C. Griffin: *Unidad y variedad en la historia americana.*

—desde el siglo XVI—bien comprobada redondez de la Tierra no la tenía entonces en Europa—como acabamos de leer—sino un solo rey: el de España. Y, en fuerza de esa virtud, se constituye su Ejército—también el primero que, con erguida mayúscula, así podría denominarse—, defensor de una nación "en forma" y ejecutor de su voluntad soberana, faccionada ésta en los moldes del moderno cuño unitario, antifeudal y colonizador, en que pronto van a fundirse las grandes comunidades afines de esa parte del planeta, dando origen a los nuevos Estados rectores de la civilización de Occidente.

Es este Ejército, en realidad, el que realiza la incorporación de Amero-India al Imperio Hispano. Mas, por lo intenso, el tema exige capítulo aparte.



NUESTRO TIEMPO

INFLUENCIA DE MEJICO EN ESPAÑA (*)

POR

GREGORIO MARAÑON

Saludo con efusión cordial a los queridos estudiantes que me han invitado para dirigir la palabra a sus compatriotas que aprenden aquí, además de lo que aprendan en las aulas, a conocer, y nos hacemos la ilusión de que también a amar, a sus hermanos de raza, los españoles.

No tengo que encarecer mi cariño hacia ellos y hacia Méjico, porque lo demuestra mi presencia aquí. El amor nos ciega, y a mí esta ceguera me ha hecho aceptar alegremente vuestra invitación, cuyo cumplimiento adecuado, dentro de mi modestia, hubiera exigido, para madurar, un tiempo y un esfuerzo mucho mayores de los que han mediado entre la fecha de mi aceptación y la de verme aquí, entre vosotros.

Pero como todo en el mundo tiene su sentido, hasta lo que más absurdo parece, lo que hubieran ganado estas palabras mías en contenido, se verá compensado hoy por la brevedad. Y aprovecho la ocasión de verme entre vosotros, ante los que puedo actuar de maestro por los años que a vosotros y a mí nos separan, para hacer, una vez más, el elogio de la brevedad.

LA REVOLUCIÓN DEL TIEMPO

Yo creo que, si hay algo que caracterice fundamentalmente a los tiempos nuevos, ese algo es la necesidad y el goce de ahorrar las palabras. Por de pronto, ahorrar las palabras tiene un significado evidente, y es que es lo único que podemos ahorrar en los días que corren. Pero, aparte de ello, es, como he dicho, una necesidad y un goce, una fruición.

Reparemos en que la vida de hoy ha recortado inexorablemente la extensión de muchas cosas que parecían fundamentales. Pero, sobre todo, la del tiempo que empleamos para trasladarnos de una

(*) *Conferencia leída por el doctor Marañón, el 14 de diciembre de 1955, en el Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe, de Madrid, con ocasión de la Semana Mejicana.*

parte a otra, y la del tiempo que antes teníamos que inmolar al dolor físico. Estas dos abreviaturas tienen el sentido profundo de que son los medios decisivos para lograr el ideal de la vida nueva, que es, paradójicamente, alargarla.

Nuestra vida se ha dilatado, en efecto, no porque se viva un número de años medio más numeroso que el que vivían nuestros abuelos, sino porque el contenido eficaz de cada jornada se multiplica en cada hombre de hoy, con relación al hombre antiguo. gracias a que se han acortado inverosímilmente las horas que se perdían en moverse y las que se inutilizaban por la enfermedad. La Humanidad no se da cuenta de que el cambio más radical de la existencia de hoy depende de estas dos circunstancias, y no nos damos cuenta porque las vivimos con una naturalidad que no nos deja imaginar lo que era la vida nuestra todavía en la primera mitad del siglo XIX. Ninguna de las causas que manejan los sociólogos y los políticos para explicar el radical cambio de la vida moderna y sus trastornos pueden compararse, en capacidad revolucionaria, a los dos hechos citados. nacidos de la mecánica y de la biología.

LA REVOLUCIÓN EN LA LITERATURA Y EL DIÁLOGO

Este sentido abreviador de las formas y de los hábitos del vivir, para dar mayor capacidad dinámica a la vida, ha alcanzado también a la palabra. Los poetas ya no escriben poemas dilatados; y yo no me quejo de ello. El renacimiento del soneto se debe a que es la estructura más breve de lo que quiere ser un poema, aunque también la más propicia a la industrialización de la poesía. Las novelas largas, en dos o tres tomos, como las de Dostoyevski, o Balzac, o Galdós, no tienen ya realidad editorial, y han quedado reducidas a ciertos países, como los Estados Unidos, donde hay millones de individuos que tardan una hora o más cada mañana para trasladarse de su casa a la fábrica o a la oficina, y se alivian de los viajes cotidianos con un novelón cuya extensión podría medirse, no por sus páginas, sino por los kilómetros de lectura. Igualmente, en los libros de ciencia: al gran tratado ha sucedido el compendio, el manual o, por paradoja, la enciclopedia, que es un libro vastísimo, compuesto para no leer cada vez más que una sola página. Esta es la definición que oí a Bergson de las enciclopedias, a las que tenía mucha devoción, y la declaraba sin las hipócritas excusas que suelen hacer los pedantes cuando se los sorprende hojeando el Espasa.

La necesidad de la concisión ha alcanzado hasta las dos formas más elementales e íntimas del lenguaje: las cartas y la conversación. Uno de los géneros literarios más bellos, la epístola, ha desaparecido, estrangulado por el telégrafo, el teléfono y las cartas dictadas y mecanografiadas, necesariamente escuetas y frías. Un último gesto de la civilización occidental es el de las personas que, en Europa, todavía se ofenden, si se les escribe a máquina una carta íntima. Los diarios han dicho, hace poco, que una señorita de una provincia francesa ha roto con un pretendiente apuesto y opulento, norteamericano, porque le escribió a máquina una carta de amor. Esta señorita es una vestal de la buena tradición clásica, y merecía un homenaje de los humanistas que aún quedan en el mundo.

En cuanto a la conversación, su decadencia se marca por la desaparición de una costumbre admirable de los tiempos viejos, la tertulia, en la que el hablar era no un medio, sino un fin; la tertulia, en la que se cazaban ideas o, como decía Unamuno, se encendían, se creaban y se depuraban, probando su vitalidad antes de escribirlas. El café con tertulia era el campo de experimentación, hasta hace pocos años, de los ingenios españoles, incluyendo a la figura científica más alta que hemos tenido, a don Santiago Ramón y Cajal.

NOSTALGIA DE LOS TIEMPOS VIEJOS

Yo no puedo asegurar que todo esto sea bueno. Pero es ingenuo lamentarse de lo que no tiene remedio. Generalmente solemos confundir la bondad de las cosas con las cosas que nos gustan; y el que los hombres de mi tiempo consideremos con nostalgia la desaparición de la correspondencia y de las tertulias de café no quiere decir que no sea mejor lo que ha venido después. Por encima de todo, debemos tener una fe religiosa en el progreso del mundo, que, por ser obra de Dios, es susceptible de ilimitadas perfecciones.

También vemos muchos con tristeza el que los viajes lentos hayan desaparecido, y con ellos, la maravillosa expectación del "llegar", que era la aventura suprema del viaje y ahora ya no existe; porque se llega a todas partes con exactitud, y la exactitud es el antídoto de la aventura. Y, finalmente, a los que tenemos todavía resabios de la moral ascética, nos alarma la desaparición del dolor, que con tanto afán y tanta eficacia procuramos los

médicos. El sufrimiento traumático, el de las caídas y los choques, que pronto será el único que quede a los humanos, no tiene la entrañable, la profunda y larga raíz de los dolores espontáneos, los producidos por la desventura o la enfermedad. Ni la angustia moderna, debida esencialmente al hecho mecánico de la prisa —prisa para llegar pronto a otros lugares y para realizar pronto las ambiciones—, no puede compararse con la angustia trascendente y creadora de los que sufrían poniendo su meta en la propia perfección o en un ideal extrahumano.

RITMO CLÁSICO EN LA CULTURA

Aceptemos los hechos. Las formas de la vida, hasta las más elementales y gratas, se acortan, pues, para dilatar la eficacia y la duración temporal de nuestro paso por la tierra. Pero es curioso observar que todavía algunas de esas formas de la vida conservan tenazmente su ritmo clásico, y entre ellas, las actividades pedagógicas.

Todo se ha abreviado en el mundo, menos los planes de enseñanza, menos la extensión de los libros de texto, menos la duración de las clases y de las conferencias.

Se me dirá que ello es consecuencia lógica del formidable aumento del saber humano. Pero no es verdad. La suma de sabiduría que debe infundir la Universidad en cada hombre es aproximadamente la misma hoy que en tiempo de las Universidades de la Edad Media y del Renacimiento. Cada hombre debe aprender esa suma estricta de conocimientos básicos, y, además, su oficio, en el más amplio sentido: el cual oficio, en realidad, sólo lo enseña bien la vida.

Por no darse cuenta de esto, por no querer reducir la enseñanza a un esquema elemental de conocimientos y a la formación de una vocación, es por lo que la Universidad, en todo el mundo, se ha convertido en un ciempiés, en un laberinto sin salida. Se multiplican las cátedras, y los laboratorios, y los maestros; se construyen y se ponen en marcha descomunales ciudades universitarias. Se toman medidas, atentatorias para el progreso humano, de limitación en el acceso a los centros de enseñanza. Todo esto es inútil. Y, sobre todo, es inútil la limitación del ingreso en la Universidad; y reitero que es atentatoria al progreso humano, porque en esos exámenes de filtración previa, ya se hagan con el criterio del dómine arbitrario y riguroso—el rigor es siempre

arbitrario—: ya se hagan con la delicadeza aparente de las pruebas psicológicas, de todos modos corren siempre el peligro de eliminar a los espíritus geniales, muchas veces de vocación tardía y casi siempre incapaces de amoldarse a las pruebas estandardizadas, lo mismo a las malas que a las buenas, que nunca son buenas del todo. En la desaparición progresiva de los hombres geniales, que es otra de las características del tiempo actual, intervienen gran cantidad de factores; pero acaso el más grave sea la criba insensata de la admisión en los estudios oficiales mediante exámenes, siempre funestos.

FUNCIÓN DE LA UNIVERSIDAD

La función de las Universidades es la orientación del estudiante, la orientación pedagógica, física y moral; y puede conseguirse eficazmente, cualquiera que sea el número de los alumnos. Lo que no puede hacerse es enseñar a miles de estudiantes todo lo que se sabe en cada disciplina del saber. Pero esto tampoco se enseña nunca, por pocos que sean los estudiantes y por bien dotadas que estén las escuelas. Los que lo ponen en duda, pregúntense a sí mismos cuando han logrado la madurez y alcanzado la plenitud de su destino, pregúntense a sí mismos, qué es lo que debe a los estudios oficiales el repertorio de sus conocimientos actuales, el que les ha servido para triunfar. Si tuvieron la suerte de tener algún maestro de verdad, recordarán que les deben una orientación espiritual, una indicación o un gesto de los que se graban para siempre y nos marcan el camino. Pero los datos concretos, los que se exigen en los exámenes, no cuentan casi para nada en la formación definitiva: entre otras razones, porque el saber es por esencia renovación y rectificación. De donde resulta que el peligro más grave de muchos de los que pasan por buenos profesores es grabar definitivamente las nociones en la mente de los discípulos, enseñándoles a macha martillo las cosas, e inutilizándolos para la egregia capacidad de dudar y de renovarse. Estos, en apariencia grandes maestros, crean unos discípulos orondos en datos, pero ineficaces para la creación: exactamente comparables a los eunucos.

Divago un poco, como siempre que toco este tema, que quizá sea hoy el que más me apasiona; porque creo que el problema de la Universidad es el más arduo que se plantea en el mundo. Volvamos a nuestro argumento.

La pedagogía, decíamos, no sigue este ritmo de abreviatura

eficaz que sigue la vida entera. Y he pretendido demostrar que el compendiar la enseñanza no sólo es incompatible con el aumento de los conocimientos humanos, sino que es el único modo de hacer frente a esa fabulosa complicación de la ciencia. A medida que una disciplina se complica, el profesor debe simplificarla. En lugar de los lectores de las cátedras antiguas, que divagaban dos o tres horas, y no exagero, sobre cualquier tiquis miquis dialéctico, el maestro actual debe reducir a su quinta esencia cada problema y presentarlo desnudo, escueto, en el menor tiempo posible. Yo he conocido todavía el tiempo en que el bedel del Instituto o de la Universidad daba al catedrático la hora: lo cual quería decir que la ciencia se administraba cortándola en trozos de tiempo, como un salchichón. El maestro actual debe dar su lección en el tiempo que sea, pero siempre en el menos posible. Y después conversar y vivir con sus discípulos, aunque no les hable de ciencia. Lo que yo no he olvidado de mis tiempos universitarios ha sido la plática con los maestros, a los que acompañaba fuera de la cátedra para recibir de ellos un consejo o una aclaración; o, simplemente, si era un maestro auténtico, para aprender de ellos el modo de ser y el de vivir.

LOS PELIGROS DE LA CONFERENCIA

La conferencia...: la conferencia es una fórmula extraoficial, por lo común, de la pedagogía. Muy útil, pero muy peligrosa. Es útil, porque representa o debe representar la libertad frente al esquema burocrático de la enseñanza. Es peligrosa, porque supone una hipertrofia de la personalidad del conferenciante, y esta hipertrofia, que puede dar lugar a un espectáculo agradable, menoscaba siempre la utilidad de la lección.

El conferenciante, en el noventa por ciento de los casos, aspira ante todo a "quedar bien". Le inducen a ello el público desconocido y vario y la ocasión solemne; a diferencia del catedrático, que, por engreído que sea, acaba dejándose domesticar por la costumbre. Ahora bien: todo lo que supone éxito personal en el conferenciante representa una pura pérdida para la eficacia de la conferencia. Ya sé que hay conferenciantes excepcionales que unen la brillantez a la exactitud rigurosa de los hechos. El ideal es que el conferenciante quede oscurecido por el tema. Por eso, a medida que son más estrepitosos los aplausos del público, son más escasos los oyentes que se han enterado de lo que se ha dicho en la sala.

He hecho muchas veces esta experiencia. Todavía, hace pocas semanas, asistí a la conferencia de un maestro que habló en un francés titubeante—porque no era su lengua—y que tardó poco más de media hora en exponer un problema difícil. Pues bien, ni uno solo de los oyentes a quienes exploré a la salida, o en los días siguientes, había dejado de penetrar y de comprender, de cabo a rabo, la difícil demostración.

Yo quería razonar y disculpar con esto que mi conferencia de hoy iba a ser muy breve y que su eficacia, ya que no de otros méritos, dependería de su brevedad. Pero he gastado mucho de mi tiempo en demostrarlo. Y tengo que dedicar menos del que debiera a Méjico y a España. En realidad, no hace falta que me detenga mucho. Cuando se habla en público de dos pueblos amigos lo esencial es el amor, que no se cuenta por palabras. Yo he venido aquí por amor a Méjico y sólo mi presencia da todo su sentido a este acto, aunque haya perdido algún tiempo en hacer el elogio de la sobriedad pedagógica, que, ciertamente, a todos no nos viene mal.

INFLUENCIA DE MÉJICO EN ESPAÑA

La influencia del gran pensamiento mejicano sobre España no la puedo tratar en general. Me falta competencia y autoridad para hacerlo. Quiero sólo hablar de esta influencia a través de los recuerdos de un español cualquiera, como lo soy yo. Yo no he visitado Méjico. He ido aplazando este viaje tan deseado para cuando tuviera más tiempo que aquel de que me ha sido lícito disponer en mis años de gran actividad viajera. Me daba cuenta de que Méjico no se puede visitar en unos días. Sin embargo, algún día iré, aunque sea con prisa. Yo he hecho en otra parte el elogio de lo que suele llamarse el *viajero superficial*, el que no pretende compenetrarse con la vida total del país que visita, sino el que sólo lo ve al pasar y lo juzga con arreglo a lo que ha podido ver. Tengo, en efecto, la convicción de que, en contra de lo que suele decirse, lo hondamente diferencial de los pueblos es lo que se ve con los ojos vírgenes del que llega y no con los ojos distraídos del que está. Los pueblos, es cierto, tienen sus secretos, sus simas recónditas; y hay que bajar a ellas para conocerlos del todo. Hace poco he escrito, en alguna parte, que la Mancha es la Mancha porque debajo de ella hay una cueva de Montesinos; y que Don Quijote creó la Mancha y nos enseñó a

todos a verla para siempre, tal como es, distinta de todas las llanuras que parecen iguales a ella, cuando bajó a la cueva de Montesinos. Pero el bajar a las cuevas de Montesinos que tienen todos los países es una aventura que puede lograrse sin bajar propiamente a la cueva, sino soñando que se ha bajado. Don Quijote soñó todo lo que había dentro de ella y, soñándola, la creó para la inmortalidad. Por tanto, con un viaje rápido por Méjico y con soñar en sus grutas de Montesinos, yo hubiera podido conocer entrañablemente a la gran nación. No he logrado realizar mi sueño de poner el pie en tierra mejicana. Sin embargo, he bajado a sus simas y a sus misterios desde aquí, soñándolos, y esto me permite hablar de mi Méjico; y le llamo mío porque las cosas son tanto más nuestras cuanto hay en su conocimiento más sueño y menos realidad.

CUATRO GRANDES MEJICANOS EN ESPAÑA

Mi generación y las próximas fueron muy influídas en el conocimiento de la literatura y el arte mejicano, y, por tanto, del alma mejicana—de sus cuevas de Montesinos—, por cuatro hombres extraordinarios, compatriotas vuestros, que el azar reunió, incorporándolos durante algún tiempo a la vida española, precisamente en las horas fecundas de la formación de la generación mía, la que yo he llamado *interbélica*, porque se gestó entre la primera y la segunda guerra europea; y por interbélica, crítica; con errores y con virtudes que todavía no se pueden computar; pero, desde luego, con más virtudes que errores; o, si queréis, con más densidad en las virtudes, porque éstas fueron no sólo espontáneas, sino creadas a contra corriente del medio; que nos inducía al error.

LA PRESENCIA DE ALFONSO REYES

El primero de estos mejicanos ilustres fué Alfonso Reyes, el más universal de los mejicanos de pura cepa, que no sólo realizó la doble obra de mejicanista en España y de hispanista en Méjico, sino la de hispanista para los mismos españoles en sus ediciones eruditas de los clásicos castellanos; y presumo que también habrá sido mejicanista en Méjico. Alfonso Reyes ha sabido unir a sus virtudes raciales, tan hondas, un sentido clásico, remoto y alec-

cionador. Es curioso que muchos americanos, entre ellos Rubén Darío, tienen una relación con Grecia más directa que la de los europeos. La prosa de Reyes es siempre un ejemplar como su pensamiento. España tiene una deuda pendiente con él; pero las deudas espirituales se empiezan a pagar con sólo recordarlas.

JOSÉ VASCONCELOS

José Vasconcelos tuvo también una gran parte en la visión mejicana de nuestra generación. Yo leí, poco después de su publicación, sus *Estudios indostánicos*, en las horas de descanso de las tareas del hospital, y su admirable *Historia de México* y muchos de sus *Ensayos* de rara variedad, clarividentemente centrados, siempre, en el punto esencial de cada problema. Nos entusiasmaban su pasión y su estilo, a mí particularmente; porque la que él llama prosa oratoria, la suya, no es el estilo ampuloso de las arengas o de los antiguos sermones, sino la prosa que se escribe pensando que lo que se está escribiendo se podría leer en voz alta para que lo escuchasen los demás. Lejos de ser ampuloso, el llamado estilo oratorio, es un estilo natural, pero animado de la vivacidad de lo que se dice en alta voz. Y por eso llega, por la vía directa, al lugar donde se fragua la emoción del oyente. Ortega y Gasset escribía también así; y por eso tuvo y tiene tanto arraigo su prosa; y tantos imitadores, entre los cuales se cuentan varios de los que le censuran. Menéndez Pelayo y Cánovas del Castillo fueron, asimismo, escritores oratorios, y por eso escribieron tan bien. El castellano de Vasconcelos es ejemplar y contagia su excelencia al que lo lee y escribe después. Vivió en España antes de la guerra e influyó, más de lo que él suponía, en los que le conocieron; aún sigue aleccionándolos. Su sinceridad, a veces dramática, es impresionante. Una vez ha escrito esto que tantos hombres justos han podido decir también, con su mismo dolor: "En épocas angustiosas de la Historia (de mi país) fuí parte a que se levantaran esperanzas que únicamente produjeron crímenes."

AMADO NERVO

El tercer gran mejicano que tuvo contacto directo con nosotros fué el gran poeta Amado Nervo, que ejerció, oscuramente, sus actividades diplomáticas y, soberanamente, sus actividades de poeta,

en la misma época interbélica, hasta 1918. Yo le conocí en casa de Sorolla, el pintor inmortal, con Blasco Ibáñez y, no rara vez, con Rubén Darío, y aún recuerdo con emoción sus versos recitados por él, como si los oyera todavía. Ya sé que Amado Nervo no es ahora admirado sin distingos por muchos de los críticos modernos de su país y del nuestro. Pero fué un excelso poeta, digan lo que quieran los críticos, que muchas veces se pueden equivocar y se equivocan, y de un modo especial cuando juzgan a los poetas. El que no se equivoca nunca es el hombre o la mujer de la calle que aprende los versos del poeta y solamente de los poetas que lo son en verdad. La Poesía es el género literario que se renueva con más intensidad, con más violencia. Pero no se arrincona todo lo que ha pasado. Hay un gran olimpo de versos desterrados que siguen reinando en el corazón del pueblo. La señal de que la poesía es buena, la señal infalible, es que la adopten las gentes para expresar sus propios sentimientos. El gran poeta es el que acierta a definir con palabras tersas, breves y bellas lo que nosotros sólo acertábamos a balbucir.

Y así, nosotros, aprendimos en los versos de Amado Nervo a decir muchas cosas que hasta entonces eran sólo vagos presentimientos. Tiene Amado Nervo buenos valedores en algunos de los grandes críticos de su país, entre ellos Alfonso Reyes; y, últimamente, he leído estudios de jóvenes, hijos o hermanos de los que negaron al gran poeta el pan y la sal, que ahora le alaban; o por lo menos, con la falta de generosidad propia de la juventud, le perdonan la vida. Y digo esto de la juventud porque sólo se empieza a ser generoso de verdad cuando blanquean las sienes. Mas piénsese lo que se quiera, ahora y mañana, Amado Nervo está en la línea de los más grandes poetas castellanos. ¡Cómo nos ayudó a conocer a Méjico y al alma mejicana!

FRANCISCO DE ICAZA

Completaba la representación mejicana de entonces otro poeta admirable y delicado, erudito singular y polemista acérrimo, don Francisco de Icaza, embajador de su país en Europa, pero sobre todo en Madrid, que acabó siendo una entrañable segunda patria suya. Traté mucho a este gran escritor en su casa, en la Cuesta de Santo Domingo, adonde acudía como médico y como amigo; y en alguna parte he referido la sorprendente diligencia y agudeza de su espíritu, aun en las horas más graves de su enfermedad. Me

cupo el honor de prologar uno de los volúmenes de sus *Obras Completas.*

Icaza defendió generosamente la obra de los poetas y escritores mejicanos de su tiempo: Caso, Gómez Morín, Castro Leal, Olea y otros; continuadores de la gran pléyade humanística del Méjico moderno, iniciada ya en los últimos años de la colonia.

EL RECUERDO DE JUANA INÉS DE LA CRUZ

Estos grandes mejicanos, que el azar reunió en España, en aquellos años decisivos, pusieron una emoción humana en la visión que teníamos de su patria, y nos incitaron a conocerla y a amarla. Toda la vida espiritual de la Nueva España se nos hizo familiar. Recuerdo unos años de entusiasmo por la obra, y sobre todo por la persona, de sor Juana Inés de la Cruz, que nos pareció, y aún nos sigue pareciendo, una de las mujeres más interesantes que la Humanidad ha creado. Como poetisa, creo que se parece mucho más a Garcilaso que a Góngora. No tengo por qué inmiscuirme en la crítica literaria; pero digo esto por amor a sor Juana, que gana más con la compañía de Garcilaso que con la de Góngora.

Un insigne profesor de San Carlos, el doctor Pittaluga, era en nuestro grupo el propugnador más ferviente de la gran mujer. Y como por entonces hiciera yo mi entrada en la Real Academia de Medicina, quiso Pittaluga, que contestó a mi discurso, dejar consignado en el suyo un verso de nuestro ídolo común, aquel que dice: "*Cuando tu voz sonora — herirá mis oídos delicada...*" Los dos discursos, el de Pittaluga y el mío, versaban sobre las secreciones internas y, entre ellas, se colocó a sor Juana sin venir a cuento; pero no sin una cierta razón, como les ocurre a la mayor parte de las cosas que no vienen a cuento; porque el entusiasmo por la ciencia, inevitablemente perecedera y renovada, necesita del salvavidas de una voz eterna, y eterna es la de sor Juana Inés de la Cruz.

La buena semilla del amor a Méjico se renovaba, después, constantemente, a pesar de que los libros escritos en China lleguen a España con menos dificultad que los de América, lo mismo si hay piques entre los Gobiernos que si no los hay. Pero en la relación entre los dos países lo suplía todo, y lo suple, el continuo ir y venir de españoles que han hecho nueva patria, extensión de la patria española, en la Nueva España. El "indiano" de Méjico es,

sin excepción, un entusiasta de su país de adopción, y nos comunica a todos su entusiasmo.

Mas, en los últimos tiempos, dos nuevos motivos de acercamiento y de compenetración se han realizado entre los dos pueblos: la llegada de los estudiantes mejicanos que profesan en las Universidades españolas; y los españoles que, alejados de España por cuestiones políticas, han reanudado su vida y su actividad intelectual en Méjico.

Y AHORA, LA PRESENCIA DE LAS NUEVAS GENERACIONES

De vosotros, de los estudiantes mejicanos, ¿qué voy a decir? Nunca agradeceremos bastante al Instituto de Cultura Hispánica y a sus hombres el haber creado esta noble emigración de la juventud americana hacia nuestro país. Yo puedo decir que esta etapa de mi vida universitaria ha sido la más deliciosa, al verme rodeado de los estudiantes de otros continentes mezclados con los nuestros. Todo es pura ganancia en esta obra de compenetración. Si estuvieran mal elegidos los escolares americanos—y no lo están—sería lo mismo. Si las enseñanzas que podemos ofrecerles no fueran suficientes, el resultado sería casi igual. Si no existiera la fraternidad que existe entre la juventud de aquí y la de allá, tampoco dejaría por eso, la experiencia, de ser eficaz.

Los escolares, los universitarios que vienen de América, echan su ancla en el corazón de España y es lo mismo que les vaya muy bien o que no les vaya bien del todo. Hablaba yo antes de que los maestros deben enseñar antes que cosas, antes que datos, modos de vida. Y esto es lo que cae y germina como una semilla buena en los jóvenes americanos. Ya no son los maestros, sino la Universidad, el ente Universidad, el que da la suprema lección de modos de vida en común, en cordial amistad, que equivale a la liquidación de los errores que pudiera haber y de los resentimientos que casi siempre ha habido. Y a su sustitución por una realidad viva de España y de la humanidad española, tal como es, con sus virtudes y sus defectos, igualmente entrañable; con su autenticidad, que no está escrita en las apologías ni en las diatribas apasionadas, y que es la única fuente de la verdadera amistad.

Y la misma lección provechosa recibe el joven español de los escolares americanos. Somos, ellos y nosotros, no seres perfectos, sino hombres y mujeres que unas veces se entienden y que otras no se llegan a entender. Pero quedará siempre en el fondo del

alma, en ambos, la huella de estos años de formación, que vivieron a medias y que el tiempo, inexorablemente, convertirá en agridulce nostalgia.

* * *

Esta gratísima conversación con vosotros, estudiantes mejicanos, que ha comenzado con un alegato de la sobriedad y que ha sido más larga de lo que quisiera, va a terminar con un augurio feliz. En el mes de abril vendrán los académicos de la Lengua de Méjico y los de las otras Academias americanas a vivir unos días, en Madrid, en la casa solariega de nuestra Corporación.

La Academia Mejicana ha sido la iniciadora y el alma de esta reunión, que tiene significado trascendente porque, por primera vez, se utiliza y se glorifica el lazo de unión imperecedero e indiscutible que nos une a los americanos y a los españoles: el idioma en el que todos hemos aprendido a soñar, a rezar, a amar, a crear y, en suma, a vivir.

El augurio que os hago es, pues, que esta reunión señalará una fecha definitiva en la historia de convivencia entre los países que hablan el castellano. Porque la lengua, el idioma, es como el árbol patricio a cuya sombra se reúnen los hermanos dispersos cuando vuelven cansados de la batalla por la vida y de los espejismos de la política fugaz.

Gregorio Marañón.
Castellana, 59, dpdo.
MADRID.



TRES MESES DE POLITICA INTERNACIONAL

POR

OTTO DE AUSBURGO

I. EL MES DIPLOMATICO: *CRISIS EN EL ORIENTE MEDIO*

IGNORANCIA MONUMENTAL

Desde el comienzo del pasado año, el Oriente Medio ha acaparado una vez más la atención de las crónicas internacionales. Al acuerdo por el cual el coronel Nasser comprara armas a Checoslovaquia se ha sucedido inmediatamente el ingreso del Irán en el Pacto de Bagdad y la Conferencia internacional que ha reunido a Turquía, Irak, Paquistán, Irán e Inglaterra junto a las riberas del Tigris.

Lo que sorprende sobre manera en los artículos que la Prensa mundial consagra a estos acontecimientos es la alarmante y monumental ignorancia que se padece acerca de la realidad de estos países. Es probado que, en el mapa de la mayoría de nuestros comentaristas políticos, el Oriente Medio es una vasta *terra incognita*. Esta laguna se ve reemplazada por toda una serie interminable de prejuicios y de teorías sin fundamento posible en la realidad. Porque en derredor del Oriente Medio se han montado distintas campañas de ferocísima propaganda. Este hecho es particularmente digno de consideración para los Estados Unidos, porque, tras diez años de dudas, los políticos norteamericanos han de asumir, de buen o mal grado, la responsabilidad principal de la evolución política de una región ignorada completamente por la mayoría de los norteamericanos y juzgada a través de la lente deformante de una exposición estrictamente partidista.

Esta actitud es peligrosísima. El Oriente Medio es, política, económica y estratégicamente, una de las regiones más importantes de nuestro globo. *Políticamente*, sus pueblos están mucho más desarrollados de lo que en general se cree. Es un hábito deplorable, copiado de los anglosajones, considerar como inferior todo cuanto difiere de lo nuestro. Naturalmente, los pueblos islámicos viven

una concepción política que no se corresponde con la nuestra. Desde luego, sería poco lógico que fuera de otro modo. Sin embargo, objetivamente, no puede considerárselos como inferiores. En el mundo de las ideas y de las realizaciones culturales, las naciones musulmanas han colaborado tanto por lo menos en el progreso de la Humanidad como europeos y americanos.

Económicamente, Europa depende en gran medida del Oriente Medio. La zona libre de nuestro continente importa hoy día, en la región del golfo Pérsico, el 98 por 100 de sus necesidades en petróleo. Por otra parte, el Canal de Suez es uno de los pulmones del Mediterráneo.

En fin, *estratégicamente*, la región que se extiende entre Egipto e Irán es no sólo la tradicional "ruta de las Indias", sino que constituye el arribo directo al continente africano y forma el flanco de toda defensa europea. Un acontecimiento militar en la llanura del Eufrates tendría consecuencias inmediatas sobre la defensa del Rin y de los Pirineos. Y una ocupación soviética de los países árabes podría conducir, asimismo, a un desplome completo de lo que puede denominarse hoy "la fortaleza mediterránea".

De cuanto precede se concluye que nada sería tan nocivo como un error de juicio concerniente a esta región. Sin duda sobrepasaría los límites de un simple estudio el propósito de enumerar los problemas de cada uno de los doce Estados en que se distribuye este vasto territorio asiático. Sin embargo, existen ciertos hechos fundamentales que son comunes a todos ellos, y su conocimiento contribuirá a formar un juicio sano y objetivo.

LA INESTABILIDAD POLÍTICA

El primer problema que se plantea con excesiva frecuencia, y sin estudiar sus causas, es el de la inestabilidad de los países del Oriente Medio. Con facilidad se condena la sangre demasiado cálida de los orientales, o bien se les acusa de incapacidad política. Injusticia flagrante. Porque el desorden reinante en el Oriente Medio significa, ante todo, la responsabilidad de las grandes potencias que ganaron la primera guerra mundial, y muy particularmente de Francia y de Inglaterra.

Antes de 1918, casi toda esta vastísima región se hallaba unificada bajo la autoridad de la Puerta Sublime. Se ha acusado a los turcos de un sistema arcaico de gobierno y de prácticas, en cierto modo, demasiado brutales. No pretendemos negar los he-

chos. Pero, junto a estas debilidades indiscutibles, el Imperio otomano contó con sabiduría diplomática y sagacidad gubernamental tan efectivas, que le permitió el mantenimiento de una larga etapa de paz y de unidad, permitiendo simultáneamente a todo el mundo un máximo de libertad. Además, la unidad, si bien precaria, confirió cierta actitud autónoma frente a influencias extranjeras.

Turquía representó, sin embargo, el papel de un gran tapón que, por el simple hecho de existir, frenó la brutalidad de las grandes potencias. Por otra parte, la unidad de la región aseguraba perspectivas de un futuro desarrollo armónico.

A la terminación de la primera guerra mundial, el Imperio turco fué desmembrado. Los vencedores aseguraron que tal distribución se basaba en la voluntad popular. Si se leen las Memorias de quienes fueron artífices de esta destrucción, puede comprobarse su inexactitud. El Imperio de los sultanes hubo de desaparecer para permitir a las potencias europeas la imposición de su sistema colonial o, más bien, semicolonial, a pequeños Estados indefensos en los cuales había barruntos de riquezas. Así fué como el Oriente Medio fué distribuído brutalmente en zonas de influencia, en la que los agentes extranjeros hacían, más o menos, cuanto les parecía bueno o ventajoso para su propio país.

Semejante sistema no podía prosperar mucho. Durante la guerra de 1914 se había excitado el nacionalismo de diversos países, con objeto de desintegrar a Turquía. Pero este sentimiento, una vez despertado, no pudo ser contenido. Y las cañas se tornaron lanzas en contra de los propios maestros. Y éstos se vieron obligados a replegarse de posición en posición hasta perder absolutamente el control. La segunda guerra mundial y sus consecuencias inmediatas significaron el término de la mayoría de los regímenes semicoloniales.

Pero lo cierto es que, si las potencias extranjeras fueron destronadas, su obra actuó como destructora de la unidad del Oriente Medio. Al eliminar el factor conjuntivo, se hizo cada vez más difícil la conciliación de los nacionalismos exasperados. Con la derrota de los turcos, nadie se sintió con fuerzas ni con práctica suficientes como para reemprender su misión. En lugar de una unidad, se creó desde entonces una docena de Estados independientes, débiles, siempre hostiles entre sí. El resultado es una depresión política que, al seguir las inmutables leyes de la naturaleza, ha de desembocar en la tempestad. Los acontecimientos que en la actualidad hacen temblar a Wáshington, a Londres y a París son la

consecuencia lógica de los actos de aquellos falsos grandes hombres que, en los Tratados de Versalles, St. Germain y Sèvres, sentaron las bases de la anarquía actual.

EL "BOOM" PETROLÍFERO

Sobre esta vacilante cimentación política se fraguó la revolución económica más grande de todos los tiempos. Efectivamente, el descubrimiento de petróleo en Irán, Irak, Arabia Saudita, Bahrein, Qatar y Kuwet, cambió radicalmente la estructura económica y social de todas las naciones vecinas del golfo Pérsico.

Hasta el descubrimiento del petróleo en el subsuelo, la mayor parte del Oriente Medio vivía con un *standard* de vida extremadamente bajo. Este bajo nivel no se debía—como se ha pretendido con frecuencia—a la pereza o a la incapacidad de sus pueblos. La pobreza se derivaba de la realidad: región cubierta de desiertos o de territorios tan áridos, que sólo dan a quienes los trabajan una mísera pitanza. Y, precisamente, el "oro negro" se halla en los países más descarnados.

Uno de los dirigentes de la Aramco, la Compañía petrolífera norteamericana que opera en Arabia, dijo en una ocasión: "En nuestra industria es más fácil ganar dinero que distribuirlo con buen criterio." Esta frase sagaz reafirma, desde luego, un principio general. La riqueza, sobre todo la riqueza repentina, es más peligrosa que la pobreza. Y esta ley es aún más cierta para cuanto, como el petróleo del Oriente Medio, no es el fruto de grandes trabajos, sino de un golpe de fortuna.

Para ser rico sin sufrir demasiado las consecuencias de la riqueza súbita, es precisa una mayor preparación que para ser pobre. Los países del Oriente Medio sólo conocían la miseria. Luego, una auténtica lluvia de oro se abatió sobre el desierto. La lluvia es una bendición, si cae dulcemente y es absorbida por la tierra, fertilizándola. Pero se trueca en catástrofe, si llega subitánea, brutalmente, sobre un terreno endurecido. En tal caso, provoca inundaciones, que arrasan las tierras y las construcciones que encuentran a su paso.

Tal es la imagen que hemos de aplicar al caso del Oriente Medio. Hombres que jamás conocieron la riqueza, se convierten en millonarios. No se les puede censurar por dejarse dominar por una especie de ebriedad, de derroche sin límites, de no pensar en el futuro. Por añadidura, comienza a cuajar una juventud que se corrompe rápidamente al contacto con una fortuna excesiva-

mente vasta. En los países afectados directa o indirectamente por el *boom* petrolífero, las nuevas generaciones corren peligro de perder su fe, su sentido moral y su vinculación a las virtudes ancestrales. Este peligro se duplica en el caso de una juventud que fué educada lejos del ambiente islámico, que hoy día abarrota las Universidades norteamericanas, tales como la Columbia o la University of Southern California, por sólo nombrar dos de ellas. Es interesante señalar que estos riquísimos jóvenes regresan de Norteamérica, el país del capitalismo, siempre prestos a entregarse en cuerpo y alma a la doctrina comunista, pues sólo ella parece llenar su existencia; pues ocupa en su alma el vacío dejado por la religión tradicional.

No hay duda de que la gran mayoría de las naciones conserva todavía su salud. Pero la experiencia histórica muestra que las catástrofes se anuncian por la corrupción previa de las minorías. No fué el pueblo francés el origen de la Revolución de 1789; fueron los aristócratas libertinos de la Corte de Versalles quienes arrojaron una semilla, germinada en la admiración snobista de los filósofos ateos, cuya recolección se realizó a golpe de guillotina.

La evolución política del Oriente Medio prueba que el hombre no puede, como puede la máquina, sufrir sin perturbaciones un cambio total en su nivel de vida en pocas horas o en algunos años. Es necesario un período de adaptación, por el que no han pasado las naciones árabes. Y así, estos países se encuentran hoy sumidos en una tensión moral que hemos de admitir como demasiado fuerte para el mantenimiento de un equilibrio interior.

Desde luego, los occidentales hemos de cargar con la grave responsabilidad de esta situación. Porque hemos sido nosotros, con nuestra prisa insensata, con nuestro ánimo de lucro, quienes impusimos nuestro ritmo vital a los pueblos islámicos. Nosotros, que no hemos tenido la fortaleza de alma de limitar prudentemente la expansión económica, y de tal forma, que tanto hombres como instituciones pudieran adaptarse a la nueva situación. Llegará un día en que seremos juzgados, si el fruto de nuestros métodos no conduce a nada bueno, sino al contrario, a un caos moral y político.

EL ESTADO DE ISRAEL

El tercer factor que hoy día influye decisivamente en las cuestiones del Oriente Medio es la formación del Estado de Israel, en 1948. No es cosa de hacer aquí historia de su desarrollo polí-

tico. Baste, sin embargo, con señalar que pocas cuestiones han desatado un apasionamiento más vivo que esta de Israel. Y hasta tal punto, que en la práctica es casi imposible llegar a un juicio objetivo sobre la materia. La mayoría de la información disponible está transida de un espíritu partidista y deformada por la presión de una propaganda sin precedentes en la historia de la Humanidad. Pese a todo, es preciso llevar a cabo un gran esfuerzo de objetividad, si se quiere llegar a una sana comprensión de cuanto sucede ante nuestros ojos.

Para el árabe medio—y existen muy pocas excepciones en este sentido entre ellos—, el Estado judío fué creado por Inglaterra y sobre todo por los Estados Unidos, sobre la base de un propósito expansivo y de colonización. Para Wáshington—siguen opinando—, Israel no es sino un punto de partida. Una vez consolidados los judíos, creen los árabes que se producirían agresiones sucesivas, en cuya virtud, las potencias extranjeras, interpretadas por los judíos, conquistarían todo el espacio islámico. Por supuesto, hay que admitir objetivamente que esta idea suele alimentarse en monumentales errores psicológicos. Cuando los políticos norteamericanos y la Prensa de los Estados Unidos insisten en que Israel es una cabeza de puente democrática en el continente asiático, proporcionan un argumento más para tales sospechas. Y cuando los prohombres de la política israelí hablan de fronteras naturales sobre el Eufrates y sobre el Nilo, consolidan inconscientemente el frente de sus adversarios. Asimismo, ciertos suministros de armas que violan anteriores declaraciones públicas y que son claramente evidentes hacen dudar a los árabes de la buena fe de los occidentales.

No hay duda de que es muy difícil probar que Europa, y sobre todo Norteamérica, no tienen propósitos imperialistas. Porque los árabes ya no creen en palabras. En este sentido no cabe otro recurso que el de condenarnos nosotros mismos. Porque las violaciones de palabra, perpetradas por las grandes potencias en el Oriente Medio, desde la primera guerra mundial, sobrepasan singularmente cuanto estamos acostumbrados a sufrir en Europa de un tiempo a esta parte.

De todo cuanto precede se deduce la conclusión de que, frente a Israel, se alza un mundo enemigo, convencido de una agresión judía en porvenir no muy lejano. A ello agreguemos que, como es natural, los Gobiernos más directamente interesados tienden a juzgar los asuntos internacionales en función de lo que consideran

como peligro inmediato. Tal es, por supuesto, una reacción muy comprensible y muy humana.

Igualmente natural es, desde luego, la actitud de los israelitas, quienes, ante tal estado de cosas, intentan estrechar sus vínculos con Norteamérica y buscar públicamente la ayuda occidental. En consecuencia, Israel ahonda el foso que lo separa de sus vecinos, y dificulta aún más la única solución que a largo plazo conduciría a una pacificación duradera: la integración de Israel en el Oriente Medio, en tanto que Estado oriental y no europeo o norteamericano.

LA POLÍTICA DEL KREMLIN

La situación creada por los diversos factores que acabamos de enumerar ha de llamar necesariamente la atención de los dirigentes del Kremlin, siempre atentos a encontrar una región en la que sea propicia la creación o suscitación de un clima revolucionario.

La política rusa en el Oriente Medio ha pasado por tres fases distintas después de la primera guerra mundial. Respecto a la primera fase, la U. R. S. S. se consolidó en las posiciones conquistadas durante la guerra, y muy especialmente en la República Popular de Azerbaidján. Cuando la enérgica actitud de los Estados Unidos le obligó a evacuar el Norte de Persia, la U. R. S. S. inició una fase letárgica. Se tenía la impresión de que, ocupados en otras cuestiones, los estrategas del Kremlin ignoraban las realidades del Oriente Medio. Por último, en el invierno de 1948-49 se mostraron los primeros síntomas de una nueva activación política. Esta política fué dirigida primero por Mir Djaffar Bagirov —fusilado, según parece, después—, y ensayó la creación de movimientos comunistas autóctonos y, simultáneamente, una infiltración comunista entre los más antiguos grupos de los griegos ortodoxos, con la ayuda del patriarca Alexej, de Moscú. Tal fué la época en la cual comunistas como el doctor Keshavarcz, o el abogado Khaled Baghdache, distribuían alegremente millones, en tanto que el arzobispo de Leningrado, Gregorij, practicaba sus métodos, preparados por la MVD, en los miembros de las comunidades religiosas de Alejandría y de Jerusalén. Tras éxitos iniciales incontestables, el comunismo declinó luego lentamente y más tarde con mayor celeridad, sobre todo a partir de la caída en agosto de 1953 del dictador Musad-dak, en Irán. Por otra parte, la hábil acción del patriarca Athenagoras, de Estambul, minó las posiciones rusas entre los ortodoxos.

Esta evolución política condujo a la caída de Bagirov y otorgó la iniciativa a uno de sus más avisados antagonistas, el diplomático soviético Daniil Semenovich Solod. Gran experto en cuestiones del Oriente Medio. Solod había estado acreditado anteriormente en Beyrouth, para ser luego nombrado embajador en El Cairo. La tesis de Solod consiste en que los partidos comunistas no tienen posibilidades serias en las regiones islámicas, y que los éxitos alcanzados entre los ortodoxos griegos—en el caso dudoso de que hubieran existido tales éxitos—no presentaban utilidad ni valor desde un punto de vista general. Solod se mostró partidario de liquidar gradualmente la ayuda a los partidos comunistas nacionales y reemplazarla por una aproximación política basada en una acción diplomática tendente a volver al Oriente Medio en contra de los occidentales. Solod vió en Israel y en la hostilidad irreducible del mundo árabe contra el Estado judío el instrumento idóneo para sembrar la anarquía, para arruinar la fama de los occidentales y, sobre todo, para privarles de los recursos petrolíferos del Golfo Pérsico. Y con este fin, Solod concibió dos posibilidades distintas.

Desde el punto de vista soviético, la solución óptima sería una renovación de la guerra de Palestina. Esta guerra, según la opinión soviética, daría más que probablemente vencedores a los judíos, con la ayuda más o menos velada de los occidentales. La U. R. S. S. mantendría una prudente neutralidad. Vencidos los Estados árabes, atravesarían una gravísima crisis moral, a la que seguiría una revolución que acabaría con los regímenes actuales y que estaría signada por un carácter netamente antioccidental. Las concesiones petrolíferas serían anuladas y aceptada con agrado la ayuda soviética para reemplazar a los técnicos occidentales expulsados de los países árabes.

En el caso de que fallase este primer plan, Solod trabajaría en la formación de un bloque neutralista, en el cual se incluirían Egipto y Arabia y aislaría de este modo el frente de los Estados filooccidentales entre Ankara y Karachi.

EL PACTO DE BAGDAD

A Nuri as Said Pacha, primer ministro del Irak, y a los dirigentes turcos, les corresponde el mérito histórico de haber comprendido el plan soviético incluso antes que se iniciara su desarrollo. Para hacer frente a este peligro fué organizado precisamente el

Pacto de Bagdad, reforzado más tarde por la adhesión del Pakistán y del Irán. Este acuerdo de seguridad colectiva, vinculado a los sistemas de la Nato y de la Seato, es una réplica adecuada potencialmente a las miras soviéticas. Lo cierto es que el Pacto cuenta hoy con enemigos en numerosos Estados árabes. Pero esta hostilidad no es cuestión de principios. Antes bien, proviene de la suspicacia actual con que los árabes consideran a los occidentales. Por desgracia, para acabar con esta suspicaz desconfianza sólo disponemos de mala voluntad.

Sin embargo, no es prueba de optimismo injustificado afirmar que será la actitud de los occidentales la responsable o no del éxito del Pacto de Bagdad. Si el mundo libre se decide a proporcionar a los países del frente Ankara-Karachi una ayuda armada y el sostén económico a los cuales tienen derecho, el Pacto de Bagdad podrá convertirse rápidamente en un poderoso centro de atracción. Si, por el contrario, Occidente titubea y se muestra débil e irresoluto, la animosa iniciativa de los árabes no cosechará el fruto que se merece.

Así, pues, en el Oriente Medio nos hallamos hoy en una lucha decisiva entre el concepto representado por el soviético Solod y el espíritu de Bagdad. El primero tiende a crear la anarquía y a conducir gradualmente a la cautividad del Oriente Medio bajo el grillete soviético. El segundo contempla la seguridad colectiva y la independencia nacional en una unión que conduciría, finalmente, a la federación de los países islámicos. Tal es la alternativa que se abre no sólo ante los dirigentes árabes, sino también ante las grandes potencias occidentales.

2. EL MES DIPLOMATICO: *CREPUSCULO DE ILUSIONES*

En el plano político, como en el de la Naturaleza, el invierno se caracteriza por las tormentas, el frío, la nieve y las nieblas. Las hojas muertas, los árboles se desnudan, muestran sus formas sin artificios y sin el bello colorido de los meses propicios. Esta denudación hace del invierno una estación realista en la que las cosas se muestran tal y como son.

Más que cualquier otro período posterior a 1946, la primavera y el verano de 1955 vivieron una etapa ilusoria. Desde luego, una visión retrospectiva de estos meses muestra la sorpresa de que hombres reputados por inteligentes y responsables hayan podido

hacer y pensar las locuras, por no decir algo peor, a que se han aplicado nuestros llamados "hombres de Estado".

Sobre todo, la Conferencia de Jefes de Estado celebrada en junio ha constituído un acontecimiento memorabilísimo. Algunas jornadas de gran guiñol en Ginebra fueron suficientes no sólo para eclipsar absolutamente los recuerdos del pasado y las lecciones duramente aprendidas en Yalta, en la derrota china o en los bloqueos de Berlín, sino que, además, crearon en la Prensa y en la opinión pública una embriaguez colectiva e intolerante que se parecía extrañamente a esa exaltación diabólica provocada por el *hachich* o la marihuana. Los pocos infelices que intentaron la disipación de tales ensoñaciones, hablando de los hechos, se vieron agriamente llamados al orden y a la conformidad democráticas. Se les acusó no solamente de aguafiestas, sino que incluso se les tachó de fascistas, y ya se sabe, tras el suceso de Nuremberg, lo que les sucede a los tales.

Durante meses, el espíritu de Ginebra dominó absolutamente la escena y, desde luego, dió pretexto a todo, desde la disminución de los impuestos previstos para 1956 a la concesión de una nueva respetabilidad a los partidos comunistas. Por supuesto, nadie intentó definir el susodicho espíritu. Se le citaba, se le utilizaba como pretexto; pero se ignoraba su consistencia. Nos recordaba un poco la ilusoria condición de las materializaciones de las sesiones espiritistas. Porque carecía de semblante, de cuerpo y daba la impresión de un sudario suspendido en el vacío, intocable e indescriptible. Y ello, desde luego, no tendría que sorprender, puesto que jamás existió.

Esta dura lección fué propinada a los paladines de Ginebra con las primeras nieblas del otoño. Una vez obrada la ilusión, Krustchev, con su torpe manaza de oso moscovita, arrojó la máscara sonriente al cesto de los papeles. Indudablemente, durante las primeras semanas nuestra prensa públicó grandes informaciones, fiel a sus preferencias, hasta que acabó arrojándolas al mismo cesto, para continuar admirando la imagen bien amada. Esta posición, sin embargo, era incómoda a la larga, y fué preciso retractarse y entender mejor la ironía siniestra de los gananciosos de un momento de embriaguez.

Con la terminación de la segunda Conferencia de Ginebra, nos hemos metido nuevamente en la guerra fría, forzados esta vez a hacer frente a las nuevas amenazas.

Dijimos que la guerra fría había recomenzado. ¿Qué representa en puridad esta noción? Si se estudia la primera fase de este

conflicto de 1946 a 1955, podemos afirmar que la guerra fría es una lucha política de propaganda económica e incluso a veces una acción militar localizada, con objeto de asegurar, en el plano de la estrategia mundial, posiciones ventajosas. Estas operaciones más o menos pacíficas se sobrecargan con una carrera de armamentos.

Nos hallamos, pues, ante dos acciones distintas: una, en el plano internacional; la otra, sobre el plano estrictamente militar, pero que persiguen ambas un mismo objetivo. Por parte soviética, constituye la revolución mundial, es decir, la conquista y unificación del mundo bajo la dirección del Kremlin. Del lado de las naciones libres, por otra parte, contemplamos operaciones defensivas encaminadas a evitar que los dirigentes rusos realicen sus ambiciosos deseos.

Esta consideración nos muestra por sí misma la debilidad congénita de la posición occidental. Una ojeada sobre el mapa nos mostrará inmediatamente que la Unión soviética y sus aliados gozan de la ventaja—momentánea, desde luego—de la línea interior. Las distancias políticas y militares son infinitamente menores y sus líneas de comunicación más cortas que las de sus adversarios. Por añadidura, esta ventaja táctica se ve aumentada por el hecho de que el plan soviético es dinámico, esto es, ofensivo. Por regla general, tienen en su mano la elección del campo de batalla y pueden dirigir sus fuerzas sin enredarse en el laberinto de los grandes principios y en la fraseología altisonante que caracteriza a la progresión lenta y torpe de las fuerzas occidentales.

Desde el punto de vista de la estrategia mundial, los soviéticos han cambiado de campos de batalla, bajo la cobertura de la niebla artificial ginebrina. Como ya señalamos en crónicas anteriores, hemos de hacer frente ahora a una ofensiva de gran estilo sobre el Oriente Medio, con prolongaciones en el continente africano, en tanto en cuanto otras operaciones laterales sobre Alemania, de una parte, y en el Extremo Oriente, por otra, confieren suficiente diversión como para no permitir una concentración de reservas del mundo libre. En otros términos, en este comienzo de 1956, está claro que la esencia misma de la guerra fría no ha cambiado en nada. Sólo los frentes son distintos. Y la nueva dirección de las ofensivas no ha sido elegida por el mundo libre. Una vez más, la diplomacia soviética, hasta allí donde alcanzan nuestros horizontes, nos ha impuesto su propia estrategia y su ritmo propio.

Junto a estos aspectos generales, la guerra fría es asimismo expresión política de un rearme intensivo. Posiblemente se ha prestado muy poca atención a esta fase de la evolución política con-

temporánea. No hay duda de que su mención despierta pocas simpatías. Pues quien habla de rearme, habla necesariamente de peligro de guerra; y una carrera de armamentos aumenta esta amenaza de manera sensible. No es menos cierto, asimismo, que hace mucho tiempo venimos considerando esta situación, ya que puede influir considerablemente sobre las decisiones políticas del presente año.

En materia de armamentos hay que distinguir entre el poderío potencial y la situación práctica planteada en el momento actual. Desde el punto de vista potencial, los aspectos generales son alentadores. El mundo libre goza de una superioridad de recursos naturales, de fuerzas de trabajo y de equipamiento industrial muy por encima de la U. R. S. S. Si por ambas partes se esforzasen en igual medida en el desarrollo de su potencial bélico, la disparidad entre el mundo comunista y el no comunista sería enorme a favor de este último. En realidad, podría decirse que, si el mundo libre tuviese idéntica determinación e igual espíritu de sacrificio que los comunistas, no existiría la guerra fría. Porque entonces la supremacía de los occidentales sería indiscutible e indiscutida.

Por otra parte, si bien el potencial es esperanzador, la situación actual, tal y como es, no puede considerarse alentadora. Y este hecho cambia los términos de la disyuntiva; al menos, en lo inmediato. Porque, en la política de la hora presente, la potencialidad de los armamentos soviéticos es mucho mayor que la de las naciones atlánticas.

Una propaganda bienintencionada, pero ciertamente con equivocada orientación, parece negar este hecho. Y, no obstante, es por desgracia cierto que, con muy pocas excepciones, la Unión Soviética va por delante del mundo libre en todas las armas clásicas. A este respecto, la realidad más evidente señala hoy día que Moscú está en trance de liquidar el excedente de su armamento, sobre todo en materia de aviación. Su acuerdo con Egipto constituye un hecho característico. Ahora bien: las armas que la Unión Soviética vende como excedente de su producción de guerra y reemplaza por material modernísimo, pertenecen a la más moderna clase de armamento de las naciones libres. Cierto que poseemos prototipos que todavía no han iniciado su etapa de producción. No obstante, desde el punto de vista del equipamiento general, el Ejército soviético es superior.

Indudablemente, se nos objetará que hemos olvidado en nuestra enumeración a la Marina y a las armas nucleares. En cuanto a la primera, incontestablemente, el dominio de los mares es una de

las ventajas más decisivas de las naciones occidentales, y en especial, de los Estados Unidos y de Inglaterra. Pero, por otra parte, en cuanto concierne a las superarmas, puede afirmarse que la supremacía de las naciones libres ha dejado de existir. Cuantitativamente, la riqueza norteamericana asegura ciertamente a los países libres un número bastante grande de bombas atómicas clásicas, para disponer de más del doble del disponible por el resto de las naciones. Pero en cuanto a calidad y eficacia, puede afirmarse que los últimos ensayos soviéticos, realizados en octubre y en noviembre de 1955, han producido un arma nuclear, o más bien termonuclear, cuyos efectos son mucho más poderosos que cualquiera de las bombas de que dispone Norteamérica, con lo cual incorpora a su técnica un principio constructivo que no ha podido ser conquistado todavía en los Estados Unidos.

Nos encontramos, pues, en una situación en la cual, realmente, el balance de las superarmas queda establecido de tal manera, que ninguno de los dos bloques puede aspirar a la supremacía absoluta. En cuanto al factor de poderío político, las armas nucleares y termonucleares no favorecen hoy a nadie. Tal es un hecho de decisiva importancia y que aportará efectos considerables en los meses venideros. Esta realidad ilustra asimismo la irresponsabilidad de ciertos responsables políticos occidentales, que en la coyuntura actual osan todavía hablar de reducción de fuerzas armadas o de equipamiento clásico.

EL SARRE VUELVE A SER ALEMÁN

Así, pues, si el movido final de 1955 ha contemplado el escamoteo del fantasma de la coexistencia pacífica y del espíritu de Ginebra, existe también otra ilusión que ha desaparecido simultáneamente, en un plano bien distinto.

Después de 1945, los políticos de París intentaban empequeñecer a Alemania con la creación de un minúsculo Estado-tapón: el Sarre. Las intenciones francesas combinaban los cálculos científicos y muy realistas de los grandes intereses del carbón y del acero con un romanticismo político, incorporado por Grandval, el ideólogo de la Resistencia. Bajo esta doble premisa se estableció un protectorado, en el cual la impronta era marcada por los diferentes planes de europeización. Estos planes tenían por objeto hacer olvidar la realidad de que el Sarre era un país completamente alemán, sin justificación histórica para una existencia independien-

te y, por supuesto, incapaz a largo plazo de valerse por sí mismo.

Mientras el régimen del Presidente Johannes Hoffmann, sostenido por la enérgica Policía de su ministro del Interior, Héctor (un ciudadano francés, desde luego), logró suprimir los movimientos políticos de la oposición, todo parecía ir perfectamente. Pero tuvo que convencerse de que, si un régimen se proclama partidario de la democracia, no puede por mucho tiempo violar su espíritu impunemente. Además, otro error se deslizó en el cálculo de quienes querían desarraigar para siempre al Sarre de Alemania. El gran escritor francés Alphonse Daudet dijo una vez que "todo embustero lleva en sí mismo a un hombre crédulo". Tal es una de las verdades fundamentales de la vida política. Cuanto más se contempla la escena internacional, más se comprueba que los regímenes acaban por creer siempre su propia propaganda, incluso sabiendo de forma pertinente que es falsa. Así, pues, a fuerza de repetir al mundo que los sarreses se apoyaban en el tándem Hoffmann-Grandval, acabaron creyendo su propia mentira. Y así fué como se expusieron al plebiscito sarrés, que el 23 de octubre de 1955 puso fin a cualquier tentativa de europeización, y que el 18 de diciembre último afirmó al Sarre como alemán y con intención de seguir siéndolo.

Muchas personas bienintencionadas, incluso en Alemania, han considerado el plebiscito sarrés como una gran catástrofe y como una derrota de la idea europea. Ciertos idealistas llegaron incluso a extremos de afirmar que fué la muerte de las tentativas europeas. No estamos de acuerdo con esta interpretación. Por el contrario, creemos que el resultado sarrés es una contribución muy grande a la unidad europea. En efecto, hoy día nadie pretenderá seguir negando que el ensayo de Sarrebruck fué una ficción. Ahora bien: en política, las ficciones son siempre nocivas. Es más: es incontrovertible que el pueblo alemán, tras su magnífica recuperación, nunca toleraría por más tiempo verse separado de una parte legítima de su territorio nacional. Pero si se hubiera forzado al Sarre a aceptar el estatuto que se le quería imponer, este minúsculo territorio se habría convertido en la manzana de la discordia entre Francia y Alemania. Todos los enemigos de Europa hubieran encontrado la oportunidad de recordar de cuando en cuando la cuestión, para debilitar de este modo nuestra unidad.

La evolución actual de la política del Sarre presenta, pues, buenos augurios, ya que pone fin a una mentira y devuelve políticamente el Sarre a Alemania, de la que nunca debió ser separado. Por otra parte, Alemania ha reconocido los derechos especiales de

Francia a la economía sarresa. Así, pues, en lugar de convertirse en elemento de discordia, el Sarre cuenta hoy con todas las posibilidades de convertirse en: 1), un auténtico vínculo de unión entre Francia y Alemania; 2), en una primera etapa de integración económica, y 3), asimismo, en un refuerzo de esta unidad occidental, tan necesaria a la seguridad de Europa.

EL MITO DE PANDIT NEHRU Y DE SU GOBIERNO

No es Europa el único lugar en que se dan las ficciones. Una de las más duraderas y, desde luego, más artificiales, ha sido una hipoteca permanente sobre la política asiática: se trata, en nuestro caso, de la persona y de la política de Pandit Nehru y de su Gobierno.

Todavía hace un año, casi todo el mundo aceptaba a Nehru como jefe indiscutible de los asiáticos, y que tanto él como su gran poder constituían la gran esperanza de un bloque neutro, laico, liberal y demócrata..., que colmaba el gozo de pensadores tan profundos como la señora de Roosevelt, el judío Douglas y los redactores de *Le Monde*. Se apreciaba en el dirigente hindú aquella tercera fuerza tan anhelada por quienes ven con horror una política francamente anticomunista y quisieran, sin embargo, mantener el actual *statu quo* que les siga asegurando honores y prebendas. Por desgracia para estos "idealistas", el año de 1955 puso término, al menos en parte, a esta dulce quimera.

No volveremos otra vez sobre la Conferencia de Bandung. Esta reunión probó a los pueblos asiáticos, entre otras verdades, todas las debilidades del falso gran hombre de la India. De ello hablamos ya en estas mismas páginas (1). A nuestro juicio, más importante que el resultado de Bandung es el hecho de que, en la segunda mitad del año 1955, el mismo bloque comunista haya ayudado a destruir este mito de neutralidad con que se nimbó el primer ministro de la India.

El primero en mostrar a Nehru en su desnuda realidad fué el comunista inglés Palme Dutt, quien, en el órgano oficial de la Kominform, escribió la siguiente frase: "Después de la guerra de Corea, las decisiones políticas más importantes de Nehru han constituído ventaja y provecho para el comunismo mundial." Nada

---

(1) Véase "El mes diplomático: Revoluciones y violencias" (II), págs. 95-6, en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, núm. 70 (octubre, 1955).

cabe añadir a una frase que revela, sin lugar a dudas, la apreciación moscovita de la política hindú. Por desgracia, muy pocos de nuestros políticos leen los órganos comunistas—aburridos y mal escritos, por otra parte—, y el asunto hubiera escapado a la atención pública, si Bulganin y Krustchev en persona no hubieran decidido subrayarlo de forma dramática ante la opinión mundial.

La prolongada presencia del jefe comunista en la India, su público apoyo de todos los planes agresivos de sus amigos de Nueva Delhi—trátese de Cachemira o de Goa—, la afirmación bilateral de solidaridad política..., probarían al más tardo que Nehru, lejos de ser un neutralista, ha de ser considerado hoy como cómplice de la política de Moscú.

Esta situación es, por supuesto, el fruto no sólo de una actitud ideológica, sino también un imperativo de la política interior hindú. El Partido del Congreso perdió para siempre la llama sagrada de los tiempos del difunto Gandhi. Este partido se ha hecho viejo, caduco; se encuentra hastiado y corrompido. Pese a su dominio de los poderes públicos y de su utilización de todas las riquezas del Estado para los fines políticos, su prestigio disminuye sin cesar en el respeto del público. Por otra parte, se siente rebasado en su ala izquierda por un Partido Comunista más joven, más dinámico, más revolucionario. Carente ya de fortaleza y de ánimo combativo en el plano político, social o ideológico, el régimen actual deposita sus esperanzas de sobrevivir en el hecho de que sea posible obtener del Kremlin una orden que detuviese radicalmente la acción de los agentes moscovitas. Pero para ello es preciso pagar un precio y, sobre todo, es necesario hacer comprender a los maestros de Moscú que una India respetable (porque está dirigida por un gran "demócrata") puede ser más útil a los deseos de la Kominform que un país desangrado por la guerra civil, como consecuencia inevitable del acceso directo de los comunistas al Poder.

Planteado el negocio, Moscú reclamó inmediatamente el precio. Los rusos son directos y no se andan con finezas. Y así fué como utilizaron la admirable combinación elaborada en Nueva Delhi para montar un gran espectáculo mundial. Es cierto que los rusos han comprendido, después de mucho tiempo, la verdad que Hitler propugnó en su libro *Mein Kampf*. Ellos sabían que no hay peor ceguera que la de quien no quiere ver. Y, probablemente, tienen razón al suponer que los mismos hombres que declararon gran demócrata al Presidente Benes después que éste hubiera exterminado o expulsado del país a más de un millón de personas, estarán prestos igualmente a continuar creyendo en la neutralidad de Nehru

luego que éste, con todos sus actos, pruebe que favoreció al bloque moscovita.

Un escritor francés dijo en cierta ocasión: "Nada da mayor sensación de infinito que la bestia humana." Es éste un principio que suele acudir a nuestra memoria cuando leemos tantos y tantos comentarios sobre la política hindú. Por fortuna, una opinión que haya conservado algo del sentido de la realidad, pese a los obstáculos de la propaganda, cuenta hoy con todos los elementos para juzgar serenamente una situación que ya no da lugar a dudas.

EL FUTURO DE LA HUMANIDAD

Nos encontramos, pues, con 1956 privados de muchas ilusiones. Hemos de hacer frente a una situación peligrosa, a una renovación de la guerra fría, a una continuación de la carrera de armamentos, a una poderosa ofensiva diplomática. El año no será fácil.

No obstante, esta desilusión no debe ser causa de desaliento. A la luz helada de este invierno, no veremos solamente nuestras debilidades, sino asimismo, también, el enorme potencial político, económico y militar de nuestro mundo libre. Veremos también que las victorias comunistas no son la consecuencia de un destino ineluctable. Por el contrario, si se han producido, lo fueron única y exclusivamente como resultado de nuestra debilidad de carácter y de nuestra inercia. No será en Moscú o en Peiping, sino en Wáshington, Londres, Bonn y en las otras capitales de Occidente, donde se decidirá el futuro de la Humanidad.

Otto de Ausburgo.
Hindenburgstrasse, 15.
B. STARNBERG.
Oberbayern.



SOBRE LA CRISIS DEL ESTADO (*)

POR

JUAN CANDELA MARTINEZ

I

La suerte de esa criatura típicamente moderna y europea que es el Estado nacional nos llena de ansiedad, hasta el extremo de hacer del interrogante de su posible agonía y muerte uno de los más importantes de la teoría política de nuestro tiempo.

Ahora bien: si esta actitud revela una profunda conciencia histórica, no tiene por qué desembocar en el "catastrofismo" a que podría inducir la intensidad de aquella conciencia, evidentemente mayor que la de otras instancias críticas precedentes. La propia aventura de la historia cultural y política de Occidente resulta aleccionadora para el teórico actual del Estado. Es, pues, exigible la serenidad. Lo que ocurre es que, a su vez, tal mayor conciencia, gracias a la cual parecen más acentuados los rasgos críticos de nuestro horizonte existencial, está demandando urgentes diagnósticos y remedios.

Por todo ello, un libro como el del profesor Fraga es acogido con sin igual interés. Desde el primer momento de su lectura, y después de una ojeada general a su contenido, se advierte que el tema ha sido acometido con rigor penetrante y tendiendo la mirada hacia los más distintos climas y planos (religioso, filosófico, demográfico, económico, políticosocial), en los que se patentiza la crisis general, porque "el teórico de la política intentará en vano aislar la crisis política dentro del marco de la crisis general, por más que éste sea su cometido" (pág. 9). Sin embargo, resalta el ánimo de hallar en esta visión no tanto el acento dramático, ciertamente prodigado, cuanto el afán de hallar salida a esta "situación". Con ello, además, la teoría política cobra "encarnadura", gracias a lo cual, sin dejarse llevar de sociologismos y de posturas ideológicas, es posible operar con realismo constructivo.

Por lo pronto, hace bien el autor en descartar todo pesimis-

(*) M. FRAGA IRIBARNE: *La crisis del Estado.* Edic. Aguilar. Madrid, 1955. 306 págs.

mo (pág. 30) como actitud fundamental. Así, contrasta con el tono casi apocalíptico de muchos diagnósticos, anclados en los sistemas de un Spengler o un Toynbee. Y, sin ligarse tampoco a las tendencias progresistas del siglo XIX (Hegel, Comte, Darwin, Spencer e incluso el materialismo histórico), cree posible restablecer el equilibrio en la interpretación del "cambio".

Para quien, como el autor de este libro, desee captar la angustia y esperanza de nuestro mundo, una visión histórica como la de Ossio proporciona insuperable armadura de fe cristiana y humano aliento. A ello, el propio Fraga añade "el punto de vista español", apto para tal tarea, en cuanto España no ha sido envuelta en las locuras de Europa. Queda así delimitado el punto de arranque.

II

Comienza a analizarse la crisis política abordando un tema archisobado: la crisis del Estado liberal. Si el autor lo trata, lo hace a sabiendas de que esta forma política, en cuanto tal, se halla agotada, pero también consciente de que "no pocos de sus elementos siguen en pie, como mitos o nostalgias o como residuos aprovechables; sobre todo, porque los Estados más aparentemente antiliberales de hoy son herederos legítimos del Estado liberal" (págs. 57-58). Actuando sobre el trasfondo sociológico de la burguesía, el legalismo y el mecanismo entero del Estado liberal, desemboca en la crisis, manifiesta en instituciones claves como el Parlamento representativo. Bien hecha está la observación de cómo la racionalización desemboca en la mitología (pág. 76) y cómo el "debate" desaparece ante la diplomacia y el ejecutivo de Munich, Yalta a Potsdam. Lógico es que, cumplida la evolución "desconfianza-escepticismo", se haya alcanzado el punto de desintegración del mundo liberal, sin que fueran remedios eficaces la experiencia de Weimar ni los esfuerzos teóricos de Preuss, Kelsen y Mirkine. Las sociedades de masas imponen la organización planificada, y al adentrarse en un "camino de servidumbre" aparece como evidente que declinan su responsabilidad ante la Historia.

Mas lo importante no es esto sólo. El título del libro cobra nueva justificación cuando, por el hecho de que el liberalismo buscara en el Estado garantía y protección del orden social capitalista, lo que no impidió a su vez que el comunismo se enrolara en la maquinaria misma del Estado nacional, éste acusa ahora su inevitable

quiebra. Es la crisis del Estado nacional la que hoy parece indiscutible, y son ésas sus implicaciones ideológicas, económicas e institucionales, las que W. Friedmann ha tenido más en cuenta para afirmar su relatividad histórica.

El tema, de todas suertes, no es desarrollado, al menos expresamente, con la amplitud que, a nuestro juicio, hubiera sido de desear. Creemos que ahora es más palpable que nunca la crisis del Estado en cuanto estructura determinada por el supuesto netamente moderno de la nación. Se registra, desde luego, un giro copernicano—a ello alude el profesor Fraga citando a Emery Reves, aunque con distinto sentido—en la economía, las comunicaciones, la concepción misma de los dispositivos de defensa y alianzas militares; la propia conciencia, en fin, de los pueblos de hoy acerca de una más real ensambladura, por encima de viejas fronteras nacionales. Y ello obliga a una profunda reflexión sobre la real subsistencia del Estado, en trance de quedar absorbido por superestados o *super-powers* de cualquier signo. El tema nos parece del máximo interés para el pensamiento político europeo, porque es el Estado nacional, producto típico de Occidente, el que ahora se encuentra sometido a cuestión.

El autor de este libro, repleto índice de resonancias temáticas, no ha dejado de hacerse eco de tal cuestión. Es reveladora, al efecto, su referencia al instante en que la *polis* griega, como forma política, falla por incapacidad, por inadaptación (pág. 82). También el último capítulo recogerá el problema. Notamos, sin embargo, cierta ausencia de planteamiento del mismo, con claro, concreto perfil. Sin duda que el estudio que comentamos se proyecta sobre la dinámica interna del Estado moderno; sin duda también que nadie ignora el resurgir de nacionalismos con tendencia "estatal" que parece irrefrenable, y que a la vez no están muy firmes aún los nuevos cuadros institucionales, ni puede decirse que han cuajado del todo fórmulas de Poder de envergadura supranacional, circunstancias éstas que, vistas por el autor de este libro, seguramente le habrán impulsado a no insistir más en la problemática del Estado actual desde esta perspectiva. Parécenos, sin embargo, que dicha problemática tiene su completo planteamiento en la cuestión precisa de si hoy, y cada día más, no deberán ser medidos a escala mundial y, desde luego, a escala ultranacional muchos conceptos y contenidos de la teoría política más o menos clásica y de si el verdadero alcance de su crisis no podría fijarse aceptando como un hecho irreversible la progresiva desaparición del Esta-

do como estructura de vida política sibisuficiente, soberana, territorial y jurídicamente perfilada y "distinta", en un mundo en el que la interdependencia de toda índole es ya su signo peculiar.

Mas sigamos analizando la línea expositiva de *La crisis del Estado*. Desde luego que el embate más serio que el Estado moderno ha podido recibir desde los supuestos generales de la modernidad proviene del marxismo. El capítulo III del libro de Fraga, seguramente el mejor construído de todo el volumen, examina la "crítica marxista y su teoría del Estado".

Destacado el marxismo como una *Weltanschauung*, en la que convergen las más variadas corrientes materialistas, económicas y políticas, se configura a sí mismo como una hazaña científica de primer orden que el hombre plenamente "naturalizado" consigue por obra de Carlos Marx, ese judío alemán clavado en la mitad del siglo XIX.

Por esto, más que su crítica del capitalismo, importa su teoría de la sociedad, montada sobre el materialismo y el determinismo históricos. Si se rechaza el primero, repitiendo argumentos y autoridades tradicionales ya, el segundo es analizado más profundamente. Liberarse hoy del impacto del historicismo, "cuya fiebre desatara Hegel", es tarea insoslayable. Y no puede reducirse a sustituirlo por una concepción de la Historia universal como Historia de los grandes hombres (Carlyle), ni vale tampoco el expediente simplista de establecer como única regla segura para el historiador el reconocer en el desarrollo de los destinos humanos el juego de los contingentes y de lo imprevisto (Fischer). El nervio del problema reside en el hombre mismo, ser social y antisocial muchas veces. Y aún mejor, en "la preeminencia y libertad del espíritu" junto con la visión providencialista del acaecer.

Aún queda un punto crítico: la compatibilidad del determinismo con el revolucionarismo. Por esta vía penetra la cuestión más ligada con la vida política: la realización del marxismo a través de la acción concreta de hombres y pueblos. Y, además, el problema siempre candente de la ortodoxia de tal realización. El pensamiento de Lenin y Stalin, por un lado; el Estado soviético ruso, por otro, son el material doctrinal e histórico con el que se trabaja en este estudio.

Con los dos jefes rojos, el marxismo se vive como un *dogma*, pero su desarrollo y aplicación (primero, en la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias; después, en la de guerras mundiales, conflictos de razas y geopolítica) dan lugar a la *organización*. El

partido surge no solamente como depositario del dogma, sino también como una clase dirigente. Esta, titular única de la *coacción*, necesaria para pasar del capitalismo al socialismo, no hay inconveniente en reducirla a una sola voluntad. Recurrir, por exigencias de las circunstancias, al poder dictatorial personal, es perfectamente posible y ortodoxo en la mente de Lenin.

Por eso, al menos desde el punto de vista metodológico, nos parece bien centrado el estudio del régimen soviético ruso en el examen de la vida misma del partido. Una realidad sociológica que comprende, junto a la vastedad geográfica, en gran parte misteriosa, el entrecruzamiento de 577 razas y tribus y hasta 150 lenguas conocidas, sólo parece susceptible de ser sometida a esquema interpretativo y valorativo a través de lo que constituye desde 1898 y, sobre todo, desde 1917 su verdadera estructura política. La vida —y los trances agudos—del partido comunista soviético es, en definitiva, la vida del *complejo ruso* en lo que respecta a la Economía, el Derecho y el Estado. Nada en ellos tiene sustantividad propia; cabría decir que ellos *son* lo que el partido decide que sean.

Naturalmente, desde un punto de vista más profundo, creemos posible una visión más comprensiva de la Rusia contemporánea. Lo que hemos llamado el *complejo ruso* desborda el prisma del partido. Y no aludimos al Ejército, por ejemplo, cuanto a determinadas vigencias que, sin duda, han condicionado a su vez al partido mismo. Las vicisitudes de éste, el fenómeno ciertamente sorprendente y todavía falto de un verdadero enjuiciamiento por parte occidental de la llamada "autocrítica", las influencias recibidas por los soviéticos a través de sus contactos con las ideas, estructuras, nivel y género de vida de los pueblos de "más acá del telón de acero", con motivo de la guerra y la ocupación, todo esto y no poco más impiden, desde luego, cualquier unilateralidad o exclusividad "doctrinal", en la interpretación del marxismo como realización histórica.

De su examen del marxismo, el profesor Fraga deduce dos consecuencias importantes: se trata de una verdadera herejía y, además, de unos supuestos llevados a sus últimas consecuencias. En realidad, hay sistemas "occidentales" que encarnan similar peligro (Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, Bergson, Gentile, Croce), sólo que en éstos la *inconsecuencia* ha salvado los últimos resultados (pág. 125).

Por otra parte, la consigna de H. de Man: "Más allá del mar-

xismo" obliga a Occidente a una revisión crítica del "más acá". Y si el valor actual del marxismo es el de constituir una "luz espectral que, en sus propios errores, alumbra los ajenos" (pág. 129), se impone también aceptar parte de los planteamientos marxistas, como punto de partida al análisis político de las comunidades presentes" (pág. 131). Quizá el principal sea el de no poder entender las estructuras políticas sin entender la sociología básica del poder político. Los grandes temas de nuestro tiempo, prosigue el autor, "planificación y libertad, autoridad y bien común, democracia y clase dirigente, sólo con semejante metodología pueden de veras ser afrontados".

La pulcritud y seguridad con que el profesor Fraga se desenvuelve en este terreno, no olvidando nunca los supuestos filosóficos y antropológicos que el marxismo ignora o ataca, nos brindan la oportunidad de puntualizar, por nuestra parte, al margen del libro que comentamos, ciertos extremos que juzgamos de interés.

En el marxismo, en efecto, los métodos y la *Weltanschauung* andan indisolublemente unidos y, a nuestro juicio, todo aquel que juegue con los métodos marxistas, expuesto está a juzgar y valorar como discípulo directo de Carlos Marx. El "más acá" del marxismo no necesita verse "desde el marxismo", porque, tal es el rigor de esta "teología", peligro hay de verse sumidos en su seno. La innegable cualidad del sistema marxista, su coherencia lógica, conduce muchas veces al sorprendente hallazgo de que donde sólo se quiso aplicar su metodología se está palpando una impregnación de su *Weltanschauung*. Esta impregnación es involuntaria, digámoslo generosamente, pero tan evidente como la que suele percibirse al ver confundida, sin más, la realidad "social" con la económica; al ver sustraída la ciencia política a toda valoración ética; al ver, en fin, despreciados los argumentos de una filosofía tradicional y sus conceptos, como incapaces de enfrentarlos con los problemas políticos de nuestro tiempo y, concretamente, con el fenómeno total del propio marxismo y sus realizaciones. Y así, teóricos de la sociedad y de la política, nos sorprenden "silenciando" aquel juicio de Pío XI, que calificó al comunismo marxista de "intrínsecamente perverso", buscando en el terreno más "irénico" de la estricta "ciencia" motivos de condenación que, en su mayor parte, nos parecen productos de cierto *dilettantismo* que más parece buscar la "coexistencia" que el debido esclarecimiento de errores. Y todo ello sin percatarse de que el marxismo envuelve en la misma consciente ignorancia y desprecio a todos sus contra-

dictores "dogmáticos" o *dilettantes*. La única fuerza dialéctica capaz de oponerse al marxismo, como "explicación total" que éste es, no puede ser otra que la concepción del hombre y de su historia, establecida con sin par coherencia por el pensamiento teológico-filosófico del catolicismo. En tanto esta concepción no se enfrente de hecho y en todos los planos con el marxismo, las críticas contra éste no serán "lanzadas a moro muerto", sino a moro todavía vivo, y, además, "acorazado".

De aquí la importancia que tienen los puntos de vista fijados al principio de su libro por el profesor Fraga, para someter a un esquema seguro y profundamente arraigado fenómenos y doctrinas como los que, a través de sus páginas, van aflorando con un vigor que descalifica de antemano todo tratamiento rutinario y superficial.

III

Después del examen doctrinal del liberalismo y el marxismo, los Estados contemporáneos precisan ser vistos en su realidad sociológica. Por eso resulta obligado situarse ante el fenómeno de la *masificación* y su impacto en los cuadros e instrumentos administrativos. Tal es el contenido del capítulo IV.

En definitiva, resurge el viejo juego del irracionalismo y la racionalización, sólo que ahora potenciado, dada la extensión e intensidad de la realidad social en presencia. Las técnicas de producción y control cobran, con ello, una consideración distinta. Son técnicas acerca de cuya eficacia y valoración ética—si esta última se quiere, como es debido, mantener—sólo se puede juzgar en función de las masas y del complejo de problemas vitales e ideológicos que ellas comportan.

Está bien aludida por el profesor Fraga la evolución económica. desde el capitalismo liberal a la economía dirigida, y esta mayor atención a los aspectos económicos resulta justificada, puesto que el curso evolutivo de las funciones del Estado guarda con aquélla una relación de paralelismo y aun de índole más íntima: no es sólo que hayan aumentado en intensidad tales funciones, es que, precisamente, el contenido de las mismas es, en gran medida, económico. Con otras palabras, nunca nos ha parecido más económica la acción política, y no sólo por su extensión a esferas económicas, sino incluso por la preponderancia del fin y los medios económicos en la propia actividad política.

Desde este punto de vista, calcúlese la distancia casi "abismal" que hay entre el Estado en el que pensaron A. Smith y los manchesterianos, y el Estado, más que intervencionista, empresario y productor, de hoy. En los términos tajantes en que muchas veces se expresa el autor del libro que comentamos, hay que concluir que "toda la teoría de las funciones y poderes del Estado tiene, pues, que ser renovada de arriba abajo. Nada menos que esto exige este tránsito contemporáneo del *État gendarme* al *service State* o *welfare State*" (pág. 154).

Pero el profesor Fraga, que admite la necesidad de la *planificación*, concepto no muy preciso ni realidad exclusivamente actual, se hace eco de la polémica del siglo: ¿Es o no conveniente la planificación; resuelve o agrava los problemas de tipo económico, político o espiritual? En cuatro apretadas páginas se resume dicha polémica: Hayek, W. Lipmann, Beveridge, por un lado; Manheimm, por otro, recelan de la planificación o la defienden y pugnan por concretarla.

El profesor Fraga puntualiza a su vez: "En lo tocante al Estado, la planificación es un hecho, pero deben superarse los experimentos y ensayos actuales y alcanzarse logros definitivos; el Estado de Derecho, en cuanto sistema de control y garantías, y en cuanto consagra la responsabilidad de la administración, no debe arrumbarse. Sobre todo, y esto es quizá lo más importante, la planificación ha de hacerse *desde* un sistema de valores, no que éstos nos vengan dados por aquélla" (pág. 162).

Surge ahora, sistemáticamente, una nueva cuestión: la de las clases dirigentes, cuestión que, a juicio de Fraga, supera en interés, en la actual situación de las ciencias políticas, a la tradicional de las formas de gobierno (pág. 175).

Si el medio, como ha dicho Burdeau, segrega a su *élite*, ¿cuáles son las características de las clases dirigentes de nuestro tiempo y de qué modo reflejan tendencias revolucionarias del mismo? Porque sin *élites* no cabe acción política. Hasta las revoluciones más igualitarias las han producido. Ahí está el partido comunista soviético, "una de las oligarquías más duras que se han conocido".

El análisis que de la materia ha hecho James Burnham—después de Mosca y Pareto—nos muestra el relevo de las clases dirigentes. Manheimm, por su parte, ha fijado las tendencias actuales de las minorías selectas después de la desintegración de las *élites* del siglo pasado. El tránsito se opera en todos los medios ideológicos. Los comunistas han pasado de *amateurs* en los tiempos

de Lenin a "especialistas rojos" en nuestros días. La experiencia laborista en Inglaterra, la evolución iniciada en Estados Unidos desde el New Deal y el Fair Deal a lo conseguido por un movilizador general como Ch. E. Wilson..., el proceso de una *managerial revolution*, parece indudable. Por eso, superando teorías maquiavélicas de la clase dirigente, como la de Burnham (pág. 179), es urgente una formación intelectual y moral de esas minorías rectoras.

Titulares destacados de ese *poder minoritario* (expresión acertada) de los Estados administrativos modernos son la burocracia y los partidos.

La primera, gigantesca ya, refleja un giro capital en las funciones del Estado. "La política del gobierno se realiza, más que legislando, administrando, ejecutando servicios, manejando dinero. Esto está en manos de funcionarios en muy buena parte" (pág. 181). Aún más, la política hoy ha de contar con la técnica, en cierta manera contrapuesta a la prudencia, nota clásica del político. No hay que temer, sin embargo, a juicio del profesor Fraga, un crecimiento desmesurado de la burocracia como *poder*.

Los partidos, las entidades políticas más efectivas en el Estado nacional moderno, según Wallas, y cuyo estudio constituiría "una historia de nuestra época", según Friedrich, experimentaron una trayectoria que el autor de este libro describe sobre la realidad de los partidos políticos ingleses: parlamentarios, electorales, clasistas. Ante todo, los partidos son una clase dirigente, son entidades políticas más que ideológicas, en las que, principalmente, cuando más viejas son, más predomina la máquina sobre el programa. Los sistemas anglosajón y el continental, como respuestas a la cuestión de dos o muchos partidos, descubren una vez más la existencia de verdaderos grupos oligárquicos que, lejos de resolver el problema de la representación nacional y cooperar a la unidad estatal, hacen de los parlamentos "cajas de compensación" y enmascaran en muchos casos guerras civiles.

Lástima que nuestro autor no haya insistido más en otras modalidades de estructuración como la basada en las "categorías sociales" y en el problema del partido único. De todas formas, un interrogante como éste: ¿Qué debe sustituir al sistema de partidos allí donde sus inconvenientes hayan predominado sobre sus ventajas?, sólo en hipótesis y a guisa de experimento puede contestarse hoy (pág. 192).

El libro que comentamos se adentra ahora en un problema

pavoroso (cap. VI). Ya se advierte al comprobar el equívoco de la palabra *libertad* y al tener que preguntarnos hoy, incluso, por su real existencia. Resulta obligado, y el autor no se sustrae a ello, acudir a la metafísica y a la moral. La respuesta es positiva. El quid está, como él dice, en los juicios prácticos sobre nuestros actos, y, además, en la visión del hombre como persona, no como individuo. Profesa, pues, un personalismo comunitario (Ch. de Konink y Palacios) y llega a concluir que el dilema libertad-orden no es radical. Evidentemente, las bases filosófico-morales de que se parte son de la más pura raíz tomista y desde ella queda descartado todo el trasfondo Reforma-Liberalismo, causa de la tragedia íntima del siglo XIX.

Hacer compatible la libertad con la planificación: he ahí la tarea de nuestro tiempo. Liberalismo y socialismo son estudiados ahora desde esta perspectiva, y la conclusión debe tener en cuenta que "la libertad no es un principio de organización política, sino una condición de la sociedad política bien organizada" (pág. 214). Y siendo la aspiración de nuestro mundo la seguridad social, urge conseguir la vigencia del orden cristiano, en el que la fraternidad predomine sobre los dos restantes términos del trilema de la Revolución francesa.

Viene como de la mano el tema de la democracia. ¿Estamos aún en el proceso de democratización general que observaron Tocqueville y Prévost-Paradal? ¿Qué significado tiene la extensión del sufragio universal que ha dado en Francia, por ejemplo, un cuerpo electoral de 26 millones de personas en 1946? ¿Es una realidad y, sobre todo, es una unidad sociológica ese pueblo así configurado? Parece que, ante la realidad de las masas, sólo cabe hablar de un *público* que, pasivamente, abraza una *opinión*. Prensa, radio y grupos de intereses: eso es lo que hay detrás del Parlamento, en vez de pueblo (Friedrich).

Entonces, ¿gobierna el pueblo o una facción? Y, aún más, ¿qué facción es exactamente la que de hecho gobierna?

El tema de la libertad y de la democracia ha merecido por todo ello una profunda revisión. Recapitular las posiciones más importantes al respecto es para el autor imprescindible, y así comprobamos que lo decisivo en la democracia es para W. Lipmann no tanto la *elección* como la *sumisión a la ley*; para Jennings y B. Wooton, la *posibilidad de criticar* al gobierno y *sustituirlo* sin recurrir a la violencia; para Levi, el respeto al *fair play* en política.

Una conclusión primaria es ésta: "La ciencia política tiene que desmontar el mito democrático, como una superestructura que ha oscurecido la mayor parte de las cuestiones vitales del Estado contemporáneo" (pág. 223). Y otra muy fundada, la que anuncia un concepto más profundo de la democracia, que el autor cree ver en Aristóteles, Suárez y Pío XII: "La forma mixta de gobierno, o mejor, un Estado moderado, eficaz y justo" (pág. 224).

Hablar de moderación es hablar de control. Y en cuanto el Estado liberal democrático asignó esta función al Parlamento, también es obligado hacerse eco de la agonía del parlamentarismo. El diagnóstico va desde Orlando hasta C. Schmitt. Si el Parlamento no es bueno para *legislar*, tal vez lo sea para *controlar*. Ambas funciones las perfiló Stuart Mill. Hoy, si la deliberación y la legislación la acaparan el Gobierno y la representación los partidos, el Parlamento está, al fin, en manos de éstos. Y desde luego ha perdido la supremacía política. La legislación delegada, los planes económicos-sociales de los Gobiernos, la disciplina de los partidos, fenómenos realmente actuantes, bastan para poder concluir que "el Parlamento como mito tiene que ser liquidado" (pág. 228).

La muestra más evidente de la incapacidad actual de los mecanismos constitucionales del Estado liberal consiste en la tendencia impresionante de nuestra época hacia la dictadura. Como decía Balmes, al referirse a la España decimonónica, "la excepción se ha elevado a regla". A la continuidad de la situación extraordinaria, corresponde lo ordinario de la dictadura. Esta, en fin, ya no es un recurso circunstancial, sino una *forma de gobierno*. Quizá su explicación es ésta: el punto central del equilibrio constitucional reside nuevamente en el Ejército.

El autor concluye: ¿No será posible otro recurso? ¿No podrán alumbrarse nuevas y adecuadas instituciones en que se articule la continuidad, la adhesión y la cooperación logradas o restauradas por el liderazgo de los hombres extraordinarios?

Se habrá observado, a lo largo de la línea expositiva del libro, que éste superabunda en *conclusiones* tajantes, cuando se trata de resumir el análisis de la situación actual de mecanismos y doctrinas del Estado moderno en sus últimas fases; y en *interrogantes*, cuando se trata de puntualizar tendencias o presentar soluciones para los problemas que ya existen. El carácter crítico de este estudio se revela, con ello, una vez más. Y también la "actitud" de su autor, condicionada sin duda por las múltiples realidades entre las que se ha movido. Con otras palabras, no le han faltado datos

y argumentos para diagnosticar la crisis. Tal vez, por ello, adolece de seguridad para prever y preconstruir "lo nuevo".

No se piense, sin embargo, que el libro que venimos comentando es meramente descriptivo, con ser ésta una de sus características más valiosas. También, repetimos, se ha enjuiciado, y en verdad desde supuestos firmes, autorizados, convincentes. Lo que ocurre es que el objeto de estudio acusa más que nunca su relatividad, y se han abierto mayores vías al conjunto de posibilidades y problemas que la política entraña. Por otra parte, las transformaciones sociales ni son tan rápidas ni tan uniformes como para lanzarse imprudentemente al bello malabarismo de las profecías y las construcciones de gabinete. El teórico de la política, en este mundo del siglo XX, cuenta ya con graves experiencias acerca de la suerte corrida por aventuras semejantes.

Sin que en ello queramos implicar al autor de este libro, fecundo y sugeridor, no nos resignamos a omitir una breve observación al hilo de cuestión tan decisiva como la apuntada. Y es ésta: lo que queda por saber es si las generaciones históricas de hoy y de mañana no considerarán excesivo el período hipercrítico de la teoría política que ha venido y viene juzgando al Estado liberal y al llamado Estado totalitario, y, si en vista de ello, no volverán definitivamente la espalda a quienes debieron aprestarse, con los innegables caudales de experiencia atesorados, a brindar a la humanidad, nunca agotada, siempre expectante, nuevas o no, pero mejores fórmulas de convivencia política y jurídica.

IV

Hora es ya de recapitular. El análisis, según queda dicho, ha sido profundo y pocos matices escaparon a él. La cuestión final es obvia: qué sea el Estado y cuál su inmediato y previsible destino. El capítulo central de una teoría del Estado resulta aquí un punto de convergencia de los variados afluentes que hemos visto desfilar. Y, para ser sinceros, cuando el profesor Fraga aborda en el último capítulo de este libro el concepto del Estado, y para ello reproduce las clásicas definiciones de los manuales más acreditados, se echa de ver la franca debilidad que las mismas revelan. ¿Definir, esto es, *limitar* el Estado? Sólo parece posible destacar unas notas: la institucionalización del poder, el carácter de forma política determinada, la imposibilidad de su reducción a escueto fenómeno jurídico. Pero poco más.

Pero no fué menguada, antes bien decisiva, la "aparición" de la sociedad, como estructura viva y actuante, junto al Estado o frente a él. El máximo esfuerzo para la salvación del Estado moderno quiso ser el *totaler Staat.* Pero la crisis del Estado nacional hoy es manifiesta: territorio, población, soberanía, sus tres elementos esenciales, han abandonado el clásico álveo que para ellos trazaron la historia y la doctrina desde el Renacimiento hasta el principio de las nacionalidades. La teoría del Estado se siente conmovida en sus cimientos por la sociología...

Mas lo que de verdad acontece es que el propio objeto de aquella teoría, y de otras ciencias a ella vinculadas íntimamente, se les escapa irrefrenable hacia nuevas formas de poder, hacia nuevos sentidos del Derecho, hacia nuevas medidas y temperaturas de índole política.

La lectura del último capítulo del libro del profesor Fraga no revela pesimismo, revela fatiga y hasta temor. El análisis, desemboca en una actitud de expectación que resulta tímida... a la fuerza. El libro, con ser tan expresivo de la capacidad investigadora de su autor; con ser un auténtico arsenal de testimonios—más de mil citas consignadas en ciento trece páginas, apretadas tipográficamente hasta el máximo—; con ser, en fin, el más vigoroso intento de comprender el Estado moderno que hemos visto publicado en español en los últimos años, proclama su fidelidad al tema que lo motivó. Nosotros lo hemos seguido paso a paso, esforzándonos en hallar las líneas maestras que aquí quedan, a nuestro juicio, consignadas. Su hallazgo no fué tarea fácil, pero pocas, como ésta, nos han parecido tan convenientes y aleccionadoras.

En nuestra opinión, este libro es eco auténtico y bien localizado de una conciencia generacional que puede atribuirse a determinados teóricos contemporáneos del Estado. Mientras esta conciencia se hace cada vez más reflexiva, el Estado moderno sigue desbordando la realidad misma que las construcciones clásicas creyeron aprisionar. De la capacidad de los teóricos de nuestros días depende la arriesgada y subyugante empresa de encerrar en un sistema científico, que supere la línea crítica, los nuevos conceptos y los nacientes fenómenos de la vida y la comunidad políticas que el mundo ya registra.

Juan Candela Martínez.
Facultad de Derecho.
Universidad de
MURCIA.



ARTE Y PENSAMIENTO

JEAN COCTEAU, EN LA ACADEMIA FRANCESA (*)

Decía Remy de Gourmont que la suerte, en Edmond Rostand, era una de las características del genio. Rostand fué transportado a este sillón por veloces hadas y en un batir de alas que evoca en torno del nacimiento de Henry de Bornier. Todas las puertas que se cierran ante los negros guerreros de las letras, de los que Kleist queda como ejemplo, se abrían solas ante sus armas blancas y su albo penacho.

Me imagino a un joven hechicero de Condorcet presagiando a los alumnos de mi clase, cuando Cyrano de Bergerac hacía volver todas las cabezas, que yo ocuparía un día, en la Academia, el sillón de su ídolo. El viejo colegio se hubiera derrumbado a carcajadas. Pienso, también, en los muertos que, desde entonces, han dejado vacante este sillón y en que sólo mi muerte sentará en él a un vivo; en que este vivo existe y que es probable que me cruce con él, que vuelva a encontrármelo, que le hable sin que él ni yo sepamos que ha sido designado por los astros para ocupar un día este lugar, en donde presumo que si me viera Jérôme Tharaud se quedaría asombrado. Y el brujo del colegio, sin remontarse al abate D'Olivet, ni a Condillac, ni a Sieyès, ni a Lally-Tollendal, hubiera podido decirme que el dramaturgo de *Cyrano* cedería su sillón a José Bédier, el cual, mucho más que Wagner, volcó en mí el filtro de Isolda y me hizo conocer la selva del Maurois, presagiando el nombre de un hombre inclinado tan a menudo sobre las obras célebres y que hoy me hace el honor de poner su mirada sobre la mía.

Sí; me parezco no poco a esos equilibristas situados en lo alto de una pila de sillas. Nada falta a esta semejanza con tal ejercicio peligroso, ni aun el tradicional redoble del tambor que lo acompaña.

Debe comprenderse, pues, mi temor por tener que mantenerme durante una hora en una posición incómoda y fingiendo desenvol-

(*) *Damos a continuación el texto del discurso de ingreso de Jean Cocteau en la Academia Francesa y la contestación correspondiente, a cargo del académico André Maurois, en versión castellana de José López y López.*

tura, ya que todo visible esfuerzo carece de estilo, y nuestra labor debe eclipsar siempre a nuestro trabajo y no ostentar jamás el gesto revelador de los esfuerzos que nos cuesta hacerlo.

Se me objetará que esta molestia fué la misma para todos. ¡Ay, temo que sea peor la mía! No obstante, confesaré en seguida hasta qué punto disimulo una torpeza nativa bajo una falsa actitud desenvuelta, y que todo lo que puede considerarse en mí como una danza no es más que un reflejo instintivo, una forma instintiva de hacer menos risible una interminable caída por la escalera.

Será preciso que emplee la franqueza y evite engalanarme con palabras, cosa hacia la cual nos empuja inconscientemente un lugar histórico y la intimidación de nuestro uniforme.

Es conocida la familia a la cual no se puede ni jactarse ni compadecerse de pertenecer, porque, lejos de ser un privilegio, supone más bien una fatalidad, que Verlaine llama maldición. Familia de artistas que, para no poner en estado de alerta a la policía del orden social, debe añadir un peso postizo al peso insuficiente que los retiene mal sobre la tierra.

En suma, los miembros de esta familia, un poco fantasma y transparente, se hacen artificialmente terrestres cuando se calzan botas de escafandra para alcanzar a toda velocidad no se sabe qué superficie misteriosa.

Ahora bien: a veces, alcanzando las del *no man's land*, donde su particularidad los coloca, algunos de ellos quieren que se les coja de la mano y se los entre en el baile. ¿Se compara lo que esta Compañía les ofrece—a la inversa del anillo de Giges, que hacía al individuo invisible—con un cómodo sillón de visibilidad?

Un fantasma siente siempre grandes deseos de participar en el reino de los vivos, y esto es lo que me ha empujado hacia el lector, un poco la envidia de un *en pie* por un asiento y la sed de un gitano de caravana por tener una residencia fija. Y ¡cómo satisface tener una espada propia para defender este lugar y esta residencia, espada que nos ofrecen nuestros amigos a fin de defendernos, sin duda, contra nosotros mismos! Y mi agradecimiento nace más que nada de haberme ataviado con insignias que me impidan flotar a la deriva.

¿A quién, pues, han dejado sentar a su mesa? A un hombre sin aureolas, sin papeles, sin morada. Es decir, que a un apátrida van a procurarle documentación; a un vagabundo, una vivienda; a un fantasma, un contorno; a un inculto, la pantalla del Diccio-

nario; un sillón, a un fatigado; a una mano desarmada, una espada.

¿Se recuerda aquella película de Charles Chaplin, en la que se pone una pantalla y se convierte en lámpara para escapar de la Policía?

Después de cuarenta años de huída en zigzag ante una cacería a caballo con las trompas sonando a mis talones, la indulgencia del público me inmoviliza en un pedestal con este aspecto de ser un poco estatua y también (me atrevo a confesarlo) un poco busto. en el cual los cazadores y la jauría se dejan prender.

Por otra parte, ¿quién conoce al verdadero autor de las obras de un poeta? Nadie, ni aun él. El verdadero autor es tanto más difícil de conocer cuando él exige que su negro firme en su lugar. He aquí una forma de embrollar la pista. Y todos éstos me parecen muchos títulos para expresar mi gratitud desde lo alto de mi pila de sillas, antes de balancearme peligrosamente.

Adivino el temor. Y es que a fuerza de evitar la rigidez de la fiesta, caigo en el exceso contrario y no eludo la pompa de un discurso para entretenerlos sin ton ni son. Pero cabe advertir en seguida que tantos rodeos van a conducirnos en línea recta a una de las figuras que fueron menos tortuosas: a Jérôme Tharaud.

Mi bastón era víctima de las aguas deformadoras del sueño. Por tanto, es imposible que yo duerma en pie, y, no atreviéndome a imputar a mis propios méritos lo que me acontece, me pregunto si no iré a despertarme en mi habitación Gros-Jean como antes, y si el honor que me dispensan ustedes no proviene de que este sueño es la forma bajo la cual toda criatura viva posee el derecho al genio, a sus extrañas fantasías, a sus magníficas extravagancias.

Por lo demás, conviene confesarles rápidamente algo que confirme este sentimiento de soñar que yo sufro: nunca hasta ahora había puesto mis pies en la *Coupole* (1). Es la primera ceremonia de este orden a la que asisto, y la situación que permite ser a un mismo tiempo actor y espectador, ¿no es clásica en el repertorio teatral del sueño?

Del Instituto sólo conocía las paredes, que, al anochecer, adquieren una irisación de perla; las paredes y el pedestal vacío, en donde me gustaría ver a Jean Jacques sustituir a Voltaire, por haber preferido siempre el ciervo al cazador y las torpezas del uno a la malicia del otro.

---

(1) Cúpula. Por antonomasia, la Academia.

Guillaume Apollinaire decía que el Sena corre alimentado por los libros.

Yo no conocía más que el casco del viejo navío anclado a la orilla de un río en donde reina una casta del espíritu distinta y maravillosa: la de los libreros de viejo.

¿Qué imaginaba yo tras esos muros? Algo así como una gruta submarina, una luz casi sobrenatural de acuario y, sobre gradas en semicírculo, cuarenta sirenas de colas verdes y voces melodiosas.

Conocido es el absurdo conformismo anticonformista de la juventud. El me predisponía, sin duda alguna, contra la Academia; y es, en primer lugar, la vergüenza de haberme dejado cautivar, en otra época, por esa idea lo que me ha convencido a presentar mi candidatura.

Desde hace mucho tiempo había renunciado ya a esa forma de ver las cosas. Dos circunstancias me abrieron los ojos. Una, que la cerilla que taponaba mis oídos ha cambiado de misión... Ulises se extrañaría al oír que ella sirve ahora para conservar las voces de las sirenas y para expandirlas a través del mundo.

La otra fué la aparición de Raymond Radiguet cuando yo alcanzaba mis treinta años, el cual, con sólo quince años, nos enseñó una forma completamente nueva del respeto debido a las instituciones que provocaban nuestra indiferencia o nuestros sarcasmos. Algunos de vosotros—y no los menos—pueden testimoniar que fué hacia aquí donde él los dirigió, demostrándoles que la audacia debía cambiar de método y no ser demasiado desigualmente visible.

Era la época en que reinaba la revolución, la anarquía del verbo. No solamente era moda injuriar a los vivos, sino escupir sobre las tumbas.

Radiguet hizo el descubrimiento de que no era suficiente contradecir las costumbres, sino que era menester contradecir a la vanguardia. En una palabra, ir más de prisa que la velocidad con una máscara de retroceso. Así nacieron su novela *Le diable au corps* y mis poemas de *Plain-chant*. Gide decía: "Los extremos me tocan." Radiguet probó que los extremos se tocan e hizo de una extrema derecha un refugio contra la extrema izquierda sistemática de los intelectuales. Negó la dulzura y la puso en entredicho. No puede imaginarse actitud más revolucionaria, audacia más grande. Yo las resumí en el título de mi alocución del Colegio de Francia: "Del orden, considerado como una anarquía." A él le encantaba que fuéramos sospechosos tanto a derechas como a izquierdas. Entre griegos y troyanos gozaba, tras su monóculo, de la sole-

dad de Calcas. Y declaraba: "La originalidad consiste en procurar hacer como todo el mundo, sin conseguirlo."

En esta escuela, mi línea de conducta se hizo sospechosa. Y aún lo es, por un gran número de cosas. Todas mis torpezas se llamaron maquiavelismos; mis faltas, astucias; mentiras, mi verdad.

Así, pues, señores, si yo ocupo hoy un puesto oficial, es porque lo encuentro revolucionario con respecto al miedo que tienen las gentes de no estar al margen, y que si esta rotonda no se asemeja a la gruta que yo imaginaba, si este traje no es suficiente para transformarme en sirena, no es menos cierto que el prestigio continúa en mí intacto, porque, aunque ellas no representasen ya lo que representaban antaño, persisto en que las cosas que me importan son las que yo quiero que sean, y nada me las marchita.

Con frecuencia se toma como una danza de campanario a campanario una marcha sobre el vacío, y se decreta que una malla de acróbata suprime el peligro. Sin embargo, es paso a paso y por encima de la muerte por donde camina un poeta, y es finalmente por este ejercicio, considerado como juego y arlequinadas, por lo que vuestra Compañía lo acoge.

Es probable que un artista, sugestionado por el deseo de descolgar vuestra corona, no la descuelgue jamás, y hasta se asombre de que la alcance una mala conducta.

Los escándalos literarios, si nacen de una fuerza y corresponden al mal humor de un público neófobo despertado sobresaltado, producen, a la larga, un vivo resplandor que oscurece los orígenes subversivos y lo transportan sobre la pintura gris de una buena conducta. Yo supongo que es esta especie de resplandor el que me ha hecho digno del favor del público, y también la razón de que tuviera vergüenza de jugar a los buenos alumnos, porque, en fin de cuentas, es un mal alumno el que triunfa. Sería tanto engaño como cambiar mi traje y pretender que ustedes me han hecho la ropa nueva, cuando ninguno de ustedes me ha pedido que sea tal y como él quisiera que fuese, sino que ustedes, deliberadamente, han abierto sus puertas a lo que soy yo.

He ahí, señores, que para defenderme, para explicarme, me dejo deslizar por esta pendiente que conduce al pronombre personal *yo, yo, yo,* del cual Mauricio Barrès se extrañaba que Jérôme y su hermano no hicieran nunca uso.

Yo me represento a Barrès tras su mesa de trabajo, bajo el retrato del gran Condé, que tanto se le parece, echando hacia atrás su rostro casi gitano, como para sostener en equilibrio un clavel

rojo en la oreja y la negra tinta de sus ojos. Lo veo, bajo el ala de cuervo de su mechón de pelo, abiertas las sensuales ventanillas de sus grandes narices y una vaga sonrisa en su boca, hecha para masticar el cigarro, considerando con sorpresa a este Jérôme y a este Jean, que respetan el *yo*, olvidándose del *su*, y quienes, lejos de rendirle culto, lo ponen humilde y enteramente a su servicio.

¡Cuánta distancia los separa! Pero, cual lazo que los une, qué armonía desacostumbrada, de una y de otra parte, entre especies de una raza habitualmente prisionera en sí misma.

De forma análoga, señores, ustedes adoptan a un poeta sin temer que les reprochen haber aceptado a un entremetido, a un hombre orquesta, a un Paganini del violín de Ingres, fórmula con la que me he puesto a traducir una ingenua idea de nuestra época, cuya prisa exige etiquetas, y que consiste en tomar por *touchatouisme* (1) este proceder innato en el poeta de analizar un mismo tema desde diferentes ángulos y con distintas luces, de tal forma que sólo una mirada atenta y que provenga del alma se dé cuenta de que aquél es único.

Es esa saña por no abandonar un tema más que después de haberle dado vueltas en todos los sentidos; es ese lugar fresco y lleno de lana que se busca en la almohada cuando el sitio en que se sueña está hundido y caliente; es ese cuidado en reemplazar un vehículo cuando se estropea, lo que nuestros jueces, distraídos, confunden con una veleidosa ligereza de espíritu, incapaz de profundizar y de tener en cuenta.

No hay nada más nefasto en nuestros dominios, señores, que la fantasía que corrientemente nos endosan so pretexto de elogio, y la frivolidad, sobre todo cuando toma un aspecto serio. Y ¡ay!, bajo este hábito es como ella predica con frecuencia contra la verdadera seriedad. Esta no hace ostentación. Podría parafrasear moralmente la respuesta de Brummel cuando se le felicitó por su elegancia en las carreras de caballos de Epsom: "No puedo ser elegante, toda vez que ustedes lo han notado."

Y éste es el problema. Yo quisiera hablar de poesía y no sé qué punto tocar, cómo aproximar un monstruo tanto más peligroso

---

(1) Sin duda para señalar mejor su entrada en la Academia, Jean Cocteau ha lanzado ese vocablo de *touchatouisme*, neologismo totalmente de su invención (que en español no tiene aún, por supuesto, traducción directa y correcta), derivado del sustantivo *touche-à-tout*, que puede traducirse por *tocalotodo*, *metomentodo*, *catacaldos*, *entremetido*, *camasquince*, etc. Si mi opinión vale algo, y por si los escritores franceses acogen el *touchatouisme*, estimo que en lo sucesivo podríamos traducirlo por *entremetimiento*. *(N. del T.)*

cuanto que se presenta, a veces, cubierto con los siete velos. Ese monstruo cautiva y atemoriza. Es Salomé o Medusa. Una danza o una mirada que matan. En ambas alternativas, se trata de cabezas cortadas. Además, si no me equivoco, Pegaso, según uno de los más oscuros símbolos de la mitología, era hijo de sangre de la Gorgona. Caballo salvaje y poco cómodo. Si se le doma, no tarda en lanzar al vacío al domador, en hacerle morder el polvo.

* * *

Señores, cuando admiro a un pintor, me dicen: "Bien, pero eso no es pintura." Cuando admiro a un músico, me dicen: "Bien, pero eso no es música." Cuando admiro a un dramaturgo, me dicen: "Bien, pero eso no es teatro." Cuando admiro a un deportista, me dicen: "Bien, pero eso no es deporte." (Esto lo oía después de cada combate de boxeo de Al. Brown.) Y así siempre. Pero, entonces, yo pregunto: "¿Qué es esto?" Mi interlocutor vacila, la mirada puesta en el vacío, y murmura: "No sé... Es otra cosa."

He terminado por comprender que esta *otra cosa* era, en resumen, la mejor definición de la poesía.

¿Cómo poner la mano, sin que se desintegre, sin que se evapore, sobre este niño de las bodas profundas de la conciencia y de la inconsciencia, sobre este *móvil*, sin soporte, que tiembla en el aire al menor soplo y, sin embargo, es más sólido que el bronce?

Sé bien que estoy mal situado para intentar el análisis de una esencia que escapa al análisis, y que sería estúpido que una pobre planta se pusiese a hablar de horticultura. Por lo demás, el papel de las obras de arte me parece que es muy sospechoso. No emplean, como las flores, estratagemas propias para ocultar un propósito que rebasa misteriosamente el de agradar o desagradar.

No es menos cierto que un poeta es el teatro de fenómenos inesperados, y que durante el entreacto le acontece sorprender algunos secretos de bastidores.

Así, señores, por el camino de los estudiantes y sin seguir la ruta nacional, caminaré hacia mi fin: explicar a ustedes los espejismos por mediación de los cuales me parece que los hermanos Tharaud habitaban una orilla extranjera cuyo idioma yo no hablaba y que jamás podría alcanzar.

El hombre es un enfermo, prisionero de sus dimensiones. Su

nobleza es haber admitido su enfermedad y ser a veces semejante a un paralítico que sueña en curarse.

Nuestra prisión no tiene más que tres paredes, y el prisionero se encarniza contra la cuarta, porque en esta cuarta pared invisible es en donde escribe sus sueños y sus amores.

Todo es prisión en este asunto, y el artista es una más él mismo, incapaz de salir de ella, salvo por las obras que pretenden escapar de la cárcel en que nos encontramos. Eso es lo que les da un aspecto sospechoso de presidiario que se evade, aspecto que explica por qué la sociedad lanza tras él sus policías, sus silbatos y sus perros.

Tentativas de fuga que, más secretas en el escritor, se convierten en sorprendentes cuando la vida de un pintor las ilustra. Ya en la desgracia, ya en la suerte, un Van Gogh, un Picasso, se encarnizan contra su prisión y contra sí mismos, escriben con un clavo y con su propia sangre, retuercen los barrotes del tragaluz por el cual se imaginan entrever una libertad ficticia que no es más que un sueño, puesto que los muros que los encierran se suceden hasta el infinito...

Yo oí un día a un cochero decir a su caballo, que había volcado su saco de avena: "¡Qué bestia eres! ¡No te falta más que hablar!"

Jamás he deplorado tanto como hoy que los hombres no tengan más que este débil medio de comunicarse.

Cómo me conmueve la insuficiencia de un discurso, cuando mi deseo sería, sin abandonar la entrega ni la brevedad, llegar por el verbo al ceremonial, que hace vuestras costumbres tan sólidas como las de la Corte de Inglaterra. Emplear, por ejemplo, algún método propio para magnificar el lenguaje sencillo, como sucede con los conciertos de Mozart.

Tal vez, si en lugar de considerar la poesía como un enigma, la considerase como una ciencia, ¿encontraría términos menos vagos y menos inadecuados para delinear su contorno? Porque la poesía es una ciencia exacta y la ciencia una poesía. Es también un signo de nuestra época el que sea difícil casar una de estas hermanas siamesas sin casarse con la otra. En lo que a mí se refiere, yo no sabría concebir la menor fantasía en nuestro sacerdocio. Y también, he de confesarlo, frecuento con más asiduidad el medio ambiente de la joven ciencia que el de las letras. Existe una raza nueva de sabios jóvenes que prefieren a la certeza del círculo cerrado las dudas del círculo entreabierto y que han cortado por

lo sano su cartesianismo del de Descartes. No consideran ninguna vergüenza el conocer las falsedades de las perspectivas del espacio y del tiempo. Procuran evitar el ridículo de un viajero que, al ver su casa a lo lejos, la creyese demasiado pequeña para poder entrar en ella. Reconocen, con Henri Poincaré, quien me lo confiaba en otros tiempos, que la poesía procede con frecuencia de la ciencia, porque no cuenta sus pasos cuando corre, mientras que la ciencia cuenta los suyos cuando camina.

¿Cómo nosotros, contra quienes el mundo intenta un interminable proceso socrático, no hemos de ser fraternales con los investigadores, a los que la Sorbona acusaría de buena gana de hechicería?

El poeta que busca descender en sí mismo, ¿puede desdeñar a los espeleólogos que el prefijo *para*, a falta de otro mejor, designa, y quienes socavan ese macizo llamado vacío, especialistas de una zona aún sin cultivar, que la ciencia oficial, según la excelente fórmula de uno de nuestros filósofos, desprecia como si se tratase de *partes vergonzosas del saber?*

A ejemplo de los niños y de los poetas, nuestros jóvenes sabios se adiestran en el olvido deseado de las relaciones normales, en unir de una manera insolente organismos distantes los unos de los otros y con los cuales nunca se pensaría en formar una pareja.

Palabras de niños, obras maestras del arte, descubrimientos de la ciencia... De estas bodas escandalosas nacen los admirables monstruos del pensamiento.

Pero ¿adónde voy? Dios sabe hacia qué me empuja mi predilección por las acepciones prohibidas. Hay entre nosotros, señores, un príncipe que no es solamente un príncipe de la ciencia, y lamentaría ofenderle, meterme en sus dominios, parecerme a esas personas que, cuando enseñan su jardín, pasan subrepticiamente a la propiedad vecina para ampliar sus terrenos. Sentiría tener que retroceder en mi camino bajo las rechiflas del guarda. Regresemos, pues, señores, a nuestro terreno firme, donde las semillas de los hermanos Tharaud me parecían demasiado fructíferas. Mi única excusa es que una aparente doctrina montaraz me ha conducido siempre hacia otra zona misteriosa en donde los sabios y los poetas se encuentran, en donde las cifras vuelven a recuperar su nobleza y se convierten en números.

De pretexto en pretexto, me encuentro, señores, con la espalda contra la pared. Elevo mis ojos a los de ustedes, que me dicen: "Usted no emplea más que sinuosidades. Jérôme Tharaud no se

integra en el sistema de usted. Pero ¿cuál es este sistema? ¿Posee usted alguno? Y ¿qué sabe usted del poeta, que sea capaz de convencernos?"

¡Ay señores! La franqueza me obliga a responderles: "Yo sé que la poesía es indispensable, pero no sé para qué."

Y agacho la cabeza, no sin haber visto que las miradas de ustedes se interrogan, se preguntan si, después de todo, creyendo honrar a la inteligencia, no han pecado de incrédulos y han abierto las puertas a la necedad. He ahí soltada la gran palabra. Y esto me permite, contra toda expectación, volver a alzar la cabeza, puesto que esta santa necedad es el único punto por donde la poesía se muestra digna de pretender el reino de los pobres de espíritu.

Si el hombre está hecho a la imagen de Dios, ésta debe de ser una imagen de Epinal, muy sencilla, muy ingenua y de colores muy infantiles.

El arbusto de nuestros jardines de la Costa, cuyas flores malvas y rosas llevan el nombre de *impacientes*, posee unas vainas verdes que, apenas se rozan, revientan y se transforman en potentes resortes que lanzan granos. Este prodigio sólo lo es a los ojos del hombre, quien, penosamente, trepa entre la causa y el efecto, entre el efecto y la causa. Si nuestros *impacientes* pudieran hablar, dirían: "No pienso, pues soy." Su comportamiento, divinamente idiota, no se entorpece por ningún estudio.

Se podría decir que, en el hombre, esta divina necedad se convierte en el fenómeno llamado genio y por el cual el pensamiento se convierte en acción, el verbo se hace carne, en una operación fulminante que resume la fórmula picassiana: "Primero se debe encontrar; después, buscar."

El *Gott ist dumm* de Lutero sería la blasfemia de las blasfemias, si no fuera la alabanza de las alabanzas. Lutero, por su célebre "Dios es necio", expresa que los hombres no pueden atribuir su miserable inteligencia a El. Dios cede al diablo el papel de intelectual. (Es un pequeño burgués rebelde quien habla, no lo olvidemos. Lo que se atreve a decir de Dios, no osaría decirlo del diablo. Tendría miedo.)

Pero, a la larga, ¿es tan malo el demonio? La maldad, ¿sería prueba de inteligencia? Lo dudo. Mejor apostaría por la bondad, que, por costumbre, se toma por necedad. Por lo demás, tendremos que insistir sobre esta gran confusión.

Aunque se le llame príncipe de este mundo y se hable mucho de la belleza del diablo (más justo sería decir que él se enmas-

cara de encanto y belleza), me siento inclinado a creer que esta belleza no es tal, si no va acompañada de una profunda tontería, y que esta famosa inteligencia supera a la del intelectualismo, el cual no es otra cosa, en los hombres, que necedad manifiesta.

Nadie ignora que se puede ganar al diablo a los naipes y que con frecuencia huye con el rabo entre piernas. Me asombraría que Goethe no compartiese mi punto de vista, si juzgo el esfuerzo que su diablo lleva a cabo y la maquinación que prepara, con grandes gastos, para perder a una pobre muchachita alemana.

El diablo piensa mucho. Es probable. Pero yo no considero la cosa como Lutero, aunque apruebe que se defienda contra un intelectual lanzándole un tintero a la cabeza.

Me agrada también que Loeb y Leopoldo, dos jóvenes americanos que habían leído demasiado a Gide, dos jóvenes adeptos de lo gratuito, dos jóvenes asesinos intelectuales, se hayan hecho prender por haber olvidado un abrecartas al lado de una de sus víctimas.

Un tintero. Un abrecartas. He ahí, me dirán ustedes, las armas que ennoblecen nuestro ejercicio, nuestra profesión.

Señores, os lo confieso al instante. Según mi vocabulario un poco maniático, ninguno de nosotros pertenecemos a la raza de los intelectuales, en el sentido rigurosamente peyorativo en que yo empleo el término, muy próximo en mi espíritu a la palabra pedantería.

* * *

Al hablar de poesía y de poetas, no crean ustedes que me aprovecho de ello para esbozar una defensa de mi proceso. Me era indispensable insistir acerca de las preocupaciones que me son propias y que suponía a la inversa de las de mi predecesor. Aunque Jérôme y su hermano no expandiesen ningún otro olor a azufre, una reserva intuitiva me hacía temer que, a ejemplo de un gran número de burgueses desaburguesados, no fuesen intelectuales.

Me veía entre ustedes estúpido, incapaz de abrir la boca, como en una de esas pesadillas en donde el despertar nos libra de lo peor. "¿Qué diría de los Tharaud?" Los veía por el grueso cristal de los anteojos a una distancia incalculable y sin que pudiese distinguir el menor detalle de ellos.

Sólo el nombre de Tharaud me gustaba.

Representaba para mí a los hermanos, colocados en sentido in-

verso, como esas dobles figuras mitológicas de una baraja de naipes.

Pero, aunque ellos admirasen a Ravachol, confieso que al leer sus proyectos de trabajo, *Le Coltineur débile*, y el boceto de un *Orphée en Frioul*, no estaba lejos de considerar a este Ernest y a este Charles como una especie de Bouvard y Pécuchet de Angulema.

Convertidos ya en Jean y en Jérôme, se me aparecían como un sueño ingenuo de Charles Péguy, el apóstol y el padre de la futura ciudad socialista.

Una pajita de Limosín me ocultaba una gran viga parisiense. Hubiera debido decirme que vale mejor un modesto principio de provincia que aquel, muy poco modesto, al cual me condenaron el brío y el éxito de mi adolescencia, brío y éxito cuya factura pago aún, a pesar de haber pasado toda mi vida castigándome y tratando de merecer el perdón por ello.

Entonces fué cuando, al iniciar el borrador de este discurso, que las circunstancias han impedido a Daniel Halévy que pronunciara en lugar del que yo pronuncio, caí sobre una fotografía de Jérôme Tharaud.

Caí no es el término exacto. La fotografía me cayó de lo alto como un rayo, una de cuyas principales travesuras consiste, por ejemplo, en desnudar a un pastor de las Landas y en imprimir en sus espaldas el perfil de una muchacha. Yo no me la esperaba, de la misma forma que este pastor no podría esperar que encontraría sus vestidos colgados de una rama ni a esta joven inexplicable en sus espaldas.

Jérôme Tharaud lleva bicornio y un *trench-coat* sobre su uniforme de académico. Siguiendo una fórmula prohibida en los estudios cinematográficos, mira hacia el objetivo; es decir, nos mira.

La primera cosa que extraña es ese parecido con aquel cura de Saint-Maur que sirvió de modelo a Watteau para su Gille. El bicornio tiene el aspecto de un gorro de arlequín mal colocado, y el *trench-coat*, que disimula este negro uniforme, que parece verde a causa de sus bordados, reemplaza, no se sabe por qué, a nuestra capa y parece víctima de cualquier ventolera, de cualquier ráfaga, en que se revuelven las hojas ya marchitas. Un revolcón solitario. He ahí lo extraño de esta figura, que sería un poco diabólica sin la gracia alegre y perfectamente inocente de un ídolo adornado de cuernos y plumas, y vuelto hacia nosotros.

No sé quién haría esta fotografía. Pero podría decirse que no había sido hecha por nadie, que era más bien el resultado de un

experimento secreto, como surgida de una cámara de magia negra.

La silueta un poco loca, de fuego fatuo o de fuego de San Telmo en carne y hueso, me cautivó hasta el punto de que no podía apartar mis ojos de ella, esperando que desapareciera de la cartulina y dejara tan sólo su contorno y el vacío.

¿Estaba efectivamente allí este hombre de temas tan abundantes, este invitado a la fiesta de Carlomagno, este viajero de las suelas toscas? Era, más bien, un Ariel, un buenazo de Ampère, un corcho, un ludión, listo a saltar hacia las alturas.

Esta fotografía trastornaba todas mis ideas preconcebidas. Me rememoraba a mi ángel Heurtebise cuando permanece en el aire dentro de la casa de Orfeo. ¿Qué le dijo Eurídice? "No mientas, Heurtebise. Te he visto, te he visto con mis ojos. He sufrido todas las penas del mundo para ahogar un grito. No se trataba de una máquina. Era hermoso y atroz. En el espacio de un segundo te he visto atroz como un accidente y hermoso como el arco iris."

Si me cito, señores, si me atrevo a ello, es porque casi pensé las palabras de Eurídice ante esta fotografía, que interpretaba el papel de prueba en los experimentos físicos.

Gracioso, inestable, ridículo, real e irreal, humano e inhumano, tal se me aparecía este hombre, del cual me preguntaba, un minuto antes de comenzar a escribir mi discurso, por qué caminos llegaría a recordarlo.

"Veamos—me susurró una gran voz socarrona—: ¿se lleva uniforme o *trench-coat?* ¿Sombrero o bicornio? Y ¿para qué la espada, que levanta al impermeable?" Esta voz me evocaba voces ya oídas: "¿Para qué cristales en la espalda de un ángel?" Y vuelvo a mirar la fotografía y me acuerdo de otra. (¿Dónde la he visto?... Quizá en la televisión, tal vez en esa *revista de los tiempos pasados* que resucita la actualidad muerta.) Es la de un piloto que va a matarse a los pocos minutos. Antes de la catástrofe acaricia con la mano su gracioso aparato sin motor, de vuelo a vela, y se vuelve, con ese mismo gesto del que se mantiene mal en el suelo, adherido aún a él un poco por esa sonrisa terrestre dirigida al fotógrafo. Y, sin ir tan lejos, los jugadores de bolos de Pagnol, ¿no hablarían de un "parece una paloma", o, más bien, no se trataría de una de esas palomas de Venecia que vuelan sin cesar, de un lado para otro, y se posan con gran estrépito en el caballo y el león de la cornisa?

En suma, frente a una de estas instantáneas propensas a sorprendernos en falta, aligerada de su verdadero nombre, y a pesar

de la aparente amputación de la membrana que une al nómada Jérôme con Jean, el sedentario, un hecho se hizo claro en mí: que, consciente o inconscientemente, Jérôme Tharaud pertenecía a esta familia de la que yo le creía excluído; pero que, para completar el peso, como se dice en términos de pesaje, le era preciso ser dos.

Al tomar informes sobre Jérôme, este retrato me llamaba al orden, ya que el tema de este discurso es el elogio. ¿Sobre qué hierbas iba a caminar?

Los poetas no son más que los criados de una fuerza que habita en ellos, de un amo que los emplea y del que no conocen ni el rostro, el cual, tal vez, sólo es el suyo propio. Pero no desde el ángulo que ellos lo miran. Y si quieren, devorados por la curiosidad, ver, cueste lo que cueste, este rostro del amo, ¡que tengan cuidado! Pueden quedarse ciegos, como los chinos que se atreven a posar sus ojos en el emperador de China.

Pero, ¡ay!, no tenemos siempre la suerte de estar en el estado llamado segundo, que nos guía mejor que la perspicacia.

Despertado de esta pequeña sesión de hipnosis, cortado el hilo que la prueba tendía entre nosotros, me encontré ante unos cuarenta libros con títulos que me recordaban un catálogo de turismo: *Fez ou les Bourgeois de l'Islam, Marrakech ou les Seigneurs de l'Atlas, Rabat ou les Heures marocaines, L'an prochain à Jerusalem, Le chemin d'Israel, Vienne la Rouge, Le Chemin de Damas, Vieille Perse et Jeune Iran* y *Espagne cruelle.*

Le pereza que precede a mis viajes y que impediría decidirme a las gestiones que ellos imponen, si amigos fieles no asumiesen la carga de ellas; la fatiga, más fuerte que la curiosidad; el temor del pintoresquismo, del cual Max Jacob me escribía: "El viajero cae azotado por el pintoresquismo", todo eso que me anonada desde el momento en que debo despegar de donde me encuentre, me consternaba tanto como si esas lecturas me impusieran la tarea de hacer y cerrar maletas, ir a las agencias y embajadas; en suma, de franquear los obstáculos que me impedían casi siempre emprender la marcha. Pero era necesario hacerlo. ¿Disimular? ¿Fingir haber leído y no leer? Nunca me aventuraría en uno de esos esfuerzos extraordinarios que se me atribuyen y del que me sentiría avergonzado, aun admitiendo que fuese capaz de ello.

Leería. Primero, acompañaría a Jérôme Tharaud por los territorios del corazón. Comencé por un librito que trataba de una encantadora fiesta en la que François Porché le ofrece su espada en nombre del grupo de sus íntimos, y a Jean una Minerva.

Y poco a poco se iluminaría mi linterna. Porque en todo lo referente a los Tharaud, los ritos de la amistad adquieren un sesgo casi sagrado, recuerdan los cambios de sangre de los colegiales y de los salvajes, reconstruyen profundas ceremonias de una sociedad secreta, me evocan la oficina de los hermanos Ruggieri, el laboratorio de Oxford en el que la sangre envía a una cámara fotográfica imágenes confusas y, sin embargo, legibles de su memoria. Estos terribles arcanos surgieron, de buen o de mal grado, del encanto de los hermanos Tharaud, y el término *encanto*, en sí mismo, no sobrepasa el significado superficial que se le atribuye.

Una brasa ardiente recalentaba una obra que yo sospechaba debía de ser tibia.

Max Jacob me reprochaba siempre el no comprender nada de la camaradería: "Tú no tienes—me decía—más que el sentido insoportable de la pasión." Y ésa era la causa de que fuera tan cómodo. Todo se me hizo claro de repente. Cierto, me era preciso viajar; pero viajar con un amigo. No me encontraba ya solo ante una tarea que dejaba de ser tal para convertirse en un ocio. Iba a procurarme inútilmente mucho mal, a cometer la tontería de tomar a un turista como guía. Y mi prejuicio se desvanecía en humo ante el descubrimiento de que nadie me pedía amar a Jérôme Tharaud con la cabeza, puesto que no se trataba más que de admirarle con el corazón.

* * *

"¡Desgraciado de mí, cuán variable soy!" Este grito de Nietzsche es un grito profético, y yo no hablo de estos matices que Mauricio Barrès renuncia a estimarlos incompatibles con la auténtica línea política. Muchos perdieron en ella sus plumas. Barrès no se atreve a masticar el amargo laurel de estos matices de Nietzsche. Contra los tres colores de Déroulède trueca las irisaciones de Venecia y de Aguasmuertas. No, señores; este grito de Nietzsche significaría en 1955: "¡Desgraciado de mí, soy débil, soy neutral, vacilo ante el alistamiento!" En esto es en lo que se transforma, mal comprendida, una gran idea de Sartre con la que apaleaba a la absurda torre de marfil y (sin olvidar el alistamiento baudelairiano hacia sí mismo) ponía al ejército de las letras en servicio activo.

Comprender mal es, ¡ay!, en primer lugar, culpa de la velocidad, o, para ser más exacto, de la precipitación.

¡Ah señores!, ¿qué es, pues, esta velocidad que nos sacude las orejas y que en el terreno espiritual es tan risible como en el

terreno de la carretera? Todo el mundo se vuelve a encontrar al rojo vivo o en el hospital. Además, en otras épocas se iba más de prisa que ahora. César conquistó la Galia en seis días, y Benjamín Constant, al no encontrar a madame de Staël en Moscú, se fué a Londres a reunirse con ella, no sin asegurarse antes en Italia de que había dado una vuelta por Florencia.

Este culto a la velocidad determina un vocabulario deportivo. En nuestro camino abstracto, una inmovilidad vertiginosa no obliga a nadie a adelantar a nadie. Así, pues, se conviene hoy en decir que *se adelanta* o que *le adelantan.*

Paradójicamente, este vocabulario y este culto obligan a la juventud a hacerse conservadora de antiguas anarquías. He visto a jóvenes abrazar tan estrechamente una idea nueva y correr tan rápido con ella, que no la sentían envejecer entre sus brazos. Este culto es una verdadera trampa para los jóvenes. El muchacho avanza por el borde de la gran carretera, salpicado de lodo, de luces insolentes. Se consume de fiebre, de cansancio, de vergüenza. ¿Qué hacer? Y se entrega a la pantomima del *auto-stop.* Monta en un coche desconocido. Adopta una velocidad desconocida. Imitando la frase del rey del egocentrismo, piensa: "Me he equivocado en esperar." Y añade: "Estoy salvado." Y lo que está es perdido.

Una particularidad considerable nos emparenta, señores, a pesar de nuestra disparidad. Ninguno de nosotros se ha dejado jamás seducir por el fantasma de la precipitación, y todos los de aquí, cualesquiera que hayan sido sus fines, hemos hecho el camino a pie. Esta particularidad, ¿no es la que sorprende cuando se observa a Jérôme? Con fraternal estimación compruebo que, a pesar de sus vagabundeos, Jérôme Tharaud ha recorrido valerosamente su vida, desde su nacimiento hasta su muerte, al igual que Goethe recorría el camino entre Weimar y Roma.

En 1916, cuando llegué a la liza, palidecía el amable período de los neoimpresionistas. Después de las perillas y los sombreros de paja, de los trajes vaporosos en los jardines moteados de sol y sombra, vino la época llamada heroica, la nuestra, la del cortejo de las fieras, de los grandes brujos del arte negro, de los príncipes negros del torneo cubista, de los caballeros armados con chapa y papel de periódico. Señores, no se extrañen ustedes si hablo aquí de pintores. Los pintores han sido siempre el cartel anunciador de su época. Y, por otra parte, ¿no es normal que para hacer la pintura de una época apele a sus pintores?

Acabaron las meriendas campestres. La época heroica iba de

naturaleza muerta en naturaleza muerta, de tribunal en tribunal, de purga en purga. Época tan inhumana, que si me preguntan: "¿Qué hacíais?", podría contestar con la respuesta de mi antecesor Sieyès: "Vivir."

La pureza, señores, no está en la forma que adopta un objeto, sino en la materia de que se compone. Está en un bloque y no tiene defectos. Era lo que permitía a Jacques Maritain decir: "El demonio es puro porque no puede hacer más que mal." La pureza de Jean y de Jérôme no provenía de que secundaran las buenas causas; era la materia de sus almas. Se la reconoce más en la esencia misma de su tinta que en lo que escriben. Testimonia un artesanado que debieron de aprender en el buril de los *Cahiers de la Quinzaine*, en donde Péguy imprimía humildemente al igual que se repara una silla de paja. No deslumbrar con falsas apariencias. Lo que cuenta es el trabajo a mano.

¿Me atrevería a decir que fueron salvados de las fuerzas del mal, que se ligan a la verdadera pureza, por un cierto aspecto de pureza convencional? Esta pureza de superficie, de la cual hubiesen sido las víctimas, ocultaba a la otra, a la verdadera. Eran dignos de ser mártires, y si no lo fueron debióse a que su superficie estaba tranquila. Me recuerdan a ese pescador del cuento árabe que tenía a un genio prisionero en una botella. El genio no hacía más que prometerle la fortuna, pero él rehusaba. No porque él dudase de que el genio no fuese a cumplir sus promesas, sino por el modesto temor de perder la cabeza y emplear mal su tesoro.

La botella permanece cerrada. El pescador continúa pobre. El genio sigue cautivo. Nadie lo duda. Pero el genio está allí.

Es posible, en virtud del mecanismo de los nudos y de las ondas, que la juventud, fatigada de monstruos y de un concurso de gestos (confundidos demasiado rápidamente con los gestos del dolor de un Van Gogh y los magníficos insultos amorosos que un español dirige a un rostro humano); es posible, repito, que la juventud reinvente un duro encanto y se convierta en víctima de un nuevo empleo de lo que nosotros llamamos, según nuestros grupos y nuestras aptitudes, superrealista, paranormal, más cierto que la verdad, y otros términos que designan el realismo irreal de los poetas. Entonces, esta juventud, al descubrir que la maldad desenvuelta ya no se estila, se dará cuenta, al mismo tiempo, de que ciertos valores despreciados no eran ya despreciables y saludará, quizá, a los Tharaud como a unos encantadores precursores.

Señores, siento gran temor por las personas que no saben reír. Siempre me han gustado estas risas locas que muestran el alma grande y abierta. Cierro los ojos. Oigo risas locas. Un árbol, sacudido por la risa, se desprende de sus frutos y de sus pájaros. Estamos sentados en los escalones que conducen a nuestras habitaciones de campaña, en casa de madame Simone, entonces esposa de Claudio Casimiro Périer. Péguy, Alain Fournier, Claudio, Simone y yo, nos reímos hasta perder el aliento. Nos reímos hasta caer enfermos. Pero otro clisé se revela. Estamos tumbados sobre la alta hierba, al borde de un riachuelo que atraviesa el parque. ¿Puedo dudar, bajo este funesto sol de 1913, que tres de los reflejos que veo sonreírme a la inversa van a ser transportados por el agua corriente a Dios sabe dónde?

Un donador de su obra, arrodillado a cada lado de ella; un santo laico que me presentó a Juana de Arco como una anarquista y a Antígona como una santa; un padre atormentado por el bautismo de sus propios hijos, bautiza a Ernest y a Charles. Ellos sacan a Jean y a Jérôme de un agua lustral en donde la misma imagen se refleja muchas y diferentes veces.

Todos ustedes, señores, conocen *Victor Marie, comte Hugo*, la carta de Péguy a Daniel Halévy después del proceso Dreyfus. Este proceso los alejó al uno del otro. "¿Quién te recitará, de ahora en adelante, a Víctor Hugo de memoria?"

Este texto admirable ilumina, sin una sombra, la escuela de la amistad donde Jérôme y Jean hicieron sus primeros estudios.

Y he aquí, señores, una escuela diferente donde no es ya un maestro obrero quien enseña el socialismo, sino un gran señor las hermosas formas del alma.

El mariscal Lyautey estaba revestido de una envoltura ingrata. Porque este hombre, que se negaba a que lo tratasen como militar y escribía de sí: "Yo no soy un militar, soy un soldado", poseía, esculpida a hachazos, una cabeza grande, en donde, excepto la mirada, todo era irregular. Pero Francia, señores, ha creído siempre que la igualdad consiste en acortar lo que excede. La gran cabeza de cabellos cortados a cepillo era muy tentadora. Se igualó porque ella dominaba firmemente el gorro de los jugadores que disputan la partida en el café del Comercio. Porque un fuego soberbio alimentaba este esqueleto engañoso. El Islam caía en ruinas. Louis-Hubert-Gonzalve Lyautey no reparaba ruinas. Las reconstruía. Y con el mismo sentido en que el Islam fué construído, casaba por amor a dos civilizaciones, a dos contrastes. Fué preciso ver a este hom-

brecillo, cubierto de oro y de la única púrpura que vale—la manchada de la sangre de quien se envuelve en ella—cómo abandonaba a su pueblo en lágrimas a bordo de un *dread-nought* ofrecido por la escuadra inglesa. El mariscal Lyautey habría dado su sangre por el Islam.

En 1916, después del interés despertado en él por la lectura de *La Fête arabe*, el mariscal Lyautey invita a Marruecos a los hermanos Tharaud y los une a él. ¿A título de qué? Los adscribe a su puesto de mando como escritores. "Ustedes actuarán a su conveniencia", les dice. Lo que significa: en lugar de sacrificar a ustedes, les daré lo mejor de ustedes mismos.

He ahí el estilo de esta alma ejemplar que supo comprender demasiado bien la diferencia que existe entre respetar a una raza y reducirla a la esclavitud, entre la colonización y el colonialismo.

Queda aún la escuela de Barrès. Me intriga. ¿Qué pueden aprender en el prudente, en el voluptuoso Barrès, que cuida su línea, que busca y encuentra excusas a sus placeres? ¿Qué pueden aprender en el magnífico *dilettante*, que no abandona su ventana para no dejar de ver las *corridas* (1) del mundo, un nómada, un Don Quijote, siempre dispuesto a volar a la menor llamada de socorro? Y ¿no es extraño ver al defensor del pueblo judío convertirse en secretario particular del polemista de *Leurs figures?* En la defensa de este pueblo, dos movimientos conducían a Jérôme. Primero, su alma, que sangra de la herida del siglo. Después, porque el suicidio de uno de sus jóvenes alumnos judíos personaliza esta enorme herida, la limita, da un rostro a la miseria de una raza, excita al reflejo defensivo a un hombre que presentaría de buena gana la otra mejilla y que soporta los insultos con tal que ellos no atañan más que a él. Esta facultad de conmoverse por medio del sufrimiento ajeno, este desprecio de los suyos, que oculta con pudor, asombra mucho a Barrès. A él no se le ocurría que los escritores viajasen por el solo interés del viaje, sin ligarlo a los suyos propios. Y si Barrès puso su emoción sobre la Acrópolis, en el preámbulo dramático de una jovencita aplastada, el suicidio de un joven judío dará lugar a que Jérôme sienta con mayor sensibilidad el insulto lanzado contra los innumerables hermanos de la víctima. No se aprovechará de ello, ni se prodigará sino más adelante.

He tenido la suerte de conocer bien a Péguy, al mariscal Lyautey y a Barrès.

---

(1) En español en el texto.

Mas en lo que se refiere a Jérôme Tharaud, nuestro único contacto fué breve. Yo acababa de publicar las *Visites à Maurice Barrès.* Este, olvidando las que él había hecho a Ernesto Renán, había tomado muy a mal la cosa. Fué Jérôme quien le reprendió severamente. "Es justo—le dice—que los jóvenes se afilen los dientes y que los hombres célebres les sirvan de pantuflos." Barrès se rió. Jérôme me informó de la escena, y Barrès me escribió en seguida: "Si existen nuevas piezas de mi proceso, mándemelas; las leeremos juntos."

Gracias, pues, a la bondad aprendida en la primera escuela, a la elegancia obtenida en la segunda, el alumno, poniendo en juego las suyas propias, calma al maestro de la tercera. Y era preciso que yo fuese muy joven e insoportable, para atreverme a jugar al mago de los *Déracinés* y de *La Colline,* como él había jugado en tiempos pasados al de los *Origines du Christianisme.*

Pero miro mi reloj. Sé muy bien, señores, que el tiempo es un fenómeno de perspectiva, pero ello no me obliga menos a obedecerle según la premura que él nos impone. De verdad, soy muy dichoso de que esta premura me dispense de la obligación de juzgar una obra. Siendo de la raza de los acusados, me es imposible pretender alcanzar la de los jueces; sobre todo, la de esos jueces a quienes un célebre inmoralista amigo mío, canonizado por Jean Paul Sartre, censura por inclinarse amorosamente hacia el acusado.

Por lo demás, nada mancha a una obra blanca como la nieve. Denuncia a un justo que no necesita abogado. El alma de Jérôme Tharaud se asemeja a Friné. Se muestra completamente desnuda y se mete en el bolsillo al Areópago.

De *Dingley* al *Petit Navire* se extiende una música, parecida a la gran llanura árabe cortada por las trompetas y los tambores de la Legión. En resumidas cuentas, Jérôme trata de huir, por el agua, de una tierra demasiado ávida de la sangre de los hombres.

Y helo sobre un vaporcito de Bretaña, que me trae a la memoria de nuevo la fotografía de la que he hablado a ustedes hace unos instantes. Y ¿no es su bicornio, puesto del revés, el barquito de papel que la infancia deja a la deriva al borde de las aceras?

En este juguete del cuento de Andersen, señores, en esta mariposa de mayo rimbaldiano que se aleja, es como vimos frecuentemente al vagabundo Charlot alejarse y empequeñecerse hasta convertirse en la palabra FIN de una de sus películas; en este pequeño navío hecho de una hoja blanca en donde fueron escritas tantas

cosas nobles, es donde yo debería acabar mi discurso. Pero eso sería conocer mal a un mediterráneo, aunque haya nacido entre el Sena y el Oise. "*Allez, au revoir.*" ¡Célebre frasecita veinte veces repetida! ¿No es ésta la frase tipo para nosotros, vagabundos del Sur, cuyo interminable adiós tanto divierte a los nórdicos? Este "*allez, au revoir*" es como el preludio de varias salidas falsas, comparables a las triquiñuelas con que se adornan los regateos en todo comercio oriental. Una oferta en que no se practicara esa especie de minué del "Yo te lo compro, yo te lo niego", una venta segura, no presentaría ningún encanto. Y yo he visto en Egipto a comerciantes, con los que pretendía terminar cuanto antes, arrojarme literalmente su mercancía a la cabeza.

Romper a lo occidental representa para el mediterráneo un perfecto desconocimiento de los usos.

"*Allez, au revoir*", y se retrocede, y se alarga el hilo que relía al que parte y al que queda. Todos los pretextos servirán para retrasar el instante fatal en que el ascensor baja, en que la guillotina cae. "En el hotel—decía George Sand—sucede que, después de haber dejado a sus amigos, hay quien no se consuela ante el espectáculo de ver sus zapatos delante de la puerta."

Y bien, señores, ¿no es lógico que yo busque la forma de retrasar el final de una aventura sorprendente que ustedes me han permitido vivir? ¿No se acuerdan ustedes de lo sabias que eran nuestras familias cuando, para evitar los empujones de las mañanas de los domingos, nos arrancaban del palco de Châtelet antes de la apoteosis final? Aún me parece verme con el cuello vuelto hacia las candilejas y el brazo metido en una de las mangas del abrigo.

Los días siguientes a los festivos son terribles, y si he bebido alguna droga magnífica, si alguna delicia exalta esta miserable sed de halagos que cada uno de nosotros conserva en un viejo rinconcito de su persona, ¿no es normal que yo retrase el minuto en que monsieur Jourdain, Sancho Panza y el pobre dormilón de *Las mil y una noches* se convierten de nuevo en lo que jamás han dejado de ser?

No vayan a creer, señores, que cuando ustedes me conceden el más alto honor a que puede aspirar un escritor, voy a considerarlos capaces de imitar las intrigas de Covielle, del duque y de la duquesa o de Haroum-Al-Rachid. Pero, ¡ay!, recelo el afán de poner, a veces, en movimiento este archipampanismo que halaga la vanidad de los hombres, y de divertirse un poco a expensas suyas.

* * *

Pues bien, señores: no quisiera considerarlos como traidores. Me quedan dos añadidos que coser al extremo final de este discurso.

Uno, que haré en forma de ruego.

Otro, en forma de excusas.

Primera salida falsa: se aproximan los tiempos en que ya no se sabrá leer ni escribir, en los que algunos mandarines se susurrarán los secretos al oído. Expreso el ruego de que la Academia francesa proteja entonces a las personas sospechosas de individualismo. Yo soñaría con que nuestras puertas se abrieran ante el singular que el plural persigue. ¡El Instituto puede un día convertirse, a ejemplo de las iglesias medievales, en lugar de asilo donde encuentre refugio el culpable del crimen de inocencia!

Prometo, señores, no olvidar jamás mi labor, a saber: ayudarles con todas mis fuerzas para que el sistema "que gana pierde" no nos ciegue frente al del "que pierda gana". ¡De qué esplendor aditivo se estrellaría nuestra Academia al anexionarse estos astros oscuros cuya luz no se manifiesta más que a la larga.

Ustedes conocen al ex abrupto de Paul Valéry después de su elección. "Necesito ahora lograr que entre la canalla." Por canalla entendía la posteridad de François Villon. Estoy seguro, señores, de que les pesa no poder reparar la falta de haber rechazado a Balzac. Y ¿cómo repararemos esta falta sin vivir atentos a la raza de los sublimes y malos sujetos que hacen de Francia el asombro del mundo y que murieron de soledad y de hambre, unos en el hospital y otros suicidándose?

Los cojos. Los artistas dignos de batirse con un ángel. Ellos salen de la lid cojos como Jacob; es decir, con una forma de andar especial, conmovedora, sagrada y fácil de reconocer entre todas.

¿No es Francia el eterno terreno de lucha entre el buen sentido y el ángel de lo incomprensible?

¡Ojalá que el buen sentido francés pueda salir un día cojo, divinamente cojo, de esta prueba! "*Allez, au revoir*"...

Segunda salida falsa:

Señores: Me faltan aún algunas excusas que presentar. Aparte de las visitas, que vuestro código desaconsejaría muy pronto, pero hacia las cuales me empujaba mi gusto por el ceremonial, yo me esperaba la altivez y el ser tratado de forma eminente. Tal vez mi temor procedía de las novatadas con que, en otros tiempos, era costumbre empañar estos discursos de recepción. Por el contrario, a cada una de mis visitas una gentileza, una cortesía, una perfecta sencillez, hicieron que me preguntara si esto no estaba bajo de tono

y carente de sentido. Acostumbrado a la grosería de los jóvenes, me preguntaba si la ola de autocrítica y de complejo de inferioridad de nuestra época escolar e inculta no habría rodado hasta este cenáculo para hacerlo repugnante. Me equivocaba. La altivez hubiera sido un fracaso de vuestros preceptos, mientras que la buena gracia era un renacimiento del estilo inicial. La prueba de ello la encontré en el discurso académico de Voltaire. Este nos enseña que los orígenes de vuestra Compañía no fueron de orden intelectual, sino de orden amistoso. Un círculo de amigos: he ahí cómo empiezan las cosas. Y si yo me incrusto en él es porque quería saludar una tradición que amenaza perderse, y que coloco por encima de todas; una tradición que ilustra la vida de Jérôme Tharaud y en la que vuestra actitud, respecto a mí, me demuestra que se encuentra intacta: la de la afabilidad.

No teman, señores, una tercera salida falsa. Me resigno. Imposible estirar, fuera de lo conveniente, la oportunidad excepcional que se me ha ofrecido en este día. Como en esas sinfonías que no acaban de terminarse, es preciso lanzar el último acorde. En contra de mi corazón, lo confieso.



DISCURSO DE ANDRÉ MAUROIS

(Contestación a Jean Cocteau.)

Con frecuencia, usted ha buscado en el circo una escuela de trabajo, de fuerza discreta y de valor. Los acróbatas son los artistas más serios, porque ni el trapecio ni el alambre mienten. Al ver a usted actuar bajo esta cúpula, en lo más alto de una pila de sillas, hemos sentido algunas veces vértigo. Pero sus brillantes y peligrosos ejercicios han terminado, como es justo, con una sonrisa y un saludo. "El tacto de la audacia—ha escrito usted—es saber hasta dónde se puede ir demasiado lejos." Habiendo ido hoy bastante lejos para permanecer fiel a usted mismo, ha sabido quedarse en la parte de acá de lo que nos hubiera asombrado. Su discurso se inscribe, sin deformarla, en la curva de su vida. Aun convertido ya en académico, no se ha transformado en un académico.

Señor, nuestra Compañía lo eligió desde su primera candidatura. Esta pronta acogida, bastante rara en esta Casa, ha sorprendido a algunos augures. No creían en el éxito de usted. Ni usted tampoco lo creía. Usted pensaba que todo verdadero poeta es un niño y que existe temeridad por su parte al intentar sentarse entre las personas mayores. Pero las personas mayores aman a los niños y a los poetas. Usted ha hecho que sus visitas resultaran otras tantas obras de arte. Su conversación, paradójica a fuerza de sentido común, le ha conquistado más de un sufragio rebelde. Hubiera podido transformarse en monólogo sin que sus interlocutores se lamentasen. Ha tenido usted la coquetería, además, de mantener el intercambio, y hubiera podido decir, como aquel rey de Inglaterra a uno de sus cortesanos: "Procure, pues, contradecirme de cuando en cuando, a fin de que seamos dos."

Usted es, señor Cocteau, buen público, y ha recibido en estos encuentros, según parece, tanto placer como ha proporcionado. En ellos, usted nos ha hablado con el entusiasmo de Sócrates, al describir a sus jueces en la *Apología*, de la dicha que iba a experimentar al conversar en los Campos Elíseos con Hesíodo, Homero, Pa-

lámedes y Ayax, hijo de Telamón. Esta constancia, que a pesar de la victoria sobrevive en usted, nos emociona, no es corriente. "La Academia francesa—escribió Voltaire—es el tema secreto de las plegarias de los literatos, es una amante para la que se componen canciones y epigramas hasta que se han obtenido sus favores, y a la que abandonan o desatienden desde el momento en que la han conquistado." Usted acaba de probarnos que la posesión no ha disminuído el ardor de sus sentimientos.

Esperamos que usted no se desalentará. Esta Casa, tan vieja, tiene sus debilidades. Usted ha evocado algunos de sus pasados errores. Los lamentamos como usted; pero ¿cómo no los iba a cometer? "¿Una compañía literaria infalible?—decía Renán—. Casi la tendríamos miedo. Los académicos no tienen la pretensión de poseer la regla de una justicia absoluta." ¿Quién la posee? Y ¿qué crítico, por muy fino que sea su gusto, no se equivoca, a veces, al juzgar a sus contemporáneos? Las afinidades naturales, las simpatías y las antipatías desvían siempre los elogios. Son muchos los que no se cansan de citar a algunos grandes hombres que faltan en la Academia francesa; pero se olvidan de añadir que sus felices osadías fueron más numerosas que sus timideces. La Academia ha recibido a Lamartine y a Víctor Hugo, en plena juventud: ha honrado a Valéry cuando el público lo ignoraba; ha rodeado a Bergson de admiración y respeto; hubiese acogido a Proust si éste no hubiese muerto prematuramente. Entre los hombres de talento no hay, hoy en día, ninguno que se aparte de ella; no existe tampoco ninguno al que la Academia desee descartar. Se afana, no sin dolor, en desbrozar para ellos el camino del Quai Conti. La pronta acogida que ella dispensó a usted, prueba que no teme a los malos alumnos cuando son buenos escritores.

Al acogerle entre nosotros nos sentimos guiados por razones más fuertes que el encanto de su obra y el resplandor de su inteligencia. Usted es, señor, un prodigioso animador, y ha modelado, con formas artísticas muy diversas, a su época. El poeta Coleridge decía: "Yo no creo en los fantasmas; he visto demasiados." Usted tendría que decir: "Yo no sigo las modas; he hecho demasiadas." No se cuentan ya los escritores, pintores, músicos, cineastas, actores, que deben a usted su renombre y que lo merecían. Sus elegidos de ayer son hoy, en el mundo entero, los clásicos de todos. "Vuestro gallo, con su pico infalible, ha picoteado, antes que las perlas falsas o las sobras, el verdadero trigo" (1). Al alejarse la moda con

(1) Claude Roy.

una velocidad mayor que la del tiempo, usted ha conservado, gracias a ese movimiento, el contacto con la tradición. Le place a usted que ésta asegure la continuidad de un pueblo, de un idioma, de una institución.

Por eso, usted nos pertenece ya. Antes de tomar parte en nuestros actos, usted poseía el gusto de nuestras ceremonias. Usted escuchaba con delicia el redoble del tambor que anunció, hace un momento, su peligrosa voltereta. Usted se había dado cuenta de que un juicio, instintivo y colectivo, había diseñado esta cúpula, estos uniformes, estas espadas. De la misma forma que el narrador de Proust veía resurgir las imágenes vivas de su infancia desde el momento que pudo engarzarlas a las sensaciones presentes: pequeñas magdalenas, suelos desiguales, cartera raída, así también las naciones, por el brillo resucitado de las más antiguas ceremonias: guardias, cortejos, baterías, encuentran, en su edad madura, su perdido pasado. La coronación de Westminster, la peluca de los jueces, las universidades medievales, forman parte de las fuerzas de Inglaterra. Esta cúpula, estas estatuas, este orden de majestad, son útiles al prestigio de una asamblea tres veces secular. Un hombre es tanto más libre de espíritu cuanto más regulados están sus gustos por un ritual, y la elección de sus palabras por una sintaxis rigurosa. Nadie sabe, señor Cocteau, esto mejor que usted, y su valiente repulsa del conformismo anticoformista era un mérito para nuestros sufragios.

En fin, y sobre todo, nosotros le hemos elegido porque amamos su talento. Para demasiada gente, el estilo es una forma complicada de decir cosas sencillas. Para usted, es una forma muy sencilla de decir cosas complicadas. Es cierto que en Francia existen dos grandes líneas de estilistas. Albert Thibaudet las llamaba *la del vizconde* y *la del teniente.* La primera, procedente de los retores romanos a través de Bossuet y Massillon, floreció en Rousseau para extenderse a Chateaubriand y a Barrès; la segunda, cuyos lejanos orígenes son griegos, tuvo su período ingenuo con Amyot y Montaigne; su período incisivo, con Voltaire; nosotros le debemos al teniente Henry Beyle y la prosa de Valéry.

Aunque usted prefiera a Rousseau y apenas le guste Voltaire, usted, señor, pertenece por su estilo a la segunda corriente. No es el azar quien le ha hecho que remozara tan bien los mitos helénicos. Lo trágico de las pasiones, aliado a la sencillez de la expresión, es el secreto del arte griego; ése también es el suyo. Usted no teme ni a la luz fuerte ni a la precisión implacable. Como los

filósofos de Grecia, tiene el gusto de las fórmulas breves y cargadas de misterio. Como ellos, limpia la frase de todo adorno; la prefiere enjuta y musculosa. En suma, usted es de la línea del teniente. No dudo, sin embargo, que el artista que vive en usted limita a veces el placer del gran oleaje a las frases ondulantes, a los cobres sonoros y a los violonchelos que hacen cantar la descendencia del vizconde. Era a ésa a la que pertenecía su predecesor.

Señor Cocteau, nosotros hemos querido mucho a Jérôme y a Jean Tharaud. Por tanto, no puedo separar en el elogio a los que tan estrechamente unidos marcharon por la vida. Usted nos ha confesado su temor, cuando el azar de una elección le hizo sucesor de Jérôme, de hallarse muy alejado de él. Esta ansiedad nacía de una causa muy sencilla: es que usted no conocía apenas su obra. Usted nos ha dicho, y ello es cierto, que se habla más justamente de un escritor *sintiéndolo* que leyéndolo. Yo no estoy muy seguro de eso. Los escritores tienen la debilidad de gustarles que los lean. A veces, el propio Jérôme nos contaba que, teniendo que recibir Maurice Barrès, de quien entonces era secretario, bajo esta cúpula, a Jean Richepin, le propuso que fuera a buscar en la buhardilla, donde se acumulaban las obras sin abrir, *Miarka, la fille à l'ourse.* "¡Ah!—dijo Barrès—. ¿Qué hacemos con ella?" "Déjela en su carromato." Usted ha dejado a Dingley en su granja sudafricana y a los burgueses del Islam en sus tiendas de Fez. Los hermanos Tharaud se lo habrán perdonado, porque eran la bondad misma; sin embargo, ellos tenían de común con usted mucho más de lo que usted se cree.

Jérôme, como usted, fué un amigo perfecto. Del aula de Santa Bárbara a la Escuela Normal, de los *Cahiers de la Quinzaine* al Estado Mayor de Lyautey, tiernos lazos jalonan su vida. Todos sus compañeros admiraban la encantadora sencillez de sus maneras y esa risa bondadosa e ingenua que brotaba, irresistible, hasta en nuestra sala de sesiones. Jamás ningún escritor fué más generoso, menos envidioso que los Tharaud. He aquí que, a pesar mío, vuelvo a hablar de ellos en plural. Por un fenómeno extraño y raro, no formaban más que un solo ser con dos voces y dos rostros.

Recuerdo haber preguntado un día a uno de ellos si había leído cierto libro. "Yo no lo he leído—me respondió—. Nosotros lo hemos leído." Este *nosotros* era para ellos un personaje distinto y real. Podría haberse dicho que tenían necesidad de completarse el uno con el otro. "Sus frases no se respondían: se juntaban, se

sobreponían y formaban un todo coherente. Se comprendía, al escucharlas, que este doble escritor era más sensible que lo hubiera sido cada una de sus mitades."

Estos dos hermanos siameses no se parecían. Jérôme, más rechoncho, la tez más roja, el cráneo rapado, tenía una voz potente, que, en los momentos de apasionamiento, detonaba. Jean, más alto, más tranquilo, hablaba con una voz más cálida. Se interesaba por las casas, por los objetos, por las cosas amadas que se poseen. Jérôme, espíritu desprendido de toda materia, Ariel de rostro un poco achatado, había conservado del aula rosa y de las conversaciones con Péguy el gusto por las ideas puras y por las síntesis extensas. "Nómada, aventurero, estaba siempre dispuesto, ante una noticia de periódico, a coger el barco, el tren, el avión, sin llevarse ningún equipaje, para ir a ver, en el lugar preciso, lo que sucedía" (2). No podía hartarse del espectáculo de un universo tan grande y vario. Su curiosidad, su inteligencia y casi su infantilismo, recuerdan los de Kim, el personaje de Rudyard Kipling. Enemigo de la introspección, aficionado a los cuadros y a los seres nuevos, hubiese dicho de buena gana: "El único y verdadero mundo interior es el verdadero mundo exterior." Y, sin embargo...

Y, sin embargo, sentimientos fuertes y constantes calentaban su mundo interior. De la calidad de sus afectos podrían hablar bien Daniel Halévy, Jean-Louis Vaudoyer, Emile Henriot, Simone Porché. El más querido testigo de su vida ha descrito sus viajes errantes y sus regresos a la casa de Versalles, en donde le esperaban su esposa y su hermano. "En él—decía aquélla—la menor chispa encendía una llama, un fuego, que no podía apagarse más que con el viento de la huída. ¿Apagarse? No, aplacarse sólo por una temporada. El regreso de Jérôme me ha producido siempre el efecto de un suspiro de alegría. Su forma de sentarse parecía decir: ¡Al fin! Miraba a su alrededor, tendía una mano a uno; la otra, al otro. Nosotros éramos los sólidos anillos que aún se ven en las casas antiguas, adosados a los muros para atar los caballos. Estos sólidos anillos estaban allí. Soltaba nuestras manos, se frotaba las suyas, una contra otra, como para mezclar sus deliciosos calores." En su afectuosa y cálida alegría. ¿Jérôme no le ha hecho pensar a usted, señor, en los héroes de algunos de sus dramas, quienes al regresar pálidos de la muerte reencontrada, de algún mundo misterioso, encuentran de nuevo, con inefable afán, a su esposa, sus libros, su habitación familiar?

(2) Emile Henriot.

Otro rasgo común entre los Tharaud y usted: su infancia los había modelado para siempre. La habían pasado en una provincia secreta: el Limosín. Con frecuencia han evocado en sus novelas este país húmedo y repleto de arbolado. Los castaños cubren las pendientes de las colinas, en la cima de las cuales pequeñas casas solariegas, de puntiagudas torretas, albergan halcones ocupados de la caza, de la recolección y de las sombrías querellas de familia. De esta infancia rústica, los dos hermanos habían conservado el gusto por el espacio libre, abierto. Detestaban la vida mundana y las pasiones que ésta engendra. Lo que les interesaba era el hombre en acción, el trabajo. Al igual que usted, no pedían al viaje un documento, sino una música, como decía Barrès. Más allá de las apariencias, intentaban alcanzar una realidad poética, que es la única realidad.

Como usted, pensaban que el artista no confunde la vida de las formas con las formas de la vida. Sin duda, la vida es necesaria al arte, porque le provee de una arcilla que modelar. Pero es el escultor, el pintor, quien, del caos de los seres y de las cosas, obtiene un mundo inteligible. Jérôme, en Jerusalén, en la mezquita de pedrerías, de dulces destellos rojos y azules, o ante el muro de las Lamentaciones, en donde el roce secular de frentes, labios y manos ha dejado su pátina, hace esfuerzos para comprender y para amar. Mezcla, con las imágenes percibidas, los recuerdos de su inmensa cultura y su presente emoción. No es un turista, recuérdelo usted, sino un poeta. Cuando medita, al lado del muro de miseria, sobre dos mil años de fe y de esperanza, es a Péguy a quien se dirige con todo su corazón: "Péguy—decía—ha dejado en cada uno de nosotros el reflejo de oro de su imaginación, y en lo que unos y otros hemos podido hacer de bueno, hay una parcela, frecuentemente desconocida de nosotros mismos, que recuerda a Péguy. Todos nosotros, cuantos hemos dado vueltas con él por el patio rosa, poseemos fragmentos de su ensueño."

De este ensueño, de esta noble amistad, no han desertado jamás los Tharaud. Toda su vida han buscado la forma de agrandarla. Han pasado de Péguy a Barrès, a Lyautey, del patio rosa de la Santa Bárbara a la casa blanca de Neuilly y al jardín azul de los Oudaïas. Tocado con boina, un bastón de madera de cerezo en la mano, Jérôme ha ido con frecuencia en peregrinación a casa de sus vecinos de Bretaña: Lamennais, Chateaubriand. No era indigno ni de su estilo ni de su pensamiento. Jérôme y Jean han sido trabajadores infatigables, que pulían y repulían sus obras sólo

por amor hacia las cosas bien hechas, puesto que, aún después de recibir el premio Goncourt y del éxito adquirido, volvieron a escribir *Dingley* unas tres veces, como por un ejercicio de honor.

Cincuenta años han arrastrado, codo con codo, bajo el yugo del estilo, su arado. Luego murió uno de ellos, y hemos visto a Jérôme herido, desesperado. No sobrevivió mucho tiempo a su hermano. "Apenas han tardado en reunirse el tiempo que tardaban en colocarse, vivos, al regreso de un viaje, alrededor de su mesa de trabajo... Fué precisa la muerte para dividirlos, y ha sido ella también quien los ha reunido (3). Tenemos la esperanza de que, si los dioses son justos, los dos hermanos trabajarán juntos, por toda la eternidad, en un bosque de olivos sagrados, en algún libro invisible, sobre una mesa invisible.

En cuanto a nosotros, que fuimos sus camaradas y sus amigos, creemos ver aún posados sobre esta asamblea sus ojos de niños cándidos y graciosos; nos parece oír el dúo de estas voces fraternas y complementarias. Durante mucho tiempo, sus espectros unidos frecuentarán esta Casa que tanto amaron, como en el cielo dos estrellas gemelas evocan una fraterna amistad al soñador tendido en la oscuridad, y, en lo que nosotros, unos y otros, hayamos hecho de bueno, frase pulida con amor, página rehecha por escrúpulo de conciencia, amistad salvada por un acto generoso, habrá siempre una parcela, desconocida de nosotros mismos, que pertenecerá a los Tharaud.

* * *

Y llego a la parte más difícil de mi recorrido. Se trata de encontrar, de seguir y de recoger, a lo largo de toda su obra, el hilo rojo que une tantas formas diversas de su talento. Usted es, señor, un hombre muy célebre y casi desconocido. Usted lo sabe, usted sufre por ello y dice, de usted mismo: "Oculto, yo vivo oculto bajo un manto de fábulas." Una inoportuna leyenda le envuelve, le enmascara y le aflige. Esa leyenda hizo de usted, ante todo, un príncipe frívolo, iluminado por los vivos colores de los proyectores de Diaghilev; después, un mago, cuya prodigiosa facilidad hizo nacer, de un golpe de varilla mágica, poemas, novelas, dramas, *films*, *ballets*, dibujos, frescos y pasteles. El verdadero Jean Cocteau, grave y laborioso, detesta esta personalidad, odia a este personaje. Usted lo evita como la peste; usted no quisiera ni estrechar-

(3) Emile Henriot.

le la mano. Por huir de él vive usted lejos de París. No hay sitio en la misma ciudad para ustedes dos.

Conviene confesar que este doble fabuloso tiene apenas rasgos comunes con usted. El daño que todo esto le produjo a usted es completamente absurdo. Eso le sucede porque usted tiene múltiples dones para cambiar de vehículo, pero claro es que sólo para poder transportar las mismas verdades. Una botella puede contener tan pronto licores blancos como rojos, ya verdes, ora negros; ello no cambia para nada su forma. Usted ha pedido a todas las Musas permiso para contarles sus penas y sus trabajos. Pero usted no ha abandonado a ninguna de sus hermanas hasta después de haber conseguido de ellas todo lo que podían enseñarle. "Si escribo, escribo—dice usted—; si dibujo, dibujo; si me inclino hacia la pantalla, abandono el teatro; si abordo el teatro, dejo a un lado el *film*, y el violín de Ingres siempre me ha parecido el mejor de los violines."

Poema o novela, *film* o drama, a través de todo lo que usted ha hecho corre fielmente ese hilo rojo que es su marca de fábrica. En sus infinitas combinaciones, permanecen invariables los ingredientes de su alquimia de usted; ángel, rosa, gallo, estatua, teatro, caballos, mármol, hielo, nieve, tiro, bala y cáscara de huevos danzando sobre el chorro de agua. En el tapiz abigarrado que es una obra, Henry James se complacía en buscar la figura misteriosa que se oculta bajo las redecillas de los arabescos. En todo gran autor existe esta figura. Bajo el desorden aparente de los colores, de los motivos y de los tornasoles, se adivina un rostro inmutable y secreto. Usted ha escrito siempre la misma comedia, ha compuesto siempre el mismo libro, ha expresado siempre los mismos sentimientos. ¿Cuáles son y quién es usted, señor?

Ante todo, usted es poeta y con razón da a esta palabra un sentimiento infinitamente más extenso que el de "autor de obras en verso". Usted dice: poesía de novela, poesía de crítica, poesía de teatro. Para usted, un poeta es, como para Paul Valéry, un creador de mitos que, por sus encantos, aclara más allá de toda apariencia el misterio de la belleza del mundo. Por los ritmos, por la elección de palabras, por la claridad con que presenta los detalles ante él invisibles, por la alianza íntima de la más concreta realidad con lo suprarreal, el poeta vuelve a crear el universo. Cuando este poeta lo es, como usted, de pies a cabeza, de todo corazón, vuelve a crear también su propia vida. Su casa de Milly, ordenada, o más bien, desordenada, por un gusto infalible, llena

de objetos escogidos donde sobreviven, como la ninfa de Combray prisionera en el árbol, amistades o recuerdos, además de casa, es un poema. Usted ha puesto en su existencia tanto estilo como en sus escritos.

Pero el mundo real acepta mal las formas que le impone la poesía. Monstruos, vulgares y poderosos, buscan la manera de degradar toda pureza. Su jauría, cubierta con cascos, se lanza a la caza del poeta. Por eso en usted existe un sentido agudo de la soledad en que se debate el individuo, de la imposibilidad de encontrar enteramente lo que se ama; en suma, de lo que usted llama *la dificultad de ser.* Los que juzgan con arrebato los cohetes de su espíritu imaginan mal las negras varillas, que sobreviven sólo a los encantamientos cuando la noche envuelve a la explanada donde se realizan los fuegos artificiales. La vida del poeta parece una danza; pero es, como la del acróbata, una danza en el vacío. Un error se paga con un accidente mortal. Usted no concibe, como Baudelaire, un tipo de belleza en que no exista alguna parte de dolor. De la idea, muy gustada de nuestros románticos, que el poeta escribió con su sangre, usted ha hecho una película memorable. Usted ha escrito estos dos versos tan hermosos:

La tinta de que yo me sirvo es la sangre azul de un cisne
que muere, cuando es preciso, para estar más vivo.

Muy pronto, en vuestra vida, el hilo rojo ha cercado la figura de la Muerte. Usted la ve como una joven muy bella, vestida con bata de enfermera y guantes de goma, que habla de prisa, con voz seca y distraída. Motociclistas vestidos de negro, sus ayudantes, escoltan su largo carruaje. La Muerte es más horrorosa, en su rigor administrativo y esterilizado, que los esqueletos de las danzas macabras. Y porque esta fúnebre operadora arrancó a usted, cuando era muy joven, seres que usted quería, muchos de sus poemas superponen, en contrapunto, las líneas melódicas del Amor y de la Muerte. Usted no tenía aún treinta años cuando ya había escrito:

Veo a la muerte descender, en esta bella edad
en que me encuentro, ¡ay!, en mitad del viaje;
la juventud me arrebata y está en mi cuerpo.
Se lleva riendo mi corona de rosas;
Muerte, a la inversa de nosotros los vivos, compones
la trama de nuestro tejido.

Contra la muerte y el dolor no ha encontrado usted ninguna defensa eficaz. No sólo ha sido usted fatalista, sino que cree en

una conspiración, contra el hombre, de las potencias nefastas. El drama de Edipo ha tocado en su corazón. De ahí que con una terrible seriedad usted lance, como prólogo, la dura advertencia: "Observa, espectador, remontada en bloque, de tal suerte que el resorte se desarrolla con lentitud a lo largo de toda una vida humana, una de las máquinas más perfectas construídas por los dioses infernales para el aniquilamiento de un mortal." Tantas alabanzas, tantos afectos y, desde hace hace algunos meses, tantos honores no le han librado a usted jamás de la obsesión de la máquina infernal.

Sin embargo, es necesario seguir viviendo. Usted tiene para esto sus recetas. La primera es la invisibilidad. Su personaje protege a su persona. Los que creen herirle, hieren a un extraño. Cuando clavan agujas en la estatua de cera que han modelado para representarlo, no le producen ningún daño porque ella no se parece a usted. Usted cree que toda obra maestra está hecha de confesiones secretas y de extrañas adivinanzas. Usted guarda sus secretos, porque los que no se guardan dejan de ser secretos. El adversario, cuando tira a usted, falla el tiro, porque usted no está allí donde él creía verlo.

Su segunda línea de defensa es el divertimiento, en el sentido pascaliano de la palabra. Algunas frases de usted evocan las ilustres *Pensées*. Usted escribe: "Si debo durar cien años, son algunos minutos. Pero poca gente quiere admitirlo, y quieren que juguemos a las cartas y ocupemos un expreso que rueda hacia la muerte." Sólo que usted no saca de ahí las mismas consecuencias que Pascal. Usted mismo, en ese rápido que desgarra a la noche, juega a las cartas. Porque yo sé que usted viaja, amuebla casas, preside festivales y corridas, organiza exposiciones, goza de una comida de amigos, interpone cientos de imágenes entre usted y el abismo que se abre a sus pies. "¿Qué hacer—pregunta usted—, contra este temor al vacío? Me agota. Es preciso olvidarlo. Me esfuerzo en ello. Voy hasta el extremo de leer libros infantiles. Evito los contactos que me producirían la sensación de la huída de las horas." Pero la diversión, el recreo, no ofrece, bien lo sabe usted, más que un escudo frágil y endeble.

En realidad, el único blindaje sólido contra el bombardeo de las partículas nocivas en que se desintegra un pensamiento es para usted el trabajo. Usted duda de la vida, y de los dioses, y de todos, pero usted tiene una certeza, que es la de su vocación de poeta. Señor, desde la adolescencia usted ha luchado denodadamente con

las palabras. El servicio de las musas no es lo que creen los profanos. Estas jóvenes diosas inspiran el deseo de escribir; pero no guían la mano del escritor.

Ellas conducen hasta el fin a aquel que las ayuda
y se pone a su lado;
aunque tenga miedo, aunque encuentre fea
su terrible belleza.

Por tanto, yo, que tan bien secundé su fuerza bruta,
trabajé tanto y tanto,
que, si debo morir en el próximo minuto,
puedo morir contento.

Paul Valéry, cuando tuvo que llenar en un cuestionario de empadronamiento la casilla "profesión", escribió: "Artesano en su hogar." Señor, nosotros le rendimos este testimonio: usted ha sido un perfecto artesano de las letras. Usted se ha hecho cada vez más rápido, cada vez más económico de palabras y de imágenes. Usted ha buscado, como usted mismo dice, "dar en el blanco" y no errar el tiro. Usted se ha impuesto un rigor que se ha hecho, con el transcurso de los años, más exigente. La parte del ángel ha crecido.

Este ángel que reside en usted—"ángel de hielo, de menta, de nieve, de fuego, de éter"—es un soldado de las Nueve Hermanas. Es una parte de usted, la mejor, la que a la hora de la creación toma posesión de todo su ser; un extraño, más usted que usted mismo, y contra quien su *Yo* consciente intenta en vano defender su paz; un mensajero, que comunica su mundo visible con los reinos sombríos del ensueño y de la muerte. No es sorprendente que el mito de Orfeo le haya inspirado a usted una de sus mejores películas. Usted es, a la vez, Orfeo y el ángel Heurtebise; una mitad de usted conduce a la otra a los Infiernos para salvar a la Eurídice de vuestra imaginación que se encuentra allí. Este ángel le ha hecho daño, lo tortura. "Yo quiero vivir—dice—, ¡qué importa si tú mueres!" Pero este atormentador es también el único consolador, y usted se hace "el guardián de su ángel de la guarda". Por la parte de abajo, usted se halla ligado, como todos los hombres, a sus zapatos de barro; el ángel lo coge y lo arranca "del lodo humano y tierno". Le ayuda a vencer sus dones. Formarse no es fácil; reformarse lo es aún menos. La victoria que la exactitud de usted ha obtenido sobre la facilidad fué la del valor y la del

trabajo, señor. Usted tiene derecho a ser feliz por ello. Nosotros tenemos derecho igualmente a sentirnos orgullosos por la misma causa.

* * *

Ahora quisiera trazar la curva de su vida. Usted ha tenido una suerte formidable: una infancia protegida. Su familia, perteneciente a la vieja burguesía parisiense, amaba las artes, pero con un eclecticismo que excluía todo juicio. Pintura, música, poesía le han acompañado en sus primeros pasos. Sus años felices aparecen bañados en la luz, roja y dorada, del manto de Arlequín. Usted observa cómo su madre se viste para las funciones de ópera, para la Comedia Francesa; usted espera embarcarse, cuando le llegue la vez, en el río de los terciopelos y conocer los grandes salones dorados y prohibidos.

Usted es, como Marcel Proust, como Jérôme Tharaud, de esos individuos cuya infancia los ha marcado para toda la vida. Es, a la vez, fuerza y debilidad. Fuerza, porque la sobrevivencia en ellos de la magia los defiende contra el endurecimiento de la edad; debilidad, porque, no pudiendo desprenderse de los paraísos perdidos, sufren más que los otros de las crueldades del mundo adulto y sueñan, hasta la vejez, con una habitación en donde, cálidamente acurrucados en el calor materno, podrán de nuevo reunir sus juguetes y sus amores.

Sus jardines edénicos, señor, habían sido parisienses: "Yo he nacido en París—dice—; hablo en parisiense, pronuncio en parisiense." Su rapidez de espíritu, su gusto, su seguridad, no en verdad de corazón, sino de formas y de lenguaje, se los debe usted a París. Usted es de los que han conocido el *Nouveau Cirque, Footit et Chocolat;* el Châtelet, *Philéas Fogg* y *Michel Strogoff;* las *matinées* clásicas del Teatro Francés y la intensidad poética de los "monstruos sagrados". Como Marcel Proust, usted ha hecho sus estudios en el liceo Condorcet. Allí, entre el pasaje del Louvre y la calle de Amsterdam, se ha encontrado con los *enfants terribles,* ese cáncer prodigioso y mítico: el alumno Dargelos y la terrible raza de diamante que raya la raza de los cristales. Sus poemas, sus novelas, sus películas se hallan obsesionados por las imágenes de caballeros con escudos de cartapacios, con una bola de nieve asesina y con un hilillo de sangre que brota de una nariz infantil.

Usted ha sentido, desde muy joven, el deseo de escribir: "La

poesía es una calamidad nativa." Como todo adolescente que posee una vocación, usted desea romper con los gustos, por otra parte inciertos, de cuantos lo rodean; pero usted tropieza con un gran obstáculo a causa de sus admiraciones. Su juventud, loca por el teatro, había sido dominada por estas dos grandes figuras: Sara Bernhardt y Max. Me acuerdo, tan bien como usted, de este trágico que, a pesar de su acento rumano y de sus exageraciones, alcanzaba con frecuencia la grandiosidad. Su perfil de mascarón de proa se prodigaba en todas las paredes de nuestras calles; sus disonancias cantan aún en nuestra memoria.

Un camarada del Condorcet condujo a usted a casa de Max. "Este gran corazón—dice usted—, entre otras faltas de gusto, comete la de admirar mis primeros poemas y propagarlo." Organizó, en el teatro Fémina, una sesión consagrada a sus versos, que presidió Laurent Tailhade. Querido Cocteau, usted no había corrido jamás mayor peligro; pero su familia estaba extasiada. Amaba las letras y no tenía la más ligera idea de lo que era un drama escrito. Con gentileza y valor, sus familiares le impulsaron a que publicara usted poemas que pronto iba a considerarlos dignos del mirlitón. Usted ha hablado con desesperación y severidad de esta adolescencia: "Como era natural, se me adulaba. No ofendía a nadie. Llegaba a seducir con ello a un público bastante numeroso y a ocultarme mis errores. No hay duda alguna de que esta pendiente me hubiese conducido en línea recta a la Academia."

¡Qué mal conocía usted entonces, señor, el camino de esta Casa, a pesar de haber nacido en París! Hoy, mejor instruído por la experiencia, confiese, se lo ruego, que una pendiente muy diferente, y más escarpada, es la que le ha conducido a ella. Pronto, sin embargo, se avergonzaría usted de sus poemas juveniles. Eran, respecto de toda su obra, como *Les plaisirs et les jours* es a la de Marcel Proust. Antes de encontrarse, un principiante pertenece a su época. Después, como esas moléculas que, de choque en choque, siguen trayectorias imprevisibles, el joven se ve lanzado, por los azares de las circunstancias, en direcciones inesperadas, de las que un nuevo maestro, un nuevo amigo, le apartarán mañana. Hacia 1910, los *ballets* rusos de Diaghilev salpicaban París de tonos puros y vivos. Inmediatamente le deslumbraron, despertaron su espíritu y se transformó en familiar del que los animaba. Diaghilev dió a usted la palabra clave que decidió su carrera y que iba a hacerle entrar en la historia literaria: *Asómbreme.*

¿Era un sabio consejo? Así lo creo. El asombro es un elemento

esencial de la emoción artística. Un tratamiento de choque ayuda a abrir las almas y los ojos. *Hernani*, en 1830, produjo un escándalo que en aquella época era necesario. Los pintores impresionistas, los expresionistas, los cubistas, los abstractos, chocaron, cada cual en su momento, con las generaciones de entonces. Mas los efectos de un choque, si no son mortales, se atenúan. "Lo que envejece más rápidamente en el mundo es la novedad", decía Valéry. Las admiraciones son breves. Un arte vanguardista se convierte muy pronto en una vulgaridad. El ojo y el oído se acostumbran. Los espíritus vuelven a su adormecimiento. Una escuela que intenta durar yendo siempre más allá en el mismo sentido parece parodiarse a sí misma. De ahí la necesidad, si se aspira a despertar constantemente el interés, de atacar los puntos más inesperados y de renovarse sin cesar.

Durante algunos años ésa fué su táctica y su juego, señor Cocteau. *Le Potomack* y *Le coq d'Arlequin* produjeron en los espíritus sacudidas necesarias. Usted hizo entonces estallar deliberadamente algunos escándalos, que sirvieron a todas las artes, al dejar sitio limpio y desocupado para reconstruirlas. La batalla de *Parade*, la de *Mariés de la Tour Eiffel*, abrieron en las filas, no de la tradición, sino de la vulgaridad, una brecha por la que iba a pasar toda una generación de poetas, pintores y músicos. Erik Satie, Braque, Picasso, Stravinsky fueron consejeros para usted; pero usted había ya hecho mucho para su bien merecida fama. Porque usted tenía el sentido de la magia poética; usted sabía que, al *denominar* un grupo, se le crea. Al de los *Seis*, que reunió los mejores entre los músicos jóvenes de su época, usted le proporcionó el nombre y, en parte, la existencia.

> *Auric, Milhaud, Poulenc, Tailleferre, Honegger:*
> *he puesto vuestro ramo en el agua del mismo vaso,*
> *y os he enroscado amorosamente por la base*
> *para que, libres, escojáis vuestro camino por el aire...*

Cada uno de estos talentos "ha rodeado de otras estrellas su constelación". Todos están de acuerdo en atribuirle a usted el honor de ser "el guarda nocturno del haz".

La estética de usted tomaba forma y su influencia crecía. En el extranjero, los mejores jueces se interesaban por vuestros experimentos. Acostumbrados desde hacía mucho tiempo a encontrar en Francia ideas nuevas, veían con entusiasmo triunfar vuestra joven temeridad. Los peligros que, entonces, corría usted eran la embriaguez del éxito, la adulación de los *snobs*, la búsqueda delibe-

rada de lo extraño y de la ruptura. "Es preciso quemarse vivo para renacer", había dicho usted, y eso estaba muy bien. Pero era necesario que la quema no se convirtiese en un ejercicio cotidiano. Un fénix demasiado frecuente está en peligro de no volver a nacer. Max Jacob, a quien tanto admiraba usted, escribía en aquella época: "Nunca se hará lo suficiente para sacar el nombre de Jean de estos círculos parisienses en donde con frecuencia se le comprende tan mal... Jean tiene la desgracia de ser un hombre espiritual. Unos, no se lo perdonan; otros, fingen no ver en él este encanto... Al mundo le es muy cómodo aprovecharse de este deslumbramiento para ocultar sus virtudes, su talento y sus dones. Por tanto, es preciso decir la verdad. Y la verdad es que Jean es un gran poeta."

Sí, usted era en aquellos tiempos un poeta considerable; pero llegaría el momento en que usted cambiaría para llegar a ser usted mismo. Ustedes, usted y sus amigos, habían tenido demasiado éxito. La victoria había sido tan completa, habían ustedes puesto tan a las claras los errores de monsieur Prudhomme (4), que éste ya no se atrevía a confesar sus repugnancias. Había llegado a decir con humildad: "Puesto que no lo comprendo, es que debe de ser hermoso." ¿Quién, entonces, se atrevía a reírse de lo que escandalizaba? Usted había vapuleado con tal energía a los padres nobles, que éstos confesaban cualquier cosa antes que exponerse a ser de nuevo zarandeados. "De eso resultaba una apatía deplorable y una especie de malestar, que se comunicaba por todas partes... El público, tan frecuentemente abofeteado, aplaudía sobre sus propias mejillas." Las balas de usted no atravesaban ya ningún muro. Los primeros disparos habían sido demasiado cortos; los demasiado largos pasaban ahora por encima del objetivo y caían en terreno baldío. Para usted, que le agradaba hacer blanco, importaba mucho corregir el tiro.

* * *

En esa actitud vióse usted auxiliado por un acontecimiento y por un amigo. El acontecimiento fué la guerra de 1914. Aunque considerado por los médicos como "no apto para el servicio militar", usted estaba decidido a hacer la guerra, peligrosamente, con un convoy de sanidad civil. Acoplado a un regimiento de fusileros de la marina, usted vivió en Dixmude, bajo un cielo constelado de

(4) Personaje simbólico francés, equivalente al Perogrullo español.

cohetes blancos y de astros; voló con Roland Garros. La guerra se hizo cómplice de su genio naciente. En la vida cotidiana, toda campaña trae consigo una parte de magia. Rompe ligaduras, anuda otras. Sus trincheras se hundieron en la tierra y en el agua. Los proyectiles "punteaban el fin de sus parábolas sedosas con una pasta negra de rayos muertos". Allí conoció usted el sufrimiento, y la Muerte formó parte de sus íntimos. Sobre la guerra ha escrito usted, después de un cierto y necesario tiempo de gestación, una de sus mejores novelas: *Thomas l'imposteur*, en un estilo duro, con una sequedad completamente stendhaliana.

El amigo fué Raymond Radiguet. Usted ha dicho lo que debía a este niño genial, que le condujo a desconfiar de lo nuevo si tenía aspecto de nuevo y a tomar lo contrario de las modas de la anteguerra. Con él, usted ha buscado modelo en los maestros, no para hacerse juicioso, sino por afán de profundizar. "No hay pensamientos más que en los pensadores", decía Alain. Un novelista, como un pintor, aprende su oficio copiando las obras maestras. La originalidad no se da a los que la cortejan: se da, en aumento, a los que trabajan sobre el objeto. "El héroe en el combate, el creador en el trabajo, el santo en éxtasis, no tratan de ser originales, sino más bien de reunir, en una especie de belleza superior, los temas más sencillos de la humanidad común" (5). El estilo, que es la garra de un temperamento sobre la materia, no faltará jamás a los que son dignos de él. Cuando Corneille copiaba a los españoles, seguía siendo Corneille. Cuando Picasso copió a Delacroix, continuó siendo Picasso. Radiguet no fué nunca más Radiguet que al imitar *La princesa de Clèves*, y si usted mismo, señor Cocteau, pensó en *La Chartreuse de Parme* al componer *Thomas l'imposteur*, sus lectores, aunque nombrasen a Stendhal, reconocerían a Jean Cocteau.

Con Radiguet, y gracias a él, tomó usted un viraje difícil. Lanzado como un bólido, en el momento de encontrarse con él, hacia los paraísos artificiales, decidió frenar de repente y elegir, en la bifurcación, la senda clásica. Esto significaba para usted colocarse en una postura peligrosa. Tanto a la derecha como a la izquierda, el escándalo.

¿Qué? ¿Escribe usted el Cap? *¿Vocabulario?*
¿Escribe usted esto? No puede usted gustarme.
El hombre ama lo uniforme y que nada se cambie.

* * *

(5) Emmanuel Mounier.

Usted se ha atrevido a cambiar. Usted ha comprendido que existen batallas literarias lo mismo que combates militares. Un mando puede, por medio de un brillante golpe de mano, conseguir un éxito espectacular. Su victoria no será eficaz y duradera más que si tiene detrás de él a todo un ejército. Los maestros bastante fuertes para sostener su gloria fueron los que la habían edificado sobre un extenso y sólido conocimiento de los hombres. Cada nueva lectura de Shakespeare, o de Balzac, o de Tolstoi, reserva en este plano sorpresas nuevas. Para llegar a ser inmortal es preciso comenzar por ser humano.

He ahí lo que usted había comprendido cuando la muerte de Radiguet lo dejó sin timón y sin vela durante cierto tiempo. Más que hombre de mundo, usted dependía de sus amigos. "Sin ellos —dice usted—, mis balas se pierden. Sin ellos, mi llama baja. Sin ellos, soy un espectro." En este terrible juego de creación constante que es el suyo, usted tiene necesidad del sostén de los demás. Su amigo Sartre dice: "Los otros son el Infierno." Para usted, algunos otros son el Paraíso. Usted no sabría vivir sin cambios. Cuando le faltó un solo ser, vuestra desesperación fué tan honda que sintió miedo a perder las fuerzas. Pero, una vez más, el trabajo lo salvó.

* * *

Lo que usted ha realizado, desde hace treinta años, tiene algo de prodigio. Enumerar sus obras sería monótono; pretender, en breves minutos, hacerles justicia sería una locura. En fin, es preciso decir, por lo menos, que en estas tres décadas usted ha escrito algunas de las novelas diamantes mejor talladas de nuestra época, hermosos poemas, ensayos notables, hasta que el teatro le embarcó, al fin, en su río rojo y dorado. Representado en la Comedia Francesa, usted ha creído ver en esa mansión de mármol, frecuentada por las grandes sombras de su infancia, al niño que usted fué, conducido a su butaca del jueves "por una acomodadora vestida de rosa y con bigotes grises".

La curva de su teatro reproduce, como conviene, la de su obra poética. En los tiempos de la *Machine infernale*, de *Antigone*, de los *Mariés de la Tour Eiffel*, de *Orphée*, usted ha debido de marcar violentamente la ruptura con el teatro llamado del Bulevar. Con un salto retumbante, usted ha franqueado el muro de las costumbres. Obsesionado por el tema de la Fatalidad, ha encontrado usted un asilo para su desesperación entre las columnas destroza-

das de los templos, y ha rejuvenecido los mitos griegos al marcar con gestos sus ojos sangrientos. Usted ha vuelto el teatro a sus orígenes, en donde tan pronto era desfile como tan pronto ceremonia. Después llegó el día en que el innovador comprendió que había llegado el tiempo de renovarse a sí mismo y de buscar, siguiendo la frase de Stravinsky, "un lugar fresco sobre la almohada". Entre la escena y el patio de butacas, entre el autor y el público, necesitaba usted restablecer la corriente, "escribir grandes obras sutiles y tentar a los grandes actores con grandes papeles". Usted ha ganado las dos partidas: la del teatro de vanguardia y la del teatro de masas, y es que ambas no eran contradictorias. En arte, las verdades, que son eternas, toman formas sucesivas. Los dioses no cesan de ser dioses, pero suelen disfrazarse para aparecer con rostros diferentes.

Después tentó a usted el arte de la pantalla. También triunfó en él y es uno de los dominios donde su aportación fué incomparable. Usted ha sido uno de los primeros escritores que han comprendido que el cinematógrafo, como el teatro y la novela, puede engendrar obras de arte. El cineasta escribe "con tinta luminosa", pero las leyes del estilo son las mismas para él que para todos los artistas: una rigurosa sencillez, un ritmo, una modesta obediencia a las necesidades del oficio. Si la cámara y el carril entorpecen el paso, tienen, en cambio, sus propias ventajas, que el gran artista utiliza, al igual que Miguel Angel, de un defecto del mármol, obtenía sus más raras bellezas. Usted ha querido ser, en el cine, no un poeta que condesciende, lamentándose, con una técnica, sino un técnico que realiza valerosamente en el escenario todos los oficios. "Mi método es sencillo—ha escrito usted—. No embrollarme de poesía. Esta debe surgir por sí misma. Sólo oír pronunciar su nombre me enfurece." El misterio, como la poesía, no se deja apenas domesticar. A quien lo busca, se niega. Pero se entrega a usted, que lo espera, agazapado entre sus trabajos y sus recuerdos.

Usted ha realizado, así, algunos de los más bellos *films* de poesía y de misterio. *Le sang d'un poète*, *La Belle et la Bête*, *L'Eternel retour*, *Orphée*, son, en todos los países del mundo, clásicos, y se quedarán entre los clásicos. Como los grandes humoristas ingleses, usted ha comprendido que, cuanto más extraña parece la historia contada, más importa que el narrador sea realista. La credulidad no puede surgir más que si el autor sumerge el misterio en la vida diaria. Swift se impone una rigurosa precisión

cuando describe los mundos extravagantes por donde pasea a Gulliver. Usted rodea la muerte de motociclistas, semejantes a los de la Prefectura de Policía; usted reemplaza los jueces de los infiernos por burócratas de levita; usted recibe en código, por telegrafía sin hilos, mensajes del más allá. Usted obtiene también algunos de estos efectos de belleza, soberana y secreta, que sólo producen las grandes obras de arte, las cuales no pueden ser explicadas, pero se manifiestan por su sola presencia.

Usted se acordará de aquella frase de un hombre del siglo XVIII, al cual decía una mujer: "Os amo porque..." "¡Ah señora—le respondió—, si usted sabe por qué, estoy perdido!" A un comentador que intentase traducir en lenguaje claro su *Orphée*, usted le respondería, estoy seguro de ello: "¡Ah señor: si usted comprende lo que yo he querido decir, es que lo he dicho muy mal!" Esté tranquilo, señor Cocteau: sus misterios permanecen opacos, y usted está a salvo. Nosotros salimos de sus películas con el sentimiento confuso de que los mundos singulares creados por su imaginación tienen, como todo este vasto universo, un sentido sublime y oculto. Usted ama lo sobrenatural; pero usted sabe que la Naturaleza es sobrenatural, y el milagro, permanente.

Usted ha dado prueba de gran audacia al proponer temas fantásticos al público francés, cuya lúcida severidad los acepta difícilmente. ¡Cuántas veces, señor, ha debido usted de recurrir al sentido común! "En Francia—dice—, si un fantasma sale de un espejo, éste no puede ser más que el de un armario con espejo." Usted está mejor informado, sí. Usted sabe que los fantasmas y la muerte viven en un mundo líquido más allá de los espejos. Nosotros hemos visto, como usted, cambiarse, a lo largo de los años, en estos reflejos, nuestro rostro y transformarse en espectro, bajo los asombrados ojos del niño que continúa viviendo en nosotros.

¡Ah señor, si se pudiese poner un espejo ante nuestra alma, cuánta juventud reflejaría! Un gran actor me dijo un día: "La juventud es cuestión de composición." Usted ha compuesto la suya con embeleso. La juventud no se mide por años, sino por el gusto de vivir, por necesidad de crear. ¿Quién, más que usted, conserva intacto el poder de renovación? Si, algún día lejano, usted se decide a envejecer, estoy tranquilo por usted y por nosotros: usted atravesará con una lanza a la vejez. Y eso será muy agradable.

Usted también tiene el atrevimiento más temerario que todos los de su adolescencia de prescindir de la bondad y de desridiculizar la dulzura. Eso es remar bravamente contra la corriente de la

moda. La maldad se lleva mucho en nuestra época. Pasa por inteligencia; mas sólo es facilidad. En realidad, es más fácil destruir a los demás que construirse uno propio. Usted rehusa esta arma envenenada; usted se divierte sin ser feroz. Usted sabe que nuestros amigos necesitan más de nuestra ternura que de nuestra dureza. Era usted muy joven aún cuando ya escribía: "Sobre todo, sobre todo, sea indulgente, vacile en el umbral de la blasfemia. No se conocen jamás las razones, ni la envoltura interior del alma. ni lo que hay en las casas, bajo los tejados, entre las gentes..."

Mi sentimiento, sobre ese particular, está de acuerdo con el de usted. Ser bueno no es una empresa absurda. Es una tentativa para modelar nuestra vida con lo que encontramos en nosotros de mejor. A lo que los pesimistas responden diciendo que el propio diablo es quien nos dicta esta loca confianza en la naturaleza humana. Señor Cocteau, ellos no le convencerán a usted ni a mí. "Todo lo que es misantropía es falso" (6). Nuestros más famosos maestros, aunque maravillosamente lúcidos, no eran ni misántropos ni malvados.

Con frecuencia ha afirmado usted que todo progreso del artista es un progreso moral. La modestia, la seguridad de juicio, los dones del corazón forman también la pureza del estilo. Yo creo que Víctor Hugo hubiera escrito: "En el virtuosismo hay virtud." Usted dice: "Si me fuera posible, me gustaría abrir un Instituto de belleza para las almas; no es que la mía sea bella, ni que yo cuente con hacer milagros, sino a fin de que el cliente cuide su línea interior." En efecto, es la línea interior la que curva la línea exterior. Una obra es siempre el retrato del que la ejecuta. Las últimas obras de usted revelan un dominio creciente, que es dominio de sí. Más sujeto, en lo sucesivo, al rigor que a la sorpresa, usted busca la perfección por la sencillez, porque sabe que la verdadera elegancia se burla de la elegancia.

Y he aquí, señor, que sus virtudes de hombre y de escritor le han conducido al palacio Mazarino. Es un desenlace inesperado, pero feliz, de su drama. Lo pensaba usted ya cuando escribía:

Cuando mis sucesores vean mi aventura,
los muelles y los vaivenes de mi hermoso coche,
se maravillarán de tan noble recorrido.

¿Era esto una profecía? ¿Premeditación? No lo creo. Durante toda la vida usted ha realizado su número sin red. Usted no es

---

(6) **Alain.**

hombre que repare, desde lo alto del trapecio, en un punto acolchado que atenúe su caída. Intrépido, usted ha volado de imprudencia en imprudencia hasta la cúpula. He tratado de probar que, a pesar de las apariencias, su vida presenta una unidad notable. ¿Deliberadas sus alternativas? ¿Oportunas sus actitudes? ¿Hábiles sus gestiones? ¿Qué crítico honrado, después de haber releído su obra, se atrevería a sostenerlo, cuando toda ella, desde la adolescencia y con una constancia trágica, expone y reanuda los mismos temas?

Usted continuará, señor, a pesar de esas palmas, de esos faldones, de ese bicornio, de esa espada, tratándolos con toda libertad. Nosotros le hemos elegido no para transformarle, sino para tenerle a nuestro lado tal y como usted es. Cuando Disraeli, después de haber dominado en la Cámara de los Comunes, pasó, al fin, a la de los Lores, alguien le preguntó sus impresiones. "Estoy muerto —respondió—. Muerto, pero en los Campos Elíseos." Nosotros esperamos que en nuestra compañía se sienta usted bien vivo. En el frontispicio de este palacio no está escrito: "Vos, que entráis aquí, dejad fuera vuestra independencia." Muy al contrario. De buena gana, le diríamos como Diaghilev: *Asómbrenos.* Usted me contó, hace algún tiempo, una historia agradable. Los padres de una de sus sobrinitas acababan de comunicar a ésta que un ángel le había traído un hermanito. "¿Quieres verlo?", le preguntaron. "No—contestó la nena—. Quiero ver al ángel." Nosotros somos como su sobrina, señor. No queremos ver a un académico más; queremos ver al ángel Heurtebise.

* * *

He terminado. Al director de la Academia, que debía recibirle (y que no le recibió porque Luis XV se negó a aprobar la elección), Pirón decía: "Mi discurso está hecho y el suyo también." Me levantaré, me quitaré el sombrero y diré: "Señores, les agradezco el honor que me han dispensado de admitirme." Usted se levantará después, se quitará el sombrero y me responderá: "Muy bien, señor. En conciencia, no vale la pena agradecerlo." Su actitud es muy diferente. Usted es demasiado agradecido para despreciar lo que tanto ha deseado. Usted será, y así lo esperamos, un académico asiduo y fiel. Usted ha recordado que en la época de su nacimiento esta Compañía sólo era un grupo de amigos. Usted gozará, como todos nosotros, con encontrarse cada jueves, en el

más bello decorado del mundo y al borde de un río cargado de historia, con algunos hombres que le estiman. El trabajo del Diccionario interesará al erudito en palabras que usted es. Asimismo nos ayudará a designar a sus futuros colegas. Tal vez cometerá usted errores. Nuestros modestos conclaves no confieren la infalibilidad. Pero su seguro instinto de los valores poéticos nos será de un valor infinito. Usted desea llamar aquí a los mejores. Ese es también mi anhelo, y si usted nos consigue un François Villon, yo le prometo votar por él con tal que haya escrito el *Petit Testament.*

"Y bien. Quisiera abandonaros en seguida." Yo sé que usted detesta los andenes de las estaciones y esos últimos momentos tras las ventanillas bajadas, donde no se encuentra nada que decir, porque ya se ha dicho todo. Pediré mi salida a Colette: "He aprendido a respetar a Jean Cocteau antes de aprender a quererle. Cuando la pereza me dominaba, me volvía con consideración hacia este joven inmaterial que siempre trabajaba como por placer, y de quien las obras no están escritas a la ligera." Ahí se encuentra reunido todo lo que importa decir en el momento en que el tren se pone en marcha: el afecto por el hombre, la admiración por una obra que no está escrita a la ligera, pero a quien la velocidad permite volar por encima de su época y le respeta por un trabajo infinito. Como Vermeer y Bergotte, señor, usted se ha pasado la vida puliendo un lienzo de pared amarilla, un estilo, unos sentimientos. ¿Por qué todas estas obligaciones, que, como decía Proust, parecen pertenecer a un mundo diferente, fundado en la bondad, el escrúpulo y el sacrificio? Porque usted piensa, como él, que lo que merece vivirse, merece estar bien vivido, y que lo que merece escribirse, merece estar bien escrito. Usted, de ahora en adelante, va a trabajar a nuestro lado por placer confesado y por deber secreto. Sed bien venido.

CINCO SONETOS (*)

POR

CARLOS SALOMON († 1955)

I

Quisiera no pensar en lo que pienso;
decirlo, sin pensar de qué manera
lo podría decir para que fuera
más justo lo expresado y más intenso.

Quisiera no pensar; estar propenso
no a la mejor palabra, a la primera;
que la primer palabra que dijera
me tornara sin dudas, indefenso.

Sin defensa posible cada día,
quisiera que mi verbo se encontrara
para que el corazón diera su fallo.

Para que, sin pensar, la poesía
surgiera como fuente de agua clara,
como soplo de viento y luz de rayo.

II

Cuando en la noche, silencioso, elevo
los ojos y contemplo las estrellas;
cuando mi soledad sube por ellas
y a ser feliz y a no esperar me atrevo.

(*) En memoria y homenaje al poeta montañés, recientemente desaparecido, CUADERNOS HISPANOAMERICANOS se honra en publicar cinco sonetos inéditos de Carlos Salomón, como anticipo de un estudio amplio de su obra poética, de nuestro colaborador Marcelo Arroita-Jáuregui.

Cuando con las estrellas traigo y llevo,
y pronuncio sus nombres de doncellas;
cuando las cosas bellas son aquellas
de siempre, pan que como, agua que bebo...,

me detengo a pensar, pienso que acaso
pudo ser de otro modo la partida,
diferente el dolor, distinto el caso.

Que hubo un tiempo en que tuve la medida
dentro del corazón, lleno mi vaso,
presta la libertad sobre mi vida.

III

La realidad es ésta. No me resta
nada. Solo quedé. Todo lo he dado.
Dentro del pecho llevo abandonado
el corazón, y dentro, su protesta.

Como el agua cogida en una cesta,
la dicha se me fué que había soñado.
He aquí mi dolor y mi pecado.
Porque soñé: la realidad es ésta.

La realidad es que mi vida es vana,
que intento, pero no, que en vano intento,
que escucho sin cesar pasar el viento,

que siempre es noche desde mi ventana,
y que en mi soledad, alojamiento
hay para toda la amargura humana.

IV

Hoy, doce de septiembre, considero
las horas, los minutos, cada día.
Dolor tras alegría, cuenta mía:
poco dolor, poca alegría, cero.

Pero surge un dolor más verdadero.
Detrás, más verdadera, la alegría.
Su luz, siempre más luz, más todavía,
que tanta luz para tal sombra quiero.

Considero las cosas que han pasado,
para bien, para mal, cuánto tuviera
que dejé de tener, y en este estado

de consideración, por dondequiera,
siento en mi corazón que fué creado
todo para acabar de esta manera.

V

Puedo decir que el mundo es un engaño;
que el bien es, como el mal, sólo espejismo;
que el dolor y la dicha son lo mismo;
que todo es como es y me hace daño.

Puedo decir que estuve, año tras año,
marchando por el borde de un abismo;
que quise la verdad, ese guarismo,
tal trozo de carbón o tal de estaño.

Puedo decir que la verdad no pido,
no quiero la verdad, ni la quimera
quiero, ni aquel recuerdo, ni este olvido.

Que marcho en soledad, a mi manera,
y sé que estoy perdido, suspendido
por un hilo, al azar de una tijera.



CABALLOS, de H. Oswald.





POSIBLE ORIGEN DE LA PINTURA FIGURATIVA

POR

HENRIQUE OSWALD

Entre los museos de arte de Europa, o sea los lugares donde se puede ver lo que los hombres hicieron antes y mejor que nosotros, nunca dejé de incluir las cuevas prehistóricas con pinturas, en España, que son museos tan buenos, tanto o mejores que los demás.

Ahora que las he visto, me gustaría hacer tres preguntas, las mismas que hacía en Brasil antes de haber visto cuevas prehistóricas, y que nadie me podía responder con seguridad:

¿Se pueden considerar como origen del dibujo figurativo los trazos que completan y retocan accidentes naturales en forma de animales, hallados en las cuevas prehistóricas del Norte, o sea las más antiguas?

¿Se puede considerar como origen de la superstición que relaciona la posesión de la imagen de un animal con la posesión del propio animal. en sucesivas coincidencias entre el descubrimiento de un accidente natural parecido a un animal y la muerte del propio animal, en tiempos anteriores al primer dibujo?

¿Se habrán los trogloditas aprovechado, para dibujar, de las sombras en la peña, del mismo modo que se aprovechaban de los accidentes?

Según la hipótesis más corriente, el hombre no ha empezado a dibujar la Naturaleza por placer, ni tampoco por impulso artístico, sino que lo hizo por una necesidad tan imperiosa como el hambre, movido por una fuerza tan importante como la fe.

Sin embargo, no se puede comprender que, sintiendo hambre, inventase, sin más ni menos, una religión, en la cual, dibujar un animal equivaliese a cazarlo. Y que se pusiese, por consiguiente, a grabar figuras de animales.

Pindal, Altamira, Castillo, La Pasiega, Monedas, Hornos de la Peña, Covalanas y Hoz de los Casares, enseñan, quizá, no sólo la razón por la cual el hombre prehistórico pintaba, sino también cómo comenzó a hacerlo, cuáles fueron sus primeros trazos, por qué los daba, lo que lo guiaba y por qué creía que dibujar un ani-

mal correspondía a lo que para nosotros parece absurdo, o sea cazarlo.

En estas cuevas del Norte, las más antiguas del mundo con pinturas, hay una gran cantidad de accidentes naturales de la piedra cuya forma recuerda ciertas partes de un animal. Son ranuras, hendiduras, concavidades y protuberancias, que semejan cabezas, pescuezos, gibas, ancas, colas y piernas.

El hombre paleolítico cazaba constantemente, y veía todos los días, en su cueva, los accidentes en la peña, parecidos a animales. No han sido, probablemente, pocas las veces en que veía uno de esos accidentes, y en seguida abatía al animal correspondiente. Tales coincidencias solían impresionar su espíritu primitivo tanto o más que nos impresionarían a nosotros hoy.

El no podía dejar de establecer, más tarde o más temprano, una correspondencia definitiva entre ver o poseer la imagen del animal y poseer o cazar el animal.

Sucedió, seguramente, en una estación en que la comida era escasa y se hacía necesaria una providencia.

De tanto ver configuraciones semejantes a caballos, bisontes y ciervos, y de tanto matar los caballos, bisontes y ciervos reproducidos, estos dos hechos, probablemente, se impusieron en el momento de necesidad.

Y entonces debe de haber habido otra coincidencia, porque los hombres prehistóricos, apelando afligidos a sus dioses, deben de haber visto una figura en la roca, parecida a un animal, y haber salido, confiados, para cazarlo y haberlo cazado.

Esto es muy posible, porque esos accidentes raramente recuerdan un animal completo. Representan partes del cuerpo, que tanto pueden pertenecer a un cuadrúpedo como a otro.

En aquel momento, los trogloditas debieron de ver una señal, que pudo ser adaptada al animal que cazaron en seguida. Y aquello, para ellos, fué un mensaje divino.

La misma providencia debe de haber sido tomada otras veces, y seguramente debe de haber resultado bien.

Creóse una clase de magia, y, lo mismo que cuando la caza era abundante, se creía que la existencia de la imagen del animal era un indicio cierto de que el mismo sería abatido.

Los hombres pasaron a buscar los accidentes que les convenían, halláronlos, y los usaron tal como estuviesen hasta el día que quisieron un mensaje más especificado.

Querían, por ejemplo, comer un caballo, y, por más que bus-

casen, hallaban solamente una figura parecida a la pierna de cualquier cuadrúpedo.

Podían, en ese caso, hacer algo, y sin duda lo hicieron, o, más probablemente, lo hizo un sacerdote, ya que se trataba de un aviso del cielo. Trazos o indicaciones sobre la pierna aquella, retocándola y completándola con lo que faltaba del cuerpo de un caballo, para que quedase bien en claro la calidad de la carne que comerían.

Todos los accidentes que he visto en las cuevas del Norte semejantes a pescuezos, piernas, ancas, colas, etc., están retocados y completados de tal manera, que en cualquiera de ellos se puede reconocer un determinado animal.

Esas indicaciones, esos trazos que el hombre prehistórico hizo, eran el principio del dibujo figurativo.

Al mismo tiempo que se aprovechaba de los accidentes, el troglodita podía aprovecharse de las sombras de los accidentes. Sólo quien estuvo en una cueva sin iluminación se puede dar cuenta de los miles de formas fantasmagóricas que produce en las peñas una vela encendida. Son monstruos gigantescos, elefantes, bisontes, caballos y todo cuanto se puede uno imaginar. Debe de haber sido muy grande la impresión que causaba al hombre de las cuevas tal juego de luz.

Muy posiblemente, los primitivos hacían grabados sobre los contornos de las sombras en forma de animales.

Hay indicios de esto en la cueva de la Hoz de los Casares, que ha sido la única que he visto a la luz de una vela. Ciertos grabados que representan caballos y ciervos sólo pueden ser vistos cuando la llama está colocada en determinada posición. Algunas partes del cuerpo de esos animales están formadas por las sombras proyectadas de las rocas.

Cuando todos los accidentes habían sido ya retocados y completados, y cuando ya se había aprovechado de todas las sombras adaptables, sólo restaba al hombre un camino a seguir.

Sintiendo necesidad de imágenes propias a la caza y no hallando más, el hombre las hizo.

Hizo, por así decirlo, una de aquellas señales sinuosas, uno de aquellos accidentes que la Naturaleza no le daba ya, y lo completó en forma de un bisonte, de un caballo o de un ciervo. En otras palabras, empezó un dibujo y lo completó como completaba los accidentes.

La finalidad de sus trazos en los accidentes era determinar una

especie de animal. Por consiguiente, tan pronto se reconocía el animal, los retoques eran interrumpidos.

Acostumbrados con ese sistema, los trogloditas raramente terminaron sus pinturas, lo mismo después de prescindir de los accidentes. A excepción de los de Altamira, son pocos los grabados y pinturas que representan un animal completo. Casi todos están sin terminar, aunque sean extraordinariamente elucidativos.

El momento en que el hombre, con sus dedos, con una punta de hueso o de pedernal, con carbón o con tierra roja, trazó la primera línea, retocando o completando un accidente natural para transformarlo en la imagen del animal que iba a cazar, ha sido el momento en que nació la pintura figurativa.

Henrique Oswald.
Embajada del Brasil.
MADRID.



UNA MUJER EN LA PIEDRA

POR

CARMEN CONDE

Dentro de Amelia.

I. INVIERNO DEL RECUERDO

En este tiempo, en mi campo, empiezan a prepararse los almendros su despertar de flores. Yo hice muchas bellas fotografías de la extensa población que moraba frente a mi casa de Levante. Esta estaba en una calle orientada a la salida del sol, sin terminar de urbanizar; por lo cual había frente a mí un dilatado hueco rasgándose hacia la anchurosidad del campo, del campo mismo labrado que encerraba entre el maizal, la cebada y la huerta, al molino de enormes velas latinas. Hasta él servía de ordenado acceso una callecita de granados cuyas dos orillas orlaban las mazorcas en sus días. Pues más allá de esta tierra, pero muy cerca siempre, se estiraba la adolescencia de los almendros. En enero hace por aquellas tierras un tiempo azul y caliente, en el cual hasta el sol huele a gloria. A la redonda se extiende todo el campo llano, cercado por las montañas que lo separan del resto de la Península. Parece clara la decisión de la Naturaleza por lo que se refiere a esta parte suya: montes por detrás y montes por delante. Los unos, la separan de la tierra; los otros, del mar, dejando sólo un pequeño espacio entre dos muy altos para que las naves puedan recogerse y descansar. Los almendros, que son árboles crispados durante el breve invierno, súbitamente se cubren de botoncillos estremecidos, de los cuales se precipitan menudas rosas blancas. La tierra rojiza y mollar, el cielo puro con su sol inmarchito y, en medio, la algarabía de nácar. Es tan exquisita su delicadeza que no es posible tocarla ni con el pensamiento. El viento salado, al llegar allí "abaja" su prestancia para que al suelo no caigan hojas de tanto precio. ¿Quién pensaría que del botón saltará un frutillo de valor fabuloso? Todo lo que no sea un pasmo de maravilla está lejos. Los almendrales son tan divinos que faltará tiempo en el mundo para elogiarlos

hasta alcanzarlos en su belleza. Frente a mi casa, ¡qué estilizada su nieve esbeltísima!

Enero allí y enero aquí. Desde que empezó, nieva. Todo el pueblo es un almendral en flor. Los árboles que arañaban el cielo seco de Castilla se perlaron; luego se cargaron de nieve que, de tanto llegar a pesar, al fin cae; fruto denso sobre el cielo elevado media vara de su nivel normal.

Grises arremolinados, ventisca que trae de los inminentes montes henchidos de nieve turbonadas de sofocante violencia. El Monasterio, inimaginable de hermosísima luz nívea. Los tejados, alisados y vueltos a alisar de nieve copiosa, tenaz. El pueblo es todo de nieve; heladas están sus calles, y sobre los estanques helados sigue cayendo la nieve, resbalan las piedras sonando el misterioso sonar del agua helada.

¡Pinos, fresnedas, robledos de ensoñación delirante! Las figuras pardas y míseras, las bestezuelas hambrientas y errantes, el viento empujando aludes, silbando enjambres de yelos chiquitos... Sólo la piedra es noble y poderosa, pese a todos los embates.

Frente a mi casa orientada a Mediodía, unos árboles desesperados, el Monasterio, la llanura, los montes... Y en estos árboles sobreagudos, que se parecen hoy que están nevados a aquellos almendros tan distantes, se despiertan rosas pardas: pájaros a centenares que nos piden el pan de Dios. ¡Remolinos de avecicas, de breves esferas de viento, que van y vienen de las ramas de almendros de nieve a nuestro balcón piadoso y enamorado suyo!

Yo pienso: se han vuelto morenas las flores del almendro. Y miro las piedras que transforman mi vida: escucho el silencio de la siembra blanca.

II. INVIERNO FUERA DE MÍ

Hace ya doce o catorce días que vino la nieve a alojarse en el pueblo. Sin conocerlo no es posible imaginárselo así habitado. En las calles pinas y antiguas hay más de un metro de espesa blancura. Todos los tejados relumbran con el ligero rayo de sol, y la nieve sigue su vuelo menudo, etéreo, que apenas es polvillo y que sin cesar eleva el nivel helado del suelo. Ventiscas raudas incorporan a la que cae vertical su oblicua aportación volatilizada. Los caminantes se hunden hasta la rodilla; los perros se revuelcan con gritos de gozo: vienen los pájaros grandes y los muy chicos a pedirnos pan desde los árboles en esquema, cuyas ramas contienen

profusa nieve. Sobre todo, "perenna" la nieve en el Monasterio. Sus pizarras grises y brillantes sueltan, de cuando en cuando, los aludes que chascan y luego estallan al llegar abajo. Caen también las campanas, y como no hay horizonte nada sabemos fuera de todo esto.

Por las calles hay veredas de nieve apisonada, color avellana, helada y resbaladiza. Llevan difícilmente al Monasterio. Las Lonjas son dos llanuras de blancor sinfín e inabordable. Con lento paso seguro atravieso la de Palacio. Está lleno de nieve el portalón y el patio primero. Las viejas paredes dejan el opaco fulgor de estalactitas que resbalaron desde los tejados. El corredor que lleva a la iglesia, los patios que a él concurren, tienen gran altura de nieve. Hay el silencio que parece súbita sordera nuestra, por el que sólo andan los latidos de la sangre. Al llegar a la puerta principal de la iglesia, apenas si puedo avanzar entre la nieve. ¡El Patio de los Reyes cubierto con la más pura vegetación del cielo! Salgo hasta su centro, y las grandes figuras, cuyas cabezas veo desde mi casa, aprueban mi inmersión en la solemnidad del momento.

Está cerrado el templo y abierta una puerta a la izquierda, que traspongo sin saber adónde lleva... A muchos sitios debe de ser, no los recorro todos. Ando despacio por un anchísimo corredor que concurre, con otros más, a un salón con pinturas en el techo. Al fondo, en la sombra, cae y cae de una fuente el agua fría del encierro. Hay en este salón otro corredor adyacente, y de él son muchísimas ventanas a un patio cuadrado, con su fuente en medio. Pequeñas ramas sobrenadan de arbolillos que se engulló la nieve. Todo él está poblado de blancura, y apenas si sus muros, arcos y ventanas asoman el rostro cetrino de la piedra.

¡Qué silencio, qué secreta vida la que habrá, donde la haya, aquí! Nadie podría caminar, perderme; ir por esa escalera hecha en los muros, por esa galería gris y con verdín entre sus losas; pero ¿adónde? La vaguedad que a mi cabeza latina da la temperatura bajo cero, no impide que mi voluntad recupere la salida a la Lonja de Palacio. Nadie. Tolvaneras como brisas ciegan mis ojos y mis pasos. Un arco de piedra que une dos edificios sobre el medio punto de una callecilla da al aire su lejanía retrospectiva.

Andar, andarlo todo. No queda casi pueblo sin mis pasos. Tengo calor. Pienso, ya, en cuantos vivieron aquí antes que yo. ¿Verían así esto? ¿Sentirían la embriaguez de la nieve copiosa mirando esa fábrica de eternidad que es el Monasterio? Sin viento, sin frío no es tan hermoso. Su marco es la tempestad.

¡Qué lejos mi mar, y cuánto amo este país! Traje el alma desparramada en exaltaciones; lírica era mi voz, arrebatada. Ahora, aquí, toda me estoy transida de una intimidad que no podría desembocar en exclamaciones.

Esta asimilación de mi sentimiento estético del paisaje, ¿abre o cierra una creación?

Ahora no nieva. Sobre los montes sigue el plomizo color del cielo, pero el horizonte se ha vuelto dorado y alivia las sombras. Todas las torres, el cimborrio, las portadas severas y esas medias estatuas reales que yo veo desde mi balcón; el extenso panorama de tejados y buhardillas cegadas de nieve tienen deslumbradora luz.

¡Cómo estarán los cuatro estanques del Jardín de los Evangelistas! Y el estanque de la Huerta de los Frailes, ese al que vuelca un ala el edificio soberano para hacer ángulo diedro con la realidad...

¡Qué fragancia de ningún olor en el aire de la Herrería! Y arrecia la caliente claridad tras el Monasterio, acercándose a Madrid, mientras un airecico levanta a los pájaros que se arrebujaron en mi balcón.

Sí, amo este mundo. Cada una de las ventanas del Monasterio es para mi imaginación estancia abrigada, humilde, pero buena para mi vida.

¡Qué bien entona el verde de sus maderas con el tostado de la piedra! Arriba, el gris apretado de las pizarras. Abajo, el blanco en lo blanco de la nevada continua.

Pienso que si viviera yo en una de las estancias de aquellas ventanas no vería el Monasterio. Prefiero vivir aquí, donde gozo de su figura.

¡Toda la llanura helada; apenas asoman las grandes malezas, y mediados se ven los pinos!

Y no deseo el mar. Bate allá dentro de mí como una caracola recordada. Quiero esta liturgia telúrica, quiero este silencio, este abandono, esta distancia que agranda la nieve, del mundo.

Vivir aquí no es estar en el mundo. Es andar en sueños. ¿Cuánto no habré yo soñado la nieve, la isla, el silencio, no tener prisa, poder mirar enfrente un paisaje trascendental?

El cielo recobra su color. Azules súbitos prorrumpen. A la noche, con la luna, desvariaremos amantes El Escorial y yo.

El Jardín con su geométrica perfección. Desde fuera, apoyándose en la tapia que limita su mundo con el de la plazuela donde se abre la universidad agustina, el Monasterio crece en el estanque que provee a la rica huerta. Arriba de todo, el edificio; a su costado de Mediodía, el Jardín; a los pies de éste, la huerta. Categorías. Y como una gran zona divina e intermedia, el agua. Náufrago glorioso que suma vuelos de cigüeñas a la suavidad de los nadadores del estanque, el Monasterio alinea parte de sus tres mil ventanas en un crucero de fe pétrea. Dentro del Jardín, sentarse en uno de los bancos, junto a la borda que es el muro; o al resguardo del boj oloroso y húmedo.

Discurren paseantes; casi todos son enfermos que abrigan la esperanza de reponerse en el clima frío y tonificante. Otros, los más, son extranjeros que pasan breves horas dedicadas al conocimiento, a veces a la admiración. del Sitio. Algunos hay que, como Amelia, vinieron a descansar y a dialogar con el silencio que se le hizo dentro.

Un ángulo recto forman las tapias que limitan el Jardín trazado a Oriente y a Mediodía. Dos planos de las alturas y distancias consideradas desde el Jardín, y de las fuentes y lugares de excursión, campean en el ángulo de la borda. El Mediterráneo, a 1.029 metros por debajo. Madrid, a cincuenta kilómetros, enseña con limpieza sus grupos de edificios que al atardecer suelen mostrarse rosados...

—Yo no comprendo estarse quieto en una habitación. Hay que andar. Hay que hacer músculo.

—Efectivamente. Sin embargo, ella prefiere no moverse.

—Pues es una gran equivocación.

—¡Naturalmente!

Sigue el grupo de paseantes. Son una mujer aún joven, con abrigo suelto azul marino y zapatos deportivos. La acompañan dos jóvenes, muchacha y muchacho, entecos y grises.

Sentada sobre la tapia de Mediodía hay una señora gruesa y charlatana. Tiene un auditorio de solteronas francamente aburridas, a las cuales exhorta:

—Se está pero que muy bien. Yo pago veinte pesetas diarias y tomo tres platos en cada comida, uno de ellos de carne; postre y dulce casi siempre. La ropa es limpísima; el trato, amable...

—A nosotras no nos va tan bien, ¿cuál es su pensión?

—Pues...

El límite oriental del Jardín está atravesado por un muro que tiene dos hornacinas; en una de ellas se sienta una lindísima jovencita rubia, con gafas oscuras, pañuelo de seda a la cabeza... Se defiende del sol. Su madre, en un banco próximo, hace punto mientras conversa con un oficialito palidísimo, muy pulcro, que a quien dirige sus palabras es a la doncella, distraída o buena simuladora. Cerca anda el viejo, vetusto guardián del Jardín.

—Hoy hace un sol hermosísimo. Falta hacía, porque el invierno ha sido crudo.

Sentado en el pretil sobre la huerta, rozando un suntuoso magnolio, hay un mocetón imponente: cuidadoso, guapo, pretencioso... Se calza con botas claras de montaña, de grandes clavos, y viste de gris. No lleva sombrero nunca. Lee, o mira, dejándose mirar con desgano. Una Fräulein con los niñitos de la Embajada habla con un señorete que practica el germano. En la Herrería, los toros recortan sus figuras contra el cielo nuboso y ligero.

Es un navío. La llanura lo tiene anclado. ¡Pero esta terraza del Jardín es un navío! Suena la una en el invisible reloj del Monasterio.

—¡Hay que irse, voy a cerrar!—grita el guarda viejo y derrotado—. ¡Voy a cerrar!

Por el Jardín avanza una esbelta figura decidida. No atiende al guarda, porque ni le oye. Sigue con prisa por llegar al pretil de Oriente. La respaldan, o la siguen, los pinos de la Horizontal. A su izquierda corren las 296 ventanas, en algunas de las cuales hay jaulitas de pájaros, macetas con jeráneos, mientras que de otras cercanas a la Galería de Convalecientes salen acentos velados, pero vehementísimos, de armonium y violonchelos...

Imprevistas palomas descuellan su blancor en el aire.

A la derecha de la que camina resuelta, avanza también la huerta con sus frutales rosados por las flores que los calientan. Va sola esta mujer, y parece que la acompaña el mundo. No saluda a nadie, pero todos los que se iban se detienen como si respetaran su paso.

Amelia piensa: "Llega tarde, no podrá quedarse ya", y se dirige a los arcos de la puerta lejana.

La desconocida sonríe, parpadeando. Mira el libro que Amelia lleva en la mano izquierda. Las cigüeñas pasan en vuelo tendido, muy cerca de ellas, mientras los hijuelos picotean estruendosamente el viento.

—Espere usted Amelia. ¿Verdad que sí es Amelia? Por otra parte, ese libro que lleva es de mi casa...

—¡Paloma! ¡Ha llegado usted ya, Paloma!

El guarda suena sus llaves, indeciso.

—Es que es la hora de cerrar...—se excusa.

Y ellas salen entonces calladas, despacio, como dos seres que se recuperaran después de mucho andar perdidos, el uno del otro, por el mundo. Paloma corta una ramito de boj, lo huele, se lo prende en el pecho. Amelia sonríe, aunque está pálida y no es muy firme su andar.

—Es la una solamente. En casa se come a las dos. ¿Seguimos paseando?—pregunta.

—Sí; vamos a la Casita de Arriba.

Una yunta de bueyes se cruza con ellas. Juegan los colegiales a la puerta de la Herrería, bajo la mirada de un joven agustino. Los albañiles comen sobre el campo, con sus mujeres. La carretera del rey está lisa, perfectamente asfaltada, pero sin coches que la sigan. Por los huecos de la tapia rota se ve a las vacas, a las inocentes terneras, a las yeguas recién nacidas, en la Herrería. El verde está esponjado, los arroyos deliran por recorrerlo todo.

Un mediodía ancho llena los montes y navega la llanura.

Carmen Conde.
El Escorial, 1941.

*



BRUJULA DE ACTUALIDAD

JUAN R. SEPICH (*)

Nació Juan R. Sepich en Buenos Aires en 1906. Algunos datos ayudan a situarlo. Por vía paterna (Román Sepich) desciende de croatas y por vía materna de alemanes (Juana Lange). Es sacerdote y doctor en Filosofía y Teología. Esos datos hubieran servido a un positivista para aclarar los caracteres de la prosa de este escritor y hasta su adensado y particular modo de pensamiento. Sería error atribuir exclusivamente esos rasgos a la herencia y al hecho de haber nacido alrededor del puerto. De hacerlo no explicaría precisamente el carácter que lo destaca: el tener una personalidad vigorosa. Lo cierto es que parece que no siente la necesidad de la belleza literaria, y que su pensamiento es, en casi todo, cosa suya. No es un escritor, en el sentido francés de la palabra; pero es un pensador vigoroso y original. No es dentro de su promoción el que escribe mejor, si por esto entendemos el dominio de la sintaxis y la sustancia del idioma, aunque por momentos se expresa con animación y colorido. Nunca es opaco si se sabe leer su pensamiento, aunque casi siempre es difícil por la misma dificultad de los temas que desarrolla.

Otros datos ayudan a situar su formación. Estudia en el Seminario Pontificio de Buenos Aires, donde obtiene el doctorado en Filosofía en 1926. Después viaja a Roma y estudia en la Universidad Gregoriana. A su regreso estudia Teología en la Facultad del Seminario antedicho, y se doctora en 1930. Inicia poco después sus actividades docentes (1932) allí mismo, dictando, hasta 1935, Historia de la Filosofía y atendiendo luego a Comentario de Textos Filosóficos (1933-34), Metodología Filosófica (1934) e Historia de la Filosofía (1936-39). En los Cursos de Cultura Católica enseña Teología desde 1932 hasta 1935; Introducción a la Filosofía Griega, en 1939. Tres años después ocupa la cátedra de profesor adjunto de Historia de la Filosofía Antigua y Medieval en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Posteriormente actúa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuyo (1934-44, 1947-48), y desde 1950 es titular de la cátedra

---

(*) *La figura intelectual de Juan R. Sepich es bien conocida como colaborador de nuestra Revista, a cuyos sumarios ha contribuído repetidas veces desde los primeros números de* CUADERNOS. *Para completar este conocimiento traemos a nuestras páginas una nítida semblanza del pensador argentino, debida a la pluma del rector de la Universidad de Tucumán, doctor Diego R. Pro, con autorización de la revista* Humanitas, *de la Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán.*

de Etica de la Facultad de Humanidades de Eva Perón. Esos datos hablan de la formación y de la dilatada labor docente cumplida por Sepich. Su formación reposa en un firme conocimiento del pensamiento griego, medieval, moderno y contemporáneo, cuyas fuentes maneja en sus lenguas originales. Y va desde las cuestiones teológicas y metafísicas hasta las prácticas de orden ético, social o político. Su rigor metódico es extremo. Sus clases son buenas; difíciles de seguir por lo severas y enjutas. Fuera de la cátedra es un hombre llano, de buen ánimo, de una simpatía fácil, de maneras y lenguaje criollos.

Su obra se puede clasificar en dos grupos: las teológicas y las filosóficas. Entre las primeras incluímos: *La Eucaristía* (1933), *La teología de la fe cristiana* (1937), *San Juan de la Cruz, místico y poeta* (1912), y los *Comentarios de los cuatro Evangelios.* El segundo grupo abarca obras de filosofía teórica, de filosofía práctica y de historia de la filosofía. Entre las de índole teórica figuran su *Lógica formal* (1940), sus *Lecturas de Metafísica* (1946), sus notas a *El ente y la esencia,* de Santo Tomás (1941), *La filosofía de ser y tiempo de M. Heidegger* (1954). Entre las de carácter práctico están *Estructura de lo social* (1940), *Introducción a la Etica* (1952), *Del hombre y su convivencia* (1953). Entre las de carácter histórico y crítico hay que mencionar su trabajo históricoexegético sobre el *Parménides,* de Platón (1948). A esas obras se agrega su *Introducción a la Filosofía* (1942), sus traducciones de *El ente y la esencia* (1941), *El espíritu del hombre y la verdad,* de Teodoro Häecker (1941), *El valor sacramental del universo,* de Johann Pinsk (1947), sus ensayos y sus numerosos artículos publicados en revistas argentinas, americanas y europeas.

* * *

Procuremos ahondar en la evaluación de su obra, ya que no en la exposición de su doctrina, que excedería, quizá inútilmente, el carácter de esta nota. Su *Introducción a la Filosofía* es un libro original de concepción y organización. Hay muchas maneras de escribir una obra así. Sepich lo ha hecho con criterio nuevo, que tiende a dar, además del contenido de la filosofía, "el plano para tomar orientación y ayudar a un examen de la vocación filosófica, en cuanto pueda constituir una forma de vida en el horizonte de la propia existencia". Articula el libro en dos partes: una, donde estudia los límites, la estructura y el contenido del saber filosófico;

otra, segunda, donde se ocupa de la realidad del filósofo, su vocación, su tarea y sus medios. El agua freática de un pensamiento vivo circula por todas sus páginas. Su cauce es una lengua tajante, enjuta, que serpentea entre versicular y aforística. Desde luego que no se trata de una obra didáctica al modo de las introducciones corrientes, que a la postre no introducen a nada. Quien pase por ella adquirirá la capacidad filosófica, que es lo que importa, y una suma grande de saber, que tampoco es despreciable, y que permite abrir la obra por cualquier parte. Sus *Lecturas de Metafísica* son lecciones de un filósofo genuino. Es obra de síntesis, de zumos, de resultados, los de quien ha subido, ha medido y ha explorado en persona las cimas del saber metafísico. Contienen el estudio de los temas introductorios de la metafísica realista y analítica: delimitación y alcance de la disciplina, indagación metafísica del ser trascendental. Son lecciones largamente elaboradas y poseen carácter investigativo. Su *Lógica formal* es un buen vademécum de enseñanza universitaria, que sigue los caminos de Aristóteles, de Santo Tomás y, sobre todo, de Juan de Santo Tomás. *La filosofía de Ser y Tiempo de M. Heidegger* y el ensayo sobre *La situación de M. Heidegger en la Filosofía,* sus dos trabajos más recientes, se complementan y apoyan entre sí. Uno expone en forma de doctrina la analítica existencia del "ser ahí", y el otro rastrea el sentido y la significación históricofilosófica del pensamiento de Heidegger. Encontramos en ellos, por una parte, al expositor objetivo, penetrante, con el prurito de la perfección y la exactitud, que no le deja trampear, y, por otra, al ensayista capaz de descubrir las distintas líneas de significaciones teológicas, filosóficas e históricas que concurren en la filosofía existencialista. En las disciplinas de carácter filosófico práctico cae su estudio *Estructura de lo social.* Allí confronta el universalismo del pensamiento social cristiano con el sentido individualista y el sentido comunitario del pensamiento moderno y contemporáneo. La verdad no tiene color local, pero las verdades sociales revisten algunos caracteres propios, que las hacen, no esquemas fríos y librescos, sino verdades que llevan el sello del país que destiñe en ellas. Queremos decir con ello que Sepich ha estudiado los fenómenos sociales de la Argentina y que tiene de ellos conocimientos hondos. Su *Introducción a la Etica* es un libro bueno y difícil; trata en él de la estructura de la conducta moral, de su norma, de la imperatividad, la obligación y la sanción, del dinamismo de la acción moral y del pensamiento moral. Es una obra de investigación, donde se

confrontan los resultados de la ética tradicional con otras posiciones modernas y contemporáneas. Está llamada a perdurar en el tiempo. Su penetrante ensayo sobre *San Juan de la Cruz, místico y poeta*, es el mejor trabajo que se ha hecho en el país sobre el santo de Avila. Su época, su mística, su teología y su actividad poética están estudiadas en sus páginas. Después vienen sus obras históricofilosóficas, entre las que se distinguen sus notas sobre el *Parménides*, de Platón; y sobre *El Ente y la Esencia*, de Santo Tomás. Finalmente, hay que recordar sus artículos breves, circunstanciales de oportunidad, pero no de doctrina.

A lo largo de toda esa vasta labor se advierte unidad de pensamiento y agudeza y rigor de análisis. Ello revela que hay en Juan R. Sepich un filósofo y no simplemente un escritor de filosofía. Se puede pensar que tal unidad de doctrina le viene de la corriente en que está colocado, y que se remonta hasta Aristóteles, Santo Tomás, Juan de Santo Tomás, para no mencionar filósofos realistas modernos y actuales. Pero es el caso que no se asiste en Sepich a una pura reiteración de contenidos ya elaborados. Hace obra renovadora, gana a veces las mismas orillas, pero saliendo de puntos distintos, y en muchas ocasiones logra hacer avanzar la reflexión filosófica hacia terrenos inexplorados. Ha incorporado las verdades básicas de la filosofía tradicional, las ha revitalizado y repristinizado, haciéndolas pensamiento vivo y actuante; ha repensado las corrientes del pensamiento moderno y contemporáneo, dando resultados que nacen de una cabeza especulativa cuya actividad depende de sí misma y no de circunstancias externas. Eso aclara la unidad interna de toda su obra, que va desde la teología y la metafísica hasta la ética y la política. No estamos frente a un escritor de filosofía, más escritor que filósofo, que escribe ensayos desligados de una teoría profunda. Su mente es arquitectónica, trabaja en los grandes problemas de la filosofía; pero al mismo tiempo es sutil y muy inteligente en la visión y solución de los detalles y pormenores doctrinarios. Sepich es, por denso y vigoroso, uno de los espíritus más interesantes de su promoción. No así, en cambio, desde el punto de vista literario. Además, es un pensador que está atento a todo lo que pasa en el mundo, como se observa en sus artículos breves. Viaja mucho, para que el mundo pase por su espíritu y su espíritu por el mundo.

DIEGO F. PRO

RETORICA Y VACIEDAD

El creciente empleo peyorativo de la palabra "retórica", gratuitamente zarandeada por conversaciones de café y comentarios impresos, nos ha de forzar a ciertas constataciones divertidas y evidentes: todo el arte nacional del Siglo del Oro es, en principio, pura retórica; la porción más considerable de la poesía del Petrarca, de las de Lope y Góngora, de la de Rafael Alberti, no admiten una identificación más inmediata que con la agredida retórica, usando ahora el concepto en su más convencional y vulnerable sentido: retórica es la pintura de Reynolds (y, por supuesto, la de Pablo Picasso); la música de Vivaldi, casi toda la de Mozart, las de Tschaikovsky y Rachmaninoff, la de Joachim Kuprian hoy, son, antes que nada, una retórica viva, inmediata, palpable. Hemos hablado, eligiendo casi al azar, de autores (Picasso, aparte) cuya varia, pero incontrovertible positividad no dificultaría a una bogante inconsciencia abocar especialmente el carácter de su obra a los arbitrarios terrenos hacia los que los graves apóstoles de un amorfo y presunto "vitalismo" apuntan su difunta artillería de tópicos. Realmente, no es necesario recurrir a ejemplos en que, tan típicamente, se tiende a confundir hüevos con ajos, retórica con mentira, belleza y estilo racionales con "vaciedad ideológica", "innecesariedad funcional" y demás birretillos a la orden del día. Pues ¿no son retóricas también, cada cual a su especie, la poesía indigenista de César Vallejo, la plástica conmoción regular de un Raoul Dufy, de un Paul Klee, la concentrada química de Igor Stravinsky, el dodecafonismo, las aportaciones mismas de Anouilh, Kafka o Hemingway?

Conviene aclarar humildemente, sin intención dogmática y a quien tenga la salud y la suerte de entenderlo, el hecho, perogrullesco de enunciar, de que no se ha hecho hasta ahora en arte nada que merezca la pena sin que esté sostenido por un básico esqueleto de retórica, en lo que la palabra comporta de manierismo imprescindible y fecundo, de procedimiento en marcha, de caliente inquietud *viva.*

FERNANDO QUIÑONES

EL CREPUSCULO DE LA SABIDURIA

La gente no se ha cansado de discutir todavía acerca de lugares comunes, tales como "decadencia de Occidente" o "crisis", sin aceptar, al mismo tiempo, ningún remedio o solución para resolverlas y sin percatarse de que estos mismos conceptos que nos acongojan, desde hace más de medio siglo, se encuentran a su vez en decadencia o, si se me permite decirlo, en crisis. Desde la poesía hasta la arquitectura, desde la religión hasta la pintura, desde la novela y el teatro hasta las *élites*, todo parece haber atravesado un tremendo período de aflojamiento interior, implícito en la noción de decadencia, como en la crisis; pero, sin embargo, ninguna de las artes, de las categorías sociales o intelectuales, de las técnicas consideradas en agonía ha seguido en la línea lógica del decaimiento ni ha desaparecido en la nada. A veces, al contrario, como es el caso del espíritu religioso, o de la novela, se encuentran en pleno auge y, en lugar de haberse extinguido, florecen con más fuerza que nunca.

Según Gabriel Marcel, también la sabiduría está decayendo. En un libro titulado *Le déclin de la sagesse* (Plon, París) el filósofo existencialista, de matiz cristiano, parece verdaderamente asustado por la huella que el impacto de la técnica ha dejado en el rostro no sólo del arte de pensar, sino en este ápice del cosmocentrismo humano que él llama sabiduría. Este impacto llevaría consigo consecuencias cuyas siluetas trataremos de esbozar más adelante.

Para mejor acercarnos al pensamiento de Marcel, nos vemos obligados a hablar de las dos actitudes antipódicas alrededor de las que se concentran los hombres de nuestro tiempo. La primera es el *antropocentrismo práctico*, típica de los que pertenecen a la civilización occidental, a la soviética y, en parte, a la humanidad del extremo Oriente. Esta actitud reniega de cualquier trascendencia y sólo se preocupa por la solución inmediata de los problemas cotidianos y corporales. La segunda es el *cosmocentrismo*, y presupone la humilde integración del ser humano en el ritmo de la Naturaleza. Es la actitud que lleva a la sabiduría y a la que pocos hombres de hoy siguen siendo aficionados. Pues una de las consecuencias inmediatas del antropocentrismo práctico es, sobre todo, entre las *élites*, la caída en el espíritu de abstracción. Cada vez más alejados del sentimiento de la vida y de las realidades vivientes, los hombres conquistados por el espíritu de abstracción se ofrecen a sí mismos como terrenos aprovechable para las ideologías

totalitarias. Sin lugar a dudas, muchos hombres de ciencia occidentales, encerrados en el horizonte limitado de sus investigaciones, están dispuestos a aceptar el comunismo como una conclusión lógica de la estrecha perspectiva a la que los obliga el estar alejados de la vida como totalidad. Es evidente, por el otro lado, que el totalitarismo (comunismo o nazismo) excluye el espíritu de tolerancia y practica el fanatismo, que es lo contrario de la sabiduría.

"Todo pasa exactamente como si el hombre, entorpecido por el peso de sus técnicas, supiera cada vez menos cómo enfocar a lo que es de importancia y a lo que no lo es, a lo que es de alto valor y a lo que es despreciable."

Opuesta a esta actitud dictada por el desarrollo de la técnica, es la de una ascética, inspirada, en los más de los casos, en las prácticas iniciáticas del Oriente. Basta pensar en la evolución espiritual del novelista inglés Aldous Huxley, cuya obra empezó por ser una crítica de nuestra civilización y acabó casi en el yoga. Este doble aspecto del espíritu occidental, observa Gabriel Marcel, es característico también de las corrientes filosóficas de nuestro espacio cultural. En efecto, el tecnicismo está representado por el neopositivismo lógico-matemático, que ha triunfado en los países anglosajones, mientras las doctrinas de inspiración metafísica, existenciales o no, dominan en Francia, Alemania, Italia, España y en la mayoría de los países hispanoamericanos.

Ningún problema es tan grave, según Marcel, como el de las relaciones entre cristianismo y sabiduría. También aquí el espíritu técnico está corrompiendo el enfoque cristiano de la sabiduría. Esta corrupción tiene dos matices, bien visibles entre nosotros: en primer lugar, los defensores del espíritu cristiano están tentados, por el avance mismo de la técnica, a aceptar el historicismo, fuertemente contaminado por el marxismo, como base de su posición religiosa y política. Marcel cita el caso de un famoso sacerdote francés, amigo de los comunistas, el cual, al reprochársele su actitud de simpatía a pesar de que comunismo quiere decir también campos de concentración y genocidio, contestó: "Y ¿qué es todo esto en comparación con lo demás?" Es una respuesta típica de un hombre enceguecido no sólo por el espíritu historicista, convencido de que el comunismo sigue fielmente el sentido de la historia, sino también por la manía de los números. Esta clase de cristianismo es, según Marcel, una aberración. "Es extremadamente interesante observar que, en este caso, pecar en contra del sentido común es, al mismo tiempo, pecar en contra de la justicia y la caridad."

En segundo lugar, este delirio historicista lleva consigo un peligro tan grave como aquél: el de un *antidelirio* integrista que consiste en querer volver a las fórmulas más apolilladas y anquilosadas de la teología. "Nada más alejado (como este retorno) de una sabiduría digna de este nombre."

Como se ve la crisis de la sabiduría define, quizá mejor que cualquiera otra (si es que existen siquiera crisis *parciales*), la situación del hombre actual frente a su propia creación. Si está por triunfar la voluntad de poder y si el mundo amenaza con transformarse en un campo de trabajo, preferentemente forzado, entonces la sabiduría amenaza con derrumbarse, y con ella el hombre. La conclusión, aunque paradógica, de Gabriel Marcel, es que, en esta perspectiva, "el problema práctico y el problema metafísico tienden a confundirse". Esto quiere decir también que, en el plan de una posible salvación, no basta con exhumar algún principio o algún santo para encontrar el justo camino. Se trata de saber vivir *con* este principio y *con* este santo, actualizándolos y transformándolos en fuente de vida.

Pero, en este caso, la decadencia deja de ser absoluta. Si cada uno de nosotros, o cada una de las sociedades vivientes, tiene la posibilidad de encontrar, hasta en el pasado, la luz que necesita para salvarse, es incorrecto plantear el problema de Occidente (desde el aspecto cultural, político, social, artístico, religioso, etcétera), según el punto de vista de la muerte. Toynbee nos enseña que las civilizaciones no son mortales. En este caso, el positivismo de Valéry, que afirmaba lo contrario, y que se inspiraba en Spengler, no fué más que una especie de apogeo del concepto de decadencia.

VINTILA HORIA

UN EJEMPLO DE IBEROAMERICA PARA EL MUNDO: EL DERECHO A LA EDUCACION

Tibor Mende, el conocido comentarista de asuntos internacionales, ha señalado que, en la hora actual, Iberoamérica se encuentra empeñada en *la mayor empresa educativa del mundo* (1). Su ofen-

(1) Cons. "América latina, el mayor laboratorio de educación del mundo", en *El hombre, contra la ignorancia,* UNESCO, 1953, págs. 45-47.

siva cultural se extiende, al mismo tiempo, sobre los círculos más cultos y sobre las esferas menos favorecidas.

Ahora bien: frecuentemente, se esgrimen las cifras del analfabetismo en la América Ibera, creándose detalles y circunstancias pletóricos de interrogantes. Mas, a fin de no incurrir en una simplificación excesiva, urge registrar otros pormenores ligados a esta faceta cultural, testimonio de la existencia de un panorama arriscado en tal perfil de la política del espíritu.

En efecto. Es el problema de las zonas retrasadas—existentes en la misma Europa—, de los pueblos dependientes: aspecto muy importante del mundo del presente. Y vinculada a estos extremos aparece, naturalmente, la cuestión de la educación.

No se olvide que, como afirma James Yen—fundador del movimiento chino de educación popular—, "las tres cuartas partes de los habitantes del universo están mal alimentadas y no saben leer ni escribir". He aquí una tesis general: la ignorancia es un obstáculo para el desarrollo de la personalidad; la ignorancia es engendradora de miseria.

Ahora bien: como factor esencial se muestra la instrucción elemental. Bien se recuerda cómo es posible afirmar—sin temor a exageración—que, en el conjunto de la población universal, hay, por lo menos, 1.200 millones de analfabetos. Desde luego, son variados los elementos que se oponen a la escolaridad obligatoria: geográficos, económicos, sociales, pedagógicos (a veces, se suman todos estos factores, agravando la situación y haciendo dificilísima la solución del problema). Por otro lado, aun en los Estados donde es una realidad la obligatoriedad y la gratuidad de la instrucción elemental, el asunto de la enseñanza profesional y técnica no ha sido resuelto todavía.

Empero conviene tener presente que el analfabetismo no es la única señal distintiva de la falta de educación. El solo hecho de saber leer, escribir y contar no basta para desarrollar la personalidad del hombre. "El derecho a la educación—según subraya Jean Piaget—es el derecho del individuo a desarrollarse normalmente en función de las posibilidades de que dispone, y la obligación para la sociedad de transformar esas posibilidades en realizaciones efectivas y útiles." En ese sentido, las Naciones Unidas han inserto este derecho en la Declaración Universal adoptada en 1948. Y el Acta constitutiva de la Unesco precisa que la Organización "dará nuevo y vigoroso impulso a la educación popular y a la difusión de la cultura", "sugiriendo métodos educativos convenientes para

preparar a los niños del mundo entero a las responsabilidades del hombre libre".

Surgen las distinciones: por ejemplo, los distingos entre el derecho de asistir a una escuela organizada y el derecho de hallar en ella todos los elementos que puedan favorecer el pleno desenvolvimiento de la personalidad humana.

Aparece también otra cuestión aguda: la de la educación de los adultos. Ni los esfuerzos de hombres generosos, desde hace muchos siglos, ni los resultados de ciertas labores bienhechoras han disminuído su importancia y actualidad. He aquí la postulación fundamental, formulada en *El derecho a la educación: ¿Cómo evitar que las masas de trabajadores se entreguen a la explotación desenfrenada de los mercaderes de placeres fáciles?* Claramente se percibe, sin necesidad de grandes meditaciones, que la educación tiene una función social que ejercer, además de una misión individual. (Llegados aquí, debemos mencionar un extremo interesante: *la educación fundamental.)*

En suma, la tarea a realizar es ardua. Los educadores se enfrentan con un cúmulo de materias. La XIV Conferencia Internacional de Instrucción Pública, celebrada en Ginebra en julio de 1951, adoptaba una recomendación importante sobre la escolaridad obligatoria y sus prolongaciones. Bien se comprende el significado de la enseñanza universal, gratuita y obligatoria leyendo las conclusiones del Seminario Internacional de Educación Primaria Unesco-Oea, de Montevideo, en 1950, y las recomendaciones de la citada Conferencia Internacional de Instrucción Pública.

Admitamos que la ignorancia constituye uno de los integrantes del círculo vicioso en que se encadenan, trágicamente, la subproducción, la deficiencia de alimentos y las enfermedades endémicas. Diderot dijo: "Dichosos los tiempos en que los dirigentes del mundo hayan comprendido que su seguridad consiste en mandar a hombres instruídos." Y Torres Bodet ha declarado: "Recordamos con espanto los campos de concentración. Y no parece que siempre nos demos cuenta de que, sin cárceles ni alambradas, más de mil doscientos millones de hombres y de mujeres viven en el calabozo, implacable, invisible, interior, de la ignorancia..."

No cabe dar entrada en el marco de una breve "nota" a todas las cuestiones que el tema sugiere. En todo caso, estos asuntos van enlazados a la interrogación general: ¿cómo educar, cómo formar la personalidad humana? En octubre de 1951 advertía el Sumo Pontífice: *El mundo presente tiene una necesidad urgente de ser*

convencido por el triple testimonio de la inteligencia, del corazón y de los hechos. Y esto es de aplicación inmediata a las singularidades resaltadas. Volviendo al punto de partida, Hispanoamérica—a través de sus problemas, de sus esperanzas y de sus obras—marca nítidamente la ruta...

LEANDRO RUBIO GARCIA

GIMENEZ CABALLERO Y AMERICA

Nada más justo que el homenaje de simpatía y admiración que el Instituto de Cultura Hispánica y el Centro de Estudios Históricos de Colombia tributan a Ernesto Giménez Caballero, y digo que nada más justo, pues si se hubiera pasado en silencio su presencia en esta ciudad de Bogotá, no sólo los Centros de cultura ya nombrados, sino el país entero, habrían quedado con una deuda pendiente de gratitud que habría pesado fatalmente sobre nuestra conciencia de colombianos. Estamos, pues, pagando en parte esa deuda, y devolviendo a Ernesto Giménez Caballero, en comprensión y fervor, parte de lo que él ha venido a traernos, como expresión de su amistad por nosotros, como heraldo de una nueva política, en relación con la madre patria España.

Esa nueva política, que Giménez Caballero profesa como un apostolado, y a la cual ha consagrado su inteligencia y sus admirables dotes de escritor y de conferenciante, es el reconocimiento, por parte de España, de un hecho esencial: el de nuestra independencia, no como acto de rebeldía o de insubordinación, sino como necesidad histórica y designio providencial, circunstancias ya previstas por ilustres españoles del siglo XVIII, y, en cierta manera, inevitables para la futura economía del mundo, ya consideremos el hecho como simple determinación de causas humanas, o bien lo encuadremos dentro del criterio providencialista que el gran Quevedo designó como la política de Dios.

Con este exacto y justiciero modo de apreciar las cosas, Giménez Caballero coincide con notables pensadores de este lado del Océano, tales como Miguel Antonio Caro, que consideraron la guerra de la independencia a manera de un episodio civil, en que fuerzas nuevas y juveniles que habían sorbido su savia restauradora del propio tronco ibérico—tal es el caso de Bolívar—, iban a rom-

per definitivamente con un Gobierno en decadencia para constituir, en virtud de su autonomía política y social, poderosos núcleos de hispanidad en estas tierras nuevas, vale decir, para salvar la cultura cristiana en el inevitable choque de las civilizaciones.

Y ampliando más el pensamiento, y si América ha de ser como el vasto estuario adonde afluyen todas las corrientes raciales de la Humanidad, y si ha de formarse aquí, según el hermoso pensamiento de Vasconcelos, la llamada raza cósmica, lograr que esa raza lleve, como levadura germinante, el fermento hispánico. De esa manera, España acabará por reducir el mundo a la unidad de su espíritu.

Justificado el hecho de la independencia, se deduce que es necesario justificar y glorificar a quienes realizaron la empresa. Así lo ha comprendido Giménez Caballero. De ahí su amor por Bolívar y su admiración por nuestro Libertador. Desde hace muchos años a esta parte, el escritor Ernesto Giménez Caballero volvió los ojos hacia estas tierras de América, y principalmente hacia sus libertadores. Y no contento con demostrar sus convicciones históricas con libros, charlas y exposiciones de todo orden, ha levantado, como todos vosotros lo sabéis, en el mismo centro de Madrid, un verdadero altar a los héroes americanos. Desde Bolívar, el libertador político, hasta Darío, el emancipador de los ritmos poéticos. Allí oficia Giménez Caballero y allí ha cobrado la palabra "Hispanidad" un sentido más amplio y comprensivo que el del tópico a que veníamos acostumbrados.

Por lo pronto, los americanos nos hemos sentido halagados y convencidos por la prédica de Giménez Caballero. Y él debe comprender que en este juego de suerte y azar que, en cierto modo, significa arrojar ideas a la incertidumbre del porvenir, tiene ganada la partida por anticipado. Cuando ya nadie recuerde agravios inferidos por otros, la nueva política de Giménez Caballero servirá de amplia base para fundar la definitiva armonía de todos los pueblos herederos de Roma. Una vez más encontramos a Giménez Caballero en la ruta espiritual de Caro. También nuestro humanista predijo esa futura confederación de almas en su himno de exaltación de la raza latina. Pero es necesario advertir que todos y cada uno de nosotros somos deudores de Giménez Caballero, no sólo por los frutos de su apostolado, sino por su simpatía personalísima. El mira a Colombia como patria suya, y está en lo cierto; y mira a cada colombiano como a un viejo amigo y aun entrañable camarada, y está en lo justo. Quienes hemos pasado por Madrid, y aquí me escuchan testigos de mucha autoridad, lo hemos tenido

a nuestro lado como guía y consejero, como maestro y como orientador. Y hemos sentido el calor de su hogar nobilísimo, y el incomparable beneficio, para el que pisa por primera vez esa tierra, de sentir la cariñosa asistencia, no de un extranjero más o menos cordial, sino de un compatriota que nos reconoce, de hecho, como miembros de la misma hermandad, en ese Madrid que él conoce como nadie y que como nadie ha estudiado. Allí nos hizo visitar sitios memorables donde se acendró buena parte de esa tradición espiritual que Giménez Caballero ha bebido en sus propias fuentes, pero que llegó a nosotros mezclada con la sal del Océano, o derretida en las nieves de nuestras cumbres o en la miel de los frutos tropicales.

No ignoramos nosotros que las circunstancias geográficas y el peso de la economía, que ahora decide la suerte de los pueblos, desvía a estas naciones de su natural órbita y las arroja por caminos extraños. Si el pensador uruguayo despertase ahora, advertiría que Ariel enmudece, doblegado sobre el caduceo de Mercurio. El toque está en no pecar esencialmente contra imperativos de una cultura que se ha nutrido de esencias ideales, y que ha dado fruto de santidad y heroísmo, de sabiduría y de abnegación, de noble locura y de extrahumana fortaleza, que no pueden llegar, a la postre, y ya en su descomposición, a abandonar los caminos de la máquina. Pero a estos pueblos basta con recordarles esos ideales para que enderecen la ruta.

Esa es la misión de Giménez Caballero, misión de incalculable trascendencia, y que él cumple, bajo la enseña de Cristo, en nombre del Cid, de Don Quijote y de Bolívar, los tres principales caballeros de la raza. Gloria y honor para Giménez Caballero, el más americano de los españoles. Sepamos corresponderle declarándonos, como siempre, los más españoles de los americanos.

RAFAEL MAYA

ACTUALIDAD CULTURAL DEL MUNDO LIBRE

El famoso psicólogo suizo Carl-Gustav Jung acaba de cumplir ochenta años. Conocido como "disidente del freudismo", creador de la tesis de la "realidad del alma", o de conceptos de tanta difu-

sión en todos los ambientes cultos como el "inconsciente colectivo", las teorías y el verdadero aspecto de la doctrina de Jung no han alcanzado más que a un círculo de iniciados, a pesar de la fama que le rodea. Su aniversario, celebrado en Suiza con verdadero fasto, ha sido aprovechado en muchos países europeos para que sea presentado al gran público una especie de balance de la filosofía de Jung.

Freud afirmaba que toda nuestra vida interior se basa en la experiencia de la edad infantil y que nuestra existencia no es más que el desarrollo de una película registrada por cada uno de nosotros, y una vez para siempre, durante los años decisivos de la infancia. Para Jung, al contrario, cada edad o cada etapa de nuestra vida tiene sus problemas característicos, y que los problemas que nos plantea el presente tienen un sentido diferente del que nos planteaba el pasado en la época en la que era todavía un presente. En otras palabras, no es sólo la infancia la que domina y dirige el desarrollo de nuestra existencia psíquica, sino también otros factores. Antes de enfocar estos factores, tenemos que aclarar otro aspecto del pensamiento de Jung, que lo diferencia tanto de Freud como de Adler. Para sostener su teoría, Freud la fundamentaba en el *amor;* Adler, al contrario, sostenía que todos nuestros impulsos estaban dictados por la *ambición.* Jung sostiene que tanto el amor como la ambición no son solamente dos instintos o dos pasiones ciegas que determinan nuestro comportamiento en la vida, sino dos actitudes frente a la vida. El hombre que ama, o que se deja llevar por el amor, tiende hacia un objeto; su meta está, por consiguiente, fuera de él. En cambio, el que obra por ambición y sigue el camino indicado por la voluntad del poder, tiende hacia sí mismo, puesto que su mayor deseo coincide con la afirmación del sujeto. Así es como Jung llega a distinguir dos tipos psicológicos distintos: el *introvertido,* o el ambicioso de Adler, y el *extravertido,* o el hombre que vive bajo la obsesión de la *líbido* freudiana. La forma anormal o de desequilibrio interior en la que se manifiesta el introvertido será la neurosis, marcada siempre por una obsesión, mientras el extrovertido manifestará su anormalidad bajo la forma de la histeria.

La clasificación tipológica de Jung es mucho más compleja, pero nos limitaremos a insistir aquí sobre el cambio de interpretación al que ella lleva a su autor cuando trata del problema del inconsciente. Según Freud, el inconsciente estaba formado nada más que por "las migajas caídas de la mesa de la consciencia". Para Jung, el inconsciente es algo mucho más importante, y sus

raíces no son, para decirlo así, *existenciales*, sino más bien *esenciales*. Esto quiere decir que nuestro mundo interior tiene una base mucho más amplia que la de las experiencias personales realizadas por el individuo en el período de la infancia y que, en general, nuestro comportamiento está influído por experiencias innatas, pertenecientes a una herencia psíquica que precede al individuo y que se relaciona directamente con el linaje y con la estirpe. Todo este complejo ancestral se llama, en el marco de la teoría de Jung sobre nuestro mundo interior, "el inconsciente colectivo".

¿Cómo ha podido llegar Jung a esta importante conclusión? Examinando los sueños y los delirios de sus pacientes, Jung ha observado que individuos sin ninguna relación entre sí pueden tener sueños o delirios semejantes. Más todavía: que las imágenes producidas por los sueños de sus pacientes tienen un visible parecido con los mitos de los pueblos primitivos todavía existentes o hasta desaparecidos en el tiempo. Al comparar esta impresionante coincidencia entre lo que nosotros soñamos y lo que hombres de otras edades han considerado como la base de sus sociedades y de sus culturas, Jung califica de *arquetipos* todas estas comunes manifestaciones. Por consiguiente, si para Freud el inconsciente era la sobrevivencia de la infancia en la vida del adulto, para Jung el inconsciente colectivo es la sobrevivencia de lo primitivo en la vida del civilizado. Este distingo es muy importante, porque estas imágenes o arquetipos constituyen verdaderos "órganos psíquicos" que se han formado durante los siglos, debido al contacto del ser psíquico con el universo, del mismo modo en que nuestros órganos corporales se han formado debido al contacto de nuestro cuerpo con las fuerzas físicas del universo. Como se ve, se trata de una teoría antiidealista, visto que, si estos órganos psíquicos y físicos se han *adaptado*, a lo largo del tiempo, a unos factores exteriores, esto es prueba de que la realidad exterior existe y no es sólo una proyección del sujeto, como lo afirmaban los filósofos idealistas.

Conceptos como *el alma, la intuición* y *la interioridad*, cobran, de este modo, una significación metafísica a la cual no podía aspirar el psicoanálisis de Freud, cuyo desprecio por la filosofía es la causa más importante de la limitación de su teoría respecto a la patología y a la psicoterapia.

El eco que las teorías de Jung, sumariamente esbozadas aquí, han logrado despertar en la filosofía de las religiones y en la literatura ha sido importantísimo, y bien puede decirse que una línea divisoria muy clara separa a los escritores, investigadores y sociólogos que durante los últimos cuarenta años han seguido a

Freud o a Jung. El impacto del psicoanálisis sobre la literatura ha sido decisivo, y desde Joyce y Proust hasta Zweig y hasta los novelistas norteamericanos de las últimas generaciones, toda una corriente literaria ha vivido bajo el influjo de Freud. También en Sartre y los demás existencialistas se notan, lógicamente, resonancias psicoanalíticas. El influjo de Jung es todavía menos visible, puesto que el escándalo armado por el existencialismo ha falseado bastante la perspectiva literaria de nuestro tiempo. Pero ya en la última novela de Mircea Eliade, titulada *Bosque prohibido*, y recientemente publicada en París (Gallimard, 1955), la presencia de Jung es evidente, como lo es también en las novelas del escritor italiano Carlo Coccioli. Este paso es sumamente importante, porque desvía, por fin, a la novela del camino psicologista en el que se había extraviado desde hace un siglo. Con la ayuda de Jung, la novela se orientará hacia la filosofía y nos dará así una imagen completa y valedera del hombre actual.

* * *

Los ataques en contra de la poesía se han vuelto epidémicos en los últimos años. Hace algún tiempo, un crítico francés trataba de demostrar que la poesía era un género literario que nadie entendía y que sólo un absurdo sentimiento de orgullo y pedantería sigue convirtiéndonos en admiradores de la poesía y de los poetas. La revista *Ciclón*, editada en la Habana, publicó recientemente un ensayo titulado "Contra los poetas", cuyo autor es un cierto Witold Gombrowicz, y cuyo solo título denota cierto desarreglo interior y una intención agresiva que nada justifica. Estar "en contra de los poetas" presupone una réplica a un ataque realizado por los poetas en contra del señor Gombrowicz. Pero no es como para tanto. El autor del ensayo está furioso contra los poetas porque la gente les dedica todavía un culto inadmisible, porque, como dice el autor, "practicamos aún el culto de la Poesía y de los Poetas, y es ésta, quizá, la única divinidad ante la cual nos prosternamos con gran pompa, cantando con voz trémula las glorias de la palabra del Poeta, la misión del Poeta y el alma del Poeta. Y, sin embargo —continúa nuestro violento crítico—, tengo que revolverme contra esas oraciones y destrozar ese rito en virtud de...; en virtud, sencillamente, de esta rabia elemental que despierta en nosotros todo error de estilo, toda falsedad, toda huída ante la realidad".

Se trataría, pues, de acabar con un prejuicio. La pasión por

la Poesía sería algo así como el culto dedicado a una diosa antigua, completamente derrotada por el tiempo y eliminada de la actualidad por otros dioses más útiles y más reales. La furia del crítico es tanto más despiadada, cuanto que está convencido de que "nadie gusta de los versos", puesto que nadie entiende hoy lo que escriben los poetas. Más todavía: los mismos poetas no entienden lo que ellos escriben y, en el fondo, odian y desprecian sus propios versos. Los poetas serían como una minoría de exaltados, convencidos, como los ajedrecistas, por ejemplo, de que su arte o su juego "es la cumbre de la creación humana". "En el fondo—escribe el señor Gombrowicz—, tenemos que convencernos, de una vez para siempre, de que no sólo la poesía, sino que ningún arte nos encanta de verdad." "Con demasiada facilidad—continúa—sacrificamos en estos altares la autenticidad y el valor de nuestra existencia."

No creo sea difícil contestar a tales afirmaciones. Este señor vive un drama que es bastante común, pero que no molesta ni inquieta a nadie: no entiende la poesía. Sin embargo, a nadie, entre los millones de seres humanos que no gozan al leer un poema, si no de Eliot, por lo menos de Víctor Hugo, se le ocurrió la descabellada idea de lanzar filípicas en contra de la poesía y de los poetas. Afirmar que la poesía es "una huída de la realidad" es una tontería; pero sostener que "a nadie gustan los versos" es confundir la invalidez espiritual de un individuo con la Humanidad entera. Sin embargo, explicar lo que es la poesía y por qué hay gente que la aprecia o la estudia, no es nada fácil. Pero creemos que no nos equivocamos mucho si, para contestar en cierto modo a la furia gratuita de este crítico, nos atrevemos a decir que la poesía, igual que la filosofía y el arte en general, es una técnica del conocimiento, una manera de alcanzar la verdad y, con esto, de hacer que la vida sea más clara y más agradable hasta para aquellos que, negando a la poesía, niegan la posibilidad del hombre de acercarse a la verdad y de conocerla.

VINTILA HORIA

INDICE

Páginas

NUESTRO TIEMPO

ARTE Y PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Portada y dibujos del pintor español *Manuel Mampaso*. En páginas de color, discursos del embajador de Colombia en Madrid y del rector de la Universidad complutense, y el trabajo *Don Andrés Bello y el Código Civil chileno*, original del ministro consejero de la Embajada de Chile en Madrid, don Luis Arteaga.

¿ADONDE VA HISPANOAMERICA?



MADRID

1956

EN EL PRESENTE NÚMERO RECOGEMOS EL DISCURSO DEL EMBAJADOR DE COLOMBIA EN ESPAÑA AL CONDECORAR, EN NOMBRE DE SU PAÍS, A LOS RECTORES DE LAS UNIVERSIDADES DE SALAMANCA Y MADRID; LAS PALABRAS DE CONTESTACIÓN DE DON PEDRO LAÍN ENTRALGO, Y UN TRABAJO DE DON LUIS ARTEAGA, MINISTRO CONSEJERO DE LA EMBAJADA DE CHILE EN MADRID, SOBRE DON ANDRÉS BELLO Y EL CÓDIGO CIVIL CHILENO.

LA TRADICION HUMANISTICA DE COLOMBIA

Discurso del embajador de Colombia en España, doctor Gilberto Alzate Avendaño, al condecorar, en nombre de su país, a los rectores de las Universidades de Salamanca y Madrid, señores Antonio Tovar y Pedro Laín Entralgo.

Excelentísimos ministros de Estado, rectores magníficos de Madrid y Salamanca:

Es fama y consenso, cuya exactitud histórica no se trata de discutir ahora, que los conquistadores de América eran hombres de aventura, en quienes más se encomia su desnuda entereza humana, la voluntad tremenda y la descomunal bizarría, que ciertos esquivos atributos intelectuales. Según el verso de Heredia, se lanzaron de Palos de Moguer como bandada de gerifaltes de alcántara feudal, poseídos por un sueño hazañoso, en pos de los áureos grumos y las henchidas venas de Eldorado, que los esperaba más allá del azul fosforescente de la mar de los trópicos.

Mas hubo uno entre ellos en quien se daban cita las armas y las letras. Era un abogado granadino, docto en latines, digestos y partidas. Todo tenía "gavilanes" en su traza y su alma, ornadas de espada y pluma. Se llamaba don Gonzalo Ximénez de Quesada. Exhibía tan exigente prurito gramatical y a tal extremo estaba apegado a las honradas tradiciones de la lengua, que Juan de Castellanos, soldado suyo de Caballería y cronista en verso de su hazaña, refiere una disputa entre ambos, junto al vivac del campamento, a orillas del Magdalena, en que el capitán erudito sacó su tizona dialéctica y salió al campo verbal en defensa de las tesis retóricas de Castillejo, jefe de la resistencia contra la invasión del endecasílabo italiano, que iba a desplazar la cantidad silábica del romance, la cuaderna vía y las coplas de arte mayor. ¡Ah Pedro Laín, que no os hubiera dejado introducir a furto formas exóticas, al modo de Juan Boscán de Almogávar y el fiero y dulce Garcilaso!

Cuentan las crónicas que Ximénez de Quesada dejó una media docena de manuscritos a la posteridad y copiosas deudas a sus herederos, después de haber conquistado para el césar Carlos V un dilatado imperio, como que el licenciado se empareja en estatura prócer y méritos históricos con Hernán Cortés y Pizarro. Hombre fácilmente piadoso, en su testamento hizo una manda para que en la cuesta de Limba, cerca a Tocaima, se mantuviera una tinaja de agua fresca que apagara la sed de los caminantes en aquella vía, cuyas piedras calcinadas reverberan bajo las ascuas de un sol que ampolla la tierra. El Instituto Caro y Cuervo ha publicado recientemente el *Antijovio* de Quesada, rescatado al olvido, donde el letrado y conquistador, con tanta piedad patriótica como vigor polémico, refuta al italiano Pablo Jovio, obispo de Nocera, cuya historia denigraba a los españoles. Esta réplica, en treinta y siete capítulos, la hace sin archivos y obra de consulta, guiado de la memoria. Y, escritor esmerado, se excusa del desaliño del estilo, porque hace años anda en contacto con gentes escasamente pulidas, zafios mesnaderos y paisanos que le sirven de interlocutores.

Si evoco ahora a Ximénez de Quesada y me remonto a tan lejanas fechas en la explicación preliminar de este acto, es porque aquel licenciado, conquistador del Nuevo Reino de Granada y fundador de Santa Fe de Bogotá, dejó sus indelebles huellas digitales en el alma de nuestro pueblo, configurando un poco a los colombianos a su imagen y semejanza.

Quesada es el más antiguo progenitor de nuestro espíritu nacional, propenso a la dialéctica, a la jurisprudencia y a las musas. No es de extrañar si, esculcando los bolsillos de nuestros hombres públicos o las gavetas secretas de sus escritorios, topamos con algún verso furtivo, con pecados veniales líricos, si el propio adelantado era un poeta vergonzante, no ajeno, según decires añejos, "al poético gusto y ejercicio".

A su vez, los habitantes del mundo precolombino, los súbditos del Imperio chibcha, cantaban en los umbrales de los templos los sucesos prósperos o adversos, como relata el propio Quesada, que los oye cantar en melopeas las causas justas para hacer la guerra, cantar siempre, "lo mesmo en la victoria que en el desbarato", para regocijarse, lamentarse o cobrar ánimos.

Y no está solo Ximénez de Quesada en las cabeceras de nuestros orígenes históricos y literarios, sino el mismo Juan de Castellanos, experto en el manejo de la lanza y la pluma, en escarceos de la jineta y la estrofa, aunque a veces le tropezaran el caballo y la sintaxis, el cual narró en una ingenua y tosca epopeya los episodios de la conquista. A Castellanos todo se le convertía en verso, hasta las fechas. Retirado de las armas y las caballerizas, vistiendo sayal levítico como cura de almas en la recoleta villa de Tunja, dióse a escribir las *Elegías de los varones ilustres de Indias* y la *Historia del Nuevo Reyno de Granada*, con epígrafes latinos, en octavas reales las más veces. Así hizo su poema épico, en que los exegetas encuentran algo de la rústica dignidad de los rapsodas primitivos. Allí coexisten el dato histórico, el acento heroico y los maliciosos donaires del genio popular, porque nuestro cronista no desmentía su oriundez andaluza. Resulta acaso el poema más largo de la literatura universal y seguramente de la lengua castellana, pues se compone de ciento cincuenta mil versos. En verdad os digo que no es una composición métrica, sino kilométrica. En ocasiones lo visitaba el numen, en auténtico trance lírico. Entonces producía versos hermosos, como cuando describe el júbilo de los conquistadores al divisar el valle de los Alcázares:

Tierra de oro, tierra abastecida,
tierra donde fundar perpetua casa,
tierra con abundancia de comida,
tierra de grandes pueblos, tierra rasa,
tierra de bendición, clara y serena,
tierra que pone fin a nuestra pena.

LA VOCACIÓN HUMANÍSTICA

Ya en los finales del siglo XVI, los dominicos fundan en su propio convento santafereño el Colegio de Santo Tomás, al que una bula de Gregorio XIII otorga privilegios y categoría universitaria. En 1604, el arzobispo Lobo Guerrero establece el Colegio de San Bartolomé, que posteriormente se erige en Universidad Javeriana. Luego, el prelado fray Cristóbal de Torres crea el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, dotándolo de constituciones y rentas. En esas aulas se enseñan artes y humanidades, teología y medicina, gramática y física.

El ámbito de Santa Fe de Bogotá poblóse desde entonces con el rumor de la controversia especulativa. Se dijera que se había desplazado, dentro del marco temporal de la época, hacia la remota altiplanicie andina el aire de los claustros y posadas de París del siglo XII, donde aquel turbulento Abelardo, entregado a silogismos y amoríos, enseñaba el *trivium* y el *quadrivium*. Los soportales de la quieta villa serrana parecían una sucursal de la docta Salamanca, la áurea ciudad "de raíz gramatical", reproduciendo los torneos del ergotismo escolástico, cuyo estilo geométrico y vocación por la disputa causaron el pasaje satírico de Vives. Vivía la colonia dentro de *quaestiones disputatae* y afanes dialécticos. A tal extremo, que el purpurado virrey Caballero y Góngora se lamentaba en su relación de mando de que las preocupaciones especulativas obstruyeran el paso a las útiles ciencias exactas, cuando había en el territorio tantos caminos que abrir, aguas que contener, minas que perforar, industrias y riquezas que explotar, siendo más necesario disponer de un equipo que manejara el cálculo, el compás y la regla, que tener eruditos exegetas del ente de razón, la forma sustancial y la materia primera. Se estaban formando, a juicio del gobernante mitrado, demasiados vasallos ociosos.

Esta no es una defensa, sino una constancia. Sólo que de aquellos claustros escolásticos salieron nuestros próceres, héroes y sabios. Así fuimos siempre. La tertulia eutrapélica, el cenáculo de Nariño y otras peñas literarias, que degustaban en salones las jícaras de chocolate santafereño o dialogaban en el atrio de la catedral a la caída de la

tarde, fueron el caldo de cultivo específico de la revolución emancipadora y el almácigo en que crecieron las ideas nuevas que iban a conmover la siesta de la colonia, derrumbando las preteridas formas políticas.

Ese es nuestro modo de ser, nuestro estilo histórico, nuestra peculiar forma de vida, nuestra jerarquía de valores. Los héroes de la independencia colombianos solían ser letrados, como Nariño, Caldas, Santander, Camilo Torres, Francisco Antonio Zea, Jorge Tadeo Lozano y José Félix de Restrepo, para citar apenas unos cuantos nombres egregios. Los mismos que acompañaron a Mutis en la ciclópea empresa de la expedición botánica y bajo su rectorado aprendieron a explorar la órbita de las constelaciones, no vacilaron en enrolarse en la gesta civil y afirmar en el patíbulo sus propias tesis. Iban a la revolución por el camino del conocimiento. Eran gente cavilosa, cogitabunda, pero al extremo de sus raciocinios atestiguaban la conclusión con ofrenda de sus propias vidas. El silogismo dejaba de ser una operación de la mente, un ejercicio abstracto, para adquirir un *ethos* trágico, dándole un sentido a la vida y también a la muerte.

A través de todas las épocas, en nuestra existencia colectiva, le hemos dado siempre primacía a los valores del espíritu. Nuestro estado mayor civil, nuestro comando político, la clase dirigente colombiana, se ha compuesto de gentes de pensamiento. Nos han gobernado con frecuencia humanistas, gramáticos y poetas. Casi todos nuestros hombres públicos salen del cuartel general de las letras. Si en otras partes los pensadores y escritores viven recluídos en su torre, sin vías de comunicación con el cuerpo social, nosotros les hemos atribuído especiales fueros y prerrogativas. La condición de poeta puede ser en muchos países una objeción grave para un político, pero en Colombia es casi una regla, por no decir que un requisito. Así, nuestra República ha mantenido una línea de exigencias y preferencias intelectuales, una tradición humanística.

EL SENTIDO DEL HOMENAJE

Perdonadme este prolijo exordio, para justificar y aclarar el alcance y significado de este acto, la gratuidad de este homenaje. Mi país no condecora a Pedro Laín Entralgo y a Antonio Tovar por lo que les deba, porque ésta es una cuenta que todavía no se ha abierto, sino por lo que ellos son. No les paga favores y servicios. Los exalta por su intrínseca valía y eminencia humana.

Pedro Laín fué apenas nuestro grato y fortuito huésped por breves días intensos. Antonio Tovar no conoce siquiera nuestras ciudades, nuestra arrugada topografía, los grandes ríos leonados y las feraces praderas de nuestro territorio. Ello no nos importa al honrar a estos jóvenes maestros de la España contemporánea. Con este galardón simbólico no se trata de satisfacer deudas, sino de rendir tributo a dos figuras representativas de la comunidad hispánica. Tan discreto honor es más un mensaje que un estipendio.

Al par que vuestros merecimientos y vuestra propia personalidad de varones conspicuos, no es extraña a nuestro homenaje la investidura que ostentáis, rectores magníficos de Salamanca y Madrid. Al conceder la parva pero significativa presea a quienes gobiernan dos Institutos ilustres, nosotros rendimos reconocimiento a esos venerables claustros y declaramos el vínculo filial de nuestra cultura. Somos sus herederos, causahabientes y partícipes de un patrimonio de espíritu. Tan preclaras Universidades nos han transmitido un acervo de bienes inmateriales, un depósito de experiencia y sabiduría, permitiendo a nuestros pueblos nuevos la capitalización intelectual y el ahorro.

SALAMANCA Y SU RECTOR

El solo nombre de Salamanca suscita en el espíritu muy gratas y nobles resonancias. Desde antigua data se la reputa por todas las latitudes como la urbe letrada por antonomasia, vivero del saber, emporio insigne de las ciencias y tierra del canto profético, como dijeran sus historiadores clásicos.

Todas nuestras gentes de letras conocen mentalmente a Salamanca, como la topografía de sus propias manos. Con la imaginación y el deseo han visitado sus fachadas platerescas, sus templos y

sus palacios, cuya piedra dulce y blanda cobra al oxidarse, según Unamuno, un color caliente de oro viejo. Han paseado, en ejercicios peripatéticos, a las orillas del Tormes o han entrevisto, en las demoradas tardes de estío, ese patio presidido por el bronce de fray Luis, pardo de intemperies, donde solía solazarse el vasco impertérrito para escuchar un silencio henchido de rumores seculares. Se han creído contertulios de la Plaza Mayor o transeúntes de las callejas por donde discurre la sombra de la trotaconventos del bachiller Fernando de Rojas o pasa el ataúd de don Félix de Montemar, el estudiante truhán de Espronceda. Han mirado por encima de las bardas el oreado huerto del fraile, abastado de paz y contentamiento, en que zumban abejas horacianas. ¡Qué no podrían evocar ellos de ese "alto soto de torres", ni decir del hechizo mental salmantino, ni predicar de esa ciudad entrañable que el viejo y zahareño don Miguel declaraba que cuando "os hablo de mí, de España, de cualquier cosa, os estoy hablando de ella"!

Y en esa Salamanca, contra su fondo erudito y teológico, se perfila la silueta de su joven rector, Antonio Tovar, con ese ascético talante de novicio ibérico, nervioso y soñador, que le encontrara su compañero Laín. Doctor honorario de Berlín y Buenos Aires, catedrático de Latín por largo tiempo, explorador de las civilizaciones abolidas y la estructura lingüística de los viejos idiomas, traductor y exegeta de los autores griegos, experto cicerone en la filosofía antigua, es Tovar un filólogo de muchas ejecutorias, un ensayista original y una alta autoridad europea en humanidades clásicas. Entregado a disciplinas gramaticales, examina con cuidado las vicisitudes de las palabras, trabajando en el interior de ellas y repasando sus orígenes, su plenitud de significado, su ensambladura en el discurso. En este menester ha aprendido la verdad de la sentencia del sabio oriental, cuando dijo que la primera ley del Estado debía ser el ajuste de las denominaciones, porque cuando los vocablos no se acoplan exactamente a las cosas que nombran, sobreviene el desorden mental y la anarquía de los espíritus.

Yo he leído recientemente la *Vida de Sócrates*, de Tovar, en cuya obra encuentro el mismo estilo agonal de su ínclito predecesor en la rectoría de Salamanca. En el prólogo suministra algunas pistas. "Sobre las ruinas de todo conocimiento—escribe—, sobre los huesos calcinados de los que fueron sistemas vivos, se yergue el anhelo de conocer históricamente las cosas y dejarlas un momento quietas, como suspendidas en su paso inexorable. Hay aquí como un afán de sabiduría suprema y orgullo de no morir." Hace, sin embargo, el panegírico de la caducidad y sonríe de la tentativa de convertir en estructuras marmóreas pensamientos de aire, rendido a la soberanía del tiempo. Contra el dolor del tránsito no hay analgésicos. Fluye la vida en su corriente, pese a la criatura que se alza desesperada.

A Sócrates lo coloca al margen de los sistemas, como un hombre que inquiere y llama a la vida para que absuelva posiciones, preguntando siempre, inquieto y alerta. Ese es su esfuerzo por ganar conciencia y el origen de la nostalgia socrática de un perdido paraíso.

Tovar exalta a Sócrates por haber preferido la cicuta a la excomunión, por el apego a su mundo natal, por su muerte dentro de la ortodoxia y la piedad hacia los dioses locales que han criado a las generaciones. Su ejemplo nos enseña que no se deben amputar las raíces y que es menester ser fieles al genio del lugar en que se ha nacido. En ello se sustenta el lote de alegría accesible a los mortales. Esas verdades, más que la inteligencia, las conoce la sangre, porque en ella hay algo que es tierra, como dice el verso de Machado. Para Tovar, aquella definición aristotélica de "animal político" quiere decir que el hombre se diferencia esencialmente de los demás seres en que nace sujeto a una ciudad y metido dentro de una historia.

Sitúa a Sócrates bajo un reflector contemporáneo y hasta emplea locuciones propias de nuestra era, como cuando cuenta que, después de la muerte de Alejandro, emigró Aristóteles con pasos cautos, porque soplaban vientos adversos para los "colaboracionistas", justificando el Estagirita su fuga so pretexto de que no se podía dar a los atenienses

la oportunidad y el riesgo de comprometerse con los dioses en la muerte de dos filósofos.

Tovar alude al *virus de la razón* y pide que se rescate al hombre de "la enfermedad que se llama civilización", para restituirle su fuerza, su originalidad, su dureza y su facultad de crear.

En la atmósfera de Salamanca prosigue Tovar sus cavilaciones y disciplinas, su plática absorta con los vivos y los muertos, escoltado por tantas sombras pensativas y nombres ilustres que aparejan un compromiso: Vitoria, Suárez, Vives, Malon de Chaide, el Brocense, el Tostado, Covarrubias, Calderón de la Barca, Quevedo, Hurtado de Mendoza, Solórzano... Es una galería que va desde fray Luis hasta Unamuno, "ese banderizo indomable de la ciudad de Dios". Ahí trabaja, piensa y escribe no con el yerto instrumento de la razón, sino con la cabeza, que, como explica Laín, tiene pulso y latido.

PEDRO LAÍN Y LA HERENCIA DE
LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

A su turno, Pedro Laín Entralgo ejerce con ejemplar decoro y brillo el cargo rectoral de la Universidad Central de Madrid, sucesora del glorioso instituto de Alcalá de Henares, en que el cardenal Cisneros puso todas sus complacencias. Era hermana menor de Salamanca y su rival en la Edad Media, con su colegio de San Ildefonso y su séquito de numerosas fundaciones docentes del mismo estilo. Ella acometió la insigne empresa de la biblia complutense y se opuso, con éxito, a muchas tesis de la Universidad de París, venciéndola en resonantes controversias teológicas.

Hoy es la Universidad Central. Con una constelación de facultades mayores y alumnos que vienen de todos los confines del mundo hispánico, ha ensanchado sus límites y se ha cargado de preocupaciones nuevas. Su rector magnífico ha querido que ella cumpla sus tareas culturales específicas no solamente creando y produciendo profesionales idóneos, un equipo técnico con sobrada competencia en su oficio, sino sirviendo también como depositaria de la cultura en su sentido humanístico y laboratorio que acreciente los conocimientos científicos. Laín se ha esforzado, como sus predecesores, en que ese claustro satisfaga la función universitaria, que no se contrae a la enseñanza metódica de las profesiones, sino que abarca la investigación, la trasmisión y la extensión de la cultura, para que su influjo se derrame en las masas. Trata Laín de establecer una fértil convivencia entre el saber técnico, el saber culto y el saber de salvación, para emplear una terminología grata a Scheler.

Y no solamente aspira a esa armoniosa síntesis, sino que, a su parecer, la Universidad debe ponerse al nivel del tiempo presente y al servicio del hombre. En ella tiene que encontrar expresión la conciencia nacional, los valores espirituales de un pueblo, su realidad histórica, sus ansias de superación y grandeza. Tales objetivos no los cumple un claustro petrificado en formas anacrónicas, ni circunscrito a la producción anual de licenciados y doctores. Su misión es formar altas inteligencias responsables, *élites*, minorías egregias que guíen el destino colectivo, al producirse el relevo de las generaciones. Se requiere por ende una función de ósmosis y endósmosis entre la escuela y la vida, para fertilizar el saber literal con un sentido humano y una vocación de servicio.

Más ambicioso todavía, este magnífico rector propone una trabazón orgánica de todas las universidades hispánicas, para que el recinto de cada una constituya morada común de las nuevas promociones de nuestras patrias, convocadas a un destino solidario por el idioma, la raza, la fe, los vínculos históricos y la misma idea del hombre.

A la par de sus tareas docentes, adelanta Pedro Laín un trabajo intenso y casi desmedido de polígrafo. Dentro de su juventud colmada y grave, en que las cavilaciones le han ornado los aladares de canas precoces, ya lleva un vasto aporte de libros de singular densidad y mérito. Vive con el ascetismo de un *clerc*. Todos los problemas contemporáneos incitan su inteligencia en vela, como lo demuestra la variedad de sus ensayos, el apretado racimo de sus obras. Su itinerario mental pasa por la física, la medicina y la historia. Igual escribe

sobre el proceso histórico de la ciencia médica, que muestra una densa copia de conocimientos filosóficos y preocupaciones eruditas sobre semántica. El menester científico no le ha cercenado la vocación por la literatura, ni disminuído sus predilecciones estéticas.

Así vemos a Laín internado en el estudio de la antropología en la obra de Fray Luis de Granada o haciendo el enjuiciamiento crítico de la generación del 98, con espíritu constructivo, para destacar sus semejanzas y diferencias, su unidad sinfónica, el *humus* histórico en que se nutre, su amor amargo y furioso a España, que trasciende en todas sus negaciones.

También embraza la pluma polémica para participar en el debate sobre el tema de nuestro tiempo, sobre el conflicto de las generaciones en la historia, que Ranker, Dilthey, Pinder y Ortega pusieron en boga: Su obra es a la vez corroboración y réplica al maestro peninsular, caído recientemente hacia la ladera de la muerte, a quien objeta su concepción biológica y vitalista. Para Laín la semejanza generacional no es como el parecido anatómico de dos rostros—el mismo aire de familia—, sino una común voluntad histórica. Una análoga postura ante los problemas de la época, la conciencia del vínculo, la certeza de una comunidad de destino, es lo que presenta a una generación como variedad humana y fase distinta en el devenir de un pueblo.

Laín pertenece a la serie de escritores peninsulares que le dan un carácter instrumental a la técnica literaria y los primores de estilo, para dotar a su obra de un sentido más profundo, como empresa de cultura y misión humana, con un *pathos* y un *ethos*. Por eso tiene tanto porte y dimensión su presencia de joven maestro.

Esa obra y esa escogida calidad de espíritu han determinado a Colombia, como discreto testimonio admirativo, a condecorar a Laín y Tovar. Para explicar el hecho yo me he entretenido demasiado, abusando de vuestra benevolencia. Un aforista contemporáneo decía que ser breve requiere tiempo. Parece que yo no lo he tenido. Os pido excusas por la longitud de este descuadernado discurso.

Este acto me es singularmente grato, al margen de las tiesas pautas del protocolo. No a fuer de embajador, que es una investidura aleatoria, sino como amigo, yo me congratulo con Pedro Laín y Antonio Tovar. Ellos saben cuánto afecto he querido poner en mis palabras, porque aparte de cuanto he dicho, hay una circunstancia cordial, que es la amistad verdadera que profeso a ambos, desde que tuve la fortuna de acercarme a tan dialectos espíritus, que ha sido como calentarse las manos al amor de la lumbre.

GUILBERTO ALZATE AVENDAÑO

DISCURSO DEL EXCELENTISIMO SEÑOR DON PEDRO LAIN ENTRALGO, RECTOR MAGNIFICO DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

Muchas razones hay, señor embajador, mis queridos amigos, para que sea desmesurado el honor que, con esta condecoración, se me hace. Desmesurado: carente de mesura, falto de proporción con la realidad a la cual se confiere, con mi personal realidad. ¿Qué he hecho yo por Colombia, fuera de entrever un día, bajo la carlinga de un avión, el largo brillo plateado del río Magdalena, ese cristal busca el Norte

igual que la mirada, el azor y la brújula,

según el poético decir de Jorge Rojas; y de contemplar luego apresuradamente cómo Bogotá sabe cumplir la sentencia del mismo poeta:

Esta que ves y tiene su cimiento en
[el alma
es Bogotá, que ignora la medusa y la
[esponja,
mas tiene ala de puerto e inmensidad
[que azota
el momentáneo sitio donde se posa el
[águila
y en azúcar resuelve su escudo de gra-
[nada;

y de gozar, entre tanto, del trato generoso y lisonjero de sus hijos? Fuera de todo eso, ¿qué hice yo por Colombia, para que ahora reciba el privilegio de su blasón?

Y si el honor es grande por la razón —o por la sinrazón—de su desmesura, todavía es mayor, si se piensa en la fina largueza con que se me deparó compañía a la hora de concedérmelo: cuatro príncipes de las letras españolas de nuestro siglo—Ortega, por quien mucho tiempo ha de hablar de luto nuestra lengua, *Azorín,* Marañón y Baroja—y, par de ellos en el saber y el escribir, mi fraterno Antonio Tovar, prez de la actual minerva castellana. Dejadme, por favor, que remedie mi propia invalidez con la fuerza de todos ellos y diga que, decidiéndose a honrarnos a todos nosotros, rendidos servidores de la palabra castellana—ellos con señorial servidumbre de capitán de navío, yo con animosa servidumbre de grumete—, Colombia, liberal y delicada en el dar, ha querido ser fiel a lo mejor de sí misma.

¿No es acaso Colombia, más quizá que la propia Castilla, vestal del fuego de nuestro común idioma, celadora insigne del crisol donde se afina el oro del decir castellano? Letrada nació, como Palas Atenea, por obra de uno de sus engendradores, aquel Gonzalo Jiménez de Quesada, ya noble y disertamente celebrado aquí, que, como ningún otro, supo exponer frente a Jovio las profundas, prometedoras razones de su propia espada. Fielmente letrada quiso ser luego, al constituirse como pueblo libre; y así, a la hora de buscar nombre, eligió aquel que mejor podía convenir a un país del continente que hoy llamamos americano. Es decir, hizo honor suyo el cumplimiento de un deber del continente entero, y decidió llamarse Colombia. Por bien letrada, supo acertar con la palabra. Y luego, en los momentos en que su nacionalidad se constituía, cuando otros se entregaban, para celebrar la recién conquistada libertad, a una retórica ocasional y abultada, Colombia, por la virtud de tres de sus más eminentes hijos —la trinidad de Caro, Cuervo, y Suárez—legisla el idioma común con normas que todavía sirven de norte en la Castilla donde el idioma nació. Y letrada había de seguir hasta el tiempo en que vivimos, en el cual se inicia resueltamente su mayoría de edad. ¿Quién no recuerda la muerte de Guillermo Valencia en su Popayán nativo, de la cual tantas veces nos ha hablado nuestro admirado Eduardo Carranza; muerte de poeta en medio de un pueblo que, en la calle, iba siguiendo minuto a minuto el expirar de quien les había regalado un nuevo y más alto modo de usar las palabras?

Letrada ha sido Colombia, y siempre fiel a España. Tan fiel, que el propio Guillermo Valencia quiso reconquistar para su tierra la más alta creación del espíritu español, y hacer de Colombia casa permanente y definitiva de Don Quijote. Recordad, si no, su poema "La razón de Don Quijote", y cómo en él nos cuenta que el hidalgo, huído de España por Palos de Moguer y alistado a las órdenes de Belalcázar, decía, desde lo alto de uno de los cerros próximos a Bogotá:

Aquí mora mi espíritu libre y vivi-
[ficante,
yo estoy entero aquí con mi nombre y
[mi fama.

Por obra de una alta voz de Colombia, América, Hispanoamérica, quería ser constante hospedera de Don Quijote. No hubo en ello capricho ni extravagancia, porque el mito de Don Quijote, el mito de una existencia quijotesca como empresa histórica perennemente válida y eficaz, es acaso más vivo y más

obrador en la tierra hispanoamericana que en la misma tierra de España.

Mas también aquí ha sido predicado el retorno del ejemplar hidalgo. Cuando Guillermo Valencia recababa para Colombia e Hispanoamérica la constante residencia de nuestro y vuestro Don Quijote, Miguel de Unamuno, Santiago Ramón y Cajal, Ramiro de Maeztu, José Ortega y Gasset y, con su sueño de español, el propio Menéndez Pelayo, ¿qué hacían, sino proclamar otra vez para España, como imperativo de una hora todavía no conclusa, la vigencia de una existencia quijotesca? A uno y otro lado del mar, el llamamiento ha tenido actualidad y eficacia simultáneas. ¿Es posible que esa actualidad y esa eficacia trasciendan de las almas a la historia real? El embajador de Colombia nos recordaba hace poco el memorial de aquel arzobispo que, frente a la demasía de los retóricos, exponía al rey la necesidad de explotar las minas, encauzar las aguas y cultivar las tierras. ¿Será posible, aquí y allí, conjugar de un modo eficaz la servidumbre a la existencia quijotesca y el cumplimiento actual de aquello que el buen arzobispo proponía? El tiempo y nuestras obras lo irán diciendo. Pero desde ahora podemos decir que, para el logro de tal empresa, Colombia ocupará siempre un decisivo lugar de vanguardia; Colombia, que por obra de su gran poeta supo expresar el sentido del sacrificio quijotesco; que el claro fanal de la conciencia haga luminoso y propicio el sino.

Por esto, a la hora de expresar mi gratitud, voy a ser tan ambicioso que la trocaré en petición. Pediré a Colombia que siga fiel a sí misma y, por tanto, a la palabra y al espíritu del cual la palabra es forma; de tal modo, que, si en algún momento tuviese que optar, prefiriese siempre "el claro fanal de la conciencia", una conciencia fina, hermosa y dialécticamente expresada. Esto es lo que vemos en Colombia, esto lo que de ella queremos. Y si por añadidura tiene lo demás, el cafetal opulento, la mina fecunda, la empresa siderúrgica y la energía bien represada, miel sobre hojuelas. Eso esperamos de la colaboración entre Colombia y España, como tan noble y levantadamente acaba de proclamar Gilberto Alzate Avendaño. Así deseamos ver siempre a Colombia, allá lejos, "con su espuma y su piedra, dulcemente curvada sobre el hombro de América".

DON ANDRES BELLO Y EL CODIGO CIVIL CHILENO

(Disertación del ministro-consejero de la Embajada de Chile, señor Luis Arteaga Barros, en el Instituto de Cultura Hispánica, con motivo del Centenario del Código civil chileno.)

(VERSIÓN EXTRACTADA)

Excmos. señores embajadores:

Señoras y señores:

Deseo, en primer término, agradecer al Instituto de Cultura Hispánica y a la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid la valiosa cooperación que han prestado a la Embajada de Chile y a la Asociación de Estudiantes Chilenos residentes en Madrid, para la celebración del Centenario del Código Civil Chileno. Especialmente agradezco a los dignos representantes de ambas instituciones, señores José Luis Messía y Alfonso García Valdecasas, las amables expresiones que acabamos de escucharles.

Por mi parte, he deseado contribuir, en mi doble calidad de ministro-consejero de la Embajada de Chile y de abogado chileno, a esta conmemoración del Centenario del Código, en el cual aprendí en las aulas universitarias las importantes disciplinas del Derecho civil; y en cuya diaria aplicación, durante veinte años de ejercicio de la profesión de abogado, pude apreciar sus grandes cua-

lidades de ley bien estudiada y bien redactada.

He estimado que la mejor manera de unirme a este homenaje es la de recordar ante vosotros, con respeto y con cariño, la personalidad extraordinaria del verdadero autor del Código, el distinguido venezolano don Andrés Bello.

I

Nació Bello en Caracas, el día 30 de noviembre de 1780, cuando el mundo occidental se conmovía con las nuevas ideas filosóficas, políticas y sociales, cuya primera repercusión en América había de ser la independencia de los Estados Unidos, y en Europa la Revolución francesa.

Los primeros profesores de Bello fueron frailes y uno que otro profesor seglar, que desde muy joven lo iniciaron en las disciplinas del latín, de la filosofía, de las matemáticas, de la literatura y de otras ramas del saber humano. Tuvo profesores de francés, pero el inglés lo empezó a aprender solo, ayudado de un diccionario y de una gramática, impulsado del deseo de leer ciertas obras filosóficas inglesas.

Es curioso que ese hombre tan estudioso no llegara a graduarse en ninguna profesión. Empezó a estudiar Derecho, para llegar a ser jurisconsulto, como su padre, don Bartolomé Bello, pero abandonó pronto esos estudios en los que llegaría a ser maestro.

La explicación del abandono de tales estudios podría estar, o bien en que estimó deficientes los medios en que los realizaba, o bien en la necesidad de empezar desde muy joven a procurarse los medios de subsistir, que tal vez empezaron a escasear en su familia al fallecimiento de su padre, circunstancia que lo obligó a ayudar a su madre, doña Antonia López, que vivió largos años, y a la cual profesó siempre un gran cariño.

En tertulias literarias conoció a su compatriota, algo más joven que él, don Simón Bolívar, y, entre otros hombres destacados de Caracas, a don Luis Ustariz, mediante cuya influencia, aunque previo concurso, obtuvo en 1802 ser nombrado oficial de Secretaría de la Gobernación de Venezuela.

Pronto llegó a ser el hombre de confianza del gobernador Vasconcelos, logrando imponerse en sus mayores detalles del manejo de la cosa pública. A la muerte de Vasconcelos conquista igual confianza del nuevo gobernador, don Juan de Casas.

Avanzado ya el año 1808 llegan a Caracas noticias del tumulto de Aranjuez; pero si bien la caída del favorito del rey no produjo conmoción en la ciudad, la produjeron, y muy grande, las noticias que habían de llegar posteriormente: también caía el rey y subía al trono el príncipe de Asturias con el nombre de Fernando VII.

A principios de julio, Casas recibe un ejemplar del diario inglés *The Times*, cuya traducción encarga a Bello. ¡Cuál sería la sorpresa de éste al leer en el referido periódico que Fernando VII ya no reinaba, pues había sido reemplazado por José Bonaparte, que la familia real estaba prisionera y que las tropas francesas ocupaban la Península!

Días más tarde llega a Caracas un enviado francés, que entrega a Casas pliegos oficiales, que Bello traduce, por los que se le hace saber la ascensión al trono de España del hermano de Napoleón.

Casas, anonadado, constata que él nada puede hacer. Carece de fuerzas para ayudar a su rey frente al amo de Europa.

Pero si la autoridad española nada hace por el momento, el pueblo de Caracas, al igual que el de otras ciudades americanas, sí que hizo algo al conocer las dificultades de la Metrópoli.

El cabildo de Caracas, como el de Buenos Aires, de Santiago de Chile y de otras ciudades, era un reducto de la oligarquía criolla, que alimentaba ya sentimientos libertadores. Con astucia acuerda el cabildo resistir la designación del rey intruso y jura fidelidad a Fernando VII. El acuerdo produjo júbilo y agitación en el pueblo. En resguardo de su vida el enviado francés abandona Caracas y por curiosa coincidencia se cruza en el camino a la Guaira con un enviado inglés que trae la nueva de que España organiza la resistencia.

He querido recordar estos hechos y

los que les siguieron no sólo por su gran interés, sino que también por la influencia que habían de tener en la vida, en el ánimo y en las ideas del joven criollo que sirve a la Corona de España como secretario del gobernador, pero que es también amigo y admirador de los inspiradores y futuros realizadores de la independencia de Venezuela. Miranda, el precursor, se hallaba a la sazón deportado. Bolívar y sus amigos conspiraban. El plan de éstos era formar una Junta que se había constituído en España, que "sirviese de medio para cortar toda dependencia con la Metrópoli".

En 1809 asume el mando de Venezuela un nuevo gobernador, don Vicente de Emparán, cuya primera actuación pública es la de celebrar el triunfo de Bailén, que marca el principio del fin para el efímero régimen de José Bonaparte, que tan pronto había de convencerse que no era fácil ceñir sobre las sienes la prestigiosa Corona de España.

Pero, a pesar de ese triunfo de la resistencia española, continúan en la Península las dificultades, alentándose con ello las iniciativas en pro de la emancipación.

Y llegamos así al año 1810. Se organiza en Caracas un complot revolucionario, que es desbaratado por las autoridades españolas, ordenándose algunas detenciones. Años más tarde, una voz interesada en denigrar a Bello lo calumniará, mostrándolo como culpable del fracaso de ese complot y como traidor a la causa de la independencia y a sus amigos. Pero se comprobará la injusticia de esa acusación.

En todo caso, es la mejor defensa de Bello el hecho de que la Junta indepediente que se constituyó el 18 de abril de ese año, no sólo confirmó a Bello en su cargo en la Secretaría de la Gobernación, sino que, aún más: en julio del mismo año lo envía a Londres, junto con Bolívar y López Méndez, a gestionar el reconocimiento y a pedir ayuda para el nuevo régimen.

II

En esa forma se inicia para Bello la segunda etapa de su vida: la de su larga y fructífera permanencia en Londres, ciudad en la cual, cumplida la difícil misión diplomática, se dedica al estudio, al trabajo y a la lectura.

Perfecciona sus conocimientos de inglés, aprende el griego, el italiano y el portugués. Lee y traduce clásicos latinos y griegos, estudia filosofía, derecho, y ¡cosa curiosa!, en el centro mismo del mundo de habla inglesa sigue con mayor entusiasmo sus estudios e investigaciones sobre la gramática castellana, que habían de darle tan justificada fama. En colaboración con otros americanos edita algunas publicaciones, como el Repertorio Americano y la Biblioteca Americana.

Aquéllos habían de ser los años de prueba del futuro maestro. Las tropas españolas han reconquistado Caracas, ha dejado de existir el Gobierno que lo había enviado a Londres, y por lo mismo él ha dejado de percibir el sueldo del cual depende. Bolívar ha regresado a América para intervenir en las guerras de su independencia. Bello y López Méndez deben afrontar una difícil situación. Mientras este último, agotados sus recursos, es llevado a la cárcel por deudas, Bello trabaja intensamente, logrando sobreponerse a las dificultades. Hace clases, traducciones y otros trabajos, con los cuales gana el sustento propio y el del hogar que ha formado con la dama inglesa doña Ana María Boyland, de quien había de tener pronto dos hijos. Fallecida prematuramente su esposa, vuelve a casar con doña Isabel Dunn, de quien ha de tener numerosa descendencia.

Así, entre estudios y trabajos, penas y alegrías, vive Bello dieciocho años en Europa; años en extremo interesantes de la historia y muy bien aprovechados por él, que allá llegó a ser maestro, filósofo, internacionalista, erudito y periodista.

En Europa pudo ver de cerca la gloria y el ocaso de Napoleón, sus interminables guerras, el bloqueo de Inglaterra, el Congreso de Viena, la restauración de las monarquías de Francia y de España y, desde lejos, la independencia lograda en América, pero seguida de disenciones, dictaduras y luchas sangrientas.

En Londres, después de numerosas vicisitudes, que sería largo describir, entró en contacto con la Legación de

Chile, que estuvo primero a cargo de Irisarri y después de Mariano Egaña. A ambos debe Chile la suerte inmensa, diré providencial, de haber adquirido a ese maestro incomparable que fué Bello. En efecto, el primero propuso al Gobierno su contratación, y el segundo logró convencerlo de la ventaja de aceptar la proposición chilena y contratarlo para desempeñar el cargo de oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Sin duda, influyeron en el ánimo de Bello diversas consideraciones para decidirlo a viajar a Chile en lugar de regresar a su patria o de dirigirse a otro país. Es probable que influyeran a la inestabilidad política que imperaba en Venezuela y, quizá, cierta enemistad con sus antiguos amigos.

Pero todo ello entra en el campo de las suposiciones. Lo cierto y positivo es que influyó en forma determinante el atractivo de Chile. Desde lejos, esa naciente República, que en sus albores no había escapado a la suerte de sus hermanas, de ver ensangrentado su suelo con disensiones, fué divisada como la que mayores pruebas de estabilidad podía ofrecer, como la que un mejor campo podía prestar a las ansias de estudio y de realización del eminente venezolano. Allá se dirigió, pues, el maestro.

III

A fines de julio de 1829 llega Bello a Chile, aquel pintoresco y apartado rincón del mundo hispánico, que extiende su territorio a lo largo de Los Andes, a cuyas cimas parece agarrarse para no caer a ese mar inmenso y azul que de Pacífico tiene tan sólo el nombre. En el Norte, áridos y extensos desiertos, escasamente poblados, pero activos productores de riqueza; en el centro, un largo y fértil valle que produce en abundancia y de buena calidad cuanto pueda esperarse de la tierra; en el Sur, inmensos y valiosos bosques, extensos campos de cultivo y lagos de maravillosa belleza. En el extremo austral, frío, y apartado, la ovejería y el petróleo son importantes fuentes de recurso. Y más allá, envuelta en el misterio de su manto de hielo la Antártida, el continente del futuro.

Ese extenso y variado país se encuentra poblado por una raza homogénea en la que predomina la sangre española. En efecto, la raza aborigen era escasa a la llegada de los españoles, y la inmigración de otras nacionalidades europeas ha sido muy pequeña en comparación a la que llegó a nuestras playas desde esta tierra a la que, con razón, llamamos la Madre Patria. Junto con su sangre nos legó su lengua y su fe cristiana.

A poco de su arribo a Chile presencia Bello la última escena de las luchas partidistas que ensangrentaron nuestro suelo a raíz de la emancipación. Derrotada en Lircay la fracción pipiola, antecesora del partido liberal, asume con mano firme el poder de la República la fracción pelucona, antecesora del partido conservador. Bajo la sabia y enérgica inspiración del gran ministro Portales se transforma la pobre y apartada Colonia del Reino de Chile en una de las más progresistas Repúblicas hispanoamericanas.

Cuatro decenios son, propiamente, los que dura ese esfuerzo en el cual colabora intensamente don Andrés Bello.

La primera y más urgente tarea es la de dotar a la República de una nueva Constitución política, pues las anteriores, de vida efímera, han demostrado ser ineficaces frente a las necesidades del momento. Es necesario reforzar la legítima autoridad del Gobierno.

Bello, extranjero todavía y cuidadoso de no intervenir en las luchas partidistas, no actúa en el primer plano; no figura entre los miembros de la Comisión redactora de la nueva ley fundamental. Pero al través de su amistad de toda la vida con don Mariano Egaña, su principal redactor, con el presidente Prieto y con el ministro Portales, Bello coopera activa y eficazmente, aportando ideas y aun cooperando en la misma redacción de la Constitución que ha de ser promulgada el año 1833. Ella ha de regir los destinos de Chile durante más de noventa años. Y aún continúa en vigencia si se considera que la llamada Constitución de 1925 fué promulgada como reforma de la de 1833.

Es para los chilenos motivo de especial orgullo el recordar la gran estabili-

dad política que proporcionó a nuestra Patria aquel Código fundamental. Ningún país hispánico ni latino puede, como Chile, exhibir un hecho histórico semejante: noventa años de vigencia de una misma y respetada Constitución política.

IV

Múltiples, como era su personalidad, fueron las tareas de Bello en su Patria de adopción, que pronto había de conferirle el honor de la nacionalidad otorgada por gracia. Fué así como Bello, nacido en Caracas, vino a ser un verdadero chileno y a ocupar importantes cargos públicos, incluyendo el de senador de la República, cargo que ocupó largos años, cooperando en la discusión de importantes leyes.

Bello prestó, al mismo tiempo que pertenecía al Senado, importantes servicios al país en diversos ministerios, pero sobre todo en el de Relaciones Exteriores, que tanto le debe. Puede decirse que el manejo de los asuntos importantes de la cancillería chilena estuvieron en sus manos hasta el tiempo de su muerte, sirviendo sus sabios dictámenes, como base de su jurisprudencia.

Decidido partidario de las buenas relaciones entre las nuevas Repúblicas americanas y la Madre Patria fué el verdadero autor del Tratado de Paz y de Amistad suscrito entre Chile y España el año 1844 y que había de sellar la amistad entre ambos pueblos.

En su *Tratado de Derecho internacional*, cuya primera edición salió con el nombre de *Derecho de gentes*—lo que muestra la influencia del Derecho romano—expone Bello modernos y previsores conceptos acerca de la igualdad jurídica de todos los Estados y de la no intervención en los asuntos internos de otro país.

Respecto de esta última doctrina podemos leer, en la *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile*, correspondiente al año 1836, el siguiente trozo, que llegó a tener palpitante actualidad precisamente cien años más tarde, a propósito de la guerra civil española:

"Si al estallar cada uno de esos cambios de Gobierno hubiesen de examinarse los títulos del nuevo Gobierno, para mantener o interrumpir nuestra amistad y comercio con el país que les obedece, y si mientras recae en él la sanción del tiempo debiese sometérsele a un entredicho en sus comunicaciones diplomáticas tan necesarias para el cultivo de esa amistad y comercio, para la protección de los intereses privados, nunca más expuestos a peligros que en épocas de conmociones civiles, es excusado decir los inconvenientes que esa conducta traería consigo."

La Cancillería chilena proclamó, pues, hace más de cien años, ese laudable principio, que siempre ha mantenido y respetado.

V

Bello fué el fundador y primer rector de la Universidad de Chile, que abrió sus puertas el año 1843 y cuyos reglamentos redactó con prolijidad, infundiéndole un sello de seriedad y de eficiencia que siempre ha mantenido.

Al mismo tiempo que desempeña tan variadas e importantes labores, Bello continúa sus estudios e investigaciones y escribe, entre otras obras, su famosa *Gramática castellana*. Y sigue escribiendo versos, pues su musa jamás lo abandona aun cuando tiene tan prosaicas preocupaciones.

En Peñalolén, bello rincón montañoso vecino a Santiago, compone su famosa *Oración por Todos*, inspirada en la de Víctor Hugo, ya que no puede decirse que sea tan sólo una traducción de la que compuso el poeta francés.

VI

Pero es hora ya de que nos ocupemos de la que puede considerarse la obra maestra del insigne estudioso. La que le había de dar merecida fama de sabio legislador: el proyecto de Código civil, objeto de la conmemoración que nos reúne.

Estimo que el proyecto del Código civil es la obra maestra de Bello, por-

que es la que un mayor esfuerzo le costó, la que mayor caudal de conocimientos requería y la de más duraderos efectos. Un verso mal escrito o un libro de escaso valor puede caer en el olvido o ser objeto de acerba crítica, pero un proyecto de Código civil mal concebido o mal redactado no habría recibido el honor de ser aprobado y promulgado como ley de la República de Chile. De la acertada concepción y redacción de sus artículos habían de depender el reconocimiento y la legitimación de hijos, la unión de las familias, la estabilidad de los patrimonios, la justa distribución de las herencias, la acertada interpretación y el cumplimiento de los contratos. Por ello es que puede afirmarse que el Código civil es la ley fundamental del Derecho privado para toda sociedad bien organizada.

Al tiempo de la llegada de Bello a Chile se hacía sentir ya en forma urgente la necesidad de codificar las leyes que regían la vida civil, y así lo hizo ver el maestro en diversos artículos de prensa.

Para mejor apreciar esa urgencia es útil recordar que, a la sazón, los Tribunales chilenos debían aplicar las leyes dictadas por la Corona de España para su antigua Colonia, entre las que podemos recordar: las Leyes de Indias, la Novíssima Recopilación, las Ordenanzas de Bilbao, de los Intendentes, el Fuero Real, el Fuero Juzgo y las Siete Partidas de don Alfonso el Sabio. Bien comprenderéis que por muy sabio que haya sido ese rey, y lo fué, sus disposiciones resultaban anacrónicas de fondo y forma en pleno siglo XIX.

Era, pues, necesaria una modernización y codificación de las variadas disposiciones legales.

VII

En julio de 1831 el Gobierno envía al Senado un proyecto de acuerdo, redactado por Bello, proponiendo la designación de una persona que redactase un proyecto de Código civil que, posteriormente, sería revisado por una Comisión parlamentaria.

Aun cuando no sabemos si tal trabajo se encomendó oficialmente a Bello, lo cierto es que éste inició silenciosamente su labor de reunir y estudiar antecedentes y a redactar concienzudamente, como él hacía sus cosas, su Proyecto de Código civil. Se sabe que en 1835 había concluído una tercera parte del trabajo y que en 1840 estaba él casi concluído, por lo que se designó en esa fecha una Comisión de dos senadores y tres diputados para revisarlo. Las discusiones de la Comisión fueron publicadas y se solicitó y obtuvo la opinión de hombres entendidos. Juristas, profesores y magistrados respondieron al llamado, y muchas de sus observaciones fueron acogidas.

Pero como siempre ocurre con el trabajo de las Comisiones, sobre todo cuando él requiere un esfuerzo continuado, la revisión fué muy lenta y, a veces, suspendida por inasistencia de sus miembros.

En 1852 se nombra una nueva Comisión que trabajó presidida, muchas veces, por el Presidente de la República, don Manuel Montt. A mediados del año 1855 terminó la revisión, y el Gobierno pudo enviar al Congreso Nacional el proyecto, que fué aprobado sin nueva discusión.

El día 14 de diciembre de 1855 el proyecto aprobado fué promulgado como ley de la República de Chile.

Veinticinco años había, pues, trabajado Bello en esta que llamo su obra maestra y que tuvo en el continente americano una influencia comparable a la que tuvo en Europa el Código Napoleón. Ecuador y Colombia lo han adoptado íntegramente.

El nuevo Código, en materia de sucesión hereditaria, siguió de cerca la legislación española vigente en Chile; en materia de régimen legal de los bienes siguió a diversos tratadistas, incluyendo algunos americanos; en lo relacionado con el régimen de la propiedad raíz inscrita se inspiró en la legislación alemana; y en materia de obligaciones y contratos siguió el Código civil francés, pero, sobre todo, a su jurisprudencia posterior. En muchas instituciones y aspectos—que no analizaré, pues lo harán próximamente en esta misma tribuna otros abogados chilenos—fué enteramente original.

Con criterio reposado y erudito, Bello

concilió con la realidad chilena teorías y legislaciones extrañas. Nada de innovaciones violentas, sentimentalismos exagerados o frialdades jurídicas igualmente peligrosas. Nada de fiar en la costumbre, que es inestable y que deja de ser constitutiva de derecho. Nada de fiar demasiado en los jueces, a los que obliga a ajustar su fallo al texto de la ley, que ella misma les indica cómo deben entender.

VIII

Aun prescindiendo de otros motivos, que también hacen grata a los chilenos la memoria de Bello, su esfuerzo por legarnos un Código civil nos obliga sobre manera. Mi propósito ha sido rendirle, desde esta prestigiosa tribuna, un sincero homenaje, procurando esbozar su personalidad sólo a grandes pinceladas, cual lo haría frente a una tela un pintor impresionista.

Si mis palabras han sido incapaces para referirse en forma adecuada a la personalidad ilustre y múltiples de Bello, permitidme que os cite las que, sobre él, escribió el distinguido historiador hondureño don Rafael Eleodoro Valle:

"Para hablar dignamente de Bello—dice—habría que usar el idioma de los ríos y de los árboles; de los árboles y de los ríos de América, a los que tanto se parece por sus dimensiones. El es uno de los fundadores de nuestra América. Vivió para ella, seguro de que sólo por la cultura su América, nuestra América, llegará a cumplir el gran destino que le reserva su denominación de Nuevo Mundo."

Es acertado Valle al expresarse con gratitud, como lo hace, en nombre de América, pues Bello fué principal y esencialmente un americano. Sus creaciones estaban orientadas al bien y a la paz de América, cuyo destino le preocupaba continuamente. Su famosa *Gramática castellana* está dedicada a sus "hermanos de América", y procura uniformar su idioma, evitando al mismo tiempo su diversificación y su degeneración. A América dedica su composición poética de mayor vuelo: su *Oda a América*, desgraciadamente inconclusa.

La Real Academia Española de la Lengua, apreciando sus méritos y su esfuerzo, honró a Bello, primero, con la designación de académico honorario y, después, con la de académico de número.

Chile se precia de que sus gobernantes no sólo ofrecieron a Bello un ancho campo para desarrollar sus numerosas y útiles actividades, sino que lo alentaron eficazmente en su labor.

El prestigioso escritor chileno, académico de la Lengua y de la Historia, don Pedro Lira Urquieta, en su libro sobre Bello, después de recordar lo mucho que que Chile le debía, se expresa como sigue:

"Su obra se habría desvanecido si no hubiera tenido de una manera continua el apoyo de los gobernantes chilenos de la época. No fueron mezquinos con Bello; no le robaron sus ideas ni le arrinconaron en la oscuridad. Le dieron altos y honrosos cargos y, con ellos, los medios para realizar sus proyectos."

La fama de hombre íntegro y experto en Derecho internacional le valió a Bello el honor de ser designado, en dos ocasiones, como árbitro para resolver conflictos entre países. En 1864 lo honraron con tal designación Estados Unidos y Ecuador, y en 1865, Colombia y Perú.

IX

tristes. Siete de sus hijos murieron antes que él, y casi todos en la flor de la edad. Graves dolencias lo tuvieron postrado, pero no le impidieron hacerse llevar hasta su mesa de trabajo, junto a la cual pasaba las horas leyendo, escribiendo y enseñando, ni le impidieron, tampoco, hacerse llevar diariamente a la vecina iglesia de Santo Domingo, donde oía misa y oraba por los seres queridos.

Ya octogenario y enfermo escribió su libro *Filosofía del entendimiento*, que lo acreditó como uno de los más insignes filósofos americanos. Uno de los últimos libros que se dice tuvo en sus

manos fué el de las *Partidas*, de don Alfonso el Sabio.

Sólo en sus últimos instantes su cabeza, tan equilibrada, perdió el control. Enamorado de los clásicos, se empeñó en recitar trozos de la *Ilíada*, que creía leer en las paredes de su habitación.

Serenamente entregó su alma a Dios en la madrugada del 15 de octubre de 1865. Pronto habría cumplido los ochenta y cuatro años de edad.

Para Chile, su muerte fué motivo de duelo nacional, así decretado por el Gobierno, que se hizo cargo de los funerales. El mismo Gobierno, el Senado, la Universidad, la Iglesia y numerosas instituciones públicas y privadas rivalizaron en sentidas demostraciones de pesar por la pérdida del maestro trabajador e inolvidable.

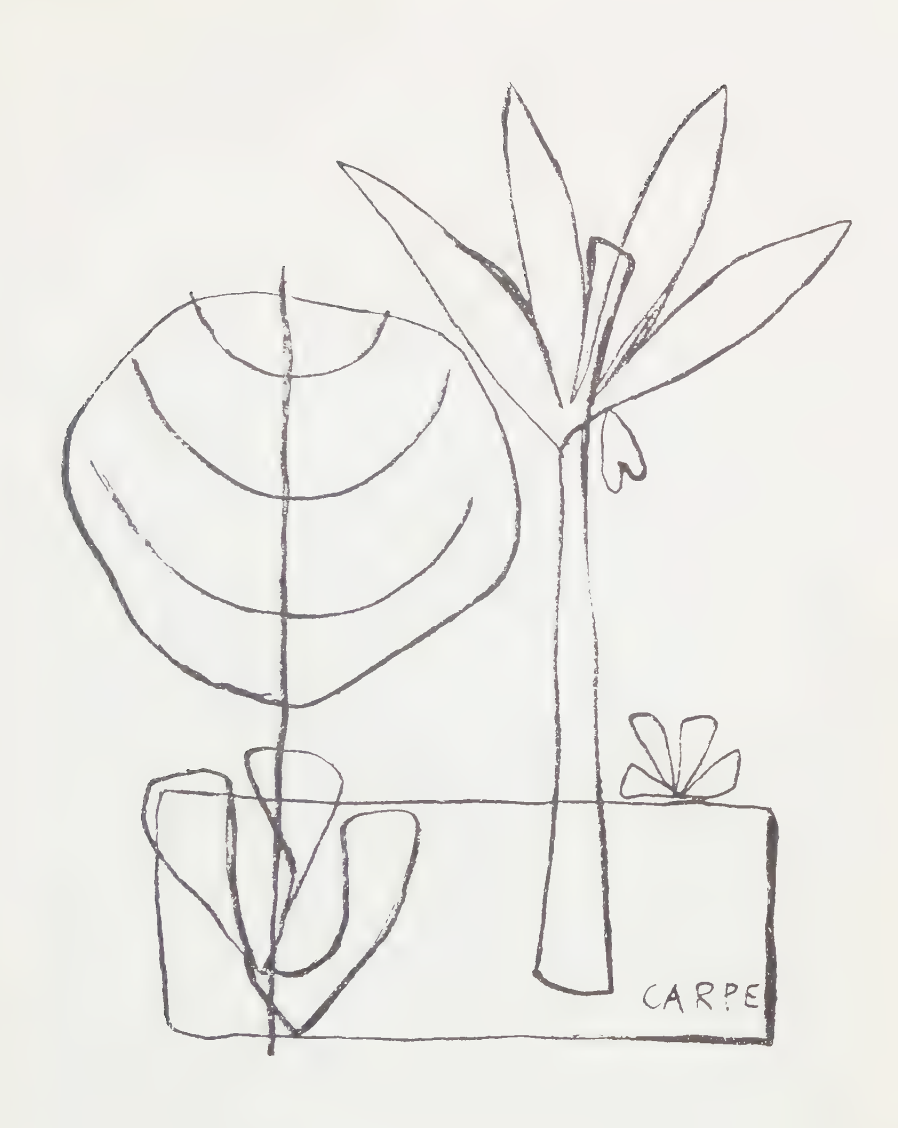
En estos mismos días, Chile entero conmemora con diversos actos el Centenario del Código civil, siendo la presente reunión un eco de dichos actos que resuena en el corazón mismo del mundo hispánico. Y al recordar su Centenario Código, los chilenos tenemos que recordar al ilustre venezolano que fué su autor.

Pocos hombres como Bello han llegado a conocer y a dominar tantas ramas del saber humano y desempeñado tantos y tan importantes cargos, destacándose siempre por el acierto junto a la modestia, por el esfuerzo junto a la serenidad y por la erudición junto a la sencillez.

Con razón se ha dicho de él que es uno de los creadores de la tradición hispanoamericana.

He dicho.

LUIS ARTEAGA BARROS



NUESTRO TIEMPO

LAS COORDENADAS DEL HISPANOAMERICANISMO

POR

HUGO MUÑOZ GARCIA

LA ABSCISA

No hace cinco siglos que una porción de tierra ignorada meciase apacible al dulce arrullo de las olas. Dos océanos, custodias fieles de la riqueza y virginidad del continente, golpeaban sus costas en el silencio de las noches como en el murmullo de los amaneceres. En las mismísimas entrañas de esos vastos dominios, unos seres extraños se agitaban al compás de la danza de un mutismo absoluto. Nadie sabía de ellos, ni ellos conocían a nadie. Una cortina de niebla espesa, tejida con los gruesos hilos de la ignorancia, cubría la desnudez de su cuerpo, mientras, al otro lado, un emporio de soñadores, ávidos de aventura, iba paso a paso desflorando la inmensidad del planeta.

Fueron el Atlántico y el Mediterráneo los órganos viriles, bajo cuyos conductos se chorreaba la savia europea con deseos de procreación asombrosa. Islas cercanas, tierras del Asia, parajes de la misma Europa encendían sus mejillas al paso de los invasores.

Parecía bastar y sobrar las descargas energéticas de tan importante medio. El mundo era tan pequeño, tan poco lo necesitado para querer aventurar en lo desconocido. La tierra plana, la parte habitable finalizando en las costas del Atlántico, grandes abismos y cataratas infinitamente colosales no eran un aliciente que llamara a la aventura. Bien valía cerrar las pupilas de las andanzas y volver al dulce sopor de lo conocido.

Un paréntesis de letargo se abrió entonces entre el mundo europeo y el americano, hasta que un sencillo y humilde hijo de Italia, alimentado con las nuevas ideas de la forma de la Tierra, los viajes de algunos marineros y comerciantes hacia el Africa y un deseo vehemente por las empresas arriesgadas hizo que, a finales del siglo XV, cambiara la faz de las cosas.

Chiflado por sus fantásticas alucinaciones constituyóse entonces en el bufón más cuerdo de su tiempo. Blasfemo y herético en su manera de pensar y sentir, hablaba de ir a China y la India por rutas no soñadas por mortal alguno: de Europa por el Occidente,

dando la vuelta al mundo. Italia, Inglaterra y Portugal cerraron sus puertas al marinero, que, abatido por la incomprensión, viajó a España en pos de ayuda. Gracias a la influencia eclesiástica, al machaqueo hasta chocante de sus proyectos, y quizá también a un azar del Destino, una reina esplendorosa por sí, y recordada especialmente en nuestra Historia por un acto que le coronó de gloria, cooperó decididamente en tan fantástica empresa, como que, en un amanecer sabor de dicha, un oscuro puerto batía soñoliente el pañuelo de la despedida el 3 de agosto de 1492, dando el último adiós a un hombre que llevaba la Italia en sus venas y la España en su corazón.

Dos meses y nueve días fueron suficientes para que los audaces navegantes desgarraran el misterio del mar y el silencio de otras tierras. Habían llegado, según su creencia, a Cipango y Catay.

En esta sublime inconsciencia permanecieron españoles, italianos y portugueses que, en cumplimiento de una noble y trascendental misión, habían tocado porciones verdaderamente continentales de Panamá, Venezuela, Brasil y Argentina. Necesario se hizo que Américo Vespucio, un continuador de las glorias de Colón, explicara que esta "tierra incógnita" constituía una masa continental muy distinta, para que los europeos comprendieran la maravilla que tenían ante sus ojos. Desde entonces, la posteridad ingrata y mezquina comenzó llamando al Nuevo Continente "tierra de Américo" o "América", en lugar de Colombia, que era el calificativo más justo y honrado que podía asignársele.

La incógnita no pudo ser despejada, sin embargo, sino cuando Vasco Núñez de Balboa tropezó con el Océano Pacífico; Hernando de Magallanes y Sebastián de Elcano daban la vuelta al mundo por el estrecho de Magallanes, surcando precisamente las aguas del Pacífico, y las expediciones interiores, que en apoteósicas andanzas emprendieron los conquistadores en los siglos XVI y XVII, fijaron como en una pantalla estática las impresiones naturales y humanas de estos pueblos aborígenes, distintos de aquellos que habían hollado sus plantas de vagabundos.

Conmoción débil, es cierto, pero firme, constituyó este primer conocimiento del suelo americano. La ruta quedó abierta de par en par, y por sus puertas, anchas y sin cortapisas, miles y miles de pioneros de una gran cruzada iban penetrando hacia la conquista de El Dorado, sueño fantástico que se perdía en la calenturienta imaginación de los insatisfechos viajeros.

Vino entonces la lucha de dos sistemas de vida: el europeo, delineado por un espíritu individualista, con una concepción dis-

tinta de los problemas y una religión propia, que chocaba con el régimen económico agrario del colectivismo, el culto al Sol o el panteísmo diversificado de América. La conquista encierra no sólo un fenómeno político, por el cual las coronas auspiciadoras de la empresa reciben grandes extensiones de tierras e incontables riquezas. Significa, ante todo, un cambio profundo en las realidades mismas de los pueblos americanos. Junto al soldado marcha el sacerdote, lo que equivale a decir que, junto al imperio de la fuerza terrenal, viaja la del espíritu. La organización social, económica, política y religiosa da un gran viraje, quizá sin bases previas, sin análisis anteriores, como no ocurrió tal vez con la América del Norte, en donde los cuáqueros llevaron desde el primer momento un plan de trabajo colonizador y "el ímpetu de su energía creadora en busca de libertad". No exageraríamos, por lo mismo, al decir, como lo hacen los profundos pensadores de la realidad americana, que desde aquí pueden irradiar las verdaderas diferencias del destino de los pueblos y la poca consistencia política de los países que nacieron bajo la inspiración hispánica.

Débiles y amedrentados ante la superioridad de la técnica, los aborígenes ceden ante las pretensiones del conquistador. El arcabuz, el caballo, pueden a la flecha del indio, que se siente incapaz de lanzarse certera. España y Portugal vencen al fin de cuentas, y en el escenario americano se perfilan dos situaciones: o el indio se somete a las ambiciones extranjeras o huye del alcance del blanco. Hispanoamérica confronta ambos casos. En el primero, el andar de los tiempos se encarga de dar una nueva tonalidad al auctóctono, y, en el segundo, ni los siglos han sido capaces de transformar estos residuos numerosos, espejos vivientes de lo que fué una cultura sepultada y trabas verdaderas para el engrandecimiento actual de las naciones.

Los dos grandes Imperios (el de los incas, configurado con lo que corresponde en nuestros días a Bolivia, Perú, parte de Chile, Ecuador y parte de Colombia, con su organización *sui generis*, y el azteca, en el Norte, con su peculiar manera de ser) quedan reducidos entonces a una unidad social, económica, política y religiosa distinta. A la modorra de los pueblos auctóctonos sustituye la dinamia de una raza milenaria con toda la secuela de bondades y pujanzas, es cierto, pero de contradicciones e inconvenientes también, que tiene su expresión más precisa en el largo y discutido período colonial.

En este panorama de incertidumbre comienza el siglo XIX, soplando corrientes de libertad. Sobre el lomo de los mares de Euro-

pa arribaba a tierras indias la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, nacida bajo la inspiración francesa de su Revolución, que prendió, junto con otros muchos factores, la tea de la rebelión en los pueblos americanos. Nacieron los propagandistas de ideas avanzadas: Miranda, Espejo, O'Higgins y Moreno, en el Sur; Hidalgo y Morelos, en el Norte, junto con los Cabildos, instituciones que representan una naciente democracia criolla, son, a no dudarlo, los puntales más sólidos de una segunda transformación en el continente americano. Ejecutores de ella no tardan en aparecer. En efecto, en la gran palestra de la Revolución asoman Bolívar, San Martín, en el Sur, y en el Norte, luego de la ejecución de Morelos, Guerrero e Itúrbide toman el comando de la acción emancipadora, que se extiende amenazante por los cuatro puntos cardinales, hasta que, en 1830, las metrópolis habían sido arrebatadas de la casi totalidad de sus dominios, instituyéndose en su lugar los Gobiernos soberanos de los países independientes.

Nacen los Estados autónomos con ansias del gateo. Se dictan las normas constitucionales que han de inspirar sus realizaciones. Cada cual tira para su lado, y las apacibles tierras de antaño se convierten de pronto en una especie de incubadora de funestas pretensiones. Las clases dominantes, que creen tener derecho para regir el destino de los hombres y de los pueblos, no cederán un paso, y dispuestas están, como lo han hecho, a organizar el nuevo sistema de acuerdo con su voluntad. Se establece entonces una supremacía y se entabla una lucha a muerte en estos pueblos, que recién comienzan a desenvolverse en rutas de liberación política, lo que tantos perjuicios nos ha ocasionado, porque han sido, a no dudarlo, las causas fundamentales para que los pueblos hispanoamericanos reaccionaran continua y violentamente en contra de los tutelajes nefastos y oprobiosos por su sentido absolutista de dominación, redundando en falta de cooperación y acercamiento entre los conglomerados humanos, que se alinean en nuestro continente, ya que están abocados a diarios problemas nacionales aún no resueltos, que representan la vida misma de ellos.

El deseo de resolver lo nuestro, para proyectarnos a tratar el de los demás, impide la ayuda mutua. Hay que sanear el mal propio para comenzar a hacerlo con el ajeno.

LA ORDENADA

Consecuentes los pueblos con los factores que alimentan su desenvolvimiento, van jalonando paso a paso el progreso, que es la meta final que, en mayor o menor grado, aspira todo conglomerado

humano. En estos de Hispanoamérica se nota esta tendencia, pero con algo de autarquía. Falta cooperación en el empuje, a pesar de la identidad de los elementos étnicos, espirituales y materiales que lo conforman. En los últimos tiempos se ha visto (y por qué no confesarlo) una laudable tendencia a conocerse más de cerca, a tratar los problemas de todos desde el punto de vista de todos. La última conflagración mundial fué el toque de llamada para que el hombre de Hispanoamérica comprenda la necesidad de vincularse con sus semejantes. La furia desatada en los campos de Europa clamaba más que nunca la hora de la cohesión; pero América parecía sorda, y más de una vez se sintió la frialdad del aislamiento. El tronar de los cañones anunciaba con sus grandes estampidos la "interdependencia de los Estados y los pueblos de Hispanoamérica, aferrados a los dogmas de la soberanía". El panorama de entonces ha cambiado; pero falta voluntad para afrontar los problemas y sentido común para resolverlos. Verdad que el sentido común es el menos común de los sentidos, como dijo Chesterton. Sin embargo, y a pesar de la verdad que encierra esta frase, todo puede salir a pedir de boca si hemos de considerar que el destino de Hispanoamérica está en nuestras manos. El hombre hispanoamericano debe meditar serenamente en lo bondadosa y sabia que ha sido la Naturaleza para con él.

Quizá somos únicos con tantas prebendas. No confrontamos la diversidad de razas, idiomas, costumbres, religiones con caracteres marcados, como el continente europeo y cualquiera otro, por ejemplo. Si Norteamérica, con su cultura y pensamiento distintos, no hiciese disonancia con los otros pueblos de esta porción geográfica, bien podríamos decir de modo absoluto aquella frase, un tanto profética, que expresara el diplomático mexicano Luis Quintanilla cuando manifestaba: "América es un continente. Comparativamente, Asia, Africa, Europa y Australia son simples ficciones geográficas. América es el único continente integralmente unificado y distinto. América llena el hemisferio occidental con su grandeza solitaria. Es libre, horizontal y verticalmente, del Este al Oeste, del Norte al Sur, de un océano al otro y de un Polo al otro Polo." Los pueblos hispanoamericanos viven estos momentos el período de su juventud, fuertes y abundantes de salud y bienestar. El futuro depende de nosotros, y podemos hacer de él lo que nuestra voluntad nos ordene. Cuando ella actúe, no olvidemos la responsabilidad frente a los destinos propios y ajenos. Sólo con armonía en los procedimientos, con firmeza en las resoluciones y con fe en el porvenir se puede llegar a puerto seguro. Por felicidad, los

hispanoamricanos no andamos del todo ciegos. La venda que cegaba nuestros ojos por obra y gracia de una funesta irresponsabilidad ha sido hecha jirones. Un horizonte de esperanza nos ilumina, y decididos estamos a conquistarlo. Para ello no estaría mal que la luz de la razón, la planificación de nuestros esfuerzos y el practicismo de nuestras realizaciones sean las hadas madrinas que guíen nuestros pasos.

Entonces, Hispanoamérica puede comenzar su larga jornada teniendo en cuenta los siguientes enunciados: *cooperación económica ajustada a las realidades de cada país; diversificación de las economías nacionales; presencia de capitales, con las limitaciones que la independencia económica de los países requiera; industrialización de los pueblos; elevación del nivel de vida de los pueblos; sistemas monetarios saneados; acercamiento continental por las comunicaciones internas e internacionales; abolición de las trabas que impiden el libre comercio; cambio profundo en el Derecho internacional; estabilidad política de los pueblos; constante intercambio de hombres e ideas.*

A base de ellos es posible que el porvenir sea brillante. Pueden faltar, como de hecho faltan, otros muchísimos aspectos. Algunos encuadrados ya en lineamientos anteriores y otros no contemplados porque los considero secundarios, dada la amplitud y generalidad de los expuestos. Un pequeño desarrollo de los mismos servirá de ilustración para lo que se afirme y de punto de apoyo para lo que se concluya.

COOPERACIÓN ECONÓMICA AJUSTADA A LAS REALIDADES DE CADA PAÍS

Es un axioma económico el que todos producen algo, pero nadie produce todo. Con excepción de los Estados Unidos de Norteamérica y la U. R. S. S., no existen otros pueblos en el mundo que puedan bastarse a sí mismos. La interdependencia económica es una realidad. Si analizáramos las economías de nuestros países, encontraríamos que esta verdad se pone de manifiesto. Argentina, con su carne y trigo, abastece a los países que de estos productos requieren. Ecuador con el arroz, Colombia con el café y Venezuela con el petróleo realizan igual labor. Nada mejor para comprobar lo afirmado que valernos de las cifras estadísticas. En el año de 1942, más de un 8 por 100 de las exportaciones de México fueron a diversos países latinoamericanos. El año 1947 arroja resultado seme-

jante, contrastando todo esto con lo que señalaba el año 1938, las que ni siquieran llegaban a un 1 por 100. Los datos de los últimos años casi llegan al 12 y 13 por 100. Argentina es quizá el país que va a la vanguardia del abastecimiento económico hispanoamericano. El año 1951 nos indica que Argentina vendió al Brasil 123.574.000 dólares, adquiriendo a su vez de aquel país 122.539.000 dólares. En el mismo año. Colombia realizó con el Perú transacciones comerciales por un valor de 8.074.000 dólares, y Uruguay con Venezuela operaciones idénticas por un total de 16.069.000 dólares. Todo esto nos está indicando que la economía constituye la piedra angular sobre la que debe levantarse la cooperación en los países de la América Hispana. Claro que por las múltiples circunstancias que conforman la estructura económica de cada pueblo, este intercambio económico tiene que hacerse ajustado a las realidades de cada país. No es posible exigir a Bolivia o Paraguay lo mismo que podemos esperar de Brasil o Argentina. Hay que calcular las posibilidades de cada uno para exigirle el aporte para el bienestar de todos.

DIVERSIFICACIÓN DE LAS ECONOMÍAS NACIONALES

El intercambio económico que hemos venido enunciando no es posible cuando en las naciones de esta parte del mundo existen economías mal balanceadas y equilibradas. El monocultivismo parece ser la pauta de las economías en la mayoría de los países hispanoamericanos. Hasta hace poco, Cuba se defendía con el azúcar; Chile, con el cobre y los nitratos; Brasil y Colombia, con su café; Ecuador, con el arroz, etc. De esta manera no es posible hablar de economías nacionales desarrolladas. Así parece que comprendieron los pueblos hispanoamericanos, como que, durante la depresión de 1930, realizaron un inaudito esfuerzo para intensificar las industrias locales, incrementar la agricultura y abrir mercados en los que puedan evacuarse los excedentes de producción. Esto, que era de vital importancia, se vió aumentado con la pérdida de los mercados europeos por causa de la última guerra, la que, a no dudarlo, dió origen para que los hermanos de Hispanoamérica aceleraran grandemente el desarrollo del que estamos preocupados.

La mayoría de las naciones que conforman lo hispanoamericano han estado interesadas en la producción de materias primas. Exportando en grandes cantidades las riquezas nacionales e importando de la misma manera los productos elaborados. La industria-

lización ha venido a paso de tortuga. Se puede contar con los dedos de una sola mano los países que tienen industria en período de desarrollo. Se hace, pues, urgente que estos pueblos diversifiquen su economía. Que la estructuren sobre bases sólidas. Hay que comprender, de una vez por todas, que el subjetivismo de la soberanía e independencia no tienen razón de ser sin el respaldo económico. Quienes enuncian el imperio de cien libertades en los países débiles por su economía, están hablando en el aire. Debemos principiar por los cimientos y no por la armazón. América es tierra propicia para trabajar. A base de sus experiencias podemos levantarnos. No estaría por demás crear un sistema económico hispanoamericano inspirado en las nuevas concepciones de la materia. Como joven, como americano, creo firmemente que el trasplante de ideas económicas, sin aclimatarlas al terreno en el que se quiere que germinen, resultan peligrosas. Esto no obsta para estudiar la bondad de los modernos postulados a la luz de nuestras propias realidades. Si la razón nos aconseja, adaptémoslos con entereza, sin temor ni reticencias, que aquello que implica transformación positiva no hay por qué temerlo.

PRESENCIA DE CAPITALES CON LAS LIMITACIONES QUE LA INDEPENDENCIA ECONÓMICA DE LOS PAÍSES REQUIERAN

Huelgan comentarios respecto a la necesidad de capitales que tienen los pueblos hispanoamericanos para acrecentar su desarrollo (1.000 millones de dólares anuales, según cálculo de la C. E. P. A. L.). El capital es un elemento indispensable para construir la grandeza de los Estados. Somos enemigos del imperialismo económico porque lo estimamos nocivo, y bien sabemos que este coloniaje comienza con los créditos que un país da a otro. Sin embargo, procederíamos con ceguera al no admitir que la presencia de capitales es fundamental para los pueblos que comienzan a desenvolverse. El capital es la fuerza motriz que impulsa a la agricultura, minería, industria, etc., por lo que no podemos relegar su importancia. Hay sólo que evitar el espíritu belicoso que trae envuelto la presencia de capitales. Y ello es fácil conseguirlo cuando éstos proceden de un Estado que no tiene interés político en el desenvolvimiento de otro y va destinado no a cubrir déficit ni lagunas presupuestarias, sino a incrementar las existencias económicas de una nación. Con gran acierto, el internacionalista ecuatoriano doctor

Eduardo Salazar Gómez, en su conocida obra *Convulsiones del hemisferio americano*, expresa lo siguiente: "El capital-producción, el capital-construcción, el capital-fomento debe ser bien venido, salvo que provenga de la parte oficial de un Estado que tiene interés político en el desenvolvimiento de otro." "El capital oficial, el capital administrativo debe ser siempre materia de estudio microscópico, de análisis cuidadoso; su aceptación es, por lo menos, de *dudosa ortografía.*" Y es que esta última clase de capital tiene siempre un interés preconcebido, como que no levantaríamos calumnia manifestando que él es el verdadero opio de los pueblos, y que estos de Hispanoamérica han bebido el narcótico por algunas décadas. Momentos ha habido que los capitales extranjeros han copado los horizontes patrios con ferocidad inaudita. De ello, nada provechoso se ha sacado, porque no hemos procedido con cordura. Hemos estado acostumbrados a recibir capitales vengan de donde vinieren, creyendo que de ellos depende nuestra salvación. Fantástica creencia, que se ha estrellado con la realidad de las cosas. Lecciones que han costado lágrimas y risas, pero que nos ponen alerta para proceder en el futuro "con estudio microscópico y análisis cuidadoso".

INDUSTRIALIZACIÓN DE LOS PUEBLOS

Ya hemos indicado anteriormente que los hispanoamericanos hemos estado preocupados en la producción de materias primas, sin considerar los enormes perjuicios que ello nos reportaba. Ahora es necesario que pensemos que, junto a la producción de estos elementos, tenemos que realizar la transformación de ellos, industrializando los países, pues no puede escapar al buen sentido que la industrialización crea consumidores, tanto nacionales como internacionales. Las relaciones hispanoamericanas serán más sentidas cuando los países se coloquen en igual categoría: de industriales a industriales, que de agrícolas a industriales o de industriales a agrícolas, porque de este modo queda abolida la supremacía, que es la gran platáforma que envanece la importancia de un Estado y lo convierte en padrastro protector de otro. Los pueblos hispanoamericanos podemos industrializarnos. Nos hace falta tan sólo capitales, pues los otros elementos indispensables para la industrialización (materias primas y trabajo) los tenemos en abundancia. Así lo entendió por felicidad Nelson Rockefeller cuando en alguna ocasión manifestaba: "Estos pueblos han proporcionado millones de dólares en materiales estratégicos (refiriéndose a los hispanoamerica-

nos); y ¿qué quieren en compensación? Quieren tener la oportunidad de industrializarse para desarrollar sus recursos naturales y transformarlos." He aquí la gran y mejor tarea de Hispanoamérica toda. Por ella podemos y debemos luchar. Por ella lucharemos.

ELEVACIÓN DEL NIVEL DE VIDA DE LOS PUEBLOS

Lamentable desde cualquier ángulo que se enfoque ha sido el nivel de vida de los pueblos hispanoamericanos. Los habitantes, en la mayoría de estas naciones, viven en malas condiciones. La clase media, abundante como ninguna, es quizá la que más perjuicios ha sufrido. Con excepción de contadísimas personas, el voluminoso conglomerado humano de los desposeídos ni siquiera conoce los adelantos de la técnica. Habitaciones antihigiénicas; alimentación, más que mala, pésima; privación de todo lo que significa *confort*, etcétera, son características que conforman la razón de ser de estos ciudadanos. Bastará, a modo de ilustración y para corroborar lo afirmado, presentar someramente el promedio aproximado de los ingresos *per capita* y familiares que correspondió a Hispanoamérica y a los Estados Unidos en 1952: 211,45 dólares y 1.068, respectivamente, para los primeros, y 1.862 dólares y 6.176, en su orden, para los segundos. En semejante situación parece ridículo hablar de cooperación entre los pueblos si éstos todavía necesitan la dedicación de sus mismos habitantes para cohesionarse en debida forma. En ocasión propicia indicamos que era fundamental solucionar los problemas internos para hacerlo los externos. Ahora volvemos a recalcar lo mismo, convencidos que lo que abunda no daña, y, por el contrario, sirve para rectificar errores y enfocar con claridad los nuevos derroteros.

SISTEMAS MONETARIOS SANEADOS

Aun cuando nos duela, debemos confesar que la moneda hispanoamericana, con raras excepciones, ha ido a la deriva. El poder adquisitivo de ella es deficiente. Deficiente para lo interno y deficiente para lo internacional. Y como si esto no fuera poco, la desgracia se aumenta con el comercio exterior, el que se realiza con el patrón dólar. Grandes cantidades de dinero son necesarias para cubrir el monto de lo que en dólares significa. La moneda

latinoamericana se deprecia en general debido a múltiples factores, entre los que descuella la tan bullada inflación. Esta, que es hoja de parra para cubrir proyectos fracasados, es también morbo para enfermar economías. Y las de Hispanoamérica han estado casi siempre atacadas de este mal. León Henderson, al referirse a la inflación, manifiesta: "Una pequeña inflación es como una pequeña preñez: crece por sí misma en quien la tiene." No importa —dice el doctor Salazar Gómez— que sea grande o pequeña la inflación, pues éstas son "palabras demagógicas para presentar el caso mejor o peor vestido". Lo grave es la inflación, y con eso basta. Y es que ella trae consigo una serie de complicaciones que repercuten en muchos aspectos, y de manera especial en la moneda, con lo que se transforma radicalmente el *standard* de vida de los pueblos. El National Industrial Conference Board nos presentó un cuadro demostrativo de la inflación desde 1939 hasta comienzos de 1944, observando que la circulación de papel en los países latinoamericanos ha aumentado en la siguiente proporción: "Argentina, en un 72 por 100; Brasil, en un 134 por 100; Chile, en un 167 por 100; Colombia, en un 125 por 100; Ecuador, en un 258 por 100; Perú, en un 210 por 100; Uruguay, en un 43 por 100; Venezuela, en un 111 por 100; Costa Rica, en un 196 por 100; Cuba, en un 191 por 100; México, en un 270 por 100; El Salvador, en un 187 por 100, etc." Creemos que la situación ha mejorado desde entonces; mas no podemos pecar de excesivo optimismo para estimar que ella ha dejado de constituir un grave y delicado problema.

ACERCAMIENTO CONTINENTAL POR LAS COMUNICACIONES INTERNA E INTERNACIONALES

Por mandato de la Naturaleza, los Estados se han visto aislados por montañas, océanos, selvas y desiertos. Esto ha repercutido grandemente en las relaciones entre ellos, pues han estado privados de un mayor acercamiento por imposibilidad física. Acercamiento en la industria, el comercio y el espíritu, lo que ha dado lugar a la ignorancia entre naciones y, por ende, a la desconfianza. El automóvil, el barco, el avión, etc., han servido para acortar distancias. Ya no resulta problemático el trasladarse de un lugar a otro por muy distante que éste sea. Hispanoamérica ha hecho mucho en este sentido. Si no, que lo diga la gran carretera panamericana, las líneas aéreas que unen los principales centros comerciales y ese gran ensayo, que puede tener mayores proporciones, y que debe te-

nerlo, con la flota mercante Gran Colombiana. No estaría por demás pensar en la formación de Compañías aéreas, terrestres y marítimas con capitales exclusivamente hispanoamericanos, que vayan y vengan a los mercados hispanoamericanos. Si esta visión futurista pudiera realizarse, habremos puesto la primera piedra de la cooperación y concordia prácticas.

ABOLICIÓN DE LAS TRABAS QUE IMPIDEN EL LIBRE COMERCIO

Parece un mal congénito el de Hispanoamérica el querer corchar sus fronteras con verdaderas murallas chinas. Las trabas que se ponen al libre comercio son tan exageradas y cuantiosas que las mercaderías que pasan de un lado al otro casi lo hacen sin cabeza. Verdad que algunas nacieron por restricciones de la segunda guerra mundial y por seguridad de las naciones. Pero ahora que la conflagración terminó hace mucho tiempo, deben también terminar tan absurdas imposiciones. No se puede realizar ningún intercambio cuando a él se lo ata por el cuello. Y sabemos como la tabla de multiplicar que países que no se unen por intereses comerciales no pueden, en el plano de las consideraciones prácticas, juntarse por otros. Hablamos de entendimiento, pues entendamos primero que si no abrimos de par en par las puertas de las fronteras no podremos tener ni entreabiertas las del corazón.

CAMBIO PROFUNDO EN EL DERECHO INTERNACIONAL

La vida internacional, con sus constantes transformaciones, nos indica que es necesario realizar un cambio profundo en el Derecho internacional. No es posible que persista en pleno siglo XX aquel viejo concepto de soberanía, hermético y orgulloso, de antaño. El profesor Alejandro Alvarez dice: "Es menester efectuar un cambio profundo en el Derecho internacional del porvenir, de conformidad con la independencia de los Estados y las nuevas condiciones de vida internacional." Hay que mantener la independencia de un Estado, pero subordinada a los intereses colectivos. Lo que hace una década ocurría a una nación, y que en nada nos interesaba, puede ahora ser de vital importancia en el mundo. Precisa despejar prejuicios, amenguar ambiciones para vivir en paz. La libertad nacional no puede ser ilimitada. Ella se detiene en donde principia el derecho de los demás, y este derecho es el fundamental

para la cooperación entre las naciones. Ya no podemos hablar en función de ciudadanos de tal o cual nación para solucionar un problema. Debemos hablar en función de ciudadanos de América, como soñaba Enrique Rodó cuando manifestaba: "Cabe levantar, sobre la patria nacional, la patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados por el nombre de su patria, no contesten con el nombre del Brasil ni con el nombre de México, sino que contesten con el nombre de América." "Hay que estar convencidos de que somos ciudadanos de Hispanoamérica, con el mismo tipo de fe que nos hace sentirnos ciudadanos de cada una de nuestras patrias. Y hay que tener la convicción íntima de que el ser ciudadano de un país hispanoamericano supone —con los derechos y deberes consiguientes—la afiliación de Hispanoamérica", al sentir del eminente profesor uruguayo don Carlos Lacalle. Sólo cuando tengamos conciencia de americanos podremos marchar adelante en la conquista de las más caras aspiraciones.

ESTABILIDAD POLÍTICA DE LOS PUEBLOS

Con gran sentido del humor, el filósofo chino Lin Yutang expresa en su libro *Entre lágrimas y risas:* "En lo que China difiere esencialmente del Occidente es en tres repugnancias: la repugnancia hacia el soldado, la repugnancia hacia la Policía y la repugnancia hacia el abogado..." La América Hispana en general ha tenido que soportar en los últimos tiempos una vorágine incontenible de sublevaciones y volteretas, la mayoría de las cuales han sido patrocinadas por elementos militares. Varios Gobiernos de *facto* se han instaurado a lo largo de la América como una verdadera epidemia. En semejantes condiciones no es posible para los pueblos desenvolver sus actividades con la tranquilidad que los complicados y elevadísimos problemas de Estado requieren. Esta situación ha preocupado sobre manera a los organismos regionales de América, que han tratado por todos los medios de poner coto a semejantes anomalías.

Los Gobiernos se han cambiado, como las fichas de un juego de ajedrez, sin resultados beneficiosos. Los cuartelazos a nada conducen, y deben ser aplastados donde nazcan, porque son un peligro para la democracia. No estaría por demás pensar en la creación de un Comité hispanoamericano, que sea el encargado de instruir a los Gobiernos miembros la posición que deben adoptar

en caso de un Gobierno de *facto*. Este Comité analizaría serenamente la situación producida, las razones que la hayan motivado y los efectos que van a tener. Puede entenderse este principio como una intervención. Pero ya indicamos en el análisis precedente que el concepto de soberanía tiene que evolucionar, porque, de otra manera, sería contemplar el derrumbamiento de un pueblo con el beneplácito y carcajadas de los demás.

CONSTANTE INTERCAMBIO DE HOMBRES E IDEAS

Es lamentable el desconocimiento que existe entre los pueblos hispanoamericanos. Los venezolanos conocen a Eloy Alfaro, Juan Montalvo y González Suárez, del Ecuador, y los ecuatorianos, a Bolívar, Sucre y Bello, de Venezuela. De Chile apenas podemos mencionar a O'Higgins, Diego Portales y a algún otro personaje, y nada más. El contacto espiritual con Cuba se cierra en los límites de Martí y Antonio Maceo. No sabemos lo que somos ni lo que podemos ser los hispanoamericanos. Se hace necesario, por lo mismo, un mayor acercamiento entre los pueblos. Que vengan y vayan los libros, estudiantes, políticos y trabajadores. Con honrosas excepciones, los diplomáticos cumplen a cabalidad la misión a ellos encomendada. La mayoría estima que, con los banquetes ofrecidos en tal o cual ocasión, ya se han estrechado los vínculos espirituales, y eso basta. Si pensamos en entendimiento, debemos conocernos, como cosa primordial. Si no lo hacemos, ese entendimiento se realiza a ciegas, como un viajero que desea conocer un paraje en noche oscura y lluviosa. El conocimiento nada cuesta, y, sin embargo, vale tanto. A las deudas que los hispanoamericanos habremos de saldar algún día con la Madre Patria, habrá que agregar necesariamente los invalorables servicios que para el cumplimiento de tan noble postulado nos ha proporcionado el Instituto de Cultura Hispánica y el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, ejemplos institucionales de intercambio, colaboración y acercamiento eficaz entre las naciones de su estirpe.

CONCLUSIONES

Conocidas las causas del distanciamiento hispanoamericano, que se remontan a épocas históricas, las consecuencias, que resultan ociosas analizarlas, porque se desprenden lógicamente que ellas son:

falta de cooperación en lo económico, social. cultural, el nomimportismo, aislamiento, egoísmo, etc., etc., de estos pueblos; las medidas que pueden tomarse en cuenta para tratar de corregir el mal, tócanos ahora ver las repercusiones que esta falta de armonía podría tener con el andar de los tiempos en la conservación de la paz mundial.

La Historia Universal nos cuenta que fueron el Indostán y la China en el Oriente las que llevaron el timonel de la civilización en épocas anteriores. Luego, el norte de Africa, con Egipto y Cartago, no podían sustraerse a la influencia en el mundo. Posteriormente. Europa, con griegos y romanos, encendieron la antorcha de la luminosidad en todos los órdenes de la cultura, luminosidad que ha continuado con franceses, alemanes, italianos, españoles, etcétera. Hoy, que la vieja Europa parece que va cumpliendo su misión en el mundo, la América toda será la llamada a dirigir los destinos de la Humanidad. Consecuentemente, Hispanoamérica entrará por derecho propio en el puesto director. La conflagración que terminó nos da la razón de lo afirmado. América se presentó como un solo bloque y triunfó. A no dudarlo, el hombre hispanoamericano desempeñará en el futuro un papel preponderante. En el siglo XIX, Hispanoamérica quizá no pesaba en el concierto universal. Pero en el XX y siguientes, dada la juventud, dinamismo, recursos, etc., de estos pueblos, vendrá a constituirse en el fiel de la balanza internacional, que marcará la inclinación de los platillos según el peso de ellos. Precisamente por esta razón es necesaria la cohesión hispanoamericana, así como la preparación que ella debe tener para dirigir los destinos del mundo. Me atrevo a calificar a Hispanoamérica como el polvorín de los siglos posteriores.

Si una chispa llegara a tocarlo, bien podría saltar la Humanidad en pedazos. Y esto por obra y gracia de la Historia.

Hugo Muñoz García.
Blasco de Garay, 8.
MADRID.

Madrid, diciembre de 1955.

DESARROLLO HISTORICO DE LAS RELACIONES FRANCOALEMANAS Y SU INFLUENCIA SOBRE LAS DIFICULTADES ACTUALES

POR

EL MINISTRO VON MERKATZ

Constituye un gran honor para mí hablar en esta Asamblea ante ustedes, que se han fijado una meta generosa, o sea alentar, sobre la base de una conciencia cristiana, la existencia común, pacífica y amistosa entre los pueblos. Sin embargo, para llegar a ello es necesario aprender a conocerse mejor; por esta razón es necesario acabar con numerosos prejuicios, muchos de ellos sumamente arraigados, y que se transmiten de generación en generación.

Vuestra amable invitación, que os agradezco con toda sinceridad, la he recibido con una alegría tanto mayor cuanto que se trata aquí de entablar un diálogo "entre franceses y alemanes". En efecto, yo pertenezco a ese grupo de personas—que, gracias a Dios, hoy día no son raras—que están convencidas de que Alemania y Francia deben "reencontrarse" si se quiere que Europa tenga, como todavía tiene, un futuro. Constituye esto un hecho totalmente objetivo: sus primeros frutos pueden observarse ya en algunas organizaciones europeas, como el Consejo de Europa y la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, a las cuales me cabe el honor de pertenecer como miembro de sus Asambleas.

Me he referido a los prejuicios, que tanto entorpecen las relaciones entre los pueblos. Estos prejuicios, desgraciadamente, han sido nutridos muy a menudo por experiencias molestas, que—y digo esto con toda sinceridad, como alemán, pensando en los años posteriores a 1933—provienen del abuso del poder, y que, por tanto, constituyen las consecuencias de los errores y de la insuficiencia humanos. Los prejuicios pueden sustituirse por juicios exactos; el error, en cambio, ha de reconocerse para poderlo reparar y debe delimitársele para poderlo perdonar. De esta manera solamente será posible un nuevo comienzo. Muy peligroso resultaría querer excusar el propio error con los errores de los demás, ya que semejante cuenta no podría ser nunca hecha efectiva. Permítaseme citar, a este propósito, a un historiador francés, Henri

Brunschwig, que ha escrito, en el número correspondiente a noviembre de *Politique Etrangère*, lo siguiente:

"Los franceses y los alemanes han guardado en su espíritu algunas razones sólidas de desconfianza y de resentimiento. ¿Qué alemán, hoy día, no *recuerda* las fechorías de las tropas de Luis XIV en el Palatinado y las apetencias de Richelieu o de Napoleón III sobre Renania? ¿Qué francés *no recuerda* asimismo que, para los alemanes, *la fuerza está por encima del derecho?*"

Por otro lado, resultaría una terrible simplificación pretender analizar la historia, más que milenaria, de las relaciones franco-alemanas como una sencilla cadena de errores y de violencias. En efecto, constituye un principio fundamental en la investigación histórica no aplicar a una época más normas que aquellas que corresponden a las fuerzas que actuaban en esa época. Como dice un proverbio alemán, "una vez terminada la misa, todo el mundo conoce el tema del sermón". ¿Debemos, acaso, lamentarnos, como de un error histórico trágico, de que el Imperio cristiano de Occidente creado por Carlomagno—Imperio que integraba en su seno a todos los pueblos germánicos del continente y a la mayoría de los latinos—fuera dividido entre sus nietos? Es evidente que la separación de Franconia occidental y de Franconia oriental, escisión cuyos términos fueron fijados por los Tratados de Verdún (843) y de Mersen (870), provocó una evolución diferente para los dos países; evolución que originaría más tarde la formación de Estados nacionales completamente independientes. Pero esta formación de espacios limitados a un plan nacional, ¿podía, acaso, haber sido evitada a la larga, y manos menos firmes que las de Carlomagno habrían podido mantener centralizado el poder sobre una estructura política de tan grande amplitud? Además, si, bajo los últimos carolingios, se siembra el germen de lo que debía fructificar más tarde en la discordia en Europa, ¿se paga un precio demasiado caro por la diversidad de formas intelectuales, que debían distinguir, más que a ningún otro, a este continente, y que, de hecho, no podía surgir más que de la lucha entre fuerzas opuestas? He aquí bastantes preguntas. ¿Quién se atrevería a darles una respuesta definitiva?

Sin embargo, el sentimiento de una comunidad era bastante fuerte todavía en las capas sociales dirigentes del Occidente en esa época (príncipes, nobleza, clero) para acabar siempre con las oposiciones políticas que tenían lugar. Son los mismos ideales de la caballería andante los que inspiran a la nobleza europea; es la misma cultura, nacida en las cortes principescas, la que florece en

toda Europa, y cuyos frutos son llevados más allá de las fronteras de los países donde han surgido por los trovadores franceses y los *Minnesänger* alemanes, primer ejemplo de intercambio cultural entre franceses y alemanes. Finalmente, es la cristiandad europea la que se lanza a la aventura común que son las Cruzadas para libertar el Santo Sepulcro.

Sin embargo, es precisamente en esta época cuando ocurre un acontecimiento que anuncia la diferencia—más tarde se marca más aún—entre la evolución histórica de Alemania y la de Francia. Quiero referirme aquí a la batalla de Bouvines, en 1214, en la que el rey de Francia Felipe Augusto derrotó a los ingleses y a su aliado, el emperador alemán Otton IV. Constituye para Francia una victoria nacional, celebrada más tarde por sus historiadores como el primer gran triunfo sobre Alemania; y para Alemania es la batalla librada sobre territorio extranjero, que decide la suerte de la guerra de sucesión entre el güelfo Otton y el gibelino Federico II, siendo éste, por su lado, el aliado de Felipe Augusto.

Si comparo ahora la evolución posterior en nuestros dos países, espero que me disculparán el que la considere como alemán: el contorno de la Historia difiere—a pesar de todos los esfuerzos que puedan realizarse para alcanzar la mayor objetividad del contorno—según el punto de vista del observador. Asimismo nosotros conocemos las crisis severas que tuvo que soportar todavía Francia a lo largo de la guerra de los Cien Años, que libró contra Inglaterra. Pero veamos, sobre todo, el siguiente contraste: mientras la unidad de la nación francesa surgía, cada vez más grande, de todas estas luchas y de todos estos disturbios, y estaba firmemente establecida, desde el siglo XV, por Luis XI, el Sacro Romano Imperio Germánico, destrozado por luchas interiores, se desploma cada vez más.

Los alemanes no podemos hacer responsable de esta quiebra política a nadie más que a nosotros mismos, y, en sustancia, esta verdad la hemos sabido siempre. Baste recordar aquí aquellas palabras que dicen que "el desacuerdo es el mal hereditario alemán". La política francesa ha sabido sacar siempre el mayor partido posible de estos "desacuerdos" de los alemanes, y supo actuar a este respecto siguiendo la máxima de aquella época, que afirmaba: "La desgracia de unos hace la felicidad de los otros." De esta manera, Europa, desde principios del siglo XVI hasta el siglo XX, fué escenario de complicaciones bélicas, constantemente renovadas, que hicieron que se perdieran, incluso, hasta los últimos recuerdos de una comunidad europea. Así puede llegarse a

la alianza de Francisco I con el sultán de Turquía en sus guerras contra el emperador Carlos V. Era el principio de la lucha por el predominio en Europa; el gran duelo entre Francia y la casa de Ausburgo, apoyada esta última por Austria y por España. Y fué precisamente durante esta lucha cuando se conformó el motivo dominante de la política extranjera francesa: jugar contra el poderío imperial de los Estados territoriales de los príncipes alemanes y mantener así en Alemania la anarquía en el Estado. Esta política, a la cual van unidos los nombres de Richelieu y de Mazarino, fué coronada de éxitos: bajo Luis XIII y Luis XIV, Francia se convirtió en la potencia dominadora de Europa. El Tratado de Westfalia, de 1648, acabó definitivamente con el poderío de la casa Ausburgo en Alemania: el Sacro Romano Imperio Germánico se había convertido para el mundo entero en un objeto de burla. Jacques Bainville juzga de la siguiente forma el sentido que tuvo este Tratado: "Nuestra victoria era la victoria del particularismo alemán; la derrota del emperador era la derrota de la unidad alemana." Más tarde surgió la Revolución Francesa, acontecimiento histórico que transformó el aspecto político y la actitud intelectual de toda Europa. Los ideales mantenidos por la Revolución incendiaron también a la juventud alemana, que se encontraba de lleno en la época de *Sturm und Drang*, y que había sido educada siguiendo las enseñanzas de Rousseau. Sin embargo, cuando pasada la Revolución los Ejércitos de Napoleón invadieron Alemania, los alemanes sintieron que despertaba en ellos el sentimiento nacional, que, con toda naturalidad, se volvió en contra de Francia. Bien es verdad que aún subsistía en ese sentimiento un cariz de bondad: "El alemán no tolera al francés, pero le gusta beber su vino."

El período que siguió fué coronado por el signo de las tendencias nacionalistas e imperialistas, que dominaron absolutamente durante el siglo XIX, y que, finalmente, habrían de desembocar en la catástrofe. Cuando Bismarck, cuatro siglos después de Luis XI, comienza a estructurar el Estado nacional alemán, Francia, que habíase acostumbrado a tener, en su frontera del Este, un conglomerado de pequeños Estados, y Estados de poca importancia, que rivalizaban entre ellos, se sintió provocada: "¡Venganza, por Sadowa!" Y así fué como la guerra de 1870 fué considerada por los franceses como una invasión alemana, mientras que, por el contrario, para los alemanes constituía el último medio para acabar con el adversario tradicional de la unidad del Reich. Para Bismarck, Francia era la nación que, "desde hace trescientos años,

ha adquirido la costumbre de entrar en nuestra casa por *fractura*". Para los franceses, Bismarck era el imperialista brutal con botas de coracero. La anexión de Alsacia y Lorena fué para el pueblo alemán una recuperación plenamente justificada de un antiguo territorio del Imperio. (Hay que reconocer que Bismarck no incluyó en esta anexión el territorio de lengua francesa de Metz más que bajo la presión de los militares.)

Francia no pudo nunca—y tampoco lo quiso—resignarse a la pérdida de estas dos provincias, y la actitud de los alsacianos y loreneses le ayudó mucho en este aspecto. Así pudo cerrarse el círculo vicioso del que parecía imposible poder salir. La desconfianza y la hostilidad eran los caracteres dominantes en las relaciones francoalemanas. Bismarck se daba perfecta cuenta de ello cuando escribía, el 20 de diciembre de 1872, en unas instrucciones al embajador de Alemania en París, conde de Arnim: "La manera clarísima, con la cual, después que la paz ha sido firmada, el odio nacional contra los alemanes es atizado y proclamado por todos los políticos en Francia, no nos permite dudar en absoluto de que todo Gobierno, cualquiera que sea el partido que represente, considerará la revancha como su principal empresa."

Estas posiciones se acentuaron aún más después de principios del siglo XX. La crisis marroquí fué el primer relámpago, al que había de seguir pronto la catástrofe: la primera guerra mundial. También en esta guerra, los alemanes, lo mismo que los franceses, estaban convencidos de que combatían por una causa justa.

¡Y nos enfrentamos con Versalles! Hoy sabemos perfectamente que este Tratado de paz no pudo deshacer el nudo trágico de la rivalidad francoalemana. Esta vez era Francia la que, por temor a un desquite alemán, sentía inquietud por su seguridad. Las primeras bases para una comprensión y una reconciliación, planteadas durante la época de Briand-Stresemann, no fueron continuadas, ya que la opinión pública no demostraba una verdadera comprensión hacia una política europea constructiva, ni en Alemania, ni en Francia, ni en Inglaterra. Estas primeras tentativas fueron ahogadas completamente por un nacionalismo y un chauvinismo, llevados hasta el frenesí, de los dirigentes nacionales socialistas, que no querían darse cuenta de que todas las tentativas de hegemonía en Europa estaban abocadas al fracaso, en el cual habían desembocado ya en la época de Luis XIV y de Napoleón I.

Al final de la segunda guerra mundial pareció que en Francia no se podían liberar de las categorizaciones tradicionales, que tanto pesaban en el pensamiento político. En 1914 se reclamaba en

Francia—en el espíritu de la política tradicional del *divide et impera* y en el espíritu de los Acuerdos de Yalta—la internacionalización política y económica del Ruhr, la anexión del territorio del Sarre, la separación de la orilla izquierda del Rin del resto de Alemania y la formación de un Estado renano independiente, así como el fraccionamiento del resto de Alemania en pequeños Estados. Sin embargo, pronto hubo de reconocerse que un cambio absoluto se había producido en la situación política internacional. Europa había perdido la posición que tenía en el pasado en la política mundial y constituía un campo en el que se enfrentaban los dos nuevos grupos de fuerzas. Francia se había visto ya obligada a darse cuenta de ello en Yalta y en Potsdam, cuando los "tres grandes" negociaban a puerta cerrada. Estas amargas experiencias llevaron a Francia a revisar, poco a poco, su política exterior.

Un aspecto que ha sido decisivo para la nueva forma adoptada por las relaciones francoalemanas lo constituye el hecho de que las potencias occidentales alentaron la formación de una República federal soberana y la decisión de Francia de participar activamente en una política europea común. La base de esta política es (en Francia lo mismo que en otros países) el deseo, engendrado como una reacción contra el sentimiento de su debilidad, de agrupar a Europa en una estructura política unificada, capaz de afirmarse entre los dos grandes bloques. A esto se añadía el hecho de que la división de Europa en dos partes, una de ellas libre y la otra supeditada a Moscú, hacía imposible para Francia el retorno a su antigua política de alianza con el Este y Sudeste, cosa que le impedía renovar la *Petite Entente*. A todo ello hay que añadir aún la necesidad de una seguridad eficaz frente al Este y la supresión de la antigua rivalidad francoalemana. Finalmente, de esta manera se ha llegado a reconocer, tanto en Francia como en Alemania, que no puede crearse una Europa unida sino sobre una comprensión total y un acuerdo permanente entre los dos países, y que es de capital importancia para toda Europa terminar de una vez para siempre con el antagonismo francoalemán, tal como existía en el pasado.

El punto de partida de los esfuerzos realizados para acabar con este antagonismo y estrechar, en el ámbito europeo, las relaciones francoalemanas estuvo constituído por los encuentros entre Robert Schuman, a la sazón ministro francés de Asuntos Exteriores, y el canciller Adenauer; encuentros que guardan relación con la visita a Bonn de Schuman en 1950. El pueblo alemán agradecerá siem-

pre a Schuman esta iniciativa, que, por razones de política interior, no era fácil entonces de adoptar. El pueblo alemán recuerda muy bien la firmeza con que Robert Schuman se manifestó, en sus discursos públicos y en los que pronunció ante el Parlamento francés, a favor de una solución constructiva del problema de las relaciones francoalemanas.

Desde el mes de mayo de 1950 había sometido a la Asamblea Nacional el plan de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Desde su nacimiento, esta Comunidad Europea no solamente se ha transformado en un importante elemento para una política europea común, sino que constituye, además, un testimonio alentador de la posibilidad práctica de una integración europea, provechosa para todos.

La necesidad de esfuerzos comunes en el ámbito de la defensa, necesidad que ha alcanzado un lugar predominante por la crisis europea, originó la iniciativa francesa de crear una Comunidad Europea de Defensa. Las partes contratantes habían previsto la C. E. D. no solamente en su finalidad militar, sino como un elemento decisivo para una unión europea. Al hacer imposibles las guerras entre las partes contratantes, debía ante todo sentar una base sólida para las relaciones francoalemanas. El rechazo del C. E. D. por la Asamblea Nacional Francesa, en el mes de agosto de 1954, provocó una crisis no sólo de la política europea en su conjunto, sino también en las relaciones francoalemanas.

Sin embargo, la firma del Tratado sobre la Unión Europea Occidental, realizada algunos meses más tarde, y la inclusión de la República Federal en la organización del Tratado del Atlántico Norte son pruebas de la fuerza que tienen las corrientes que, en el interior de la propia Francia, arrastran hacia una política europea, y especialmente hacia un acuerdo con Alemania.

Un acontecimiento que tuvo importancia decisiva sobre la evolución posterior de las relaciones francoalemanas fué el encuentro, en el mes de octubre de 1954, del canciller Adenauer con Mendès-France, a la sazón presidente del Consejo de la República francesa, en Celle-St. Cloud, cerca de París. Este encuentro mostró una vez más, y con mayor evidencia, que una cooperación directa y estrecha entre Francia y Alemania sobre el plano político, cultural y económico, no solamente era posible, sino necesario.

El Tratado comercial francogermano, concluído durante el verano último, por una duración de tres años, consecuencia de las negociaciones de la Celle-St. Cloud, otorga a las relaciones económicas entre ambos países una base sólida y, a la vez, permanente.

La República Federal ocupa hoy día un lugar privilegiado en la lista de los intercambios comerciales franceses, no sólo como cliente, sino también como abastecedor. La creación de la Comisión agrícola francoalemana y de una Cámara de Comercio francoalemana, en junio de 1955, constituyen un doble elemento más para el fortalecimiento de las relaciones económicas entre Francia y Alemania.

Con una especial satisfacción, empero, la opinión pública alemana ha comprobado que el Gobierno francés se inclina por la reunificación alemana, en el sentido de la política federal, y que adoptó, durante la Conferencia de Ginebra, una actitud plenamente clara sobre este punto. Este hecho es, desde el plano psicológico, de extraordinaria importancia, ya que este patente cambio en la política exterior francesa es susceptible de reforzar la confianza del pueblo alemán. Por otro lado, la política alemana proseguirá sus esfuerzos para lograr la confianza del pueblo francés.

El peso de la hipoteca, constituído por el problema del Sarre, y que había pesado sobre las relaciones francoalemanas, ha disminuído también. La reacción francesa con motivo del rechazo del estatuto del Sarre ha estado lleno de moderación no solamente en lo que respecta a la reacción oficial, sino también a la opinión pública, y esto también puede considerarse como un buen augurio para la evolución futura. Un paso importante en el camino de una solución constructiva del problema del Sarre se realizó con la visita efectuada por el ministro francés de Asuntos Exteriores, Antoine Pinay, al canciller federal Adenauer durante la Conferencia de Ginebra. Lo opinión pública alemana sabe que el presidente Pinay se ha declarado siempre favorable no solamente a una política europea, sino también a un arreglo francoalemán. Por esta razón, se ha enterado con satisfacción de que los dos hombres de Estado habían convenido en buscar juntos, dentro de un espíritu europeo, una solución nueva al problema del Sarre. A pesar de numerosos fracasos se admitirá, cada vez más, como lo han demostrado los acontecimientos de los últimos años, la necesidad de una política europea común. El núcleo de esta política lo constituye el entendimiento francoalemán. Por tanto, son más las consideraciones de política realista, fundadas menos sobre los sentimientos que sobre la objetividad, las que definen las relaciones entre los dos países. No considero, de forma alguna, este estado de cosas como un inconveniente: un matrimonio de conveniencia tiene, por lo general, base más sólida que un matrimonio de amor, y, de todas formas, nuestra época tiende a pensar objetivamente. Sin embargo, el desarrollo de una asociación de buena

vecindad entre Francia y Alemania sería coartado por el resentimiento emocional e histórico. Me cabe afirmar, basándome en mi experiencia personal, que este resentimiento disminuye rápidamente de intensidad en el pueblo alemán: la catástrofe de 1954 ha preparado el terreno. Por otra parte, comprendemos que ha de ser difícil para el pueblo francés, que vive tan profundamente inmerso en su tradición y en su pasado, olvidar el recuerdo de dos guerras mundiales, de una invasión, de una ocupación, de los campos de concentración, etc. Y, sin embargo, el hecho de que el resentimiento nacional, o mejor dicho "nacionalista", no se remonte en su forma radical más que al último tercio del siglo XIX, nos hace tener fundadas esperanzas de que sean definitivamente suprimidos.

No queremos, sin embargo, desconocer el hecho de que el pueblo francés y el pueblo alemán hayan desarrollado, en el curso de su larga historia, formas de vida y de pensar que son tan características como diferentes. En este aspecto, consideramos todavía a Alain Poher y al conde Spreti; por ello sólo diré algunas palabras sobre este punto. Nietzsche dijo un día: "Como *pueblo del centro*, en todos los sentidos del término, los alemanes son más incomprensibles, más extendidos, más llenos de contradicciones, más desconocidos, más insondables, más temibles para ellos mismos que lo son para ellos mismos los demás pueblos. Escapan a la definición, y por este hecho desesperan a los franceses." Otros han subrayado el contraste entre lo que se llama dinamismo de la naturaleza alemana y el sentido que los franceses tienen de la medida y de la forma, de lo que es firmemente seguro y constante.

Sea como sea, cabe la pregunta de si esta diferencia de naturaleza constituye verdaderamente un antagonismo inevitable e irreconciliable; o bien, por el contrario, más bien refleja, completándose, toda la diversidad del espíritu occidental, de ese espíritu que tiene sus raíces más profundas en la fe cristiana. Nosotros apoyamos esta diversidad porque apoyamos a Europa.

Traducción al castellano de Manuel García Miranda.

FENOMENOLOGIA Y MARXISMO EN EL PENSAMIENTO DE MAURICE MERLEAU-PONTY

POR

GONZALO PUENTE OJEA

El existencialismo de Merleau-Ponty solamente es comprensible en el contexto de la fenomenología. El movimiento iniciado por Husserl fecundó corrientes de pensamientos dispares, pero con una intuición fundamental común: la de que la raíz y el sentido de los problemas filosóficos hay que buscarlos en las estructuras *humanas*, tal como se ofrecen con anterioridad a la tematización de las ciencias positivas con sus prejuicios objetivistas. La fenomenología es, en su significación más radical, una ciencia del *hombre* en cuanto instaurador de sentido, y, por esto, el fundamento de una antropología en su significación filosófica radical. Tal es, en rigor, la *fenomenología existencial* de Merleau-Ponty.

Ahora bien: la temática y la perspectiva de esta fenomenología existencial son, en cierta medida, los resultados de un largo proceso de maduración de la fenomenología misma—en el que la experiencia heideggeriana ocupa un lugar central—y, al mismo tiempo, de la incorporación en un molde original de elementos espirituales intensamente operantes en la circunstancia intelectual europea: Hegel—sobre todo el de la *Fenomenología del espíritu*—, Kierkegaard, Marx, Nietzsche, etc., son otras tantas experiencias filosóficas que gravitan activamente en la intuición creadora de Merleau-Ponty.

Nos proponemos estudiar la peculiar matización que imprime Merleau-Ponty al conjunto de la fenomenología y a sus temas capitales. Pero queremos desarrollar este análisis en dos tiempos, cuya secuencia puede parecer, a primera vista, innecesaria, pero que es ineludible desde nuestro punto de vista: para valorar exactamente la originalidad y el carácter de la fenomenología existencial de Merleau-Ponty es preciso considerar atentamente el resultado general de la obra de Husserl—aun con el carácter provisional de que ha de estar afectado cualquier juicio sobre este filósofo—, y concretar así el nivel problemático desde el cual Merleau-Ponty acomete la tarea de su propio filosofar. Nuestro análisis esquemático

del pensamiento de Husserl tenderá a destacar sus aspectos más relevantes, de acuerdo con la intención que nos guía: introducir al existencialismo de Merleau-Ponty en sus motivaciones más profundas. Al efecto, no evitaremos la cita, cuando el caso lo aconseje, de cualquier clase de textos que presenten con fidelidad y coherencia el pensamiento husserliano o su interpretación más plausible.

Como parte final, intentaremos exponer con brevedad las líneas de la filosofía humanista de Merleau-Ponty, al hilo de su interesante crítica del marxismo. En un primer momento, nuestra intención se concretaba a esta exposición; sin embargo, en seguida se hizo patente la imposibilidad de analizar las posiciones de Merleau-Ponty en este asunto fuera del marco total de su pensamiento y sin un análisis previo de su fenomenología. Su último libro, *Les aventures de la dialéctique*, comienza con estas palabras: "Para tratar los problemas a los que tocamos aquí es necesaria una filosofía de la historia y del espíritu." Precisamente esta filosofía es, en Merleau-Ponty, existencialismo fenomenológico.

I

1. De modo general, puede caracterizarse la obra filosófica de Edmund Husserl como el intento de explicar el misterio del ser por su presencia objetiva en la conciencia; es decir, como la voluntad de encontrar, a través del análisis estructural de la conciencia, en su doble vertiente noética y noemática, un conocimiento absoluto, en el que vinieran a integrarse y revelar su sentido las verdades del saber efectivo acumulado incesantemente por las ciencias empíricas (1). Desaparecido Husserl, y conclusa así su fecunda vida filosófica, podemos preguntar cuál ha sido el resultado de ese ensayo de racionalización de la experiencia por el método fenomenológico.

En 1931 se traducía al castellano el estudio de Teodoro Celms, discípulo de Husserl, titulado *El idealismo fenomenológico de Husserl* (2), escrito con especial referencia al período abierto con la aparición de las *Logische Untersuchungen*, en su segunda edición, refundida, y las *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie*, ambas de 1913; en ese trabajo

---

(1) Cfr. Quentin Lauer: *Phénoménologie de Husserl. Essai sur la genèse de l'intentionalité.* París, P. U. F., 1955, pág. 390.
(2) Versión española de José Gaos. Madrid, Revista de Occidente, 1931.

escribe Celms: "Husserl afirma con toda decisión que el mundo espacio-temporal es, por su sentido, una mera constitución intencional de la conciencia pura, y fuera de esto, una pura nada, es decir, que este mundo puede reducirse, sin dejar residuo, a la conciencia pura" (3). Y señala como pieza clave en tal sentido todo el capítulo III de la sección segunda de *Ideen* (4).

En efecto, Husserl declara allí que "*el ser de la conciencia,* de toda corriente de vivencias en general, *quedaría sin duda necesariamente modificado por una aniquilación del mundo de las cosas, pero intacto en su propia existencia*". La aniquilación del mundo "no implica que quedaran excluídas otras vivencias y otros órdenes de vivencias; lo que nos muestra es la apodicticidad de la existencia de la conciencia, en el sentido de que, por principio, *nulla "re" indiget ad existendum*" (5). Así, queda descubierta la equivocidad radical de términos como *ente, objeto,* cuando se aplican por igual a las modalidades del ser inmanente o trascendente. "Ser inmanente o absoluto y ser trascendente quieren decir, sin duda, ambos "ente", "objeto", y tienen, a no dudarlo, ambos su determinado contenido objetivo; pero es evidente que lo que se llama objeto y determinación objetiva en ambos casos, sólo se llama así según las categorías lógicas vacías. Entre la conciencia y la realidad en sentido estricto se abre un verdadero abismo de sentido." Ningún puente puede tenderse entre ambas; la única relación que las comprende es una relación que está más acá de toda realidad fáctica y se inscribe por entero en la estructura última de la conciencia; mejor dicho, en una relación que *define* la conciencia: la *intencionalidad.* El mundo espacio-temporal, en su totalidad, es un "mero ser intencional por su sentido", un ser que, por principio, "sólo es intuíble y determinable en cuanto es el algo idéntico de multiplicidades motivadas de apariencias—pero que, *además de esto,* no es nada—" (6).

Parafraseando a Husserl, dice Celms que "la afirmación de que el mundo es una constitución de la conciencia significa que está condicionado por un sistema de sentidos o de proposiciones motivado, en último término, intuitivamente. Y si el mundo es justamente este mundo y no otro, es porque en la conciencia pura hay este sistema de motivación y no otro". La conciencia pura habría

---

(3) *Ibídem,* pág. 126.

(4) Cfr. *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica,* trad. esp. de J. Gaos. Méjico, F. de C. E., 1949, págs. 108-131.

(5) *Ibídem,* pág. 113.

(6) *Ibídem,* 114. Los subrayados, mientras no se señale otra cosa, son del autor citado.

podido tener otros sistemas de motivación, y entonces hubiesen existido correlativamente otros mundos. Frente al carácter absoluto de la conciencia pura fenomenológica queda la *contingencia mundi*; y respecto no del mundo como totalidad—como orden de ser espacio-temporal concordante en todas sus partes—, sino de la trascendencia en cuanto referencia ineludible de la conciencia intencional—no existen actos de conciencia de mera dirección inmanente—, Husserl reitera su tesis idealista al advertir que "no se debe dejarse engañar, pues, por la expresión de trascendencia de la cosa frente a la conciencia o "ser en sí" de la cosa. El auténtico concepto de trascendencia de la cosa, que es norma de toda proposición racional sobre la trascendencia, no cabe sacarlo de ninguna otra parte que no sea el contenido actual y propio de la percepción, o bien de los complejos de índole bien determinada, que llamamos experiencia comprobatoria. La idea de esta trascendencia es, pues, el correlato eidético de la idea pura de esta experiencia comprobatoria" (7).

Esta perspectiva idealista trascendental de *Ideen* se apoya toda ella, como muy exactamente indica Tran-Duc-Thao, en la teoría de la cosa material *(Ding)*, que conduce de los objetos *reales* a los objetos *intencionales*; la realidad empírica queda absorbida, pero despojada precisamente de sus predicados reales. "*El acceso al dominio fenomenológico se hace así por el descubrimiento de la idealidad del objeto.* Se trata, evidentemente, de una idealidad *trascendental*, en tanto que se identifica a la *realidad empírica*" (8). Más adelante veremos la importancia que tiene en el desenvolvimiento husserliano la consideración privilegiada de los estratos materiales en los análisis de constitución.

Una formulación idealista tan inequívoca habría de sorprender a los lectores españoles, para los que el término *fenomenología* había venido evocando un modo de pensar los problemas filosóficos de estilo predominantemente realista; el Husserl más conocido en los medios intelectuales era, sobre todo, el Husserl de la crítica del psicologismo, el que ofrece la primera parte de *Investigaciones lógicas*, al fin vertidas al castellano dos años antes (9). La sorpresa había sido mucho más intensa todavía bastantes años antes en la propia Alemania; el año 1913 fué un año crítico para

(7) *Ibídem*, pág. 109.

(8) Cfr. Tran-Duc-Thao: *Phénoménologie et Matérialisme dialectique*. París, Ed. Minh-Tan, 1951, págs. 74-76. Este libro ofrece la crítica de fondo más seria hecha a la obra de Husserl, apoyada en una interpretación atrevida, pero que se propone ser, ante todo, fiel al contenido de dicha obra. Utilizaremos con frecuencia muchas de sus aportaciones a la inteligencia del intento de Husserl.

(9) Versión española de M. García Morente y J. Gaos. Madrid, Revista de Occidente, 1929.

la escuela husserliana. Thao describe con vigor la crisis: "La fenomenología—escribe—había debido sus primeros éxitos al realismo implicado en el análisis de las esencias. No se trataba solamente de la afirmación de un *en sí* del universal. La *Wesenschau* pretendía alcanzar *la esencia misma de las cosas, el ser de lo existente* en todas sus formas posibles. La tesis era afirmada más bien que demostrada; pero Husserl transmitía su convicción por el ejemplo viviente de su pensamiento. Los inmensos horizontes que descubría contrastaban con el frío intelectualismo de los criticistas universitarios. Ciertamente, los análisis "subjetivos" no faltaban; pero no parecían incompatibles con la posición de un *en sí*. La teoría ontológica de *la cosa misma* no hace sino completarse por la descripción de las vivencias en las cuales nos es *dada*. La doctrina de la reducción, expuesta desde 1907 en los cursos, no había explicitado aún su presupuesto fundamental: la idealidad del objeto. Igualmente, los oyentes habían reparado poco en ella. La aparición de las *Ideen* en 1913 provocó una estupefacción general. El idealismo trascendental era referido allí mismo al texto de la *Crítica de la razón pura.* "El término objeto es para nosotros, dondequiera que sea, un título para formas *a priori* de enlace en la concencia." *(Ideen.)* La fenomenología se define como "eidética de la conciencia purificada por la reducción trascendental": el campo tematizado era concreto, pero no se lo estudia más que en su esencia y, en cuanto que el *a priori* de la subjetividad define precisamente la objetividad del objeto, no se hacía sino reconsiderar los temas gastados del criticismo." Y concluye: "Los discípulos protestaron violentamente en nombre de la tradición oral. La nueva orientación de la doctrina les aparecía como un abandono de la inspiración fenomenológica auténtica. Husserl veía aumentar su prestigio día a día en los medios universitarios y en el extranjero: ya no habría de conocer jamás esta cálida atmósfera de entusiasmo que hizo la celebridad de la escuela de Gotinga" (10).

Las breves indicaciones que hemos expuesto, relativas al análisis de la reducción fenomenológica del mundo físico, permiten valorar la significación idealista de la obra de Husserl al nivel de *Ideen*, y el peculiar matiz de un idealismo que, pese a la honda y no querida influencia kantiana, conserva una gran originalidad, toda vez que la estructura de la intencionalidad hace posible una

---

(10) Cfr. *op. cit.*, págs. 76-77. En las páginas siguientes, Thao hace una exposición valorativa de la actitud de los neokantianos ante la nueva inflexión del pensamiento de Husserl, en especial de la respuesta de E. Fink a las críticas de Kreis y Zocher (1930-1932).

actitud de máximo respeto a cualquier clase de contenido noemático del análisis. Celms caracteriza con justeza y propiedad este idealismo fenomenológico al indicar "que está caracterizado de la manera más neta y se distingue de todos los restantes idealismos porque (...) reduce el mundo de las cosas a la conciencia pura fenomenológica, es decir, al yo puro fenomenológico, con sus componentes de vivencia reales e ideales, mientras que, por ejemplo, el idealismo trascendental considera como imposible por principio reducir el mundo de las cosas a los *yoes* individuales, con sus momentos de vivencia, y, por el contrario, reduce todo lo que es cosa a una "conciencia general" supraindividual" (11). Sin embargo, parece que el estatuto de esa conciencia fenomenológica no fué jamás precisado de modo satisfactorio, y no permitió una fundamentación suficiente de los análisis concretos. Los planos psicológico y trascendental, los momentos noéticos y noemáticos, el yo empírico y el yo trascendental eran perfectamente deslindables en el cuadro conceptual de la problemática metodológica; pero perdían la pureza de sus perfiles en el trabajo operatorio de las constituciones intencionales.

No obstante, Celms concluye que, en todo caso, el "idealismo fenomenológico de Husserl no está trazado de antemano por el método fenomenológico", y que es separable de éste; el idealismo sólo comienza en el momento en que Husserl pasa desde la reducción fenomenológica en cuanto reducción de toda consideración objetiva (trascendente) a la consideración de los correspondientes modos de conciencia, a la reducción fenomenológica en cuanto reducción del ser objetivo (trascendente) al ser de los correspondientes modos de conciencia. El énfasis en esa separación caracteriza aún hoy el patetismo del esfuerzo por anexar las posibilidades del método sin pagar el tributo de un planteamiento idealista.

En 1929, Husserl pronuncia en alemán cuatro conferencias en la Sorbona, bajo el título de *Einleitung in die transzendentale Phänomenologie*, origen de las *Méditations cartésiennes*, publicadas en francés en 1931, obra que, por lo que afecta a la forma más sistemática de su filosofía, constituye la última versión del pensamiento de Husserl (12). En las *Meditaciones* se desenvuelven y radicalizan las líneas directrices de *Ideen*, en una construcción de impresionante arquitectura y que elimina en parte considerable el margen de cierta ambigüedad que ofrecía el pensamiento riquísimo de su obra anterior.

---

(11) Cfr. *op. cit.*, pág. 126.
(12) Cfr. Lauer, *op cit*, págs. 304 y sigs.

En el proceso de búsqueda de un absoluto en el que asentar el sistema de las ciencias, Husserl había llegado, en la época de *Ideen*, a la afirmación de la subjetividad trascendental en cuanto *a priori* que circunscribe todo el saber. En las *Meditaciones* traza el proceso de esa misma subjetividad, realizando así la última identificación de la subjetividad trascendental, en cuanto estructura intencional, y de la objetividad. Veamos brevemente ciertos textos muy expresivos.

Recogiendo lo esencial del momento reductivo, tal como quedaba esbozado en *Ideen*, Husserl ratifica la tesis general de la fenomenología, al decir que "la ἐποχή es el método universal y radical por el cual yo me aprehendo como yo puro, con la vida de la conciencia pura que me es propia, vida en y por la cual el mundo objetivo entero existe para mí, justamente tal como existe para mí" (13). Nada puede sustraerse a la esfera del *ego*, pues el ser se constituye por su racionalización radical: así, el mismo concepto de *trascendencia* es constituído en dicha órbita, pues "esta *trascendencia* pertenece al sentido específico del ser del mundo *(des Weltlilichen)*, aunque no podamos dar a este "mundo" y a sus determinaciones ningún otro sentido que el que sacamos de nuestras experiencias, representaciones, pensamientos, juicios de valor y acciones; de la misma manera que no podemos justificar la atribución a este mundo de una existencia evidente sino a partir de nuestras propias evidencias y de nuestros propios actos. Si esta "trascendencia" de inherencia irreal *(irreellen Beschlossenseins)* pertenece al sentido propio del mundo, entonces el yo mismo, que lleva un mundo en sí a título de unidad de sentido *(Sinneseinheit)*, y que por ello mismo es una premisa necesaria de aquél, este yo se llama *trascendental* en el sentido fenomenológico de este término, y los problemas filosóficos que surjen de esta correlación, problemas filosóficos trascendentales" (14). Hay que señalar aquí, como mero inciso, que el uso histórico del término *trascendental* ha producido una cierta ambigüedad, que la fenomenología no ha tenido el buen cuidado de precisar: esta situación ha contribuído a dejar en una penumbra desazonadora el carácter de la relación de la fenomenología husserliana con las filosofías de la tradición idealista.

Pero el sentido de estos textos es bastante claro: Para Husserl, una fenomenología es válida sólo en la medida en que el ser quede

---

(13) Cfr. *Méditations cartésiennes. Introduction à la Phénomenologie*, traducción de Levinas y Pfeiffer. París, Vrin, 1947, pág. 18.

(14) *Ibídem*, págs. 22-23.

reducido a lo fenomenal—no a lo fenoménico—y, en función de esta reducción, la aprehensión del ser venga a confundirse, en rigor, con su constitución en la subjetividad trascendental, en la conciencia fenomenológica; solamente esta forma de constitución puede garantizar a dicha conciencia de la certeza de lo aprehendido. De ahí que Husserl pueda escribir, en fórmula estricta, fiel al sentido de la fenomenología pura, que "cada forma de la trascendencia es un sentido existencial que se constituye en el interior del *ego*. Todo sentido y todo ser imaginables, que se llamen inmanentes o trascendentes, forman parte del dominio de la subjetividad trascendental, en tanto que constitutiva de todo sentido y todo ser" (15). Esta constitución se efectúa mediante la explicitación de la conciencia intencional. La teoría de la intencionalidad ocupa el centro del idealismo fenomenológico, y rompe con la vieja teoría de la representación: la conciencia ya no es un receptáculo, un reproductor en miniatura. La idea de intencionalidad rompe con el clásico modo de pensar las relaciones de lo interior y lo exterior. "En el idealismo husserliano—advierte Levinas—, el análisis de la intención permite en cada momento definir en qué sentido el objeto es visado y puesto, en qué sentido su existencia es susceptible de verificación. Reconduciendo por intermedio del sentido el sujeto al objeto, Husserl aporta un momento nuevo en el idealismo: la posibilidad de iluminar el sentido íntimo de la trascendencia, el sentido que puede tener la interioridad misma del exterior para cada categoría de objetos" (16). No se trata de absorber las cosas en la conciencia y recomponerlas según esquemas psicologistas; "la intención visa un objeto exterior. La trascendencia del objeto es exactamente lo que es conforme al sentido íntimo del pensamiento que visa, irreductible a funciones matemáticas cualesquiera. La exterioridad de los objetos fluye del absoluto respeto aportado a la interioridad de su constitución" (17). Podemos seguir llamando idealista a este modo de valorar los términos del conocimiento, y en efecto lo es, incluso para Husserl; pero es un idealismo que entiende superar la antigua querella epistemológica, al suprimir la dualidad de mundos e instaurar la conciencia como *intencionalidad*.

Para Husserl, no hay la razón y lo otro: sólo hay ser en cuanto racionalizado; el campo de la conciencia no puede ser trascendido.

---

(15) *Ibídem*, págs. 70-71.
(16) Cfr. E. Levinas: *En découvrant l'existence. Avec Husserl et Heidegger*. París, Vrin, 1949, pág. 33.
(17) *Ibídem*, pág. 50.

La negación temprana del intento de Heidegger encuentra aquí su fundamento. La subjetividad trascendental no podía interpretarse, al nivel de las *Meditaciones*, como un *In-der-Welt-sein*, toda vez que esta estructura heideggeriana supone que, por su existencia concreta, el hombre está de antemano desbordado, trascendido. "La intencionalidad, al contrario, caracteriza una mónada. El hombre conserva el poder de reservarse respecto del mundo, y sigue libre, por este hecho, para efectuar la reducción fenomenológica. En un cierto sentido, la intencionalidad es un *Ausser-der-Welt-sein*, más bien que el *In-der-Welt-sein* de la conciencia" (18).

Si todo ser lo es en cuanto término de una constitución, es claro que la *existencia fáctica* cae fuera del campo de la conciencia y, por tanto, de la filosofía fenomenológica. Si Husserl aceptase la existencia como factor irracional en el ser, quedaría invalidado el ideal de una ciencia *total*; por esto, el ser es exclusivamente "sentido". Ya hemos visto cómo Husserl reintroduce la existencia previamente eliminada, pero no como pura facticidad, sino transformada en la posibilidad de la existencia, "la cual no es sino una expresión de las leyes esenciales reveladas en el *sentido* del ser" (19); y el problema de la existencia es absorbido en la problemática general del orden de las esencias.

El idealismo fenomenológico concluye, pues, en la afirmación del *ego* trascendental como mónada; pero esto no le impide rechazar formalmente la acusación *solipsista*, en virtud de la explicitación intencional de la experiencia del *otro* y la determinación del dominio trascendental como "intersubjetividad monadológica"—tarea a la que Husserl consagra por entero la *Meditación V*—. Pero no debemos engañarnos respecto del carácter último de esa *intersubjetividad*, al menos en su significación para el conjunto del sistema, toda vez que "el otro, yo lo aprehendo "en" mí, se constituye en mí mismo por la apresentación sin que esté allí presente "él mismo" (20).

---

(18) *Ibídem*, pág. 50. Apoyándose en el sentido de este poder reductivo, Levinas escribe que "la fenomenología de Husserl es, a fin de cuentas, una filosofía de la libertad, de una libertad que se realiza como conciencia y se define por ella". *(Ibídem*, pág. 49.) Este radicalismo de la libertad alcanza su extrema expresión en la metafísica de Sartre.

(19) Cfr. Lauer, *op. cit.*, pág. 409. En la crítica de este fiel expositor, este aspecto es referido a otros momentos endebles de la fenomenología en cuanto "absolutización, etapa por etapa, de la objetividad, por la fundamentación de esta objetividad en la sola subjetividad absoluta". (Véase *ibidem*, pág. 407, y, en general, todo el capítulo VI.)

(20) Cfr. *Méditations cartésiennes*, pág. 127. Husserl denomina *apresentación* al acto que hace el otro *co-presente;* es decir, a "una especie de apercepción por analogía". *(Ibídem*, págs. 91 y sigs.)

En seguida veremos que, como piensan Thao, J. L. Lyotard, etcétera, no parece legítimo que, al nivel trascendental, la explicitación del *otro* pueda hacerse en los mismos términos que la explicitación de la cosa, en especial si se tiene en cuenta que, en la parte inédita de *Ideen*, Husserl subraya la oposición naturaleza-espíritu y la prioridad ontológica del mundo del espíritu *(Geist)* (21). No obstante, podemos preguntar si cabía otra solución a una filosofía que ha hecho del *ego* trascendental el fundamento radical y absoluto; desde el momento en que el problema del *otro* se formule en términos de constitución intencional, la *intersubjetividad* no puede, en rigor, escapar a esta radicalización del *ego*. Todavía en *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die tranzendentale Phänomenologie*—cuyas dos primeras partes fueron publicadas, en vida del autor, en la revista *Philosophia*, de Belgrado, en 1936—mantiene Husserl que "todas las significaciones del tipo Yo y Tú, dentro y fuera, no se "constituyen" sino en el *ego* absoluto" (22). Pero es que la manera insatisfactoria con que pretende resolver el problema del *otro* en cuanto persona no solamente está condicionada por el valor axiomático del *ego* como constituyente universal, sino también por el carácter del análisis constitutivo de las cosas del mundo físico. Como advierte Thao, para mantener una coherencia de base a partir de la afirmación de una existencia absoluta de las personas, y de su manifestación también absoluta, Husserl habría tenido que renunciar al patrón privilegiado de la *Dingkonstitution*—que caracteriza la percepción de los cuerpos físicos como despliegue de siluetas *(abschattende Darstellung)*—, anverso de un idealismo trascendental como negación de la existencia absoluta del objeto, e instaurar una vía de constitución de la cosa material que no la redujese a un equivalente en la conciencia. Naturalmente, esta revisión habría dado como resultado una filosofía nueva.

Husserl sintió su posición idealista no como adventicia, sino como esencialmente vinculada a la fenomenología. Más allá de la fenomenología no hay, en rigor, especulación filosófica; la fenomenología es la filosofía. "Realizada de esta manera sistemática y concreta—nos dice—, la fenomenología es, por ello, *idealismo trascendental*, aunque en un sentido fundamentalmente nuevo." Y añade:

---

(21) Cfr. Paul Ricoeur: *Analyses et problèmes dans "Ideen II", de Husserl*, en el conjunto *Phénoménologie, Existence*. París, A. Colin, 1953, págs. 61-76.

(22) Por supuesto, persiste una tensión, una contradicción, que parece inherente a la fenomenología misma. Cfr. sobre este punto, además del estudio citado de Ricoeur, J. F. Lyotard: *La Phénoménologie*. París, P. U. F., 1954, páginas 33-36.

"La prueba de este idealismo es la fenomenología misma. Solamente quien comprende mal el sentido profundo del método intencional o el sentido de la reducción trascendental—o lo uno y lo otro—puede querer separar la fenomenología y el idealismo trascendental" (23). La asimilación de ambos términos no puede estar expresada de modo más inequívoco; y si se toma en consideración el momento de madurez desde el que dicha afirmación se formula, su importancia no necesita encarecerse. Según Husserl, la incomprensión de su idea de la fenomenología trascendental conduce a los dominios de un psicologismo trascendental *(sic)* que tiende a confundir aquella idea con la de una psicología intencional. En una palabra, se "cae en el absurdo de una filosofía trascendental que permanece sobre el terreno natural" (24).

En el ánimo de Husserl, las cosas no podían ser de otra manera. En efecto, la eliminación de la existencia real por imperativo de la radicalización de la subjetividad trascendental en cuanto fundamento supuestamente absoluto de las ciencias y de la propia filosofía *como ciencia rigurosa*, es necesaria para instaurar una fenomenología infalible y plenamente coherente, es decir, un conocimiento *absoluto* que elimine, si es fiel a sí mismo, la caída en el error. El problema del error, con su alcance tradicional, sólo puede surgir en una filosofía de la trascendencia, no en una filosofía del ser inmanente, "cuya meta es un modo de conciencia en el cual el ser es puesto absolutamente" (25). Si consideramos, por ejemplo, la percepción de cualquier objeto exterior, resulta que es imposible hablar de una falsedad de la evidencia misma, si previamente (ἐποχή) nos hemos negado a poner cualquier clase de trascendencia. "No es fácil de ver—escribe Lauer—cómo esta clase de error puede nunca hacer su reaparición en el campo de las consideraciones fenomenológicas, salvo en la medida en que la actitud natural aflora constantemente para manchar la pureza de aquéllas" (26).

No obstante, esta crítica no debe tomarse en el sentido de descubrir en la fenomenología una debilidad de la que no fuese consciente. Lo cierto es que la propia teoría de la *evidencia*, como modo originario de la intencionalidad y como fundamento del valor rele-

---

(23) Cfr. *Méditations cartésiennes*, pág. 72.

(24) *Ibídem*, pág. 73.

(25) Cfr. Lauer, *op. cit.*, pág. 411.

(26) *Ibídem*, págs. 412-13. Quizá el precio de este aumento de certeza subjetiva de que nuestra aprehensión de las esencias es correcta—el precio de esta filosofía *como ciencia rigurosa*—sea elevado. Tal vez consista en la renuncia a resultados concretos por operar siempre en un plano demasiado formal. Lauer se pregunta "si, habiendo eliminado completamente el error, no nos quedamos con una concha vacía entre las manos". *(Ibídem*, pág. 415.)

vante que reviste la *intuición* en la obra husserliana, instaura una doctrina de la *verdad* radicalmente diferente de la tradicional. La doctrina clásica interpreta la verdad como un *en sí* inmutable, como una *verdad en sí* que hace referencia a un *objeto en sí*. En este sentido, para la filosofía clásica la dificultad consistía en dar forma de ser al error, que sólo podía aparecer como no-ser. La novedad de Husserl estriba en rechazar esa idea de la verdad. Jamás se lograría obtener la evidencia si le fuera preciso poner el absoluto de una verdad en sí; toda vez que la evidencia no es un dato pasivo, "sino—como advierte Thao—un momento privilegiado en el devenir de la vida constituyente, no podría garantizar de manera definitiva las verdades que ella desvela" (27). Una percepción falsa evidencia su falsedad en otra percepción actual; el derecho de la evidencia es el derecho de la actualidad como tal. El hecho de que una fuerza sea vencida por una fuerza mayor "no implica ninguna contradicción, sino que fluye de la noción misma de fuerza" (28). Esta nueva idea de la verdad es reclamada, según la fenomenología, por la experiencia del conocimiento efectivo en cuanto proceso indefinido en el cual la verdad no queda suprimida sino realizada en la propia relatividad de los momentos del eterno devenir de la conciencia como *presente viviente (lebendige Gegenwart)*. A esta luz, el error en sentido tradicional no tiene sentido: el error solamente existe como momento superado de una verdad actual. La crítica de Lauer, y la que podría hacerle toda filosofía tradicional, queda desprovista de sentido únicamente si se acepta la gran renuncia que va implícita en la teoría husserliana de la verdad. Advirtamos que esta teoría anticipa lo esencial del pensamiento de Merleau-Ponty en este punto.

2. La orientación idealista de Husserl, en la forma de propósito esquemática en que la hemos expuesto, presenta en el curso de los análisis concretos una complejidad y una riqueza de matices que obligan a considerar toda interpretación de su obra, en cualquier sentido, como sujeta a revisión y esencialmente afectada de provisionalidad (29).

---

(27) Cfr. *op. cit.*, pág. 132.
(28) *Ibídem.*
(29) Como es bien conocido, los Archivos Edmund Husserl, instalados en Lovaina bajo la dirección del reverendo padre Van Breda, realizan un trabajo importantísimo de publicación de la obra completa del filósofo—publicada en La Haya, con el título general de *Husserliana*—, en especial sobre la base de cerca de cuarenta y cinco mil páginas de inéditos, en parte conservados sólo taquigráficamente. Este hecho, unido a la dificultad y complejidad de la fenomenología, imprime un forzoso carácter provisional a todo trabajo de conjunto sobre dicho pensamiento. Como escribe A. de Waehlens, "tan pronto como

La fenomenología posthusserliana ofrece un panorama poco unitario en lo que se refiere a la inteligencia de la obra de su fundador. La línea que se tiene por más ortodoxa insiste en la estricta coherencia del pensamiento del maestro y en la constante y común inspiración de todos los momentos y fases de su filosofía. Así, no solamente rechaza la tesis de "dos filosofías de Husserl"—con una presunta delimitación cronológica—, sino que ni siquiera acepta la tesis de un desajuste interno y relevante entre el cuadro de definiciones formales—que Husserl mantiene, en lo esencial, hasta *Die Krisis*—y los resultados del análisis concreto efectuado en el transcurso de su vida filosófica. Admite, sí, la existencia de "una transformación sensible de las perspectivas, de las afirmaciones, del vocabulario", pero sin que el progresivo profundizar de la investigación comporte, en ningún momento, un alejamiento de su eje (30). Como señala G. Berger dentro de esta línea, la unidad fundamental de la filosofía de Husserl está montada sobre la idea de la subjetividad trascendental: "el Cogito, si es el punto de llegada de una reflexión previa, difícil y prolongada, es también el punto de partida de análisis ulteriores, que Husserl llama "constitutivos". Los dos temas esenciales de la fenomenología son la teoría de la reducción y la teoría de la constitución. Ahora bien: la reducción es la preparación del cogito y las investigaciones constitutivas son su explicitación" (31). Este juicio, formulado en 1941, quiere ser la expresión de una fidelidad estricta a las intenciones del maestro, y ha sido reafirmado recientemente, tras catorce años de estudio y difusión de la obra de Husserl, por Berger, para quien el idealismo fenomenológico sigue siendo, con palabras de Husserl, "nada más que una explicitación de mi *ego* en tanto que sujeto de conocimientos posibles" *(Méditations cartésiennes)*. Segregado del ámbito trascendental de la constitución, incluso el *Lebenswelt* pierde toda su originalidad (32).

Para Berger, "la idea tenaz de una doble filosofía de Husserl

---

se pasa a discutir de la historia de la fenomenología, de la significación profunda de sus diversas consignas, de su compatibilidad y de su jerarquía, del mérito o de la responsabilidad que incumbe a la fenomenología en la eclosión de doctrinas que parecen emparentadas con ella, como, por ejemplo, el existencialismo.... o aún de la legitimidad del desarrollo que la filosofía de Husserl recibe en ciertos fenomenólogos contemporáneos; tan pronto como estas cuestiones son debatidas, la confusión es casi total". (Cfr. Waehlens: *Husserl et la Phénoménologie,* en *Critique,* núm. 55, diciembre 1951, pág. 1045.)

(30) Cfr. Gaston Berger: *Le Cogito dans la philosophie de Husserl.* París, Aubier, 1941, págs. 12-13.

(31) *Ibídem,* págs. 15-16.

(32) Cfr. G. Berger: *L'originalité de la phénoménologie,* en *Les Études Philosophiques,* julio-septiembre 1954, págs. 249-59.

tiene aún por origen la existencia de discípulos más diligentes en desarrollar sus filosofías personales, es decir, de *utilizar* a Husserl, que de traducir la inspiración profunda del maestro y de permanecer fieles a ella" (33).

Sin embargo, la mayor parte de los filósofos que, en una u otra forma, hacen obra dentro de un contexto fenomenológico, no aceptaría probablemente todos los puntos de la tesis de Berger y, *a fortiori,* no suscribiría el pensamiento de Husserl en todos sus aspectos.

No tratamos de zanjar aquí una polémica que, pese a todos los esfuerzos de una interpretación en ocasiones muy inteligente, se mueve todavía en la penumbra respecto del sentido global del pensamiento de Husserl, penumbra que ha sido incrementada por ciertas confesiones últimas del filósofo, que, sin embargo, tampoco ofrecen base suficiente para juicios definitivos, dado el ambiente de intimidad en el que fueron expresadas y la vaguedad de su formulación. En la última etapa de su vida, Husserl escribe en su diario, con cierto patetismo: "La filosofía como ciencia rigurosa, el sueño ha terminado." La filosofía como ciencia rigurosa, ¿no arrastra en su fracaso a la subjetividad trascendental como fundamento radical y absoluto del ser?... ¿Traduce esa confesión el sentimiento, al fin patente, de que la posición de un sujeto de la percepción, incapaz de una reflexión total, obliga a renunciar a esta reflexión total?... ¿O significa, solamente, que la filosofía no puede constituirse como ciencia rigurosa, porque su modalidad es la de un saber que hace justicia a los niveles más modestos del saber vital y que los justifica por igual, sin conferir ningún privilegio a los conceptos científicos?... En su última enfermedad, Husserl confesaba con dolor a sor Adelgundis Jägerschmidt: "Justamente en el momento en que... en las conferencias de Viena y de Praga, después en mi artículo *(Die Krisis)*, me he exteriorizado por primera vez con una espontaneidad tan completa y en que he realizado un débil *début,* es en este momento cuando tengo que interrumpir y dejar mi tarea inacababa" (34).

No puede concluirse, respecto del logro de una obra en la conciencia de su autor, por meras alusiones. Sin olvidar, no obstante,

---

(33) Cfr. *op. cit.,* pág. 15. La unidad del pensamiento husserliano es también subrayada por Lauer, para quien los últimos escritos de Husserl no modifican esta unidad en cuanto "conciencia creciente de la subjetividad en el análisis de los conceptos objetivos". *(Op. cit.,* pág. XIV.)

(34) Citado por Walter Biemel en su introducción a la versión francesa, de Paul Ricoeur, de *La Philosophie comme prise de conscience de l'humanité,* aparecida en *Deucalion,* III, 1950, pág. 113.

la gravedad de éstas, analicemos con brevedad ciertos momentos de la obra de Husserl que han sido deliberadamente relegados en las anteriores páginas.

De esta obra puede decirse que el público sólo ha conocido las exposiciones de carácter sistemático; quedaban temporalmente inéditas y siempre inacabadas las investigaciones concretas que, reunidas en un vasto conjunto, ofrecerían, según la intención del maestro, una interpretación filosófica de su método y una serie de ejercicios fenomenológicos encaminados a ejecutar y justificar en el curso del análisis las virtualidades de dicho método. Como decimos, de ese conjunto sólo vió la luz la parte sistemática—*Ideen I*—, con el título general de *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie* (35). *Ideen II* e *Ideen III*, aunque casi totalmente redactadas, continúan aún inéditas.

Ideen II se consagra a las investigaciones fenomenológicas sobre la constitución de la realidad en su conjunto, mediante el análisis intencional esbozado en *Ideen I*. El interés de dicha obra, para el conjunto, consiste en que sus análisis aclaran retrospectivamente la *doctrina* idealista, que—como advierte Ricoeur (36)—interpreta, desde 1905, el método fenomenológico, cuya expresión sistemática plena se ofrece en las *Meditaciones*.

El análisis intencional de estos ejercicios de constitución toma siempre como "guía trascendental" un *sentido* ya dado en un objeto, y consiste en ir separando y perfilando las intenciones múltiples que se entrecruzan y anudan en ese *sentido*. El guía trascendental general de esos análisis es la realidad en su conjunto *(die gesamte Realität)*, que se articula en dos grados, la realidad como "naturaleza" y la realidad como "mundo espiritual" *(geistige Welt)*; a su vez, en la Naturaleza se analiza la "naturaleza material" y la "naturaleza animal o psíquica". De esta manera, la cosa, el alma y el espíritu son los tres temas reguladores de *Ideen II*.

Sin entrar en el detalle de este trabajo constitutivo, indiquemos algunas de sus consecuencias. Por lo pronto, el resultado de estos análisis está lejos de despejar toda ambigüedad, y no permite la interpretación coherente y radical que ofrecería *Meditaciones cartesianas*. Se desprende "progresivamente del análisis intencional —dice Ricoeur—una curiosa polaridad, que no deja de recordar la polaridad kantiana del idealismo trascendental y del realismo

(35) Aparecidas en 1913, en el célebre *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*.

(36) Cfr., para una exposición suficientemente minuciosa y clara, Paul Ricoeur: *Analyses et problèmes dans "Ideen II", de Husserl*, en *Phénoménologie, Existence*. París, A. Colin, 1953, págs. 23-76.

empírico. *Ideen II* no trabaja en el sentido de disipar el prestigio de las ideas de realidad, de naturaleza, ni el prestigio de las ciencias objetivas del hombre; muy al contrario: enraizándolas en un trabajo *(Leistung)* de conciencia, la fenomenología las justifica y las erige frente a la subjetividad trascendental..." (37). Pero una polaridad todavía más comprometedora para la unidad sistemática es la que surge entre el mundo natural y el mundo espiritual. En *Ideen I* ya aparecía la teoría de la constitución enteramente dominada por la estructura de la *Dinglichkeit;* la cosa material era el último soporte del mundo animal y humano y de los objetos culturales. Esta estructura de la *Dingkonstitution* preside el análisis intencional efectuado en las dos primeras partes de *Ideen II:* el objeto se da como una serie de escorzos *(Abschattungen)* al interior de "horizontes", los cuales comportan una determinada estructura espacio-temporal del existente en cuestión que viene definida por un grupo fundamental de reglas *a priori* para las síntesis que se desarrollan en la experiencia de la "cosa". Estas síntesis *constituyen* el objeto visado como unidad ideal. Se trata, pues, de una *idealización,* que no puede aspirar a un valor absoluto. Como señala Thao, esta forma de objetividad era legítima en Kant, que tomaba el objeto solamente como "fenómeno" en contraposición a una "cosa en sí"; pero no es legítima en Husserl, que pretende describir y constituir la totalidad de los objetos. A través de los análisis de constitución de la naturaleza "animada", y, en especial, del "alma" humana, Husserl concluye en la extrema polaridad de un *ego* puro y de un "hombre" objetivado e inserto en la pura naturaleza—de la cual forma parte el psiquismo—, reforzando de esta manera, por otras vías, la constitución de la realidad humana como idealidad trascendental en el sentido formalista de la *Dingkonstitution* (38). Veremos, más adelante, que Merleau-Ponty recoge la teoría husserliana de las *Abschattungen* con semejante generalidad; pero, en cambio, suprime en alto grado la tensión husserliana entre

(37) *Ibídem,* pág. 24.

(38) Para el paralelo de Husserl y Kant y la tesis de la auténtica realización del pensamiento de éste en la fenomenología, cfr. Thao, *op. cit.,* páginas 77-87 y 107-125. Para el problema de las afinidades de Husserl con Descartes y Kant, origen de polémica, son interesantes los siguientes trabajos: P. Thévenaz, *La question du point de départ radical chez Descartes et Husserl,* en *Problèmes actuels de la Phénoménologie,* Bruselas, Desclée de Br., 1952, páginas 11-30; Ludwig Landgrebe, *La phénoménologie de Husserl est-elle une philosophie trascendentale ?* , en *Les Études Philosophiques,* núm. 3, 1954, páginas 315-323; A.-A. Devaux, *La phénoménologie de Husserl est-elle un "néo-cartésianisme" ?, ibídem,* págs. 260-283; G. Berger, *Le Cogito dans la philosophie de Husserl,* ya citado, págs. 121-138. Para el presunto platonismo de Husserl es precioso el estudio de Alexandre Lowit, *Pourquoi Husserl n'est pas Platonicien,* en *Les Études Philosophiques* cit., págs. 324-336.

la realidad material y la realidad espiritual, mediante una superación simultánea del sensualismo y del espiritualismo idealista.

En *Ideen II*, mediante su análisis del conocimiento de otro—que *Ideen I* denominaba *Einfühlung*—, prepara la solución ofrecida por *Meditaciones* al problema del solipsismo trascendental, y, al mismo tiempo, descubre ya la fisura abierta en el edificio de la *Weltkonstitution*, al dar entrada al mundo espiritual de las *personas*, del que se ocupa la parte tercera de *Ideen II*.

En efecto, la objetividad del objeto, tal como aparece en *Ideen II*, remite a un nivel de orden superior al mero nivel subjetivo: el nivel intersubjetivo, en virtud del cual la objetividad se constituye en experiencias que son no solamente las *mías*, sino también las *de otros*. Al mundo psíquico de los hombres corresponde un mundo común de la objetividad, en cuanto correlato de su acuerdo universal. Pero la dificultad nace aquí: la reducción fenomenológica, al eliminar toda trascendencia, ha eliminado también la del *otro* como tal; el modelo privilegiado de la constitución de la cosa obligaría a constituir a los otros en *mi* conciencia según ese modelo. Sin embargo, la *Meditación V* construirá el conocimiento de otro según un esquema diferente. A la esencia del otro le es inherente el ser *absolutamente* otro en tanto que es precisamente un *yo*. Su trascendencia no remite, pura y simplemente, a un curso infinito de *Abschattungen*, como sucede con la cosa; su existencia trascendental es una existencia *absoluta*. Entonces, el problema de su constitución se plantea—como advierte Thao—en términos paradójicos, que Husserl no rehuye: "¿Cómo es posible que mi *ego*, en el interior de su ser propio, pueda de alguna manera constituir "el otro", "justamente como siéndole extraño", es decir, conferirle un sentido existencial que lo ponga fuera del contenido concreto del "mí-mismo" concreto que lo constituye?" (39). Resumiendo muy brevemente la marcha de dicha *Meditación V*, Thao indica que "la operación se hace en dos tiempos. Una primera constitución, por síntesis de *Abschattungen* en el interior del yo propio, *solus ipse*, conduce a poner una primera naturaleza, "primordial". Esta naturaleza no comporta ningún sentido que no se refiera estrictamente a mí mismo. En este mundo original encuentro mi cuerpo, caracterizado como "mío", y otros fuera de mí, a los cuales no atribuyo aún ninguna existencia "subjetiva". Pero entre ellos hay uno que, en razón de un cierto parecido con mi cuerpo propio, toma por analogía el sentido: "cuerpo de otro". No se trata, evidentemente,

---

(39) Cfr. *Méditations cartésiennes*, págs. 78-79.

de un razonamiento: el cuerpo extraño entra en el campo de la percepción "apareado" al mío, y este "apareamiento" permite una transferencia de significación, gracias a la cual veo, ante mí, *un otro mí mismo*" (40).

Ahora bien: esta descripción no supera prácticamente la estructura de la *Dingkonstitution*; las *Abschattungen* son verbalmente sustituídas por ciertas *verificaciones concordantes*, que, de hecho, no son sino un sistema de síntesis, que hacen del objeto el *correlato* del desenvolvimiento de *mis* vivencias, realizado en forma coherente, es decir, unidad ideal. Y es que la explicitación del sentido del otro no puede hacerse con el mismo método empleado en la esfera de las cosas—cuya existencia absoluta es más fácilmente contestable—; la "persona" no admite, en rigor, ese tipo de reducción fenomenológica. Lo cierto y curioso es que, de hecho, en la parte tercera de *Ideen II*, la constitución de la persona se aparta del análisis constitutivo de la cosa. La *persona* no es simple "unidad de apariciones", sino "unidad de manifestación absoluta" *(Einheit absoluter Bekundung)*; mientras que las personas son constituídas de manera "absoluta", las cosas lo son de manera "relativa". Paralelamente a estos modos de experiencia se constituyen dos mundos opuestos: el *mundo de la naturaleza* y el *mundo del espíritu*. "La necesidad de constituir el mundo espiritual a partir de *mi* conciencia—dice Thao—entraña, sin duda, una especie de "relatividad"; pero esta "relatividad" es de un orden totalmente otro que el de la "cosa". No se trata de negar la realidad del "otro", sino simplemente de afirmar la *posibilidad* a priori *de una comunicación de las conciencias*." Esta intuición no podía escapar a Husserl; por el contrario, le guiaba. Pero "sólo una constitución coherente del mundo espiritual hubiera podido disipar la confusión. La tarea no fué jamás realizada" (41).

Los análisis de *Ideen II* parten de la *cosa* en cuanto estrato material fundamental, y se prosiguen hasta llegar a la vida *humana* en cuanto tal. Cada capa o estrato puede tomarse, según Husserl, aparte; así, la actitud *personalista* constituye una actitud nueva que lleva a un mundo autónomo: el *geistige Welt*, que está en una relación de "precedencia ontológica" respecto de su cimiento (naturaleza) (42). En este mundo, las cosas ya no se definirían, *para mí*, por sus propiedades físicas sino por sus aspectos vividos, con sus predicados de valor y de acción. La actitud personalista es una

---

(40) Cfr. *op. cit.*, págs. 89 y sigs.
(41) *Ibídem*, pág. 93.
(42) Cfr. Ricoeur, *est. cit.*, págs. 69-73.

actitud práctica, que profundiza el sentido del ser al descubrir el carácter abstractivo de la actitud teórica. Las personas no son intuídas como simples realidades psíquicas fundadas en el mundo de los cuerpos materiales—el *psiquismo*, para Husserl, corresponde al mundo natural—sino como sujetos espirituales en cuanto realidades absolutas, que comunican entre sí en el ámbito del mundo intersubjectivo de la cultura, en el que la causalidad es sustituída por la *motivación*. La actitud teórica desprecia la realidad del objeto al reducirla a la universalidad y a la necesidad del proceso de sus apariciones; por el contrario, la práctica de las relaciones vividas nos desvela lo real en su existencia *absoluta, como subjetividad otra que la mía*.

En esta esquemática exposición resulta patente una dualidad de significaciones en la obra husserliana, que el autor nunca explicó de manera clara. A juicio de Thao, en esa dualidad reside la razón del inacabamiento de *Ideen* y, en general, de toda su obra. La fenomenología del mundo del espíritu venía a insertarse en el proyecto general de la *Weltkonstitution*, interpretada según el modelo idealizante de la *Dingkonstitution*; el nivel interpersonal exigía un nuevo cuadro operatorio en el que la noción de *cosa* habría adquirido una significación también nueva. Si la comprehensión de las personas implica ineluctablemente, con palabras de Husserl, "la percepción del cuerpo (en tanto que constitutiva de la corporeidad fundante) como fundamento de la percepción del sentido espiritual", y se mantiene la noción de la materialidad como existencia puramente fenomenal, entonces la realidad absoluta del mundo espiritual resulta difícilmente pensable: ¿Cómo es posible fundar una existencia efectiva sobre un mero "correlato ideal" de síntesis subjetivas?... El contrasentido es evidente si se piensa que toda actitud práctica no es posible sino sobre realidades. Pero una doctrina fenomenológica que propusiese un estilo menos idealizante de constitución habría implicado la liquidación del idealismo trascendental que recubre a la fenomenología (43).

---

(43) La novedad radical de Husserl respecto del kantismo es su concepción del yo constituyente como un yo efectivo, en tanto que "*todo objeto real o ideal encuentra el sentido ontológico de su ser en la temporalidad de su vida trascendental.* Es en una percepción, como acto vivido, en donde se constituye *la cosa misma*". La *Crítica de la razón pura* "sustituye constantemente el análisis del juicio al de la percepción para extender luego a ésta los resultados obtenidos para aquél"; en este alejamiento del suelo de la percepción en beneficio de los momentos puramente formales radica el fracaso del kantismo. "El proyecto implicaba una descripción directa del mundo de la percepción; en lenguaje husserliano, del *mundo de la vida*." Precisamente, la fenomenología del mundo de la vida—de la que nos ocuparemos en seguida—tomaría justa-

Husserl nunca llega a desasirse de su decidida orientación idealista. El mundo de las personas como existencias concretas y absolutas de la parte final de *Ideen II* no supera totalmente el *hiatus* puesto por Kant entre la reflexión trascendental y la psicología empírica. En efecto, al mismo tiempo que instaura una psicología comprensiva de la persona, advierte Husserl sus límites: la persona todavía no es la pureza de la subjetividad fenomenológica, no es el último *ego*; pertenece aún, en cierto sentido, al mundo de la experiencia objetiva, se hunde en ésta en el curso de todas sus motivaciones y en el proceso de su comportamiento "ingenuo" en el *Umwelt*. Con toda justicia puede escribir Ricoeur que "Husserl mantiene más allá de todo capricho por la persona y por la existencia su ideal de la filosofía como la emergencia de un *Ego meditans*, que no tiene parte en su propia praxis" (44).

3. Si bien Husserl permaneció siempre anclado en su versión fenomenológica del idealismo trascendental—todavía la *Krisis* reitera sus tesis—, no es menos patente que su asimilación de la *subjetividad trascendental* a la *subjetividad concreta*, con su estructura temporal, significa una superación definitiva del idealismo kantiano. Su descubrimiento de un suelo *(Boden)* de la experiencia antepredicativa, en el que las evidencias predicativas hunden su raíz, es decir, de un mundo prelógico condicionante del juicio, de una parte; y su análisis del devenir genético del *ego* a partir del "presente viviente" *(lebendige Gegenwart)*, como *temporalidad temporalizante*, de otra; ambos momentos de la obra husserliana significan la superación brillante del formalismo de Kant e indican la dirección segura para superar la antinomia del fenómeno y la cosa en sí, de un lado; y el hiato entre el yo trascendental y el yo empírico, del otro. Los cimientos para el paso de una consideración estática de la objetividad a su consideración *genética* son ofrecidos, fundamentalmente, por los siguientes escritos: *Formale und transzendentale Logik* (45), *Urfahrung und Urteil* (46), *Vor-*

---

mente como título el de *Estética trascendental.* (Cfr. *Formale und transzendentale Logik.*) De ahí la conclusión de Thao: "La reducción fenomenológica, al tematizar el dominio trascendental bajo la forma de una subjetividad concreta, no nos hace recaer en el psicologismo: realiza de manera auténtica la significación original del idealismo kantiano." (Cfr. *op. cit*, págs. 107-125.)

(44) Cfr. est. cit., págs. 76-77.

(45) Aparecida en el *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*, X (1929). Hay traducción francesa.

(46) Consiste en una serie de inéditos redactados a partir de 1919, completados y presentados por L. Landgrebe siguiendo las indicaciones del propio Husserl; la obra apareció en Praga en 1939; se reeditó en Hamburgo en 1948. Su subtítulo es: *Investigaciones sobre genealogía de la Lógica.*

lesungen zur Phänomenologie des inneren Zeitbewusstseins (47) y ***Die Welt der lebendigen Gegenwart*** (48).

Husserl comienza eliminando por el momento de la reducción—el mundo en su forma constituída, para despejar el acceso a un *ego* trascendental donador de sentido; y concluye en una explicitación de esta donación de sentido original *(Sinngebung)*, mediante un análisis radical de la constitución del sentido íntimo y del sentido interno, como momentos originarios de la génesis de sentido *(Sinngenesis)*. Sobre el mundo de las "cosas" así constituído—mundo de la evidencia antepredicativa *(Lebenswelt)*—se constituye el acto del juicio. De otra parte, la experiencia del *otro* tiene su fundamento en ese mundo primordial, en el que se constituyen las cosas como tales.

Husserl se mueve continuamente sobre una delgada arista, que se levanta entre un racionalismo metafísico que suprime el *ego* y un empirismo escéptico que arruina el saber. Toda la significación de su esfuerzo reside en su voluntad de superar ambos extremos por medio de la instauración de un trascendentalismo que hará reposar todo saber sobre una subjetividad donadora de sentido e inserta en el *Lebenswelt* inmediato, en el cual se inscribe lo que podríamos designar como "complicidad primordial" de sujeto y objeto. En esa complicidad quedaría literalmente disuelto el carácter alienante del objetivismo tradicional y alejados los peligros del psicologismo moderno.

Veamos esquemáticamente los momentos del proceso.

Puede decirse, de modo general, que la constitución de la experiencia antepredicativa y la correspondiente profundización de los análisis genéticos fué preocupación constante de Husserl desde las *Logische Untersuchungen* hasta la *Krisis*. De esta manera, la afirmación de Jean Wahl—referida a *Erfahrung und Urteil* (49)—de que "este libro póstumo se opone netamente a las teorías que parecían ser las de Husserl en *Ideen* y en *Méditations cartésiennes*", no puede tomarse a la letra. En casi todos sus escritos hay referencias más o menos explícitas a los aspectos genéticos de la constitución: de modo perfectamente temático, en las *Meditaciones*; y aún más notoriamente, en la *Lógica formal y trascendental* (1929). En este

---

(47) Se trata de las lecciones dadas por Husserl en 1905, editadas por Heidegger en el *Jahrbuch*, IX (1928).

(48) Aparecido en la revista *Phil. and Phenomenological Research*, VI, 3, año 1946.

(49) Para un estudio serio y detallado de este libro, cfr. J. Wahl: *Notes sur la première partie de "Erfahrung und Urteil", de Husserl*, en *Phénoménologie, Existence*, págs. 77-105.

último libro, Husserl expone nítidamente su idea fundamental de que el problema de la verdad sólo puede ser abordado por una lógica realizada en un nivel superior al puramente formal; y, por consiguiente, que el problema de la evidencia, a dicho nivel, exige una crítica que deberá reinstalarse en la fuente primitiva de la experiencia. La forma no tiene sentido sino como forma del ser. Por tanto, y dado que una experiencia sólo queda justificada por la correspondiente constitución intencional, Husserl se aplica laboriosamente al análisis constitutivo, guiado por la idea de que la lógica, en cuanto teoría de las formas del ser *(intelligibile)*, únimente encuentra su plena justificación en la explicitación de la dialéctica por la que lo inteligible se engendra, en último término, a partir de lo sensible (50).

El análisis de la experiencia precategorial como momento previo en la genealogía de la lógica constituye la tarea de *Erfahrung und Urteil.* Su idea central es que el *ente* (51) debe ser dado *desde siempre*—debe consistir en un *predatum (vorgegeben)*—, a fin de que pueda llegar a ser objeto del juicio. A esa *datio* corresponde una *evidencia prepredicativa*, anterior a la evidencia apodíctica de la lógica clásica. Las verdades de ésta remiten, en su operación, a un "mundo de substratos". Esta afección original de los substratos se cumple en el dominio de esos *predata* pasivos (dominio de la *doxa* pasiva, anterior a la *episteme).*

En esta perspectiva se desarrollan los sugestivos análisis de la constitución antepredicativa (52), cuya exposición alargaría inútilmente este esquema. Detengámonos en el resultado, tal como se presenta a la luz de los trabajos de Husserl citados anteriormente. Partamos del *Lebenswelt* como dominio de las cosas en cuanto *data* precategoriales; estas *cosas*, como unidades espacio-tempora-

---

(50) El análisis, al nivel de *Ideen*, es ya genético en cierto sentido, en cuanto que es *constitutivo*. Sin embargo, trabaja sobre términos *objetivos* ya cristalizados, como si dijéramos. "Mientras que el análisis "estático" se guía por la unidad del objeto visado, y va de los modos de aparición oscuros a la presentación clara, siguiendo los reenvíos intencionales implicados en las representaciones oscuras, el análisis genético visa la totalidad concreta, formada por cada conciencia con su objeto intencional como tal. Son, entonces, los otros reenvíos intencionales los que están inmediatamente en cuestión, los reenvíos que pertenecen a la *situación*, por ejemplo, la del sujeto del juicio: se encuentra así igualmente en cuestión la *unidad* inmanente *de la temporalidad* de la vida, que tiene en ella su "historia" *(Geschichte)*." *(Formale und transzendentale Logik*, citado por Thao.)

(51) En el sentido de *das Seiende*, de *l'étant:* la existencia ónticamente considerada.

(52) Véase el est. cit. de J. Wahl, y, también de este autor, *Note sur quelques aspects empiristes de la pensée de Husserl*, en la misma recopilación, páginas 107-135.

les, son dadas en una unidad de *doxa* pasiva. La percepción sensible se desarrolla en una serie de síntesis de *identificación simple*, en que cada presentación se encuentra ligada a la precedente como presentación de *la misma cosa* en el interior de un horizonte. Cada aspecto de la cosa remite potencialmente a otros en un desarrollo actualizante relativamente indeterminado, que se cumple según un "estilo" general peculiar de cada objeto. En la serie de síntesis, la percepción de la cosa va enriqueciéndose al realizar sus posibilidades latentes, en un proceso en que el momento precedente continúa presente en la "retención". En el curso espontáneo de la experiencia sensible, por la vía de la modalización, se van destacando ciertos momentos o determinaciones por un proceso de abstracción antepredicativa (forma, color, etc.), siempre en el contexto del objeto como unidad de conjunto. Un esfuerzo de atención permite explicitar ciertas determinaciones en el interior de la cosa por un proceso de "explicación" (53), en que la percepción, por ejemplo, de este cenicero sufre una modificación importante: ya no se realiza como acto originario, sino como acto retencional—manteniéndose según el modo del "aún"—; ahora, el cenicero como objeto total ha pasado a un plano de fondo, mientras que pasan progresivamente al primer plano los momentos particulares que lo recubren, a título de momentos. Como advierte Husserl, "a cada paso de la "explicación", el momento singular que se explicita recubre el substrato y se incorpora así a su contenido de significación": aparece, entonces, una "determinación" de ese substrato.

Ahora bien: en ese plano antepredicativo de la receptividad, la "explicación" no pone el substrato como *sujeto*, ni la determinación como *predicado*. Ese es, justamente, el resultado del juicio predicativo en un nuevo modo de *actividad*. Hasta ahora, la relación antepredicativa de substrato y determinación—que es, desde luego, el resultado de una cierta actividad del yo—se ofrece en forma *pasiva*. Una intención *activa* realizará explícitamente lo que no era más que un recubrimiento *pasivo* del substrato por la determinación; mediante un retorno del yo al substrato y una nueva explicitación de la determinación en un acto particular, se vuelve, finalmente, la mirada intencional, de nuevo, al objeto, tomando conciencia plena y explícita de su enriquecimiento de sentido (se trata del doble movimiento de síntesis y análisis de la lógica tradicional, pero aprehendido de una manera efectiva).

Thao llama la atención sobre la importancia decisiva de este

---

(53) Para más detalle, cfr. Thao, *op. cit.*, págs. 197-204.

laborioso trabajo de constitución: "Por muy extraña que pueda parecer la noción de una *preconstitución pasiva* de las significaciones ideales, en la *actividad antepredicativa* que se desarrolla al nivel de la percepción sensible como tal, no por ello constituye menos un *dato fenomenológico* absolutamente evidente, y que encierra la única solución efectiva del paso de lo sensible a lo inteligible. El *trabajo de la subjetividad*, en el *mundo de la vida*, da su sola justificación posible a las idealidades del *mundo del espíritu*, en tanto que su sentido efectivo de verdad, en su ser ideal, no puede consistir más que en ponerse como *la verdad misma* de este mundo" (54).

Pero no solamente las evidencias predicativas del mundo cotidiano encuentran su raíz y su sentido en ese mundo anterior de la vida; el valor fundante de la experiencia antepredicativa se extiende, de modo general, a las categorías con que opera el lógico profesional en el ámbito de su ciencia: la genealogía de la lógica desvela el fundamento sensible de las diversas modalidades del juicio (55). Asimismo, este dominio de la primitividad no es exclusivamente el fundamento de lo teórico, sino que envuelve igualmente las experiencias de acción y de sentimiento; las experiencias según los modos del querer, de la apreciación y de la acción práctica, con su peculiar horizonte de familiaridad. El yo, que vive concretamente en su perimundo *(Umwelt)* entregado a fines prácticos, no es, ante todo, un yo considerante o contemplativo, sino un yo inserto en la urdimbre vital de la *praxis*.

En este análisis del plano antepredicativo hemos tomado un punto de partida en sí mismo relativo y no rigurosamente último: en el regreso hacia experiencias puras y simples hemos llegado a las sensaciones tomadas en su desnudez, tal como se nos ofrecen sin elaboración y anteriormente al trabajo originalmente abstractivo de la atención como tendencia hacia un horizonte intencional; pero en la constitución de ese mundo de sensaciones, la exigencia de primitividad nos llevará a la *impresión*. Las *cosas*, como unidades espacio-temporales de identificación, no son, en realidad, los *data* rigurosamente originales. Como indica Thao, con un rigor y una claridad que hacen inútil una síntesis más personal (56),

---

(54) *Ibídem*, pág. 202.

(55) Cfr., para el análisis genético de la *negación*, de la *posibilidad*, etcétera, y, en general, para todos los aspectos de la preconstitución pasiva, J. Wahl, *Notes...*, ya cit., págs. 83 y sigs.

(56) La constitución de las vivencias como "objetos inmanentes" en el tiempo inmanente del sentido íntimo es tema, principalmente, de las *Vorlesungen* de 1905, mencionadas.

la inmanencia vivida, tematizada por la reducción trascendental, es, a su vez, un *constitutum* que remite a lo absoluto del *presente viviente (lebendige Gegenwart)*. Se impone, así, una nueva reducción de la unidad inmanente de las vivencias, que nos conduce a las puras *impresiones* actuales, en la corriente originaria del presente absoluto: en esa corriente van a aparecer, precisamente, las primeras intencionalidades que permitan superar el mero *dato*.

En efecto, cada impresión, tomada en su inmediata actualidad, se mantiene en una *retención—presente*, a su vez—, que la *retiene* justamente como *lo que acaba de ser*. "En la intencionalidad pasiva de la retención, lo que era impresión presente aparece como cada vez más *pasado*. Así se constituye la primera dimensión del sentido íntimo: el presente viviente llega a ser *objeto* para sí mismo *reteniéndose* a sí mismo. Se *aparece* a sí mismo en la retención, en donde el puro dato impresional se constituye en una *unidad vivida*, la *sensación*, que se presenta como idéntica a sí misma en este deslizamiento por el que se hunde continuamente en el pasado inmanente. Entre las sensaciones así constituídas conviene reconocer una importancia particularísima a las *kinestesis*, que motivan una organización del dato sensible en un *campo sensorial (Sinnesfeld)*, en el que los momentos aún no presentes se anuncian ya por anticipado: así, aparece la *protención*, ella misma presente, pero en la que el presente se *sobrepasa* a sí mismo, conduciéndose hacia su *futuro inmanente*. Con la intencionalidad de la protención se acaba la constitución del sentido íntimo: el dominio de la inmanencia vivida se constituye en él como la primera forma de la "objetividad", apareciendo cada vivencia como un "objeto en mí", que dura, idéntico a sí mismo, en el tiempo inmanente" (57).

A partir del sentido íntimo, y como eslabón intermedio para acceder al mundo de las *cosas*, se constituye el sentido externo como *pendant* del objeto externo primordial (58). Por un proceso cinestésico se dibujan en el campo sensorial ciertas configuraciones como *unidades de perspectiva*, en las que aparece el primer sentido de exterioridad. La teoría del *objeto-fantasma*—desarrollada en *Die Welt der lebendigen Gegenwart*—explica esta constitución, todavía incipiente, de un objeto fuera de mí que se va perfilando en el campo sensorial, según una mera unidad de estilo; el mundo de los objetos-fantasmas no es aún el mundo de las cosas en cuanto

---

(57) Cfr. J. Wahl, *ibídem*, págs. 84-85, para la constitución del tono como unidad de duración pasivamente pre-dada, que ejemplifica expresivamente lo esencial de la descripción de Thao, en un caso determinado. J. Wahl establece un paralelo aclarador entre la duración bergsoniana y la husserliana.

(58) Para el concepto de "primordial", cfr. *Meditación V*.

realidades sustanciales y causales, sino el primer conato de una espacio-temporalidad como forma de exterioridad; en el juego de movimientos de ese mundo interviene de nuevo la acción de las *kinestesis* para constituir un cierto *estilo*, correlato de una cierta regularidad intuitiva fundada en el *hábito*, que define la unidad sustancial y causal de la *cosa*. Sobre esta plataforma se va constituyendo la *realidad sensible* en cuanto tal. A su vez, esta realidad primordial es el fundamento de la percepción de esta "cosa", como *mi cuerpo, mi realidad orgánica*; por esta percepción se constituye la experiencia del *otro* como *alter ego*; y sobre esta experiencia se constituyen las primeras significaciones sociales. En el contexto de esta génesis de la experiencia antepredicativa habría de situarse la de las formas de la predicación, según el modo anteriormente descrito.

Con esta exposición hemos tocado el trasfondo de los análisis husserlianos, de extraordinaria minuciosidad. Pero es justo preguntarse, con Thao, si estos análisis genéticos no se sitúan, "por el hecho mismo de la exactitud escrupulosa de la descripción, sobre un terreno incompatible con el cuadro filosófico en el cual había sido concebida" (59). Si consideramos el contenido *efectivo* de ese último peldaño de la *Weltkonstitution*, parece evidente que se trata del desarrollo animal o del lactante. Por esto, según Thao, el *ego trascendental* viene a "identificarse, de hecho, con el hombre histórico real" (60). Tal vez resida aquí el motivo de no publicar jamás los trabajos concretos de aplicación, siempre inacabados.

Es evidente que Thao destaca deliberadamente los aspectos más empiristas de Husserl; pero es un hecho que dichos aspectos son importantísimos en el conjunto de su obra. Sin pretender decidir sobre el valor exacto de la crítica de Thao, algo es indudable: que la tesis de una *filosofía como ciencia rigurosa*, fundamento de la validez objetiva del saber científico acumulado por la cultura occidental, queda al alcanzar el último recodo de la *Weltkonstitution*, radicalmente afectada en su sentido original: el dominio de la *episteme* ya no disfruta de ningún privilegio de certeza respecto de la *doxa*. En *Erfahrung und Urteil*, Husserl escribe que "este dominio de la *doxa* no implica evidencias de un rango menor que el de la *episteme*, el del conocimiento predicativo y de sus resultados: define precisamente el dominio completamente originario, al que remite, por su sentido mismo, el conocimiento exacto, que es necesario caracterizar como un simple método y no como un modo

(59) Cfr. *op. cit.*, pág. 217.
(60) *Ibídem.*

de conocimiento que mediatizaría un en sí". Esta es la explicación a la célebre afirmación de Husserl en la *Logik*, de que la verdad del comerciante en su mercado vale tanto como la del sabio en su mundo de la ciencia, e incluso más (61).

Al término de su periplo, la fenomenología, que comenzó poniendo el mundo entre paréntesis, redescubre el mundo como la realidad misma de la subjetividad constituyente; no el mundo de las apariencias constituídas, el mundo del sentido común, sino el mundo primordial de la subjetividad. Ahora bien: Husserl no podía, en rigor, presentar las circunstancias reales como momentos originarios y fundantes de la subjetividad constituyente en cuanto *factum*; pero, de hecho, el edificio de la *Weltkonstitution* se apoya en la contingencia de un mundo de impresiones como últimos elementos de la constitución (62). El carácter absoluto del *ego* trascendental tampoco podría lograrse por el recurso a la trascendencia como definidora del sujeto. De esta manera, el proyecto de una reflexión total dentro del marco trascendental, como fundante de todo el edificio del saber, queda radicalmente en entredicho. Así, el pensamiento de Husserl, para las generaciones que le suceden, habrá de quedar sujeto a corrección. Tal vez él mismo lo presintió en las postrimerías de su vida.

Comentando las consideraciones de Jean Wahl sobre ciertos aspectos empiristas del pensamiento de Husserl, Ludwig Landgrebe escribe a éste lo siguiente (63): "En el regreso de Husserl a una experiencia pura, inmediata y última, regreso que, por una destrucción abstractiva de todas las donaciones de sentido que parten de la actividad, conduce a la "hylé sensual" *(Ideen*, pág. 171), se ocultan de hecho, todavía, elementos de un sensualismo del que

---

(61) En opinión de Thao—y éste es el nudo temático de su libro—, "la realidad sensible no puede definirse con precisión en el plano de la pura vivencia como tal"; la descripción de la génesis de la experiencia antepredicativa "remite a las condiciones de la existencia material y sitúa necesariamente el tema en el cuadro de la realidad objetiva" (pág. 218). Tomando por base la significación del *comportamiento*, Thao describe la tesis de su *materialismo dialéctico*, en estos términos: "Puesto que la *vida sensible* en el hombre no consiste en intercambios inmediatos con el medio, sino que se mediatiza por la *producción* de sus condiciones de existencia, el paso de lo sensible a lo inteligible no puede describirse correctamente más que por el análisis de las formas *técnicas* y *económicas* de esta producción." (Pág. 220.) La crítica de Thao a la fenomenología es rica y profunda, aunque exigiría una discusión larga y laboriosa.

(62) Reconocer la subjetividad trascendental como momento del mundo fáctico, como sugiere Thao, tampoco eliminaría el carácter de contingencia radical de dicha subjetividad, a no ser que se tome la dialéctica material como un absoluto, a la manera marxista.

(63) Cfr. *Lettre de Mr L. Landgrebe sur un article de Mr J. Wahl concernant "Erfahrung und Urteil", de Husserl*, en *Phén. et Exist.* cit., pág. 205.

Husserl no ha jamás triunfado completamente"; de esta manera, la cosa en su aparición sensible es, para Husserl, el substrato último, y los caracteres de significación son comprendidos como productos de cumplimientos intencionales fundados en esta sensibilidad interpretada de manera sensualista. Los datos hiléticos serían, así, los elementos últimos de la sensibilidad (64).

Husserl intentó fundar un idealismo trascendental que diese cuenta de la realidad sensible en términos precientíficos y absorbiese, al mismo tiempo, toda realidad en el *ego*; paralelamente, quiso enraizar al hombre en la historia e instalar la historia en la conciencia (65). Creyó lograr este propósito instituyendo un idealismo *intencional* que operase la *Weltkonstitution*. Con Ricoeur podemos preguntar, a la postre, "si la constitución es una operación efectiva, la solución verdadera del problema de las trascendencias diversas, o si es solamente el nombre dado a una dificultad cuyo enigma queda intacto y la paradoja expectante" (66). Es decir, si la subjetividad trascendental es algo más que una cláusula de estilo.

El destino de la auténtica tarea filosófica es y será concluir el análisis de los problemas en un nuevo planteamiento de los mismos; un planteamiento que representa un valor positivo, porque es más experto y más profundo. Los problemas últimos de la filosofía no son instancias suprimibles; de otro modo, la filosofía valdría paradójicamente menos, porque, en su vertiente vital, consistiría en una actividad cándida e inocente. Los llamados problemas *eternos* no son tales en el sentido fuerte de la expresión. Lo que define un problema no son tanto los términos que lo integran cuanto la peculiar estructura en que se ofrecen y el estilo con que son vividos en su circunstancia humana. En este sentido, es lícito hablar de un progreso en filosofía. La irreductibilidad final de los problemas

---

(64) En *Ideen* aparecía ya patente el valor privilegiado del substrato material: "Como grado inferior está, finalmente, en la base de todas las demás realidades en sentido estricto la realidad material, por lo cual le corresponde ciertamente *a la fenomenología de la naturaleza material un lugar destacado.*" (*Ideas*, versión esp., pág. 366.)

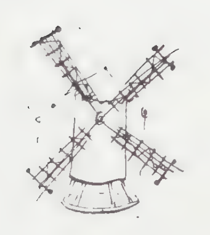
(65) *Die Krisis*, ya mencionada, y *Die Frage nach dem Ursprung der Geometrie als intentional-historisches Problem* (*Revue Int. de Phil.*, I, 1938-39, páginas 207-225) trasladan el método genético al campo del análisis *histórico-intencional*. Se ha hablado, refiriéndose a estos análisis de génesis histórica, de una *reducción filosófica* (A.-A. Devaux), que aportaría, por una vía nueva, una prueba suplementaria al idealismo fenomenológico. Lo cierto es que en estas obras es en donde resulta más patente la violencia de los cuadros de la fenomenología husserliana para justificar una verdadera trascendencia de la historia sobre la base de la subjetividad trascendental.

(66) Cfr. P. Ricoeur: *Husserl et le sens de l'histoire*, en *Rev. de Métaphysique et de Morale*, julio-octubre 1949, pág. 315.

2 3

no disminuye el valor del esfuerzo intelectual en la historia; sin ese esfuerzo, la historia no tendría sentido. La irreductibilidad de los problemas también rige en el campo más modesto de la interpretación, cuando el pensamiento interpretado constituye, por su riqueza y su fuerza transformadora, un acontecimiento estelar: tal sucede con la obra de Edmund Husserl.

Gonzalo Puente Ojea.
Hermanos Miralles, 87.
MADRID.





ARTE Y PENSAMIENTO

LAS DOS ULTIMAS NOVELAS DE ENRIQUE LARRETA

POR

ARTURO BERENGUER CARISOMO

1. VUESTRO-NUESTRO

Si existe algún ejemplo enérgico y típico de escritor hispanoamericano, igualmente fuerte en el tratamiento de asuntos así españoles como argentinos, ninguno más claro que el de Enrique Larreta.

Ambos tienen para Larreta idéntica vigencia, y se entremezclan en su sangre sin diferenciarse en cuanto a potencia motivadora; para encender, para iluminar los variados sectores de su novelística, la Península y nuestra tierra acumulan en el espíritu del gran escritor el mismo formidable voltaje.

No es caso único en América—Darío, Martí, Reyles, Montalvo, etcétera, lo probarían—, pero sí de los más singulares y genialmente logrados: las experiencias metafísicas, estéticas, hechas por Larreta de esas biologías espirituales llamadas España o la Argentina son, en no pocas ocasiones, definitivas, y siempre de una finísima y sorprendente agudeza.

Aunque ambos mundos se correspondan por razones de común origen histórico, es evidente ya existen para ambos modos distintos de conducta, de interpretación vital, de pensamiento. Tales distingos, muy sutiles algunos, son precisamente los que vuestro y nuestro novelista suele analizar con vigor más intenso, los que más sorprenden por su tensión poética y humana.

En sus dos últimas novelas (1), el protagonista común, Gerardo, es un argentino. Gerardo ha vivido un segmento de su vida en España; el final de este segmento ocupa la que podríamos llamar primera parte del relato; sus peripecias al retornar a la tierra nativa componen los hechos de la segunda.

Original ensayo, que sólo un escritor con las cualidades que hemos señalado en Larreta puede llevar a cabo sin caer en convencionalismos, en la ciénaga del tópico.

---

(1) Son dos partes de una misma acción: *Gerardo, o La torre de las Damas* (1953) y *En la Pampa* (1955).

2. GEOGRAFÍA DE ESPAÑA

España, variadísimo tapiz geográfico y humano, cada tantos kilómetros una emoción distinta, podría, con todo, admitir una división horizontal tripartita en cuanto a su manera de ser física y espiritual: el Norte, el Centro y el Sur.

Cántabros y vascos, si diferentes entre sí, tienen el signo uniforme de la recia estirpe inicial, cuya firmeza desciende hasta las zonas ásperas de la Rioja y Aragón. Castilla, en el centro de la meseta, es tierra dura y gestánea, fundadora de pueblos y activo fermento de instancias históricas decisivas; hacia el Sur, entre los riscos de la Sierra Morena—dilecta hija de Roma y avizor anuncio africano—, Andalucía establece una de las variedades humanas más originales de Europa. La periferia peninsular corresponde a promociones ajenas a lo concretamente español: o es céltica, como toda la franja galaicoportuguesa; o es provenzal, como todo el norte levantino.

Larreta nos dió el tono de Castilla en su novela más ambiciosa y elaborada: *La gloria de Don Ramiro* (1908). Eligió un punto neurálgico geográfico e histórico: Avila y la época de los Austrias: *Emblema completo de España, de la España de la historia, de la España creadora y profunda*, como él mismo ha explicado (2).

Esta misma España permanece intacta. Un personaje muy castizo de *Gerardo*—el conservador de la Alhambra—dice a propósito de la guerra de 1936: *Lo que acaba de suceder en esta tierra será considerado, tengo la seguridad, como un acontecimiento tan trascendental y decisivo como lo fué Lepanto en su tiempo. España, salvándose ahora a sí misma, ha salvado otra vez a Europa, al mundo, y todo gracias al mismo ideal, la fe católica, la de Isabel, la de la Conquista y, por fin, la de ahora.*

En 1949, la Rioja alavesa fué el marco de una novela recia, trabada con pasiones modernas, pero llena de aquel viejo espíritu campesino, religiosamente austero y severamente doméstico, del noreste peninsular: *Orillas del Ebro.*

Ahora Larreta llega a Andalucía. Ha elegido como centro de la novela, y siempre dentro de un plano muy actual, una de sus ciudades más deslumbrantes: Granada, Granada la bella, como dijo Ganivet.

---

(2) Nota preliminar al soneto: XIII—*Avila*—de *La calle de la vida y de la muerte* (1942).

3. LA ALHAMBRA

Granada es una ciudad mágica, no tanto por el sabor oriental de su parte alta cuanto por la superposición de capas históricas que, como en los estratos geológicos, se acumulan en un estrecho perímetro, donde es posible seguir el rastro de acontecimientos, que van desde las glorias califales a los enterratorios imponentes del Renacimiento, y aun entrar en contacto vivo con curiosas figuras humanas, cuyo remoto pasado se hunde en los más viejos pueblos del Oriente.

Fácil le hubiera sido a Larreta darnos una Granada convencional de guía turística tomando el clisé de su elemento más significativo: lo musulmán; pero el novelista ha compuesto una narración de dinámico sentido moderno, en la cual ha soterrado, como fermento de pasiones y como última causa del conflicto, aquella ineludible presencia histórica, sensual y trágica de la prodigiosa ciudad.

No se busquen en *Gerardo* descripciones macizas y anecdóticas, descripciones naturalistas; Granada surge acotada por una serie de observaciones singulares y punzantes, que nos la dan en su esencia más pura, más trascendental.

Podríamos aislar así, entre otros, el tema del agua:

> *Aquí no es eterno sino lo fugitivo*—dice Larreta—, *no dura sino lo frágil. El secreto y la risa del agua. Sus reflejos repintan las alcobas. Todo este palacio es como una antigua cantárida apresada y conservada por un antiguo cristal.*

Hubiera sido fácil extender el característico motivo hidráulico con sólo describir ese palacio líquido que es el Generalife—¡aquellos *barandales del agua*, de Federico García Lorca!—; pero el novelista elude hábilmente prolongar, a fin de no disminuir la fuerza de la sugestión, el penetrante apunte; en cambio, anota indirectamente una deliciosa referencia sobre la Alameda, que, al borde de la Alhambra, lleva al palacio de verano y la Silla del Moro: *Era* —dice—*como andar por dentro de un agua verde e inmóvil.*

Sólo quien ha convivido días u horas aquel laberinto embrujado conoce su tremendo poder sensual. Es un sortilegio superior a toda reflexión. La *cantárida aprisionada* chirría infinitamente su rumor erótico por los dos montes que aprisionan el Darro y el Genil: Oriente y la gitanería.

Pero este sensualismo—en realidad, como veremos, el misterioso conductor de la novela—encierra para vuestro Larreta, para

el Larreta de España, un valor de contraste superior a la patética circunstancia vital que en sí mismo encierra: el hecho de haberse cruzado con la civilización germánica, que dió al tipo castellano rudo y ascético.

El bisel de este corte lo describió Larreta con poderosa elocuencia en *La gloria de Don Ramiro*, al enfrentar las figuras de éste y Aixa, y, quizá mejor, al hacer incidir el mundo abulense, de católica tradición irrenunciable, sobre el morisco, imbricado dentro de su sistema. Puede verse plasmado en algunos sonetos de *La calle de la vida y de la muerte* (3), y, en el *Gerardo*, se sintetiza vigorosamente con estas palabras:

> *Tú sabes*—le dice el conservador de la Alhambra al protagonista—*que nuestros lejanos antepasados... abominaban del baño, de los perfumes, de los mismos jardines, porque, según ellos, afeminaban el ánimo; en cambio, se complacían en su olor a polvo, a sudor, a ajo castrense, y no se les caían del alma los nombres de Cristo, de la Virgen, de Santiago Apóstol. Entre tanto, los temibles guerreros musulmanes perdían poco a poco su fe y su pujanza en estos templos del goce y, según mi amigo, el cura de San Nicolás, parroquias del Diablo. Sucedió que vencieron los rudos, los sobrios, y quién sabe si, hoy mismo, esa semipobreza de España, esa falta de sensualismo excesivo, ese desprecio de muchos progresos inútiles y a veces verdaderos enemigos del espíritu, no la llevan de nuevo al poderío de otros tiempos. No sería sino recobrar el hilo de aquella gran reina, que no quiso cambiar de camisa mientras no cayese Granada.*

Pero, también, es Granada ciudad para soñar; ciudad de evasión. El drama de Gerardo, un drama oscuro y anónimo, uno de los tantos de la guerra civil, encuentra por entre las salas desiertas del palacio árabe o entre los jardines iluminados cómo escapar de su temida angustia:

> *Parecíale que allí, en el ámbito del encantado palacio y sus especiosos jardines, era otra vez dueño de sí mismo, como le había sucedido, años atrás, en las llanuras de su patria.*

Así, casi subrepticiamente, con estos datos singularizados, Granada penetra en la conciencia del lector no como una decoración espectacular y hechiza, sino como un medio humano, necesario, que da sentido al relato. No es, en consecuencia, paisaje puro, como ocurre con algunos aspectos de Avila en *La gloria de Don Ramiro*, nacida dentro de la técnica modernista; Granada es en el *Gerardo*

---

(3) Por ejemplo, los que llevan los números XIII, XIV, XVIII y XIX.

mucho más: es parte, plasma de la acción novelesca, tanto que, colocada la misma en otra perspectiva, carecería de auténtica naturalidad.

4. LA PAMPA

Gerardo ha nacido en la Argentina. De niño ha vivido en la Pampa. Tiene vocación de llanura; nostalgia de lejanía y soledad.

Entre esta Pampa, híspida y casi salvaje, y aquella Alhambra, enjoyada y hecha como de música, hay, con todo, secreta afinidad: *También la Alhambra, oasis petrificado, fiesta del agua, era una creación del desierto, el gran sueño del árabe.*

Pero más que el oasis—verde, agua, descanso de las caravanas—, un misterioso afán lo empuja a Gerardo al desierto mismo; a la paz dramática de una soledad compacta y definitiva.

En todo protagonista de Larreta con perfil recio hay siempre como un dejo de él mismo. También nuestro Larreta es un hombre con vocación de llanura, con ansia de soledad. Todo hombre entregado por entero a las circunstancias exigentes de la estirpe española tiene, sin remedio, algo de asceta, de ermitaño.

Pocos escritores argentinos conocen nuestra Pampa nativa como Larreta. Yo me atrevería a decir que, después de Hernández—un misterioso solitario—, y salvo el caso moderno de Benito Lynch —otro asceta laico—, ninguno ha tenido de aquélla una vivencia tan radical y profunda. Casi todos nuestros evocadores contemporáneos la conocen de segunda o tercera mano, generalmente por mediación de los viajeros ingleses del siglo XIX. Como ha dicho el propio don Enrique: *La verdad actual de esa Pampa, que muchos en Buenos Aires sólo conocen por lecturas anacrónicas* (4).

Y la conoce porque él mismo ha levantado en esa llanura el oasis de *Acelain:* una *estancia* argentina, ahora cubierta de bosques umbrosos plantados por su mano; sus ermitas, lejanas y misteriosas; su palacio, con reminiscencias árabes; con jardines colgantes multicolores y estanques de agua quieta, al modo de los de la Alhambra.

Por todo esto es legítimo que, en el capítulo XXVI de la segunda parte de *Gerardo—En la Pampa—*, el autor se incluya dentro del cuadro—*el viejo escritor que Mari Franca le había señalado*

---

(4) *Tiempos iluminados* (Espasa Calpe, Argentina, Buenos Aires, 1939, página 204).

una noche en el dancing—y conviva brevemente con las criaturas de su fantasía, y, por lo mismo, pueda Gerardo evocar el desierto a través de versos del propio Larreta:

> *Anhelosa llanura desmaterializada.*
> *Fantasma de ese mundo que el mundo me escondía...* (5),

y aun llegar el autor a su propia autocrítica al llamarlos *vehementes y desoladas estrofas.*

Mas esta Pampa, húmeda y ecuménica, encierra todavía otra dimensión abismante: puede haber sido la tierra genesíaca del hombre quizá durante el terciario, en la época fabulosa de los megaterios gigantes y los saurios inverosímiles (6). Aquí toca Larreta el punto esencial metafísico de sus dos últimas novelas. Tras del fuego sensual, de los tules alucinantes, del ardor de la vida sólo queda el residuo calcáreo de una muerta persistencia infinita y milenaria, el único bien seguro del hombre.

Gerardo, en *La torre de las Damas,* ha soñado una noche que concluiría sus días refugiado en la cáscara ósea de un *gliptodonte* en plena Pampa blanca, alejado y solo; esta premonición onírica se cumplirá en la segunda parte. Ya veremos con qué supino poder artístico ha sabido unir Larreta el tema cálido y sensual de *La torre de las Damas* con el desolado, áspero y mortal de *En la Pampa.*

5. DON JUAN

En casi toda la novelística de Enrique Larreta es posible sorprender una técnica peculiar: el hombre aparece como aprisionado y sujeto al destino impuesto por una constelación femenina: Ramiro, en Beatriz, Aixa y Casilda; el Federico de *Zogoibi,* entre Zita y Lucía; igual le acontece a Eugenio en *Tenía que suceder;* lo mismo, al romántico prisionero de su comedia: *La que buscaba Don Juan.*

Hay en este procedimiento un *donjuanismo* implícito y de la

---

(5) Soneto LII de *La calle de la vida y de la muerte.*

(6) Es la tesis sostenida por el famoso paleontólogo bonaerense Florentino Ameghino en su obra fundamental en dos tomos: *La antigüedad del hombre en el Plata* (1880-81). Sus colecciones arqueológicas, de gran valor, pasaron a integrar el mundialmente conocido Museo de la Plata, lugar donde Gerardo toma contacto por primera vez con aquellas formas milenarias de pesadilla, testimonios de los *tanteos de la Divinidad* antes de alcanzar la perfección de las formas armoniosas: el cisne, el caballo, el ciervo. (Capítulo XXIV de *En la Pampa.)*

mejor calidad. La verdadera naturaleza satánica de Don Juan no radica tanto en su poder activo de conquista cuanto en su magia pasiva, inconsciente para enamorar. El es la lámpara hacia la cual convergen, alocadas y ciegas, las falenas.

Don Juan, cuando se propone una conquista, tiene la batalla ganada de antemano: la resistencia será, en su enemiga, coqueteo para hacer más picante el sabor de la entrega descontada.

Tema radicalmente español, lo es porque la educación judeo-cristiana de su más escondido temperamento ha dado al sexo una dimensión sobrenatural y pecadora. Ese fué, como obra de buen teólogo, el acierto genial del fraile mercedario Gabriel Téllez al componer su *Burlador* ejemplar.

Biológicamente, el donjuanismo no es monstruoso en cuanto a su comportamiento estrictamente varonil, de conquista; eso pertenece a la escala zoológica. Lo es, sí, como inversión de actitudes normales: lo es por esa receptividad inerte del varón, que lo hace, a la postre, una víctima de su mismo poder fascinador (7).

La primera parte de esta narración de Larreta se denomina *La torre de las Damas*. Ya se sabe que esta maravillosa estructura es la primera con que se tropieza recorriendo la Alhambra, apenas salidos del cementerio real o Rauda e iniciado el viaje por el adarve en dirección al Sur. El nombre, evocador y galante, le fué puesto hacia finales del cortesano siglo XVIII, y adquiere, dentro del *Gerardo*, un tenso valor simbólico. No sería extraño que nombre y lugar hayan sido para Larreta las células germinales de toda su última concepción novelística.

Gerardo es como una torre indiferente y sombría, llena por dentro de angustia y tragedia, sobre la que se abaten unas tras otras, embravecidas y delirantes, las seis mujeres del relato, como las olas iracundas contra el torreón vigía, que parecía llamarlas.

Literariamente, esto es, aplicando un concepto tradicional, no podría decirse, *strictu sensu*, que Gerardo sea un Don Juan. Le faltan las cualidades externas que el consenso legendario atribuye al burlador: empaque, fanfarronería, dispendio, locuacidad. Gerardo es demasiado metafísico, reconcentrado, profundo, e, incluso, su último arrepentimiento está muy lejos de esa aureola religiosa, sencilla y cándida, del donjuanismo romántico.

Pero sí lo es psicológica y aun filosóficamente. Gerardo es un

---

(7) Se sabe cómo Marañón ha llevado hasta sus últimas consecuencias esta condición extraña de Don Juan. De Gerardo, por ejemplo, no ha hecho Larreta ningún retrato completo; pero mediante una serie de referencias aisladas sabemos tiene la condición primaria para un donjuanismo: una varonil belleza física. (Capítulos VIII y XVI de *La torre de las Damas*, verbigracia.)

Don Juan sobrio y desengañado de nuestro tiempo. El Don Juan moderno debe llevar, como nueva condena, esa carga de escepticismo que lleva Gerardo; para éste, las mujeres constituyen otra forma de evasión, otro recurso para eludir la mecanización, la indiferencia de la vida contemporánea; pero el carácter de esos amores, que Gerardo provoca y recibe con tan dramática fatalidad, hace de cada aventura una catástrofe; de cada intento por evadir la realidad, quedar en otra, si cabe, más agresiva y desconcertante.

Las mujeres asedian a Gerardo, y él concluye, a pesar de su indiferencia religiosa y de su escepticismo recalcitrante, siendo la víctima del asedio. Después de su último fracaso sentimental—ya en la Argentina—, *ya no era una mujer, sino la vida toda, con traza de hembra, la que le zamarreaba y ultrajaba despiadadamente, acabando por arrojarle en un pozo sin fondo, donde su personalidad se deshacía en una irrisoria lluvia de añicos, con un rumor frío, sepulcral, un rumor de otro mundo.*

6. GALERÍA FEMENINA

Las seis mujeres que conocemos en la vida de Gerardo o, mejor, en el segmento final de su vida, constituyen, cada una, un retrato imborrable. Un perfil tenso y claro, sin cargazón de tintas ni complacencias abominables.

El maravilloso escritor nos da, al término ya de su gloriosa carrera literaria, una lección sin precio. Personal, puro, él mismo siempre, no ha buscado la fácil trampa de un *neorrealismo* chocante, a fin de atosigar el relato con escenas turbias ni echar sobre los personajes cuanta basura psicológica hallara al paso. El procedimiento ya es tópico, y recurrir a su artimaña, para deleite de *snobistas* e incautos, es pasarse de listo.

¡Cuánto más difícil, más exigente, más artístico es que el personaje quede firme, diferenciado, exento por una profunda y natural calidad humana y no por una acumulación espectacular de miseria, que, en resolución, concluye por deshumanizarlo!

Pilar es una noble muchacha española, orgullosa de su estirpe, con mucho de casera y campesina; es, para Gerardo, el amor intelectual y correcto; pudo ser el matrimonio. Pilar lo desea, porque el atractivo de Gerardo, ya lo sabemos, es inapelable; pero una circunstancia extrínseca, ajena a la pasión misma—Gerardo ha combatido, por deserción, en el bando rojo, y pudo matar, en Te-

ruel, al hermano de la noble granadina, muerto en la guerra del lado nacional—, corta el frío y ceremonioso idilio.

Nucha, cuñada de Pilar, fracasada en su matrimonio con el hermano de aquélla, muerto en la guerra, es una especie de *flapper* moderna, mundana, inteligente, viajera infatigable, quizá para olvidar, con un apasionamiento retenido por el cálculo, la experiencia, el fondo de ese orgullo de infanzona que yace en toda mujer de buena sangre hispana. Es admirable cómo se siente, ferozmente vigilado, el deseo que tiene de Gerardo—al fin de cuentas, para toda aquella gente del carmen aristocrático de la marquesa de Armilla, un advenedizo, un aventurero— y cómo se plasma, indirectamente, en la honda escena del capítulo XVIII con el *santón* de Guadix.

La tercera figura de este friso incomparable es Ana María, una sensual reprimida, de cuerpo opulento y modos recoletos, si bien repentinamente zafados y explosivos. Ha derivado—agudo apunte humano—, apremiada por la educación intolerante de un padre calderoniano, todo ese ardor en el cauce de una mística espectacular. Es, naturalmente, la que con más decisión, con mayor ímpetu trágico se entrega a Gerardo, para quien, como es lógico dado su temperamento, es la mujer de entre ese grupo diverso que más despierta su apetencia sexual. Por eso mismo, en un rapto de espantada y deslumbrante conciencia, es la rechazada con vehemencia más heroica. Verdadera cala de almas este duelo soterrado y candente entre dos sensualismos de igual potencia.

Una cuarta mujer se une con profundo sentido español a las tres aristócratas: *la Mariposa*, una hembra calcinante, *bailaora* gitana, de ojos malignos y agoreros. Es, en la trama del *Gerardo*, el sexo opuesto con todo su ímpetu físico, exigente; es, además, el otro misterio de Granada—el cañí—, en gran medida prevaricado y contrahecho para aliciente del bobalicón turismo internacional (8); pero que, con todo, aún mantiene secretas esencias inviolables, capaces, al ser agitadas, de provocar y dirigir un Destino.

La Mariposa conserva todo su dramático sortilegio, mientras la vemos, en Granada, más como un sentido fatídico de la tragedia de Gerardo que como una presencia humana. Al llegar a Buenos Aires, en la segunda parte de la narración, se deslíe aquel misterioso poder, y un episodio puerilmente absurdo pone en ridículo todo el empaque supersticioso de la raza calé, aunque los presagios

---

(8) Léase la irónica escena del alemán arqueólogo Meyer, un amigo de Gerardo, quien acompaña el baile gitano de *la Mariposa*, implacablemente seducido por ésta. (Capítulo XVIII de *La torre de las Damas.*)

queden intactos. Es éste, creemos, uno de los aciertos irónicos y uno de los mejores hallazgos como apreciación psicológica, y aun metafísica, en esta rica galería femenina.

Ya en su país, Gerardo tiene una aventura con Mari Franca: su último fracaso. Quien le promete fidelidad y ternura, resulta un tipo muy porteño de mujer fría, calculadora, teatral, que engaña, con alardes de colegiala, al marido y al amante.

Gerardo huye, entonces, de la civilización. La inmensa Argentina aún permite esos yermos casi sin vibración de vida. Pero solo, vencido, definitivamente desarraigado, aún se impone, por última vez, su trágico sino de Don Juan: de él se enamora, callada y tercamente, Cristina, la penúltima hija de un gaucho viudo, Cardoso, de cuyo lejano *puesto* se surte Gerardo cuando se interna en el desierto.

Cristina, la bonita de cinco hermanas feas y *terriblemente empolvadas*, no tiene más que una sola y honda manifestación de amor; una manifestación salvaje: robar a Gerardo el caballo con el que éste piensa internarse aún más lejos, más separado de todo contacto humano.

Y cuando de aquél se pierde toda noticia, es Cristina, con instinto de *baqueana*, alucinada y silenciosa, quien guía su búsqueda.

Hay en Larreta, como en todo gran escritor, determinadas formas estéticas, especies de esquemas inalterables para situaciones semejantes, como ideas matrices en las que, necesariamente, se vacian luego los hechos singulares de la vida. Cristina, *gimiendo y sollozando* sobre los despojos que, al fin, encuentran de Gerardo, recuerda a aquella otra figura rota y desmelenada, Casilda, que sobre las playas de Cádiz veía mar adentro el galeón donde Ramiro se alejaba hacia un mundo desconocido, para siempre.

7. LA SOBERBIA, LA SOLEDAD Y LA MUERTE

Otras tres mujeres invisibles rondan y atormentan la vida de Gerardo; mujeres de constante presencia, de un poder feroz e irremediable: la soberbia, la soledad y la muerte.

La soberbia lleva a Gerardo a sus peores trances, a jugar toda la fortuna siempre sobre la carta más desdichada, más insegura. En eso revela su herencia hispánica, y esa irreprimible disposición es como una esencia más de su *donjuanismo* instintivo, natural.

Pero, de niño, vivió un desierto puro, *desmaterializado;* y esa imagen indeleble, fraguada en el momento en que las ideas

fundamentales, el repertorio de la futura conducta toma sus formas decisivas, le da a Gerardo una intensa pasión de soledad.

No es una soledad anhelada por soterraño impulso místico ni siquiera alentada por el continuo fracaso; es algo más trascendental y más profundo: es casi una necesidad de todo su ser, y hasta se llega a pensar si la vida fracasada de Gerardo no ha sido, en cierta medida, planeada por fuerzas inconscientes para alentar en secreto aquella ansia de soledad, de reposo; si, a la inversa, no es la desdicha la que impulsa el afán solitario, sino éste quien busca en aquélla su propio aliciente, su punzante acicate.

Pero detrás de esta pasión queda un último sueño, una última mujer: la más cautivante, por ser la más misteriosa, la de vértigo más sensual e inevitable: la muerte.

Gerardo, desilusionado, maltrecho, ya sin horizontes, al finalizar la segunda novela, podría suicidarse como Federico en *Zogoibi;* pero Gerardo no es tan fundamentalmente honrado; no es el muchacho de aquella fuerte historia nativa, nacido y criado como un campesino de la Pampa: la vida le ha ido quitando a Gerardo una serie de valores normales, de prejuicios, de claudicaciones y compromisos, para dejarlo solo con él mismo.

Tocamos aquí el fondo del alma de Gerardo: el refinado sentido egoísta, el narcisismo, que, en sustancia, es otra condición de Don Juan. Gerardo, frente a las seis mujeres de su friso erótico, de quien se enamora es siempre de él mismo, y este sentimiento anhela —porque, además, Gerardo es exigente, y no se conforma con soluciones ambiguas—el hallarse al fin consigo mismo de un modo definitivo: con el yo puro, desenmascarado y absoluto.

La Muerte puede ser su última amante; es el hallazgo, al fin, de la búsqueda, siempre insatisfecha. Gerardo se interna en nuestro árido desierto, como lo hizo Martín Fierro, otro solitario desengañado y rebelde (9), y no se quita la vida de modo apremiante y concreto; pero abandona, sí, toda vigilancia para sostenerla.

En ese desierto, donde yacen los restos calcáreos, fósiles de seres fabulosos muertos hace millones de años, quizá pueda encontrar la solución de su egoísmo, aquel último *ser en sí,* inalterable, que todo Narciso persigue más allá de cualquier razón y cordura.

Las palabras que aparecen al final del capítulo XXIV de *En*

---

(9) También se paseaba solitario por la Alhambra, que es una evasión del desierto, una deslumbrante metáfora musulmana para olvidar la sequedad arenosa que perduraba en la memoria de las tribus berberiscas; misteriosa y sutil conexión arábigo-andaluza-americana, que Larreta siempre ha sostenido con arte insuperable, como filosofía fundamental de lo argentino.

la Pampa—nueva edición Kraft, de 1955—son de las más profundas y trascendentales que haya escrito nunca vuestro y nuestro Enrique Larreta:

> *Toda carne era putrecible y efímera; el hueso quedaba. En efecto, siglos y siglos habían resistido esas armazones calcáreas y seguirían resistiendo quizá hasta el fin de los tiempos. Pero ¿no sucedería, por ventura, otro tanto con los restos del hombre? ¿No sería ésa la razón de la risa eterna, que espera por debajo de sus terrores y llantos? Vióse a sí mismo Gerardo extendido en un árido yermo prehistórico, sin alimañas y sin pájaros. Vió sus propios huesos calcinados, blanqueados por el sol, por el viento, por el rocío. Su yo mineral, su yo definitivo, indestructible.*

Filosofía, por cierto, irónica y amarga; pero, en el fondo, con un aletazo consolador de eternidad, de perduración, de que Dios no borra del todo—una vez separado del espíritu—la huella de los afanes, fracasos o esperanzas que pasaron, infinitos, para componer la historia del hombre, del mundo.

8. HUMORISMO

Filosofía irónica. Cuando en la cumbre de su dominio creador, un novelista como Larreta echa una mirada sobre el mundo, necesariamente comprende la condición relativa, temporal, incierta de toda circunstancia. El escepticismo es entonces la actitud más necesaria, más imperiosa; pero el hombre no es la causa, sino la víctima de aquella relatividad; el cauterio irónico no debe, pues, caer sobre la llaga para enconarla; antes bien, debe ser como un bálsamo que, sobre las heridas de aquella incertidumbre, ponga la frescura de una droga maravillosa.

Toda ironía verdadera debe ser edificante, consoladora. Destruir sobre lo destruído no es humor digno y estético; es la risa de Satán sobre el pecado. Por el contrario, la sonrisa de los ángeles debe ser porque alcanzan, misericordiosamente, la pequeñez orgullosa y vana del hombre, y la perdonan.

Por ambas partes del *Gerardo* corre una onda burlesca, que presta a cada episodio su exacta dimensión humana; es una narración patética, exactamente porque su ironía alcanza a dar preciso relieve al doloroso vivir humano; a colocarlo en su verdadera latitud.

Personajes y sucesos, sobre todo en la segunda parte, viven, sí,

en una atmósfera de tragedia; pero los episodios que, sumados, alcanzan aquella dimensión están, en sí mismos, reflejados sobre una honda y chispeante perspectiva humorística.

¿Desengaño? ¿Amargura? ¿Otra vez el golpe duro de nuestra tierra indiferente, tan enérgicamente señalado en el inquietante soneto a Lugones? (10). ¿Quizá, en última instancia, comprensión definitiva? El humorismo, cuando alcanza esa dramática tensión que adquiere en el *Gerardo*, no puede tener una causa singular y circunstanciada. Es una toma de posición frente al mundo; una interpretación de la vida, y toda posición filosófica responde al cúmulo total de la experiencia.

Esa experiencia, al final, en todo gran autor profundo y responsable, debe tener, necesariamente, la invisible envoltura del escepticismo; lo contrario supondría, casi, no haber aprendido nada. Pero como sobre el mundo y los hombres se cierne, inmensurable, el misterio de Dios, esta ironía, este *no creer*, lleva siempre, en todo auténtico poeta, un signo de redención, un tolerante ademán de bondad.

En el *Gerardo*, el humor, a veces acre y cáustico, encierra siempre—*risa eterna que espera por debajo de terrores y llantos*—una fresca luminosidad de agua lustral, purificadora: la sonrisa de la redención.

9. EL ESTILO

Larreta comenzó a escribir durante el pleno dominio de la escuela modernista. En mi libro *Los valores eternos en la obra de Enrique Larreta* (1946) señalé con suficiente análisis estilístico la calidad enjoyada y densa de su prosa en *La gloria de Don Ramiro*, de 1908, y en el *Zogoibi*, de 1926.

Estilo deslumbrante y castigado, respondía claramente a un momento de la estética hispanoamericana.

Artista de los más severos y profundos que haya tenido América durante esta primera mitad del siglo XX, Larreta ha sabido restañar aquella elocuencia, aquella riqueza de sus primeros libros, a fin de adecuarse, sin perder genio ni personalidad, antes acusándolos, al sentido actual de la prosa, que pide, antes que nada, sobriedad, contenido, impactos decisivos sobre el espíritu del lector.

Esta nueva dirección de su arte—la despedida al *modernismo* podría darse en los encendidos ochenta y ocho sonetos de *La calle*

(10) El número LVI de *La calle de la vida y de la muerte.*

de la vida y de la muerte—se va afirmando durante estos últimos diez años de su producción, hasta llegar, en las novelas recientes, a esa prosa escueta, acerada; a ese modo de relato hecho de instantáneas; especies de secuencias cinematográficas, en donde la imagen queda apresada en lo más esencial y vivo, en lo puro y necesario de su naturaleza. Todo ello, claro está, sin perder nunca lo cardinal del estilo (Larreta: el hallazgo de la metáfora insustituíble, la palabra definidora irreemplazable, ese ajuste maravilloso, esa precisión para exponer, cálida y transparente, la idea más sutil).

Nueva lección la del gran maestro de las letras argentinas esta continencia dinámica y moderna; este haber sabido domeñar, mediante una evolución paulatina, aquella generosidad de su primer estilo, y haberlo hecho, para ejemplo de quienes por obtener el éxito del momento se desconocen a sí mismos, sin renunciar a lo que es esencia y principio de todo gran artista: la personalidad inconfundible, insobornable.



CREO EN LA RESURRECCION

POR

LUIS IRAOLA, Schp.

I

Tan sencillo como es que no lo sepa
nadie de tus amigos impolutos,
de esos que Tú ya sabes
y yo también, Señor.

Si hasta quieren tachar con una cruz
todas las risas de las flores
y la luz de neón de los anuncios
y las caras melcochas de los niños
y los labios de todas las novias
y los gritos de todas las montañas
y la brisa
y los pájaros. Si por tachar
hasta se tachan ellos mismos
para que quedes Tú, sólo Tú, el Rey,
bostezando el vacío de tu reino.

Huyen a gritos de sí mismos.
Quieren la soledad para gozarte,
la soledad sin sombras, egoísta.
Te aman tan poco que hasta tienen miedo
de dejarte en la esquina de las cosas.
Y temen encontrarse con las calles
que pasean sus cromos vulgarotes
y no quieren mirar las azucenas,
quizá más blancas
de lo que pueden ellos resistir.
No conocen las cosas, las buenas y las malas;
se exorcizan de todo lo de fuera
y todo lo de dentro
y miran con las órbitas vacías
de todos los colores

y se creen que te hallan en la Nada,
innominado a todos los halagos,
criaturas de Dios, pobres beduínos
de un espejismo voluntario.

II

Las cosas, las cosas, las cosas.

Yo las llevo grabadas a mordiscos
y gritos sin retorno en mis veinte años.
Las cosas son de barro, sin relieve;
nosotros las tenemos,
las pintamos de luna,
las hacemos montaña, flor, sonrisa...
Nosotros damos brújula a este caos
de sonidos, colores y deseos.
Las cosas son de barro.

Capitanes de a bordo en nuestra vida,
equivocamos ruta tantas veces
por no saber oír a las estrellas
que nos gritan mensajes.
Rompemos—total qué—nuestra bitácora
y nos lanzamos tras de las gaviotas,
que rebotan el agua
y abren surcos de ensueño por los aires.

Y nos hacemos daño con las cosas.
Las cosas son de barro.
Ingenieros del mundo
de Dios, nos extraviamos
entre la pirotecnia de valores
que incendiamos la víspera
de nuestra propia vida.

Y nos hacemos daño con las cosas.

Y queremos matar las carteleras
de los cines, criaturas de Dios,
y el simpático trole de los buses,

y la barra del bar
y el neón rojo y rojo del jazz-band
y ahogamos a los pobres pajaritos
y el grito del clavel en la solapa
y no queremos que en las calles se paseen
de arriba para abajo.
Liquidamos a precio de chatarra
todo lo que hay expuesto
en el escaparate de los ojos.
Y ya está.

Las cosas son de barro
y nosotros tenemos la culpa.

III

Y después nos mordemos
el vacío suicida que nos bulle
en el alma cimbreante
sobre la sepultura de las cosas,
y palpamos ingenuos
esa concavidad viscosa y fría
de la Nada de todo que nos hemos creado
y nos rebota ahora,
vengativa como una carcajada,
en la cara inauténtica, sin rostro
a fuerza de negar
el color y el aroma de las cosas.

El vacío nos gira
sin sentido, ni forma, ni distancia.
Nos sentimos hundir
soñolientos de un mundo que negamos,
y buscamos la brújula
y un asidero a nuestro vértigo
en Dios, en Dios, en Dios.

Y Dios está infinito como siempre,
más sin eco que nunca.

Más sin eco que nunca,
impotente de darnos
lo que nosotros hemos renegado.
Dios no puede terebrar el vacío
para venir a sonreírnos.
El estaba en las cosas
sosteniendo su gesto polifónico
de arcángeles vestidos de colores.
Nosotros apagamos
la voz de las estrellas y los árboles,
el guiño de la luz
y dejamos a Dios Omnipotente
más sin eco que nunca.

Dios huye en espiral
de nuestro centro sin circunferencia
y somos incapaces de llamarlo,
nuestra voz ya no tiene sonido;
nos seguimos hundiendo
en esta arena movediza del vacío
y queremos gritar
un gesto de dolor y no podemos.
No sabemos ya nada
y nos hundimos en un vértigo sin nombre.

IV

Las cosas, las cosas, las cosas.

Que resuciten todas, que resuciten todas.

Las cosas son de barro.
Que resuciten todas, que sin ellas
no podemos vivir, nos renegamos.
Nos hemos extraviado
en la red de valores que nosotros hicimos
y nuestras calles tienen imprevistos
chirriantes finales.

Santificadas sean todas las cosas.
Amémoslas. Ellas son la bitácora

de nuestro viaje eterno a Dios.
El neón del anuncio tiene un grito
en sus fauces sedientas;
el chirriar del jazz-band
tiene polvo de estrellas escondido
para el que hambrea a Dios.

No indaguemos a Dios en el desierto
de la Nada, si está entre las cosas.

Pontifiquemos sus canciones íntimas,
manchemos de bondad las que son malas
—perdón, que no son malas
sino que somos malos—.
Sacerdotes de Dios y de las cosas,
abracemos sus voces
y gritemos con ellas.

Volvamos a las cosas; son un hada
y en su varita mágica está Dios.

Y llevemos su gesto
a los hombres sedientos del camino
que no hallan un apoyo en lo infinito
de la nada de dentro.
Las amarán; y su milagrería
les hará levantar
los ojos llenos de sonrisas
y cantos y colores
y, al trasluz, está Dios.

Luis Iraola.
Senillosa, 854.
BUENOS AIRES (Argentina).

VISION ESQUEMATICA DE LA III BIENAL

POR

JOSE M.ª MORENO GALVAN

I

No es posible condensar en un solo trabajo el análisis exhaustivo de una muestra que, como esta III Bienal barcelonesa, alberga cerca de dos mil quinientas obras, si no es procediendo por generalizaciones sintomáticas. Las distinciones individuales quedarían inscritas así—un tanto arbitrariamente, si se quiere—en esquemas previos, que, si no atienden a las matizaciones extremas, contribuyen al menos a limar ese excesivo gregarismo en el punto de vista de las artes, que nuestro siglo ha impuesto como tributo a sus conquistas.

Eludiendo, por el momento, establecer una clasificación en orden a las tendencias del certamen, atenderemos primeramente a lo que, por el carácter especial de estas Bienales, traza perfiles más acusados: las localizaciones geográficas y lo que ellas significan como configuraciones previas a todo arte. Casi todas las manifestaciones de este tipo en el mundo, al acoger indiferentemente a las aportaciones nacionales de todo orden, parecen pretender implícitamente una internacionalización del arte contemporáneo, en la que las diferencias conceptuales vengan a sustituir a las viejas diferencias regionales.

En efecto, cada día se van desdibujando más en todos los grandes certámenes internacionales aquellas distinciones específicas que venían a caracterizar a la obra de arte por el ámbito espacial donde se produjese. En la Bienal de Sao Paulo, por ejemplo, ya no es tan significativa la diferencia entre el arte europeo y el americano, cuanto la diferencia entre el arte figurativo y la abstracción. La Bienal hispanoamericana, en cambio, al restringir su actuación a la órbita casi exclusiva del mundo hispánico, parece querer acentuar la evidencia de unas características distintivas para el arte que a este mundo representa, y trata de indagar en las identidades de intención. En esto consiste su originalidad específica. Originalidad que a muchos se les antojará producto de una especie de

reaccionarismo, al ponerse al margen de esa tónica general del momento, que parece pretender la internacionalización del arte. Pero que, al no restringirse en absoluto en cuanto a tendencias, trata de poner de relieve lo que, por encima de las tendencias, configura y presta carácter unitario a cada aportación.

Nuestro trabajo va a consistir en tratar de polarizar una serie de maneras estilísticas de hacer el arte, derivadas de unas características regionales, las cuales, vistas en conjunto, tienden a diferenciarse muy genuinamente en el arte universal.

LAS FRONTERAS DEL ARTE EN LA III BIENAL

Para el previo esquema divisor del arte de la III Bienal habrá que partir de sus diferencias más acusadas, para llegar, por una lógica ley de adyacencias inmediatas, hasta las matizaciones más estrictas que pudieran señalarse.

La primera gran línea divisoria habría que establecerla entre el arte hispánico propiamente dicho y el norteamericano, que, procedente del Museo de Arte Moderno, de Nueva York, ha formado parte de la muestra. La amplitud de esta última aportación, que por su carácter, al mismo tiempo retrospectivo y actual, alcanza la categoría de antológica, nos induce a preparar un estudio monográfico independiente para otro número de esta misma revista.

En cuanto a la aportación hispánica, una obvia y primaria distribución geográfica nos lleva a separar en un principio las zonas propiamente americanas de las europeas, es decir, de España y Portugal. Las aportaciones hispanoamericanas giran, hoy como siempre, en torno a sus dos grandes polos de irradiación cultural, Méjico y Buenos Aires, aun cuando un nuevo polo se insinúe desde estos últimos años en la cuenca del Caribe, como lógico mediador geográfico, si bien, hasta la fecha, ni la Habana ni Caracas puedan afirmar una supremacía. El primer polo, Méjico, es de influencia directísima y manifiesta. El segundo polo, Buenos Aires, lo es mucho más por afinidad conceptual que por un palpable acercamiento. Los matices, sin embargo, se complican extraordinariamente, confundiéndose concepciones "mejicanas" y "platenses", superando con mucho al simple giro estilístico que podría darle el crisol de una nacionalidad.

De la aportación española se podrían sacar algunas consecuencias al establecer el paralelo de sus dos grandes centros artísticos, Madrid y Barcelona, que es lo que vamos a hacer seguidamente.

Desde principios de siglo puede advertirse en España una manera dual de enfrentarse con el arte, según que éste venga acuñado por los crisoles mediterráneo o central, crisoles para los cuales Barcelona y Madrid alcanzan la categoría de símbolos.

Cabría hablar de una contumacia en un cierto aborigenismo rupestre de todo el arte de tierra adentro, que trasciende el núcleo central para captarse a todas las latitudes españolas no tocadas por el Mediterráneo. Frente a él existe un arte configurado por una norma más rigurosa, que, al mismo tiempo, se siente más solidario de las lógicas evoluciones establecidas por el momento, y que—por estar atento al latido de su enclave especial, el Mediterráneo—está también mucho más atento al latido del tiempo. Del primero cabría decir que parece un perpetuo conato de retorno a los orígenes. Del segundo, que pareciera estar abocado a un continuado intento de abandono de los orígenes, a los que, sin embargo, se encuentra indeleblemente atado. Bastaría reparar en la función de Madrid y Barcelona en estos últimos cincuenta años del arte para encontrarle a estas dos actitudes todos los antecedentes inmediatos que se quieran. El representante más caracterizado de la actitud madrileña, el que ha logrado la validez universal más genuina, sería José Gutiérrez Solana, pintor absolutamente inclasificable dentro de cualquiera de los moldes conceptuales del arte moderno, absolutamente refractario al encajonamiento estilístimo de los "ismos" de última hora. El representante más clasificado para Barcelona sería, claro es, Pablo Ruiz Picasso, el cual, por el contrario, ha fijado casi todas las normas de clasificación con las que ha tenido que ser medido el arte contemporáneo.

Mas, para restringirnos con exclusividad a la muestra, comencemos por trazar un paralelo de lo que, dentro de ella, sintomatiza a los grupos centrales y mediterráneos. Echemos, por ejemplo, una ojeada al paisaje:

¿Cabe nada más arquetípico, para el paisaje de la España central, que la obra pictórica de Benjamín Palencia, Godofredo Ortega Muñoz y Rafael Zabaleta? Frente a ellos, no tanto en oposición cuanto en ejercicio de contrapeso y equilibrio, hay que señalar la obra del recientemente fallecido Pablo Roig—presentada en esta III Bienal con carácter retrospectivo—, Miguel Villá y Boch Roger. La diferencia fundamental entre un grupo y otro habría que señalarla en un punto en el que la obra de los segundos alcanza un grado de domesticación de elementos absolutamente

GRAN PREMIO DE PINTURA



GUAYASAMIN *Mujer india.*

GRAN PREMIO DE ESCULTURA



Desnudo.

ANGEL FERRANT



GRAN PREMIO DE ESCULTURA

P. SERRANO: *Sol.*

GRAN PREMIO DE GRABADO



HORTUÑA: *Flores.*

MENCHU GAL
Retrato.

PREMIO DE LA CAMARA DE COMERCIO DE SAN JUAN DE PUERTO RICO

J. THARRATS
Maculatura.

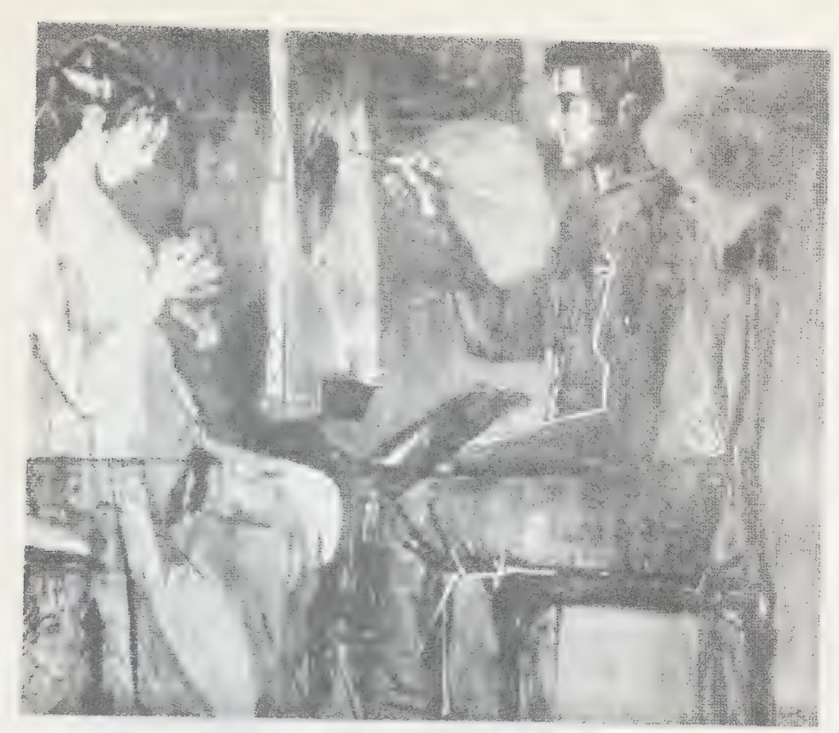


SILVERA
Mujeres tristes



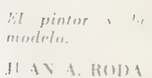
REDONDELA: *Pueblo.*





EMILIO BOSCH-ROGER

Amsterdam

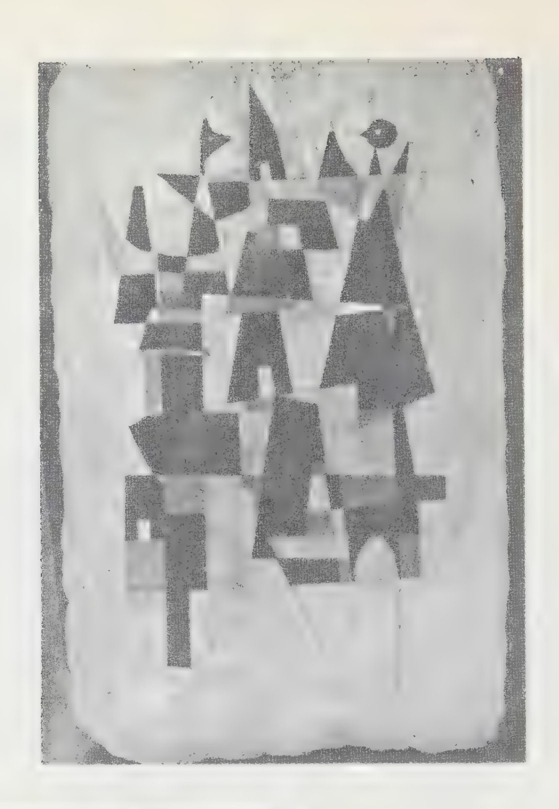


El pintor y la modelo.

JUAN A. RODA

CARLOS MERIDA

Pintura.





Composición estática.

ALEU

imprevista por los postulados previos de los primeros. Es ésta una facultad casi privativa de las gentes del mundo mediterráneo, por la cual ellos saben hacerse en todo momento responsables de la obra creada, que es la síntesis rigurosa de muchas sedimentaciones conceptuales. Los primeros, en cambio, son un poco espectadores de su propia obra, que, en cuanto a las formulaciones previas, se les da un tanto gratuitamente, pero que está pagada por una gran dosis de febril apasionamiento. En este sentido, la obra de Benjamín Palencia, Ortega Muñoz y Rafael Zabaleta ofrece ciertas dificultades para ser correctamente entendida desde ángulos no españoles. Hay que estar en posesión de un elemental secreto de España para poder apreciar en ellas una justa correspondencia plástica. El paralelo Benjamín Palencia-Miguel Villá puede iluminar un tanto nuestras aseveraciones.

No sería una tarea absurda determinar hasta qué grado la pintura de Benjamín Palencia está creada por una impaciente improvisación. Improvisación que, a fuerza de hacerse cotidiana, se ha hecho costumbre y casi norma y ha llegado a crear una interior sabiduría. Paradójicamente, se podría afirmar que la pintura de Benjamín Palencia es la anárquica improvisación hecha norma. Ningún esquema previo le pone límites a su pintura, realizada con colores enteros y sin modelar, eludiendo casi siempre una armazón o estructura compositiva. Con todo ello alcanza un alto clima de fuerza expresiva, pocas veces conseguido antes de él en el paisaje de España. Sin embargo, cuando la composición de su cuadro exige una armazón compositiva previa—es decir, cuando no es fiel a su propia norma interior, que es la de carecer de normas—, puede caer en lamentables errores, como esa figura de pastor con su perro, expuesta en sala especial de esta Bienal. "Si tu orden es el desorden—cabría decirle aquí, con Valéry—, pagarás prenda por haber introducido el orden."

Frente a él, Miguel Villá asienta sus reales de pintor en cimientos muy firmes: autolimitación y limitación de los elementos de que su pintura consta. En ningún momento cae en la tentación de dotarla de un expresivismo dramático, pues ello implicaría introducir un elemento romántico y descomponedor en su rígido racionalismo. Aquí, la armazón previa domina a la masa cromática, la cual está modelada, incluso físicamente, adquiriendo grandeza por su serena gravidez. Esta rígida ordenación de sus cuadros a un orden conceptual previo presupone una capacidad de abstracción que si, en su caso, no está llevada a los límites extre-

mos, indica bien claramente que Villá pertenece a un mundo artístico donde campea la concepción abstracta.

Hemos aludido con una cierta prioridad a la obra de Benjamín Palencia y a la de Miguel Villá, no por suponerlos con una superior jerarquía sobre los otros paisajistas españoles, sino por ejemplificar una tesitura antagónica, que en ellos se hace más sintomática.

Ortega Muñoz, como Palencia, se encuentra en un perpetuo diálogo con el paisaje, del que ha extraído confidencias magistrales; pero no lo ha puesto nunca en ese borde extremo de tensión expresionista, sino que, por un ensordecimiento consciente del color, ha sabido dejarlo en un dificilísimo punto de equilibrio.

Rafael Zabaleta siente más la Naturaleza por la humanidad que ella puede encerrar que por su confidencia vegetal o geológica. No es un humanista—a la manera de Villá, y también de Sunyer, quienes, por muy poco elemento humano que su paisaje encierre, siempre queda éste reducido a la medida elemental del hombre—, sino que parece más bien pretender una vegetalización de los hombres sobre su paisaje. De los tres cuadros expuestos, el titulado *Paisaje con figuras* insiste en esa su ya tradicional línea.

Pablo Roig y Boch Roger, aun dentro de esa línea del paisajismo catalán, tan preelaborada por conceptos, se desentienden un poco de la armazón rígida, en aras de una mayor musicalidad cromática. Mucho más profunda en el primero, para quien el color es un elemento composicional. En el segundo, el color es, sobre todo, un elemento de brillantez decorativa.

Muy cerca de Villá—o Villá muy cerca de él—está el veterano Joaquín Sunyer. Una orgánica correspondencia de hombres y paisajes unifica la temática de su pintura, en la que una impalpable genealogía ática hace delimitar las masas sobre el espacio en una sinuosidad de curvas delicadísimas. Mompón persiste en esa línea, tan significativa en muchos maestros catalanes, de una supervivencia del cromatismo brillante, que ya no recuerda al impresionismo, aunque sea una consecuencia de éste. Y, por último, si no vinculado a Barcelona, sí al menos al Levante mediterráneo, Francisco Lozano injerta al mediterraneísmo un aporte de indomados colores cálidos, casi inconcebible en los pintores situados al norte del Ebro.

Independientemente de Benjamín Palencia, Ortega Muñoz y Zabaleta—los tres maestros naturales del paisaje central—, el paisaje español de tierra adentro tiene infinitos representantes en esta Bienal. Pero tal vez al considerarlos, tanto el crítico como el mero

observador, se sienta tentado a vincularlo con exclusividad a ese grupo ligado por la temática paisajística que se llama "la escuela de Madrid". Aquí está representada por Cirilo Martínez Novillo, Francisco San José, Juan Guillermo, Agustín Redondela y Menchu Gal (bien que algunos de ellos hayan preferido el retrato y el bodegón como exponentes). Y fuera de esta clasificación exclusivista, José Luis Díez Caneja y Carretero, que, por sus edades, pudieron muy bien ser los catalizadores de esta manera de sentir el paisaje de la meseta.

La gran dualidad de la pintura española no se pone de manifiesto solamente por una manera especial de sentir el paisaje, sino que trasciende a todas las demás manifestaciones pictóricas. El mismo paralelo que antes establecimos para Palencia y Villá pudiéramos establecer ahora entre Francisco Mateos y José Hurtuna, en la elaboración de "la figura" (para transigir con un término asaz caduco e insuficiente), o entre Alvaro Delgado y Xavier Valls, para el bodegón. Y aún podríamos acentuar los conceptos definitorios para dejar más definido el paralelo.

¿Se entenderá suficientemente que no afirmamos aquí que la pintura catalana está en un grado más avanzado que el resto de la pintura peninsular? Lo que pretendemos demostrar es que cualquiera de sus manifestaciones, se encuentre en el grado progresivo que se encuentre, parece estar situada en una posición analítica más decidida, desde la que se diría a punto de dar el salto hacia adelante, mientras que la pintura central, aun situada en la vanguardia más extrema. parece no pretender analizar su propia postura, no razonarla, y aun tratar de volver hacia un punto de partida que se considere más originario.

Retornemos al paralelo Mateos-Hurtuna. Ellos no representan solamente para nosotros un enfoque dual del problema de la "figura", sino, sobre todo, un enfoque dual del problema del expresionismo; mejor, del enfoque de una posibilidad española del expresionismo. No hay ninguna falacia en proponer este paralelo Hurtuna-Mateos, aun sabiendo que en Hurtura el expresionismo es una consecuencia y en Mateos una vocación. (Es evidente que el expresionismo, como problema pictórico, no está planteado de una manera exclusiva en el dominio de la forma; más aún—el nombre es claramente definitorio—, está planteado desde su nacimiento como un problema de expresión, aun cuando la forma sea su máxima apoyatura. Por otra parte, nosotros creemos que hay una línea española de continuidad expresiva, y que, por tanto, el expre-

sionismo es una de las corrientes fundamentales del arte de España.)

En Hurtuna, el expresionismo es una consecuencia de... el carácter de su forma pictórica. Una determinada vocación de forma se ha abierto camino hasta constituir una determinada necesidad de expresión. Su pintura está planteada inicialmente como problema pictórico; pero el carácter de su grafía y de su cromatismo la lleva, incuestionablemente, a ser problema expresivo.

Francisco Mateos plantea su cuadro, desde su origen, como problema expresivo, y, sólo de pasada, la necesidad de su apoyatura formal lo lleva a hacer también del mismo problema pictórico. Hurtuna se apoya en un juego geométrico de rectas y curvas; Mateos, difícilmente utiliza la línea recta, y, en cuanto a la curva, siempre es de una sinuosidad tan orgánica que se escapa a todo posible centro geométrico. El expresionismo del primero se apoya en aristas geométricas; el expresionismo del segundo se apoya en un color caracterológico.

Pues bien: en ellos se ejemplifica también esa doble postura, la analítica y la irracional, con las que quedan distinguidas las actividades mediterráneas y centrales. Naturalmente, las clasificaciones no son tan rigurosas como para que en uno y otro campo de actividad artística no se produzcan escapadas hasta el terreno opuesto. Por ejemplo, en el caso de los catalanes Jordi Mercadé y Jaime Muxart, más afines con Mateos que con Hurtuna, de la misma manera que el central Francisco Moreno Galván se encuentra más cerca de la postura catalanista. Pero, en general, la pintura de tendencia expresionista realizada en el paralelo madrileño lleva un sello de especial irracionalidad, como la de Constantino Grandio, el gallego revelado casi en esta III Bienal. Y, de la misma manera, la pintura catalana lleva un sello de formalismo razonable, de la que en esta Bienal es su ejemplo más evidente Marcos Aléu.

¿Hemos agotado, con lo referido, a la pintura española de la Bienal con posibilidades de comentario? De ninguna manera. Tan sólo hemos querido señalar, como advertimos desde el principio, los límites de lo sintomático.

En orden a ese sintomatismo se han señalado algunos nombres que, claro está, no tienen validez antológica. La amplitud de la Bienal no permite otra reseña. Por otra parte, creemos que el extraer consecuencias generales ha de ser la finalidad básica de estas exposiciones gigantescas, en las que la cualidad personal y distintiva queda casi siempre minimizada.

Con todo, hay un aspecto de la pintura española que merece capítulo aparte, siquiera sea porque su planteamiento problemático es hoy tema candente. Nos referimos al arte no figurativo.

EL ARTE ESPAÑOL NO FIGURATIVO

Las diferencias formales que hemos querido ver originadas por una territorialidad no tienen efecto, o al menos quedan limadas hasta lo imperceptible, cuando se refieren al arte abstracto. No puede, como fácilmente se comprenderá, plantearse tesitura antagónica derivada de un regionalismo cuando el problema todavía está planteado, en lo que al arte abstracto se refiere, en lo que podríamos denominar su reconocimiento legal como tal arte. Por una vez, una parcela de la Bienal hispánica tiene que ser medida con el mismo criterio con que se juzgaría cualquier exposición de tipo internacional, es decir, desde los conceptos internacionales formularios. En lo que al arte abstracto de esta Bienal se refiere, no hay frontera regional, sino frontera de concepciones formales. Por lo cual, y ateniéndonos al papel sintomático que esta crónica quiere para sí, lo que aquí quede dicho para el arte no figurativo español es válido también para el arte hispánico en general.

Naturalmente, eludiremos, si nos es posible, ese insistente replanteamiento de la fundamentación primaria en que se apoya el llamado arte abstracto, y que, por verdadera necesidad casi, constituye la base previa de toda referencia escrita a este tipo de arte. Damos por enterado al lector de tal fundamentación.

Lo que sí haremos señalar, una vez más, porque nos es necesario para afirmaciones sucesivas, es nuestra sospecha de que este llamado arte abstracto no se encentre tan lejos, como podría pensarse por su denominación, del surrealismo.

Hasta tal punto es esto así, que el más marcadamente abstracto de todos ellos—por tanto, el pintor que más filias y más fobias ha suscitado en toda la Bienal—, Antonio Tàpies, procede del campo surrealista más estricto. Y no es que su actual postura abstractista signifique un nuevo punto de vista en la pintura, sino que su actual manera de entender la pintura es el final de una evolución consciente y lógica desde la ortodoxia del surrealismo. No se puede pasar por evoluciones lógicas desde una especie de superior realismo hasta una especie de negación de la realidad, de la misma manera que no se puede pasar de la materia a la nada, por muchas y muy laboriosas que sean las transformaciones. A nuestro

entender, la nueva forma pictórica de Antonio Tàpies, como de tantos otros de los llamados pintores abstractos, es una *nueva forma de un realismo superior.*

Esta, que creemos la cualidad fundamental de Antonio Tàpies, es también la de un grupo muy significativo del abstractismo universal: que rechaza la rigidez de la línea geométrica, como en el caso de Tàpies, para volver a encontrar la vieja línea orgánica de conjuración demiúrgica, o que, contrariamente a Tàpies, adoptan la geometría, pero no con intención de matemática abstracta, sino para provocar efectos de resonancias interiores.

Juan José Tharrats se encuentra también en la misma línea mágica de Tàpies, aun cuando la apariencia sensible sea absolutamente distinta. Y ya es revelador que estos dos pintores abstractos de hoy hayan militado juntos en el mismo grupo surrealista, el grupo *Dau al Set*, de Barcelona, grupo que, a mi entender, representa la última tentativa histórica del surrealismo universal.

Si llamamos a esto abstracción realista, y señalamos seguidamente un tipo de abstracción geométrica, perfectamente evadida de la realidad, tenemos ya definida una de las fronteras del complejo no figurativo. Para polarizarlo en la Bienal, ya que es a ella a la que nos referimos, tenemos que aludir también a su representante más significativo: Planasdurá.

En el tiempo en que Tàpies y Tharrats militaban más o menos directamente en la ortodoxia surrealista, Enrique Planasdurá estaba ya en las filas de la abstracción rigurosa. Lo cual no significa un adelantamiento histórico, porque, como ya hemos visto, el abstractismo de unos y de otros significa algo absolutamente distinto. Planasdurá, como todos los abstractos mundiales que se quiera—e inclúyese en éstos hasta a los neoplasticistas—, plantea su cuadro como un problema de relaciones geométricas y, muy en segundo término, como un problema de relaciones cromáticas. Tal vez, llevando nuestras ideas anteriores hasta sus consecuencias más rigurosas, encontraríamos arcanas correspondencias entre este mundo de relaciones y la estructura interna humana. Pero ello nos llevaría ya a negar de plano a la abstracción, en el arte y en matemáticas, como tal evasión de la Naturaleza.

Finalmente, hay una segunda frontera, que viene a definir un tercer tipo de abstracción: la que podríamos denominar del "abstractismo ornamental", que consiste en un no figurativismo, apoyado exclusivamente en su valor decorativo, del cual es Luis Feito el valor más demostrativo.

Quizá sea la escultura el arte español que, de una manera más nítida, ha señalado esa radical diferencia de intuición de la forma entre el mundo mediterráneo y el mundo central.

Por fuerza hemos de referirnos a lo que es ya historia de estos últimos cincuenta años en el arte. Ahí está todavía como testigo (testigo, por cierto, presente, una vez más, en la Bienal) el maestro José Clará. Clará representa en España lo mismo que Arístides Maillol en Francia—y, otra vez, lo sintomático se asocia a nuestras aseveraciones, pues tanto Maillol como Clará son catalanes: uno, de la Cataluña francesa, y, otro, de la española—; representa, decimos, una línea de gravidez clasicista, en oposición a la orgía romántica de la escultura impresionista de un Rodín. Otra vez vemos en esto una constante de la vida catalana. Ya Manolo, el gran Manolo Hugué, afirmaba que, sin el Renacimiento, el arte de hoy no sería posible, y reivindicaba la contundencia de las formas masivas y pesadas como la gran virtud de la escultura. Por cierto que, aun cuando en retrospectiva, también está Manolo presente como testigo en la exposición barcelonesa.

En la actualidad, si bien adaptándose a todas esas exigencias que la escultura moderna, desde Gargallo, Julio González y Moore ha impuesto, el arte mediterráneo de la escultura señala también esa línea fundamental, en la que desde un principio venimos insistiendo: de una parte, serenidad y gravidez mediterráneas; de otra, expectativa a todas las sugerencias que vienen de la mano del momento. Ahí está, por ejemplo, Angel Ferrant, escultor madrileño por muchos conceptos, pero catalán por naturaleza interior y hasta por ascendencia. Angel Ferrant ha llegado a un grado de esquematización en la escultura que le ha permitido ser maestro de todos los escultores españoles contemporáneos con vigencia futura. Y, en su línea, Eudaldo Serra, claro y directísimo discípulo. Ambos han comprendido la validez que para la escultura contemporánea tiene no sólo la masa, sino la ausencia de la masa como contraste, y en eso estriba su cualidad de contemporáneo, además de en su capacidad de abstracción de la forma. Su mediterraneísmo está en la ya señalada gravidez y en un punto de acabamiento formal muy exigente.

En cuanto a la escultura central, el maestro más significativo de esta Bienal es José Planés, mediterráneo, sin embargo, por su nacimiento murciano; pero del interior no sólo por radicación, sino también por gravitar decididamente dentro de la órbita de

Madrid. José Planés está en la línea de la escultura más exigentemente moderna, aceptando todas sus conquistas. Pero un último estrato, irreducible en él, lo lleva a la situación que pudiéramos llamar de retorno a la tierra. Efectivamente, Planés, a pesar de su extremada modernidad, nos recuerda siempre un presentido celtiberismo de la forma, incluso en ese signo incisivo con el que remarca las sinuosidades de sus masas.

Para el efecto sintomático que perseguimos, queden aquí reseñados con exclusividad estos tres escultores.

(Concluirá en el próximo número.)



EL GALLEGO DEL CAFETAL

POR

MARIANO TUDELA

Tuvo una buena cabalgadura. Desde la plantación del Norte corrió a alegre brida pegado a las márgenes del Araranguá. Espingardo trotó contento. Cruzó en un soplo el cerrado, sin detenerse a ver la mangabeira, cosa que le hubiese gustado, porque así podría hablarle después a Lima Duarte de cómo iba el látex por aquellos días otoñales.

Llegó con noche al cafetal. El capataz, según le dijeron, le estaba aguardando. Se fué derecho a su casamata. Inacio Pereira no demostró contento por verle llegar. Inacio Pereira era hombre de pocas palabras y menos gestos, que no parecía sentir jamás frío ni calor.

—¿Se dejó el recado en la plantación de allá?

—Sí, capataz.

—¿Quedó enterado Funchal Pinto?

—Sí, capataz.

—¿Mostró enojo al enterarse?

—No, capataz.

—¿Crees que cumplirá?

—Ni lo creo ni dejo de creerlo, capataz.

Inacio Pereira, con su rostro de hacha, con su frío de muerto en la expresión, le dió las buenas noches. El se fué pensando que Inacio Pereira, el capataz, hablaba un portugués difícil, demasiado duro y demasiado seco, un portugués extraño y casi atroz. Pensándolo, se dió de narices con la cantina. Se pasó la lengua por los labios y sintió deseos de alcohol. Se imaginó su cuarto y el trozo de techumbre desconchada que contemplaba a la fuerza todas las noches, antes de dormirse. También se imaginó el lecho duro y angosto. Y el ruido obsesivo del despertador. Y el mármol frío de la mesilla. Y..., sí, también la carta que había dejado allí muy de mañana, antes de emprender la cabalgada... Entró en la cantina.

—Un traguito de ron.

—Y ¿cómo por aquí a estos instantes?

—Ya ve...

Benito, el gallego del cafetal, ya hacía sus buenos años que respiraba por aquellos andurriales. Benito, el gallego del cafetal, había visto platear sus sienes en aquellos pagos del ricacho Euclides de Carvalho, allá a un buen galope de la Serra de Cantareira, tan hacia el lado del mar que podría jurarse que hasta allí llegaban el viraçao y el terral, los dos mejores vientos mareros del Brasil y aun de casi toda la América de abajo. Benito, que entonces aún no era el gallego del cafetal, había llegado caminando por la Serra das Vertentes, viviendo un poco de lo que caía, que no era mucho, perfeccionando su portugués y aprendiéndose el tupí, que no era poco.

Entonces fué cuando se armó el jaleo de los bandeirantes de cafetales. El excelentísimo señor Euclides de Carvalho le había dicho al capataz Agostino (el que siete días después habría de morir de bala):

—Tú vas y les haces mangas a los del oficio. Con un centenar de buenos brazos tendremos cincuenta peones en un mes.

Benito, el gallego del cafetal, era de la promoción de los buenos brazos. En poco más de treinta días se hizo tan buen peón, que ya casi se había convertido en insustituíble, y no podía ser listero, ni capataz, ni ninguna otra cosa.

—Mire, amigo—le decía a su compañero Lima Duarte—, la suerte es para quien la atopa, y no hay más músicas. ¿No me ve usted a mí? Cuando se cargaron al capataz Agostino, el patrón presumía con su idea de hacer mangas a los del oficio: pronunciaba mi nombre, y decía que yo era tan buen peón como el que más. ¿Ha visto usted, amigo? Inacio Pereira y Funchal Pinto eran de mi clase, y andaban a tarascadas con el trabajo. Hoy, Inacio Pereira es primer capataz, y Funchal Pinto está de listero en la plantación del Norte. ¿Qué le parece, amigo?

Lima Duarte, el amigo de Benito, el gallego del cafetal, nariz anchota y labios gordezuelos, cabeza monda y mirada de través, procuraba mantener en la serenidad a su amigo.

—Otros van peor, Benito. No hay que quejarse.

Pero a Benito, el gallego del cafetal, las palabras de Lima Duarte le resbalaban por la epidermis. A él no le convencía nadie.

* * *

Con dos traguitos de ron de la cantina, Benito, el gallego del cafetal, se acostó rendido. Como todas las noches, llegó hasta sus

narices el hedorcillo picante del sudor de Alberto Carneiro, el peón compañero de cuarto.

Benito, el gallego del cafetal, no pudo dormir así de buenas a primeras, y se quedó desvelado como una damisela histérica, sintiendo ahogos y palpitaciones. Creyó que dormiría porque el trayecto había sido largo en la silla, y porque, además, le levantara a pique de amanecer, al sonar las cuatro y media. Pero ahora, con la noche desplomada sobre el cafetal, desgranándose los minutos del despertador, caminando inexorablemente hacia otra jornada de trabajo, Benito comprendió que ya no dormiría. Entre otras cosas, porque rompió a pensar en la carta recibida ayer, imaginándose párrafos enteros. Manuel le hablaba de los demás. Recordaba a todos perfectamente. Ramiro, Candal, Sobrado, el propio Manuel. Cuando él emigró, según decían, todos le seguirían al poco tiempo. Ninguno lo hizo, después. Manuel heredó unos duros y puso una taberna en el campo de la feria. Ramiro y Sobrado trabajaban en la aldea. Candal no fué a la ciudad. Menos Sobrado, los demás se habían casado. Le escribían con frecuencia. Unas veces Manuel, otras Ramiro, otras Sobrado o Candal. El les contestaba cuando ya había pasado mucho tiempo, pidiéndoles, invariablemente, perdón por la tardanza. Voy sobre ruedas, amigos*—les decía a cada dos por tres—*. En unos cuantos años, que no serán muchos, me voy a la tierra a disfrutar de los ahorros... *Un buen día se inventó un ascenso y le escribió a Candal, diciendo que ya había dejado el peonaje para convertirse en segundo listero de la plantación.* Una mina, bien mirado, porque da su plata y su dignidad. *Durante algo más de un año se imaginaba segundo listero cuando escribía a los amigos de allá. Después, listero sin nadie delante, sin cortapisas ni jefes en su cometido. Ocho meses más y Benito, el gallego del cafetal, se dejó una noche llevar de la imaginación y le escribió a Sobrado, diciéndole que, al fin, había conseguido de la confianza de sus jefes el puesto de capataz.* Con esto, el día del regreso se acerca. Pronto beberemos juntos en la taberna de Manuel. *La carta recién llegada acusaba recibo a la gran noticia. Le pedían una fotografía para enseñar a las amistades. Benito, el gallego del cafetal, tendría que fotografiarse a la puerta de su puesto y al frente de su peonada. Se acordó de Fidelino, el compañero que se sacaba un bonito sobresueldo con la monserga de la fotografía. La máquina de Fidelino era de cajón, y actuaba con frecuencia en las lindes del cafetal. Pero ¿cómo iba él a conseguirse una fotografía en solfa de capataz cuando aún no había podido pasar, al cabo de los años, de humilde peón?*

Quizá por eso, justamente, Benito, el gallego del cafetal, no podía conciliar el sueño y daba vueltas en el catre, percibiendo con nitidez el hedorcillo picante del sudor de Alberto Carneiro, el peón compañero de cuarto.

* * *

Ocho, diez o doce días pasan pronto y no se notan. Benito, el gallego del cafetal, tampoco los hubiese notado de no ser por los momentos en que pensaba en la carta de Manuel.

Por las noches, al cesar el trabajo, se reunía en la cantina con Lima Duarte y hablaban de lo que cayese por pura casualidad.

—Albertino Soares dió en el clavo. Se despidió para irse a una plantación del valle de Paranapanema y se casó con una hembra rica en ganado bovino.

Benito, el gallego del cafetal, respondía a tontas y a locas:

—Uno no sabe en dónde tiene su suerte.

—No lo sabrás tú; yo sí que lo sé.

—¿Sí?

Lima Duarte hablaba confidencialmente, moviendo con lentitud sus labios abultados, en son de muchacho que mira hacia su porvenir con ilusiones recién estrenadas.

—Mi suerte está en el látex. Lo sé hace años. Unicamente espero la ocasión...

Benito, el gallego del cafetal, oía las palabras de Lima Duarte sin demasiado entusiasmo. Bien sabía él que todos los peones de la plantación acariciaban parecidos proyectos. Era como un fondo perdido de ilusiones, que muy pocas veces se realizarían.

A las horas del sol—y de lluvia, por aquellos días—, Benito, el gallego del cafetal, trabajaba sin ganas, y contemplaba, casi con asco, el aspecto frío y sin alma del capataz Inacio Pereira.

—Dentro de tres días tendrás que volver a la plantación del Norte.

—Sí, capataz.

—Hablarás con Funchal Pinto.

—Sí, capataz.

—Cuando yo te avise, preparas a Espingardo.

—Sí, capataz.

Benito, el gallego del cafetal, también contemplaba el rostro como vomitado, pálido amarillento, de Fidelino, el fotógrafo de ocasión, el peón avisado, que tendría que hacerle la fotografía de ser ciertas sus invenciones.

Un día, Lima Duarte le sopló al oído:

—En el poblado me ha dicho María Francisca que si te puedes dejar ver.

Benito, el gallego del cafetal, casi había olvidado a María Francisca, la del poblado. ¿Para qué dejarse ver? En aquello de mujeres, Benito iba perdiendo entusiasmos.

—O que si no, que le mandes una carta.

A Benito, el gallego del cafetal, lo de la carta de María Francisca le trajo a la memoria la de Manuel. Se le esquinó el gesto y sintió como un vago mareo. Se le ocurrió de pronto que, para acabar con aquella preocupación, no se podía tirar más que por un solo camino. Y se dispuso a dirigirse por él.

* * *

A la hora de la cantina, Benito, el gallego del cafetal, se escondía entre las sombras. Su cuerpo achaparrado se deslizaba bajo la lluvia. Sabía que la casamata donde se cobijaba Fidelino era la última de la vereda, la misma en que él se había cobijado recién llegado a la plantación.

Benito, el gallego del cafetal, no tuvo dificultades. Todos estaban en la cantina. Entró como pudo en la casamata y buscó el rincón de Fidelino. Arrambló con la maquinita de fotografiar del peón. Volvió a mojarse bajo la lluvia, a esconderse entre las sombras. Arrojó al lodo la máquina y la golpeó con una piedra grande que encontró en la vereda. Se fué contento a la cantina, convencido de que ya nunca más el peón Fidelino volvería a dedicarse a la fotografía.

—Un traguito de ron.

—Y ¿cómo tan tarde hoy?

—Y...

—Y ¿cómo tan mojado?

—Y...

Antes de acostarse, en su cuarto, rompió con rabia la carta de Manuel.

* * *

A Benito, el gallego del cafetal, le fué a avisar Lima Duarte de que el capataz Inacio Pereira quería verle la oreja.

—Y ahora mismo, que ha dicho...

Benito, el gallego del cafetal, se fué temblando a ver a Inacio Pereira. Se le había ocurrido que muy bien podría ser a causa de lo de la maquinita de Fidelino. Pero ¿cómo iba a haberse enterado el capataz?

—Usted dirá, capataz.

El tímido sol, que entibiaba la mañana húmeda, iluminaba la cara de Inacio Pereira. El capataz tenía algo de realmente humano en aquella ocasión. Su rostro no tenía nada de amarillenta palidez. Había calor cordial en su expresión. Nada, en cambio, de su proverbial frialdad mortuoria.

—Usted dirá, capataz.

—Mira, Benito, tú sabes que yo sé conducirme con los peones que lo valen.

—Sí, capataz.

—Y que, por mucho que digan, yo sé distinguir y ser justo...

—Sí, capataz.

—Y que a mí no se me engaña así como así...

Benito, el gallego del cafetal, temblaba como nunca había temblado.

—Sí, capataz.

Inacio Pereira guardó un silencio. Sonreía. Benito, el gallego del cafetal, esperaba, como diciendo:

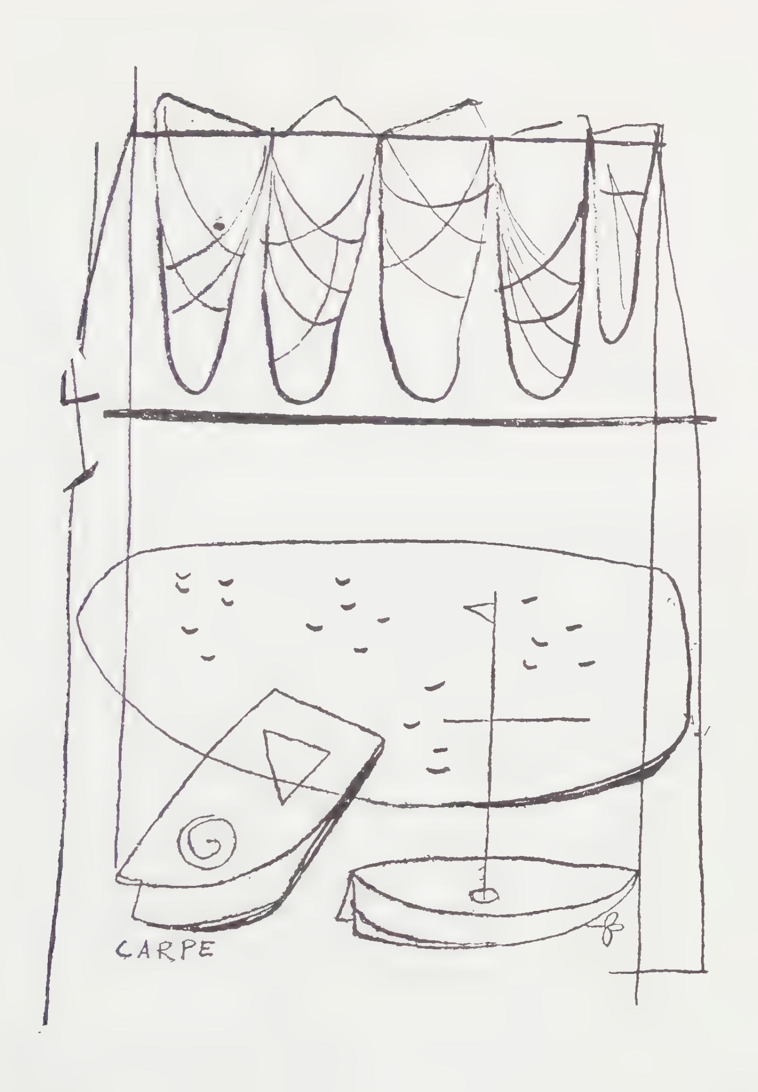
—Usted dirá, capataz.

Inacio Pereira, al fin, se decidió:

—Pues... que, con la venia del excelentísimo señor Euclides de Carvalho, eres, desde ahora mismo, segundo capataz de los cafetales del Norte...

Cuando Benito, el gallego del cafetal, salió de hablar con el capataz Inacio Pereira, un suspiro se le iba y otro se le venía. En el trabajo, todos los peones hablaban entre dientes de lo de la maquinita de Fidelino. Lima Duarte se quedó mirándole, pero no le dijo nada. A Benito, el gallego del cafetal, el aire le resultaba insuficiente y no podía tragar saliva. Tenía la cara roja de vergüenza, de indignación, de contento, de todo a la vez...

Mariano Tudela.
Cantón Pequeño, 31.
LA CORUÑA (España).



BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL MES DIPLOMATICO: ¿UNA CONTRARREVOLUCION FRANCESA?

Tras la terminación de la segunda guerra mundial se ha dado con frecuencia en decir que Francia estaba prácticamente acabada. La catastrófica derrota de 1940, luego de que tantas personas creyeran en la imbatibilidad de las armas francesas; el deplorable espectáculo que acompañó a la liberación y el establecimiento de la Quatrième République enajenaron la confianza de los más inveterados francófilos. Y los acontecimientos que sucedieron más tarde, las cuestiones de Indochina y de Africa del Norte—sin hablar de la inestabilidad política interior—no han contribuído ciertamente a recuperar un prestigio tan gravemente afectado.

Si, no obstante, se tiene una visión más amplia y se observan los acontecimientos en su perspectiva histórica, se convendrá que sería imprudente enjuiciar ahora definitivamente a Francia. Porque en la historia de las naciones conocemos decadencias definitivas y desfallecimientos transitorios. Estos últimos apenas se distinguen, en sus manifestaciones objetivas, de los primeros. Pero si se estudia a fondo la actitud mental y moral de una nación, podrán percibirse ciertas diferencias fundamentales. Porque una decadencia definitiva provoca un abandono más completo, un desánimo mucho más general que esos momentos de flaqueza, que son siempre el resultado de ciertos accidentes históricos—guerras excesivamente costosas en sangre humana o revoluciones demasiado destructivas—, que dejan más o menos intacto el sólido fundamento, que es la auténtica sustancia de una nación.

Así, pues, sería prudente una reserva de juicio sobre Francia, tanto más si los signos externos parecen apuntar la directriz de un relevo, de una renovación. Si todavía es prematuro afirmar nada definitivo, no es menos cierto que el observador del escenario político deberá tomar necesariamente buena nota de los nuevos hechos. Además, desde el punto de vista más general de Europa, nada de cuanto acontezca en París debe dejarnos indiferentes.

Incuestionablemente, Francia ya no es una gran potencia. No cabe duda a este respecto, y los esfuerzos para perpetuar una ficción sólo pueden ser infructuosos. Por otra parte, ninguna nación europea aislada, incluída Alemania, puede pretender ya una posición de primer rango. En la era atómica, mientras surgen potencias mundiales de las dimensiones de los Estados Unidos y la U. R. S. S., el territorio de cada una de nuestras naciones es

demasiado pequeño, y su economía excesivamente restringida para permitirle por sí sola aspirar a un papel mundial. Pero, al mismo tiempo, es incontrovertible que una Europa unida puede convertirse en primera potencia en virtud de su superioridad económica y de la alta calidad de su población. Es, en consecuencia, incontestable que hoy día la actitud de cada nación europea tiene su importancia ante la unificación del continente. Y si ésta ha de lograrse, a cada una de las partes que la compongan le incumbirá el deber de contribuir a su éxito. Y es aquí donde el papel de Francia alcanzaría un primer rango. Porque ni en el orden geográfico ni en el orden económico, una unión sin Francia sería efectiva. Sin ella, esta unión podría indudablemente realizarse; pero estaría muy lejos de ser perfecta.

A mayor abundamiento, en el campo del pensamiento político de Europa, Francia ha representado siempre un papel de importancia. En cierta medida podría decirse que muchas de las grandes corrientes del espíritu europeo tienen sus orígenes en Francia. Esta realidad no ha sido siempre afortunada. Muchas de las grandes desgracias de nuestro mundo proceden de las márgenes del Sena. Basta con recordar a la Revolución Francesa. Pero junto a estos acontecimientos, cuyas consecuencias sufrimos, otras ideas más constructivas hallaron sus fuentes en Francia. Mientras todas las fuerzas europeas sean necesarias para reconstruirla, no es el momento indicado para privarnos de una de las fuentes vivas de nuestro porvenir. A condición, por supuesto, de que no esté completamente agotada.

* * *

Para comprender bien los fenómenos de la hora presente, es preciso remontarse a un cierto pasado, y en especial a la Revolución Francesa. Esta Revolución no fué un simple accidente histórico; fué la consecuencia de una evolución larga y lógica. El elemento laico del Renacimiento, en parte alguna fué recibido con mayor avidez que en París, en la Corte de los grandes monarcas. Porque en Francia, al contrario que en los países germánicos, la tendencia se inclinaba hacia el absolutismo real. Este absolutismo exigía la absorción gradual en el Estado de todos los organismos vivos, que tradicionalmente se interponían entre el poder central y el pueblo. Pero para justificar este fin se invocó, sin embargo, la omnipotencia monárquica del Rey Sol. Y como la idea cris-

tiana se opone a semejante concepto, es lógico que el poder central favoreciese estas tendencias paganizantes que justificaban el absolutismo.

No es sorprendente que, en buena lógica histórica, semejante evolución acabara por destruir a quienes fueron sus creadores. Las doctrinas de Rousseau o de Voltaire, celebradas en París y en Versalles, fraguaron por sí mismas los cimientos de la Revolución. La idea del contrato social y el anticristianismo destructor socavaron la base del Estado. Ciertamente, los teóricos de la Revolución no llegaron a conocer las consecuencias lógicas de su obra. Todos ellos habían muerto cuando su semilla germinó. No es menos cierto que la entronización de Voltaire por un París delirante representó mejor el primer acto de la Revolución que la toma de la Bastilla. Esta última no fué sino el correlato inevitable de una operación realizada mucho antes.

Esta evolución política nos prueba un importante hecho. No se presta suficiente atención a los movimientos intelectuales. En nuestro materialismo político, nos olvidamos que es justamente el pensamiento la precedencia obligada de la acción, y que la idea es mucho más fuerte que el poderío económico y las armas. Además, la idea no puede aislarse. De este modo, la ideología de la Revolución Francesa no pudo contenerse en Francia. Porque, a pesar de los esfuerzos de todos los soberanos reunidos, acabó por conquistar a Europa entera en el plazo de dos generaciones, y triunfó por doquier después de 1848. A partir de esta fecha, el triple lema de "Libertad-Igualdad-Fraternidad" se convirtió en un tabú de la política internacional. Nunca jamás se pensó en oponerse a él, con la excepción de la rebeldía individual de grandes pensadores, como Donoso Cortés. Pero incluso las ideas del gran español parecieron caer desde el principio como semilla en roquedal.

Desde luego, este triunfo absoluto de la ideología revolucionaria hubo de provocar la reacción. De forma significativa, ésta se originó igualmente en Francia. Porque en este país el exceso mismo del mal se deja sentir en primer término. A la orilla del Mediterráneo se elevó la voz del escritor francés Charles Maurras, quien, en su *Enquête sur la Monarchie* y en sus estudios subsiguientes, atacó el fundamento mismo del pensamiento político de la Revolución Francesa. En relativamente poco tiempo, Maurras consiguió asegurarse una amplia vigencia en el mundo intelectual y universitario: el mismo mundo que aclamara en tiempos a Rousseau y a Voltaire. Pero, al igual que las ideologías revolucionarias, tampoco supo ganar para su causa a las masas. Su pensamiento era

excesivamente abstracto. Hablaba un lenguaje que las gentes no podían comprender. Pero la semilla que sembró durante décadas cayó esta vez sobre terreno fértil, incluso a pesar del hecho de que su racionalismo le impidiera llegar a la conclusión lógica de su propio pensamiento. Porque sólo demasiado tarde en su vida de político comprendió el sentido auténtico y cristiano del Estado, que por sí solo puede permitir una edificación ambiciosa. No obstante, había puesto los cimientos de su obra futura. Porque en la buena lógica de las cosas Maurras hubo de morir sin conocer tampoco los resultados de su obra.

* * *

La estructura establecida por la Revolución Francesa había tomado, a partir de 1870, la forma de la Troisième République, que se fué a pique en el verano de 1940 bajo los embates del Ejército alemán. Todos los franceses de la época—incluídos los más altos dignatarios de la República—se pusieron de acuerdo en decir que el Régimen llevaba en sí mismo, en gran medida, la responsabilidad de su decadencia. El Gobierno del mariscal Pétain intentó someter a Francia a normas diferentes. Pero hubo de fracasar en su intento porque este esfuerzo se realizó en condiciones desfavorables, mientras el país se hallaba ocupado por el enemigo. En semejantes circunstancias, era imposible hacer nada estable. Porque la misma presencia del ocupante hace sospechosa toda acción gubernamental. Asimismo, la liberación de 1944 agrupó, a pesar de todas las promesas, a los mismos hombres bajo el mismo espíritu que animó a la Troisième République, tan desacreditada... En fin, los errores del pasado no sólo no fueron enmendados, sino que acabaron por multiplicarse. La Constitución creada entonces hizo ingobernable al país, porque llevaba en sí mismo sus propios gérmenes destructivos. Por otra parte, la crisis se instaló permanentemente en Francia, y de tal modo, que las grandes masas del pueblo vivían bajo la sensación de encontrarse siempre ante lo provisional. En momento alguno de su ajetreada existencia, la Quatrième République dió impresión de estabilidad. En su estructura se mostró incapaz de hacer frente a las responsabilidades sociales, económicas y políticas de la nación.

El primer signo tangible del descontento popular fué la victoria gaullista en 1952. Pero este triunfo no tuvo porvenir. Porque la mayoría de los representantes de este movimiento eran adictos al

régimen, y fueron incorporados fácilmente. En lugar de intentar una lucha de renovación, se los encontró al poco tiempo en las poltronas ministeriales. Desde la perspectiva del poder, las reformas les parecían menos urgentes. Así se siguió el viejo lema: "Bueno es hablar siempre de reformas, pero jamás hacerlas." Sólo que en el juego perdieron la confianza de las masas. La derrota del partido degaullista en las pasadas elecciones del 2 de enero es la consecuencia ineluctable de una política seguida durante cuatro años.

Pero si el régimen procedió a asimilar a quienes habían sido comisionados para reformarlo, no sucedió igualmente con las masas. Hastiados de sus jefes, partieron a la busca de nuevos objetivos. Y así fué como, en 1953, apareció un hombre joven y dinámico, excelente orador, popular hasta el colmo, que en menos de dos años consiguió cristalizar la oposición. Sin dinero, sin apoyos poderosos, y en los primeros momentos sin organización, Pierre Poujade acabó por crear en dos años el movimiento de masas más destacado de la hora presente, y a conducirlo al triunfo electoral, que hizo de él, ante la general sorpresa, el único vencedor del 2 de enero de 1956.

* * *

Mucho se ha especulado en torno al poujadismo en las últimas semanas. Por regla general, parece que se ha comprendido muy poco la profunda significación de este movimiento. Se ha parado mientes demasiado fácilmente en sus aspectos superficiales para no ver las auténticas causas de este fenómeno político.

Es absurdo, naturalmente, clasificar arbitrariamente al poujadismo dentro de la ideología fascista. Desde luego, es dar pruebas de pereza mental. Porque el fascismo, sobre todos sus aspectos, representa una actitud típica de entreguerra, y hoy nada tiene que hacer. Es necesario juzgar un movimiento de 1956 siguiendo los criterios de hoy día, y no según los que tuvieron vigencia hace veinte años.

Por supuesto, sería asimismo malintencionado querer detenerse en ciertos aspectos personales o económicos del movimiento. El poujadismo como tal nada tiene que ver con estas cuestiones, en lo más interesante de su fenómeno político. El movimiento puede triunfar o sucumbir. Los meses venideros nos lo dirán. La prueba más difícil, la de la acción práctica parlamentaria, se encuentra

todavía ante él. Y este partido, compuesto por hombres del pueblo, por hombres sin práctica política, en uno de los Parlamentos más refinados del mundo, con ciertos veteranos profesionales que lucharán contra él, puede muy bien fracasar. De hecho, sería casi milagroso que el poujadismo consiguiera hacer frente a obstáculos tan formidables. Pero que lo consiga o no es cosa aparte. Lo que nos interesa, ante todo, en cuanto se refiere a este movimiento, es la realidad profunda que expresa. En efecto, prueba una reacción de las masas contra la quiebra de la Revolución Francesa, un triunfo de la doctrina preconizada por Maurras, y es el comienzo de una contrarrevolución francesa, que se dibuja muy claramente en el hecho de que sea la juventud la fuerza victoriosa del nuevo partido.

En efecto, es interesante señalar que, mientras antes de la guerra, los movimientos llamados "Ligas", "Cruces de Fuego" y otros eran conducidos esencialmente por una generación que frisaba o superaba la cuarentena, no sucede lo mismo hoy día. El poujadismo francés es, por lo general, menor de treinta años, y expresa esa renovación de la juventud europea, que determinará el hecho más destacado de los años venideros.

Nuestros regímenes democráticos actuales son esencialmente regímenes de provectos. Los partidos políticos han heredado sus programas del siglo XIX. Sus objetivos podrían justificarse entonces; hoy día no lo son en la era atómica. Además, con dificultades crecientes, los beneficiarios del régimen introducirían reglas tendentes a hacer casi imposible el ingreso de jóvenes o de fuerzas nuevas en la vida pública. Actualmente, en la mayor parte de las llamadas democracias europeas le es imposible a un hombre joven la participación en la vida política, a menos de haber manifestado previamente su sumisión a los felices usufructuarios del poder. Bajo pretexto de defender la democracia, se han establecido regímenes de seguridad vitalicia en favor de políticos profesionales en activo. En consecuencia, no es sorprendente que, en la hora actual, la Europa occidental esté en gran parte regida por hombres anteriores a la primera guerra. Y tampoco debe sorprendernos que jamás tengan sucesores. Porque el mismo régimen es hostil a quienes mantengan una opinión independiente o libre.

La rebelión de los jóvenes que contemplamos en el fenómeno Poujade es interesante, porque prueba, en efecto, que la juventud desea una renovación total. En los países anglosajones, en que los regímenes están correctamente establecidos, la juventud ingresa sin dificultad en los cuadros políticos existentes. Los partidos que go-

biernan no conocen dificultades a la hora del reclutamiento. Pero en la Europa continental sí existen problemas. Porque la juventud no se deja impresionar por el Régimen y exige una reforma radical, una ruptura con la tradición de la Revolución Francesa y una auténtica renovación. Ahora bien: esta renovación es todavía una vaga idea. Falta el concepto preciso. Pero también faltaba este concepto entre los fautores de la República Francesa. Y se precisa en la acción, sobre bases ideológicas aportadas por los pensadores.

* * *

Así, pues, los movimientos políticos en Francia presentan un sentido más profundo de lo que se admite por regla general. Es preciso tomarlos seriamente, y necesitan ser considerados en su conjunto. Sería falso dejarse impresionar por esta o por aquella personalidad; lo que importa es este gran mar de fondo que se anuncia.

La significación de los acontecimientos de París rebasa las fronteras de Francia. Nos encontramos en vísperas de una crisis política general en Europa. Puja una juventud que quiere romper con las falsas tradiciones de siglos caducos, que no admite ya ideologías que condujeron a la bancarrota. No busca su inspiración en el extranjero. Esta juventud la busca en la nación misma y en los valores eternos de su auténtica tradición. Se trata de un movimiento sano, una contrarrevolución en puertas. Los signos iniciales se muestran ya en todos los países occidentales. 1848 fué un año de revolución europea. Nos aproximamos a una fecha similar. Sólo que esta vez su sentido será diferente.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

UN PERFIL DE LA ACCION COMUNISTA: LA PENETRACION COMERCIAL EN IBEROAMERICA

En ocasión anterior—en el número 59 de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS—hacíamos alusión al significado de las relaciones comerciales entre algunos países iberoamericanos y el bloque del Este. Actualmente, la cuestión se hace acreedora a un mínimo de atención. Basta tener la mente medianamente equilibrada para pensar de esta forma.

En los pasados dieciocho meses—pero particularmente desde la Conferencia de Ginebra—se ha asistido a un incremento marcado en el comercio entre el bloque comunista y las naciones del hemisferio occidental.

En el presente, la ofensiva comercial soviética está dirigida principalmente hacia la Argentina, el Brasil, el Uruguay, Chile, Cuba y Canadá. Mas hay indicaciones de que los comunistas dedican amplios esfuerzos a toda el área iberoamericana.

En los tratados comerciales firmados hasta ahora, el punto destacable ha sido la disposición soviética para comprar cantidades sustanciales de excedentes de productos agrícolas. En los casos de Argentina y Uruguay, las compras principales han consistido en trigo, carne y cuero; en el Brasil, en café, algodón y azúcar; en el Canadá, en trigo y manteca; en Cuba, en azúcar. Tal vez la única excepción notable haya sido Chile, donde, en esencia, las presiones comunistas se han enfocado a inducir a los chilenos a una relajación en las restricciones a las exportaciones de cobre.

Una vez que se han establecido las relaciones comerciales, a través de la adquisición de los excedentes agrícolas, el paso siguiente supone, usualmente, el establecimiento de un mercado para los productos industriales del entramado soviético. Argentina resulta un testimonio palpable. El Gobierno de Perón firmó acuerdos comerciales con todos los regímenes comunistas, a excepción de Albania y Bulgaria; y los soviéticos han tenido un buen éxito en la venta de equipo industrial a esta nación. En estos parajes, como en otras partes de Centroamérica y Sudamérica, la ofensiva mercantil ha ido unida a una activa campaña política contra los Estados Unidos. Los propagandistas soviéticos, mientras atacan al llamado imperialismo estadounidense y señalan el estatuto colonial de las Repúblicas de Iberoamérica en sus relaciones con la gran República norteamericana, proclaman repetidamente que vínculos más estrechos con el bloque comunista promoverán "la independencia" y el bienestar de tales países.

Y no se olvide que esta doble ofensiva ha tenido resultados afortunados (aunque sean parciales). Por ejemplo, el 19 de julio de 1955, el Presidente del Consejo de Gobierno del Uruguay declaraba que sería una gran equivocación mirar con desdén a Rusia como una fuente de comercio. No cabe registrar todos los hechos existentes en apoyo de la aserción precedente. Pero sí puede advertirse que las únicas "resistencias" a la acción comunista se han encontrado en Guatemala, donde el Gobierno anticomunista ha revocado la trayectoria inaugurada por el anterior régimen; y en

el Ecuador, donde el ministro de Economía indicaba recientemente que su país no necesitaba comerciar con el bloque soviético, a causa de que no tenía dificultad en disponer de sus artículos de exportación.

En resumidas cuentas, las exportaciones al universo comunista alcanzaron en 1954 su mayor nivel desde 1950, en que se vieron reducidas al mínimo como consecuencia de la introducción de rigurosos controles sobre los materiales estratégicos, tras el estallido de la guerra de Corea. (Los expertos esperan una expansión mayor para el año 1956.)

En todo caso, nótese cómo se ha dilatado el comercio de la Argentina con la urdimbre sovietizada. (De pasada, percíbase que tal tráfico es mayor que el conjunto de las otras naciones del hemisferio.) En el año 1954 aumentó casi cuatro veces con relación al anterior: las exportaciones al bloque citado pasaron de 24,4 millones de dólares (o el 2,1 por 100 del total de exportaciones); en 1953, a 101,7 (o el 9,5 por 100 de la totalidad de exportaciones), en 1954; y las importaciones de la trabazón comunista saltaron, de 15,3 millones (ó 1,8 por 100 del total) en 1953, a 62,1 (ó 5,7 por 100) en 1954.

Desde luego, las directrices de la ofensiva comercial en Iberoamérica son muy semejantes a las usadas en las zonas subdesarrolladas del cercano Oriente y de Asia: venta de géneros industriales a cambio de artículos agrícolas (una muestra: 500.000 toneladas de azúcar de Cuba *para Rusia).*

* * *

Ciertamente, este asunto reviste una cierta complejidad. Por un lado, se vincula al problema de la actitud yanqui respecto a las demandas de sus vecinos meridionales, ansiosos por fortalecer sus estructuras económicas. Por otra parte, se conexiona a la faceta del real fortalecimiento del mundo libre. Una fisura en éste se consigue por medio de la penetración comercial del universo dependiente de Moscú. Recuérdese que la destrucción del sistema occidental no ha de conseguirse necesariamente por medio de la guerra. (Tal es la tesis comunista.) Existen otros métodos. Uno de ellos es la desintegración de la alianza del Oeste, a través de *ofrecimientos comerciales de irresistible atracción* (otros, son: la infiltración política con ayuda de los partidos comunistas locales; y las esperanzas de coexistencia—el arma de no menor efectividad—). Así

lo han juzgado los especialistas de los perfiles soviéticos. (Vid. nuestra nota *Una dialéctica estadounidense ante la política exterior del comunismo*, en *Alcalá*, agosto 1955, págs. 10-11.) Y en la conjunción de esos extremos es en donde radica el mensaje para los centros directivos del Occidente, singularmente para Wáshington. ¡Buena cuestión para aguzar las mentes de los dirigentes "atlánticos"!

LEANDRO RUBIO GARCÍA

OTRA NOVELA DE GRAHAM GREENE

Para nosotros, una de las características más acusadas y definitivas del estilo narrativo de Graham Greene estriba en ese magistral equilibrio que el novelista sabe mantener entre la trepidante acción exterior de sus relatos y la densa intriga interior de los mismos. Recuérdese la anécdota, la rica peripecia de *El poder y la gloria*, de *The heart of the matter*, etc., tan inteligentemente confundida con el agudo proceso moral de los protagonistas. Ambas líneas argumentales—la puramente episódica y la espiritual—, en lugar de estorbarse, más bien se complementan; se funden y ajustan tan estrechamente en sus novelas estos dos desarrollos, que a veces resulta difícil decir en qué punto acaban y terminan, respectivamente, uno y otro. Para nosotros, decíamos, es esta conjunción una de las claves fundamentales que sustentan el éxito universal y la ancha eficacia de la obra de Greene.

Pues bien: he aquí que en esta última novela suya (la última editada en tórculos españoles) ese magistral equilibrio falla de modo evidente. En *El fin de la aventura*, que es el libro a que nos referimos, apenas hay un acontecer exterior; su línea argumental es demasiado simple. La anécdota, el movimiento externo, es casi nulo o, al menos, brumoso y apenas esbozado. Un minucioso estudio realista, una detallada inspección del avatar psicológico y pasional de los protagonistas de este relato, no hallan en su dintorno lo que pudiéramos llamar el excipiente vital, la peripecia que sujeta y atrae al lector.

El fin de la aventura narra una compleja historia de amor, de adulterio y de odio, prietamente confundidos. Los celos hacen también su cálida aparición. Pero estos celos no tienen humano obje-

tivo, sino que van orientados hacia el más poderoso y alto rival: Dios. El novelista Bendrix ama a la adúltera Sarah, y ésta, que primero le ha correspondido ardientemente, se ve luego acuciada por la llamada divina. Su pasión y su culpa se redimen, agónicamente, en el amor y la búsqueda divina; lo cual desencadena un ciclón de odios en el amante postergado, que reniega, con excesivo fervor, de aquel Ser que le arrebata lo que más quiere. Ni siquiera la aparición de pequeños sucesos milagrosos, tras la muerte de Sarah, logran alcanzar el corazón y la razón de Bendrix, encastillado en su inoperante rencor. Sólo, acaso, ese mismo odio, esa misma furibunda impotencia, esa misma conciencia de su derrota hacen sentir la gran verdad en su alma agnóstica y gélida.

Esta narración, de intensa vida interior, carece, en cambio, como decíamos, de vida externa, y está llevada a cabo con una desigual construcción técnica, fragmentada en exceso. Por otro lado, una ostensible frialdad preside todo el relato. Solamente algunos de los escasos personajes secundarios—como el predicador racionalista, o el detective privado—están tratados y dibujados con tibieza humana, con algún hálito de ternura. Los otros, los protagonistas, a pesar de su innegable realismo cotidiano, se nos aparecen esbozados bajo un helado signo intelectualista, como meros vehículos de sus ideas y pasiones, no demasiado matizadas, apenas con alguna leve alternativa o contraste. De ahí que esta novela de Greene defraude un poco al lector común, y aun al otro, al minoritario, sobre todo si éste es conocedor de la anterior producción del novelista.

Sin embargo, estos datos negativos no restan ni un ápice del interés moral de *El fin de la aventura*. Una vez más se pone de manifiesto en esta novela esa constante que tan bien define la novelística de su autor: nos referimos a la inquietud de Dios. Esa inquietud que, más que su presencia, invade siempre los relatos de Greene. Esa voluntad dolorosa de creer, esa sed casi unamuniana de sentirse lleno de infinito y de fe. Acuciante problema que, también en *El fin de la aventura*, queda irresoluto, punzante, ardiente.

ENRIQUE SORDO

"EL GRAN INCOGNITO, VISION INTERNA DEL CAMPESINO COSTARRICENSE" (*)

La presente obra es el primer estudio sociológico del campesinado costarricense, cuyas peculiares características analiza y valora. El interés del tema se ve aumentado por el método descriptivo de las costumbres y por las apreciaciones acerca de las causas que han influído o influyen sobre su evolución.

Una primera conclusión que obtenemos de su lectura es que el campesino costarricense en sus formas de vida, sufre actualmente una violenta crisis de readaptación. Ello hace que su estudio exija una visión amplia de contraste de épocas.

Tras una introducción descriptiva del país, en la que se pone de relieve el marcado contraste entre la meseta central y las restantes regiones, o costeras o montañosas, llega el autor a la conclusión de que esta meseta explica la historia y la idiosincrasia del país, al ser la región que ha condicionado el tipo humano dominante. Pasa seguidamente a estudiar los aspectos característicos, buscando la deliminación del *concho* o campesino. *Concho*, abreviatura de Concepción, es la forma habitual de denominarlo, forma lingüística proveniente de la abundancia en el campo costarricense de este patronímico. El *concho*, así llamado, es el tipo humano representativo por excelencia del país. Por lo demás, el tipo humano, muy uniforme, muestra su unidad de origen peninsular.

La ocupación más generalizada del *concho* es el *jornaleo*, consecuencia de la estructura económica del campo. Es especialmente interesante el estudio de la faena del *arrimado* en los cafetales: colocar en cabeza de la peonada un *orillero*, el más fuerte, ligero y hábil, el cual adelanta el trabajo durante la jornada, marcando el *corte*, y los demás han de *arrimar* sus surcos hasta el mismo límite. El autor logra hacer vivir la descripción del *concho* presentándole a lo largo de su faena, ya arreciando, ya detenido a oír el *chiste* (chiste que, por soler ser picante, se llama así por asociación con la fruta de este nombre), ya de vuelta al hogar, a comer la *olla*, rodeado por los *güilas* o pequeños. Una característica casi general es la de que los *conchos* gustan ocupar sus ratos de ocio con un trabajo manual: son *remendones* (saben un poco de casi todos los oficios).

(*) Luis Barahona, J.: *El gran incógnito. Visión interna del campesino costarricense.* San José de Costa Rica. Editorial Universitaria. 1953. 164 páginas.

El *gamonal* es descrito como un tipo más pintoresco, sufriendo una evolución más rápida por la presión de la vida urbana, que moderniza desde el traje a las diversiones. *Gamonal* suele significar cacique, persona influyente, y de ella deriva la de *gamonalismo*. Este tipo humano suele ser gordo, vestido de chaqueta, con cuello de pana, amplios pantalones con bolsas de *piqueta*, sombrero siempre de *pita*, zapatos de vaqueta con suela *chirriona*, dejoso en el habla.

De esta descripción, el autor resalta la vida laboriosa del bracero, su constancia, una naturaleza resistente y robusta, extraordinariamente sufrido, identificado con la Naturaleza.

Las diversiones son objeto de extenso estudio. Especialmente la pulpería, verdadero centro de intercambio social en la vida aldeana, en la que no se busca satisfacer una necesidad concreta, sino que atrae por la costumbre. Las páginas dedicadas a los deportes nos recuerdan las dedicadas en España a criticar la desenfrenada pasión por el fútbol sin espíritu deportivo.

La vida religiosa del *concho* es pintada como una mezcla de rutina y supersticiones, basada en la ausencia de religiosidad ilustrada. Como consecuencia, termina señalando la existencia de un problema religioso, por la necesidad de una revivificación de la conciencia cristiana.

La familia es vista como una forma evolucionada del tipo patriarcal, con tendencias a convertirse en inestable, pasando a estudiar el nivel cultural y artístico, que considera, en la actual generación madura, bajo, siendo superior la preparación actual de la infancia, preparación en la que tan sólo se critica su relativismo doctrinal.

Finalmente, señala tres épocas en la evolución económicoagraria: de minifundios, en un primer tiempo; una segunda época, escasamente de un cuarto de siglo, de "haciendas", y el presente, dominado por el latifundismo y el monocultivo.

En su conjunto y en sus detalles, esta obra ofrece, pues, una visión de la forma campesina de vida del país centroamericano. La agudeza de las descripciones y el preciso criterio valorativo realzan la que constituye, ciertamente, una valiosa aportación a la sociología hispanoamericana. El estilo, brillante y expresivo, revela también la fuerte personalidad filosófica del autor, del que es igualmente de elogiar la sinceridad en reconocer y auscultar los aspectos difíciles de los problemas sociales.

CONSTANTINO LÁSCARIS COMNENO

UN TRIUNFO LABORAL: EL ACCESO DEL TRABAJADOR A LA EMPRESA

Acaba de ser publicado un libro: *El Jurado de Empresa. Nueva institución de nuestro Derecho social,* editado por Afrodisio Aguado, y del que es autor Joaquín Reguera Sevilla, ex director general de Trabajo.

El Jurado de Empresa es una institución española de avanzada en nuestro Derecho social, un órgano llamado a conquistar las metas de la producción y de las mejoras sociales en el seno del diálogo y la convivencia.

La publicación a que nos referimos estudia en diez capítulos el decreto de 11 de septiembre de 1953, por el que el Caudillo refrenda con su firma el aspecto social de la Empresa, dándole acceso jurídico al trabajador en cumplimiento de una norma constitucional: el Fuero del Trabajo.

El Jurado de Empresa español es una novedad occidental sin precedentes; por eso, la publicación no tiene párrafo alguno de Derecho comparado, y eso que el autor es jurisperito, doctor en Derecho, con el grado de sobresaliente, por la Universidad de Madrid. Y carece de precedentes porque la concepción del trabajo en unidad sindical, sin banderías grupistas, es una novedad española. Y el Sindicato, institución natural nacida de la Empresa, una moderna aportación social a la cultura de Occidente, tan lejos de la Empresa concebida al modo liberal, como de la Empresa única, totalitaria y monopolizadora del supercapitalismo ruso.

El amanecer de un mundo mejor exige que las técnicas financieras, económicas, industriales, agrícolas y de formación profesional incrementen la riqueza a producir por la Empresa, para que, por el camino de la productividad y el automatismo, se mejoren los costes, aumentando el poder adquisitivo del pueblo y elevando el humano nivel de vida. Pero la Empresa, además de su objetivo económico, tiene una misión social: las inquietudes y necesidades de quienes, en comunidad de trabajo y unidad de esfuerzo, forman parte de su plantilla. Y he aquí el Jurado de Empresa como engarce para concordar lo diferente.

El Jurado de Empresa es un órgano llamado a conquistar las metas de la producción y de las mejoras sociales en el ámbito del diálogo y la convivencia. Cada Empresa con más de 50 trabajadores ha de constituir el Jurado, para responsabilizarle en la marcha

de la producción y conocer, a su vez, a través de él, las necesidades de los trabajadores, sus satisfacciones y dificultades.

Cada Jurado estará constituído por un presidente y un número distinto de vocales, según la proporción de trabajadores en la Empresa, coincidiendo con las categorías profesionales en las que se hallan sintetizadas las plantillas: técnico, administrativo, mano de obra calificada y peonaje.

El presidente del Jurado representa al capital de la Empresa (aspecto económico): los vocales, a los trabajadores (aspecto social). La publicación que comentamos estudia con detenimiento la elección de los miembros del Jurado, condiciones, duración del mandato y motivos del cese por razones disciplinarias. Un capítulo entero se consagra al procedimiento electoral, que, en dieciocho apartados, va desde el anuncio de la convocatoria hasta la constitución del Jurado.

Los noventa artículos del decreto creador del Jurado de Empresa van encaminados "a garantizar la eficacia de las funciones del Jurado", dice el autor de este interesante libro, parte en la que se detiene explicando claramente, y de forma sinóptica, de lo que conocen las Juntas de Jurados.

Se estudian las normas adjetivas o procesales de funcionamiento, distinguiéndose el trámite de la propuesta, de la denuncia y de la información, para encauzar la iniciativa, la reclamación de derechos ya conferidos y el procedimiento de información para cuando reglamentariamente deba ser oído el Jurado.

El final del libro se consagra a la integración sindical de los Jurados de Empresa, al ser éstos calificados como células básicas de la Organización Sindical.

La publicación que motiva este comentario ha sido declarada por la Delegación Nacional de Sindicatos de INTERÉS SINDICAL, y su importancia es más destacable ahora porque la orden del ministro de Trabajo de 13 de enero del año en curso amplía el radio de acción de los Jurados hacia las nuevas Empresas que han de constituirlo.

Como final, terminemos con estas expresivas frases del autor: "El decreto no hace otra cosa que desgranar en disposiciones legislativas un pensamiento dilecto de los Fundadores, al añadir, con estilo sindical, un matiz más al Estado social que erigió el Caudillo."

E. D. G.

De la mano sabia y cordial de Juan Antonio Gaya Nuño, aquí tenemos, historiados, iluminados, los doscientos catorce museos con que cuenta España. ¡Cuánta falta hacía esta *Historia y guía de los museos de España*, que la Editorial Espasa Calpe acaba de lanzar en hermoso volumen! Se trata de un libro, digámoslo desde ahora, sencillamente ejemplar. Porque no es sólo que se trate de un libro necesario e imprescindible, sino que está escrito con pluma y conocimiento de maestro, con amor y rigor. Que sea obra de Juan Antonio Gaya Nuño no puede, en absoluto, extrañarnos. Pocos como él poseen un conocimiento tan profundo y extenso del arte y lo han estudiado tan amorosamente. Gaya Nuño pone siempre en sus libros, y en todo escrito sobre arte que sale de su pluma, junto al necesario rigor, un latido de entusiasmo y de fervor que está muy lejos de la fría crítica erudita. Y este nuevo libro suyo viene, una vez más, a comprobarlo.

Para escribir esta *Historia y guía de los museos de España*, su autor ha debido de recorrer durante años todos y cada uno de los museos españoles. Los ha visitado con mirada alerta y detenida, captando lo fundamental; pero sin olvidar el detalle característico, el dato precioso y oportuno. De cada museo o museíto español, el libro de Gaya nos da un inventario abreviado y una breve —o extensa, según los casos—noticia de su historia. Tener todos los museos de España, su biografía, al alcance de la mano, no es ninguna tontería. Pienso que será imposible prescindir de este libro-amigo en un viaje por España o sobre una mesa de trabajo intelectual.

A propósito de viajes, la solapa del libro afirma que este de Gaya se puede comparar con el *Viage*—éste con *g*—, del abate Ponz, en el siglo XVIII. Estoy completamente de acuerdo. Nuestra España es siempre lo suficientemente virgen para que un andariego intrépido se la recorra de punta a punta y de mar a mar, descargando luego sobre un libro todo un sorprendente saco de novedades. Esto, que era verdad para el siglo XVIII o el XIX, sigue siéndolo hoy. La verdad es que de muchos de los museos que reseña Gaya Nuño no sabíamos una palabra. ¡Ni siquiera que existían! El español es, de un lado, poco viajero y curioso del arte, y, de otro, poco cuidador y expositor de sus tesoros. Recuérdense las tremendas diatribas de Richard Ford contra los cuidadores de la Alhambra cuando la visitó en 1830. Las cosas han variado mucho desde entonces;

pero todavía no pocos de esos museos arrastran una existencia difícil, lindando con lo pintoresco. No creo traicionar a Gaya Nuño si recuerdo aquí una confidencia suya. Al dar por terminado el viaje preparatorio—que duró años—de su gran libro, dudó algún tiempo si debía componerlo con el rigor y seriedad con que, finalmente, quedó configurado o ironizando en torno a las condiciones en que se mueven no pocos museos provinciales. Es posible que si Gaya hubiese optado por lo segundo, tendríamos hoy un libro tan sabroso y castizo que mereciera ser digno hermano de *El santero de San Saturio*, ese otro estupendo libro de Gaya. Pero el tema es demasiado grave y serio para ser tratado humorísticamente. Ha hecho bien, pues, Gaya Nuño en poner su ciencia y su alma en esta iluminadora *Historia y guía de los museos de España*, que así se inserta con todos los honores en la línea más ilustre de la bibliografía sobre arte español.

Una palabra ahora más concreta sobre el contenido. Tras un prólogo, en que campea su estilo jugoso y personalísimo, dedica Gaya Nuño un capítulo preliminar a trazar una semblanza histórica de la museografía española, que suministra al lector profano —pues el libro no se ha escrito para los especialistas, sino para un público vasto—los antecedentes oportunos sobre el tema. A continuación siguen las monografías sobre museos, de extensión variable según la importancia de éstos. De cada museo se hace la pequeña historia de su origen y vicisitudes, estudiándose incluso el edificio si ofrece en sí mismo interés, y describiéndose luego el contenido con la detención necesaria. Cada cuadro, escultura o pieza de algún interés no sólo tiene su mención oportuna, sino una valoración del autor, para la que basta, a veces, un adjetivo bien administrado. Y, en fin, la monografía se cierra con útiles indicaciones bibliográficas, permitiendo al lector la posibilidad de ahondar en el tema que le interese. Tal repertorio, importantísimo en casos como el del Museo del Prado, ofrece la primera bibliografía sistemática intentada sobre el tema. Y, aunque más reducida, no es menos valiosa la que afecta a los museos menores.

Precisamente estos museos menores son los que constituyen la mayor y más atractiva novedad en el soberbio libro de Gaya Nuño. Esos museítos de provincias, a cuya visita nos acompañó el amigo poeta o erudito local de aquel pueblo o ciudad de la España olvidada, y de los que salimos con la contrariedad de no haber podido llevarnos una reproducción, ni un cataloguito, ni una guía, por breve que fuese, con los que reverdecer el recuerdo. Sólo en éste residía la vinculación a aquel exvoto marinero, o a aquella cabeci-

ta ibérica, o a ese santo que, no se sabe por qué, se nos antojó de Alonso Berruguete. Pero ahora, gracias al libro de Gaya Nuño, no sólo tenemos asegurada la guía, sino también la clara seguridad del recuerdo.

La copiosa ilustración del hermoso volumen es de la más grata variedad, repartida entre casi todos los museos estudiados. Unas láminas en color reproducen no piezas ilustres, sino, con entera justicia, dado el título del volumen, algunos exteriores o interiores de museos españoles.

Debemos gratitud a Gaya Nuño por ofrecernos este libro tan necesario, que viene a hacer justicia a tantos tesoros olvidados y desconocidos. Justicia generosa y ancha, derramada sobre miles de piezas. Sobre cada una de ellas tiene el autor la palabra justa e iluminadora. No es frecuente esta genersidad en esta España, siempre virgen, que con tanta frecuencia suele olvidar y hasta menospreciar sus tesoros.

JOSÉ LUIS CANO

ATOMSTATION, DE HALLDOR K. LAXNESS

Un escritor islandés, de cincuentra y tres años de edad, es el último Premio Nobel de Literatura. Su personalidad apenas es conocida en nuestro ámbito cultural, pero su fama era ya grande en los países nórdicos y había sido propuesto varias veces para tal premio. Aunque algunos de sus últimos libros (como *La campana de Islandia* o *Gerpla)* han abordado temas históricos, la característica más fuerte que han marcado sus obras capitales *(Hombres independientes* y *Luz del mundo*, publicadas entre 1934-1940) es el estudio y la crítica de la sociedad.

Viajero durante años por Europa y América; retirado en plena juventud a un monasterio de Luxemburgo; propugnador posteriormente de preocupaciones sociales, Laxness se ha convertido en un auténtico escritor de nuestra época. Con él vuelve de nuevo el realismo a la novela, a ser ésta espejo de la vida y a plantearse en la raíz más pura de la creación literaria la temática más difícil y más compleja: la vida misma. Pero no la vida hecha ya teoría o interpretación, no la vida "absurdizada" en una problemática irreal y únicamente justificable como juego; si es que el escritor puede

jugar, cuando la realidad, el mundo que tiene delante, le impone el peso enorme de sus problemas que ha de aceptar y recrear más o menos artísticamente, pero siempre objetivamente. La forma artística es decisiva en toda creación; pero la materia, los contenidos de esas formas, es lo que ha de prestar cuerpo, veracidad y, en definitiva, humanidad a su obra.

Estación atómica, aparecida en 1952, no está en la serie de las grandes novelas de Laxness; es un libro breve, sencillo, que narra la historia de una joven campesina del norte de Islandia, que baja a la capital, a servir en casa de una familia rica e influyente. El contraste entre la visión del mundo de esta criatura libre de prejuicios, elemental e inteligente, que en sus horas de descanso estudia *armonium,* y las opiniones de la sociedad que la envuelve, agitada por problemas políticos, comprometida en la construcción de una base atómica que unos desaprensivos quieren establecer y aprovechar para sus fines personales, hacen de la novela una obra verídica llena de poesía, humorismo y realidad.

Laxness contrapone estas dos fuerzas—naturaleza y civilización—y pretende acentuar la posición que entre ambas existen cuando esta última no es el fruto directo de aquélla, su progresión y perfeccionamiento, sino todo lo contrario, su deformación y anquilosamiento. Ugla, la protagonista, al llegar de su aldea del Norte, trae el sentimiento de inferioridad de todo provinciano, pero al poco tiempo descubre cómo la nueva vida ciudadana está falseada en su raíz. A pesar de los nuevos profetas que surgen, a pesar de todas las teorías y opiniones, hay un principio de falsedad, un estar instalado en ella consciente. ¿Por qué es la mentira, la media verdad, el instrumento para la ambición del hombre? ¿Por qué el egoísmo es capaz de olvidarse de todo, hasta de los elementales deberes, con tal de satisfacerse? Estas preguntas se van formando lentamente en el alma de la protagonista. Para contestarlas, no intenta ni por un momento una especie de "menosprecio de corte y alabanza de aldea", sino que únicamente busca un poco de verdad, un llegar a vivir en su propia persona todos los problemas de la Humanidad, y ver cómo es posible también en la ciudad el llegar a ser hombre. Pero Laxness, en esta obra, no lanza ninguna nueva teoría social: su misión se reduce a hacer desfilar por los ojos puros de su protagonista una sociedad corrompida y en decadencia.

Una atmósfera nueva nos llega con esta obra, un aire limpio conmovido, donde no se crean más problemas que los que "hay", pero éstos se los intenta resolver en toda su anchura y profun-

didad. Y al final es la figura de esta mujer, con su cofre de madera en una mano, y un ramo de flores en la otra, un símbolo, un ejemplo perenne y verdadero. "Las flores son inmortales—le dice el viejo maestro de música mientras se las entrega—. Las cortas en otoño y brotan de nuevo en primavera en cualquier parte."

E. LLEDÓ

NECESIDAD Y SERVICIO DE LA EMIGRACION ESPAÑOLA

El Instituto Iberoamericano de Cooperación Económica, en colaboración con Ediciones Cultura Hispánica, ha publicado el libro de Carlos Martí Bufill *Nuevas soluciones al problema migratorio*, cuya aparición ha constituído uno de los grandes acontecimientos editoriales del pasado año.

De verdadera enciclopedia de los movimientos migratorios puede reputarse la obra recientemente aparecida del profesor Carlos Martí Bufill, que viene a llenar plenamente los dos cometidos que originariamente tiene que proponerse cumplir un trabajo de su orientación y estructura. Estos aspectos son: el estudioso-teórico y el práctico o utilitario; y ambos quedan ampliamente cubiertos a lo largo de casi seiscientas páginas, abundantemente asesoradas por expresivos datos estadísticos y acertadas referencias bibliográficas.

Como libro de estudio, *Nuevas soluciones al problema migratorio* es un cuidado repertorio de cuantos factores se deben considerar en orden al análisis de los fenómenos migratorios particular y especialmente referidos a las relaciones entre España y los países de Iberoamérica, a cuyo desarrollo económico, problemática laboral y régimen jurídico se dedica una mayor atención. Para ser útil como manual que pueda servir de guía y orientación a futuros emigrantes, tropieza este libro con la dificultad que presenta el carácter eminentemente dinámico de los datos empleados, que son totalmente susceptibles de enmienda o transformación, pues aunque en general las condiciones de vida y trabajo no suelen experimentar cambios bruscos, sin embargo, la actitud de los Gobiernos,

la vigencia de los Tratados y las posibilidades de colocación pueden variar notablemente.

Es de considerar, sin embargo, que en un sentido eminentemente práctico, diferente del que significa ser utilizado como simple agenda para el posible emigrante, puede destacarse la utilidad de este libro empleado como general instrumento de trabajo en las tareas de una institución que atraiga, oriente y organice las corrientes migratorias nacionales hacia Hispanoamérica.

Nuevas soluciones al problema migratorio reúne especiales características para ser el libro de texto fundamental en la formación de técnicos en asuntos migratorios, función para la cual los prepara su contenido claro, preciso y sistemático.

El plan del libro incluye trece capítulos y tres apéndices, en los que están reunidos los principales datos y conocimientos modernos sobre corrientes migratorias y ordenados de la manera siguiente: el primer capítulo estudia el hecho migratorio, con expresión de sus causas y consideraciones jurídicas: el segundo, bosqueja una teoría general de las corrientes migratorias; el tercero, estudia la migración iberoamericana considerada en un sentido político, legislativo e institucional. El cuarto, analiza los problemas migratorios en su generalidad y especialidad, y el quinto y sexto recogen los aspectos actuales de la política migratoria en los distintos países. El capítulo séptimo estudia la acción internacional en materia de migraciones con la expresión de los organismos internacionales, Asociaciones confesionales y actividades de la O. I. T., la O. E. A. y la O. N. U., dedicándose los capítulos VIII al XIII a la caracterización de la migración española y el estudio de sus posibilidades como factor de cooperación iberoamericana y como marco de las actividades de un posible Instituto u organización análoga que recoja estas actividades.

Los apéndices contienen datos estadísticos sobre las corrientes migratorias españolas y reproducen los textos de las recomendaciones y convenios internacionales sobre emigración.

En general, el libro de Carlos Martí Bufill, y, sobre todo, el expresivo prólogo del ministro español de Asuntos Exteriores, excelentísimo señor don Alberto Martín Artajo, revelan un cambio de opinión y una nueva disposición hacia el estudio de estos problemas, que, en palabras del ministro, constituyen una necesidad y un servicio para el pueblo español.

RAÚL CHAVARRI

LOS DIALOGOS POSTUMOS DEL FILOSOFO WHITEHEAD

Nunca sabremos hasta qué punto Platón remozó con savia nueva la filosofía de Sócrates o hasta dónde llegó su fidelidad a los dichos de su maestro. Es evidente, sin embargo, que los diálogos platónicos están construídos con arreglo a un plan literario, sin pretender en ningún momento reflejar todas las vicisitudes y titubeos de una conversación real.

Lucien Price, en su reciente libro *Dialogues of Alfred North Whitehead* (Max Reinhardt: Londres), se limita al humilde papel de transcritor cuidadoso de las conversaciones que el gran pensador sostuvo en presencia suya. La acción tiene lugar en Harvard, en los trece últimos años de la vida del filósofo inglés, desde el 6 de abril de 1934 hasta el 11 de noviembre de 1947. El protagonista principal es Whitehead, secundado por su mujer, el propio Lucien Price y algunos colegas y amigos. Los temas tratados cubren un amplio campo, que va desde la situación política contemporánea hasta la esencia del arte y de la poesía, desde los novelistas rusos hasta el erasmismo, desde el futuro de América hasta el valor de las ideas.

Un puñado de temas se repiten una y otra vez, en diferente contexto, a lo largo de estos diálogos, dando al lector una agradable sensación de espontaneidad. En todo momento se siente la presencia del sabio, con su poderosa inteligencia universalizadora, y en muchos casos el curso de la conversación nos lleva a parajes reveladores de un Whitehead humanísimo, aclaración en carne y hueso de algunas oscuras teorías de *Process and Reality*.

Whitehead, hijo de un pastor protestante inglés, parece obsesionado con la absoluta falta de humor de la Biblia—¡tal vez, la Biblia vista a través de los sermones de su padre!—, en marcado contraste con la hilaridad de los griegos. No es necesario llegar hasta Aristófanes si queremos encontrar la risa helénica. Los dioses homéricos se ríen a mandíbula batiente, y un fragmento de una comedia temprana nos relata cómo los sátiros se chamuscan las barbas, cuando quieren besar el fuego de Prometeo.

En cierta ocasión, el filósofo inglés definió la ironía como "el estado de la mente de un pueblo de una época que ha perdido la fe". "Ocultan esta pérdida—añade—o incluso alardean de ella, riendo." La ironía socrática aparece, desde luego, cuando la religión tradicional ha perdido ya su plena vigencia. La ironía de un Sófocles al hacer pronunciar a Edipo un discurso que significa su propia tra-

gedia, o de un Esquilo, haciendo caminar a Agamenón sobre una alfombra de púrpura, augurio de su muerte, se producen en un período que está transformando el valor de los antiguos mitos. El gran teatro griego hace que los mitos religiosos cobren un carácter cultural y estético. Para Whitehead, Lutero y Calvino son los responsables de que el Renacimiento no pudiera hacer otro tanto con los mitos de la Edad Media.

Aunque éste no es el lugar apropiado para discutir en detalle las ideas de Whitehead sobre la evolución de los mitos y el significado del erasmismo, queremos subrayar en esta nota cómo el pensador anglosajón, no obstante su educación sectaria, vió claramente el aspecto negativo de la Reforma. "Es una lástima—comenta—que Erasmo no tuviera una personalidad más poderosa. Sus ideas eran acertadas y hubieran proporcionado, para el desarrollo de la cristiandad, una solución muchísimo mejor que el protestantismo. Pero le faltaron las fuerzas y el asunto vino a caer en manos de Lutero y de Calvino, los cuales hicieron una lamentable chapuza, arrancando de cuajo la magnífica estética de la Iglesia."

Cuando las conversaciones se relacionan más directamente con la filosofía pura o la ciencia rigurosa, Lucien Price no puede llegar, como es muy comprensible, a la altura de las circunstancias y, algunas veces, nos presenta un Whitehead un tanto desdibujado por la transcripción.

FRANCISCO PÉREZ NAVARRO

EL DESCUBRIMIENTO DEL ANTIPROTON O PROTON NEGATIVO

El gran físico Eddington afirmaba, en *The philosophy of pyhsical science* (uno de sus ya clásicos libros de filosofía científica), que una estatua cualquiera—digamos, por ejemplo, la Venus de Milo—se encuentra dentro de cualquier bloque de granito o de mármol que elijamos. Bastará para comprobarlo, manejar el cincel adecuadamente y quitar del bloque los pedazos de material que sobran. La Venus de Milo está dentro de cualquier trozo de piedra, del mismo modo que los huevos de una tortilla están también incluídos en ella, aunque tengamos, en este caso, que emplear técnicas

complicadas para separarlos y el segundo principio termodinámico esté en contra nuestra. Las partículas atómicas, según Eddington, forman parte del átomo, a la manera que la Venus de Milo está en el trozo de materia con que la hacemos. Los físicos experimentales "seleccionan" con sus cinceles—dispositivos ingeniosos—las entidades físicas inventadas por los teóricos de la Ciencia.

Si esto es así, una vez más hay que rendir tributo a la habilidad de los físicos. Lawrence ha conseguido, al fin, obtener antiproyectos, protones de carga negativa, empleando el acelerador de la Universidad de California—el Bevatrón de Berkeley—y el dispositivo "seleccionador" fabricado por Emilio Segré. El aparato de Segré, basado en los contadors foto-eléctricos y en el conocido efecto Cerenkov, "seleccionó" antiprotones entre los mesones-pi, los mesones-k y los hiperones que despide una placa de cobre bombardeada con protones ordinarios, acelerados hasta más de seis mil millones de electron-volts en el Bevatrón de California.

El antiprotón, la partícula negativa simétrica del protón, era un requerimiento teórico de la ecuación de onda de Dirac, análogamente a como el positrón, electrón negativo, también lo era. Su descubrimiento—o su "fabricación"—viene a llenar una laguna importantísima en nuestra imagen de la materia, reafirmando en lo esencial la simetría de su composición. Queda por explicar, es cierto, la relativa permanencia de los electrones y protones, en acusada contraposición con la inestabilidad de los positrones y antiprotones.

¿Ocurrirá, tal vez, como Frisch ha sugerido, que en algunas otras partes del Universo haya materia—o "antimateria", si se prefiere—constituída por antiprotones y electrones desempeñando el papel que aquí representan los protones y electrones? Entonces, el choque de dos Galaxias de signos opuestos aniquilaría materia en escala macrocósmica y liberaría cantidades de energía que pudieran explicar muchas cosas en una Cosmología nueva. Es evidente que nuestras concepciones cosmológicas necesitan una revisión fundamental, a la luz de los últimos descubrimientos—o "fabricaciones"—, en el dominio atómico.

FRANCISCO PÉREZ NAVARRO

LA MUERTE LE SIENTA BIEN A VILLALOBOS, PREMIO NADAL 1954

En Francisco José Alcántara hay—existe en potencia, se palpa—un auténtico escritor. Para los que conocemos el camino ascendente y zigzagueante de su obra hay, ciertamente, una dificultad de partida que nos impide circunscribirnos a la mera crítica de su primer libro. Sobre todo, por la concluyente y suprema razón de que no creemos que *La muerte le sienta bien a Villalobos* constituya el fehaciente botón de muestra que nos señale, que nos indique, el exacto y preciso camino literario de este novelista. A fuer de sinceros, tendremos que decir que, si nosotros no conociéramos la obra del joven novelista, esta novela premiada con el Nadal 1954 *(La muerte le sienta bien a Villalobos)*, no nos diría gran cosa, no nos informaría, con la claridad justa y deseable, del mensaje que, en realidad, trae en su macuto de escritor el novelista riojano. *Desenlace*, por ejemplo, es una novela más honda, más hecha, más en consonancia, a nuestro juicio, con la formación profesional del novelista. Algunos cuentos de Alcántara nos parecen primorosos y perfectamente acabados. Su estilo, su brío descriptivo, parecen más hechos a estos ambientes a que aludimos—no es cosa ahora de entrar en ello—y que permanecen inéditos todavía. *La muerte le sienta bien a Villalobos* es—no vaya a interpretarse lo contrario—una buena novela, una novela que se lee con agrado, que se termina sin fatiga, en la que campean finura de estilo y la mejor ironía, pero que da, es evidente, un pálido reflejo de las dotes novelísticas de Francisco José Alcántara.

Ciñéndonos exclusivamente a la novela premiada, tratando de olvidar lo inédito del novelista, *La muerte le sienta bien a Villalobos* nos deja, de principio, un sabor dulce, de clara amanecida. Ese primer momento, esa primera parte en donde Alcántara nos muestra el pueblo donde va a suceder la acción, llega a resultar admirable. La visión, para el lector, es perfecta. Parece como si el autor hubiese pensado en imágenes. Ese principio, ese arranque, es lo mejor de la novela. Allí está el páramo castellano, el latido humano de un poblacho perdido en la llanura, movido por el motor de un suceso trascendental para la existencia de los vecinos. Después, Alcántara entra en la acción. Todo sucede en veinticuatro horas. El ritmo, en algunos momentos, es cinematográfico. En algún punto uno recuerda la traducción en celuloide de *Nuestra ciudad*, de Tornton Wilder. Al final, el novelista resuelve el problema en la nada acoquinante del pueblo perdido. Todo se

ha contado con esmero, con gracia, con sencillez de buena clase.

En resumen, *La muerte le sienta bien a Villalobos* es una buena novela. Mejora, porque todo hay que decirlo, las dos últimas ediciones del Nadal. Pero no es libro que responda a las posibilidades, ni aun a las realidades, de su autor. Esta es, creemos, la verdad.

MARIANO TUDELA

LA FILOSOFIA COLOMBIANA EN LA EPOCA COLONIAL

En un discurso pronunciado, con motivo de la entrega a los rectores Laín Entralgo y Tovar, de las Universidades de Madrid y Salamanca, respectivamente, de las condecoraciones que el Gobierno colombiano les ha otorgado, el embajador de Colombia en Madrid, doctor Gilberto Alzate Avendaño, puso de relieve la tradición humanística colombiana: "A través de todas las épocas de nuestra existencia colectiva—dijo el doctor Alzate—le hemos dado siempre primacía a los valores del espíritu."

Nos interesa destacar aquí, del texto del discurso (1), los párrafos que se refieren a esa etapa poco "aireada", de intensa vida filosófica, que tiene lugar en América durante el período colonial y que se silencia, por desconocimiento quizá, en las Historias de la Filosofía, pese a la importancia que tiene. "Ya en los finales del siglo XVI, los dominicos fundan en su propio convento santafereño el Colegio de Santo Tomás, al que una bula de Gregorio XIII otorga privilegios y categoría universitaria. En 1604, el arzobispo Lobo Guerrero establece el Colegio de San Bartolomé, que, posteriormente, se erige en Universidad Javeriana. Luego el prelado fray Cristóbal de Torres crea el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, dotándolo de constituciones y rentas. En esas aulas se enseñan artes y humanidades, teología y medicina, gramática y física."

"El ámbito de Santa Fe de Bogotá—sigue diciendo el doctor Gilberto Alzate Avendaño—poblóse desde entonces con el rumor de la controversia especulativa." Se dijera que se había desplazado, dentro del marco temporal de la época, hacia la remota altiplanicie andina, el aire de los claustros y posadas del París del siglo XII, donde aquel turbulento Abelardo, entregado a silogismos y amoríos, enseñaba el *trivium* y el *quadrivium*. Los soportales

(1) "Un discurso del embajador Alzate: Tradición humanística colombiana", en *Diario de Colombia*. Miércoles, 30 de noviembre de 1955. Páginas 4 y 11.

de la quieta villa serrana parecían una sucursal de la docta Salamanca, la áurea ciudad "de raíz gramatical", reproduciendo los torneos del egotismo escolástico, cuyo estilo geométrico y vocación por las disputas causaron el pasaje satírico de Vives. Vivía la colonia dentro de *quaestiones disputatae* y afanes dialécticos.

Pero nos preguntamos: ¿es que todo este ambiente filosófico no cuajó en obras y escritos importantes, con significación dentro de la Historia de la Filosofía?

El español García Bacca y la Biblioteca de la Presidencia de la República de Colombia nos han dado la respuesta al publicar la *Antología del pensamiento filosófico* (2).

Comprende este libro, además de una introducción histórica con datos sobre los filósofos, y de otra sistemática, que enlaza los escritos con la moderna física cuántica y la analítica existencial, las siguientes partes: Dialéctica. Filosofía Natural, Metafísica, Etica y Teología Natural. En él figuran los trabajos de Agustín Manuel Alarcón (*Tratado de dialéctica* y *Philosophia thomistica*); las obras del padre Mateo Mimbela, S. I. (*Tratado de física* y *Tratado de la Divina Esencia y sus atributos*); el tratado del padre José de Urbina (*Disputaciones sobre los ocho libros de física de Aristóteles Estagirita*); la obra del franciscano Jerónimo Marcos (*Casa de la sabiduría del doctor Sutil Juan Duns Escoto*); el *Tratado sobre la conciencia*, del jesuíta Antonio Varillas; el *Tratado sobre los actos humanos*, del padre Jacinto Antonio Buenaventura, y un texto anónimo titulado *Instituciones de filosofía moral*.

Debemos dedicar la atención que merece este libro, ya que el hecho de publicar los tratados de filosofía colonial que en América tuvieron "su hora" y en los cuales—como en estos de Colombia—hay anticipos geniales y fecundos de lo contemporáneo, es un gran paso en orden al conocimiento de la significación universal de la cultura hispanoamericana. Comentando esta obra, Alfredo Tendrall escribe: "He ahí cómo ahora resulta posible establecer una conexión efectiva entre la filosofía matemática del padre José de Urbina, S. I.—profesor de Filosofía de la Universidad Javeriana de Bogotá—y los trabajos decisivos de Cantor y Félix Klein en nuestro siglo, fundadores ambos de la modernísima teoría de los conjuntos. O entre el análisis existencial de Heidegger y la exposición que Agustín Manuel de Alarcón hacía en el Reino de Nueva Granada, año de 1758, de lo que es el "Universal" y su relación

(2) Juan David García Bacca: *Antología del pensamiento filosófico en Colombia, de 1647 a 1761*. Biblioteca de la Presidencia de la República, volumen XXI. Prólogo del doctor Cayetano Betancour. Bogotá, 1955.

con el hombre... Mediante estas antologías coloniales—García Bacca publicó en 1954 una sobre Venezuela, análoga a la que comentamos—el saber histórico de la filosofía se enriquece de pronto."

E. W. F.

NOTA MUY BREVE A UNA *ANTOLOGIA DEL CANTE*

La emisión grabada—por cuenta de Ducrétet y Thompson, editores de París—de la *Antología del cante flamenco*, aparecida ahora en España, logra fijar y proyectar ampliamente cierta mágica sustancia dispersa por las tierras meridionales españolas y hacia la que, justo es consignarlo, la atención activa del propio país de origen viene siendo, salvo excepciones, tan escasa como poco seria; hablamos de los cantes andaluces cuyo empleo nacional, por parte del cine y el teatro ínfimos, de la partitura barata y el amañado abuso de los géneros, se ha hecho proverbialmente negativo de su verdad y su fuerza. Pero el acervo folklórico popular del Sur de España es, realmente, uno de los más varios e interesantes de que se tiene noticia, y la *Antología*, francesa, galardonada con el último Gran Premio de la Academia Du Disque, ha sido llevada a cabo con un escrúpulo selectivo y un afán de pureza dirigidos tan celosamente que, al sopesar el resultado último de la obra difícil, éste se nos aparece raramente positivo, y sus defectos naturales, que también los tiene, siempre escasos y secundarios.

Consiste la *Antología*—cuyos realizadores se asesoran directamente del pueblo interpretador y de Tomás Andrade de Silva, catedrático del Conservatorio de Música de Madrid—en tres discos microsurco; a lo largo de las seis caras de 33,5 revoluciones se encuentran, inteligentemente ordenados, hasta treinta y cuatro cantes puros, cuya enumeración nos parece en todo caso interesante; he aquí el sumario íntegro de la *Antología:*

DISCO I

Cantes con baile.—Fandangos de Huelva, Tientos, Sevillanas, Mirabrás, Romeras, Bulerías, Caracoles, Tangos flamencos y Alegrías de Cádiz.

Cantes de Levante.—Tarantas y Cartageneras.

DISCO II

Estilos malagueños.—Verdiales, Malagueñas, Malagueñas del *Mellizo*, Rondeñas, Javeras, Media Granadina y Granadina.

Cantes matrices.—La Caña, El Polo, Soleares, Seguiriyas Gitanas y Cabales (Seguiriyas al Cambio).

DISCO III

Estilos camperos.—Livianas, Serranas y Cantes de Trilla.

Cantes autóctonos.—Nanas, Peteneras, Marianas y Alboreás.

Cantes sin guitarra.—Tonás Chicas, Martinetes, Deblas y cuatro Saetas.

Un añejo guitarrista, Perico *El del Lunar*, acompaña con iluminada y sabia justeza todos los cantes con guitarra de la obra, y corresponden, a nuestro parecer, las máximas notas de pureza y brillantez interpretativas a los *cantaores* Pepe *El de la Matrona* y Rafael Romero, el primero desde sus concretas y formales concepciones, llenas de antiguos ecos nobles, y dueño el segundo de una ardiente y bronca libertad—¿el famoso *duende*, quizá?—de la mejor ley. Les siguen acaso, por orden de calidades y dentro de los variados y ya menores géneros que desarrollan, Bernardo *El de los Lobitos* y Pericón de Cádiz.

La exclusión de los *Martinetes* y *Deblas* del capítulo de *Cantes matrices* o mayores si acaso no es acertada desde el punto de vista total, sí lo es desde el funcional antológico, que aconseja el apartado de *Cantes sin guitarra*, donde se hallan situados. Pudieron suprimirse más de un "jaleo" innecesario, y el horrendo y marcial floreo de cornetas y tambores que acompaña la interpretación de las *Saetas.*

La riqueza de la obra es múltiple, y excelente la suma de sus méritos. Fueron impresionados los cantes, según se anota, en Madrid, y a lo largo de noches en que se "esperaba pacientemente" los momentos de acierto de los intérpretes; como escribe Roger Wild en el fascículo adjunto "... los editores no recomiendan la adquisición de la *Antología* a los estómagos débiles ni a los oídos lerdos". Pero la *Antología*, accediendo a lo bellamente difícil, ha sido también un éxito editorial de primer orden, acrecentado por el Grand Prix; no puede olvidarse que al ser tan complejo y confuso, en su hermosura, el cante andaluz, llevarlo a una acertada fijación parcial, como lo ha llevado este hermoso haz de materiales vivos, constituye una aventura y un logro ciertamente estupendos.

FERNANDO QUIÑONES

INDICE

Páginas

Portada y dibujos del pintor español Antonio Carpe.

INDICE GENERAL DEL VOLUMEN XXVI

NUMERO 73 (ENERO, 1956)

Páginas

NUESTRO TIEMPO

ARTE Y PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

En páginas de color, el trabajo de Augusto Iglesias *La incorporación española y el destino de Hispanoamérica.* Portada y dibujos del pintor español *Angel Medina.*

NUMERO 74 (FEBRERO, 1956)

Portada y dibujos del pintor español *Manuel Mampaso*. En páginas de color, discursos del embajador de Colombia en Madrid y del rector de la Universidad complutense, y el trabajo *Don Andrés Bello y el Código Civil chileno*, original del ministro consejero de la Embajada de Chile en Madrid, don Luis Arteaga.